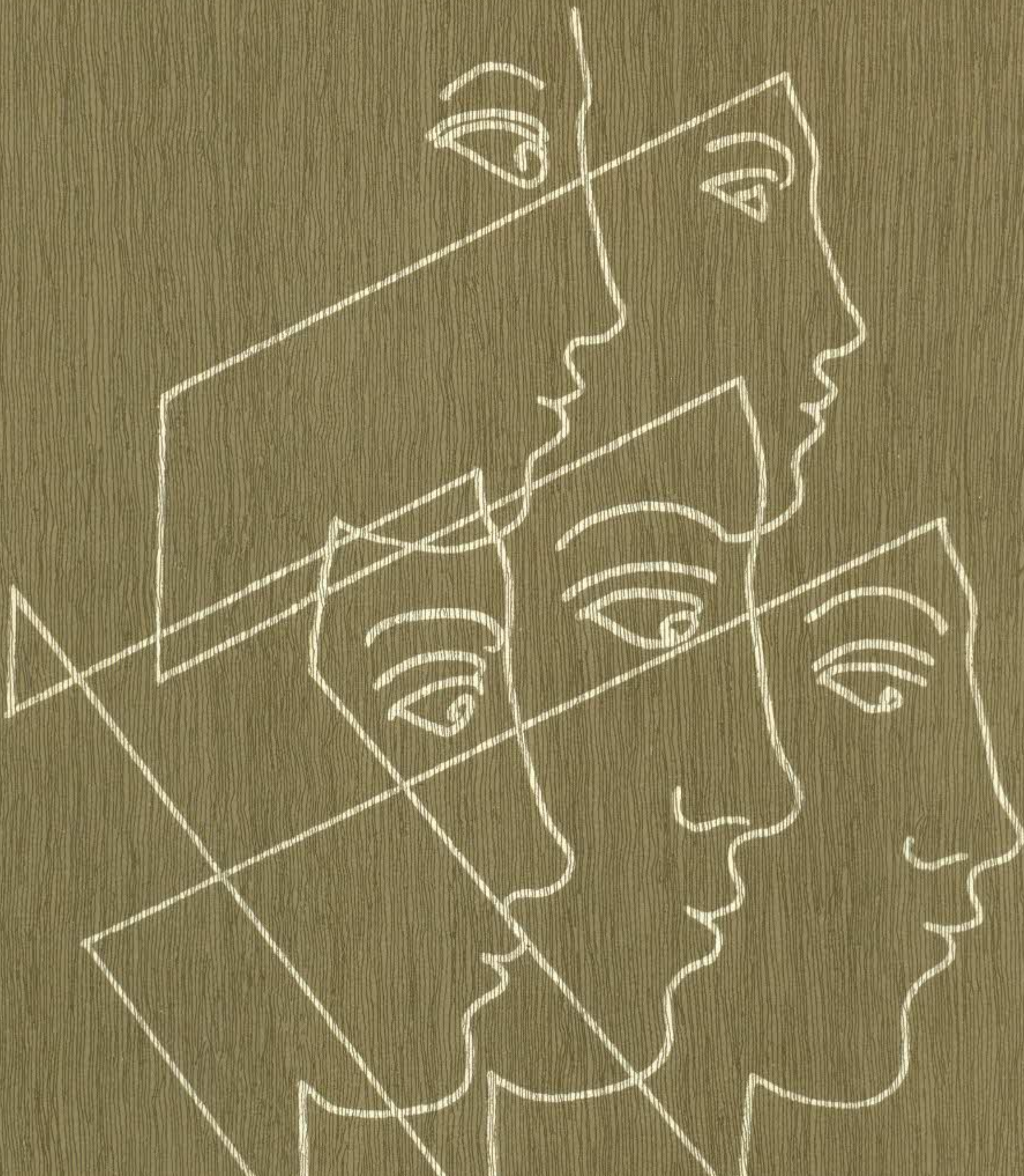
EL HOMBRE ENTRE LOS HOMBRES



Los seis tomos de esta colección han sido publicados bajo la dirección de

PAUL ALEXANDRE

presentados por
PEDRO LAIN ENTRALGO
de la Universidad de Madrid

ANDRE MAUROIS
de la Academia Francesa

TIBOR MENDE
Profesor del Instituto de Estudios Políticos de París

RAYMOND ARON
Profesor de la Sorbona

OTTO KLINEBERG
Profesor de la Facultad de Letras y Ciencias humanas de París

JEAN PIAGET
Profesor de la Universidad de Ginebra

PIERRE AUGER
Profesor de la Sorbona

LOUIS ARMAND
De la Academia Francesa

dirección artística
HANS ERNI

comité de redacción
PAUL ALEXANDRE
PEDRO LAÍN ENTRALGO
NOËL BALLIF
OLIVIER BURGELIN
ROBERT CLOET
MAURICE GODELIER
PIERRE GRÉCO

director de fotografía
ANDRÉ J. SALESSE-LAVERGNE (M.T.A.)

secretario de redacción
DOMINIQUE LAMBILLIOTTE

documentación y compaginación
FRED GIVONE

DEPÓSITO LEGAL, N.° B. 31.944 - 1966 (I)

NEGLOBE, S. A.
Buenos Aires, 49-51, HOSPITALET (Barcelona). 1967
PRINTED IN SPAIN

LA AVENTURA HUMANA

ENCICLOPEDIA DE LAS CIENCIAS DEL HOMBRE

el hombre entre los hombres

SALVAT EDITORES, S. A.

BARCELONA - MADRID - BUENOS AIRES - MEXICO - CARACAS - BOGOTA - RIO DE JANEIRO

Las colaboraciones de Otto Klineberg y Georges Devereux han sido redactadas originalmente en inglés; las de René König, Leopold Rosenmayr y Karl-Heinz Seifert en alemán; la de P. Laín Entralgo en castellano, y las restantes en francés.

Este cuarto volumen ha sido publicado bajo la dirección de PIERRE GRECO, subdirector de estudios en la Ecole pratique des Hautes Etudes de París, con la colaboración de

DIDIER ANZIEU
Profesor en la Facultad de Letras y Ciencias humanas de París-Nanterre

ANDRE BERGE
Director del Centre psychopédagogique Claude Bernard de l'Académie de París

LUCIEN BERNOT
Director de estudios en la Ecole pratique des Hautes Etudes de París

ROGER CAILLOIS
París

ANTOINE CULIOLI
Profesor en la Sorbona

GEORGES DEVEREUX
Director de estudios en la Ecole pratique des Hautes Etudes de París, profesor de investigaciones etnopsiquiátricas en Temple University, Filadelfia.

JULIETTE FAVEZ-BOUTONIER
Profesor de psicología en la Sorbona

JEAN-CLAUDE FILLOUX
Agregado de la Universidad, maître-assistant en la Facultad de Letras y Ciencias humanas de París-Nanterre

CLAUDE FLAMENT
Chargé d'enseignement en la Facultad de Letras y Ciencias humanas de Aix-en-Provence

ALAIN GIRARD
Maître de conférences en la Sorbona

JAMES K. GARFIELD
Nueva York, USA

HELENE GRATIOT-ALPHANDERY
Director-adjunto en la Ecole pratique des Hautes Etudes de París

PIERRE HENRI
Doctor en Letras, profesor honorario en el Institut national des jeunes aveugles de París

JEAN-PIERRE JUNOD
Médico jefe del Centro de Psicogeriatría, Clínica psiquiátrica de la Universidad, Ginebra

OTTO KLINEBERG
Profesor en la Facultad de Letras y Ciencias humanas de París

RENE KÖNIG
Doctor en Filosofía, profesor y director del Instituto de Investigaciones sociológicas en la Universidad de Colonia

CLAUDE LEVY-LEBOYER
Chargée de recherches en el Centre National de la Recherche Scientifique

JEAN MAISONNEUVE
Maître de conférences en la Facultad de Letras y Ciencias humanas de París-Nanterre

ROBERT MEIGNIEZ
Chargé de recherches en el Service de Psychologie appliquée de l'Association française pour l'accroissement de la productivité

LUIS J. PRIETO
Profesor en la Universidad nacional de Córdoba (Argentina) y miembro del Consejo nacional de investigaciones científicas y técnicas en Argentina

MAURICE REUCHLIN
Director del Institut national d'étude du travail et d'orientation professionnelle de París; director de estudios en la Ecole pratique des Hautes Etudes de París

ANNE-MARIE ROCHEBLAVE-SPENLE
Doctor en Letras, maître-assistant en la Sorbona

LEOPOLD ROSENMAYR
Profesor de sociología en la Universidad de Viena, director del Centro de investigaciones sociológicas de la Universidad de Viena

KARL-HEINZ SEIFERT
Doctor en Filosofía, privat-docent en el Instituto de Psicología de la Universidad de Heidelberg

CLAUDE TARDITS
Director de estudios en la Ecole pratique des Hautes Etudes de París

CLAUDE VEIL
Subdirector de estudios en la Ecole pratique des Hautes Etudes de París

ALEXANDRE VEXLIARD
Profesor y jefe del Departamento de Psicología y de Pedagogía de la Facultad de Letras de la Universidad de Ankara

RENE ZAZZO
Director del laboratorio de Psicobiología del niño en la Ecole pratique des Hautes Etudes de París; profesor en el Instituto de Psicología de la Universidad de París

índice de materias

Las leyendas que encabezan los capítulos, así como la introducción a las distintas partes, el prólogo, la conclusión y «Nosotros, tú, él y yo», expresan el pensamiento del comité de redacción, al margen de la responsabilidad de los autores.

PRIMERA PARTE

la socialización del individuo y las relaciones humanas

SEGUNDA PARTE

el medio y las actividades del hombre

TERCERA PARTE

psicología de los marginales

CUARTA PARTE

la estructura de la personalidad

La ilustración de este volumen ha sido realizada por la Oficina de estudios y aplicaciones de métodos y técnicas audiovisuales (M.T.A.), con excepción de las fotografías en cuyo epígrafe se hace una mención distinta. En lo que concierne a estas últimas, los editores desean expresar su agradecimiento a los museos y coleccionistas cuya gentileza les ha permitido reproducir las obras de arte siguientes: *El concierto*, de Marc Chagall (págs. 12 y 13): colección particular (foto Giraudon); *Maternidad*, de Hans Erni (pág. 29): colección personal del artista (foto M.T.A.); *Puerta en las rocas de ventana*, de Ives Tanguy (pág. 35): Museo Nacional de Arte Moderno, París (foto Pierre-Luc Magnin); *La Torre de Babel*, de Pieter Brueghel el Viejo (pág. 69): Kunsthistorisches Museum, Viena (fototeca de los museos de Viena); *Paseo nupcial cacique*, de Lemoyne de Morgues (pág. 85): servicio hidrográfico de la Marina (foto Giraudon); *El abrazo*, de Pablo Picasso (pág. 108): colección Paul Guillaume (foto Giraudon); *Escultura erótica* del templo de Konarak en Orissa, India (pág. 110): foto Roger Viollet; *La boda*, de Henri Rousseau (pág. 125): colección Paul Guillaume (foto Giraudon); *Jugadores de ajedrez*, de Maria-Helena Vieira da Silva (pág. 137): Museo Nacional de Arte Moderno, París (fototeca de los Museos Nacionales); *En el café*, de Foujita (pág. 158): Museo Nacional de Arte Moderno, París (foto Giraudon): *Cabeza de viejo*, de Paul Cézanne (pág. 181): Museo del Louvre (foto Giraudon): *Riña de ciegos*, escuela de Pieter Brueghel el Viejo (pág. 187): Museo de Bellas Artes, Basilea (foto Giraudon); *Ronda de presos*, de Vincent Van Gogh (pág. 211): Museo Pouchkine, Moscú (foto Giraudon); *Retrato de un pintor según Greco*, de Pablo Picasso (pág. 238): colección Rosengart, Lucerna (foto André Held).

Este libro no es un balance ni menos aún, un tratado metódico de las ciencias múltiples y muy fluctuantes que, a pesar de la carta de Auguste Comte, se han desarrollado, durante todo un siglo, entre la biología y la sociología propiamente dicha, e incluso entre la sociología y la psicología, para escrutar al hombre en sus relaciones con los demás. Por otro lado, estas ciencias no han acabado de circunscribir su materia, ni siquiera de escoger su nombre particular: socio-psicología, y psico-sociología no parecen ser, a los ojos de algunos, cuestiones semánticas sino perspectivas diametralmente opuestas; los puristas no aceptan confundir la psico-sociología y la psicología social, ni siquiera esta última con la «psicología de la vida social» que apareció en 1947 en las universidades. En cuanto a la antropología general, cuya crisis actual examina Claude Lévi-Strauss en el texto límpido que abre este tomo IV, previendo su prometedora sobrevivencia, hubiera merecido por sí sola todo un volumen, pero no era esa nuestra intención.

En estos cien últimos años, sin duda, hemos aprendido muchas cosas sobre el hombre. Sobre todo, a considerar de cerca, y con la mayor seriedad, las diferencias innumerables y profundas que nos separan de todos aquellos a quienes, desde hace más de dos mil años, consideramos como nuestros semejantes. Es cierto que existen *L'Esprit des Lois,* y la sabiduría de Montaigne... Pero será menester que transcurra mucho tiempo y que pasen algunas crisis graves para que la anécdota se convierta en hecho científico, en la materia prima de nuestra reflexión acerca del hombre, en vez de seguir siendo un simple objeto de curiosidad.

Hacer el catálogo de estas diferencias, incluso a grandes rasgos, hubiera exigido al menos una ordenación en materias: histórica, geográfica, económica, política, funcional. Hemos dejado que cada autor escoja su punto de vista y sus ejemplos y, puesto que una antología no habría sido tampoco recomendable, hemos intentado, sin forzar ni proscribir el eclecticismo, concebir este libro de modo que el lector pueda, si le interesa, desarrollar una meditación por sí mismo sobre la persona humana y su aventura, como es el propósito general de la presente colección. Por ello, este volumen no suministra ni consejos ni programa: no es nada más que un fichero de consulta.

El hombre y los otros, título claro y corriente, es ya un cierto abuso de lenguaje. Si no hubiésemos temido parecer preciosistas, en lugar de la conjunción habríamos puesto una coma o, tal vez, dos puntos. Porque en la alteridad o, mejor dicho, en las alteridades es donde nos esforzamos en trazar un retrato del sujeto, apenas dibujado, pero perceptible aquí y allá, en su discreta presencia, como el nombre del dador en un rincón

del cuadro. Sí, buscaremos al hombre entre los hombres en vez de proceder al contrario, según el conocido adagio académico: *ab uno disce omnes.*

Podríamos hallar justificaciones diversas de esta elección. Algunas se dejan adivinar fácilmente: las presentaremos al final del libro, limitándonos ahora tan sólo a esbozarlas.

En principio, en vez de situar al hombre en su específico puesto biológico o psicológico como punto cardinal y como referencia de las actividades colectivas, hemos mostrado en los primeros capítulos hasta qué punto estaba poseído su interior por la cultura y las normas elaboradas por la tribu. A partir de las formas más precoces o más rudimentarias de la vida psicológica, lo social se articula sobre lo biológico y el medio sobre el individuo. Y ello es aún más cierto si se trata de conductas elaboradas, incluso de las más íntimas: la percepción, la sexualidad, las emociones. Paralelamente se habrá mostrado cómo se relacionan y evolucionan los vínculos entre los individuos, ya sea que respondan a una coacción autoritaria o que procedan de alguna preocupación común de cooperar, ya sean conflictuales o tan bien asumidas que creamos ver en ellas los frutos de nuestra libre volición.

Después, y bajo una luz algo distinta, observaremos al hombre de hoy en cada uno de los grandes campos en que se integra, en cada uno de los grandes medios en que se inscribe su tiempo cotidiano: familia, escuela, trabajo, vida pública, y también en esos medios imaginarios en los que nos gusta pensar.

Después de lo cual, este cuarto libro de *La Aventura Humana* dará una ojeada a las desviancias, es decir, a algunos de esos hombres que no pueden o no podrán realizarse plenamente en los marcos sociales de los que nunca lograrán escapar. La sociedad ha dado a estas minorías el nombre significativo de «marginales». Vemos que, incluso en su inadaptación, llevan la marca de esa cultura que no les ha necesitado: cada sociedad tiene los inadaptados que merece. Veremos también cómo, en cada ocasión, representan su papel y se parecen a la idea que se ha hecho de ellos el círculo a que tienen acceso. Pero hablar de marginales tal como lo hemos hecho es ponerse uno mismo en tela de juicio. Hubiésemos podido partir de este estudio para comprender al improbable «hombre normal», medida de todas las cosas, repitiendo aquí lo que hizo hace poco en biología nuestro amigo Etienne Wolff, que inauguró brillantemente con una ciencia de los monstruos sus descubrimientos embriológicos. La excepción no confirma la regla, como quiere la prudencia de las naciones, pero la sitúa a veces bajo la luz esclarecedora que reclama la ciencia. Se leerá atentamente, por ejemplo, el estudio consagrado a las enfermedades mentales: así como la loca Casandra revelaba a los troyanos las grandes líneas de su porvenir, podría ser que a través de los avatares del *amok* vislumbrásemos mejor los trazos de una nueva ciencia del hombre.

Debemos reconocer que es una empresa muy extraña pretender ayudar a una reflexión en torno a la persona y su destino sin el auxilio de ningún hilo conductor doctrinal, exhibiendo únicamente un haz de hechos o de observaciones dispares y muy incompletas. Así, el último capítulo de este libro, sin pretender sacar conclusiones de los capítulos precedentes, se dedicará a volver a examinar el problema clásico de la personalidad. Finalmente, nos atreveremos a intentar un proyecto sin duda más arriesgado. Más allá de los balances provisionales, y sin llegarnos a las síntesis problemáticas futuras, el temario que habremos hojeado juntos, por sus lagunas y sus sugestiones, nos permitirá plantear quizá, de un modo más preciso, algunas nuevas preguntas e indagar con mirada penetrante sobre las ciencias del hombre, su programa y su porvenir.





PEDRO LAÍN ENTRALGO

nosotros, tú, él y yo

El rico contenido de este cuarto volumen de *La aventura humana* justifica holgadamente su título: «El hombre y los otros». Pero el sentido de esa «y» copulativa, ¿quedaría suficientemente expreso si ese «hombre» no fuese «yo»? Sólo cuando mi realidad de hombre es vivida como «yo» — sólo cuando mi experiencia de mí mismo se me aparece como «yo pienso», «yo veo» o «yo ando» —, sólo entonces posee un sentido real la expresión «los otros». Ahora bien: la vida subyacente a las palabras «yo y los otros» lleva dentro de sí la realidad actual o la posibilidad próxima de un «nosotros» plural (yo y todos los otros) y de un «nosotros» dual (yo y tú, yo y él). Lo cual, además de autorizar el empleo del epígrafe «Nosotros, tú, él y yo» como enseña del volumen entero, nos mueve a examinar lo que el hombre piensa y siente hoy cuando pronuncia reflexivamente los cuatro pronombres personales que lo componen. «Qué alegría más alta, vivir en los pronombres», escribió el poeta Pedro Salinas. Tratemos de ver con alguna precisión las razones actuales de esa alegría.

I. Un poco de historia. Por razones que ahora no son del caso [1], sólo desde la Baja Edad Media — y con plena explicitud, sólo desde Descartes — ha podido existir para el hombre el llamado «problema del otro»: la azorante necesidad intelectual de justificar filosóficamente el hecho de que mis semejantes, los seres parecidos a mí con quienes trato, sean «hombres como yo». El punto de partida del pensamiento moderno es, como todo el mundo sabe, la conciencia del propio «yo». *Je pense, donc je suis*, dice la conocidísima sentencia cartesiana; y de ella es supuesto el hecho psíquico de que mi realidad — la realidad que piensa — se me haga presente, no sólo como *moi*, mas también como *je*, como «yo» consciente y ejecutivo. Pues bien: regido por ese radical presupuesto metódico, el hombre moderno ha admitido como naturales e indiscutibles dos cosas: que lo verdaderamente primario y fundamental de la condición humana es el hecho de que cada individuo sea un yo, y que la real condición humana de «los otros», de aquellos que para hablar de sí mismos también dicen «yo», es por lo pronto un grave y actual problema de orden puramente intelectual.

En la alborada del mundo moderno, Descartes siente la necesidad de preguntarse si los hombres que pasan ante su ventana no serán, en realidad, autómatas con figura humana. En la declinación de ese mundo, Husserl escribirá que cuando nuestra mente llega a ser verdaderamente filosófica acabamos descubriendo que «no tenemos derecho a hablar en plural». A lo largo de esos tres siglos, casi todo el pensamiento de Occidente ha sido, en orden a este problema, una oscilación entre el solipsismo (la afirmación de que sólo yo soy verdaderamente real) y el nosismo (la tesis de que la palabra «nosotros» no tiene su fundamento real en la coexistencia, sino en la identidad): dos rostros contrapuestos de una misma idea del hombre. Para el solipsista a ultranza — «un loco dentro de un fortín inexpugnable», según la frase de Arthur Schopenhauer — no hay posibilidad de decir sinceramente «nosotros». Para el nosista consecuente, decir «yo» equivaldría a decir «nosotros» o sería en todo caso un movimiento mental e histórico hacia un estado del hombre en que, al fin, «yo» llegue a ser realmente «nosotros».

No puedo exponer aquí las diversas construcciones intelectuales con que el pensamiento occidental ha ido realizando esa oscilación. Debo limitarme a decir que los hombres del siglo XX han roto de la manera más tajante con ese dilema moderno entre el yoísmo solipsista y el nosismo identificador. Por una parte, negando que el yo sea lo verdaderamente primario y fundamental en la realidad del hombre. Por otra, descubriendo el fecundo Mediterráneo de que, para el hombre, existir es coexistir; si se quiere, que no hay y no puede haber «yo» sin «otros»; en definitiva, que el llamado «problema del otro» no pasa de ser un falso problema. Desde muy distintos supuestos, toda una serie de pensadores de nuestro siglo — Scheler, Martin Buber, Ortega, Ebner, Heidegger, Löwith, Jaspers, Gabriel Marcel, Sartre, Zubiri — ha ido dando sucesiva forma personal a ese doble aserto.

[1] Para conocer estas razones y para ampliar cuanto en este artículo digo, véase mi libro *Teoría y realidad del otro* (2 vols., Madrid, 1961).

La clave de la común hazaña ha sido, a mi juicio, el descubrimiento de una radical manquedad en el punto de partida del pensamiento moderno. Este, en efecto, comenzó diciendo «pienso, luego existo», y debió decir «pienso, luego existimos». Cuando pienso, soy yo, ciertamente, quien piensa: yo soy el sujeto de toda actividad libre y consciente de mi ser. Pero el contenido de esa actividad mía —lo que yo hago cuando pienso, siento, veo, recuerdo, ando, etc.— hace siempre referencia a la existencia de los demás, aunque éstos parezcan no estar presentes ante mí o en mi acto. Cierro los ojos y pienso en la longitud de la circunferencia y en la fórmula matemática que la expresa: $2\pi r$. A primera vista, soy un hombre que piensa en soledad acerca de algo que parece no llevar consigo la existencia de otros hombres. Pero sin otros hombres, ¿habrían podido existir en mi mente los conceptos de «circunferencia» y de «radio»? Rehaciendo en soledad la geometría de Euclides, el niño Pascal llevaba en sí, sin detrimento de su individual genialidad, hombres que conocía y hombres que no conocía. Otro tanto podría decirse de cualquiera de los actos del hombre. No hay duda: «pienso, luego existimos». Como agudamente dice Max Scheler, un Robinson hipotético que no hubiera visto nunca a otro hombre poseería la evidencia de un tú en general, sentiría en sí la necesidad de que en alguna parte existiesen hombres como él.

Decir «un hombre» equivale a decir «un hombre y los otros». Decir «yo» es poder decir «nosotros y yo», y por lo tanto «tú, él, vosotros y ellos». Un pronombre personal, el que sea, exige vital y metafísicamente la existencia de los demás. Tratemos de ver cómo acontece esto en el plano de la realidad empírica.

II. La palabra «yo» es el nombre de mi realidad, cuando soy claramente consciente de ella. Mas para «ser consciente» de mi realidad necesito «hacerme consciente» de su existencia, porque en mi vida hay muchos estados —la infancia, el sueño, la actividad no reflexiva, etc.— en que no tengo conciencia clara y expresa de mí mismo; vivo, actúo, existo sin pensar que tales acciones tienen un autor y que éste «soy yo». Lo cual quiere decir que el yo —el hecho psíquico de llamarme «yo» a mí mismo— tiene siempre una génesis: el tránsito vital en cuya virtud mi realidad, sentida por mí, llega a ser efectivamente «yo». Vamos a examinar a continuación dos importantes modos particulares de ese tránsito.

Ante todo, el que hace posible que la realidad de un individuo humano pueda ser «yo»: la conversión del niño en adolescente. Es cierto que el niño sabe decir y dice con frecuencia «yo»; pero, comparado con el del adulto, el yo del niño es más bien un lábil y difuso «nosotros». «Si se observa a niños de tres a cinco años jugando a cualquier juego —escribe el psicólogo Grünbaum—, se advierte que cada niño está visiblemente preocupado sólo de sí mismo y que, en realidad, sólo de sí habla. Cuando se les oye de lejos, se creería que sostienen una conversación; pero si nos acercamos, pronto veremos que aquello no es sino un *monólogo colectivo,* en el cual los participantes ni *se* escuchan ni *se* responden entre sí... Los niños parecen conducirse sin miramiento alguno hacia los otros, precisamente porque se tratan sobre el supuesto de que todos sus pensamientos, incluso los mal expresados o no expresados en absoluto, son una propiedad común.» Sólo con la paulatina conversión de la infancia en adolescencia (véase cómo acontece tal conversión en los trabajos de Spranger, Mendousse, Ch. Bühler y Piaget) surgirá en el niño una verdadera intimidad, y por lo tanto la posibilidad de descubrir que «los otros son otros» y que «él es él». La posibilidad de ser «yo» ha aparecido en mi vida cuando desde mí mismo —desde una intimidad segregada de todo lo exterior a mí— puedo contraponerme y de hecho me contrapongo a «lo otro» (el mundo cósmico, los objetos que me rodean) y a «los otros» (los demás hombres). Como dijo Ortega, yo soy yo y mi circunstancia. Sin «yo» no habría «los otros», es cierto; pero no es menos cierto que sin «los otros» no habría «yo».

Lo mismo cabe decir de la aparición de la conciencia reflexiva en el hombre adulto. Cuando ingenua y frontalmente estoy entregado a vivir —cuando pienso en algo, veo un paisaje, como, etc.—, soy una realidad que vive humanamente, pero no soy «yo». Para que de hecho lo sea, es precisa una de estas dos cosas: que una decisión de mi voluntad corte la operación a que estoy entregado —pensar, ver, comer, etc.— y me enfrente con «lo otro» y «los otros», o que, sin yo proponérmelo, surja ante mí una novedad que me obligue, acaso con sobresalto, a esa faena de enfrentamiento. Véanse, por lo que toca a esta segunda posibilidad, los finos análisis de Sartre en *El ser y la nada* (el paseante solitario ante el cual surge impensadamente otro paseante y descubre de golpe que «ser» es «ser-para-otro»).

Sin «los otros», el hombre no sería «yo». Sentirse o pensarse como yo supone un enfrentamiento real o hipotético con los demás hombres. Pero acontece que el contenido empírico de ese yo —la realidad que nombro cuando pronuncio esta palabra— es en grandísima parte un legado o una donación de los otros. Paradójicamente, y en proporción nada escasa, yo soy los demás.

¿Acaso no es así? La figura de mi cuerpo —mi talla, los rasgos de mi rostro, etc.— se halla en buena parte determinada por las peculiaridades del plasma germinal de mis antepasados. Un genealogista ingenioso ha puesto de relieve que todos los europeos actuales tenemos en nuestro organismo una partecita de Carlomagno: a través de nuestros padres, a todos nos configuran nuestra estirpe y la sociedad a que ella perteneció. Por otro lado, el hombre nace penosamente inmaturo. Los nueve meses de útero materno no son suficientes para dar al recién nacido la inicial madurez que exige la vida biológica dentro del mundo a que nace. El zoólogo Ad. Portmann ha estudiado con gran brillantez la inmaturidad natal del individuo humano y ha propuesto dar el nombre de «útero social» al entorno protector y conformador que rodea al niño durante los primeros meses de la infancia extrauterina; entorno en el cual es parte principalísima la madre o la persona que como tal

actúa. No debo exponer aquí la copiosa investigación biológica, psicológica y clínica (Spitz, Silvia Brody, Sullivan, Bowlby, etc.) que en estos últimos años ha promovido ese tema, tan profunda y originalmente tratado entre nosotros por J. Rof Carballo en sus libros *Urdimbre afectiva y enfermedad* y *Violencia y ternura*. Diré tan sólo que la acción nutricia y configuradora del «útero social» completa y perfila el modelado de la constitución individual que antes del nacimiento iniciaron la peculiaridad génica y la gestación uterina del embrión. Nos «enseñan» a tener figura y movimientos de hombre: recuérdese la apariencia monstruosa de los niños-lobo de Midnapore y de otros niños criados sin contacto con los demás hombres. Y esa acción es, más allá de la pura biología, el cauce a través del cual acontece la primera «impregnación cultural» del ser humano (Margaret Mead, Ruth Benedict); esto es, la adquisición de los hábitos psíquicos (saberes, normas estimativas, etc.) por los cuales pertenecemos a una determinada cultura, a la «nuestra». La educación familiar y la educación escolar —cualesquiera que sean las formas históricas y sociales que ambas adopten— dan término a esa doble faena de inyección y troquelado con que los demás conceden cuerpo y figura a la realidad que por obra de una irreflexiva miopía mental cada uno de nosotros suele llamar «yo». Las páginas de este volumen lo demuestran del modo más fehaciente.

En suma: quien dice «yo» no sólo se halla situado frente a «los otros», sino que además está diciendo «los otros», y por tanto «nosotros»; hasta cuando él quiere estar o cree estar aislado de sus semejantes. «La realidad *dialógica* del ser humano, esto es, aquella que se revela en el *encuentro* y en el *diálogo* —ha escrito Rof Carballo— pone al descubierto que en lo más entrañable de su existencia, y hasta en el acabado de su física armazón, el hombre está *constituido*, de manera esencial, por su prójimo.» Muy lejos de cualquier identificación ontológica entre hombre y hombre, dando a cada persona humana la rigurosa individualidad metafísica y psicofisiológica que por ser persona le corresponde, el «Yo soy Nosotros» de Hegel ha logrado hoy una vigencia que el filósofo idealista estaba muy lejos de sospechar.

III. Frente al «yoísmo» del siglo XIX, la palabra «nosotros» ha llegado a ser una de las claves del nuestro. A través de las guerras de exterminio, los campos de concentración y las cámaras de gas, una vehemente sed de solidaridad y fraternidad universales ha nacido en las almas y en las conductas.

¿Quiere esto decir que en el alma del hombre actual existe una expresa vocación de «vida de hormiguero»? No lo creo. Es cierto que, con vocación o sin ella, muchos hombres actuales son hormigas de la colectividad a que pertenecen; la cultura de masas constituye, como sabemos, uno de los fenómenos más arrolladores de nuestro tiempo. Pero también lo es que nuestro tiempo ha sabido descubrir —o redescubrir— aquello por lo cual el individuo humano puede llamarse a sí mismo «yo» y enfrentarse con todo lo que no es él: su condición de «persona». La vieja noción de persona, oscurecida en el pensamiento europeo posterior a Kant, ha resurgido con brío nuevo en el siglo XX (Scheler, Jung, Mounier, Zubiri).

Fiel a la etimología del término «persona», la condición personal del hombre es aquello por lo cual el individuo humano puede ser «personaje» —barrendero o ministro, padre de familia o vagabundo— en el mundo de que forma parte. Pero un hombre no podría ser personaje, actor de su vida en el gran teatro del mundo, si esa vida no fuese real y verdaderamente «suya»; esto es, si su condición de persona no llevase radicalmente consigo una intimidad que sea centro de apropiación. Nadie ha sabido verlo con tanta precisión como Zubiri. Ser «persona» —nos dice— es, por lo pronto, ser «yo»; un «yo» no opuesto impersonalmente al no-yo, sino a los otros «yos» con que el hombre se encuentra, al tú y al él. En consecuencia, la persona es también «mì», el «mi» de la expresión «yo soy mí mismo»; expresión en la cual se alude a una mismidad que no es mera identidad consigo mismo (ser el mismo hombre a lo largo del tiempo), sino intimidad metafísica. El «mí mismo» me remite así a un estrato de mi realidad todavía más hondo: a la estructura real y pre-vivencial de la realidad que yo soy. Y esta estructura consiste en que anteriormente a toda vivencia mía y como condición de toda vivencia de «mí mismo», yo soy mi «propia» realidad, una realidad que me es propia. La persona es, pues, intimidad capaz de apropiación. Mi condición de persona es el modo propio de mi «realidad sustantiva», la cual se constituye y manifiesta como «ser sustantivo» cuando se expresa bajo forma de «yo»; cuando yo, hablando de mí, digo «yo soy».

La condición de persona, existente desde antes de nacer, va adquiriendo realidad concreta a lo largo de la vida bajo forma de «personalidad». Con su personalidad propia, el individuo humano, constituido por los otros, trata con los otros y se enfrenta con ellos dentro de la sociedad a que pertenece. La familia, la escuela, la vida sexual, la iglesia, la profesión, el juego y tantas otras instituciones son los distintos marcos que configuran la relación entre el hombre y los otros. Pero cualesquiera que sean su contenido y su forma, esa relación tiene un modo a la vez genérico y propio: el *encuentro*. El hombre trata con los demás encontrándose con ellos.

El tema del encuentro ha sido frecuentemente estudiado en nuestro tiempo (véase, entre otros, el libro colectivo *Rencontre. Encounter. Begegnung*, Utrecht, 1957). Por mi parte, además de describir genéricamente el encuentro interhumano, he distinguido en él tres formas típicas, correspondientes a las tres intenciones cardinales del hombre respecto de aquel que se le aparece como «otro». En la primera, el otro se me muestra como *objeto:* es algo que está ante mí, oponiéndose como un obstáculo a mis propósitos, sirviéndome de instrumento en la realización de éstos, ofreciéndome la ocasión de contemplarle con amor o con odio, permitiéndome manejar de algún modo, acaso para destruirla, su realidad propia. Piense cada cual en su vida cotidiana, y advertirá la frecuencia con que uno se encuentra con los

demás hombres movido —más o menos conscientemente— por la intención de convertirles en simples objetos. En medio de esta habitual e inevitable faena objetivadora, el otro puede ser visto y tratado por mí según lo que él por sí mismo es; por tanto, como *persona.* En tal caso, reconozco en él su intimidad (oyéndola de él, si me la confía, o imaginándola a través de su conducta), y con amor o con odio tengo en cuenta su libertad. La «comprensión» —la conjetura acerca de la intención y el sentido de las acciones y las expresiones ajenas— es la vía regia para la comunicación con el otro como persona. Pero hay ocasiones, demasiado pocas, tal vez, dentro de nuestra sociedad tecnificada y utilitaria, en que el hombre se acerca al otro con el deseo de convertirle en *prójimo;* esto es, con el deliberado propósito de ayudar y mejorar en alguna medida lo que en él es naturaleza (así el samaritano de la parábola evangélica) o lo que en él es persona (así el que por generosidad enseña al ignorante o da buen consejo al que lo necesita). Tratar al otro haciendo de él un amigo o un prójimo es, sin duda, la forma más alta del encuentro interhumano.

Objeto, persona o prójimo, según la intención con que yo le trate, el otro puede ser miembro de mi familia, compañero de escuela, profesión, viaje o juego, miembro de la iglesia o del partido político a que yo pertenezco, convecino, consocio del club en que yo estoy inscrito y mil cosas más, entre todas las que constituyen la relación «normal» entre hombre y hombre. Mas también puede hallarse incluido en alguno de los grupos que en las páginas de este libro han sido llamados «marginales». Un semillero de problemas intelectuales y morales surge así ante nosotros. ¿Qué es encontrarse y tratar con un viejo ya marginado por la sociedad o con el inválido, el vagabundo, el inmigrado, el delincuente y el enfermo mental? ¿Cómo uno debe encontrarse y tratar con todos ellos? Sin una respuesta suficiente a estas interrogaciones, no podremos decir que estamos cumpliendo decorosamente la aventura de ser hombres, la aventura humana.

Como hemos visto, ésta lleva consigo la pertenencia consciente a la historia universal y local, la habitación de la tierra y la relación social y personal con los demás hombres. Pero también, y acaso con más básica exigencia, la relación con uno mismo. ¿Qué sabe el hombre acerca de sí mismo, en cuanto individuo viviente? Después de haber contemplado esos cuatro extensos capítulos de nuestra máxima aventura —la historia, la organización del planeta, la sociedad moderna y la relación con los demás—, preparémonos a descubrir lo que para la ciencia actual es la estructura y la dinámica de cada uno de nosotros.

ESTE *volumen se ha consagrado íntegramente a las relaciones entre el individuo y la sociedad, es decir, que el objeto del mismo consistirá en la consideración de la interacción entre el psiquismo y la cultura.*

Esto representa el problema esencial de toda psicología y, sobre todo, de la psicología que llamamos social. Sin adelantarnos sobre las ideas expuestas en el curso de los diferentes capítulos que forman la obra intentaremos en estas líneas «poner a punto» el tema tal como es visto en el momento actual.

Ante todo podría preguntarse si, en el momento actual de la psicología, es preciso discutir todavía la relación entre la cultura y el comportamiento. Desde hace tiempo, nos hemos habituado a tomar en consideración los descubrimientos efectuados por los etnólogos sobre las posibles variaciones existentes en los diversos comportamientos que podrían haberse considerado en otro tiempo como universales.

Primordialmente los psicólogos de la escuela francesa han sufrido la influencia ejercida por científicos como Durkheim, Mauss, Blondel, Granet, Halbwachs y otros muchos que, aferrados tenazmente a las implicaciones psicológicas de sus observaciones, han dirigido de manera preferente su atención y dedicado todo el esfuerzo de sus estudios e investigaciones hacia las «normas culturales del comportamiento».

En los Estados Unidos se ha hablado de una suerte de batalla ganada por los «relativistas» contra los «universalistas». Margaret Mead, en el prólogo de la segunda edición de sus estudios en Oceanía (1939), indica que el clima de opinión hacia 1925, cuando inició sus primeros estudios basados en recopilar las respuestas a su primer cuestionario entre la adolescencia de Samoa, se caracterizaba por la noción de una naturaleza humana sólidamente basada en la biología, rígida, constante y universalmente igual. En la actualidad, añade Mead en 1939, «la batalla está ganada». Como los creyentes de la Edad Media añadían un solemne «si Dios quiere», antes de expresar un deseo o describir un proyecto, los que escriben sobre los problemas humanos y de la sociedad han aprendido a añadir un «en nuestra cultura» siempre que hablan del comportamiento humano.

La nueva y maravillosa revista publicada bajo los auspicios de la Unión Internacional de Psicología científica, el Journal International de Psychologie. *constituye una prueba fehaciente de la tendencia expresada antes; el magnífico prefacio de la misma, escrito con cuidado estilo por James Drever, ex presidente de la antes mencionada sociedad científica, dice: «El problema consiste en explotar las variaciones que la naturaleza nos proporciona con las diferencias de ecología, cultura y lenguaje.»*

Sin embargo, sería demasiado simplista hablar de una «batalla ganada». Mc Dougall, a despecho de su insistencia sobre la gran importancia de los instintos, admitía la influencia del medio social y cultural sobre el comportamiento. Los etnólogos hablan también de la «unidad psíquica de la humanidad». Los etnólogos como Lorenz y Tinbergen, alma de un evidente movimiento ideológico de renacimiento del concepto de instinto, se hallan muy lejos de ignorar las influencias del medio y de la experiencia sobre el comportamiento.

normas culturales del comportamiento

Para resolver el conflicto o «la batalla» de una manera que resulte honrosa para todos los combatientes, se ha sugerido con acierto asignar a todo tipo de comportamiento humano el gráfico calificativo de «biosocial» (Murphy) y se ha insistido muchísimo en que este comportamiento es debido en un 100 % al medio y en un 100 % a la herencia (Hebb). El honor se ha salvado, quizás, pero precisa preguntarse, y reflexionar además, qué realidad es capaz de esconderse detrás de estas nobles expresiones impregnadas del más puro sentido de pacificación.

No es nada difícil encontrar varios ejemplos gráficos demostrativos de la relación existente entre la cultura y las normas del comportamiento. No pueden aceptarse las formulaciones de que estas normas sean debidas precisamente a la cultura, o bien causadas o por lo menos modeladas [patterned] *por ellas ya que, después de todo, estas normas se incluyen a menudo en la cultura y constituyen por lo tanto uno de sus típicos aspectos. Es difícil hallar en el vocabulario corriente una expresión más exacta. En cuanto a la personalidad, se ha propuesto hablar de la cultura en la personalidad* [culture in personality] *o de personalidad en la cultura, o bien recurrir al vocablo compuesto cultura-y-personalidad para indicar la existencia de una indivisibilidad de ambos términos.*

Es posible abordar el problema del comportamiento de la misma forma que lo hemos hecho con el anterior y preguntarse hasta qué grado las normas del comportamiento pueden hallarse en la cultura. Agradeceríamos que si alguien que nos leyere puede ayudarnos a encontrar una formulación más exacta de esta compleja relación nos lo comunique.

En el excelente resumen preparado por el etnólogo Kluckhohn para uso de los psicólogos en 1954 (en G. Lindzey, Handbook of Social Psychology*) con el título* Culture and Behavior*, puede hallarse magníficamente recopilada una rica documentación, muy variada, sobre este problema. Comienza con el estudio del comportamiento biológico interno; no solamente el apetito, sino también los ritmos de alimentación y de digestión, se hallan sometidos al «control natural». El comportamiento sexual varía enormemente, tanto en cuanto a su naturaleza como en sus fuentes de satisfacción; la homosexualidad, por ejemplo, es universalmente admitida en ciertas sociedades y desconocida en otras. Los hábitos motores (profundamente estudiados en todos sus aspectos por el francés Marcel Mauss) referentes a los gestos, a la manera de deambular, de moverse, de gesticular o de sentarse; la percepción de los colores, los fenómenos del tiempo y del espacio, ligados a la naturaleza de las expresiones lingüísticas; la memoria; la cognición; la manera cómo las experiencias son categorizadas, también bajo la influencia del lenguaje; reacciones afectivas, la expresión de las emociones; tendencias hacia la fantasía, procesos inconscientes, contenido y estructura de los sueños; psicopatología; valores; educación de los niños, etc., en todos estos terrenos los ejemplos de variación cultural son numerosos y, a menudo, sorprendentes por su exotismo y su abigarramiento para el psicólogo que se quedó encerrado en los límites estrechos de su laboratorio etnocéntrico.*

Ante todos los datos anteriores cabe hacerse las siguientes preguntas: ¿Cuál debe ser nuestra reacción ante la psicología humana después de la experiencia de tantas variaciones en el comportamiento humano? ¿Qué sentido es posible dar al «relativismo cultural» así demostrado?

Las variaciones culturales en las normas del comportamiento son innegables e importantes. Sin embargo, existen todavía algunos problemas que evidentemente deben plantearse ante esta importante documentación que, salvo excepciones, es debida a observaciones de los etnólogos. La primera se refiere al sentido de un comportamiento cualquiera, lo que significa el hecho de que en determinada cultura, el comportamiento difiere del que lógicamente hubiésemos tenido que esperar según nuestra propia experiencia. Tomemos como un ejemplo demostrativo el infanticidio, que era un procedimiento muy difundido entre determinados pueblos. Las razones que impulsaban al mismo eran varias (económicas, «religiosas», razones de conveniencia, etc.). Pero ¿cuáles eran las reacciones y la actitud de los padres que llevaban de este modo sus hijos a la muerte? Si actuaban empujados por razones de necesidad o económicas, no existe en ello una clara «norma de comportamiento» francamente diferente de la nuestra. Si efectuaban la acción con indiferencia o, aun con placer, la distancia que media entre sus normas y las nuestras es evidente. A veces es difícil sacar de la recopilación de los datos etnológicos del pasado las informaciones necesarias para poder lograr fácilmente una interpretación psicológica de las observaciones efectuadas.

Un último problema, que nos parece importante y que ha sido relativamente menospreciado hasta el presente por casi todos los autores, se refiere a la frecuencia de una norma de comportamiento cualquiera. El sociólogo americano Robert E. Park citaba a menudo las palabras de Sumner: «Las costumbres pueden hacerlo todo aceptable.» Y añadía, «pero le es más difícil hacer aceptables determinados hechos que otros». Esto nos parece una observación muy importante para poder llegar a interpretar según el sentido de un «relativismo cultural».

El infanticidio constituye una norma en determinadas situaciones y en ciertas sociedades, pero es relativamente más raro que el comportamiento de tipo opuesto. Existen culturas en las que la adopción de niños se halla tan difundida que resulta sumamente difícil obtener genealogías de éstos; pero existen más casos todavía en los cuales los niños se quedan con sus propios padres.

La homosexualidad es considerada como «aceptable» en muchas sociedades, pero no es tan frecuente ni considerada tan normal como la heterosexualidad. Es totalmente imposible llegar a considerar ciertas normas como más «naturales» (más biológicas) que otras. ¿Existe aquí una limitación importante del concepto de «relativismo cultural» en todo cuanto se refiere a las normas del comportamiento?

Pongamos otro ejemplo. Murdock, utilizando las Human Relations Area Files, *que constituyen una fuente preciosa para las investigaciones cuantitativas en este terreno, ha estudiado la división del trabajo, según el sexo, en 224 tribus distribuidas por todo el mundo. Las tareas asignadas a los hombres comprenden: guardar el ganado (84 %), pesca (86 %), caza (98 %) y la guerra (prácticamente el 100 %). La explicación dada por Murdock se halla indirectamente ligada a la biología. Las mujeres tienen tendencia a permanecer cerca de su hogar y dedicar las máximas atenciones a sus hijos; los hombres pueden alejarse con más facilidad de su casa y trabajar en un lugar relativamente distante de la misma. El hecho de que se observen algunas excepciones a esta ley de carácter general es quizás mucho menos importante que la misma tendencia general observada en la gran mayoría de los casos estudiados.*

Un tercer problema se refiere a la determinación de los límites de la influencia de una norma cultural sobre el individuo. Aquí, el caso más sorprendente parece ser el de la percepción, en el cual el aporte de los factores «funcionales» ha suscitado muchas discusiones. Malinowski, pone el ejemplo de una norma cultural entre los trobriandeses, referente a la idea que éstos tienen sobre la causa del parecido entre diferentes miembros de la misma familia. El hijo debe parecerse a su padre y todo el mundo afirma la existencia de este parecido; no debe parecerse a su madre ni a su hermana, ni incluso a su hermano; toda posibilidad de parecido es negada por ellos rotundamente. En esta situación ¿existe simplemente un rechazo en admitir lo que se ve, o bien la percepción visual es realmente determinada por la norma cultural? Y, todo esto ¿hasta qué grado? Si se pudiese presentar experimentalmente a los trobriandeses una serie de casos de hermanos que se parecen cada vez más entre sí, ¿encontraríamos precisamente un «dintel» por debajo del cual la norma cultural no tendría ya ninguna influencia sobre la percepción?

Siempre en el terreno de la percepción, el problema de la clasificación de los colores o de las nomenclaturas utilizadas para la identificación de los mismos, ha despertado un gran interés a todos los observadores. En determinados grupos de indios americanos, Lévi-Strauss ha observado que el amarillo y el rojo forman una sola categoría lingüística, y el azul es asimilado al negro o al verde. Entre muchas tribus que habitan en América del Norte, la misma palabra es empleada para indicar el verde o el azul pálidos. Nadie sugiere en la actualidad que estas diferencias lingüísticas representan una verdadera diferencia en el sentido subjetivo de la sensibilidad cromática individual.

Sin embargo, es cierto que las experiencias de laboratorio realizadas con individuos zuni han indicado que si el lenguaje no dispone más que de una palabra para indicar dos colores diferentes (naranja y amarillo, por ejemplo), estos dos colores eran fácilmente confundidos en el curso de los reconocimientos efectuados.

Brown (1958) sugiere que somos capaces de establecer más fácilmente distinciones si el vocabulario que empleamos contiene términos específicos para denominarlas. Aplica el nombre de «codificabilidad» a este fenómeno. Las categorías que pueden enumerarse con palabras específicas son más codificables que las que tienen necesidad del empleo de una perífrasis. Pero si la «codificabilidad» facilita el reconocimiento y el recuerdo de ciertas experiencias, su influencia sobre la «percepción» es a todas luces innegable. El problema de los límites de esta influencia persiste. En un reciente estudio efectuado por Segall, Campbell y Herskovits en el año 1966 ha podido demostrarse que determinadas ilusiones, como la de Müller-Lyer, por ejemplo, son menos pronunciadas en ciertos individuos africanos tradicionales que entre los europeos o americanos a causa, probablemente, de que el medio de estos últimos es más carpentered, *es decir, lleno de objetos rectangulares artificiales creados por el carpintero que tienen una influencia sobre la naturaleza de nuestras percepciones.*

Aun cuando se acepte plenamente esta explicación, la posible extensión de dicha influencia sobre la naturaleza íntima de nuestras percepciones no aparece todavía muy clara en la actualidad.

Un cuarto problema se plantea. Si una norma cultural existe, cualquiera que sea su distribución ¿en qué proporción es aceptada? Edward Sapir, que ha sido uno de los precursores en el estudio de las relaciones entre la cultura y el comportamiento individual, cita una frase que encontró en un libro de J. O. Dorsey sobre Omaha Sociology: *«Deux Corbeaux (el nombre indio de Omaha) nie cela.» Sapir añade que este indio «perfectamente auténtico y autoritario, pretendía negar la existencia incluso de una costumbre, de una actitud o de una creencia (o de una norma cultural del comportamiento) de la cual había salido fiador otro indio, no menos auténtico y digno de fe». Los estudios biográficos presentados por los etnólogos dan pruebas de que la dicotomía entre la estructura cultural y la experiencia del individuo (dicotomía jamás completa), se halla siempre presente en un determinado grado.*

La tendencia general se orienta a considerar las culturas primitivas como relativamente homogéneas, pero las investigaciones llevadas a cabo por Roberts, en el año 1951, en tres familias vecinas dieron un resultado parecido a las de una tribu de Novaho, y han mostrado ostensibles diferencias, tan notables que cada familia podía ser considerada y descrita como si fuese realmente subcultura única.

Es evidente que ninguna cultura se expresa jamás completamente en un solo individuo o una sola familia, y que las diferentes normas culturales del comportamiento no actúan de la misma forma en todas partes. En la terminología de Linton, existen valores universales que se aplican a todos los sujetos adultos de una sociedad; las especialidades no es posible encontrarlas más que en determinadas categorías de individuos (sacerdotes, guerreros, médicos, ingenieros, químicos); constituyen en realidad alternativas, entre las cuales se puede elegir libremente, y variantes que se hallan sólo en ciertos individuos o subgrupos restringidos.

Una norma cultural puede aplicarse a toda la comunidad, pero no de forma forzosamente obligatoria; el estudio de una de estas normas debería tener siempre en cuenta su distribución en la sociedad.

Un quinto problema se plantea. Tomemos el caso de una norma universal, en el sentido de que es aplicable a todos los adultos. Sin embargo, esto no quiere decir que sea necesariamente seguida por todo el mundo. Se trataría de una norma ideal, deseable, realizada en cierto número de casos con alguna probabilidad. Es necesario distinguir este fenómeno de una alternativa, en el sentido de Linton, en la que la elección parece libre; sin embargo, aunque así lo parezca, la elección no es absolutamente libre, ya que existe un comportamiento sancionado por las normas y otros no. Las excepciones pueden ser muy numerosas para ser consideradas como desviaciones. Tal es el caso, para citar un ejemplo, del control y las normas y procedimientos anticoncepcionales entre los individuos católicos. Sucede lo mismo que con el comportamiento lingüístico, en el cual las normas gramaticales indican cómo debe hablarse correctamente, pero no cómo se habla en la práctica ordinaria.

En todo este campo de estudio de las normas culturales, se tiene la impresión de que los etnólogos se interesan no sólo en los «universales» precisamente, en el sentido de un comportamiento aceptable para el grupo en general. En una discusión amistosa que hemos tenido con Margared Mead a propósito de estos estudios sobre el carácter nacional, le preguntamos si todos los americanos se comportaban según las generalizaciones establecidas. A esta interrogación la mencionada autora nos respondió:

«Nosotros, los etnólogos, nos interesamos en la gramática de una cultura; vosotros, los psicólogos, os ocupáis en cambio en los dialectos.»

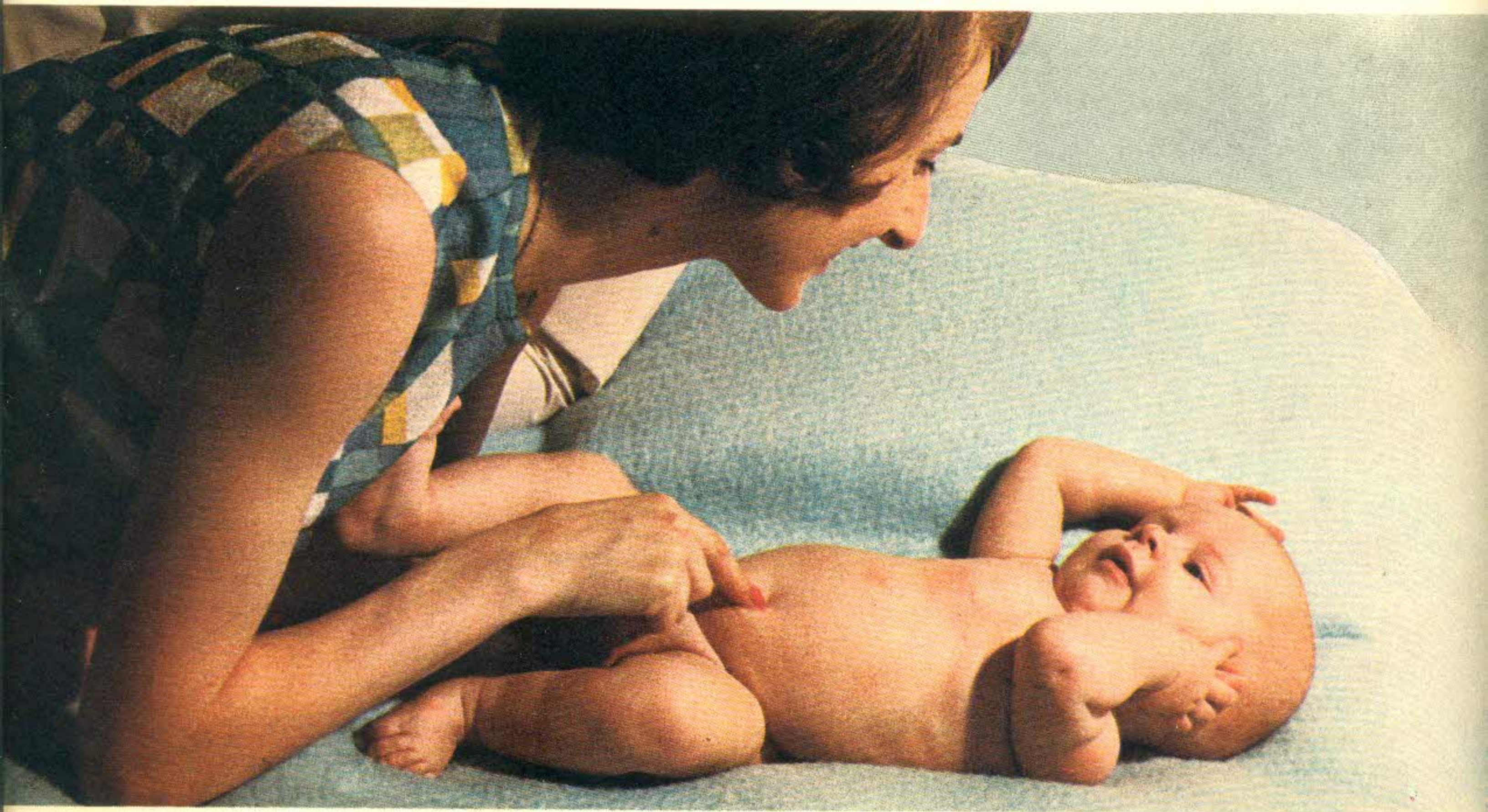
A nosotros nos parece que tanto la gramática como los dialectos, son generalmente importantes; sin embargo, es preciso conocer las normas culturales del comportamiento, pero también tiene suma importancia conocer la manera cómo los diferentes individuos que forman la sociedad se comportan realmente.

El creciente interés mostrado por los psicólogos para la realización de las investigaciones culturales ofrece la promesa de una mejor comprensión de las normas culturales del comportamiento a través de la aplicación de los habituales métodos propios de nuestra disciplina. Compartimos la opinión sustentada por nuestro amigo Piaget (1966), quien en una reciente publicación ha escrito lo siguiente: «En una palabra, la psicología que elaboramos en nuestros medios, caracterizada por una cierta cultura, lengua, etc., permanece esencialmente conjetural mientras no se ha proporcionado material comparativo necesario, a título de control.» Es totalmente cierto, existe en realidad una «unidad psíquica de la humanidad», pero no podemos estar seguros de su naturaleza ni tampoco de sus límites si no nos damos cuenta a la vez de las grandes variaciones que son posibles en las normas culturales del comportamiento.

OTTO KLINEBERG

PRIMERA PARTE

la socialización del individuo y las relaciones humanas



ROBINSON — ya adulto, es cierto — empieza desde cero la aventura del hombre: vive solo en su isla, comienza civilizando con habilidad su entorno físico; más tarde aparece Viernes, un Viernes muy dócil, hecho a todo; hubiera podido ser su competidor. El metódico preceptor de Emilio preservará durante largo tiempo a su alumno ejemplar del contacto de la sociedad — pero, sin embargo, él, el buen apóstol ya está ahí — y sólo tras haber formado su conciencia a prueba de las cosas y de sí mismo, le hará encontrar al Otro, Sofía-la-Prudente, compañera y mediadora en la aventura colectiva, en la que el amor es lo que hace superar el egoísmo antes de que la razón presida los contratos. En la política de Hobbes, en primer lugar cada cual mira para sí: es el instinto de conservación, es el «estado natural»; después se transige, se reparten los papeles, y viene el orden social. El Creador mismo — el de nuestras latitudes y también el de muchas otras — no dio hasta más tarde una compañera al hombre: no se le había ocurrido la idea de crear la pareja de una sola vez, ni la hermandad.

Así, las representaciones morales o literarias suelen hacer de la vida colectiva una segunda fase. Sin embargo sabemos perfectamente que no sucede lo mismo en la realidad cotidiana; sabemos que a nuestra llegada al mundo muchas cosas, muchas personas, muchas reglas estaban ya ahí; que el hombre forja quizá su destino singular aunque sea a la larga y que no escoge ni a su padre ni a su madre, ni su lenguaje, ni su nombre, ni su país, ni su siglo, ni su cuna. Estas evidencias han de volver sin embargo a ser examinadas: se verá en seguida que si no contradicen a la experiencia habitual, sí contradicen al menos algunas formas de pensamiento tan inveteradas que los títulos corrientes todavía llevan su marca aunque sea discretamente. Sobre todo hay que describir, con tanta aproximación como sea posible, esos múltiples aspectos de nuestra domesticación (si la palabra no resultara desagradable diríamos «de nuestra domesticidad») que establecen nuestra cultura como un primer dato y no como una adquisición más o menos tardía, o revocable, o no esencial.

Trece autores, elegidos por su diversidad, trabajando sin directrices estrictas e incluso siguiendo un plan general voluntariamente poco sistematizado, se han dedicado a ello. Unos han descrito directamente fenómenos de grupo; otros han analizado los marcos y los instrumentos colectivos que circunscriben al comienzo nuestra aventura; otros, por fin, han aclarado o simplemente sugerido las dimensiones culturales de nuestra experiencia privada, tema principal de este libro sobre el que nunca se acabará de añadir variaciones.

RENÉ ZAZZO

la articulación de lo social y de lo biológico

El hombre es un animal bio-social: definición corriente, lugar común si se quiere, pero, sobre todo, evidencia confusa. Nos agotaríamos buscando los límites de la frontera entre lo biológico y lo social. A continuación veremos bastantes ejemplos en los que el peso de la cultura determina el contenido o la forma de nuestros actos aparentemente más íntimos o espontáneos. Sin embargo esta socialización no es solamente la domesticación sistemática y progresiva de la vida natural: pensamos en un Emilio que no encuentra a Sofía y vuelve a la ciudad. El espíritu y el cuerpo, la sociedad y el individuo, yo y los demás aparecen hoy como otros tantos falsos dilemas o como el producto de una tardía diferenciación. Desde su nacimiento, el hombre ve sus reacciones más elementales plasmadas en la relación interhumana: la madre, el hermano gemelo, el entorno progresivamente ensanchado —e incluso ese extraño comparsa que soy yo fuera de mí: la imagen en el espejo— son los perpetuos sujetos de un diálogo que se inicia ya mucho antes que el lenguaje, con anterioridad a la conciencia de sí mismo: la aventura ontogénica del hombre.

Lo que me es dado, y sobre lo que ejerzo en primer lugar mi reflexión cuando me interrogo sobre la naturaleza del hombre, es mi propia experiencia y las palabras, esa herencia en la que se condensan la experiencia y la reflexión de las generaciones, las palabras con las que pienso, y que frecuentemente piensan en mi lugar, es decir, más allá de lo que hubiera sabido o querido decir yo mismo, más allá o al lado.

Sin duda, mediante un esfuerzo personal que todavía se apoya en las aportaciones de los demás, de forma notoria sobre los más recientes datos del análisis científico, anticonformista por excelencia, pero también sobre todas las desviaciones del lenguaje, tanto de la poesía como del habla popular, puedo, sin duda, escapar a las habituales presiones de las palabras que me inclinan a pensar y a sentir de algún modo.

Biológico, social. Dos palabras distintas, dos realidades distintas. Y el hecho es que *fuera de mí mismo* puedo definir lo biológico y lo social como dos realidades, como dos campos de la ciencia. Pero *en mí mismo*, en mi experiencia propia, o como un espécimen de mi especie, ¿cómo voy a articular lo biológico y lo social?

¿Qué sucede cuando intento responder a esta pregunta? Compruebo que mi personalidad, mi individualidad son una realidad, una unidad indivisible fuera de toda discusión e independiente de toda filosofía.

Más allá de este sentimiento inmediato, irrecusable e inamovible, vuelvo a encontrar mis condiciones fundamentales de existencia: mi cuerpo y mi medio; mi medio, es decir, los círculos más o menos cercanos, más o menos ideales de la sociedad en que vivo.

Esas condiciones de mi existencia me las apropio, las siento como mi propia sustancia, con unas intensidades y unas modalidades muy diferentes, pero también las experimento, quizás más a menudo o al mismo tiempo, como limitaciones; en consecuencia, como algo extraño u hostil.

Mi cuerpo, evidentemente, es mío con mucha más fuerza y de muy distinto modo que mi medio. En la ingenuidad de mis sentimientos o en la torpeza del hábito ni siquiera diré que es mío: simplemente, mi cuerpo soy yo. Sin embargo, basta que aparezca un destello de conciencia, conciencia de palabras adversas o bien conciencia de un malestar, de un dolor, de una molestia física —un resfriado por ejemplo— y he aquí que empieza a producirse la distinción entre mi cuerpo y yo, mi cuerpo que sufre, que padece —pasivamente—, y yo que percibo, que juzgo, que me cuido. En efecto, lejos de asegurar y confirmar la identidad de mi persona con mi cuerpo, los desarreglos y los accidentes de éste conmueven y derriban esta identidad original. Las religiones y las filosofías, que son tanto unas como otras una sistematización, una formulación altamente elaborada de experiencias individuales, se dedicarán a acentuar, a justificar la dualidad, o por el contrario a restablecer la identidad perdida.

De este modo se entremezclan en mí mismo toda suerte de sentimientos, de creencias contradictorias pertenecientes a los diversos momentos de mi experiencia, a diversos niveles de reflexión. Soy mi cuerpo, no soy mi cuerpo, y de una impresión extrema a otra hay una multitud de matices intermedios, y todo esto apenas formulado, no me preocupa demasiado, salvo cuando dejo de vivir para intentar reflexionar.

Para reflexionar convenientemente, primero hay que advertir, desenmarañar nuestras evidencias primeras, identificarlas. Es cierto que nuestra reflexión se aplica a un objeto cualquiera. Esto se hace todavía más necesario y más difícil cuando se trata de nuestro propio cuerpo: identificar nuestras evidencias para apartarnos de ellas, para no ser un juguete de ellas, pero también, y sobre todo, si se trata de la experiencia que tenemos de nosotros mismos, para volver eventualmente sobre ellas, para rectificar lo que pueda haber de engañoso también en las segundas evidencias de la razón abstractiva, para alimentar esta razón con nuevos problemas.

Lo quiera o no, tanto si yo lo sé como si finjo ignorarlo, mis primeras evidencias siguen existiendo bajo mi saber reciente. Así la noción de lo biológico se inserta en la experiencia que tengo de mi cuerpo y del cuerpo de los demás: mis sensibilidades profundas y, tanto en los otros como en mí mismo, las actitudes, los movimientos, la imagen de una forma. De hecho, lo que interesa más al fisiólogo o al psicofisiólogo cuando analiza el sustrato material de toda conducta no interviene en modo alguno en la experiencia ni en la ingenua idea que tenemos de nuestro cuerpo. No conozco mi sistema nervioso: y es él quien me informa de todo salvo de sí mismo, rige mis movimientos; pero sólo noto mis músculos y sólo conozco mis actos. Y sin embargo, tanto para el hombre de ciencia como para el filósofo, en última instancia, la explicación de las relaciones entre lo físico y lo mental se sitúa a nivel del sistema nervioso.

Entonces, ¿a qué nivel, en qué plano debe situarse la articulación entre lo biológico y lo social? ¿Al nivel de mis movimientos, de mis actos, en suma, de mi cuerpo tal como lo percibo, o al nivel de los mecanismos ínfimos, en el secreto de mi sistema nervioso?

Esta alternativa parecerá ingenua al fisiólogo, pero lo que debemos formular es la ingenuidad misma si no queremos acarrear con las consecuencias. Y de todas formas esta pregunta es prematura puesto que todavía no hemos dicho nada del segundo término del problema: lo social.

Mi reflexión puede separar lo biológico de mí mismo. Pero el rechazo nunca es total, ni serio. Cuando tomo conciencia de mi cuerpo porque es pesado, doloroso, molesto, lo siento también extraño, opaco y muy mío. Es mi sustancia, pesada o ligera, y nada vale contra esta evidencia.

Mi conciencia hace, por el contrario, una exterioridad irremediable de lo social, y esto ocurre cada vez con mayor nitidez a medida que aprendo el uso de la palabra «social». Es el medio, no soy yo. El medio puede ser mío. Mis padres, mis compañeros, mi calle, mi ciudad o mi pueblo, mi escuela. Después, los círculos se ensanchan y ya no percibo sus límites: son palabras o imágenes, ideas y creencias, conceptos y afectos: mi categoría profesional y mi clase social, mi patria, mi civilización. El sentimiento de pertenencia puede de hecho debilitarse hasta el punto de que el posesivo no sea más que una fórmula de lenguaje.

La palabra «social» evoca grupos humanos e instituciones; evoca también conjuntos de reglas: obligaciones, convenciones, prohibiciones, sanciones. Cuando digo sociedad, veo maestros, policías y jueces, escuelas y cárceles. La sociedad me enseña, la sociedad me vigila, me empuja en lo que se llama el camino recto y con frecuencia me impide ir por los senderos de mi fantasía. Hay que caminar por la acera, y para cambiar de acera hay que pasar por los pasos de peatones. Esto se hace para mi seguridad y para mi bien: me lo vienen diciendo desde mi más tierna infancia.

Que yo sea conformista o rebelde, disciplinado por costumbre, por convicción o por cálculo, esto no cambia lo esencial de mi sentimiento: la palabra social designa una realidad, realidades que existían antes que yo y que me sobrevivirán. Admitiré, confusamente o por reflexión, que estas realidades sociales actúan sobre mí, que me traban, molestan, o por el contrario que me dan los medios de afirmarse, que influyen, modelan mi manera de creer, de sentir, de pensar.

De todos modos, son exteriores a mí: hostiles o favorables, son fuerzas que me rodean. Para designarlas, la palabra contexto sería mejor que el término de medio, palabra traidora por su desconcertante duplicidad, puesto que significa, según los casos, la mitad del camino, el centro y el entorno.

Así como en mí mismo he sabido diferenciar el espíritu y el cuerpo, distingo, y opongo incluso, en el universo humano, el individuo y la sociedad. Las dos dualidades cuerpo-espíritu, e individuo-sociedad, no se definen en un mismo plano y no sería, por tanto, legítimo identificarlas término a término: sin embargo hay una fuerte tendencia a hacer corresponder el individuo con su cuerpo, es decir, con lo biológico, el instinto, en oposición a la razón y la sociedad. Hay un modo muy escolar y muy sencillo de formular el problema de las relaciones entre lo biológico y lo social: pasando de uno a otro por medio del espíritu, del psiquismo, que aparece entonces como una encarnación de la sociedad.

Pero aquí se hace ya necesario un esfuerzo para unir las piezas dispares de un rompecabezas. Lo importante es que mi experiencia, en la medida en que se explicita en conceptos, sea *dualizante*. Mi sentido común está con Descartes para afirmar la dualidad cuerpo-espíritu, y con J. J. Rousseau para oponer individuo y sociedad.

Pero el sentido común puede jugar malas pasadas: una vez la dualidad ha sido sentida como esencial y afirmada como primitiva, los dos términos sólo pueden ser distintos, extraños, sin comunicación. Ya no es posible articular el uno con el otro. Para conciliar nuestra evidencia de dualidad con la comprobación, no menos evidente, de que existe una relación entre el cuerpo y el espíritu, entre el individuo y la

sociedad, hemos de emplear algunos artificios: el Dios de Descartes o el Contrato de J. J. Rousseau, por ejemplo.

Pero, sin embargo, el error no consiste en distinguir el espíritu del cuerpo y el individuo de la sociedad, sino en concebir cada uno de estos términos como una realidad independiente, como una «sustancia» a la manera de los metafísicos; la verdad no consiste en borrar las fronteras, reducir el espíritu a fenómenos fisiológicos o viceversa, disolver el individuo en la sociedad o reducir la sociedad a una polvareda de hechos individuales, psicológicos.

Existen niveles, planos de realidad, que tienen sus propias leyes, sus estructuras particulares — pero que también están ligados entre sí, y ligados no superficial o artificialmente, sino profundamente en su recíproco condicionamiento y a menudo incluso en su formación, en su génesis.

De este modo puede definirse lo biológico de un lado y lo social de otro. Objetos de dos ciencias legítimas pero que, juntas y en su generalidad, no nos dirán gran cosa sobre la naturaleza del hombre. Ocurre que, como dijo Henri Wallon, en el hombre, lo social y lo biológico están indisolublemente ligados.

Por tanto, es impropio hablar de articulación entre lo biológico y lo social. No se trata de una articulación sino de una vinculación de origen. El título de este capítulo ha de ser interpretado como una concesión provisional a las formas habituales de pensamiento, para ir hacia una más exacta comprensión de las cosas.

El papel del «otro» humano en la génesis del individuo

Podemos considerar lo social bajo el aspecto de las condiciones materiales de existencia, condiciones que varían de uno a otro medio, y que actúan sobre el organismo, en especial durante el período de crecimiento.

En los medios pobres, el desarrollo físico de los niños es más lento, la pubertad más tardía y la estatura media de los adultos menos elevada. Sin embargo el problema de la vinculación fundamental entre lo biológico y lo social no se plantea a este nivel en que el medio social actúa sobre el individuo a través de factores, principalmente alimenticios.

No quiero decir que las diferencias materiales de medio tengan una importancia secundaria: sus efectos de orden físico sobre el individuo tienen a su vez una larga secuela de efectos psicológicos.

Pero a este nivel no existe problema: lo social actúa sobre lo físico (el cuerpo humano) por medio de lo físico (la alimentación y otros factores materiales).

Por el contrario el problema existe cuando queremos comprender cómo incide la sociedad sobre un organismo, al principio puramente vegetativo, para hacer de él un ser humano, un ser dotado de afectividad y de razón, y progresivamente una persona, cuando realmente lo queremos comprender y no contentarnos con soluciones puramente verbales.

Un ejemplo típico de solución verbal sería decir que lo biológico crea psiquismo y que este psiquismo se alimenta de lo social asimilándolo poco a poco. Solución verbal porque esta palabra: psiquismo, transición entre lo biológico y lo social, carece entonces de sentido, o está por lo menos muy mal definida a propósito de lo que observamos en el comportamiento del lactante.

Lo que observamos, no es lo social que actúa sobre un psiquismo; es una madre, una nodriza que acuna un bebé, que le sonríe y le habla cuando él todavía es incapaz de entenderla. Antes de afirmarse como un ser «social» en el sentido habitual del término, antes de hablar, de escoger sus amigos, de rivalizar con sus camaradas y de someterse a la disciplina todavía suave de una escuela de párvulos, el niño ha recibido una primera «forma», una primera disciplina, un primer lenguaje: el de las sonrisas, el llanto, los enfados y las alegrías. Entre el nacimiento y las primeras manifestaciones de autonomía se sitúa, pues, un período de intensa actividad, que no se nos ocurriría calificar de social, porque el calificativo de social no se aplica en nuestras lenguas actuales más que a actividades exteriores, actividades de grupo. Pero remontándonos al origen de la palabra sociedad, que significa unión, participación, al invocar la palabra latina *socius* que quiere decir compañero y que, como adjetivo, traduce la idea de lo que está estrechamente unido, quizá podríamos admitir, con los psicólogos de la infancia, que en la pareja original madre-hijo, en la actividad afectiva de la más tierna infancia, hay que buscar el prototipo de toda relación humana, el embrión del sentido social, el momento en que lo social empieza a unirse con lo biológico. A falta de lo cual todo lo que ocurre a continuación sería inexplicable.

El término *socius* fue empleado justamente por Baldwin, el pionero de la psicología infantil, y utilizado posteriormente y sucesivamente por Pierre Janet y por Henri Wallon para designar el primer interlocutor del niño, la madre, y más sutilmente, la imagen que el niño va formando poco a poco de un ser diferente a sí mismo, el *otro* por oposición a su *yo*. Pero el conocimiento que tenemos hoy del niño excluye el que exista un estadio primitivo de psiquismo individual, un yo más o menos consciente y organizado que asimile ulteriormente una información social venida del exterior.

Originariamente lo social actúa directamente sobre lo biológico. O, para hablar más matizadamente y de una forma más concreta, el adulto, el *socius*, toma totalmente a su cargo al recién nacido incapaz de efectuar nada por sí solo, incapaz incluso de sobrevivir; lo completa en todo momento, satisface su hambre, pero también otras necesidades que son tan profundamente biológicas como ésta: la necesidad de placer, de bienestar. El niño hace cuerpo con su madre, y *en* esta unión biológicamente necesaria, *por medio* de esta unión toman forma humana los primeros comportamientos.

Esta estrecha dependencia, este parasitismo tiene una causa evidente: la incapacidad casi total del recién nacido. El niño, comparado con los cachorros de cualquier animal, es en su nacimiento prematuro. Esta prematuridad supone, en la economía de la especie humana, una muy larga y muy atenta asistencia del adulto al niño. De forma que se puede decir que en nuestra naturaleza, en función de lo inacabado mismo de nuestro equipo biológico inicial se necesita la intervención del *socius:* forma parte del plan específico de nuestro desarrollo biológico. El carácter social del hombre no es una cualidad adquirida por acrecentamiento o por contrato voluntario, más o menos tardíamente, y por el juego de las contingencias exteriores. Se halla inscrito en él desde su nacimiento: su naturaleza social no es una segunda naturaleza sino que procede de su naturaleza biológica.

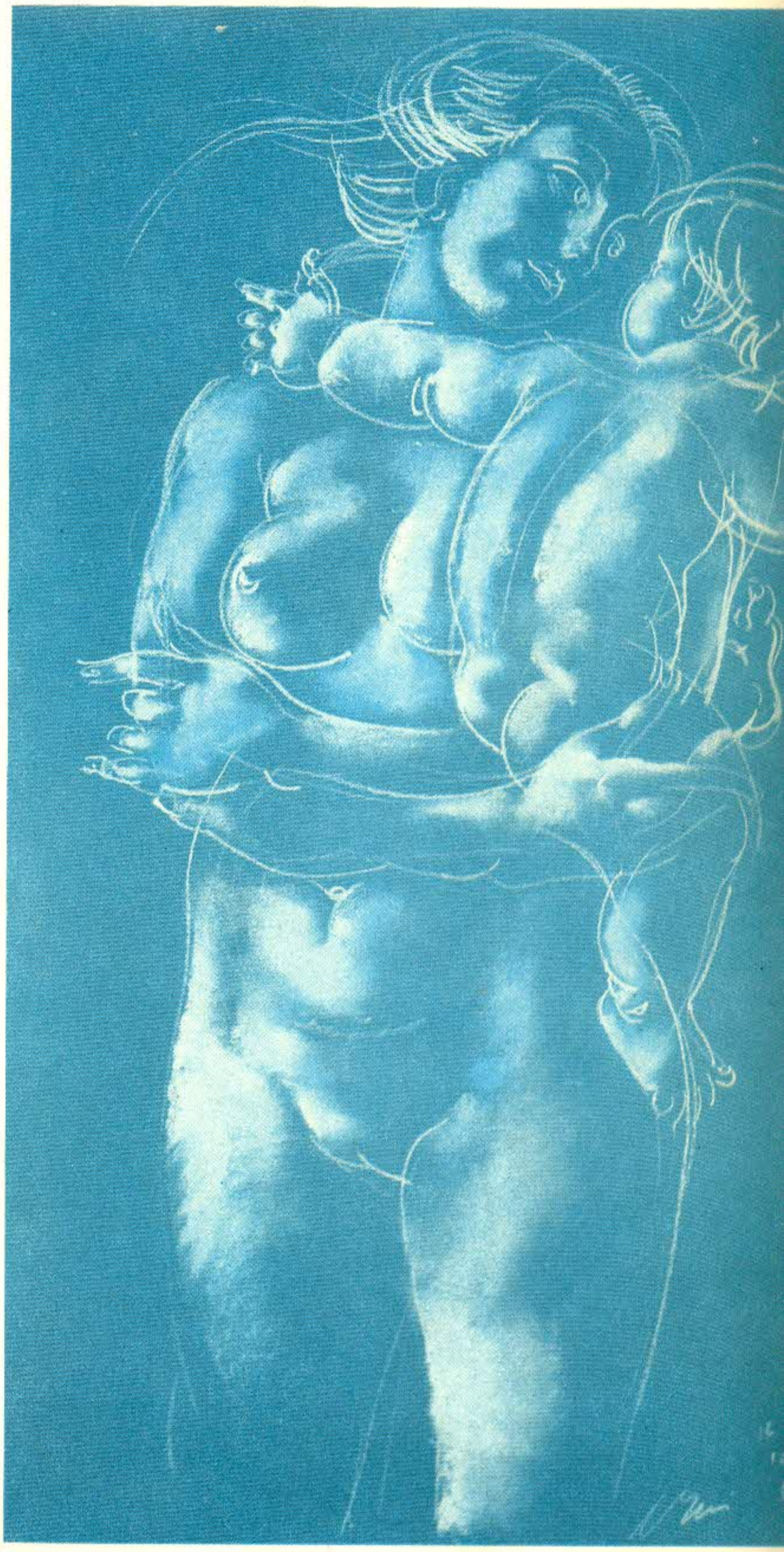
Del mismo modo que fisiológicamente el cuerpo asimila alimentos materiales para vivir, para alimentar sus tejidos y para desarrollar sus estructuras orgánicas, biológicamente, el cuerpo asimila sus alimentos humanos, movimientos, mímicas, ademanes cargados de placer o de pena, para regular sus reacciones y para edificar sus comportamientos. No se trata de una mezcla de factores sino de una síntesis. Y tanto en la síntesis psico-biológica de las primeras edades como en la síntesis orgánica es imposible, *a posteriori,* disociar los factores constitutivos. El comportamiento (producto de factores internos y externos) es *único* como es único el organismo.

El proceso de diferenciación yo-los demás

Lo que acabamos de describir se refiere al estadio de confusión, de indiferenciación primitiva en el que el niño no puede en modo alguno distinguirse de los demás; y también, evidentemente, a un modo de sociabilidad arcaica radicalmente diferente, incluso inversa en lo esencial de la *socialidad,* o sea de las relaciones que el individuo establece más tarde con sus semejantes o que le ligan a los grupos sociales a los que pertenece por elección o por obligación.

La unión con el *socius,* sus intercambios con él, son al principio esencialmente de orden afectivo. La emoción, visceral por sus raíces más profundas, y psicológica por su función de intercambio — la emoción que ilustra mejor que nada la articulación entre lo biológico y lo social — es ante todo fusión, alienación con los demás antes de convertirse en lenguaje. (El análisis de la emoción como función social arcaica a la vez en la evolución del niño y en la evolución de las sociedades se debe por completo a Henri Wallon: *Les origines du caractère chez l'enfant,* PUF, 1934; y *De l'acte à la pensée,* Flammarion, 1942.)

Ulteriormente las relaciones con los demás y los intercambios sociales suponen por el contrario una diferenciación, la dualidad o la pluralidad de los interlocutores, puntos de vista coordinados u opuestos, pero de todas formas



Una madre que tiene en brazos a su bebé, que lo acuna, le sonríe, le habla, es el prototipo de toda relación humana («Maternidad» de Erni).



Separados de su madre desde la infancia, ¿tendrán los bebés de China Popular una evolución psíquica diferente? (Foto Charbonnier-Réalités.)

distintos y que se sienten como tales. Y si se trata de la relación con un grupo, la diferencia se establece entre dos realidades de distinta naturaleza: individuo y sociedad.

Así pues, la *socialidad* se define entre dos polos extremos y, quizá por no haberlo reconocido con suficiente claridad, tantos buenos autores se han opuesto inútilmente. Bajo su forma primera, es la aptitud para fundirse con los demás, la aptitud para comunicarse por medio de la emoción. Bajo su forma más evolucionada, consiste en saber tratar a los demás como personas, es decir, a la vez como un semejante y como un ser diferente, y respetable en sus diferencias. Es el sentido y el gusto de lo que Piaget llama reciprocidad, es la inteligencia en su función eminentemente social.

¿Cómo se opera el paso del primero al segundo modo de sociabilidad y, al mismo tiempo, cómo se opera la distinción, en el espíritu del niño entre el yo y el otro? A lo largo de la evolución, parece que la sociabilidad de la primera infancia se transforme en su contrario, que la distinción del yo y los demás sustituya a la indiferenciación, y que el pensamiento lógico aventaje poco a poco al sincretismo original. Pero si hoy comprendo a los demás, si pasa una corriente de ellos a mí, si no son para mí unas conciencias impenetrables, si se establecen con un grupo lazos de hostilidad, o de adhesión, en resumen, si soy un ser social o simplemente un hombre (lo que viene a ser lo mismo), es porque soy carnalmente de una tela tejida desde el principio por el vaivén de los intercambios con los demás, porque he asimilado a los demás en mi propia sustancia. El prototipo de los demás, está en mí, incluso antes de que tenga conciencia de ello.

La pareja, el *nosotros* primitivo es la condición necesaria del *yo* y del *tú*, su raíz común, el secreto de mis posibilidades de comunicación con todos los demás.

Otra condición es, evidentemente, la maduración progresiva del sistema nervioso. Sin embargo, para no volver a caer en las seudoexplicaciones del paralelismo o del organicismo primario, hay que comprender, por una parte, que la diferenciación neurofisiológica no es la diferenciación psicobiológica de la que hablamos (aun siendo el instrumento indispensable de ella); por otra parte, y para precisar claramente nuestra noción de instrumento, hay que comprender que el sistema nervioso no es sólo un tejido anatómico sino también un sistema de actividad, que no actúa sobre los músculos sino sobre los actos, que es la estructura dinámica y material de los comportamientos propiamente dicha. El crecimiento es un proceso unitario que integra lo neurológico y el comportamiento, de una forma tan indisoluble como los determinantes de la herencia y la influencia del medio.

De esta forma, la maduración neurofisiológica no explicaría nada si antes no supiéramos, y bajo otro ángulo, a partir de qué sistema de actividad va a operarse la diferenciación; en otras palabras, qué son las fluctuaciones y las contradicciones que la preparan en la interioridad misma de la indiferenciación primitiva.

Un análisis de la imitación, ejemplo privilegiado porque hace referencia a un proceso esencial en las relaciones interindividuales, pero también porque desvía nuestra lógica habitual, nos permitirá observar mejor los mecanismos de la diferenciación. La imitación parece ser, por excelencia, el comportamiento que implica la dualidad — el modelo y su copia — no sólo desde el punto de vista del observador, sino también desde el del propio imitador. Para ajustar la copia a su modelo, ¿acaso no debemos *representarnos* éste, tener conciencia clara de él, distinguirlo de nosotros mismos?

Y sin embargo, se observa normalmente que el niño, desde los primeros meses de su vida, reproduce actitudes, movimientos, expresiones emotivas: sonríe a su madre, imita los movimientos de los labios, reproduce los sonidos y pronto la melodía de las frases que oye. Estos hechos son innegables, pero también es innegable que toda posibilidad de representación está absolutamente excluida a esta edad.

Algunos psicólogos se preguntan si pueden hablar en este caso de imitación: es una cuestión de definición, ya que nadie pone en duda que se trate de la reproducción activa del comportamiento de otro ser.

Cada imitación oscila entre la perfección mimética y el fracaso, el movimiento y la representación, de tal modo que en la sucesión de las edades y gracias a la conciencia creciente de las dificultades y las infidelidades, el imitador irá, en relación con su modelo, de la fusión total a la distinción.

Sea a la edad que sea la imitación nunca es puramente pasiva. Bajo sus formas primitivas, es un hecho de inducción sensorio-motriz y de participación emotiva, pero siempre por medio de la función tónica o postural. Sin esto, como ha mostrado Henri Wallon, el paso de las impresiones sensoriales a los gestos correspondientes sería inexplicable. La tensión permanente de nuestros músculos no asegura únicamente la regulación y la fluidez de nuestros gestos; es, por el tipo de sensibilidad profunda que le acompaña, presencia para sí

misma y resonancia para los demás. Una especie de conciencia orgánica, un sustitutivo de representación entre la percepción exteroceptiva y la respuesta motriz.

De este modo la percepción del movimiento induce al mismo, a veces de forma casi inmediata: como el niño de dos meses que saca la lengua cuando ve a su madre hacer lo mismo; otras de forma diferida: por la fluctuación de sus tensiones musculares, el niño participa en el espectáculo, en el movimiento que le fascina, para reproducirlo más tarde de forma aproximativa y global. Evidentemente no procede de un análisis, elemento por elemento, sino de una integración dinámica, de una impregnación sensitivo-motriz, y a continuación de una especie de incubación más o menos larga.

Para dar cuenta de las primeras imitaciones, hay que asociar la función emotiva a la función tónica, que son siempre más o menos solidarias, y proveen ambas a la comunión inicial con los demás.

El simple ejemplo de la sonrisa es rico en enseñanzas acerca de la inducción sensitivo-motriz y de la comunión afectiva, así como sobre la transformación de una reacción puramente orgánica en comportamiento social.

El recién nacido empieza «sonriendo a los ángeles», es decir, a nada. Es la expansión que expresa el bienestar experimentado al mamar. Pero este bienestar está asociado a los cuidados de la madre, a su presencia. Se entrelazan las sonrisas de uno y otro. El condicionamiento es muy precoz. Y lo que para el niño empezó no siendo nada más que un confuso disfrute de sí mismo se convierte en una comunión con los demás; lo que no era más que una reacción puramente vegetativa pasa a ser un medio de intercambio; no es un signo convencional, no es un valor fiduciario, sino una emoción real que nace de las necesidades y de las satisfacciones orgánicas. Más tarde, la sonrisa, como el resto de las expresiones emotivas, podrá transformarse en un simulacro: la convención social sustituirá a la sociabilidad arcaica, pero la convención misma sería insólita — ¡por qué esa dilatación de los músculos faciales! — si la experiencia de la sonrisa original no subsistiera en cada uno de nosotros.

Sin embargo, con toda objetividad, la sintonía emotiva no es siempre perfecta, así como la imitación no está siempre totalmente conseguida. Y tampoco es continuo el contacto con los demás. Hay tiempos fuertes y tiempos débiles, períodos de un intenso calor afectivo y momentos de frío, de abandono, de equilibrios rotos y vueltos a encontrar; en resumen, toda suerte de fluctuaciones en las relaciones entre el niño y su entorno. Subjetivamente, o más bien en la experiencia confusa del «nosotros» que, a decir verdad, no es todavía subjetividad, estas fluctuaciones inician la diferenciación. La imitación y la comunión afectiva de la primera infancia recelan en sí mismas los principios de su propia superación.

Imitar a los demás es, ante todo, confundirse con ellos; es también exponerse pronto a reconocerlos como distintos de uno mismo porque, en rigor, son inimitables. Semejantes y desemejantes, el yo y el otro, surgidos de una misma sustancia, emergerán juntos. Es la edad en que el niño va a edificar en sí mismo, diferenciadamente, como un modelo, pero un modelo que justamente no es posible copiar verdaderamente, la imagen del adulto, el «yo ideal» del que ha hablado Baldwin, el *superyo* según la terminología de Freud.

Ha empezado el proceso que conducirá a la representación, a la inteligencia lógica. La diferenciación es afectiva en su mecanismo (por otra parte sostenido por los progresos de la maduración nerviosa) e intelectual en sus resultados. Es necesario, sin duda, que aparezca el lenguaje al final del segundo año, para que la representación tome posesión de sus medios, pero, en un estado embrionario, existía ya antes que él, le preparaba la llegada. Las relaciones entre el lenguaje y el pensamiento serían, sin duda, imposibles de desentrañar si se ignoraran los preludios.

En el umbral del lenguaje, la articulación de lo social y lo biológico se formula bajo una forma nueva pero que continúa sin embargo todo lo precedente. Lo nuevo en el plano biológico es la maduración de los centros nerviosos específicos. Y en el plano social, es la herencia de las palabras, toda la experiencia, las disciplinas, las maneras de ser y de pensar que transporta una lengua. Entonces, el proceso de socialización se acelerará y se orientará, ahora en las vías de la inteligencia. Intelectualización de las relaciones sociales y socialización de la inteligencia: se trata sin duda de una sola cosa. El niño va a aprender a descentrarse, a situarse en el punto de vista de los demás, a desprenderse del suyo propio, a admitir la reciprocidad de perspectivas, al tiempo que se

El mundo de los objetos propuestos a la percepción o a la acción más elementales es un universo manufacturado. La lógica de los actos tiene sus propias reglas: los contenidos ofrecen en conjunto un sentido social.



vuelve capaz de una movilidad cada vez mayor en sus razonamientos. De tal forma que un mismo impulso le llevará hacia la conquista del rigor lógico y de la autonomía moral, de la objetividad y de su verdadera intimidad.

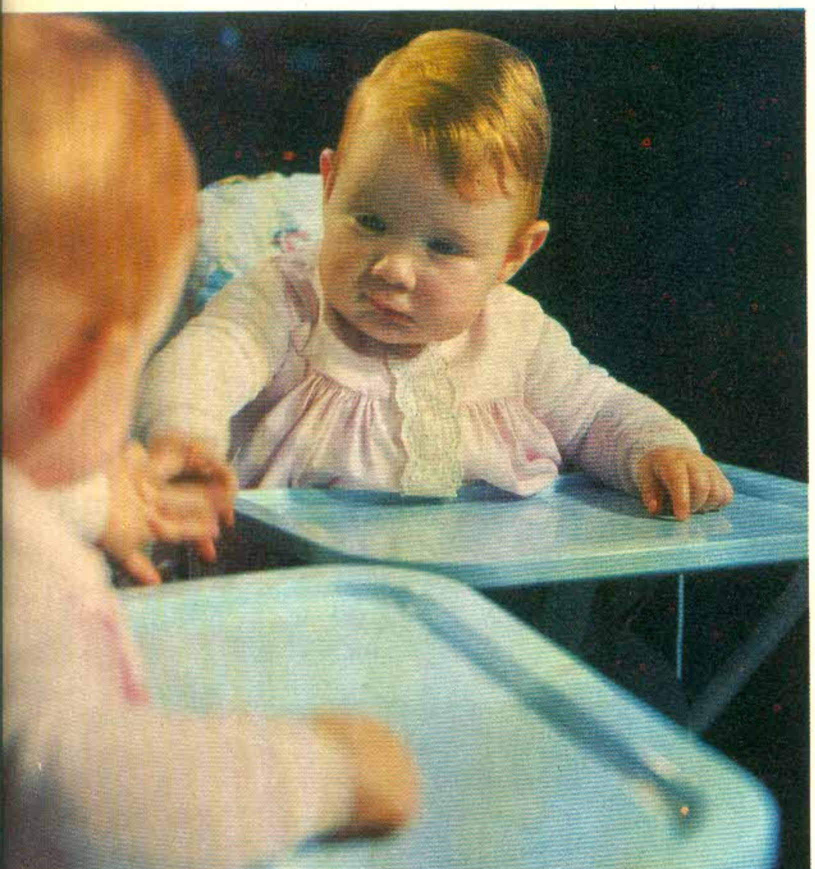
Pero no hubiera sido posible nada de lo que el lenguaje inaugura, y sobre todo esta nueva articulación entre lo biológico y lo social, si no hubieran existido ya unos lazos más antiguos y profundos. La sociabilidad abierta al mundo presupone la que se teje en el universo cerrado de la pareja.

El lenguaje, con sus nuevos poderes de comunicación y de distinción, presupone la existencia en su trasfondo de las posibilidades de comunión emotiva y para que aquél aparezca, ha de existir un inicio de diferenciación entre el yo y las cosas, el yo y los demás.

Esta determinación genética, esta filiación, es evidente cuando se compara la evolución de las reacciones del niño pequeño delante del espejo con los progresos de su lenguaje.

Ante todo, como era de esperar, el niño delante del espejo no reacciona. Después sonríe a la imagen de otro como a una imagen familiar, pero no a la suya. Lo cual es fácilmente explicable: ¿cómo podría reconocerse si jamás se ha visto? Esto ocurre a la edad de tres meses aproximadamente. Sólo después de la edad de 6 meses, o más bien hacia los 8 ó 9 meses, se vuelve de la imagen a la persona y empieza de este modo a interesarse por su propia imagen. Posteriormente el interés por su propia imagen se hace dominante. Juega con ella. Se alegra. Se pega al espejo para lamerla, para besarla. Besa al bebé, dice. Parece evidente que ignora todavía que este bebé es él. Pero por los movimientos que la imagen le devuelve, por esa imitación sorprendentemente perfecta de la que no se sabe quién imita y quién es el imitado, la percepción visual se mezcla inseparablemente con la percepción dinámica que el niño tiene de su propio cuerpo: ésta asimila a aquélla, la percepción interna se apropia de la imagen externa, el niño aprende a conocerse y él mismo construye sin darse cuenta un doble visual. Pero un buen día, bruscamente, ocurre el desenlace. Parece perplejo. Se pone colorado. Abandona su imagen. Le preguntan quién es el niño del espejo. Entonces, por primera vez, da su propio nombre a la imagen. También en la misma época —y probablemente no se trata de una casualidad—, la palabra *otro* y la palabra *dos* aparecen en su vocabulario.

Situado frente al espejo, el niño sonríe a la imagen como a una imagen familiar, pero no a la suya: ¿cómo podría reconocerse si nunca se ha visto en el mismo? No se identifica más que a la edad de 8 ó 9 meses.



Se ha dado un paso decisivo. Sin embargo la identificación no es todavía muy sólida. Habrá que esperar todavía un año para que en lugar de designar la imagen por su nombre diga sin rodeos «soy yo», cuando esta expresión, en otras circunstancias, le era familiar desde hacía tiempo. La actitud de abandono delante de la imagen ha desaparecido por completo. Y simultáneamente, en el lenguaje del niño, aparece el *yo*. Este *yo* que, como dice Henri Delacroix, no es de nadie: «Todo el mundo dice *yo* cuando habla, y el *yo* que habla se transforma en *tú* cuando se le habla o en *él* cuando se habla de él». Pero el *yo* y el *tú*, como todos los pronombres personales, no son un simple regalo de la sociedad, o puras conquistas intelectuales. Son el término de un largo proceso que, llegado a un umbral de maduración, va a reorganizarse con medios nuevos y en un campo social considerablemente ensanchado.

Las perturbaciones de la diferenciación

Las perturbaciones del desarrollo provocadas por un ataque o una anomalía del «nosotros» primitivo ilustran de una forma sorprendente, por demostración *a contrario*, el proceso normal de diferenciación. Tomaremos como ejemplos el caso de los niños separados de su madre, y en un orden totalmente distinto, la situación bastante extraordinaria de las parejas de gemelos.

Se ha convertido en trivial la noción de lo que René Spitz describió en 1945 con el nombre de *hospitalismo*. Desde el día en que se ve radicalmente privado de su madre, el lactante empieza una regresión que le lleva a replegarse en un estado de angustia y de estupor. Es interesante subrayar varios hechos en la descripción de los síntomas. El deterioro físico y la susceptibilidad frente a todo tipo de enfermedades, acompañan al deterioro del comportamiento,

tanto más extraño cuanto que las condiciones materiales de la sala de bebés son excelentes.

Sólo a la edad de 4 años aproximadamente, nunca antes, hace el niño esta reacción de hospitalismo; por tanto, en la edad en que ha dejado de ser un organismo puramente vegetativo, pero en la que todavía es incapaz de identificar realmente a su madre: el período de la emotividad pura. Sin embargo la madre perdida no puede ser remplazada en este momento por nadie más y no es seguro que se consiga hacer aceptar al bebé una madre en sustitución. Esto prueba que, al no identificarse, o mejor, porque no se ha identificado de un modo objetivo, el complemento humano es asimilado en algunas de sus particularidades: separado de la madre, el bebé está como privado de una parte de su propia sustancia.

Finalmente, lo que es muy significativo, es que durante el primer mes que sigue a la separación, el bebé hace esfuerzos desesperados para establecer contacto con los demás; es exigente, lloriquea, se aferra a todo el que se le acerca. Es como un sobresalto para sobrevivir, una especie de exacerbación de las necesidades socio-afectivas insatisfechas.

Pero estos esfuerzos acaban en general en un fracaso. Entonces, hacia el segundo mes, cambia el panorama: el niño rehúye el contacto, tiene miedo y cuando alguien se le acerca, se pone a gritar.

El bebé que no encuentra con suficiente rapidez una madre en sustitución, corre el riesgo de verse marcado para toda la vida en su afectividad y en su inteligencia. Hoy nos preguntamos si ciertas debilidades mentales, ciertas esquizofrenias, no tienen como origen esta privación de la primera infancia y, de una forma más general, una carencia más o menos grave de cuidados maternos.

La pareja de gemelos idénticos ofrece una ilustración más extraordinaria del problema de la diferenciación, y, a decir verdad, mucho más compleja. De lo que padecen los gemelos no es de una insuficiencia, de una falta de cohesión del «nosotros», sino de un exceso. El «nosotros» primitivo de ellos, y mucho más estable, no es la pareja madre-hijo, sino la pareja de gemelos. Afectivamente, esta pareja les basta y de este modo los gemelos se hacen de pantalla, el uno al otro, con relación a las influencias externas. La confusión llega aquí al límite más alto: sin duda no se trata de que los lazos emocionales sean más fuertes, pero no hay, como con un complemento adulto, las ocasiones de confrontaciones, de fluctuación o de ruptura. Objetivamente, el complemento no es otro individuo, sino un doble idéntico. Es un poco como si cada niño, delante de su hermano gemelo, estuviera encerrado en juego de espejos.

La consecuencia de esta situación excepcional, es la prolongada persistencia de la confusión primitiva; más tarde una cierta inmadurez en las relaciones sociales, el retraso casi sistemático del lenguaje: concretamente, la confusión tardía de los nombres, mantenida por las continuas equivocaciones de los que les rodean, la confusión de las imágenes en los



El caso de los dos gemelos ofrece un ejemplo de socialización incompleta, no por defecto, sino por exceso: se hacen de pantalla el uno al otro ante las influencias externas, como encerrados en un juego de espejos.

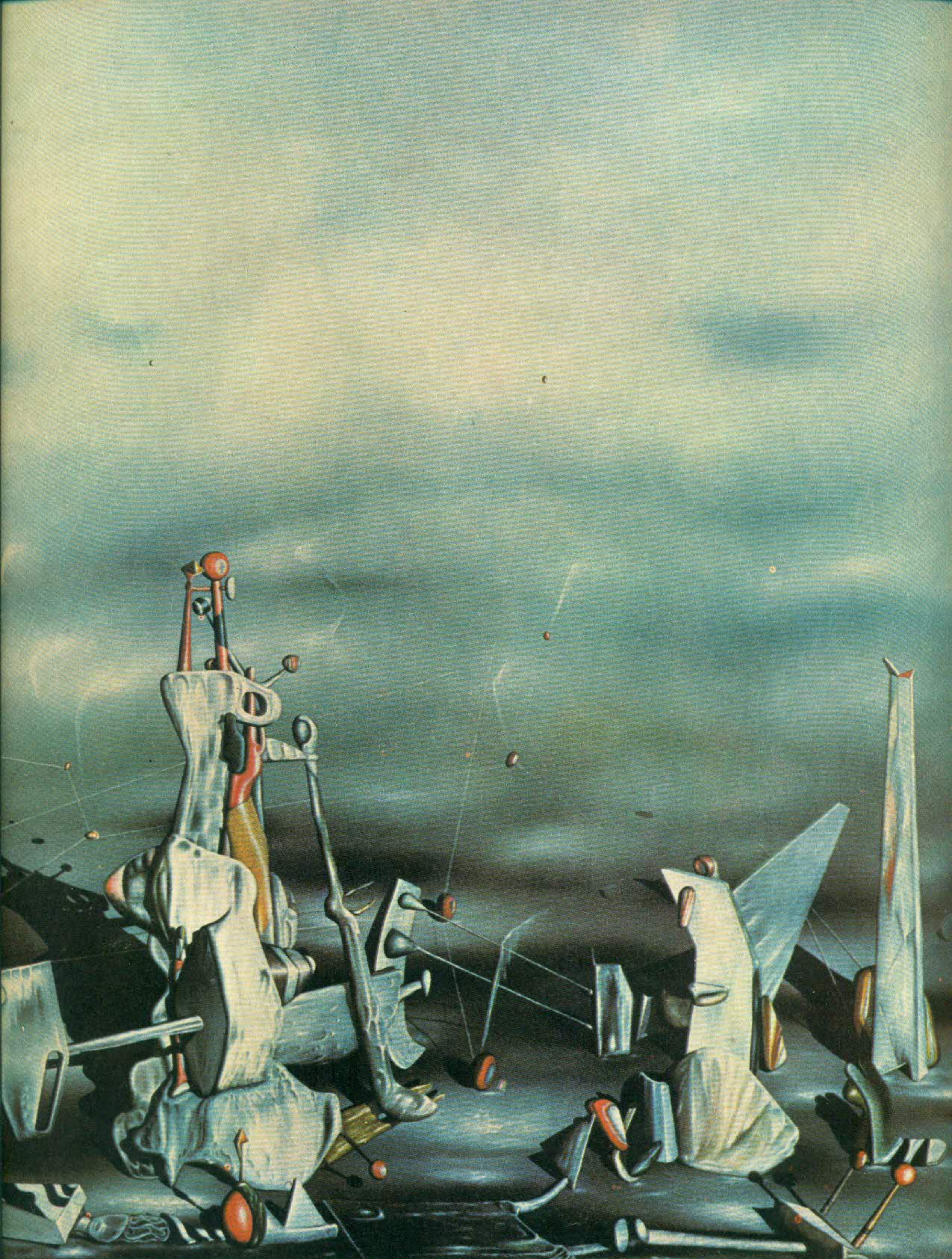
espejos, la dificultad de separar del *nosotros* los pronombres singulares de *yo* y *tú*. A fin de cuentas, en la edad adulta, la dificultad de escapar a la influencia fraterna, a la alienación de un semejante demasiado semejante, de completar una autonomía sin discusión posible.

Pero, con todo, lo más sorprendente es que los gemelos puedan llegar a ser, con más o menos dificultades, dos personalidades, dos personas distintas. Esto da que pensar sobre las relaciones de lo biológico con lo psíquico. El mismo medio, herencia completamente idéntica y, sin embargo, psiquismos diferentes.

Es que la identidad sólo existe de salida, al nivel cromosómico, cuando la célula paterna se escinde en dos partes de igual potencial. Pero inmediatamente, los alimentos distribuidos o asimilados de distinto modo pueden ya diferenciar a los embriones en el seno materno. En el nacimiento, se pueden observar diferencias de estatura, de peso, tan grandes entre gemelos auténticos como entre falsos gemelos.

De todas formas, estas diferencias no serían importantes, ya que se limitan a enmascarar muy superficialmente potencias idénticas de la herencia, si no constituyeran para la pareja la ocasión y como el pretexto para expresar sus leyes de organización propias. Una pareja, no es un paralelismo entre dos individuos, del mismo modo que un diálogo no es un simple eco. Es una estructura, una relación de dominio y de sumisión, por ejemplo, en el que cada uno de los interlocutores se define al definir al otro.

Así, la individualidad psicológica no se explica más que por sus determinantes biológicos y por la forma en que estos determinantes se van formando en las relaciones con el medio. Pero, por eso mismo, no se reduce ni a unos ni a otros. Es un hecho enteramente nuevo. Como lo prueban los gemelos, la misma herencia es un determinismo, no una fatalidad.



DIDIER ANZIEU

psicogénesis de las relaciones interindividuales

Con ser primordiales, como acabamos de ver, para la modelación del yo psicológico, las relaciones con los demás tienen una historia compleja, en la que lo real no siempre se distingue de lo imaginario ni lo simbólico de lo objetivo. Desde antes de su nacimiento el individuo está biológicamente ligado al «otro» maternal, e incluso se ha llegado a sostener que toda nuestra historia tiende a volver a crear ese parasitismo inicial, esa confortable simbiosis. La evolución afectiva del niño ha podido, por lo mismo, ser descrita como una sustitución progresiva del cordón umbilical por el «cordón lácteo», y más tarde de esta dependencia voluptuosa y nutritiva por el lazo afectivo. También se ha mostrado el modo como son interiorizadas las relaciones parentales para ser reproducidas (o negadas) luego en el plano de las relaciones sociales propiamente dichas. En la actualidad el psicoanálisis va todavía más lejos: mientras que determinados autores se han inclinado deliberadamente hacia la posibilidad de las determinaciones culturales, otros buscan la verdad del hombre en el plano de la «fantasía», prolongación natural de la investigación freudiana que presta una gran atención a lo fantástico, a la significación latente de nuestros actos o de nuestras relaciones interhumanas inconscientes. En este último punto de vista es donde se coloca Didier Anzieu, que sostiene aquí esta tesis atrevida pero seductora que «las relaciones de unos seres humanos con otros se verifican a través de lo imaginario».

PODRÍA parecer lógico tratar del hombre individual, de sus emociones, de su conciencia y de su personalidad antes de abordar el estudio de sus relaciones con los demás, pero entonces se trataría de un artificio de exposición. En realidad, las relaciones con los demás son las que están en primer lugar, tanto en el sentido de anterioridad cronológica como en el de prioridad estructural. El niño viene al mundo no en un vacío social sino dentro de varios sistemas de relaciones intersubjetivas, los de la civilización, los de su medio social, los de su familia, puesto que el sistema en que ha sido educado puede a veces ser muy diferente de aquel en el que fue engendrado. El individuo llega poco a poco a tener una existencia individual cuya autonomía será siempre relativa. Existe fundamentalmente *por los demás* y *con los demás;* vive más o menos *para los demás* y espera sobre todo que algunos otros vivan sólo *para él.* A veces incluso, como el niño pequeño que no se ha diferenciado de su madre, continúa viviendo, o tratando de vivir, *en los demás.*

Sin embargo, no hay nada más discutible que el concepto de relaciones interindividuales. Deja suponer que las relaciones entre individuos son hechos objetivamente analizables y que la realidad de cada persona está comprometida en estas relaciones. Ciertos psicólogos han intentado incluso aislar tres componentes de estas relaciones, a cada uno de los cuales se atribuyen leyes propias: las comunicaciones verbales, mímicas y posturales; los intercambios afectivos que van desde la simpatía o la antipatía hasta las grandes pasiones; y la combinación de las voluntades, cuya gama abarca la ascendencia, las presiones, la oposición y la cooperación espontánea o negociada. Por su lado, la caracterología ha descrito al *extrovertido* como un ser abierto a las relaciones sociales espontáneas y superficiales, y al *introvertido,* como más replegado sobre sí mismo y más apto para una relación profunda con un pequeño número de escogidos.

El psicoanalista no niega que algo de las aptitudes, del carácter, de las experiencias vividas forme parte de las relaciones entre los hombres. La práctica de una relación interpersonal excepcional y ejemplar, a saber, la relación entre un paciente y su psicoanalista, le ha enseñado que todos estos aspectos de la intersubjetividad son secundarios y que las relaciones interpersonales están fundadas en lo imaginario. ¿Cuáles son los elementos de este imaginario? ¿Cómo funciona? ¿Dónde se origina? ¿Cuáles son las fases de su desarrollo? Estas cuestiones están lejos de ser perfectamente conocidas y aquí nos esforzaremos en precisarlas.

Nuestro mundo imaginario, del que toma origen nuestra relación con los demás, está poblado de fantasmas (Tanguy: Palacio de las rocas de ventana).

Los seres humanos se relacionan unos con otros a través de su contenido imaginario. La mayoría de los hombres ignora que suceda así. Los poetas, los novelistas, son los que mejor lo han presentido. El método psicoanalítico y sus derivados (psicodrama, sueño despierto, grupo de diagnóstico) han mostrado cómo este imaginario se interpone entre las personas que tienen una relación entre sí. La reconstrucción del pasado infantil en el curso del psicoanálisis de adultos, la observación directa de la progresión del contenido imaginario en el transcurso del psicoanálisis de niños o de psicóticos han hecho posible esbozar el conocimiento de su génesis.

El lugar de lo imaginario en la vida mental

La experiencia psicoanalítica conduce a la hipótesis de que toda la vida mental nace en el organismo humano a partir del empuje de los deseos. Este empuje provoca otros tres fenómenos psíquicos: afectos, imágenes, defensas. Los *afectos* son, por ejemplo, la inquietud, la irritación durante el acrecentamiento de un deseo, el placer cuando éste es satisfecho. La *imagen* es el rastro del «objeto» (tanto en el sentido de una persona como en el de una cosa, puesto que en el origen para el niño pequeño existe la indiferenciación) que ha aportado la primera satisfacción a un deseo nuevo; cuando el mismo deseo viene de nuevo, el espíritu reaviva esta imagen ligada a la satisfacción primitiva, a fin de revivir el placer y de aplacar el deseo en una forma puramente imaginaria: es el mecanismo de la alucinación y del sueño. Finalmente, las *defensas:* el aparato psíquico intenta prevenirse contra la confusión en que le sumergen la irrupción imprevista de deseos y de las dificultades para satisfacerlos, incluso de una manera imaginaria; la energía propia del deseo se transforma, si éste no se ve satisfecho, en angustia por medio de mecanismos como la repulsa y la proyección; estos mecanismos se diversifican y se complican con el desarrollo del organismo y de la vida mental; algunos se refuerzan más tarde por medio de la educación y la interiorización de las prohibiciones morales y las prohibiciones sociales.

En el Japón como en Europa o en cualquier parte, la primera de todas las relaciones se vive entre la madre y el niño: relación de posesión, de deseo, experiencia originaria de la que nadie logrará desprenderse nunca de una forma completa y total. (Foto Charbonnier-Réalités.)



Lo imaginario invade el cuerpo, el pensamiento, la conducta y la representación de la realidad. Aparte del caso del sueño, el sujeto ignora que se trata de su imaginación; cree que se trata de la realidad de su cuerpo, de su pensamiento, del mundo y de los demás. De ahí se deriva la ilusión de que las relaciones interpersonales tienen una realidad objetiva, cuando son esencialmente una realidad imaginaria.

Representarse a los hombres saliendo de sí mismos para relacionarse con sus semejantes es una visión errónea.

El ser humano, desde que nace hasta que muere, está cogido en las redes de los deseos de los otros tanto como en las de sus propios deseos. Entre los seres que se relacionan existe un contagio de los afectos y una resonancia de lo imaginario: es la comunicación de los subconscientes. Por otra parte, la primera relación interindividual vivida por un ser humano es la que ha tenido con la madre cuando era recién nacido: sin embargo, esta relación no es sentida, ni en la imaginación de la madre ni en la del niño, como una relación entre dos seres exteriores el uno al otro; para la madre el recién nacido sigue siendo una parte de sí misma; en cuanto al bebé, sus primeras impresiones se unen en la imagen confusa del pecho alimentador, en cuya imagen él mismo es tanto «objeto» bueno como objeto malo, un ser que come o que es comido; más tarde, la imagen de la madre viviente en el fondo de su corazón expresará la búsqueda nostálgica del primer amor perdido.

La imaginación prenatal: anticipación del destino ulterior del individuo

La psicogénesis de las relaciones interindividuales no empieza con el nacimiento del niño. El primer acto se desarrolla cuando los futuros padres esperan un hijo y su imaginación se despliega en esta situación. Frecuentemente incluso, para comprender la forma y el destino siempre repetidos de las relaciones interindividuales de un ser, hay que remontarse más atrás, incluso antes de su concepción.

A partir del deseo de tener un hijo de un hombre o una mujer dados, se despliega toda una organización imaginaria, que se cristalizará tanto en un niño adoptado, como en un animal doméstico, y en la cual el hijo, si llega a existir, encontrará su lugar predeterminado. El tema, grato a algunos filósofos y a algunos psicólogos de niños, de una «nebulosa» o de una «tabla rasa» primitiva es una falacia. El niño no nace en un vacío psicológico. Viene a insertarse en una red imaginaria que le es anterior, al lugar que le espera, independientemente de lo que es o será su propia realidad, independientemente de sus recursos intelectuales y físicos, de sus necesidades, de su sexo.

El nombre escogido para el niño significa algo preciso para los padres o para uno de ellos: un amor olvidado o soñado, una ambición renovada, un ideal que realizar, un drama que superar. Para ellos es un símbolo de algunos de sus propios deseos, recuerdos e imágenes. El que lo lleve transportará, con este nombre, los significados de que ha sido cargado por otros y los hará suyos sin darse cuenta, a menos que se dedique a luchar contra ellos. Los familiares se asombran con frecuencia de que un niño o un adolescente se parezca, por su carácter, a su abuelo o a un antepasado. Se extasían ante la idea de que la herencia pueda saltarse una o dos generaciones. De hecho, no se trata de herencia biológica, sino de transmisión, por medio de la imaginación de la madre a la imaginación del hijo, de una fantasía, por ejemplo masoquista o exhibicionista, de la madre con respecto a sus propios padres: en el inconsciente de la madre, el hijo cumple la función de realizar su fantasía, igual que los sueños son la realización de nuestros antiguos deseos.

Ana es la cuarta niña de una familia de seis hijos; la tercera, que se llamaba también Ana, murió poco antes de su nacimiento en circunstancias dramáticas debidas a una falta de vigilancia. La niña superviviente está investida por sus padres de la función de remplazar a la muerta y de aplacar sus sentimientos de culpabilidad. Ana se da perfecta cuenta de que no es amada por sí misma, de que sus padres la vigilan con una desconfianza angustiada, de que sus hermanas ven en ella con horror o desprecio a un fantasma. Después, una vez llegada a la edad adulta, sus relaciones con los demás están marcadas por una indiferencia afectiva y por sentimientos de persecución. Tras la llegada al mundo de un nacido muerto, desarrolla un delirio paranoico. (Esta influencia del nombre en el destino de las relaciones individuales nunca ha sido tan finamente analizada como en *Vie et opinions de Tristam Shandy* de Laurence Sterne, una obra maestra del humor inglés.)

El hijo es para sus padres un objeto de deseo, sean cuales sean las formas y los avatares de éste, lo que prefigura un rasgo esencial de las relaciones interindividuales: todo ser con el que se establece una relación personal es el objeto imaginario de un deseo. La dificultad de tratar a los demás como desearían los moralistas, como una persona, proviene del hecho de que el ser humano se debate sin cesar entre los deseos de los otros para con él y que los otros no son más que «objetos» desde el punto de vista de sus deseos.



Placer de gustar, de sentir: satisfacciones sensoriales inmediatas, cuyo sentido profundo nos conduce a la experiencia arcaica de la simbiosis con la madre, molde de las afecciones ulteriores. (Foto Jean-Louis Nou.)

La relación del lactante con la imaginación de su madre

El feto ya posee la vida biológica. Pero el lactante no tiene, por sí mismo, el deseo de existir: su madre lo tiene por él; es subyacente al amamantamiento, a los cuidados que le prodiga, al canto de sus palabras, al encanto de su sonrisa, a la potencia protectora de sus brazos. El bebé recibe la leche, los cuidados y todas las impresiones gustativas, olfativas y propioceptivas de su madre (las impresiones auditivas y visuales son más tardías). Al incorporar todo esto, se apropia del impulso de vivir, precede a la vida, existe en y por su madre que quiere verlo y hacerle vivir. De ahí este sentimiento de confianza en la vida y en su buena estrella — factor de éxitos reales — propios de los que, desde muy pequeños, fueron amados por su madre de forma especial, como lo testimoniaron Goethe y Freud que se hallaban en tal caso. De ahí las creaciones de angustia desestructurante, de *hospitalismo* en el caso de falta de madre; de ahí la predisposición consecutiva a la melancolía. La modificación brutal del deseo de la madre en el momento del nacimiento del hijo puede impedir a éste el constituirse más tarde como sujeto y llevarlo a la psicosis.

Luis tiene cuatro años; está afectado de un mutismo completo; su comportamiento corresponde a la edad de un año. Los padres estaban en desacuerdo pero no llegaban a separarse. Al estar segura de haber quedado encinta de su marido, la madre se resignó por fin a la partida de éste con



En el mundo del colegio y del juego, el niño aprende que las relaciones interindividuales tienen que regirse no por la ternura, sino por la ley.

su amante. No vivía más que para el hijo que tenía que nacer. Da a luz, comunica la noticia al padre y se entera de que éste ha reaccionado de un modo depresivo. Abandona al recién nacido a los ocho días para coger el tren, reunirse con el padre, arrancarlo a su amante y traerlo consigo. Vuelve con su hijo pero únicamente se interesa por el marido «recobrado». El hijo no era para ella más que un sustituto del marido fugado. Le prodiga todos los cuidados materiales, pero, para ella, ya no responde a ningún deseo. Su evolución interna se ha parado aquí: ve, oye, anda, emite aproximadamente todos los sonidos murmurando y gritando. Pero no puede acoger los deseos de los demás, ni articular los suyos, ni organizar sus impresiones sensoriales entorno a sus deseos. El tratamiento consistió en volver a crear con él, a través de juegos correspondientes a su edad afectiva, la relación interindividual de que había sido privado y hablarle de lo que se podía suponer que sentía hasta que surgiera en él el deseo de decirlo a su vez por medio de la palabra y de afirmarse como sujeto —aún frágil y titubeante— de sus deseos.

El niño engendrado por casualidad y que no ha despertado en sus progenitores, en el momento de sus amores, del embarazo o del parto, ningún deseo de él, tiene las mayores dificultades para afirmarse. Si remonta el peligro de psicosis al que su excesiva angustia le ha conducido, en la vida tomará una postura de no amado doloroso, repitiendo conscientemente, según Schopenhauer, que el deseo de vivir es la fuente de todo sufrimiento, o jugando a provocar en los demás, por los prestigios de la fascinación, un deseo hacia él, deseo que nunca podrá tomar en serio.

El hijo deseado, esperado, disfrutado anticipadamente por la madre es, tanto antes como después del nacimiento, vivido por ella de forma imaginaria como si fuera un bien suyo, de su propiedad, su cosa, el signo de su potencia, la encarnación de sus sueños de superioridad sobre el hombre; tener un niño, dicen los psiquiatras, equivale para ella a tener el falo. El subconsciente de los dos sexos y las mitologías están llenos de fantasías y de narraciones en las que la mujer tiene prisionero en ella el sexo del hombre que la fecunda; este sexo se transforma en niño y el niño que crece en ella es como un pene que le creciera.

La primera relación individual del niño no es pues una relación con otro ser. Es una relación de interioridad, de simbiosis, una relación sobre la forma de tenerlo.

La madre disfruta de la posesión exclusiva de su hijo, y el hijo tiene a su madre a su total disposición; le pertenece no menos exclusivamente. Aquí está la experiencia original de todo ser humano, una experiencia de la cual nadie consigue desprenderse completamente. La exigencia abusiva de los enamorados de fundirse en el ser amado y de acapararlo completamente, la búsqueda nostálgica a través de las aventuras sentimentales de esta primera forma de amor perdido, el retorno a la Madre de Dios en ciertos grandes místicos, la tiranía excesiva ejercida sobre sus amigos, parientes o alumnos, para asegurarse de que uno es el único que cuenta a sus ojos, el pánico ante la idea de que se podría dejar de ser para los demás el centro del mundo, derivan de aquí. Los moralistas de la época clásica tuvieron ya una buena intuición de estos procesos psíquicos fundamentales en las relaciones con los demás. «En una palabra, escribe Pascal, el yo tiene dos cualidades: es injusto en sí, en cuanto que se hace el centro de todo; es incómodo para los demás, en cuanto que quiere someterlos, ya que cada yo es el enemigo y querría ser el tirano de todos los demás».

La relación imaginaria con la autoridad paterna

La intrusión del padre en la relación funcional del niño con su madre introduce una nueva dimensión en las relaciones interindividuales. Es el fin de la fusión primitiva, es la obligación de contar en la vida con terceros, es el descubrimiento de que las relaciones humanas no se desarrollan solamente al nivel del amor y del odio, sino que además están reguladas por una entidad simbólica de otro orden, *la ley.*

La relación del niño con la autoridad y el poder paternos se despliega en la dimensión de la obediencia y de la desobediencia, de la oposición y de la sumisión, de la ambivalencia de los sentimientos (intrincación del amor y el odio hacia una misma persona). La figura paterna adopta la preeminencia sobre la *imago* materna; en efecto, el padre manda a la madre (al menos en las civilizaciones de tipo patriarcal). El padre justifica su derecho a ser obedecido por una referencia a su propio padre, al que estaba sometido, del cual tiene el poder y el nombre, que ha transmitido al niño, o por una referencia a Dios, padre y señor de todos los hombres. En lo indiferenciado de las relaciones entre el hijo y su madre, caracterizadas por el intercambio inmediato y permanente de las emociones y las fantasías, el padre introduce la diferenciación, la jerarquía, el símbolo. «En el principio era el caos, por fin llegó el Espíritu, el cual lo ordenó todo»: este enunciado de Empédocles, en el siglo V a. de C., es la transposición filosófica de la experiencia del padre.

En ese niño que dependía de su madre como la parte de un todo y que adquiere una relativa autonomía a través del dominio bosquejado de su cuerpo y de sus emociones, la presencia simbólica del padre instaura una dependencia de otro tipo, la dependencia del pequeño respecto al grande, del débil respecto al fuerte, del ignorante respecto al que sabe, del irreflexivo respecto al que razona, la dependencia de aquél cuya conducta está regida por reglas y que, uniendo el poder al derecho, administra la justicia. Al niño le es difícil averiguar lo que en la voluntad del padre es la aplicación de la ley y lo que es afirmación desenfrenada de deseos propios del padre cuya fuerza absoluta, frente a un ser inferior, no es mitigada por nada.

El niño sueña que es todopoderoso; afirma su voluntad oponiéndose, diciendo «no», o «yo quiero», o «tengo perfecto derecho»; vive en pleno pensamiento mágico; para él desear y hacer son una misma cosa. Si alguien se interpone en su voluntad, desea ser desembarazado de él. Pero en virtud del pensamiento mágico, si desea la muerte del que le estorba, éste puede morir a causa de tal deseo y, al mismo tiempo, podría adivinar el deseo mortífero de que es objeto y de volverlo contra su autor; en el primer caso el niño se siente culpable, en el segundo acusado. Ambas cosas se confunden y se embrollan, como lo testimonia la obra de Kafka: no sabe si es acusado porque es culpable, o culpable porque es acusado. La única salida que tiene el niño es conjurar el castigo, suplicar al padre que le conceda el perdón y pagar sus faltas para obtenerlo. El filósofo Hegel describió este tipo de relaciones en su célebre dialéctica del amo y el esclavo.

La adaptación a la disciplina

Tanto si se define como voluntad sometida o como voluntad en rebelión, el sujeto aprende que las relaciones interindividuales no están entregadas solamente al libre juego de la avidez, de la ternura y de la violencia, sino que son y deben ser regidas por las leyes.

La ley fundamental, de la que derivan las otras leyes, garantiza a cada cual su existencia prohibiendo atentar contra la existencia de los demás. Pero el poder de la ley sigue siendo abstracto e ilusorio en tanto que el deseo de los seres humanos con respecto a sus semejantes no se haya transformado como para hacer real la aplicación de la ley. Según Freud, esta transformación se obtiene mediante la reconversión de la rivalidad rencorosa y destructora en solidaridad. La experiencia de la familia numerosa, y sobre todo de la escuela, es aquí decisiva: el niño renuncia a obtener para él solo el afecto exclusivo de los padres o de los maestros; renuncia porque — y para que — cada uno de sus hermanos o de sus camaradas renuncie igualmente; prefiere renunciar a obtener el amor para él solo si está seguro de que por este camino nadie lo obtendrá. Por esto la entrada en la escuela permite que el niño se desprenda de las relaciones individuales de amor y de hostilidad respecto a sus padres y descubra otro género de vida entre sus semejantes, con reglas más objetivas que garantizan una necesaria justicia. Las dificultades de adaptación a los programas escolares pueden revelar perturbaciones intelectuales y psico-motoras. Las dificultades de adaptación al medio escolar son el indicio, desgraciadamente no tomado en cuenta, de que no se efectúa la socialización de la personalidad y no se ha adquirido la capacidad de conformarse a normas sociales; constituyen los más seguros pronósticos de la delincuencia juvenil.

Relaciones intraindividuales e interindividuales

Las relaciones intersubjetivas del niño se interiorizan en parte y se conservan en forma inconsciente. ¿Qué elementos de estas relaciones soportan esta transformación? Son las identificaciones con la imagen idealizada de los padres o de sus sustitutos. Las identificaciones hacen de la persona humana no una unidad simple y coherente, sino un teatro de personajes múltiples en que se encuentran los papeles habituales de la dramaturgia: adversarios, confidentes, cómplices... La personalidad humana apunta hacia la unidad sin alcanzarla; trata de protegerse contra la angustia de su propia diseminación en varias subunidades autónomas. Un sueño, frecuente tras algunos meses de psicoanálisis, expresa simbólicamente la extrañeza del paciente: en su sesión de psicoanálisis, no está solo; otros psicoanálisis se desarrollan simultáneamente, sobre camas superpuestas alrededor del psicoanalista; o también la puerta de la habitación está abierta, los visitantes van y vienen, parientes, como si al mismo tiempo hubiera una recepción; todo el mundo es ruidoso; el paciente no consigue hablar lo bastante alto como para que se le oiga. El sueño significa que el personaje «oficial» del paciente pierde el dominio de su personalidad y que todos los otros personajes que están en él, actuantes pero mudos y desconocidos, se ponen a hablar.

Las identificaciones forman un sistema que incluye varios polos: en cuanto fuente de exigencias morales, es el superyó; en cuanto modelo de la conducta a seguir y regu-

lador de los sentimientos de estima de sí mismo, es el ideal del yo. Superyó e ideal del yo juegan un papel casi constante en las relaciones interindividuales ulteriores: el niño o el adulto, en sus actitudes con respecto a los demás, experimenta toda una gama de temores, de esperas, de exigencias que de hecho están determinadas por su superyó o por su ideal del yo: trata de hacer que se le considere, teme ser juzgado, se conforma con lo que cree que se espera de él, toma la delantera agrediendo verbalmente al que podría sorprenderlo en flagrante delito. La timidez, la búsqueda de aprobación, la permanente espera del perdón o del castigo son los ejemplos de conductas interindividuales dominadas por el superyó o el ideal del yo. Vemos aquí la complejidad de los procesos psíquicos desencadenados por las relaciones interindividuales. Las relaciones tienen siempre una dimensión imaginaria; pero las reliquias imaginarias de las primeras relaciones del niño con sus padres y con sus hermanos y hermanas son interiorizadas bajo la forma de una instancia psíquica nueva, distinta del yo consciente. A su vez, esta instancia interpone, en la realidad de las relaciones humanas, las representaciones imaginarias de lo que el sujeto debería ser y quisiera ser. Dicho de otro modo, las relaciones *inter*-individuales dependen de las relaciones *intra*-individuales, es decir, de las relaciones entre el yo de un sujeto y sus deseos, entre su super-yo y su yo, entre su super-yo y su ideal del yo, entre su yo consciente y sus mecanismos de defensa.

La presencia del padre introduce una nueva dimensión en las relaciones: dependencia del débil al fuerte, del pequeño al mayor y, para la hija, revelación del sexo opuesto y de una nueva forma de amor.



Si las antiguas relaciones interiorizadas (identificaciones) del yo con los demás intervienen en las nuevas relaciones entre yo y los demás, es igualmente necesario señalar el papel análogo de las relaciones consigo mismo. Muy pronto el niño se construye un doble imaginario. Cuando reconoce como suya su imagen en el espejo, la contempla fascinado y feliz, y la inviste de toda la parte de su amor que ha sido desengañada al otorgarse a sus padres y parientes. Esta imagen narcisista está, también ella, interiorizada. Los psicoanalistas han precisado su función bajo el apelativo de «yo ideal». ¿De qué ideal se trata? Del ideal, narcisista por excelencia, de omnipotencia. El narcisismo humano es la fuente de las mayores dificultades en las relaciones interindividuales. Cada yo quiere probar su poder. Si tropieza con el rechazo o el narcisismo de los demás experimenta una herida muy aguda — la herida del amor propio — ya que su deseo de poder se ve contrariado, puesto en duda y decaído. Otras veces disfruta por anticipado de una felicidad narcisista al fascinar a los demás, como otrora su imagen especular le fascinaba, al hacerles creer que posee el poder que todo el mundo sueña y les atrae con el prestigio de esta imagen ilusoria.

El complejo de Edipo y la madurez de la relación humana

El acceso a la madurez en las relaciones humanas, el acceso a la relación humana en tanto que relacional y no ya como absoluta, está condicionada por la instauración y la resolución del conflicto edípico. La relación simbólica fundamental que el niño debe descubrir en primer lugar para poder luego situarse en un plano simbólico con relación a las demás personas, es la que le permite situarse en relación con sus propios padres, no sólo como un objeto de amor y de odio, sino también como un hijo nacido de su unión. Ya no es el niño-rey en el absoluto, sin principio, ni fin, ni transformación, ni el niño expuesto a ser rechazado, devorado, ensuciado, apaleado, pisado, descuartizado, es decir, negado. Se convierte en un eslabón en una cadena genealógica. Su existencia y su ser se despliegan en la dimensión de la filiación, es decir, de la relación.

El niño ha empezado a existir porque un hombre y una mujer han experimentado un deseo el uno por el otro, han consumado este deseo juntos, han deseado un hijo, fruto de sus relaciones sexuales. Volvemos a encontrar aquí lo que habíamos colocado en el principio de la psicogénesis de las relaciones interindividuales. Pero el niño tiene grandes dificultades en cerrar este círculo. La pregunta de los orígenes: «¿De dónde vienen los niños?» que cada niño plantea y se plantea inevitablemente guardará su misterio durante largo tiempo: he aquí el secreto reservado a las personas mayores y del que los niños están excluidos en razón de la inmadurez biológica que les condena a experimentar deseos de coito sin ser físicamente aptos para practicarlo. También están excluidos por la orientación misma de sus deseos de amor y por la prohibición con que esta orientación se encuentra necesariamente: el niño desea casarse con su madre; la niña

con su padre, y cada hijo desea verse desembarazado del padre del otro sexo, su rival. Promulgada explícitamente o sobreentendida en actos concretos (el padre es el que comparte el lecho de la madre y la llegada de un recién nacido confirma brutalmente al niño que no era él el esposo), la prohibición es un día u otro advertida por el niño. Poco importan la edad, las circunstancias reales, las particularidades propias de cada civilización y de cada sujeto (el Edipo puede ser invertido: la niña ama a su madre y detesta a su padre; o desplazado: el chico ama a su hermana y teme a su tío paterno); el niño tropieza con la prohibición, y la forma como la asumirá va a decidir sus ulteriores relaciones interpersonales. Puede usar de astucias con la prohibición y hacer trampa más tarde con las reglas morales y sociales. Puede estar tan asustado, tan desamparado, que renuncie a crecer para prolongar la amenazada felicidad de su infancia; será enfermizamente tímido, impotente, homosexual. Puede estar tan descontento, tan furioso, que se revelará incapaz de toda nueva felicidad, agresivo y destructor para con los que le ofrecen la apariencia de poseerlo. Puede, por fin, aceptar la prohibición (nadie, sin embargo, la acepta nunca del todo en su fuero interno), así como la mutilación que resulta de ello para su deseo primitivo (esta mutilación es vivida habitualmente en el inconsciente como una castración). Renuncia al objeto de su amor infantil y al odio complementario hacia el rival; puede utilizar la energía así liberada en las tareas escolares y más tarde en las actividades profesionales y sociales; podrá hacer sus elecciones afectivas sobre personas extrañas a la familia o al clan. Se descubre sexuado, se identifica con el progenitor del mismo sexo y se proyecta en el futuro como teniendo que transformarse en varón o hembra, como pudiendo ser a su vez padre o madre. Al renunciar verdaderamente al amor incestuoso y a la muerte de su rival, la personalidad humana accede a la moral, a la vida social y a la cultura que están, como lo ha mostrado Freud, basados en estos dos tabús.

Mediante la resolución del conflicto edípico, el sujeto humano consigue superar, si bien conservando algún rastro de ellas, las posiciones simbióticas, sado-masoquistas y narcisistas anteriores. Las relaciones con los demás ya no son vividas bajo la forma del afecto o del rechazo, del favor o de la crueldad, de la afirmación del poderío o de la herida en el amor propio. Las reglas familiares y sociales que fijan las formas, la intensidad y las modalidades de estas relaciones ya no son sentidas como provenientes de los más viejos o más fuertes. La ley es reconocida en su naturaleza simbólica.

Este reconocimiento de la ley desarrolla sus consecuencias en numerosos campos. La naturaleza externa se desprende en parte de las fantasías proyectadas sobre ella y empieza a aparecer en su realidad objetiva. La idea del determinismo sale a la luz; el conocimiento de las leyes hace posible el dominio de diversos fenómenos naturales. Las leyes sociales se admiten como necesarias para la regulación de las relaciones entre los hombres, para asegurar su coexistencia y presidir los intercambios: intercambios de mercancías, de palabras, de juramentos, de ideas. El tabú del incesto y del parricidio provee al intercambio primero, el



El acceso a la madurez de las relaciones humanas supone, de forma inconsciente primero y explícita después, el enfrentamiento con el padre.

de las mujeres entre los clanes y las familias, según las reglas del matrimonio; los etnólogos, como Lévi-Strauss, han visto aquí el prototipo de todos los intercambios, confirmando de este modo las observaciones de los psicoanalistas.

La relación del niño con sus compañeros en el marco de la vida escolar y sus diversiones, especialmente en los juegos de equipo con reglas esquemáticas, hace progresar su descentración con respecto a sí mismo, lo lleva a asegurar el principio de la reciprocidad en los intercambios y le encamina hacia la independencia afectiva en la interdependencia de las personas. A continuación, en las relaciones amorosas o profesionales, el sujeto humano podrá reconocer la autonomía de sus interlocutores y la integridad de su persona, aceptar que sean diferentes de él y extraer grandes alegrías de su participación en la tarea común.

Nadie puede llegar a establecer una representación perfectamente objetiva de los demás. En sus relaciones, lo imaginario de los hombres funciona y se interpone siempre. Pero, después de superada la fase de Edipo, el niño comienza a entrever a los demás en su realidad objetiva. Los demás existen para él como personas. En lo sucesivo, los demás adquieren un valor propio, y el de la persona de los demás se impone poco a poco como el más digno de respecto.

La recriminación habitual en materia de relaciones interindividuales es la de la incomprensión que cada uno de

nosotros encuentra por parte de los demás. En la vida amorosa, tarde o temprano, el otro decepciona, ya que no responde a la imagen que se tenía de él. En la vida profesional, los subordinados y los superiores se reprochan mutuamente el desconocimiento de sus problemas y de sus puntos de vista. En las reuniones de trabajo, afloran los malentendidos y vician la preparación de las decisiones; toda discusión es una torre de Babel; la dificultad que tienen los hombres para comunicarse es tal que, a menudo, prefieren reducir al mínimo los contactos y los intercambios, reflexionar y actuar solos y buscar medios brutales, disimulados o perversos, para imponerse a los demás.

Lo imaginario, fuente de incomprensión entre los seres humanos

¿Por qué esta incomprensión? Los hombres no se comunican directamente entre sí sino que lo hacen a través de imágenes: al dirigirse a los demás, se dirigen a una imagen aunque sea inconscientemente. Cada interlocutor se manifiesta al otro y descifra sus palabras y sus actitudes de acuerdo con estas imágenes. Un verdadero intercambio requiere dilucidarlas y remontarlas. Se las puede clasificar en cuatro grandes categorías:

1) Algunas son estereotipos sociales nacidos de prejuicios raciales, o representaciones colectivas de lo desviante o de lo asocial, como en una experiencia de Claparède en la que el perturbador de un curso magistral, con guantes blancos, pañuelo beige y pantalón oscuro deja en la memoria de los estudiantes el recuerdo de un pañuelo rojo, de un pantalón a cuadros y de unas manos rudas; más generalmente, son representaciones colectivas de los seres que guardan con nosotros una diferencia racial.

2) Otras imágenes van ligadas a los mitos colectivos o a acontecimientos históricos que se han hecho legendarios; estas imágenes describen metafóricamente las actitudes que se esperan encontrar en los demás. En Francia, por ejemplo, el tema de la noche de San Bartolomé está latente en numerosos grupos de católicos y de protestantes declarados; el católico militante busca inconscientemente que los protestantes le perdonen por pertenecer a un grupo que fue el responsable de esta matanza; ante esta proposición del católico que quiere ser «generosa», el protestante tiene a menudo tendencia a reaccionar viendo en él al «capuchino con botas» que adormeció a sus antepasados con bellas declaraciones para asesinarlos mejor. El inventario de estas imágenes es una de las tareas de la naciente psicología social. Recordemos la Balsa de la Medusa, La Santa Cena, la Comuna de París, el Terror, el carnaval...

3) Imágenes, cuya existencia es admitida más fácilmente, tocantes a las representaciones profesionales: el policía, el cliente, el periodista, el profesor, el delegado sindical... Cada profesión es objeto de una o varias imágenes anteriores que falsean el conocimiento y la apreciación de la personalidad individual que la ejerce. Recíprocamente, el interesado (el médico, el cura o el especialista) tiene tendencia a atrincherarse detrás de la imagen vinculada a su etiqueta profesional y a su estatuto social y a tratar de imponerse por medio de esta imagen. Así se crean los «ídolos» o los «fetiches» que unos admiran y otros destruyen.

4) Por fin, cada uno de nosotros posee un pequeño número de imágenes rigurosamente personales, profundamente enraizadas en él, que alimentan sus quimeras, sus sueños, que ponen en marcha un buen número de sus conductas privadas y sociales. La cura psicoanalítica hace tomar conciencia al sujeto de sus «fantasías» fundamentales; se trata de escenas imaginarias inconscientes, en las que el sujeto es espectador o actor, escenas cuya significación es la de un conflicto no superado entre un deseo y una defensa. Estas fantasías se transparentan, disfrazadas y deformadas, en falsos recuerdos, síntomas neuróticos, simbólicos pasos al acto; constituyen un mito personal, de respuesta imaginaria a preguntas vitales sobre uno mismo, sus orígenes, su entorno y las propias pulsiones; transportan la demanda insatisfecha y repetida, dirigida a los demás.

Comprender a los demás, es comprender a su imaginario

Hemos visto cómo se constituyen estas imágenes a lo largo de la infancia, cómo algunas están virtualmente presentes desde antes del nacimiento, cuales son sus principales variedades, correspondientes a las diferentes pulsiones que emergen sucesivamente en el niño y provocan cada vez dramas específicos. Para el psicoanalista, las relaciones interindividuales son el campo cotidiano donde se despliegan, inconscientemente, las «relaciones de objeto» que han cultivado en su infancia con las imágenes parenterales y a algunas de entre las cuales han quedado fijados.

Sólo un psicoanálisis permite reconocer y superar en gran parte toda la gama de estas relaciones de objeto. Otras técnicas, como el psicodrama, la discusión de grupo no directiva (*T-group* o grupo de diagnóstico), en su momento de máxima tensión, movilizan las imágenes subyacentes a ciertas relaciones de objeto, provocan, a costa de un desgarramiento interior y de confrontaciones dramáticas con los demás, sus tomas de conciencia y liberan la energía psíquica que estaba invertida en ellas. El sujeto gana en libertad interior y se torna más sensible hacia lo que los demás son, desean, imaginan y esconden.

El máximo reconocimiento que un sujeto humano pueda testimoniar a un semejante, la más frágil, la más difícil y a veces la más trágica en su desarrollo, es el reconocerlo habitado, como yo, por fantasías, pero habitado, yo por mi imaginario, él por el suyo: supervivencias de nuestras infancias, rastros siempre presentes de aquello a través de lo cual cada uno de nosotros se ha apropiado la existencia, el ser, la relación, y persevera interiormente en la vida, antes de abandonarse al punto final de la muerte.

OTTO KLINEBERG

la aculturación

El medio del hombre es una cultura. «Taller cultural» decía Gesell que era la familia para el niño pequeño; y el medio físico, el de los objetos, de los vestidos y los alimentos está ya «culturalizado». Los autores americanos —aquí el profesor Otto Klineberg se adhiere a su escuela— distinguen, el término de «enculturación», ese aprendizaje inevitable de la cultura ambiente, de la «aculturación» propiamente dicha, que para ellos designa la adaptación de un grupo ya «culturalizado» a una cultura diferente, propuesta o impuesta desde el exterior. Cualquiera que sea el nombre que se le dé la cultura, es un mecanismo esencial en la socialización: condiciona todos nuestros comportamientos.

El término aculturación tiene al menos dos significados distintos aunque emparentados. Uno hace referencia al proceso que debe seguir todo individuo para llegar a ser miembro con pleno derecho de la sociedad en la que vive, es decir hacer suyos los valores y las actitudes que rigen en la sociedad, integrarlos en su propia personalidad al tiempo que adquiere las cualidades que le permitirán adaptarse a los modelos de los comportamientos y de las técnicas que ha acumulado la cultura de la que surge. Considerada desde este ángulo, la aculturación tiene un sentido muy próximo a lo que frecuentemente se denomina la *socialización,* aunque se designe así más particularmente a la evolución que lleva al niño a la condición de adulto tal como la ha fijado la sociedad. Herskovits propuso en 1948 el término *enculturación* para definir más claramente el fenómeno por el cual un individuo se incorpora a una fracción importante de la cultura que le rodea. El campo de las investigaciones al que se ha aplicado la expresión *cultura y personalidad* supera en mucho la noción de *enculturación;* pero se puede considerar que desde muchos puntos de vista engloba el mismo conjunto —o uno muy parecido— de problemas. La presente exposición estará dedicada a desarrollar este aspecto de la aculturación.

El segundo, que produce un interés no menos considerable, sobre todo entre los etnólogos y los sociólogos, designa lo que sucede cuando dos sociedades o dos culturas extrañas entran en contacto; trata en particular del proceso según el cual se modifica una bajo la influencia de la otra. Cuando se llama *aculturado* a un indio de América uno se refiere al hecho de que este individuo ha asimilado completamente la cultura de los americanos blancos. En este preciso período de nuestra historia, en que los cambios sociales padecen una fuerte aceleración debida al desarrollo de las comunicaciones internacionales, facilitadas por los programas intensivos de asistencia técnica (desde hace poco «cooperación técnica»), esta otra fase de la aculturación implica elementos de cuya gran importancia en el plano técnico hablaremos más tarde.

Importancia del contexto

Tomada en el sentido de socialización o de *enculturación,* la aculturación representa uno de los principales fenómenos que interesan al sociólogo. Sin negarle en modo alguno a la herencia biológica el importante papel que asume en la fijación de los límites en cuyo interior debe expresarse el comportamiento humano, es difícil no insistir sobre la enorme influencia de la cultura circundante en la formación del individuo. Por una parte los informes, ciertamente fragmentarios, que tratan de los casos de niños que habían vivido durante varios años aislados o en compañía de animales, han establecido hasta qué punto estos niños se hallaban faltos de «humanidad»; la pobreza de sus medios de expresión emocional, su carencia casi absoluta de toda forma de comunicación, su tendencia a andar «a cuatro patas»; estas observaciones, entre otras, testimonian la débil porción de «humanidad» que subsiste cuando la cultura está ausente (Malson, 1964). Por otra parte, las gigantescas variaciones del comportamiento humano que han observado los etnólogos en las sociedades por ellos estudiadas muestran clara e indudablemente la extensión de las posibilidades que se ofrecen al hombre y que se desprenden de su contexto social. Los mismos estudiosos de



la genética han quedado sorprendidos por estas diferencias de orden cultural y han insistido en el hecho de que, ligados a la cultura circundante, los elementos más característicos de la naturaleza humana son su plasticidad, su maleabilidad y la variedad de sus medios de expresión (Dunn y Dobzhansky, 1952).

Las potencialidades humanas que existen en las diferentes sociedades pueden ser fácilmente comprendidas. Los tipos de comportamientos y de actitudes que responden a los aspectos aparentemente más profundos y más «naturales» de la personalidad en el seno de una cierta cultura pueden expresarse de distinto modo o incluso no existir en absoluto en otra. Entre los *Torres Straits Islanders,* cuya isla está situada no lejos de la costa australiana, el amor materno se presenta bajo rasgos muy diferentes de los de los occidentales, ya que adoptan un número tan grande de hijos que un etnólogo no puede establecer con certeza ningún lazo familiar biológico. La «piedad filial» de la que la China milenaria ha hecho la más noble de todas las virtudes, forma un violento contraste con la antigua costumbre de los esquimales que dejaban morir a sus padres de inanición. Las relaciones sexuales pueden ir acompañadas de un violento sentimiento de celos que se ofende de todo lo que podría amenazar el carácter exclusivo de la monogamia, pero igualmente pueden acomodarse con diferentes combinaciones en el seno de un matrimonio, entre las que figura el «préstamo» a un extranjero de una mujer casada. El deseo de poseer bienes en propiedad puede ser muy sentido en una sociedad mientras que en otras puede ser débil, o incluso desconocido. La autoridad o el prestigio personal puede constituir el objetivo supremo o bien algo que hay que evitar a cualquier precio; del mismo modo, en el plano físico, la agresividad puede ser alentada o proscrita.

Variabilidad de los comportamientos

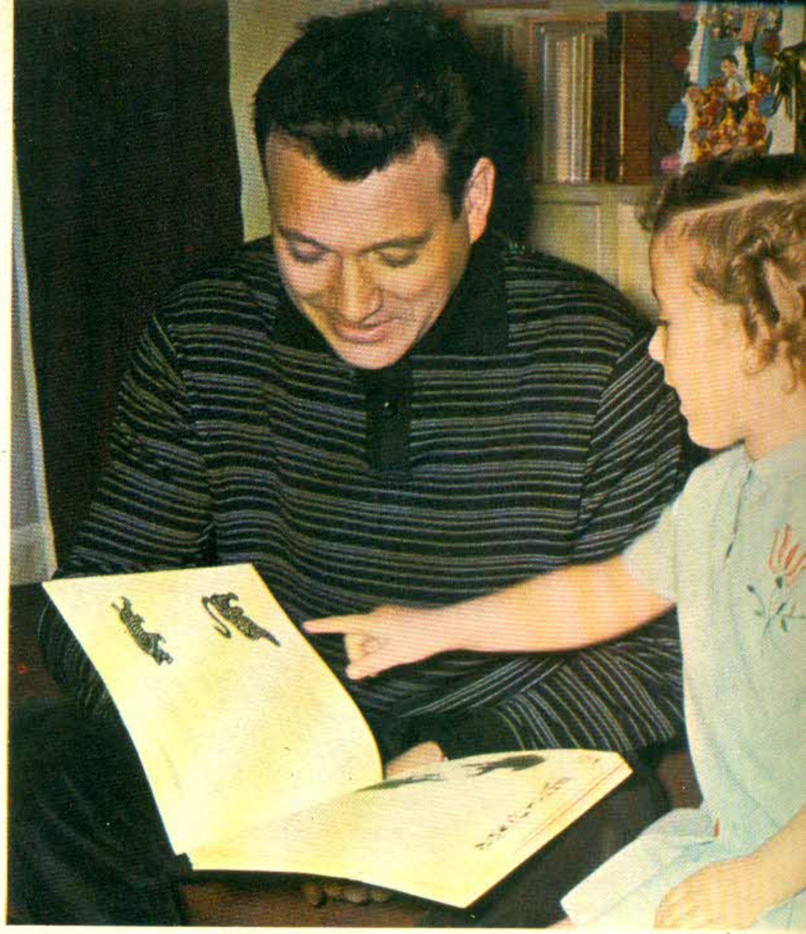
Esta agresividad, tomada en el sentido de hostilidad, es un comportamiento cuyo estudio es importante a causa de la creencia, muy difundida en todas las sociedades, de que la agresividad es ineluctable; por eso la consideran como causa principal de las guerras y de los conflictos. Es cierto que los hay en todas partes, pero el modo como se manifiestan y las reacciones que provocan no son iguales en ningún sitio. Los etnólogos han proporcionado gran variedad de ejemplos. Al nivel individual, una discusión puede ser zanjada de diferentes modos: pegándose, haciendo venir a un mago por medio del cual los espíritus decidirán acerca del desenlace de la disputa, golpeando violentamente un árbol o una roca cercanos, distribuyendo

Según algunos sociólogos, la aculturación del individuo se basa en la imitación. Aunque esta tesis haya sido atacada, no se puede negar, por ejemplo, la importancia de los modelos adultos para el niño que se adapta a la cultura. Para convencerse de ello, ¿qué testimonio se puede aportar mejor que el de esa chiquilla que, como a hurtadillas, aprende a conocer el mundo de los adultos, simulando la maternidad?

o destruyendo una gran parte de los propios bienes para cubrir de oprobio al adversario, cantando canciones satíricas en el transcurso de un duelo o en un debate público, suicidándose con el único fin de llamar la atención de los demás sobre las fechorías del «enemigo». Al nivel del grupo, pueden estallar guerras por diferentes razones: hacerse con bienes, ganar poder o prestigio, obtener mujeres, satisfacer un fanatismo religioso, arreglar una injusticia real o imaginaria. La actitud adoptada frente a un combate (que va desde la glorificación de un lance que permite desplegar la verdadera virilidad, hasta la condena de un estado que niega lo que de específicamente humano y «espiritual» hay en el hombre) será determinada en gran medida por el carácter fortuito del nacimiento y de la aculturación más en una sociedad que en otra (Klineberg, 1964).

Estas diferencias de actitudes y de comportamientos se explican todavía de otra manera: serían el reflejo de las diferencias hereditarias o genéticas, que están ligadas a lo que vagamente llamamos «raza». Si aceptáramos esta teoría, la superioridad de los indígenas de Australia sobre los europeos en el arte de seguir un rastro difícil a través del bosque se explicaría por una agudeza sensorial innata; del mismo modo, lo que lleva a los diversos grados de agresidad tendría como causa las separaciones genéticas que harían que las glándulas suprarrenales fueran más o menos sensibles a un estímulo exterior. En despecho de su propagación y de su popularidad, este punto de vista es falso por numerosas razones: los europeos *pueden* llegar a ser tan hábiles como los australianos en el arte de seguir pistas a condición de aprender los indicios necesarios y familiarizarse con el terreno. A este respecto, las numerosas investigaciones psicológicas sobre el estudio de la agudeza visual y auditiva de las poblaciones llamadas primitivas, no descubrieron ninguna superioridad particular que no pueda ser atribuida a la experiencia. En cuanto a la agresividad, dos hechos se alzan fuertemente contra una explicación de tipo genético. Por una parte, entre los hombres de una misma «raza» o de tipo físico semejante debido a la herencia —como los africanos, los melanésicos o los indios de América— encontramos una gran variedad en la manera de expresar o de medir su agresividad. Por otra parte, cosa que la historia europea ha demostrado ampliamente, la misma sociedad, la misma nación puede mostrarse agresiva en cierto momento y no en otro. Recordemos a Buckle que escribía en 1864: «Entre los medios simplistas que se emplean para minimizar los efectos de las presiones sociales y morales sobre el espíritu humano, el más simplista es seguramente el que consiste en atribuir las diferencias de carácter y de comportamiento a diferencias naturales».

Las explicaciones tomadas de la noción de «instinto» son también poco satisfactorias, ya que dar un carácter instintivo a cualquier forma de comportamiento implica la universalidad de ésta, mientras que los hechos que hemos presentado han puesto más bien en evidencia su variabilidad. Quizá no debamos sorprendernos si las observaciones referentes a esta diversidad, que forma parte de los elementos de la etnología, han dado lugar a una severa crítica del concepto global de instinto humano. Aparte de raras excepciones, que debemos en parte a los psicoanalistas, los mismos términos de *instinto* y de *instintivo* casi han desaparecido del vocabulario de las ciencias sociales, inclusive de la psicología. Cuando se hace referencia a resultados de investigaciones, se ha hecho casi indispensable tener en cuenta el contexto social en el que ha sido hecha la encuesta y limitar las conclusiones a *nuestra* cultura mientras no se haya podido establecer que estas conclusiones podrían aplicarse a otras culturas. Tal es el caso de los campos de la motivación, del comportamiento emocional, de la percepción y de la memoria, de las analogías y diferencias entre sexos e incluso de las fases del desarrollo del niño, tan bien estudiadas por Piaget y sus colegas.



La aculturación es el aprendizaje de una civilización, pero también la iniciación a una cultura hablada y escrita. A través de las imágenes y la lectura, el niño asimila poco a poco los valores culturales del grupo.

La relatividad cultural

Los propios conceptos de normalidad y de anormalidad varían según las épocas y las circunstancias que determinan a la sociedad. Aquí, trances y visiones serán signos de santidad; en otro lugar, de alucinación. Aquí se condenará la homosexualidad; allí se aceptará. La autonomía, es decir, la capacidad que tiene un individuo de «volar con sus propias alas sin imponer a su prójimo reivindicaciones o exigencias abusivas» (Jahoda, 1958), se considera en nuestra cultura como un signo de salud mental, mientras que en

la China antigua existía una red de relaciones sociales bien definidas, según las cuales el individuo buscaba la seguridad en la comunidad más que en sí mismo. En los países occidentales, la psicoterapia se ha dedicado especialmente a favorecer la adaptación y la acomodación del individuo al mundo exterior y a ayudarle a conseguir un cierto dominio de su ambiente. Por otro lado, hay en la India millones de hombres santos que viven como ermitaños en las montañas y los bosques; han escogido un modo de vida que les permite abstraerse del mundo y de sus exigencias. Semejante actitud sería considerada en Occidente como una cobardía o una inestabilidad, mientras que estos hombres son considerados en sus país como unos santos que, sin esforzarse, han logrado conquistar la felicidad y el bienestar renunciando a todo. La línea de demarcación entre conductas normales y anormales parece variar según la cultura.

Todas estas observaciones han llevado a buen número de especialistas en ciencias humanas a adoptar una línea de pensamiento fundamentada en una visión totalmente relativa de la cultura: el lugar que ocupa la sociedad es preeminente mientras que el papel del hombre se limita a recibir pasivamente lo que la sociedad le ofrece. Formulada así, esta teoría del relativismo de la cultura carece de medida. No se puede negar la importancia de la cultura ni la extrema variabilidad de la conducta humana, pero se tropieza con ciertas dificultades cuando se trata de aplicar esta teoría y de extenderla a una explicación, léase descripción, de nuestro comportamiento.

En primer lugar, la herencia biológica del hombre, incluso si no ejerce la influencia directa que le atribuían las antiguas teorías del instinto, asume una parte activa en la orientación general de su comportamiento. Ciertamente, la necesidad de saciar su hambre está controlada en el hombre por fuerzas sociales que le permiten tomar unos alimentos y rechazar otros, pero no es menos cierto que esta necesidad debe ser satisfecha si el individuo quiere sobrevivir. Ciertamente, el instinto que empuja a la satisfacción sexual se mantiene entre los límites bien definidos de una gran cantidad de restricciones impuestas por la costumbre, la religión, la experiencia y una serie de preferencias de orden estético, pero no es menos cierto que esta fuerza instintiva debe exteriorizarse de una forma u otra si la comunidad quiere sobrevivir. A despecho de las variaciones a las que están sometidas la fuerza y la naturaleza de la agresión, a fin de cuentas la organización biológica del hombre es la que hace posible esta agresión. Todo esto es un testimonio a favor de la relatividad de la cultura, pero sólo hasta cierto punto. Es igualmente cierto que entre todas las manifestaciones de la diversidad humana, unas se producen con más frecuencia que otras a causa del aparato biológico del hombre. La adopción de niños puede constituir una costumbre en algunas comunidades pero, en la mayoría de los casos, los padres guardan a sus hijos consigo en vez de cambiarlos por los de otros. Probablemente pensando en esto escribió el sociólogo americano Robert E. Park (citado por Redfield en 1957), que «las costumbres pueden hacer aceptar cualquier cosa. Pero —añade—, es más difícil hacer aceptar unas cosas que otras». El hombre no es únicamente un animal biológico ni un animal social: es siempre y en cualquier lugar *biosocial* (Murphy, 1947), es decir, que su naturaleza es biológica y social a la vez y simultáneamente.

En segundo lugar, existen *universales* en materia de cultura; no en los detalles, sino en lo que hace referencia a los grandes problemas que cada comunidad debe resolver. «Todas las culturas constituyen otras tantas respuestas diferentes a las mismas preguntas esenciales que plantean la biología humana y los caracteres generales de la condición humana» (Kluckhohn, 1953). Con este espíritu han hablado muchos etnólogos de «la unidad psíquica del género humano». Entre las categorías universales de la cultura que ha comprendido Kluckhohn se encuentra la necesidad de proporcionar claves sancionadas y aprobadas para resolver problemas tan universales como los que plantea la coexistencia de los dos sexos, la vulnerabilidad del niño, las necesidades biológicas propias de la nutrición, del calor y del sexo, el enfrentamiento de individuos de diferente edad y de capacidades físicas distintas u otras diferencias. Además, toda sociedad exige a sus miembros un cierto grado de cooperación; establece una distinción entre un comportamiento aceptable y otro inaceptable; promulga leyes para controlar la agresividad; adopta reglas para dirigir las relaciones familiares; posee una forma de religión, de arte y de tecnología, y naturalmente un poder de comunicación más poderoso que el de los animales. Si se tienen en cuenta estos universales, nos vemos impelidos a reducir la relatividad de la cultura a unas proporciones más razonables.

Un tercer factor de importancia es el que hace referencia más particularmente a las relaciones existentes entre la cultura y la personalidad; son extremadamente complejas. Hemos visto que el individuo «se *encultura*», que absorbe las actitudes forjadas por la sociedad a lo largo de las tradiciones que se han sucedido. Esta asimilación se realiza hasta tal punto que se puede producir sin temor a equivocarse qué clase de hombre será por las características de la cultura a la que pertenece. Pero no se queda aquí sino que reacciona frente a esta cultura, la interpreta según su propia personalidad (una muestra: dos padres que vivan en una misma comunidad no educarán a sus hijos de una manera estrictamente idéntica); si puede, introduce cambios —desde una pequeña modificación en el método de pescar con arpón hasta la implantación de una nueva religión— y, en el caso de ser seguido, algunos aspectos menores o primordiales de la cultura pueden de este modo verse trastornados. En estos casos, más bien actúa el individuo sobre la cultura que la cultura sobre el individuo. Además, puede ocurrir, y esto no es menos importante, que efectúe una elección entre lo que la cultura le ofrece, aceptando ciertos aspectos para rechazar otros. Nadie puede reflejar en su totalidad la cultura de su comunidad o asimilar todos los conocimientos que ésta ha acumulado. Las variaciones de los comportamientos y de las actitudes que resultan de ello pueden explicarse en parte por el estatuto o la condición (el jefe religioso se diferencia del guerrero y el viejo se diferencia del joven) o por el papel que le toca desem-

peñar, es decir, por lo que la sociedad espera o exige de los que ocupan una posición particular. Lo cual, sin embargo, no lo explica todo, ya que individuos que ocupan situaciones idénticas pueden elegir actividades diferentes entre las que autoriza su sociedad.

Los caminos de la aculturación

Sin perder de vista las complicaciones del problema es, sin embargo, útil examinar el proceso por el cual se acultura la mayoría, si no la totalidad de los individuos, es decir, por el que ésta acepta los valores de la sociedad y actúa de acuerdo con ellos. Se han facilitado varias explicaciones. Sabemos que para Gabriel Tarde (1890), todo está basado en las leyes de la imitación: puesto que lo que nos impulsa a imitar es innato y universal, esta tendencia explica en sí por qué todo individuo social se ve impulsado a seguir los modelos fijados por el grupo a que pertenece. Durante los años siguientes, numerosas investigaciones y observaciones han puesto en duda esta afirmación, ante todo porque ni todo ser ni toda cosa son imitados; después, porque la tendencia que empuja a la imitación puede ser acentuada o disminuida según las consecuencias que entraña. «No aprendemos por medio de la imitación; aprendemos a imitar» (Miller y Dollard, 1941). Pero no deja de ocurrir que nos encontramos haciendo en la sociedad lo que hacen los demás porque no se presenta o no se conoce otra alternativa; se imita lo que se tiene delante ya que el horizonte se limita a esto únicamente, excepto en el caso, que desarrollaremos más adelante, en que tiene lugar el contacto con otra cultura.

Otra explicación que se da corrientemente de la aculturación tomada en el sentido de conformidad, es que aparece como consecuencia de la fuerza o de la coacción ejercida por la sociedad sobre el individuo, unida a una serie de castigos que vienen a sancionar toda actitud que no esté de acuerdo con los modelos aprobados (Durkheim, 1912). Es evidente que estas sanciones pueden tener una influencia considerable. Los tabús son respetados en cuanto no hacerlo supondría la muerte, a manos de los demás o de la cólera de los dioses. En otros casos el castigo toma la forma de exilio o de ostracismo. En otros, aún, se recurre a la fuerza del ridículo para castigar al individuo: así, entre los indios de las llanuras, el culpable se exiliaba por voluntad propia o se ponía en trance de morir antes que aceptar la burla colectiva. Observemos la pérdida de ciertos privilegios a modo de sanción: una mujer casada volverá con su familia si el marido no la ha tratado conforme a las leyes; nadie ayudará a construir la casa del que no ayudó a otro o, esto es particularmente importante, del que perdió prestigio a los ojos de la comunidad debido a su negativa de aceptar las leyes.

Añadamos otros ejemplos más positivos a los ya enumerados; la aceptación de la aculturación está premiada con algunas recompensas. Se encuentran abundantemente en el contexto precedente, pero su inclusión proporciona una explicación que no está alejada de las principales premisas de la moderna teoría de la educación. Lo cual significa, en términos más simples, que ciertas actividades son «reforzadas» cuando van seguidas de un éxito y «extinguidas» cuando van seguidas de un fracaso o de un castigo. De este modo la aculturación se inscribe en el proceso de aprendizaje, está sometida a los mismos factores y sigue el mismo desarrollo.

Las tres caras de la sociedad

Del mismo modo que las sanciones negativas, las sanciones positivas, cuyo objetivo es el de controlar las actividades del individuo, abarcan una gran variedad de funciones.

En 1950 Riesman hizo una tentativa de clasificación que distingue tres tipos de sociedades: la sociedad *dirigida por la tradición* representada por las culturas conservadoras de Oriente, un gran número de campesinos europeos y la mayor parte de las culturas primitivas estudiadas por los etnólogos; la sociedad *dirigida desde dentro* en la que «la pequeña y tranquila voz de la conciencia» nos dice lo que debemos hacer y de la cual los puritanos constituyen un buen modelo; la sociedad *dirigida por la opinión de los demás* en la cual ocupa un lugar preeminente el deseo de que los demás tengan una buena opinión de nosotros; esta sociedad es cada vez más característica de nuestra cultura occidental, en particular de la de los Estados Unidos.

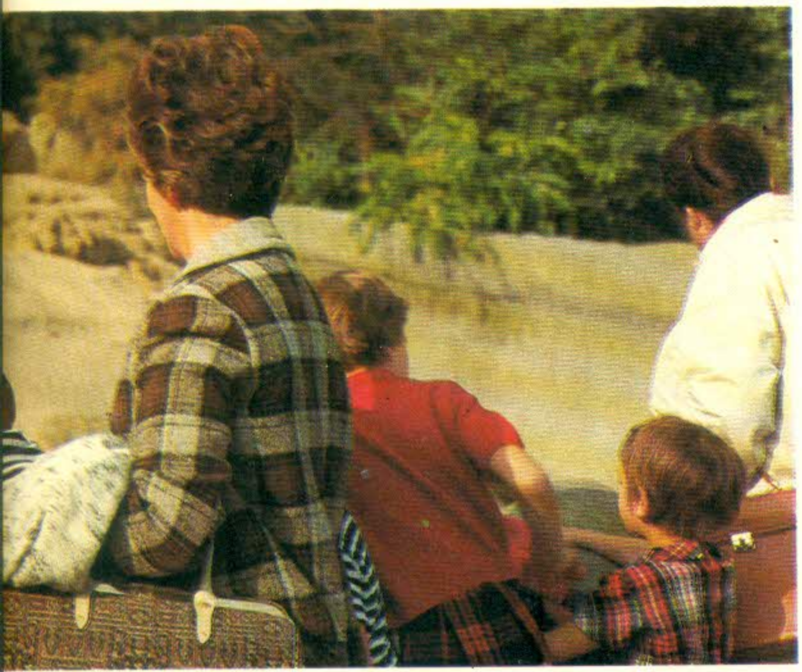
Otro tipo de inserción en un sistema de valores sociales, la escritura es un proceso de aculturación que implica la imitación, la limitación y como recompensa el acceso a un mundo privilegiado. (Foto J.-L. Nou.)



En la primera de las sociedades que acabamos de definir, domina la tradición, ya que no existen alternativas reconocidas o conocidas; en la tercera, la principal condición reside en el hecho de que seamos aceptados por los demás. La segunda parece a primera vista constituir un caso aparte puesto que es el mismo individuo quien decide lo que está bien y lo que está mal. Sin embargo, esta situación de excepción no es más que superficial, ya que lo que encierra nuestra conciencia (nuestro *superyó*) no podría ser explicado de otro modo mejor que por el proceso de *enculturación;* es decir, la acción de incorporarse los principios aprobados por la sociedad tal como lo expone la célebre frase de Erich Fromm (1944): «Para que una sociedad pueda desarrollar plenamente su función, sus miembros deben adquirir ciertas cualidades características que les lleven a *querer* actuar de la manera como *deben* hacerlo.»

Parece igualmente cierto que el lenguaje que hablamos ocupa un lugar destacado en el proceso de aculturación. No sólo adquirimos un medio de comunicación, sino también una forma de considerar el mundo y de clasificar nuestras experiencias en ciertas categorías. En el plano filosófico, se ha visto que la lógica de Aristóteles hubiese sido diferente si éste hubiera hablado otra lengua distinta del griego, y que la filosofía china permaneció relativamente concreta y prosaica porque a la lengua china le faltaban palabras para expresar sutilidades de orden metafísico. Con más precisión, Whorf en 1956 estableció una teoría del determinismo lingüístico según la cual la estructura de la percepción y del pensamiento está determinada por el lenguaje que se habla, de lo que se desprende que las diferencias culturales en el terreno del comportamiento serían antes que nada diferencias lingüísticas. Si casi todos los etnólogos y lingüistas están de acuerdo en reconocerle un papel al lenguaje, juzgan excesiva la influencia universal que esta teoría supone.

Esta imagen puede parecer satírica: ¡los niños no aprenderán a ser hombres civilizados viendo jugar a los monos! Pero el universo del zoo, sus reglas, su jerarquía, no dejan de reflejar también una cultura...



Las teorías contra la experiencia

Otra explicación un poco más matizada de la socialización se basa en el análisis psicoanalítico de la importancia original de los primeros años de la vida, a lo largo de los cuales se define la naturaleza de la personalidad adulta, y en lo que implica la idea poética de que «el niño es el padre del hombre». En este caso, no es tanto el *contenido* de la cultura lo que se adquiere en tan temprana edad sino su *estilo,* una manera de ver el mundo y de reaccionar frente al contexto social. Una infancia desarrollada en un clima de confianza y de seguridad debería, pues, dar al adulto una actitud amistosa y tolerante con respecto a los demás; inversamente, una infancia perturbada sería la clave de un carácter pesimista y misantrópico. Esta teoría ha sido extendida a la explicación tanto de fenómenos culturales como psicológicos: para el adulto que siendo niño conoció el espectro del hambre, la cavidad bucal se convierte en lugar de implantación de toda enfermedad (Whiting y Child, 1953). Se ha sugerido que la forma de poner los pañales a los bebés en Rusia guarda cierta relación con la agresividad de que hacen gala en la edad adulta (Gorer y Rickman, 1949). La estricta obediencia que se exige al pequeño alemán se interpreta como la causa del desarrollo de las instituciones políticas de carácter dictatorial que se cernieron sobre este país (Schaffner, 1948), etc.

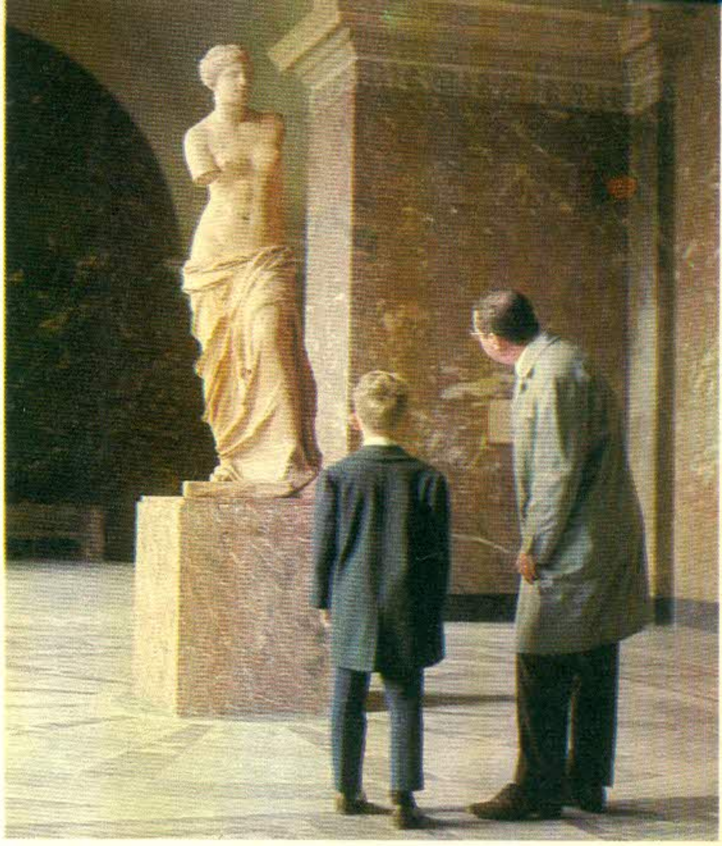
Podríamos seguir dando ejemplos de esta teoría que incluirían numerosas variantes, tanto en el método de presentación como en su misma naturaleza. Los seguidores de la escuela freudiana, que han logrado reunir un gran número de datos convincentes sobre los primeros años de la vida, han efectuado descubrimientos cuya importancia está fuera de duda. Pero debemos plantear dos cuestiones esenciales dentro de la noción de aculturación.

En primer lugar, ¿la primera infancia y la personalidad adulta tienen siempre una relación tan directa como lo afirman los discípulos de Freud? En 1947, Kluckhohn relata, por ejemplo, que entre los indios navajos los niños son bien cuidados y abundantemente alimentados, que el destete es tardío y progresivo, que la práctica de los cuidados corporales es liberal y las madres «de repuesto» numerosas cuando se trata de remplazar a la madre ausente; por tanto se podría pensar que tal medio es poco favorable a los estados ansiosos y a las tensiones. Sin embargo véase lo que escribe el autor: «En teoría, la cuestión más sobresaliente que uno se pueda plantear tras haber observado unos cuantos rasgos principales de los navajos es la siguiente: ¿cómo puede ser compatible dicho trato infantil con la hechicería, los estados

de melancolía mórbida y de malestar endémico que se encuentran en el navajo adulto? (...) Si lo que escriben algunos psicoanalistas fuera cierto tanto en sentido real como en sentido figurado, la personalidad del navajo adulto debería respirar paz y tener el más perfecto equilibrio, cosa que en realidad no ocurre.»

Parece que se pueda concluir que no sólo la primera infancia, sino la suma entera de las experiencias acumuladas a lo largo de la vida deben ser tomadas en consideración si se quiere comprender el fenómeno de la aculturación. Lo cual lleva a plantearnos una segunda pregunta: ¿las reglas de conducta del adulto no influyen fuertemente en las experiencias hechas en la infancia y viceversa? Esta pregunta se vuelve particularmente importante si se relaciona con el conocido concepto de «estructura de la personalidad de base» (Kardiner, 1939, 1945; Dufrenne, 1953). Según esta teoría, los modelos adoptados de cara a la educación del niño (instituciones primarias) engendran la estructura de la personalidad de base, la cual, a su vez, se ve proyectada en las instituciones secundarias como las creencias y las prácticas religiosas. Sin embargo, parece más razonable considerar la relación causal como una relación circular. Las experiencias de la infancia son ciertamente importantes, pero es también evidente que el predominio de un clima religioso, con su cohorte de leyendas y de mitos que van ligados a los orígenes y a la naturaleza de la tribu o de la comunidad, ejercerá una influencia sobre la personalidad en su conjunto, así como sobre el modo de educar al niño. El contexto cultural impregna al individuo a lo largo de toda su vida y no sólo en el transcurso de una fase de su desarrollo.

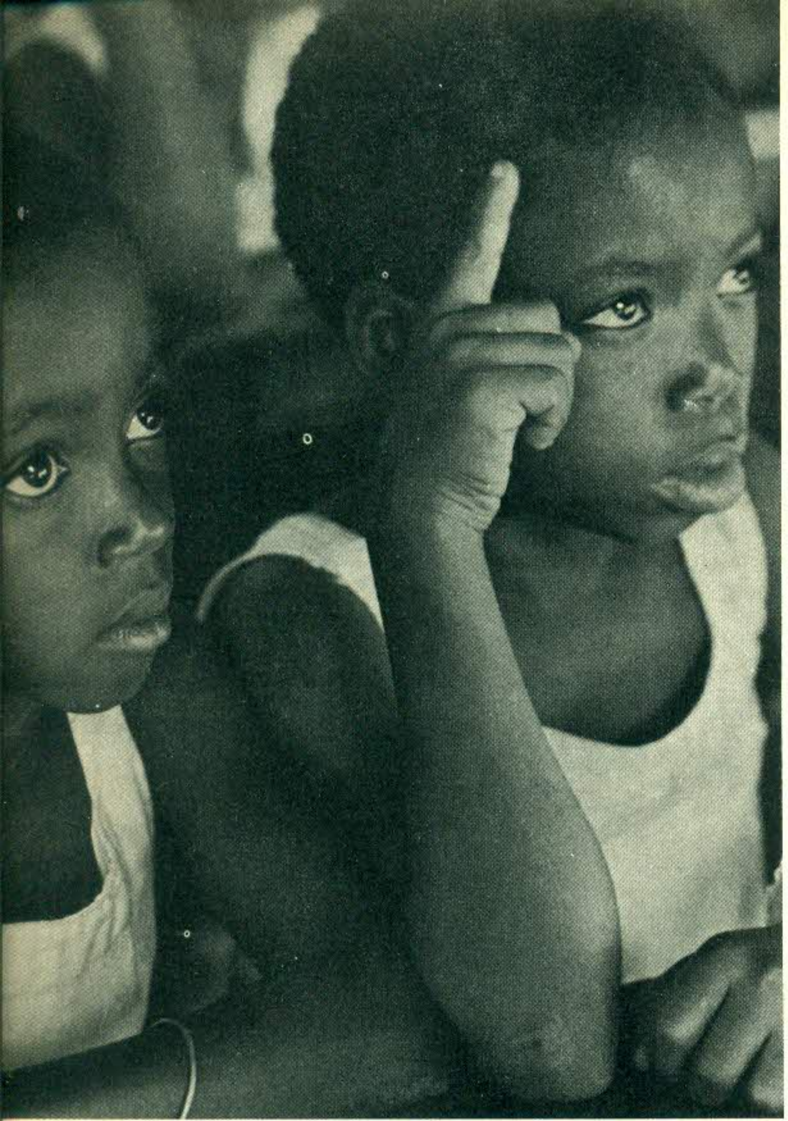
Las observaciones y las investigaciones a las que nos hemos referido han sido hechas indistintamente en sociedades simples (también llamadas primitivas) o complejas (llamadas civilizadas). Sus problemas son de la misma naturaleza, ya que estos dos tipos de sociedades exigen, tanto el uno como el otro, la fusión de varias disciplinas: en efecto, el estudio de la cultura, o etnología, el de la sociedad, o sociología, y el de la personalidad, o psicología, guardan una estrecha relación. Las dificultades empiezan si se da a una más importancia que a las otras o bien si un sociólogo acostumbrado a un determinado campo de investigaciones se aventura demasiado audazmente en otro que no le sea tan familiar. Una generalización demasiado apresurada constituye desgraciadamente una fuente frecuente de errores: tras el estudio de los miembros de una determinada comunidad se sacan conclusiones sin tener demasiado en cuenta la escala de variaciones individuales. A veces se ha notado en grupos pertenecientes a pequeñas tribus gran homogeneidad en el comportamiento y en la personalidad, pero incluso en este caso, se han podido observar marcadas diferencias. Es evidente que cuanto más extensa y compleja es la sociedad, más extensa será la gama de estas diferencias. El estudio que emprendió Benedict en 1946 sobre el Japón revela ciertas tendencias generales, pero Stoezel, en el transcurso de un viaje de estudios complementarios, en 1953, demostró cuán diferentemente se manifestaban estas tendencias generales en el seno de la población, a escala individual y a escala de sub-grupo. A primera vista, parece que la obediencia filial es más típica de la juventud alemana que de la americana, pero las encuestas que se han efectuado sobre este tema han mostrado que algunos americanos están más cerca de la mayoría de los alemanes que de sus compatriotas: por lo tanto el proceso de aculturación no se opera del mismo modo en todos los ciudadanos del mundo.



La aculturación toma a su cargo no sólo una ética, sino también una estética, y cuando se hace admirar a un niño la Venus de Milo se le da un patente modelo de belleza del que ya nunca más se deshará.

Otro aspecto de la aculturación

También los sociólogos se han interesado considerablemente por la aculturación bajo el punto de vista de un contacto con una cultura diferente. (Para describir este fenómeno, los etnólogos ingleses parecen preferir el término *culture contact*, es decir «contacto de culturas», mientras que los americanos emplean la palabra *acculturation*). Según Redfield y sus colaboradores, «la aculturación engloba los fenómenos que se manifiestan cuando, encontrándose en contacto directo dos grupos de cultura diferente, se producen modificaciones en el modelo inicial de la cultura de uno de estos grupos o de ambos». En este caso no se trata de una circunstancia o de un hecho aislado, sino de cambios continuos debidos a la acción mutua entre los representantes de culturas diferentes. En cierto sentido, se puede considerar que este proceso nació casi al mismo tiempo que nuestra aventura humana, ya que sería difícil encontrar una época en la que ninguna civilización hubiera comunicado a otra ciertos aspectos de su cultura.



Hay sociólogos que reservan el término aculturación para el fenómeno que se produce cuando dos sociedades diferentes entran en contacto: estos negritos «se aculturan» en un doble sentido (foto UNESCO).

Bajo su forma actual, la aculturación se refiere principalmente a las consecuencias surgidas de los contactos establecidos entre culturas europeas y no europeas y, aunque sólo hasta cierto punto exista una penetración mutua, es claro que las primeras son las que han ejercido una mayor influencia sobre las segundas. En varios aspectos, el colonialismo ha tenido un papel de primera magnitud en el desarrollo del proceso, ayudado en esto por las actividades de las misiones y de los negocios, por las ocupaciones militares temporales o prolongadas, por las visitas recíprocas y, más recientemente, por la difusión de las ideas y de las informaciones, debida a la acción de los medios de comunicación de masas. Lo que destaca en la aculturación contemporánea es que numerosos países no europeos, en particular los de reciente independencia, piden que se les ayude a introducir en ellos unos cambios que, al menos en cierta medida, acercarían su modo de vida al que existe en Europa y en América del Norte.

Numerosos hechos prueban que estos cambios, sobre todo en el terreno de la tecnología, han contribuido a la mejora de la higiene y de la nutrición, han reducido la mortalidad y han elevado el estándar de vida al intensificar la producción de bienes de primera necesidad.

Pero existen otros casos en los que el acercamiento ha causado conflictos nacidos de la dificultad de conciliar dos valores diferentes. En los lejanos tiempos de sus primeros contactos, los europeos tuvieron muchas dificultades para convencer a los indios de América de las ventajas que se deducían de un trabajo duro, cotidiano y continuo, ya que éstos estaban acostumbrados a asegurar su subsistencia cazando búfalos en las llanuras, lo que sin duda era más emocionante, pero a la vez mucho más aleatorio. Del mismo modo, hacer del dinero un medio de intercambio o de recompensa a los servicios prestados puede crear graves problemas de adaptación en aquellos lugares en que era desconocido; incluso puede surgir de ahí una nueva noción del estatuto y del prestigio que puede topar con la jerarquización tradicional basada en la nobleza del linaje. Así, jóvenes africanos empleados en fábricas pueden adquirir un cierto espíritu de independencia difícilmente compatible con la estructura patriarcal de su familia; la educación de los niños, tal como se practica actualmente en Occidente, tendería algunas veces a alejarlos de sus padres; los cambios que afectan al estatuto de las mujeres puede provocar el trastorno o la incertidumbre sobre el lugar que les pertenece en la comunidad

Dilemas y paradojas

El hecho mismo de pedir una asistencia técnica a otro país enfrenta a un gran número de individuos con un serio dilema. En efecto, el sentimiento de lealtad que comúnmente sienten respecto a su propia sociedad va ligado al orgullo que se desprende de sus realizaciones y a la alta estima en que tienen a sus tradiciones y sus costumbres. Ahora bien, una petición de asistencia sobreentiende, si no su puesta en duda, sí, al menos, su alteración bajo la influencia de los valores extranjeros, lo que les lleva a admitir que *su* modo de vida es inferior al de *otros* o bien, en todo caso, menos eficaz. Simultáneamente, intentan tranquilizarse refugiándose en la creencia de una superioridad de su cultura. Los que no están más que parcialmente aculturados son los que sentirán más vivamente las consecuencias de los conflictos producidos por el paso de los antiguos a los nuevos valores. Como hombres-puente, se encuentran comprometidos en la penosa tarea de incorporar dos tradiciones a su personalidad, dos gamas de valores, dos culturas.

Es una situación realmente paradójica la que obliga a los nuevos estados a rechazar el colonialismo, a la vez que solicitan la asistencia de sus antiguos dominadores con el fin de conseguir una elevación en su nivel de vida. Su ambición puede formularse así: independencia más prosperidad. Las naciones más viejas, más desarrolladas, están generalmente dispuestas a ayudarlos en la medida de sus posibilidades, en parte por razones humanitarias y en parte para

hacerse aliados en la lucha universal por el prestigio y el poder. En tales empresas están comprometidas organizaciones internacionales como la O.N.U. y sus instituciones especializadas que persiguen un doble objetivo: ayudar a los estados miembros y, a través de ello, impulsar y facilitar el logro de una fraternidad internacional. Sin embargo, las más nobles intenciones no constituyen una garantía frente a las sacudidas y los desórdenes que acompañan siempre a una transformación social.

Aunque no exista ningún medio técnico que sea susceptible de evitar tales inconvenientes, las ciencias humanas están en condiciones de proporcionar directrices de relevante importancia: la condición esencial que permite introducir inteligentemente una nueva aportación en una comunidad es la de conocer bien su cultura, ya se trate de la mejor manera de pescar un pez, ya del método más higiénico para cuidar a los recién nacidos. Hay que tener en cuenta las costumbres, los valores y los tabús si se quiere que los cambios llevados a una comunidad se inserten de una forma armónica en una cultura considerada como aceptable en sí misma. Tales innovaciones deben ser cuidadosamente sopesadas para asegurarse de que serán eficaces, de que la población las acogerá favorablemente y de que siempre será posible introducir las modificaciones que aparezcan como necesarias en el transcurso de la operación. Sin perder conciencia del papel del jefe en la comunidad, hay que fijarse particularmente en los que están dispuestos a recibir las innovaciones, que están impacientes por descubrir el progreso y cuya influencia es bastante fuerte para que los otros les sigan. ¿Acaso no se ha dicho que es más importante introducir valores nuevos que construir una nueva fábrica?

Un buen número de problemas delicados nacen de la aculturación, de esta adaptación a una cultura extranjera y a los trastornos que acarrea este nuevo contacto. Pero de todas formas, es un fenómeno que se revela como ineluctable y sería una pura quimera mantener el deseo nostálgico de conservar inmutables las culturas ancestrales. ¿Alcanzará el mundo, a lo largo del próximo siglo, una homogeneidad cultural, como piensan algunos? No es seguro, ya que es posible que los pueblos movidos por ideologías contradictorias se lancen en direcciones opuestas y que las nociones de identidad y de orgullo nacionales limiten la extensión de la aculturación. Sin embargo, está fuera de duda que, en cierta medida, ésta continuará e incluso se acelerará. Si está secundada por una justa consideración de los factores sociales y humanos que lleva en sí misma, es muy probable que se realice sin tropezar con demasiados obstáculos y que contribuya al bienestar y a la felicidad de aquellos a quienes alcance. Para el porvenir de las ciencias humanas, el éxito de la aculturación viene a representar una especie de desenfadado reto.



Se mira, se imita, se aprende, se es modelado más y más fuertemente por una concepción del bien y de lo hermoso: y esta concepción es la que guía al chico que se ejercita en crear (foto Boubat-Réalités).

JEAN-CLAUDE FILLOUX y PIERRE GRECO

funciones mentales y sociedad

La aculturación, ese modelado cultural, «informa» el conjunto de nuestras funciones mentales. Una serie de experiencias de laboratorio ha puesto recientemente en evidencia esta profunda influencia, que puede marcar netas diferencias entre los individuos sin tener siquiera necesidad de comparar los extremos: el «primitivo» y el «civilizado» en los que estas diferencias se hacen más evidentes. El amor, la envidia, el dolor, sentimientos que creemos voluntarios y surgidos de los arcanos del fondo del alma, se hallan de hecho institucionalizados; lo mismo sucede también con los reflejos que nos hacen reír o llorar, con nuestra memoria y hasta incluso con nuestras propias percepciones.

Podría imaginarse que las emociones y los sentimientos — tales como el miedo, la ira, la alegría o la tristeza — pertenecen a una naturaleza humana universal, independiente de toda «cultura», de toda «aculturación». En cuanto a afectividad todos los hombres son iguales; todos sienten del mismo modo los estados emocionales, todos comprenden inmediatamente su significado en los demás, más allá de las diferencias de lengua y de civilización...

Es lo que comúnmente se cree; pero nada es menos cierto, y estas convicciones forman parte de una teoría psicológica implícita que es precisamente uno de los elementos de nuestro patrimonio cultural. Si se intenta llegar al fondo de las cosas, uno se da cuenta rápidamente de que esta teoría se tambalea. ¿Es siempre fácil identificar convenientemente el comportamiento de los demás? ¿No nos equivocamos nunca al interpretar las lágrimas, una carcajada, una explosión de ira o una actitud impasible? ¿Tienen todos los hombres los mismos sentimientos cuando se enfrentan a idénticas situaciones? Los trabajos de los etnólogos (en particular Granet, Leenhardt, Mauss, Griaule, Margaret Mead, Linton, Kroeber, Malinowski, Kluckhohn — por citar unos cuantos —) nos enseñan que, aunque parezcan tan íntimos y naturales, los fenómenos afectivos están profundamente *institucionalizados:* tienen estrechos vínculos con el tipo de civilización en el que se manifiestan, y se presentan así — en gran medida — como el resultado de la socialización de la personalidad. Al referirnos a estos trabajos, pretendemos demostrar que el medio cultural tiene una influencia decisiva sobre el desarrollo de las conductas afectivas, porque valoriza determinadas situaciones sociales, impone al individuo toda suerte de modelos emocionales y es por fin responsable de la existencia de un verdadero lenguaje expresivo, tan convencional como el lenguaje verbal.

Así, se comprueba que las mismas situaciones objetivas no suscitan siempre emociones análogas en países diferentes; las mismas circunstancias pueden incluso provocar reacciones diametralmente opuestas. La muerte es ciertamente un motivo de pena en la mayoría de las culturas, pero en algunas otras es motivo de alegría: Por ejemplo en las islas Fidji los indígenas piensan que la vida terrenal es el preludio de una vida eterna en la que poseerán todas las facultades mentales y físicas que tienen en el momento de la muerte; por tanto se alegran de la buena suerte de los allegados que entran en la inmortalidad. Más tarde volveremos a tratar diversos aspectos de esta institucionalización de la muerte. Todo ocurre como si las situaciones sociales fueran percibidas en función de ciertos valores admitidos; según que un acontecimiento sea percibido como un bien o como un mal, adquiere una significación diferente para un miembro de una sociedad dada. Los valores admitidos son los que, al dar un sentido a un acontecimiento, determinan el tipo de emoción que sentirá el individuo.

Modelos y lenguaje emocional

La psicología social estableció igualmente que la conducta de los hombres de una sociedad dada reproduce necesariamente unos tipos de comportamiento estandarizados que llamamos «modelos». Algunos modelos van dirigidos a todos los miembros del cuerpo social; otros, de forma más particular, a los miembros de una categoría determinada, de una profesión, de una clase. Sin embargo, entre estos «modelos», debe reservarse un lugar importante a los modelos afectivos. Los etnólogos han comprobado que las culturas difieren grandemente unas de otras en lo que se refiere al grado de

emoción que se permite expresar o el nivel de descarga sentimental que se considera correcto. Según Otto Klineberg, del que tomamos algunos de los ejemplos que siguen (*Psicología social,* P.U.F., 1960), se puede decir que existen modelos socio-afectivos de «retención» y modelos de «intensificación». Así, frecuentemente hablamos de la imperturbabilidad de los indios de América, de la impenetrabilidad de los orientales; y, en el otro extremo, de la exuberancia de los sicilianos. Aunque siempre haya una exageración en estas apreciaciones, es cierto que corresponden, al menos hasta cierto punto, a modelos culturales aceptados. En todo caso, todos los estudios que han sido hechos sobre la antigua China (Granet, *Etudes sociologiques sur la Chine,* P.U.F., 1953) indican que una parte de la educación de los jóvenes chinos consiste en entrenarlos en la contención. Pero, incluso en China, la influencia restrictiva de la cultura respecto al comportamiento afectivo no se ejerce en todas las direcciones: en ciertos casos, la expresión manifiesta del dolor no sólo está permitido sino que se exige incluso. Existen reglamentos detallados que proveen a su correcta expresión. Los indios de las llanuras, a pesar de su merecida reputación de imperturbabilidad, esperan que un hombre se lamente o aúlle literalmente durante varias horas seguidas por la muerte de su mujer. Se cuenta, respecto a numerosas tribus africanas, que toda manifestación pública de afecto entre marido y mujer se considera escandalosa, mientras que pueden expresarse libremente otras emociones (Klineberg, op. cit.).

Por otra parte, los modelos son diferentes en función de la clase social: se ha podido observar que la población urbana es, en general, más expresiva que la población rural.

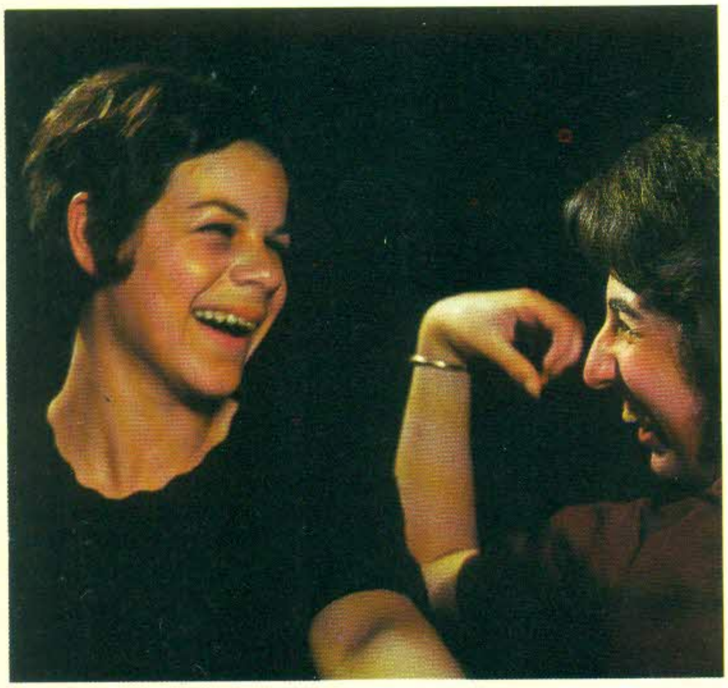
Más arriba hablábamos de la existencia de un verdadero «lenguaje» emocional, no natural sino convencional. En efecto, la expresión afectiva es en gran parte un medio de comunicación con los demás, un lenguaje, pero un lenguaje cuyo código hay que conocer para comprenderlo, un lenguaje que hay que aprender. Hay sin duda ciertos tipos de comportamiento expresivo que son comunes a todas las sociedades humanas (el miedo al peligro, la risa como signo de alegría). Sin embargo, la mayoría de los comportamientos afectivos sólo pueden ser bien identificados por los que comparten una misma cultura. En ausencia de sistemas de referencia comunes y de normas compartidas, la comprensión de las emociones de los demás se hace difícil. En ciertos pueblos la sonrisa expresa ira. ¡Cómo evitar no dejarse engañar por esta sonrisa si se ignora su sentido y, sobre todo, si se la interpreta en función de nuestros criterios occidentales! Normalmente, interpretamos las manifestaciones emotivas de los demás en función del conocimiento que tenemos de las situaciones en las que se producen y de prejuicios comunes. Si nos llevan a una sociedad en la que la situación es percibida de manera diferente y en la que haya otro género de convenciones sociales, pueden producirse graves errores.

En numerosos casos, debe aprenderse la expresión afectiva conveniente. Ya lo hemos visto a propósito de la impasibilidad china. Sin embargo, los chinos no sólo aprenden la impasibilidad, sino también todas las formas «retenidas» de manifestar sus reacciones a los demás. De este modo, aunque condenen toda explosión de cólera, consideran como un método aceptable para mostrar su reacción el hecho de mirar fijamente al adversario. Otto Klineberg (en un artículo sobre *L'expression émotionelle dans la litterature chinoise,* 1938) ha observado en las novelas clásicas chinas un cierto número de expresiones literarias de la cólera que podrían no ser comprendidas fácilmente por un lector occidental: por ejemplo «sus ojos se hicieron redondos y se abrieron desorbitadamente»... Klineberg señala de paso que a los chinos les parece que la cara de los europeos expresa siempre cólera o irritación, lo que sin duda es debido al hecho de que los ojos de los europeos, más grandes y redondos, se parecen a los de los chinos encolerizados.

Veremos más lejos, a propósito de la muerte, cuán institucionalizada está incluso la expresión del dolor causado por un fallecimiento y cómo constituye ésta un verdadero «lenguaje del dolor». En China, en Polinesia y, más cerca de nosotros, en Montenegro, en los funerales se llora, en cierto modo, «por encargo». Es importante señalar que no se trata de una «simulación» propiamente dicha: las lágrimas son sinceras, la emoción existe, pero depende de un verdadero condicionamiento social; el comportamiento afectivo necesario aparece en el momento en que el individuo está en situación, desde el instante en que debe interpretar un «papel» correspondiente a una «función». Existe un aprendizaje de la emoción, de las lágrimas, del dolor: prueba de ello es el hecho de que los jóvenes maoris, capaces de derramar verdaderas lágrimas en el momento de varias ceremonias rituales, pierden esta facultad desde que abandonan su patria o reciben, en Nueva Zelanda, una educación anglosajona...

Realmente existe un lenguaje emocional; pero esto no significa que se tenga que considerar toda expresión afectiva tan artificial como un lenguaje hablado. Las lágrimas del niño que sufre tienen un origen directamente orgánico, y por ello habrá siempre reacciones afectivas análogas en pueblos étnicamente muy diferentes. Pero al lado de esto se encuentran conductas afectivas fuertemente modeladas que expresan en cierto modo la filosofía misma de un pueblo. Además, cada pueblo tiene una concepción de la persona humana, de lo que son y deben ser las relaciones entre individuos: esta concepción se transparenta a través de los modelos afectivos que se han ido constituyendo progresivamente. Podemos preguntarnos con Jean Stoezel (en su tratado sobre *La psychologie sociale,* Flammarion, 1963) si las concepciones psicológicas que forman la «psicología popular» corriente en una sociedad dada no forman parte integrante de esta filosofía y, más generalmente, de la cultura global. Si tal perspectiva se revelase verdadera, las ideas corrientes sobre los móviles que empujan a la gente a actuar, las ideas acerca de la «naturaleza humana», o acerca del amor, estarían ligadas a los modelos culturales y serían transmitidas con ellos; tendrían la finalidad de persuadir a los miembros de un grupo del valor y del carácter necesario de estos modelos.

Dos ejemplos van a mostrarnos hasta qué punto las conductas consideradas como más universalmente «humanas»



La risa es propia del hombre, pero de un hombre profundamente socializado. Nadie se ríe de cualquier cosa, en cualquier sitio o con cualquier persona; lo que divierte a los franceses no hace reír a los chinos. Así esta explosión que se cree espontánea es, de hecho, un signo social.

han sido de hecho modeladas, institucionalizadas: el análisis psicosocial de las reacciones agrupadas bajo la denominación de «risa» y el, todavía más característico, de las ideas y costumbres relativas a la muerte.

Psicología de la risa

«La risa, se ha dicho, es propia del hombre.» Pero ¿de qué hombre queremos hablar? ¿Acaso del hombre «natural»? ¿Se trata más bien del hombre «social», que vive en y para el grupo? En la medida en que la risa es una manifestación emocional específica y en la medida en que las emociones están, como hemos visto, grandemente sujetas a modelos, parece que se deba acoger con un prejuicio favorable la segunda hipótesis. Aparte del caso en que la risa no es en el fondo más que una crisis emotiva banal y se presenta entonces como una descarga afectiva que sigue a una tensión dolorosa, la risa en el sentido propio de la palabra nace de la impresión subjetiva de que un acontecimiento es cómico, gracioso, «risible». El problema reside en saber cuándo y por qué este acontecimiento es percibido como tal. Los psicólogos están de acuerdo en decir que, en general, la risa toma el lugar de una acción y no aparece más que cuando somos espectadores; para reír hay que parar, al menos, de actuar. También dicen que la situación debe presentar aspectos contradictorios, uno de los cuales nos parece bien ilógico, bien desagradable. Por ello, lo risible parece tener siempre una estructura ambigua. En su libro sobre *Le rire et le risible* (P.U.F., 1950), David Victoroff define psicológicamente la risa como una «conducta que manifiesta la economía de una reacción de defensa de un individuo que se halla en situación de espectador». Es también la opinión de Jacqueline Frisch-Gauthier, en un artículo muy interesante publicado en diciembre de 1962 en la *Revue Française de Sociologie*, dedicado a la risa en las relaciones de trabajo. Tras haber estudiado durante dos años las modalidades de la risa en los obreros del taller de una fábrica, este autor señala que la mayoría de las bromas que ha podido observar se presentan a propósito de acontecimientos desagradables y que de este modo la risa va ligada a una cierta libertad que se toma con respecto a lo que molesta, cansa o irrita; en particular, se presenta como una reacción de defensa contra la sujeción y la disciplina: reírse de ello es sin duda el medio de reconquistar virtualmente su libertad. Revela el lazo existente entre esa reacción de defensa y el medio social y cultural en el que se sitúa; para reírse de las mismas cosas, precisa una complicidad, basada en que se comparten valores comunes.

Efectivamente, saber qué es lo cómico depende en gran manera de la moda y de los valores de una sociedad en un momento dado. En un libro sobre *Le rire et la scène française*, M. Gaiffe escribe que existe «un estilo en la risa como existe un estilo en arquitectura, en poesía, en música». Igualmente está fuera de toda duda que la noción de lo «ridículo» no existe en una sociedad dada más que en función de las normas de esta sociedad, ya que sólo es ridículo lo que infringe estas normas. La risa que provocará a los espectadores un bañista en smoking proviene simplemente del hecho de que el smoking no está considerado normalmente un traje de baño. Inversamente, un hombre que llegara a un baile en traje de baño sería también «ridículo» por la misma causa.

Por otra parte, el medio cultural nos enseña a reír en circunstancias determinadas. Si bien la risa está proscrita en un cierto número de momentos solemnes, en compensación, es a menudo de rigor en fiestas de familia, encuentros amistosos, etc., y quien no riese en estas circunstancias pasaría incluso por un maleducado. Existe todo un ceremonial de la risa que, a falta de otro criterio, puede a veces informarnos sobre la jerarquización social: del mismo modo que no se es nunca el primero en tomar la palabra delante de un superior, tampoco se ríe en primer lugar, pero es educado responder a su risa con una risa discreta... Y es, por otra parte, cierto que en todo grupo amplio o restringido, existen situaciones tipo que desencadenan infaliblemente la risa. Todo grupo social tiene sus «chistes» en los que regularmente aparecen los locos, los Jaimitos y las suegras. Todo sucede entonces como si el grupo al que pertenemos nos impusiera, en presencia de ciertos objetos, de ciertas personas, de ciertas instituciones, una reacción casi automática que consiste en la risa; tales «clisés risibles» sirven frecuentemente para dar una cohesión al grupo, para forzar al individuo a una actitud de *consenso*. Jacqueline Frisch-Gauthier (*loc. cit.*) en este orden de ideas, cita diversas bromas que «implican un grado bastante avanzado de participación en las normas y en las representaciones características de los grupos sociales»

entre los obreros del taller que estudió. Así, dice ella, el patrón pasa un día por el taller en mangas de camisa; un obrero va a comunicar sus pensamientos a un grupo de obreras: «Pobrecito, no tiene dinero ni para comprarse unos tirantes.» En este caso lo increíble es lo que mueve a la risa y el modo como una categoría social ve a otra.

Reír juntos supone pues la existencia de ciertas actitudes comunes y engendra al propio tiempo lazos afectivos. No habrá que extrañarse, por tanto, de que la sociedad pueda utilizar recíprocamente la risa como medio para controlar el comportamiento de un individuo, para ejercer una presión sobre él y darle el sentido del grupo. También en este caso la etnología aporta elementos de gran interés. En las sociedades primitivas, la risa puede tener un sentido de coacción; en Lesu, por ejemplo, es el arma empleada por la mujer para hacer cumplir los deberes a su marido (Powdermaker, *La vie à Lesu*). Y entre los indios de América, se establecía el castigo a la mayoría de los crímenes por medio del ridículo. Lowie cuenta que, entre los crows, cuando un hombre era culpable de un serio atentado contra la moral, no se hacía nada directamente contra él, pero por la noche, alguien decía a todo el grupo: «¿Ya sabéis lo que ha hecho X?» Entonces, entre las risas, se comentaba su falta en términos mordaces, y esto podía durar mucho tiempo. El culpable se sentía tan humillado por las burlas de sus compañeros que podía llegar incluso hasta el extremo de abandonar la comunidad y no regresar sin haber, en cierto modo, reparado su falta.

Significado social de la idea de muerte

Una vez se ha demostrado de forma evidente que la risa está ligada a la condición social, la primera reacción del lector será negar que se pueda afirmar otro tanto respecto a la idea de muerte. La muerte parece ser el hecho más *personal* que pueda darse; afecta en primer y esencial lugar al individuo que muere, puesto que con ella cesa su presencia vivida en el mundo. Su realidad misma de sujeto pensante y percipiente, que vive una relación singular con los seres y las cosas. Es siempre un «yo» el que muere, y la muerte es, por tanto, el acontecimiento más esencialmente personal —incluso a pesar de ser su último acontecimiento— de un destino existencialmente individual. Ciertamente, la muerte de los demás nos afecta también a nosotros e incluso a veces tememos más la desaparición de un ser querido que la nuestra. Pero precisamente lo que provoca nuestro dolor, es que ese otro es para nosotros una persona y sentimos que es única. La muerte no existiría para quien no fuese consciente de sí mismo ni de los demás y no tuviera el sentido de su individualidad ni de la irremplazabilidad de la persona de otro.

Si nos atenemos a esta primera aproximación de la idea de muerte, la sociología no podrá aportar nada serio a este estudio. Pero parece que suceda exactamente lo contrario y que sólo desde una perspectiva psicológica pueda apreciarse el significado profundo de la muerte porque una vez más se trata de una noción esencialmente *socializada*. En efecto, ¿las religiones, los mitos, las costumbres no proponen, acaso, en primer y esencial lugar unos modelos, unos esquemas que permiten pensar en la muerte, prepararse? ¿Los ritos funerarios y luctuales de la sepultura no tienen a la vez un sentido psicológico y social consistente en canalizar las emociones que pueden ser provocadas por la muerte de otro, favorecer la reincorporación del afligido en el seno del grupo mediante la participación en las normas y en las instituciones culturales? Estudiando las sociedades primitivas, Hertz, sociólogo de la escuela de Durkheim, pudo hablar de verdaderas «representaciones colectivas» de la muerte, típicas de un grupo social dado (*Année sociologique*, 1905). Eminentes etnólogos han desarrollado en sus obras el tema de la socialización de la muerte en los pueblos primitivos, del carácter colectivo de las ideas y de las conductas suscitadas por la espera y la realidad del fallecimiento. Nuestro propósito es evidenciar la imposibilidad de comprender el sentido individual de la muerte sin tener en cuenta datos sociológicos.

En presencia de un superior, los gestos más naturales están afectados de una significación institucional: he ahí el ejemplo más característico, quizá, del estatuto social que la cultura confiere a las reacciones consideradas como individuales. Reír, llorar, estornudar, toser, ser tierno o brutal no es cuestión exclusiva de naturaleza, sino de función.



Hace poco decíamos que la idea de la muerte afecta esencialmente a la persona; pero es necesario además que el individuo se considere a sí mismo como una persona, cuyo destino es irremplazable. Ahora bien, la etnología nos enseña que la noción de persona no se encuentra siempre presente en las sociedades primitivas, y la historia de las sociedades muestra que esta noción es tardía, como si representara una victoria progresiva de lo que se ha llamado la tradición occidental. En las sociedades elementales en las que los miembros del grupo no se consideran en modo alguno seres individualizados ni tienen nombre personal alguno sino solamente un nombre que les liga al grupo familiar —como es el caso de los canaques estudiados por Leenhart (*Gens de la Grande-Terre,* Gallimard, 1937)—, el individuo no puede pensar en su propia muerte como pensamos en ella en la Europa del siglo XX. Podemos incluso preguntarnos si existe para él. Parece, pues, que sólo en las sociedades que afirman la realidad de la persona individual puede aparecer el pensamiento de la muerte personal, y tal pensamiento se presenta como eminentemente socializado en su origen; como el fruto, precisamente, de una representación colectiva.

Otras observaciones testimonian todavía de un modo más directo la importancia de los modelos colectivos en la idea que nos hacemos de la muerte. En su *Histoire des populations françaises et de leurs attitudes devant la vie,* Philippe Ariès propone con toda justeza la distinción entre fallecimiento, fenómeno estrictamente biológico, y muerte, que siempre obedece a una definición social. Si en nuestra época y en nuestras sociedades parece existir una coincidencia entre fallecimiento y muerte, en otros tiempos no se pensaba lo mismo. Entonces, la «muerte social» era a veces muy anterior al fallecimiento propiamente dicho: hasta el comienzo del reinado de Luis XIII, se entraba en la vida a los 18 años y se era ya viejo a los 50, al menos en las clases burguesa y aristócrata. Uno se exiliaba entonces a sus tierras y dejaba de existir para la sociedad. El hombre, pasados los cincuenta, experimentaba una especie de primera muerte, puramente social en su contenido y en su definición; antes de morir a la vida moría a la sociedad. Este desfase entre la muerte y el fallecimiento se explica por las condiciones sociales y materiales de la vida hasta finales del siglo XVIII e incluso hasta la Revolución: ausencia de una administración centralizada, relaciones hostiles entre feudales, viajes sin ninguna comodidad, medicina incipiente; había que ser joven y robusto para vivir con plenitud. Pero desde que las condiciones de vida empezaron a variar, el progreso aportó nuevas comodidades, la medicina hizo más progresos y la centralización acentuada del poder necesitó más organizadores y burócratas en vez de guerreros empenachados; el pensamiento sedentario del hombre de despacho empezó a competir con la acción física, y el viejo «útil» pudo retrasar el término de su jubilación hasta la muerte propiamente dicha.

La prolongación de la vida social tuvo como resultado dar conciencia a la sociedad de los problemas planteados por la enfermedad y la muerte; vino la idea, revolucionaria, de retrasar no sólo la vejez sino incluso la muerte misma. Entonces, la medicina puede existir realmente, ya que responde desde aquel momento a una necesidad. Desde que el fallecimiento toma una «importancia social», ya no aparece como un accidente, una jugada del destino o un puro objeto de aflicción individual. Aparece una nueva representación de la muerte, que la transforma en una realidad contra la que es posible y deseable luchar.

La paradoja social de la muerte

Los ejemplos que anteceden demuestran qué inútil resulta querer aislar la idea de la muerte de los modelos de pensamiento que nos ofrecen los grupos sociales. Pero hasta qué punto está institucionalizada esta idea, se ve más claramente en lo que podemos llamar con Edgar Morin en su libro *L'Homme et la Mort dans l'Histoire* (Correa, 1951), la «paradoja social de la muerte». ¿En qué consiste esta paradoja? Al dar a los hombres el sentido de su personalidad, la sociedad occidental se hace responsable de la angustia de una muerte «personal», sentida como la pérdida irremediable de la propia individualidad. Ahora bien, aun valorando la persona individual, la sociedad se presenta a sí misma como un valor eminente, *al que conviene en ciertos casos sacrificar la persona.* Al modelo que hace percibir la muerte como la horrible pérdida de la individualidad se opone entonces otro que presenta a la muerte como condición de una participación más completa en la vida social misma. El ejemplo típico lo constituye el estado de guerra, en el que la idea de muerte se ve desplazada por modelos que representan a la muerte como un bien deseable que proporciona la gloria y la inmortalización en el recuerdo. Y, de hecho, el hombre piensa más en la muerte cuando está desarraigado del grupo, en período de paz, que cuando siente la presencia imperativa del grupo, como ocurre durante los períodos turbulentos de abundantes hecatombes. No sólo se ve disminuido el rechazo individual a la muerte sino también la angustia sentida ante la muerte de los demás. En particular, las informaciones que relatan la desaparición de poblaciones enteras no provocan más que reacciones de resignación o de indiferencia. De forma general, en una sociedad en guerra, todo se hace contradictorio: el tabú del crimen deja paso a la glorificación de la muerte alcanzada «militarmente». Una moral social contradictoria hace a los hombres individualmente responsables del bien común, diciéndoles incluso de forma expresa que su individualidad no tiene importancia referida a ese mismo bien común. En tanto que el amor al riesgo no era hasta entonces más que el patrimonio de unos cuantos, se transforma ahora en una virtud efectivamente practicada incluso por aquéllos que hasta ese momento hubieran creído ser los más cuidadosos de su seguridad; vivir bien se convierte en sinónimo de bien morir; dar la vida se hace un deber. Es evidente que estas contradicciones no son más que el resultado de la dualidad de los esquemas sociales segregados por la sociedad en guerra; el hombre se percata de su propia muerte y de la de los demás de acuerdo con los modelos contradictorios que construye una sociedad empeñada en la resolución del problema de su supervivencia. Y no hay que extrañarse del crecimiento de la







Los ritos que acompañan a los funerales, las costumbres ligadas al luto, al entierro, tienen por objeto, ante todo, permitir que los vivos se reincorporen al grupo, canalizar sus emociones en las formas prescritas, neutralizar sus angustias, socializar la idea de muerte. Una forma de socialización bien característica: la glorificación del sacrificio militar por este colmo de la institucionalización que son los monumentos a los muertos...

tasa de neurosis y de los casos de locura durante las grandes guerras mundiales: ello expresa el grado relativo de impotencia del individuo para conciliar los modelos opuestos que le son presentados, la imposibilidad en que se encuentra de saber ser a la vez individuo y social.

Se ve hasta qué punto resulta imposible disociar el sentido de la muerte individual de los lazos que unen al individuo con el grupo, con los demás. Por otra parte, en la medida de lo posible, cada sociedad intenta, a través de sus instituciones, de sus ritos y de sus costumbres, permitir a cada uno asumir tanto el miedo a la muerte como el ejercicio del sacrificio contradictorio. La religión, ante todo, trae modelos de consuelo aptos para producir una percepción suavizada de la muerte a través de la certeza de la existencia de un más allá que, en cierto modo, niega la muerte propiamente dicha. El culto a los héroes, el ceremonial que reúne a los vivos o a los supervivientes ante el monumento del recuerdo son un modo de asegurar a cada cual la existencia de una supervivencia social. De todas formas, gran número de concepciones arcaicas de la muerte subsisten en nuestras sociedades modernas porque permiten hacer aceptar al individuo las «virtudes» de la muerte: sin esto no se explica la existencia del ocultismo, del espiritismo, la confianza que se tiene en los videntes, astrólogos y faquires de todos los tipos. Habría mucho que decir sobre las estructuras sociales que soportan orgánicamente y de modo permanente unas creencias hechas para consolar al hombre, para sumergirlo en toda clase de «alienaciones»... La sociedad, tanto si está en paz como si en estado de guerra, se preocupa de canalizar a través de sus instituciones las emociones provocadas por el pensamiento individual de la muerte: tal es el significado de las costumbres y tradiciones que hacen de la muerte no sólo algo subjetivamente social, sino objetivamente cultural.

Significación cultural de las costumbres mortuorias

Se deduce de lo que antecede que es imposible comprender la significación que reviste la idea de muerte para el propio individuo sin tener en cuenta la estrecha relación que mantiene con el medio social en que vive. Este medio es el que le propone modelos, esquemas para pensar en la muerte y para prepararse a ella; este medio es el que, según los casos y a veces al mismo tiempo, le enseña el horror a la muerte como pérdida irremediable de la individualidad y el deseo de la muerte como sacrificio y medio supremo de integración en la vida casi eterna del grupo. La existencia de «representaciones colectivas» de la muerte, el hecho de que el temor a la muerte sea mayor cuando el individuo es libre con respecto al grupo y mucho menor cuando la presencia imperativa del grupo hace predominar la conciencia común, como diría Durkheim, sobre la conciencia personal. Todo esto nos permite pensar que las múltiples costumbres y tradiciones relativas a la muerte tienen una finalidad, digamos un «sentido» no sólo psicológico sino esencialmente social. En particular, los ritos que acompañan a los funerales, las costumbres ligadas al luto y a la sepultura, tienen ante todo como objeto permitir que los vivos se reincorporen al grupo, canalizar sus emociones por medio de las formas prescritas y, por tanto, banales, neutralizar sus angustias por medio de una especie de desplazamiento de sus energías en las conductas estrechamente determinadas y dejando poco lugar a la iniciativa individual. Ciertamente, las costumbres y tradiciones relativas a la muerte varían según los lugares, pero en todas ellas encontramos unas constantes.

Una de estas constantes es, por ejemplo, el predominio (al menos en Occidente) del entierro sobre la incineración.

Se pudo sostener que en este deseo, extremadamente antiguo, de un «retorno a la tierra», había una significación psicoanalítica (el retorno a la tierra se considera en el inconsciente como un retorno a la madre). Pero también hay con seguridad en esta costumbre una implicación cultural y social: al enterrarlo, la sociedad no pierde a su hijo, lo integra en lo que la simboliza a los ojos de toda una cultura, de toda una civilización, la «madre patria», «la tierra de los antepasados».

Todavía más características son las costumbres relativas a los funerales propiamente dichos. Estas, muy codificadas, determinan el comportamiento de los allegados, de los amigos y, a menudo, de todo el grupo entre el momento del fallecimiento y el del sepelio. Estas costumbres varían considerablemente en función del medio rural o urbano. Actualmente, en las ciudades, los ritos del luto van estrechamente ligados a una institucionalización casi administrativa. Pero en numerosos lugares de Francia — para referirnos a lo que tenemos geográficamente más cerca — se encuentran aún costumbres extremadamente vivaces y muy significativas para el que quiera elucidar el sustrato psicológico del comportamiento relativo a la muerte.

En Béarn, por ejemplo, cuando se ha producido un fallecimiento en la casa de una familia del pueblo, cesa todo trabajo en la casa y los allegados abandonan el cuarto del muerto; los *primeros vecinos,* es decir, los vecinos definidos como tales por la costumbre, tendrán en lo sucesivo la misión de asistir a la familia en luto. Tras haber cerrado los ojos al muerto, la «primera vecina» hace de dueña de la casa. Por su parte, el «primer vecino» tendrá la misión de encargar a los otros vecinos que vayan a anunciar el óbito a las granjas aisladas, fijar con el cura el día y la hora de las honras fúnebres, invitar a la familia para el día fijado, etc. Una primera reunión, sin refrigerio pero con oraciones mortuorias, tiene lugar en la hora del ángelus, a la caída de la tarde; la primera vecina es la encargada de explicar a los demás vecinos las circunstancias del óbito. La vela mortuoria ha sido organizada cuidadosamente por el primer vecino: elección de los que han de velar, provisiones de alimentos para la noche, etc.; esta vela es muy alegre y es animada con historias tradicionales, la mayoría un poco subidas de tono. En cambio, en el momento de poner al muerto en el féretro, los gritos y los llantos deben ir en aumento de acuerdo con un ritual bien determinado. En la iglesia, los que han seguido el cortejo inscriben su nombre en un registro y dan dinero destinado a las misas: cuanto más importante es la cantidad más categoría tiene el difunto. Después de la inhumación tiene lugar la tradicional comida, preparada por la primera vecina, y cuyo menú está muy definido.

Lo sorprendente en estas costumbres es su carácter sistemático e imperativo. El muerto no ha sido propiamente olvidado: pero todo ocurre como si el mayor cuidado fuera el de organizar la vida social de los vivos. Estos, ocupados en seguir ritos sociales precisos, reprimen el horror a la muerte y, en lugar de centrar sus actividades en el «acontecimiento», desplazan en cierto modo sus energías hacia tareas rituales que, de esta forma, toman un aspecto *asegurador.* El que los vecinos se hagan cargo de las actividades prácticas relativas a la escenificación de la muerte reviste también varios significados; además de la ley informal de la ayuda mutua, de la reciprocidad, que siempre actúa en las pequeñas comunidades, se asiste a una especie de eliminación de la familia, a una «puesta en cuarentena» que se puede interpretar como el signo de una necesidad de protección sentida por el grupo social ante el contagio de la muerte. Tal como lo demostró Robert Hertz en su artículo ya citado sobre la *Représentation collective de la mort,* el período de luto corresponde a la duración de la descomposición del cuerpo: la impureza del muerto se proyecta sobre los propios parientes, les alcanza un verdadero tabú de impureza, o al menos esto es lo que ocurre en las sociedades primitivas. ¿No es un fenómeno del mismo tipo el que interviene en esta relativa «puesta en cuarentena» de la familia del finado? Se ha de notar igualmente la importancia del *verbo* durante todo el período «social» que sigue al fallecimiento; todo ocurre como si la narración de los últimos momentos destruyera mágicamente el carácter horripilante del acontecimiento por medio de unas palabras triviales. Ya que los vivos desean escapar a la obsesión de la desaparición real del muerto, la sociedad quiere recobrar su cohesión, integrando a la vez al muerto mediante los recuerdos y los cultos funerarios y estrechando el círculo de los supervivientes. Es evidente que las numerosas reuniones escalonadas a lo largo del período difícil tienen por objeto estrechar los lazos sociales.

Si subsistiera la menor duda sobre la necesidad de establecer una problemática sociológica de la muerte, la harían desaparecer los recientes trabajos sobre las relaciones entre costumbres mortuorias y clases sociales (Isambert, *Enterrements civils et clases sociales,* Revue Française de Sociologie, 1960). La sociedad se representa el mundo de los muertos del mismo modo que percibe el de los vivos. Toda sociedad tiene sus «grandes» muertos y sus «pequeños» muertos. «El doble del pobre, escribe Edgar Morin *(op. cit.),* queda humillado, abrumado, proletario del más allá, en tanto que el rey tiene el destino de los dioses. La desigualdad se manifiesta siempre en las necrópolis, como en nuestros Père-Lachaise en el que están separados los espléndidos mausoleos de las losas desnudas...» Y realmente es cierto que la casa de los muertos es un reflejo de la casa de los vivos: ¿acaso la concesión a perpetuidad no crea, a fin de cuentas, una inmortalidad que quiere afirmarse eternamente, en tanto que la fosa común recoge a los que en la muerte no tendrán siquiera ese embrión de vida personal que podían sustraer en vida? Quien no tiene propiedad no tendrá supervivencia. La idea de la muerte es efectivamente cultural y social; y los modelos que la estructuran se diversifican no sólo en función de las civilizaciones, sino también de los medios.

Así, nuestras emociones, nuestros sentimientos, nuestras ideas aparentemente más personales e íntimas no escapan a la influencia de las culturas y de las instituciones; están, irremediablemente, *socializadas.* Un análisis más profundo va a mostrarnos ahora que la intrusión de lo social y de lo cultural es mucho más profunda todavía y que nuestras percepciones mismas llevan su marca.

las funciones cognoscitivas y los valores sociales

Si, como acabamos de ver, la influencia de la cultura es determinante para todo lo que se relaciona con la expresión y el contenido de la vida afectiva, de igual modo deja huella en el ejercicio de las funciones cognoscitivas tales como la memoria o la percepción, lo cual, a primera vista, puede parecer sorprendente. En efecto, uno no acaba de imaginarse que la cultura pueda en algún modo modificar la retina, los lóbulos occipitales o temporales. Si se acepta de buen grado que la «inteligencia» — en el sentido lato y confuso en que esta palabra se toma normalmente — deba mucho a los estímulos y a las informaciones que transmite el contexto social, se la concibe menos fácilmente para funciones que parecen esencialmente determinadas por una organización fisiológica en la que el pensamiento común, de acuerdo en esto con Aristóteles, ve la más segura referencia de la naturaleza humana.

Y sin embargo, el psicólogo que, en el laboratorio, quiere estudiar experimentalmente las leyes generales de la memoria o de la percepción tiene siempre el mayor cuidado en evitar la introducción de las variables «parásitas», de origen individual o social, que pueden aparecer cuando el material propuesto está dotado de significados. Desde Ebbinghaus (1885), se hace recordar y reconocer a los sujetos unas «sílabas sin significado», minuciosamente seleccionadas para no evocar ningún hecho, ningún objeto concretos. El estudio de las ilusiones perceptivas se ha hecho casi siempre a partir de figuras geométricas y, para medir la constancia de los tamaños, por ejemplo, se tomarán con preferencia tallos neutros o círculos en vez de botellas, muñecas o monedas. Es, pues, reconocer indirectamente la importancia de la significación en la realización concreta de las actividades perceptivas o memorísticas. Por descontado, esta significación depende en gran parte de los hábitos sociales y de las escalas culturales de valores, como veremos.

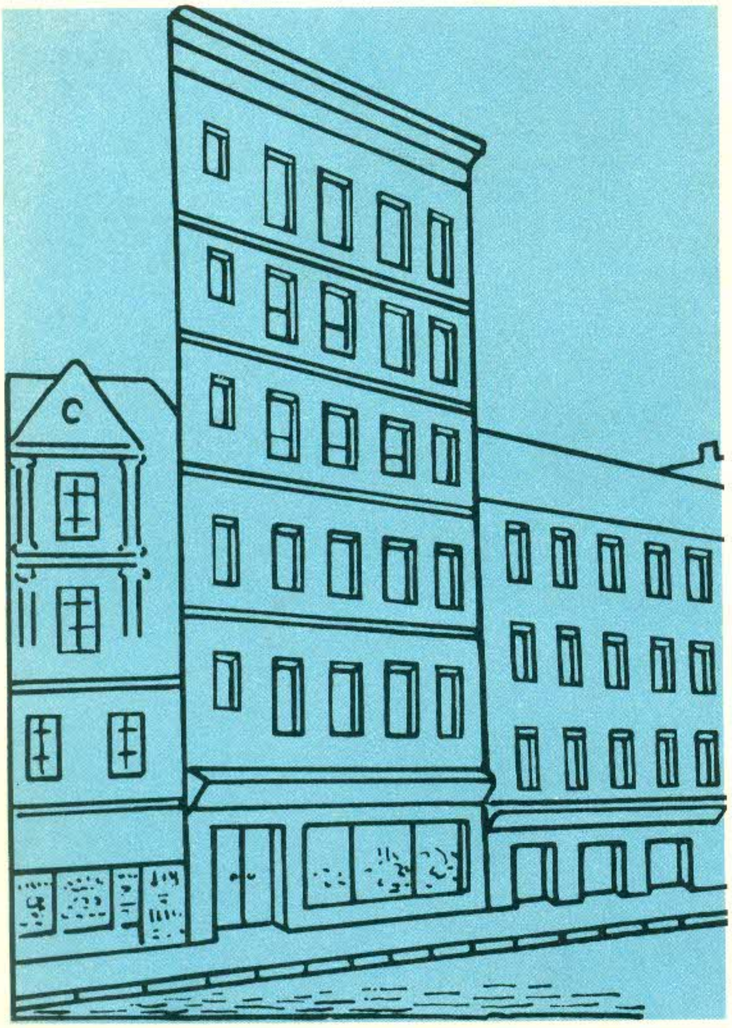
Desde hace unos veinte años, la psicología social ha «invadido» — la expresión es de Otto Klineberg — estos terrenos tradicionalmente confiados a la asepsia del laboratorio. Se ha buscado, en el plano de la experimentación misma, una confirmación de lo que los sociólogos (Durkheim o Mauss, Essertier o Halbwachs) presintieron desde hacía tiempo, y que ciertos etnólogos señalaron en su momento. En lo sucesivo se habla de una «percepción caliente» para designar el acto perceptivo tal como se realiza en las condiciones concretas de la vida diaria: a los estímulos objetivos se añaden entonces los «valores», y estos valores son ante todo los que expresa el juicio perceptivo, incluso sin saberlo; el sujeto no aprehende al mundo exterior más que a través de estos «puntos de vista» H. Cantril, que usa frecuentemente este término tan caro a los fenomenólogos, insiste en la idea de que «la psicología de la percepción implica todo el campo de las actitudes y de las opiniones, de los juicios y de las creencias» (cf. *Procès-verbaux de l'Académie des Sciences de New-York,* 1948, 6). La corriente de investigaciones surgida de los trabajos de J. S. Bruner (aproximadamente desde 1947), con L. Postman, G. S. Klein, C. C. Goodman etc., se dio a sí misma el nombre de *new look,* sin temer aparentemente darse el nombre de una moda. En su reciente libro ya citado, *La psicologie sociale,* J. Stoetzel subraya igualmente que «el campo del comportamiento concreto es enteramente social y cultural... Incluso el universo físico en el que se mueve un individuo de una sociedad dada, no es percibido y comprendido por él más que a través de las interpretaciones que le da su cultura». Y, más adelante: «Los estímulos no pueden ser percibidos más que en un marco significativo y a menudo social».

De la diversidad de los temas y de los hechos

Conviene, sin embargo, mostrar una cierta prudencia, no sólo en la interpretación de los hechos, sino también en la clasificación y la enunciación de los temas de investigación. Los equívocos del lenguaje corriente pueden efectivamente enmascarar confusiones ilícitas entre problemas y terrenos o planos de comportamiento. Así, cuando los psico-sociólogos americanos estudian la «percepción del mundo comunista» del yanqui medio, la palabra «percepción» no tiene, sin duda, el mismo sentido que en un título de Koehler, de Piaget o de Michotte. Una expresión del tipo «la percepción del judaísmo» — muy en boga en las publicaciones de la posguerra — puede designar la imagen que un sujeto o un grupo se forman del judío, es decir, el estereotipo que le representa en la conciencia individual o colectiva, pero igualmente, por ejemplo, la propensión de ciertos sujetos a fijarse, en los retratos que se les muestran, en ciertas características (reales o imaginarias) consideradas, con razón o sin ella, como raciales. Naturalmente esta propensión depende de los estereotipos, pero la realización se efectúa aquí en un plano más propiamente perceptivo.

Lo mismo sucede con la memoria. Una cosa es poner de manifiesto que la gente se acuerda, en particular, de ciertos acontecimientos socialmente valorados o fechados — lo que constituye una comprobación más bien banal — y otra cosa es demostrar que la organización o el funcionamiento de la memoria varían según los contextos culturales — lo que todavía sigue sin aclarar.

La literatura sociológica o psico-sociológica en estas materias abarca, de hecho, temas bastante diferentes. Algunos



No se observa una laguna en un conjunto generalmente homogéneo: es lo que prueban Behar y Bevan, que enseñaron a 74 niños de 6 a 11 años la imagen que reproducimos. Sólo tres observaron que una de las casas estaba reducida a dos dimensiones y transformada en anormalmente «plana». Entre los adultos este efecto es menos sensible.

datos (por desgracia los más escasos y a veces los menos seguros) muestran, efectivamente, variaciones culturales de la memoria o de la percepción. Otros hechos, más numerosos, ponen en evidencia el papel de los factores socio-culturales en la selectividad (lo que se destaca o se retiene con preferencia) o en la interpretación de lo percibido. Diversos estudios se refieren a la influencia de las situaciones de grupo (naturales o creadas experimentalmente) sobre los juicios, incluso tan poco valorados en apariencia como la comparación de longitudes de cañas o el reconocimiento de figuras neutras. Son, en verdad, trabajos que nos informan sobre la sugestionabilidad, como los que Binet había ya emprendido en 1900. En fin, numerosas experiencias demuestran de forma más general el papel innegable que juegan, en la aprehensión o la retención de los estímulos, las significaciones del objeto y las motivaciones de los sujetos.

Algunas distorsiones notables y su posible explicación

Los hechos de percepción social propiamente dicha no han sido, ni mucho menos analizados de forma tan precisa. Demasiado numerosos, demasiado sorprendentes, demasiado importantes para mirarlos como curiosidades contingentes, todavía no han sido objeto de una explicación suficientemente rigurosa en cuanto a su mecanismo causal. Nos limitaremos a presentar unos cuantos en su forma anecdótica, mostrando sin embargo algunas direcciones para una posible explicación.

A A. Ames Jr. (1951), le extraña observar efectos de deformación no constantes en sujetos provistos de gafas con cristales aniseicónicos (es decir, que dan imágenes diferentes para cada ojo): un césped horizontal parece inclinado, pero la superficie de un lago parece alejarse sin perder su horizontalidad. El efecto va sin duda ligado a esquemas perceptivos habituales, aunque los sujetos tengan motivos suficientes para esperar distorsiones ópticas e imágenes insólitas. Todavía más extraño es el *Honi phenomenon* descrito por W. J. Wittreich en 1952. El «cuarto de Ames» es una habitación deformada y deformante: las paredes no son perpendiculares, pero su inclinación está calculada de forma que en una visión monocular la estancia aparezca como un cuarto en forma de paralelepípedo absolutamente normal. Ahora bien, si dos personas A y B se colocan respectivamente contra la pared del fondo en las esquinas derecha o izquierda, o enseñan la cabeza a través de dos ventanas aparentemente idénticas practicadas en esta pared, los tamaños aparentes son grotescamente desiguales, puesto que en realidad B está por ejemplo mucho más cerca del sujeto que A. Si un mismo individuo se desplaza de izquierda a derecha a lo largo de la pared, se le ve crecer a simple vista, de forma espectacular. La dama de sesenta años designada afectuosamente con el nombre de Honi *(Honey)* sufre este efecto como todo el mundo, cuando un experimentador se desplaza o mira por la ventana; pero el efecto queda totalmente aniquilado cuando su marido, al que quiere mucho, hace el papel del experimentador. Animado por este resultado, Wittreich verificó a partir de entonces las variaciones de la elasticidad de la imagen de los demás bajo deformaciones ópticas (gafas deformantes) en diversas condiciones sociales. Así, la imagen percibida de los mutilados (y no la imagen percibida por los mutilados) es más rígida que la de los sujetos normales, y el efecto persiste aún después de que los sujetos percipientes han reconocido que los mutilados son pseudoamputados que hacen un papel de composición. Igualmente, con actores vestidos con uniformes de la marina americana (un oficial y un recluta) que se presentan a reclutas, la imagen del oficial es, para 22 sujetos de 24, más rígida que la del simple marinero. La técnica de Wittreich desemboca en una medida precisa de los «umbrales de distorsión» o del «grado de rigidez», mediante la utilización de una gama de lentes de poder de deformación creciente. Se encontrarán más detalles (junto con otros hechos del mismo tipo) en las *Explorations in Transactional Psycology* publicadas por New-

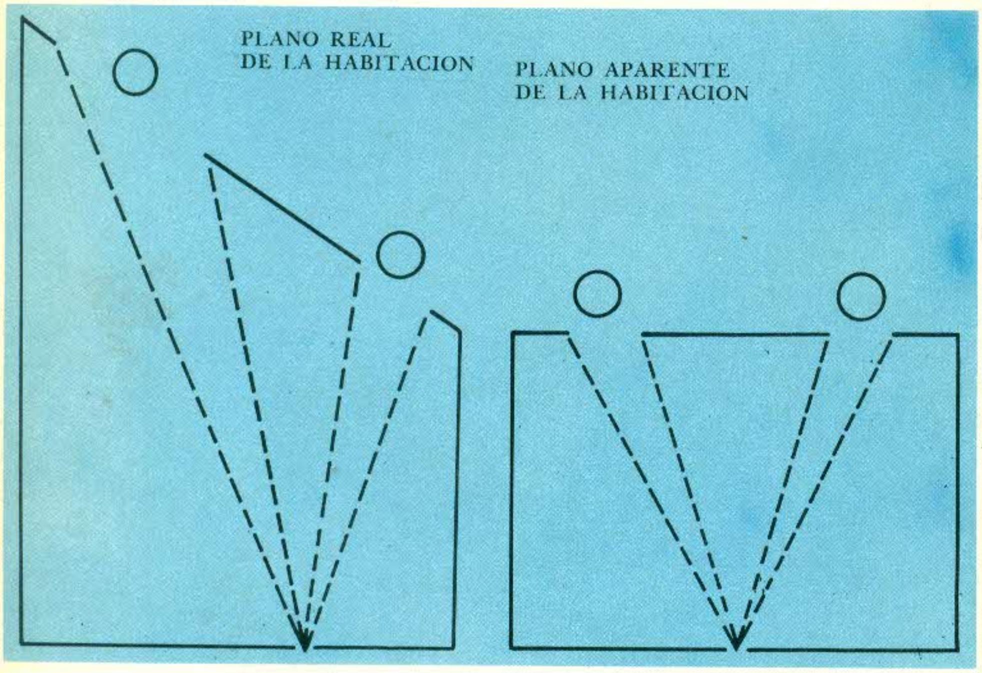
York University Press en 1961 bajo la dirección de F. P. Kilpatrick. La hipótesis propuesta por Wittreich es que la elasticidad se reduce si el objeto representado plantea en la vida diaria problemas de adaptación. Falta encontrar una explicación psico-fisiológica como la sugirió, entre otros, W. H. Ittelson, al provocar artificialmente en los sujetos unos «stress» (mediante la modificación de las condiciones químicas o térmicas) que engendrarían variaciones perceptivas análogas. Ya se ve en qué sentido convendría llenar el hiato entre el estudio experimental y fisiológico de la percepción y las observaciones relativas a los efectos de la motivación, de las «actitudes» y de los estereotipos sociales. E. Hess y J. Polt emprendieron en 1960 la medición de las dilataciones del área pupilar en sujetos de diferente sexo a los que se presentaban imágenes de brillo comparable. Ante un cuadro que representa una madre con un bebé, las pupilas femeninas se dilatan aproximadamente en un 25 %, las de los hombres sólo un 5 % por término medio. Ante la imagen de un hombre parcialmente desnudo, se dilatan en un 20 % en las mujeres, en un 7 % en los hombres; pero ante una mujer poco vestida, las pupilas masculinas se agrandan en un 18 % aproximadamente, contra un 5 % en las mujeres.

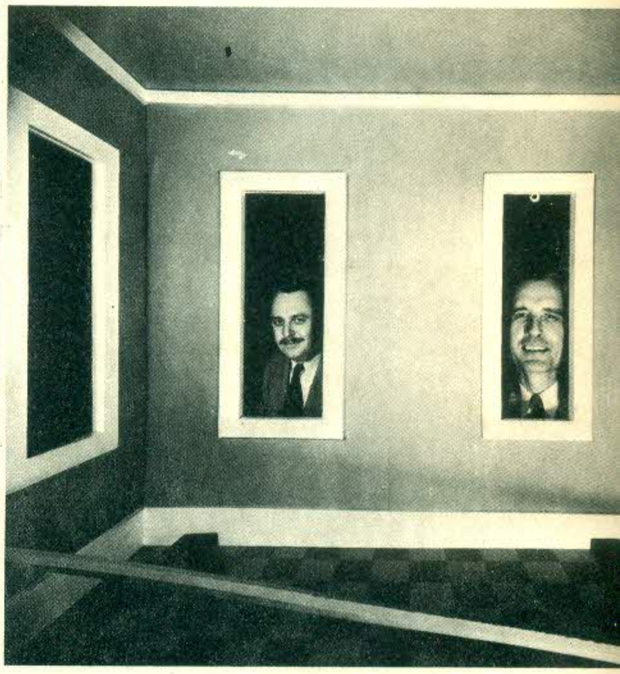
La percepción interesada

Se suelen citar los resultados ya viejos (1937) de H. Ansbacher; sellos de correos de igual tamaño son vistos por los niños tanto mayores cuanto mayor es su valor facial. A igualdad de tamaño, los jóvenes americanos juzgan que los sellos de su país son mayores que los del Canadá, y ocurre al revés con los niños canadienses. También se conocen las experiencias de Bruner y Goodman en las que los niños deben ajustar un disco luminoso variable hasta que les parezca igual a un estímulo patrón dado. Cuando este estímulo tiene un valor social, se le sobreestima. Así, las monedas se ven mayores que unos discos de cartón, y la sobreestimación relativa es tanto mayor cuanto más elevado es el valor de las monedas. Por otra parte los autores han podido observar sobreestimaciones más importantes en niños pobres de Boston que entre los vástagos de familias acomodadas. Podemos pensar en este caso que las variaciones del interés modifican las condiciones de la inspección perceptiva (el objeto interesante es mirado durante más tiempo o más a menudo que el otro), o las condiciones centrales de la atención, cuyo efecto por otra parte, se conoce sobre las deformaciones perceptivas en situaciones «frías» con estímulos neutros. Pero el hecho mismo merece ser controlado de más cerca. Carter y Schooler, por ejemplo, no han vuelto a encontrarse con el conjunto de resultados obtenidos por Bruner y Goodman, y diversos autores han discutido los resultados obtenidos en pruebas de discriminación, en las que se hacen variar las condiciones objetivas de presentación de los estímulos (iluminación, duración para demostrar que los umbrales de percepción varían en función de las necesidades o de los intereses del sujeto.

Lo que no puede ponerse en duda es que las actitudes e intereses influyen sobre la respuesta perceptiva (lo

La cámara de Ames (del nombre de su inventor) es una habitación deformada cuyos muros son oblicuos, pero que en visión monocular parece normal. Si dos personas se colocan tras la pared del fondo y se asoman por las ventanas, sus cabezas parecen desiguales, pero este efecto es más o menos percibido por algunos sujetos. (A la izquierda, plano; a la derecha, foto gentilmente cedida por el prof. Ross L. Mooney, Columbus, Ohio.)





que al principio llamábamos prudentemente las «realizaciones» de la función), incluso si el mecanismo de esta influencia es todavía mal conocido en muchos casos. Beams, al presentar a niños de 10 a 12 años objetos provistos de una significación alimenticia agradable o desagradable (por ejemplo botellas cuyo contenido podía ser un jarabe o una medicina), aprecia unas sobreestimaciones y subestimaciones ligadas al agrado o desagrado (hay que destacar que la relación no es unívoca, y que un estímulo de significación muy desagradable puede ser sobreestimado tanto como un estímulo considerado interesante). Los efectos no se manifiestan del mismo modo cuando los objetos son remplazados por sus fotografías en colores. Varios autores, finalmente, han medido las variaciones de estimación o de discriminación perceptiva a partir de estímulos inicialmente neutros, uno de los cuales está empero, antes de la experiencia

La figura de Boring llamada «La joven y su suegra» ha sido empleada para estudiar la percepción socializada. Según que se interprete este dibujo como un perfil perdido o un retrato de medio cuerpo, se verá a una joven que se vuelve o a una vieja cuyo mentón se hunde en su abrigo de pieles. El contexto sociocultural orienta la elección espontánea.

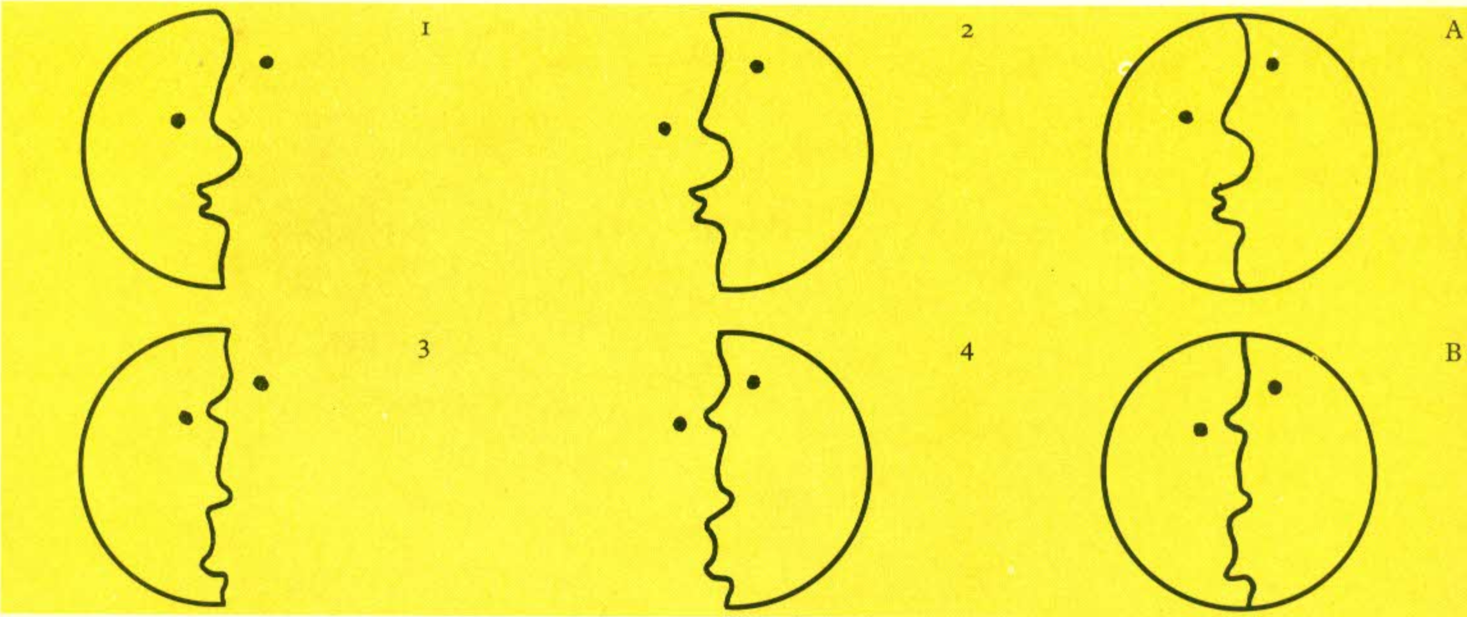


crucial, asociado a una recompensa. Shafer y Murphy han utilizado este método con figuras ambiguas en las que se podrían ver dos perfiles pegados y en las que los sujetos reconocen preferentemente a los que, con antelación, han sido asociados a recompensas financieras (mientras que el otro estaba penado con una multa). Sommer y Ayllon obtuvieron los mismos resultados en una prueba de percepción estereognóstica (contornos explorados táctilmente). Los Snyder encuentran el mismo efecto para la percepción auditiva: dos locutores hablan a la vez; pronto se descubre que los mensajes mezclados son ambiguos; en un segundo momento se asocian multas o premios a una de las dos voces; y finalmente se comprueba que la voz asociada al premio es la que supera a la otra.

Así, la percepción es parcial, y puede seguir siéndolo incluso cuando es transportada a las condiciones «frías» del laboratorio. Es lo que también aparece en trabajos referentes a la influencia de los estereotipos. En un estudio fechado en 1946 y consagrado a los prejuicios (y no a la percepción directamente), Allport y Kramer presentaron a unos sujetos, por otra parte clasificados según una escala de actitudes antisemíticas, un conjunto de fotografías entre las cuales se pedía que designaran a los judíos. En conjunto, las elecciones no diferían significativamente de una elección aleatoria, pero los más antisemitas daban bastantes más elecciones correctas. Klineberg, según los autores, comenta: «Es muy importante para los antisemitas poder distinguir a los judíos de los no judíos, y este hecho explica la selectividad acrecentada en su reacción perceptiva en este contexto».

Las ideas preconcebidas son responsables no sólo de una selectividad particular, sino también de unas percepciones aberrantes. C. Goring ya había señalado en 1913 algunos ejemplos de este tipo en su libro *The English Convict*. La creencia corriente según la cual una frente alta es signo de inteligencia hace que las personas juzgadas como inteligentes sean percibidas como teniendo una frente elevada, cuando incluso las medidas objetivas demuestran una correlación inversa. Goring, cuya obra lucha vivamente contra las teorías de Lombroso (las del «criminal nato» y de los «estigmas de degeneración»), emprendió, por otra parte, una experiencia sorprendente. Superpone varias fotografías de criminales y obtiene una imagen por composición (un retrato robot si se quiere) que se parece a un criminal tanto como usted o yo. Pide, por otra parte, a un artista que haga el retrato de los mismos criminales. La imagen obtenida por composición mediante la superposición de los dibujos, es ahora, francamente inquietante, y absolutamente conforme a la idea que nos hacemos de la bestia criminal. Desde entonces han sido observados numerosos hechos del mismo orden y arrojan una duda más que razonable sobre la validez de los testimonios, aunque procedan de sujetos «de buena fe» que afirman, jurando, lo que han visto.

Recordemos por fin una experiencia de Razran, que presentó a unos estudiantes 30 fotografías de chicas para que las clasificaran bajo diferentes puntos de vista (belleza, inteligencia, ambición, fuerza de carácter etc.) según una



Esquemas que permiten el condicionamiento de la percepción: A y B son figuras de las llamadas reversibles, en cada una de las cuales se puede ver uno u otro de los dos perfiles enlazados que se encuentran separados en las figuras 1-2 y 3-4. Schafer y Murphy (1943) presentaron las figuras 1 a 4 a unos individuos, con objeto de que identificaran alguno de los cuatro perfiles presentes en las figuras A y B. El resultado final de la prueba fue que la mayoría de los interrogados reconocieron inmediatamente y sin dificultad el perfil 1 en la figura A y el perfil 4 en la figura B.

escala de 5 puntos. Dos meses después, se les presentaron las mismas fotos aunque, esta vez, con nombres y apellidos. Repartidos arbitrariamente, estos hombres fueron escogidos del siguiente modo: cinco nombres judíos (Rabinowitz, Finkelstein etc.), cinco irlandeses (McGilliendy...), cinco italianos (Scarano, Grisolia...) y quince americanos clásicos (Adams, Clark...). A título de control, quince fotos nuevas con los nombres tomados al azar del listín telefónico. Las «judías» perdieron entonces una media de 1,21 puntos en la calificación «simpática o no», 0,81 en el carácter, un poco menos en la belleza; en compensación ganaron un 0,36 en inteligencia, y un 1,01 en ambición. Sin embargo la cuestión reside en saber si la percepción fue efectivamente modificada, puesto que el juicio pedido fue un juicio de valor.

Pero hay casos en que la percepción se fija en lo que está conforme con las expectativas prejuiciales. Así, en una vieja experiencia de la señorita Zillig en la que, tras un estudio preliminar, se han formado dos grupos de niños respectivamente simpáticos o antipáticos a sus compañeros. Se pide a los «antipáticos» que ejecuten delante del resto de la clase unos movimientos gimnásticos que se les han enseñado a la perfección con anterioridad; lo mismo se les dice a los «simpáticos», pero haciéndoles cometer una serie de errores. Los «jueces» que deben estimar la calidad de los ejercicios presentados votan en su mayoría a favor de los simpáticos de cuyas faltas no se han percatado. El mismo resultado se ha obtenido recientemente en un país cuyo nombre callaremos (el trabajo está inédito y está clasificado como de «difusión restringida») con jueces militares, expertos profesionales, que debían evaluar, según un baremo codificado, las marcas físicas y técnicas de dos «combatientes», a los que se había filmado mientras ejecutaban unos ejercicios clásicos. Presentado como una experiencia para probar la concordancia de juicios, el experimento muestra un acuerdo bastante satisfactorio entre los árbitros. Lo malo es que el combatiente mejor calificado lo fue por su aspecto de «buen muchacho valiente y disciplinado» y el actor que hacía este papel había cometido, recibiendo órdenes, un cierto número de faltas caracterizadas, la mayor parte de las cuales pasaron desapercibidas. El otro, que por el contrario había ejecutado los ejercicios sin ningún error, tenía en su contra una «pinta desagradable», escogida naturalmente ex profeso.

Los fundamentos culturales de la percepción

El papel innegable de las motivaciones en la observación o el juicio perceptivos aclara la idea de una institucionalización de los preceptos a través de las representaciones o normas colectivas. La expresión «fundamentos culturales» de la percepción, que los etnólogos transmitieron a los experimentalistas, merece, sin embargo, ser manejada con algunas precauciones.

Se ha hablado mucho, por ejemplo, sobre la percepción de los colores, apoyándose de forma notable en el

vocabulario propio de tal o cual cultura o de tal época. Los griegos calificaban a las violetas de «negras»; Jenofonte (en el siglo VI antes de Cristo) tiene sólo una palabra para el verde y el amarillo, mientras que Aristóteles, dos siglos más tarde, tiene distintos términos para el verde, el amarillo y el anaranjado. El hebreo y el arameo tienen tendencia a agrupar los colores según que sean claros u oscuros. Los ashantis (Wallis, 1926) emplean la palabra negro para referirse al azul, el púrpura y el pardo, mientras que el rosa, el anaranjado y el amarillo se designan con el mismo término que se aplica al rojo. Margaret Mead, cuando habla del niño primitivo, nos enseña igualmente que el amarillo, el azul lavanda y el verde oliva son vistos como variedades del mismo color, en Nueva Guinea. Por el contrario, algunas lenguas señalan unas distinciones que no hacemos demasiado: así, entre los latinos, las calidades de negros y de blancos en función de lo brillante o lo mate, o los diversos tonos del azul en la cultura china (Gernet).

¿Pero qué significa realmente que estos colores sean «vistos» semejantes o diferentes? Nada prueba que las clasificaciones del lenguaje, manifiestamente ligadas a la evolución de las técnicas y a las necesidades de la praxis social, afecten a la percepción como tal. Seligman, que se había extrañado de las asimilaciones y de las armonías cromáticas entre los insulares del estrecho de Torres, observó al proponer a los takitaro (Nueva Guinea británica) un test de clasificación de pedazos de lanas, que los sujetos percibían perfectamente unas diferencias que su lenguaje no podía expresar claramente. La observación de los niños de nuestras culturas muestra diariamente desacuerdos de todo orden entre las discriminaciones sensoriales y el vocabulario, y de igual modo entre las categorías verbales utilizadas espontáneamente según los requerimientos del juego o de la acción. Tal niño de 4 años, que no sabe nombrar los cuatro colores del test Binet-Simon (azul, amarillo, verde, rojo), cuida de no confundir su jersey «burdeos» y su jersey «sangre de buey» (*sic*, naturalmente la expresión le ha sorprendido) a la hora de vestirse, pero los guarda con prendas violetas en un cajón que para él se convierte en el de «las cosas azules». A los 5 años, llama «triámbulo» a un cuadrado presentado de punta, aunque reconoce en ello un «cuadrado»; pero se niega a dar el mismo nombre a un rombo acostado, al que asimilará verbalmente a una elipse y a un rectángulo cuando se le presente con la diagonal mayor horizontal. Y, ciertamente, no confundimos demasiado los colores de la madera *blanca*, del hierro *blanco* y del vino *blanco*. En cuestiones de este tipo importa, pues, no identificar sin más la organización perceptiva intrínseca y las categorías verbales o prácticas en las que la codificamos. Una cosa son los estímulos y otra las señales o signos que escogemos o que estamos obligados a «leer» a través del contenido bruto de lo percibido. Si este contenido bruto es ambiguo, o si se manifiesta a la conciencia inmediata bajo la forma de un juicio de valor o de una decisión cualquiera, entonces naturalmente las normas culturales van a actuar con pleno derecho. Recordemos primeramente el clásico efecto Engel que se cita frecuentemente de forma inexacta: se realiza la fusión binocular de dos imágenes diferentes, una que representa una cara orientada normalmente, la otra la misma cara invertida; en la mayoría de los casos (41 sobre 48), predomina la cara normal, pero el conflicto perceptivo no está eliminado y se traduce, según los casos, en una confusión, una molestia, o sea, unas oscilaciones. Bagby, con la misma técnica, presenta simultáneamente una escena mejicana y una escena americana típicas (dos rostros femeninos característicos, o bien, una escena de corrida y un partido de beisbol) a sujetos americanos o mejicanos: la escena dominante corresponde al carácter étnico de cada sujeto. Allport (1957) ha hecho una experiencia similar a ésta, en Africa del sur, con europeos, indios y zulúes. Esta vez, los zulúes ven indios con una frecuencia inquietante. ¿Hay que extrañarse de ello sabiendo que los temen más que a nadie en el mundo?

Se observan efectos análogos en pseudoscopía (la imagen de la derecha se envía al ojo izquierdo y viceversa, lo que tiene como resultado invertir el relieve). Sin embargo, como percibió Piéron, la imagen de un rostro no es vista nunca en hueco. Citaremos por fin la experiencia hecha en 1957 por Allport y Pettigrew sobre lo que se suele llamar «la ilusión de Ames»: se trata de una ventana trapezoidal que gira alrededor de un eje medio, y que ordinariamente es vista como una ventana rectangular que oscila de atrás adelante: lograda entre los individuos negros o blancos examinados por los autores, la ilusión no se produce demasiado entre los zulúes que nunca han visto una ventana rectangular y que no están acostumbrados a ver objetos de esta forma. Sin embargo, a una cierta distancia y en visión monocular, la ilusión se produce en todos los sujetos.

Es superfluo extenderse en el caso de las percepciones estéticas o esencialmente interpretativas. Sabemos, por ejemplo, cuánto pueden variar, según el contexto cultural, las respuestas dadas al test de Rorschach (interpretar manchas de tinta de formas arbitrarias) que por otra parte es un test de personalidad y no de percepción. Los campesinos marroquíes dan un elevado porcentaje de respuestas Dd (interpretación referida a pequeños detalles) e interpretaciones anatómicas; los alorais (Indias Orientales), muchas respuestas K (movimientos) y pocas C (color). Los habitantes del Manitoba ofrecen interpretaciones «oníricas» y respuestas clasificadas como «originales» según los patrones usuales, mientras que entre los samoanos predominan las respuestas espaciales, globales o «banales» (W. Denis, en la obra de Black y Ramsey, *Perception*, 1951). P. H. Cook, en 1952, propone que se interprete este último hecho en relación con el general desprecio de los samoanos por el individualismo y la originalidad en todas sus formas; y la frecuencia entre ellos de las respuestas Dbl (interpretaciones referentes a las lagunas blancas de las figuras) se explicaría, según Cook, por el valor simbólico que atribuyen a este color. No vamos a insistir demasiado sobre las variaciones culturales de la «percepción» de la belleza (cada uno de nosotros ha podido experimentar sobre sí mismo las rápidas transformaciones de sus propios juicios en función de las sucesivas modas), como tampoco sobre la percepción de la música, para la que basta ver el profundo y brillante trabajo de R. Francès que lleva este título (Vrin, 1958).

Memoria y cultura

La selectividad de la memoria en función de los intereses del sujeto o en función de las actitudes experimentalmente inducidas es un fenómeno clásico cuya existencia no se trata ya de demostrar. Es incluso superfluo invocar en el tema una teoría freudiana de los mecanismos de defensa, cuyo efecto sería el de filtrar los recursos, rechazando o deformando los que nos son desagradables [1]. Las motivaciones culturales y las actitudes de grupo ocupan un sitio de honor entre estos diversos factores de selección o de distorsión.

Desde 1928, la señorita Zillig, al estudiar los efectos del *Einstellung* («actitud», en el sentido más general de la palabra), leía a dos grupos de sujetos, hombres y mujeres, una lista de juicios favorables o desfavorables sobre la mujer, sacados de diversos autores. Una semana más tarde los sujetos debían repetir de memoria las frases oídas. La proporción de juicios favorables retenidos es mayor entre las mujeres que entre los hombres, entre los cuales la proporción es inversa. K. B. Clark lee igualmente un texto a alumnos y alumnas de un liceo, advirtiéndoles que tendrán que reproducirlo de memoria tan exactamente como les sea posible. La historia es la de una mujer gigantesca, que transporta enormes sacos, y que desafía a un hombre a que haga lo mismo. El relato está hecho desde el punto de vista del hombre pero en tercera persona. Los resultados muestran que la historia es recordada mejor por las chicas, las cuales, sin embargo, tienen buen cuidado en no identificarse con la heroína; los chicos, por el contrario, deforman el relato de forma diversa, y algunos se identifican tanto con el héroe (preocupándose por minimizar su debilidad) que cuentan la historia en primera persona. Citadas con regularidad, ambas experiencias no son más que un ejemplo entre una gran cantidad de otras análogas.

De igual modo se ha estudiado el efecto sobre la memoria de los prejuicios políticos, raciales o sociales. La señorita Margolies (en una tesis de 1938 citada por Klineberg) reproduce la experiencia de Zillig, utilizando juicios favorables o desfavorables sobre los negros, que presenta a dos grupos de estudiantes, previamente clasificados según una escala de actitudes raciales. Los juicios favorables son mejor recordados por los menos racistas. Levine y Murphy obtienen resultados análogos sobre dos grupos de estudiantes, pro y anti comunistas, a los que se les han leído dos textos, uno favorable y otro desfavorable, sobre la U.R.S.S. (1943).

(1) El hecho de que algunos recuerdos desagradables permanecen vivos y son incluso exagerados en la «memoria», no presenta ninguna objeción a la teoría. No tratándose de un desarreglo de los mecanismos de defensa, es fácil concebir que un recuerdo, intrínsecamente desagradable, puede indirectamente valorar el yo. Así cuando exageramos el carácter dramático del que nos hemos liberado honrosamente, o cuando la confesión de nuestras pasadas faltas hace resaltar mejor nuestras virtudes actuales, o, más corrientemente todavía, cuando evocamos nuestras desgracias para que nos compadezcan. Por otra parte, el «rechazo» propiamente dicho no es más que uno de los mecanismos de defensa que filtran o distorsian el recuerdo: el término no se toma aquí más que en su sentido banal y genérico.

Señalemos además que algunos efectos concordantes han sido relevados al variar, en las experiencias de este género, la naturaleza del material propuesto. Así V. Seeleman presenta fotografías de blancos y negros que hay que reconocer posteriormente entre un conjunto de fotografías: los sujetos hostiles a los negros identifican peor las fotografías de los negros ya vistas. (Aquí juega, naturalmente, el conocido hecho de que para un blanco, «todos los negros se parecen»). Postman y Murphy piden a diferentes sujetos que retengan pares de palabras leídas. La lista está confeccionada con pares que, según la actitud del sujeto, aparecerán como semánticamente compatibles o incompatibles. Los pares compatibles son, en general, mejor retenidos. Por otra parte, esta técnica ha sido aplicada numerosas veces: para el ciudadano medio el par «ruso-espía» es mejor retenido que el par «alemán-benévolo», y las pruebas de este género tienen como fin, no tanto mostrar la selectividad de la memoria, cuanto estimar, a través de esta selectividad, la naturaleza o la fuerza de los prejuicios o de las actitudes. Lo importante de cara a nuestro propósito actual es señalar que estos efectos de selección y de distorsión actúan no sólo en la vida diaria — lo que es de corriente observación — sino también en las situaciones experimentales explícitamente presentadas como pruebas de memoria a sujetos advertidos (en general, estudiantes) entre los cuales se hubiera podido suponer que las condiciones de la tarea determinarían una actitud cognoscitiva afectivamente neutral; y justamente sucede lo contrario. Añadamos que los resultados observados no son siempre tan simples como lo hemos dado a entender. Pero algunos efectos contradictorios pueden explicarse fácilmente. Por ejemplo, un mensaje que contradice nuestros prejuicios será pasado por alto, o desviado en el sentido de nuestras ideas preconcebidas. Pero también sucede que es tanto más notado cuanto más insólito o escandaloso nos haya parecido. Se cuenta, a este respecto, la historia de un filósofo ilustre que, de un gran trabajo de sociología comentado por él capítulo por capítulo, jamás retuvo otra cosa que los tres párrafos en los que creyó reconocer sus teorías. Y tras leer un trabajo que concordaba con sus ideas, no retuvo más que una frase que juzgó inadmisible.

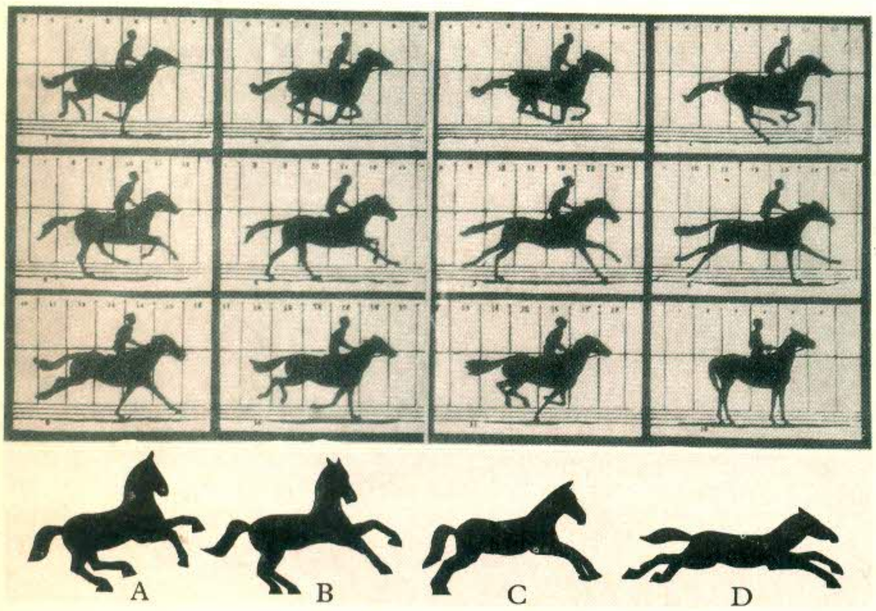
El gran libro de F. C. Bartlett sobre la memoria contiene además un gran número de anécdotas etnológicas, que ya no extrañarían a nadie. Los swazi, un pueblo de pastores de Africa del Sur, tienen una memoria sorprendente para todo lo que se refiere al ganado. Al cabo de un año un pastor se acuerda casi sin fallos de las nueve compras que ha realizado: precio exacto, nombre del vendedor, pelo del animal, etc. Pero un joven swazi de doce años, a quien Bartlett rogó que llevara hasta el extremo del poblado un mensaje de veinticinco palabras, repetido por dos veces, comete tres importantes omisiones dos minutos más tarde. Bartlett nota también diferencias culturales en la manera como los bantúes presentan y «reviven» sus recuerdos. Invencibles y apasionados en sus evocaciones referentes al ganado o a la vida familiar, los swazi permanecen tranquilos o evasivos en lo que se refiere a los acontecimientos bélicos de su pueblo, los cuales por el contrario son apasionadamente revividos por sus vecinos los zulúes.

Una observación todavía más convincente ha sido presentada por el antropólogo S. F. Nadel El autor explica una historia y hace describir de memoria una imagen a dos grupos comparables de escolares africanos, pertenecientes uno a la tribu de los nupe y el otro a la tribu de los noruba. Los primeros dan un relato fragmentario, enumerativo, que procede por yuxtaposiciones. Por el contrario los noruba descuidan los detalles, retienen los temas generales y su articulación; en pocas palabras, estructuran sus recuerdos. Nadel hace entonces resaltar una analogía entre los sistemas religiosos propios de las dos tribus. Los dioses noruba forman una sociedad orgánica y jerarquizada, con poderes y funciones bien definidos y articulados. Los de los nupe, por el contrario, tienen una gran cantidad de atributos particulares, pero sus papeles son relativamente independientes unos de otros, y sus relaciones mutuas no se hallan expresadas de otra manera. Es lástima que las observaciones de este género sean escasas y que no hayan sido objeto —que sepamos— de un control sistemático.

Sería muy deseable, en efecto, que se pudiera dar un estatuto psico-sociológico preciso a lo que el sociólogo Maurice Halbwachs llamó los «marcos sociales de la memoria» (1926, reed. 1952). Halbwachs muestra con gran claridad que la memoria, en tanto que representa un «conocimiento actual del pasado», plantea menos un problema de conservación que un problema de reconstrucción. Las distorsiones evocadas más arriba atestiguan el carácter activo de esta reconstrucción, otro de cuyos aspectos importantes es la puesta en orden, la localización temporal de nuestros recuerdos personales. ¿Hice mi primer viaje a Venecia antes o después de la muerte de mi padre? Puedo muy bien haber guardado de estos dos acontecimientos un vivo recuerdo sin ser capaz de ordenarlos el uno con respecto al otro. Naturalmente en muchos casos tenemos nuestros puntos de referencia personales, nuestras cronologías íntimas. Pero también, con frecuencia, la seriación de los recuerdos necesita de la mediación de un calendario socio-cultural, con el que pueda relacionar diversas asociaciones. En Venecia tenía por compañero de viaje a un colega del liceo A...; yo era profesor en M... a la muerte de mi padre. Y sé a ciencia cierta que enseñé en M... antes de enseñar en A... porque esta vez se trata de una cronología social (mi carrera universitaria), numerosas veces recordada por la perpetua obligación de redactar mi *curriculum* para la administración. Se ve claramente cómo la memoria individual se apoya bastante, y con más frecuencia de lo que uno se imagina a primera vista, en la memoria colectiva o en los fragmentos de historia personal que la vida social ha institucionalizado.

Para nuestro actual propósito, queda planteada la cuestión de saber si la memoria colectiva únicamente proporciona a los recuerdos del individuo un marco de referencia y una escala de valores, o si participa directamente en la elaboración del contenido de los recuerdos. Dicho de otro modo, ¿constituye para la memoria del sujeto una estructura extrínseca o intrínseca? Indudablemente, no es fácil cortar operacionalmente entre estas dos eventualidades. Un buen tema de estudio podría ser el de los falsos recuerdos, sobre todo los recuerdos de la infancia, aquéllos cuya inexactitud podemos controlar, sin impedir por ello que imágenes precisas, muy vivas, nos vengan a la mente al evocarlas. En una obra

Los estudios de Salomón Reinach sobre la representación del galope en el arte proporcionan un buen ejemplo de la percepción deformada y simbólicamente fijada en la cultura. Arriba, a la izquierda, se ven las posiciones reales de un caballo al galope (según Muybridge, 1879). Pero hasta 1886, año en que el pintor Morot se inspiró en estos clisés, el arte ha representado sistemáticamente el galope mediante cuatro posiciones tipo (abajo, a la izquierda): A el «cánter», B el «cabré flexionado», C el «cabré alargado» y D el «galope tendido», siendo B, C y D puramente ima-





todavía inédita, *Sagesse et illusion de la philosophie* (publicado por el P.U.F. en 1965), J. Piaget relata uno de sus más precoces recuerdos de la infancia, muy neto todavía hoy: el de un rapto del que fue la desgraciada víctima cuando era un bebé en los Campos Elíseos. Las imágenes (rostro de los «bandidos», etc...) son muy desagradables.

Desgraciadamente para la memoria (y afortunadamente para la psicología) el rapto no tuvo lugar; el episodio fue entonces inventado completamente por una niñera un poco mitómana que temía ser reñida por un retraso, y frecuentemente evocado en familia a pesar de haber sabido desde hacía tiempo su carácter imaginario.

«Yo» es otro

De todo lo dicho se puede deducir que los psicólogos tienen todavía mucho por hacer para describir con algún rigor la topografía de sus próximas investigaciones y aclararnos estos mecanismos múltiples de corrección y de distorsión, de selección y de interpretación cuyas interrelaciones se nos ocultan a pesar de que los resultados sean algunas veces espectaculares. Las clásicas dicotomías — la de Kretch y Crutchfield en su tratado titulado *Teoría y problemas de psicología social* (1952) que opone los factores estructurales ligados a los estímulos físicos y al sistema nervioso, a los factores funcionales «que derivan de la necesidad, del humor, de la experiencia pasada...», etc.; la de J. J. Gibson (*The Perception of Visual World,* 1950) que distingue el campo perceptivo, dominio de las imágenes perceptuales *(the pictorial mode of visual perception),* y el mundo percibido, dominio de los signos y de la acción y las que se han propuesto para la memoria: almacenaje y reconstrucción, información almacenada e información evocable, rastro y recuerdo, etc... — con toda seguridad, todavía son demasiado simples. Ciertamente habrá que afinarlas, ampliarlas luego según las necesidades, como lo propone por ejemplo G. Simondon, apoyándose en una idea de Lucien Goldman, que sugiere la posibilidad «de elevar la noción de contexto a lo que los marxistas llaman la *conciencia posible*», es decir, el conjunto de lo que los hombres «de una sociedad y de una clase determinada, en una época definida» pueden comprender de la realidad.

Pero queda esta evidencia masiva, quizá inquietante tanto para la objetividad como para la subjetividad ingenuas, de que lo social anida en nuestra conciencia, hasta en sus más humildes acciones (la percepción del tamaño de un objeto) o las más íntimas (nuestros recuerdos, nuestros sentimientos personales, o, como se verá más adelante, nuestra vida sexual). La vida social no se limita a explotar, para el comercio colectivo, nuestros conocimientos o nuestros afectos. Los importuna, los informa en el sentido patético y peripatético de la palabra. El hermoso grito del poeta que sirve de título a estas sumarias conclusiones no es ni el de la revuelta ni el de la alienación. O bien, es el de esta alienación permanente que constituye nuestra vida cotidiana. «Hace falta — hubiera dicho M. Prudhomme menos poéticamente, él que confundía de buen grado el hecho y el derecho —, hace falta estar en nuestro tiempo y en nuestro país.»

ginarias. El «cánter», única posición exacta, es el motivo preferido por el arte griego clásico, olvidado hasta el descubrimiento de los frisos del Partenón (abajo, en el centro, bajo relieve de Fidias). El «cabré», frecuente en el arte occidental (aquí en el cuadro de Rafael que representa a San León deteniendo a Atila), viene del arte egipcio y asirio. En 1821, Géricault inventa el «galope tendido» (derecha, «El Derby de Epsom»), que se encuentra también en el siglo XVIII en algunos grabados de clara inspiración china. (Fotos Anderson-Giraudon, Alinari-Giraudon y Giraudon.)







ANTOINE CULIOLI

LUIS J. PRIETO

la comunicación verbal

No podía dejarse de considerar, en un tomo dedicado a las relaciones interpersonales, el instrumento más evidente de tales relaciones. Pero nos enfrentamos aquí con problemas que la psicología propiamente dicha aborda igualmente en el terreno genético y experimental y que hallarán así su lugar, bajo tal aspecto, en el quinto volumen de la presente obra. Este capítulo se centra, por su parte, en los problemas de la lingüística, los que abordan el conocimiento del hombre a través del sistema institucional formado por la lengua constituida, que es indudablemente un léxico de palabras, pero también un compendio de estructuras y, por tanto, «tesoro» de representaciones y pensamientos. Los autores de las dos partes de este capítulo invitan al lector a considerar con ellos la personalidad y las reacciones de los «interlocutores» a través de un estudio de la lengua, formal e incluso estadístico, cuando es necesario.

Nos encontramos inmersos en el lenguaje desde nuestro nacimiento. El lenguaje acompaña y fundamenta nuestra actividad significativa. Gracias a él nos expresamos y nos comunicamos; es un comportamiento complejo que se entrelaza con nuestras percepciones y nuestros ademanes, una actividad interhumana, basada sobre una red de aptitudes psicofisiológicas y estructuras inconscientes. En la mayoría de los casos, hay que reconocerlo, no tenemos en cuenta nuestra distancia en relación con el lenguaje: se encuentra tan arraigado en nuestra esencia biológica, nos lo hemos apropiado tanto que parece haberse convertido en un simple instrumento dócil que obedece a nuestras intenciones. De ahí proviene la ignorancia de lo que es el lenguaje, de su estructura y su funcionamiento. Hagámonos la pregunta inesperadamente y veremos qué difícil es elevarse por encima de la simple experiencia vivida. Estamos convencidos de que nuestra lengua (y no llegamos al *lenguaje* sino a través de las *lenguas*) es el modelo de todas las lenguas, nos fascina el sentido y no llegamos a tomar en serio la forma, confundimos fácilmente las categorías del pensamiento y las categorías de la lengua, la realidad extralingüística y el instrumento lingüístico, como si existiera una adecuación universal y total del lenguaje a un mundo de objetos y conceptos. Si tratamos de ir más allá de este realismo ingenuo, lo que nos vuelve a la memoria son fragmentos de análisis escolar: era una época dichosa en que el lenguaje se componía sólo de palabras (análisis gramatical) y oraciones (análisis sintáctico). Las palabras, bien domadas, se ordenaban en partes de la oración heredadas de la gramática estoica y la lengua escrita (¿a quién hubiera preocupado estudiar la lengua oral?) era un jardín bien cuidado en el que todo estaba etiquetado. Para muchos de nosotros, el estudio del lenguaje se reduce a esta gramática de la lengua escrita, del mismo modo que la mayoría de las personas confunden letras y sonidos porque han estado repitiendo durante toda su juventud que las vocales, en castellano, son *a, e, i, o, u*.

Pero puede ocurrir que el lenguaje vuelva a ser puesto en tela de juicio y deje de ser tan transparente como lo imaginábamos a veces. Un malentendido puede revelarnos la profunda ambigüedad de las lenguas naturales. Las palabras, esos mediadores por excelencia, nos hacen sentir su ambigüedad y nos revelan que no existe una relación inmediata y necesaria entre los términos y las cosas. Tenemos entonces la sensación de que las palabras nos traicionan, se interponen entre nosotros y «lo indecible», eso «indecible» que no llegamos a expresar en la cadena sonora. Puede pensarse también en el replanteamiento que supone el aprendizaje de una segunda lengua: hábitos acústicos y de articulación nuevos, nuevas disposiciones sintácticas que trastornan las ideas recibidas (así, en malgache, lo que se llama tradicionalmente un complemento circunstancial podrá ser el *sujeto* de una frase; en tal o cual lengua amerindiana, la palabra que significa «árbol» es un *verbo*, etc.), recortes de la realidad que parecen aberrantes (los términos de colores se organizan en sistemas muy distintos según las lenguas; el ruso no diferencia la mano del brazo y el pie de la pierna; el húngaro no diferencia la madera del árbol, pero tiene en cambio dos palabras para el amor)…

Esta sospecha frente al lenguaje se ha vuelto más manifiesta desde hace algunos años: se manifiesta por un cierto

La torre de Babel, representada por Pieter Brueghel el Viejo.

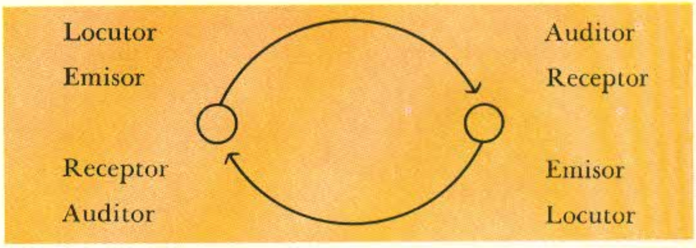
rechazo del verbalismo (cuando las palabras están unidas sólo por un vínculo intrínseco, sin relación con la realidad extralingüística) tanto como por la literatura del absurdo y del contrasentido. Alguien se había planteado ya el problema del lenguaje, ya sea en el análisis riguroso de una lengua (podría mencionarse aquí a Panini en el caso del sánscrito, o también a Sibawayhi y Al Khalil en el del árabe), ya en la especulación filosófica, ya, mucho más modestamente, en las manipulaciones lúdicas de la lengua (enigmas, anagramas, trabalenguas, etc.). Pero nunca se había escrutado y seguido con tanta fuerza y rigor la práctica del lenguaje en los diversos campos en que se la encuentra. Y no es, sin duda, inútil recordar que existe desde hace cerca de un siglo una ciencia llamada *lingüística,* cuyo objeto es el lenguaje humano a través de las lenguas naturales.

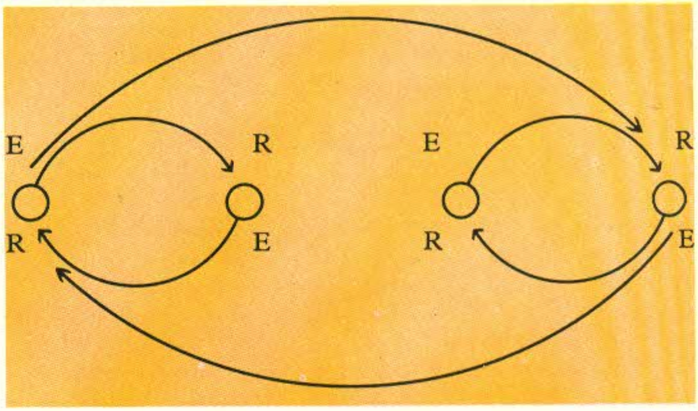
La expresión *lenguaje humano* no es redundante, sino que implica una precisión necesaria si se quieren evitar los malentendidos. En efecto, se habla a menudo del lenguaje animal, del lenguaje de los astros, del lenguaje de la pintura o de las emociones, o incluso del lenguaje científico, del lenguaje-máquina y del lenguaje documental. El lenguaje de los animales, que ha sido estudiado con detenimiento durante estos últimos años, se diferencia radicalmente del lenguaje humano en ciertos rasgos esenciales que aparecerán en esta exposición, y será preferible hablar normalmente de comunicación animal. El lenguaje de las estrellas sólo se denomina así por un abuso metafórico: se trata, de hecho, de un juego burdo de correspondencias simbólicas que vienen dadas por la tradición. En el lenguaje de la pintura o de las emociones, la palabra *lenguaje* no se usa sino por analogía, de un modo vago y peligroso, para marcar el poder de expresión inmanente a las emociones o a la pintura. Hablar del lenguaje científico es sólo restringir la acepción de la palabra, que viene a significar «lengua especial»; en cuanto el lenguaje-máquina (al igual que el lenguaje documental) es un modo de expresión artificial, puramente escrito, que recurre al uso de un simbolismo muy próximo al de las matemáticas.

Ciertamente, tendrá mucho interés comparar el lenguaje humanos a otros «lenguajes» (códigos, sistemas de signos, señales y símbolos) ya sea por razones prácticas, ya en una consideración teórica. En este sentido, el lenguaje humano pertenece a la clase de los sistemas de comunicación, y se llama semiología o semiótica a la disciplina que tiene por objeto el estudio de los signos en el plano más general. No obstante, el signo lingüístico es de una especificidad irreductible, y el objeto de la lingüística, es decir, el lenguaje humano, *no constituye* una simple secuencia o sistema de signos como otros tantos.

Lenguaje y comunicación

Si se quieren diferenciar a la vez que comprender las características del lenguaje humano, deberá partirse de la función central del lenguaje, que es la de fundamentar y proveer a la comunicación. Para que exista comunicación son necesarios al menos dos interlocutores, uno de los cuales, al que llamaremos el *locutor,* es emisor, y el otro, el *oyente,* es receptor. Obviamente, en el transcurso de una conversación, el locutor se convierte en oyente y el oyente en locutor. Más aún: en el momento en que habla, el locutor es su propio oyente y el oyente es un locutor virtual que no ha exteriorizado todavía su respuesta. Se podrá representar la situación mediante un esquema (fig. 1), y para marcar claramente el carácter complejo de la relación entre interlocutores, podrá completarse mediante otro diagrama (fig. 2).





Figs. 1 y 2. Situaciones recíprocas del locutor y del oyente.

Este segundo esquema permite observar aisladamente ciertos hechos importantes, un tanto heterogéneos, es cierto, pero que es útil inventariar: existe siempre una interferencia parcial entre emisión y recepción en el acto de comunicación; existe en particular una retroacción de la audición sobre la fonación, y un efecto de las costumbres de articulación sobre la identificación acústica de los sonidos emitidos por la persona de enfrente; en otro orden de ideas, las figuras 1 y 2 muestran que el monólogo es siempre, a fin de cuentas, un diálogo. Se ve igualmente que el diálogo corre el riesgo de convertirse en monólogo; en resumen, que existe siempre circularidad parcial, es decir, pérdidas en la comunicación.

Esta comunicación no tiene lugar si no hay *intento de significación,* y esta voluntad de emplear el lenguaje como instrumento de relación con los demás es esencial en la práctica normal de una lengua. Pero puede precisarse que todo intercambio vocal supone una intencionalidad de los interlocutores, el deseo de expresarse, de exponer, jugar, mandar,

obrar, de tener un efecto sobre los demás (o sobre uno mismo en cuanto otro). Añadamos también que toda comunicación se inscribe en una *situación,* en la que se encuentran inmersos los sujetos interlocutores. Esta situación, imposible de delimitar en toda su enorme complejidad, comporta, sin embargo, algunas variables o *rasgos de situación* de dos tipos: unos son rasgos del instante, particulares de tal ocasión. Aunque extralingüísticos, son los que dan al mensaje una parte de su significación: cuando digo *tú* significa «la persona que tengo frente a mí cuando hablo»; *ayer* «el día que precede a hoy»; *Juan* se refiere «a una persona que conocemos perfectamente». Si alguien acaba de salir y digo: «ése tiene aspecto de contrariado», *ése* nos remite a la persona en cuestión. Si quiere usted salir de paseo y se pone a llover, es posible que usted exclame: «¡caray!» y puede ser que su interlocutor se fije en el rasgo de situación pertinente en este caso. Otros rasgos son, bajo una óptica general, *constantes* que caracterizan en situación a los sujetos interlocutores pero, dada la diversidad de lenguas, se puede considerar que estas constantes se concretan en cada idioma natural de un modo distinto: seguro que habrá en todas las lenguas un sistema propio de cada persona; pero además, todos estos sistemas podrán reducirse a una sola estructura fundamental. Asimismo, existe una diferencia fundamental entre lo que se halla en situación *(en el instante en que hablamos)* y lo que está fuera de situación o lo que consideramos como tal. Por esta razón el estilo indirecto, lo irreal, lo prohibitivo, la posibilidad, por no citar más que estos ejemplos, se oponen a lo que sucede en ese instante, que describimos y comprobamos. Esto no significa que haya un *stock* universal de conceptos, fruto de las experiencias de todos los hombres, ni que estos conceptos estén ocultos en todas las lenguas del mundo, de las que bastaría desenterrarlos. Ya veremos que el problema es mucho más complejo por la razón esencial de que el lenguaje no es un calco de la realidad. Pero no puede existir una teoría del lenguaje que niegue *el anclaje de las lenguas naturales en las situaciones.* Hablar es utilizar una técnica específica que permite adaptarse a situaciones siempre nuevas, es aplicar un sistema de signos generales a problemas individuales y particulares. ¿De dónde saca el lenguaje esta agilidad y potencia? ¿Cómo puede estar estructurado sin ser rígido, estable sin ser lábil? Parte de la respuesta la conseguiremos analizando las constantes que, por encima de las variables, se encuentran en todas las situaciones. Estas constantes, constituidas por la relación de los sujetos entre ellos mismos y el medio, se hallan en número elevado pero finito, y se combinan seguramente según reglas que apenas actualmente empezamos a entrever. La otra parte de la respuesta nos será proporcionada por el estudio profundo de la estructura y funcionamiento peculiares de las lenguas naturales.

Cifrado y descifrado

Prosiguiendo nuestro análisis del lenguaje en situación intentemos ahora describir lo que ocurre cuando dos sujetos se comunican entre sí. El locutor *cifra* un enunciado, el cual es transmitido por un cauce sonoro y es articulado en todas las acepciones del término. Articular el enunciado significa que el mensaje se *vocaliza* (regulándolo, no se olvide, con respecto a los planos autorreceptivo y auditivo), y también que se *hilvana* en una cadena sonora compuesta por unidades discretas (es decir diferenciadas) combinadas entre sí. En cuanto al oyente, éste *descifra* la información transmitida. Para utilizar una formulación aproximada, diremos que el locutor *significa* cuando cifra lo que tiene deseos de comunicar, y este cifrado supone una serie de elecciones y, por tanto, de decisiones. Por su parte, el oyente *aprehende* el sentido del mensaje cuando lo descifra. Es, pues, preciso entender bien que la actividad significativa se realiza en los dos extremos del esquema de comunicación; el mensaje no tiene sentido ni contenido en sí mismo, pero transmite, gracias a un encadenamiento de unidades sonoras, lo que ha tenido *algún* sentido en el lenguaje interior del locutor y que tomará *algún* sentido en el lenguaje interior del oyente. Todo cuanto llevamos dicho puede expresarse por medio de un esquema (fig. 3).

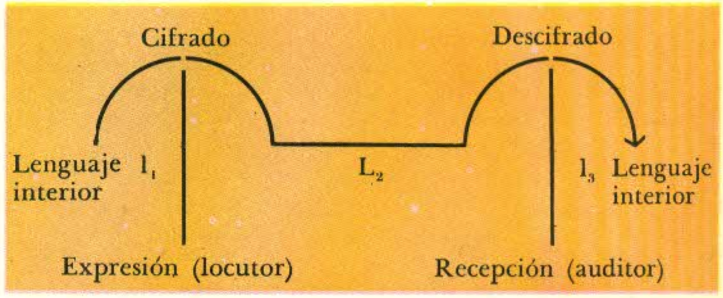


Fig. 3. Para pasar del locutor al oyente, el mensaje se cifra y descifra.

La figura 3 especifica que las operaciones de cifrado y descifrado son asimétricas y no simétricas como se cree demasiado a menudo. Esta asimetría es evidente si se consideran los cauces utilizados: el locutor articula, el oyente escucha. Aún podemos ir más lejos: en efecto, el locutor, que habla para ser comprendido, utiliza la *redundancia* inherente al lenguaje. Utilizamos redundancia en su sentido estricto: todas las lenguas naturales, fruto de una evolución milenaria, están construidas de modo que aseguren la comunicación en condiciones difíciles. Piénsese, en efecto, en los obstáculos: ruidos, interrupciones, rupturas de construcción, pérdida de la atención, distancia, capacidad restringida de la memoria inmediata, emoción, sin contar la necesidad de presentar en sucesión, es decir, en el tiempo y de forma lineal, un enunciado que forme un todo y que no se puede reducir excesivamente, pues a fuerza de ser demasiado escueto se pierde la claridad. Ahora bien, lo admirable está en que el hombre se haya forjado con el lenguaje un instrumento para la comunicación a la vez manejable y seguro; en todas las lenguas, en efecto, existe un equilibrio entre, de un lado, lo escueto de la composición que facilita el aprendizaje a la vez que el manejo del lenguaje, y, de otro, una redundancia que hace la seguridad y se convierte así en un verdadero sistema

precorrector de errores. Existe así un juego complejo de coacciones, relevos, combinaciones en cadena y signos de demarcación que facilitan el descifrado y se extienden desde la unidad más pequeña a la máxima (del fonema al enunciado). Digamos también que, al hablar, empleamos también la redundancia en el sentido trivial del término, para hacernos entender mejor, mediante la simple repetición.

El oyente, por su parte, no percibe el mensaje en su integridad, pero advierte lo que es pertinente y construye el sentido de acuerdo con sus sistemas de referencia. De hecho, la *aproximación semántica* existe cada vez que se transmite la información de un individuo a otro y nada permite afirmar que existe una correspondiente, palabra por palabra, entre el enunciado en l_1 y el enunciado en l_3. Todo cuanto tenemos para estudiar el lenguaje se reduce a un *texto* (oral o escrito), representado en la figura 3 por el símbolo L_2. En cuanto al paso de l_1 a L_2 y de L_2 a l_3, no es directamente observable: llamaremos a l_1 y l_3 «lenguaje interior», sin que sepamos más en el estado actual de las investigaciones.

El *cifrado* es lo que, aun a costa de pérdidas inevitables, provee al paso de l_1 a l_3, lo cual es común al locutor y al oyente. Puede ser descrito como un conjunto finito de unidades y reglas de combinación que permiten transformar primero la información y después servirle de vehículo. Pero se ve fácilmente que recurrir al concepto de cifra no permite resolver todos los problemas: si bien el mensaje es L_2 (o en otros términos, L_2 es la secuencia sonora que emite un sujeto y recibe el otro), el cifrado ($l_1 \rightarrow L_2$) y el descifrado ($L_2 \rightarrow l_3$) son, por su parte, propios de cada interlocutor. En resumen, cada uno de nosotros posee su propio código, que no corresponde más que en parte al de los demás. De ahí, los malentendidos, un sentimiento a veces doloroso de incomprensión, el muro que crean ciertas enfermedades mentales; pero también la posibilidad de *crear* dentro del lenguaje y a través de él, con lo que, de simple instrumento, éste se convierte en material poético. Como puede verse, el término *código* debería emplearse con una cierta prudencia, ya que no sabemos nada de los puntos l_1 y l_3 entre los que se sitúa L_2, y que el lenguaje implica, además de una estructura de código común, un margen de aproximación, un «juego», que no podría, por simple comodidad, ser puesto entre paréntesis. Digamos también que esta estructura de código es, en sí misma, una estructura compleja, es decir, un conjunto de sistemas de relación (por ejemplo, relación extrínseca de las unidades de una lengua con la realidad extralingüística; relaciones intrínsecas entre unidades dentro de una lengua, y esta clase de relaciones se subdivide a su vez en un gran número de subsistemas). Por este motivo diremos, empleando el plural, que el lenguaje implica *estructuras de código*.

Unidades distintivas y unidades significativas

Antes de seguir adelante, debemos considerar otras propiedades específicas del lenguaje humano. En primer lugar, el lenguaje implica una doble articulación: toda lengua se compone de un inventario finito de unidades fonéticas, desprovistas en sí de significado, pero que sirven para formar unidades de orden superior que, en cambio, son *significativas*. Así, la palabra *fe* está compuesto de /f/ y /e/; guerra puede descomponerse en /g/ /e/ /r/ /a/. Como además estas unidades (o *fonemas*) permiten diferenciar palabras que son por demás homófonas, se las llama unidades *distintivas* (así, la diferencia /r/-/g/-/p/ permite diferenciar las palabras rato, gato y pato).

Una segunda característica de las unidades fonéticas está en que tienen una realidad articulatoria y acústica: son unidades discretas, es decir, discontinuas, transmitidas por un continuo sonoro. Hay un tercer punto fundamental: si los fonemas pueden funcionar como unidades distintivas, es debido a que *se oponen* unos a otros en un sistema de relaciones. Un fonema no vale como unidad aislada que posee una sustancia fónica, sino como elemento de un conjunto estructurado en el que cada término se diferencia de los demás por la presencia o la ausencia de un rasgo (así, desde el punto de vista de la articulación, /p/ y /b/ son oclusivas labiales no nasales, a diferencia de /f/ y /v/ que son fricativas labiales no nasales, o de /t/ y /d/ que son oclusivas apicales no nasales, etc.; en cuanto a /p/, se opone a /b/ como una consonante sin vibraciones guturales frente a una consonante con vibraciones guturales. Es importante entender bien que sólo la existencia de una *oposición* fundamenta la existencia de un fonema: en francés, nada permite diferenciar dos palabras según la pronunciación de la *r;* no existe, por tanto, más que un fonema para ella. En árabe, por el contrario, como en el castellano, se observa la diferencia *(ere* y *erre)* que permite diferenciar dos palabras: se tendrán, pues, dos fonemas.

El carácter económico del lenguaje se observa aquí netamente: de los innumerables sonidos que pueden emitir los órganos de la fonación, de los millares de combinaciones posibles, cada lengua explota un sistema fonológico de, más o menos, unas cuarenta unidades distintivas. Estas unidades son, por regla general, tan distantes como sea posible unas de otras, lo que hace posible una mayor seguridad en la transmisión del mensaje.

Gracias a este sistema fonológico y a unas reglas de composición que son distintas según la lengua, es posible fabricar, combinando fonemas, un número ilimitado de unidades significativas. Se habla así de la doble articulación del lenguaje porque éste abarca estos dos niveles: unidades distintivas y significativas.

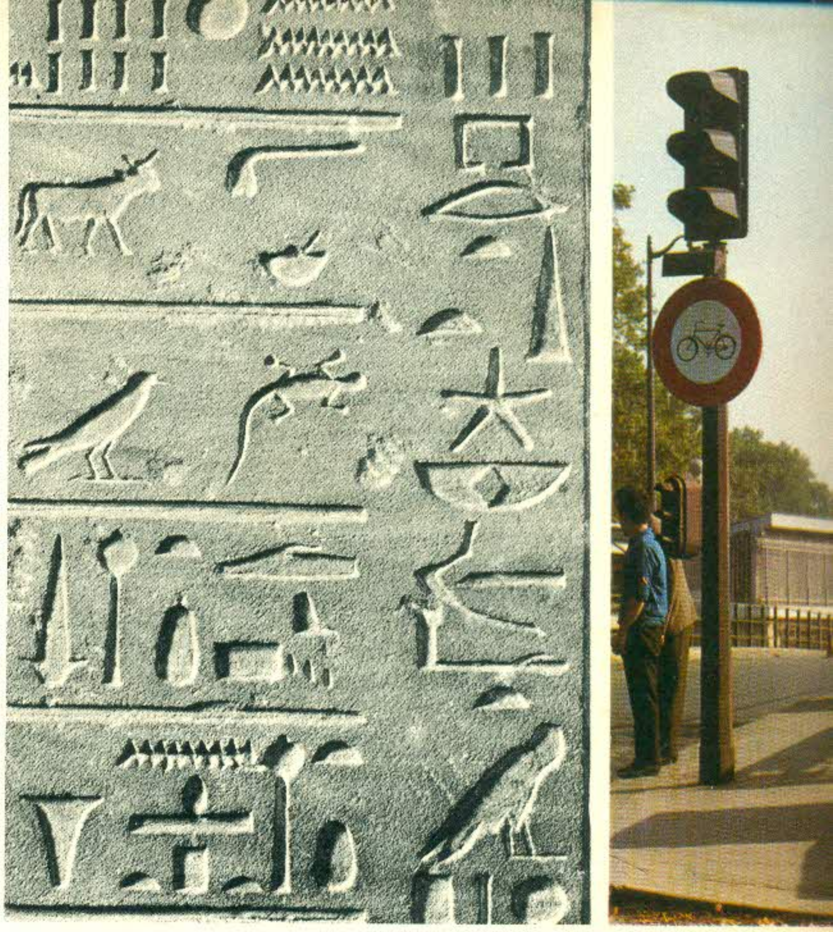
Se denomina *signo* a toda unidad significativa, y hay que tener la precaución de no confundir signos y palabras. Al descomponer una secuencia que forma un todo, se parte de un enunciado que se analiza en forma de unidades de rango inferior, hasta llegar a una unidad indivisible. Se tiene así la frase, el grupo (por ejemplo: *el libro que hay sobre la mesa*); la proposición, el *sintagma* (por ejemplo: *el sombrero de Pedro*); la palabra (a menudo muy difícil de definir); finalmente el *monema,* que es la menor de las unidades sig-

nificativas (así la forma verbal *cantábamos* incluye tres monemas, la raíz *cant-*, el signo temporal *-aba-* y la desinencia personal *-mos*). Cada una de las unidades enumeradas puede denominarse signo.

Significante y significado

El signo lingüístico implica la existencia de un *significante* (o sucesión de segmentos sonoros) y un *significado* (o valor semántico). La relación entre significante y significado es arbitraria y, por tanto, contingente. Aquí el signo lingüístico se diferecia claramente del símbolo, en el que existe una relación necesaria entre forma y contenido (piénsese, por ejemplo, en la Z que indica curvas en el código de la carretera). ¿Quiere esto decir que las lenguas no emplean nunca procedimientos simbólicos? No, por supuesto, dado que conocemos todos algunas imitaciones sonoras, formas expresivas, y observamos vagamente que los sonidos encierran a veces un poder simbólico (o evoca la redondez, y la pequeñez, etc.). No obstante, el papel del símbolo en el lenguaje humano sigue siendo ínfimo. El signo se diferencia además de la señal, puesto que esta última es global y marca una relación orientada (de un lado, se tiene la señal desencadenadora y de otro el efecto; en este sentido la señal es siempre *señal de algo* y es abolida en el resultado producido). Por el contrario, el signo lingüístico es un sustituto autónomo de la realidad extralingüística.

Decir que el signo lingüístico es autónomo se reduce a decir que no existe necesariamente una correspondencia, término a término, entre las unidades de las lenguas naturales y los «objetos» del mundo extralingüístico, y esto por múltiples razones: en primer lugar porque cada comunidad aprehende la realidad de modo distinto según sus necesidades, sus técnicas y su cultura, lo cual impide plantear un gigantesco inventario universal de objetos, del que cada lengua sería simplemente una nomenclatura. Después porque el lenguaje ha sido construido a partir de actividades humanas de acuerdo con una combinatoria que admite soluciones múltiples (tales soluciones se encuentran en las diversas lenguas naturales); finalmente, si el lenguaje reflejara, punto por punto el universo, esto significaría que el lenguaje no estaría al abrigo de las fluctuaciones. Imagínese qué ocurriría si se crearan signos para cada situación nueva. La autonomía del lenguaje es fundamento de su coherencia; sin autonomía, las lenguas serían un juguete de la historia en su forma más contingente, el reflejo inmediato de variaciones imprevisibles que destruirían la comprensión, o bien, el lenguaje tendría que quedar fijado en la rigidez de un sistema de comunicación rudimentario. En resumen, el signo toma su poder de generalidad de su autonomía, y de ella también su carácter adaptable, su aptitud para combinarse, ser heredado y transmitido, sin ser por esto inmutable. Pero, se podrá objetar: ¿no existe un paralelo sociolingüístico? ¿Una lengua no refleja en su léxico e incluso en su gramática una cultura específica? Ciertamente, cada comunidad se forja unos términos que recapitulan una experiencia particular: por ejemplo, el

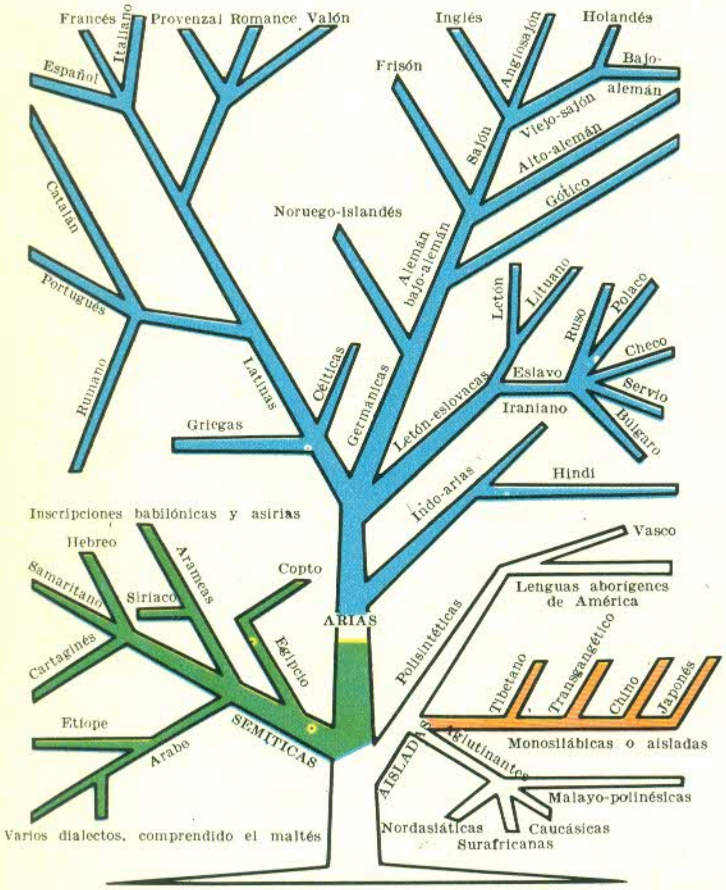


El término lenguaje se aplica a toda suerte de realidades que presentan con la comunicación verbal el punto común de servir para transmitir un mensaje. Para tomar dos ejemplos con 50 siglos de diferencia, los ideogramas egipcios y los signos del código de la circulación tienen un contenido semántico, pero no obedecen a las leyes de la palabra.

home de los británicos, el *gemütlich* y el *tüchtig* de los alemanes, el adjetivo *engagé* o el concepto de *avant-garde* en francés, o también, en bulú, lengua bantú del Camerún, el tan importante verbo *-sée* que significa «adquirir riqueza o influencia o poder gracias al poder de un *evú*» (ser sobrenatural que acompaña a un individuo y puede volverse peligroso si este último es o se convierte en inferior a él en energía vital). Pero no debería superestimarse la importancia de tales hechos, que no afectan ni a la masa del léxico ni a la fonología, ni a la gramática. Se puede carecer de diferenciación de géneros en la propia lengua y saber sin embargo que existen los sexos.

Correspondencia entre el lenguaje y la realidad

No obstante, sería también falso negar que el lenguaje incluya huellas parcialmente reflejas de su utilización diaria en situaciones concretas. Si las lenguas fueran totalmente autónomas, si fueran unas construcciones arbitrarias, no podrían aplicarse a la realidad. Ha de existir forzosamente una correspondencia compleja entre el lenguaje y el «no-lenguaje», para que el primero dirija al segundo y tenga alguna fuerza sobre él. Encontramos en todas las lenguas estas im-



El árbol genealógico de las lenguas humanas es una hipótesis discutida.

bricaciones entre 1) estructuras formales que se rigen de modo autónomo; 2) sistemas de relaciones y reagrupaciones que pertenecen a las lógicas naturales y 3) delimitaciones que provienen directamente de la realidad extralingüística. Así, en francés, ciertas reglas de concordancia pertenecen al primer campo, totalmente formal (por ejemplo: *je dis qu'il fait beau/je disais qu'il faisait beau*). Pero el mismo verbo «faisait» puede emplearse para designar lo no-actual (*s'il faisait beau en ce moment* — mais hélas! il ne fait pas beau — *je serais heureux;* e, igualmente: *s'il faisait beau demain, je serais heureux*) y esta utilización del pasado, es decir, el *no-presente,* para referirse a lo no-actual, forma parte de los grupos de la segunda categoría (¿es necesario añadir que este empleo del pasado se encuentra en muchas lenguas?). Finalmente, en la frase: *hier il faisait beau,* el imperfecto nos envía ahora a la esfera del pasado y tiene, pues, un contenido nocional que representa la realidad extralingüística. La diferencia entre los puntos 2 y 3 se ve claramente al considerar el enunciado siguiente: *Demain il faisait beau,* enunciado completo, bien formado desde el punto de vista gramatical, pero sin sentido; basta anteponerle *si,* partícula hipotética que nos sitúa en lo no-actual, para que el enunciado tenga sentido *(si demain il faisait beau...),* pero entonces está mal formado puesto que es incompleto. De igual modo, el género es un método de clasificación que puede ser más o menos formal según las lenguas, con interferencias entre género y sexo, género y animado o inanimado, etc. ¿Hay que añadir que esta estructura compleja pero muy coherente se convierte a menudo en caótica en nuestra práctica escolar por el empleo abusivo de una terminología inadecuada o incluso incierta que oscila titubeante entre la forma, la función y el sentido?

Se adivina ahora la complejidad de las relaciones existentes entre la lingüística y lo extralingüístico y se comprende lo peligroso que es decir que las lenguas reflejan la realidad, puesto que el concepto de reflejo se asocia a la idea de una imagen simétrica y puntual. Si se quiere continuar con la metáfora óptica, más vale afirmar que el lenguaje es refringente, que refracta la realidad (y el ángulo de refringencia será variable según las clases y las categorías). Sin embargo, iremos con mucho cuidado para no sacar la conclusión de que cada lengua nos encasilla en una visión única del mundo y que lleva consigo un sistema filosófico. La filosofía puede surgir de una reflexión sobre la estructura y categorías de tal lengua, pero la experiencia nos demuestra que nuestra lengua materna no nos condiciona tanto como se ha querido pretender.

Otra propiedad del lenguaje es la de permitir las sutiles variaciones que nacen del deseo de los locutores de adaptarse a los demás, a la situación, y de modelar su mensaje de acuerdo con sus intenciones. Todo esto forma parte integrante de la práctica del lenguaje y tenemos siempre a nuestra disposición toda una gama de formas, así como una cierta holgura en la manipulación de estas formas: activo o pasivo, entonación de las inflexiones, puesta en relieve de tal elemento del enunciado, elección de tal término, deslizar metáforas, ambigüedades voluntarias, toda esta *modulación* no sería posible si las lenguas naturales no tuvieran en propiedad ciertos caracteres. Así, todas las lenguas son ambiguas; según convenga se puede ser tan unívoco como Euclides escribiendo su Geometría, o tan hábil y equívoco como un sofista. Piénsese, por ejemplo, en la ambigüedad de una frase como: «*Je lui fais écrire une lettre*» («hago que él escriba una carta» o «hago que le escriban una carta»); piénsese en los juegos de palabras...

Asimismo, el lenguaje permite llevar a cabo escalonamientos complicados, puesto que puede ser usado para hablar del lenguaje, narrar las palabras de otro gracias al estilo directo, indirecto o indirecto libre, volver sobre una palabra que se ha entendido mal, retransmitir un mensaje... Este es un rasgo que no se encuentra nunca en la comunicación animal.

Otra característica del lenguaje humano es la de ser *generador:* con un sistema de unidades distintivas de número limitado y un número también limitado de reglas de composición, se puede «generar» un número infinito de unidades de rango cada vez más elevado (palabras, frases, etc.). Todas las lenguas tienen, asimismo, la propiedad de ser *re-*

cursivas; este término significa que se puede insertar una serie, en teoría indefinida, de unidades en algunos puntos de la cadena. Así, al lado de: *el niño juega en el jardín,* se tiene, por ejemplo, *el niño* [*del hombre que vive en la casa, cerca del lago (...)*] *juega en el jardín;* o también: *voy a casa a buscar dinero* [*para comprar un periódico para saber las noticias para anunciarlas (...)*]. Finalmente, sólo los humanos pueden acoplar dos unidades, impropiamente denominadas en castellano *sujeto* y *verbo,* para formar un mensaje completo; sólo ellos pueden enunciar un término cuya existencia es implicada entonces por la situación (así, en muchas lenguas, se puede decir simplemente *nieva* en lugar de *hay nieve,* a diferencia del animal que, por su parte, ha de aportar el objeto en cuestión para indicar su existencia).

El papel institucional del lenguaje

Como instrumento de comunicación, el lenguaje es *social* por definición. No hay sociedad humana sin lenguaje y no hay lenguaje donde la comunicación es imposible (en los sordomudos, la sordera es causa de la mudez). Más aún, el lenguaje tiene en la vida social un papel mediador: 1) provee a la cohesión del grupo (para el que constituye un vehículo de la propia cultura y al que diferencia de los grupos alófonos); a este respecto, piénsese en la importancia de las cuestiones lingüísticas en la vida de las naciones. De modo inverso, se sabe que la cohesión de la comunidad se refleja en la lengua: en cuanto al grupo se distiende, o más sencillamente, cada vez que se diversifica la comunidad (de acuerdo con las clases sociales, las actividades técnicas, el origen geográfico), la lengua se fragmenta y se vuelve más heterogénea. 2) El lenguaje tiene una función institucional (comunión, tabú, magia, etc.) gracias al poder atribuido a la palabra y a unos códigos estereotipados de conducta ritual que unen el verbo y el gesto. 3) El lenguaje posibilita la integración, o por lo menos la inserción del individuo en el grupo, «socializa» al ser humano, y, por su carácter transindividual, regulariza nuestras conductas y nuestra adaptación a otra persona.

Todo esto permite definir el lenguaje como una *institución.* Como toda institución, es preestablecido y transmisible, es un dato que el recién nacido encuentra ante sí y que se le deja en heredad. Una lengua es un verdadero objeto, un *producto,* en el sentido fuerte del término, que acumula y generaliza la experiencia socio-histórica de un grupo de humanos. Como toda institución, el lenguaje supone un comportamiento individual en el interior de un marco, una actitud de rechazo o de pertenencia, una práctica a través de la cual el individuo que habla se apropia del objeto institucional, adaptándolo a sus necesidades. De ahí que el lenguaje, al igual que las demás instituciones, no está nunca fijado, sino que evoluciona. *No existen lenguas inamovibles;* una lengua fijada es una lengua muerta.

Señalar el carácter institucional del lenguaje significa también destacar que la práctica de una lengua implica siempre una norma. Esta última es, ciertamente, difícil de definir, puesto que su uso nunca es homogéneo: todos nosotros cambiamos en efecto de registro o nivel de estilo según la situación o según nuestro interlocutor. ¿Deberá, pues, decretarse que la norma se fundará en el uso medio, es decir, en el *consenso* de la mayoría? ¿Cómo estableceremos ese conjunto de comportamientos lingüísticos? ¿Por enumeración? ¿Pediremos a un grupo que cuide de la pureza de la lengua, que la proteja de las desviaciones y de los barbarismos? A decir verdad nuestro lenguaje, está censurándose constantemente, y no serán el niño ni el creador quienes puedan permitirse alguna desviación. Hay que añadir que aun en esos casos la sociedad oscila ente la sanción (incomprensión, burla, castigo) y la aprobación (cuando el desvío es divertido o persigue un efecto estético). Entre estos dos extremos hay una zona en la que se acepta un enunciado aunque no corresponda del todo al pensamiento corriente o a la gramática estricta. De hecho, la norma implica un cierto margen de tolerancia; ¿cómo podría ser de otro modo puesto que las lenguas están siempre en contacto unas con otras, que las necesidades y las condiciones van cambiando paulatinamente, que las generaciones transforman de manera evidente el lenguaje legado, y puesto que hablar es precisamente tener el poder de fabricar enunciados nuevos e imprevistos?

La descripción de una lengua

Para describir una lengua, en la mayoría de los casos, el lingüista empieza por establecer lo que se ha dado en llamar un *corpus,* que se definirá como un conjunto de textos (orales o escritos) lo más homogéneo posible. Es verdad que la homogeneidad es difícil de definir y de alcanzar, pero se deben evitar las mezclas de épocas, generaciones, regiones y registros; en una palabra, se establecerá el concepto de una lengua media.

Gracias a las dos «cuerdas» que vibran en el fondo de su garganta, el hombre ha podido, entre todos los animales, edificar el sistema que le permite comunicar sus pensamientos más variados (foto Dr. Vallancien).



Con frecuencia se considera, según Ferdinand de Saussure, la *diacronía* y la *sincronía*. El estudio diacrónico trata de la evolución de una lengua; en cuanto a la sincronía, puede asimilarse a un corte horizontal. Describir una lengua desde un punto de vista sincrónico, es estudiar su estructura en un momento dado, con todas las innovaciones que van naciendo, los sistemas que van disolviéndose, y las soluciones de recambio que apuntan. Habrá que describir el rendimiento de tal oposición (por ejemplo, la oposición /p/-/b/, que forma parte de una correlación de sonoridad, tiene más importancia en francés que la oposición /ɛ/-/œ/ que existe entre *brin* y *brun*). Dentro de la sincronía, podrá distinguirse para una determinada red de formas (pronombres personales o sistema verbal, por ejemplo), un *estado* en el que se puede prescindir de las pequeñas desviaciones para estudiar un sistema «en equilibrio».

Los problemas planteados por el análisis de las lenguas se sitúan en dos niveles distintos. Puede tratarse, en el caso de una lengua totalmente desconocida, de un trabajo digno de la criptografía, basado en procedimientos rigurosos de descripción. No nos adentraremos en el detalle de los problemas metodológicos y técnicos. Señalemos simplemente el hecho de que el que describe la lengua empieza a hacerlo en todos los niveles simultáneamente (primera y segunda articulación, gramática y léxico), pero se esfuerza por liberar lo antes posible las unidades cuyo inventario es limitado (fonemas, pronombres personales, formas verbales, etc.) y los esquemas de combinación. Lo esencial es que el lingüista depure su investigación de todos los presupuestos psicológicos y lingüísticos que pudieran falsear los resultados de aquélla. Los únicos instrumentos de que dispone son (empezando por los más discutibles) un oído fino, su instinto, el sentimiento de los sujetos autóctonos a los que interroga y, sobre todo, su conocimiento teórico de los problemas lingüísticos y los procedimientos codificados de descubrimiento. La única referencia al sentido será cuidadosamente regulada por un doble criterio: de un lado, ¿hay o no hay sentido? (Pregunta que se escinde a su vez en dos partes: a) ¿está bien constituido o no el enunciado desde el punto de vista sintáctico?; b) tiene o no un sentido? La respuesta a la primera pregunta no podrá basarse más que en un consenso e implicará un margen de tolerancia mayor o menor; en cuanto a la respuesta a la segunda pregunta, supone una problemática más compleja, de la que no podemos tratar aquí.) El segundo criterio empleado por el lingüista se resume en una pregunta: al hacer variar una unidad en el enunciado, o al comparar dos unidades (fonemas, palabras, frases, etc.) idénticas salvo en una variable, ¿se incurre en una modificación del mensaje? En resumen, ¿se obtiene una identidad o una diferencia de sentidos?

El lingüista se atiene a tal rigor no por purismo o para aparentar exactitud científica, sino porque sabe cómo la estructura de las lenguas puede variar de un modo inconcebible para el profano, y lo fácil que es proyectar sobre otra lengua categorías que pertenecen a la lengua materna del descriptor, o incluso categorías del pensamiento que se consideran universales. Para ciertas lenguas tenemos descripciones que difieren parcialmente según que el descriptor sea un misionero protestante (anglosajón) o católico (lengua romance). Y cuántas veces un ignorante ha acusado de confusionismo mental a indígenas que tenían la desgracia de no poseer en su lengua las categorías expresivas de su lengua europea.

La importancia de estas descripciones es inmensa, tanto a nivel de la práctica como de la teoría. Gracias a estos datos, elaborados con hechos científicos, la lingüística podrá superar el estado de mera colección y alcanzar el de ciencia en el auténtico sentido de la palabra. En particular interesa fundar una lingüística *predictiva* la cual, gracias a reglas deductivas, podría, por encima de la abundante diversidad de las lenguas, obtener las constantes y las combinaciones probables. El problema no es conseguir una gramática general que se basaría en la ilusión de un paralelismo lógico-gramatical entre las diversas lenguas, sino indagar si existe una combinatoria sintáctica y una combinatoria semántica que permitiesen lograr generalizaciones; ya que, en definitiva, el problema con el que debe enfrentarse el lingüista es el siguiente: por una parte, cada lengua está estructurada de un modo específico; por otra, el simple hecho de que podamos aprender otras lenguas, de que sea posible la comparación, de que pueda utilizarse una lengua para hablar de otra lengua, todo esto prueba que las lenguas son analógicas unas respecto a otras. De ahí la necesidad de reglas de transferencia (paso de una lengua a otra) y de comparación, con vistas a establecer una tipología lingüística. A tal efecto se necesita una lengua de análisis —o *metalenguaje*— tan rigurosa como sea posible, es decir, formalizada, con el fin de evitar las contaminaciones de sentido (piénsese, por ejemplo, en la temible ambigüedad de un término gramatical como la palabra *presente*, que para mucha gente significa únicamente «el tiempo del momento presente», cuando el *presente*, tiempo gramatical, puede funcionar en el pasado, en lo actual, lo venidero o lo intemporal: *Ayer me paseaba; encuentro a tu hermano y me dice...; Ahora escribo...; Mañana, me voy a las cinco...; El sol sale por el este...*). Es necesario, por tanto, utilizar una terminología que se base en sistemas de relaciones, recordando que el *singular* no significa necesariamente la *unidad* ni el *plural* la *multiplicidad;* que de todos modos no existe ni vale el singular sino es para establecer una relación con el plural y que, para poner otro ejemplo, una lengua que tuviera un solo género, de hecho, no tendría ninguno.

Más arriba, hemos puesto el acento sobre lenguas llamadas exóticas, es decir, lenguas que parecen insólitas al europeo medio, pero hay que destacar que lenguas como el francés, el inglés, el ruso o el alemán, son, en definitiva, tan desconocidas como las lenguas lejanas. Las creemos descritas porque son lenguas de una gran difusión, fijadas en una forma escrita desde hace mucho tiempo. Su importancia cultural, sobre todo en el terreno literario, la gran tradición del análisis gramatical, la ausencia incluso de distancias respecto ellas, han conducido a los lingüistas, a los educadores y a los médicos (por no citar más que estos tres grupos) a curiosas ilusiones.

Los modelos de análisis lingüístico

Los modelos que utiliza el lingüista son de tres tipos. Ante todo, uno que comporta dos ejes ortogonales con un eje principal horizontal *(eje sintagmático)* que es el de la combinación de las unidades. Se comprende fácilmente que cada unidad podrá ser definida por el orden que ocupa en el enunciado y por su distribución (es decir, la propiedad según la cual puede o no combinarse con otras unidades). La disposición de las unidades en la secuencia se rige por un juego de dependencias y obligaciones (reglas de concordancia, por ejemplo), así como por reglas de *contraste* (por ejemplo, sílaba tónica-sílaba átona). El eje vertical *(eje paradigmático)* es, por el contrario, el eje de las sustituciones; en efecto, en un punto determinado de la cadena, se puede, por sustitución, conmutar una unidad con otras (fig. 4). Estas unidades se excluyen mutuamente, ya que se ha de escoger una de ellas, y constituyen una clase de equivalencia cuyos elementos tienen una propiedad en común (sintagmática, semántica, etc.). Cada elemento se distingue de los demás por un rasgo (rasgo de determinación, rasgo de persona, etc.). Estas clases pueden tener un número ilimitado de elementos (por ejemplo, *gato, perro,* etc.) y diremos entonces que es una clase abierta; o por el contrario un número finito de elementos *(mío, tuyo, suyo)* y entonces diremos que es una clase cerrada. Cada elemento tiene un valor respecto a los demás, y se llama *sistema* a una red de valores. No existe diferencia esencial entre gramática y léxico, aunque para simplificar se puede decir que las unidades gramaticales se organizan en sistemas cerrados, mientras que las unidades del léxico pertenecen a inventarios ilimitados y constituyen, por tanto, sistemas abiertos.

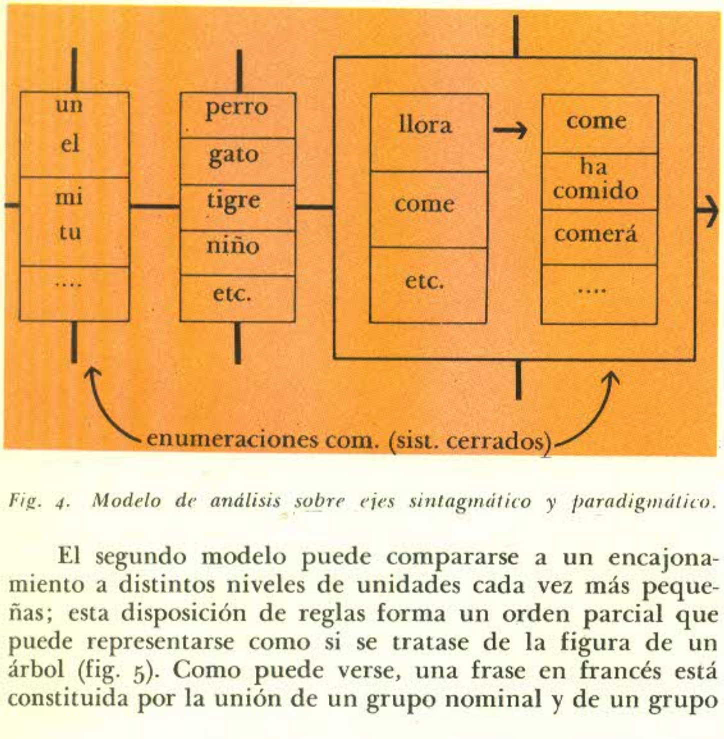


Fig. 4. Modelo de análisis sobre ejes sintagmático y paradigmático.

El segundo modelo puede compararse a un encajonamiento a distintos niveles de unidades cada vez más pequeñas; esta disposición de reglas forma un orden parcial que puede representarse como si se tratase de la figura de un árbol (fig. 5). Como puede verse, una frase en francés está constituida por la unión de un grupo nominal y de un grupo verbal. Se llama *esquema* a la representación formal de toda unidad a un nivel dado. Así por ejemplo el esquema de la frase que ofrecemos es éste: frase = grupo nominal + grupo verbal. Cuando incluimos una unidad de rango inferior en

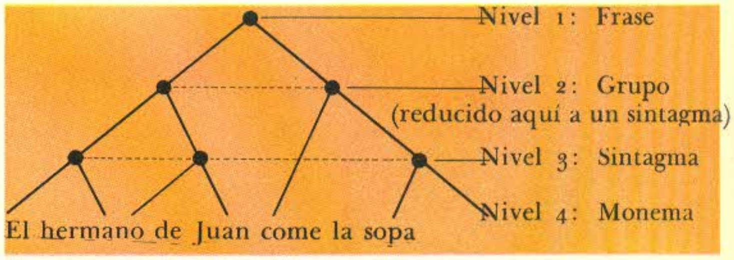


Fig. 5. Modelo de análisis lingüístico sobre un árbol a distintos niveles.

otra de rango inferior definimos de este modo la *función* de la primera unidad.

El tercer modelo, o modelo transformacional, está fundado en el hecho bien conocido de que se puede pasar, partiendo de un enunciado como *Juan se come la sopa,* al negativo *(Juan no se come la sopa),* al interrogativo *(¿se come Juan la sopa?),* al interrogativo negativo, al pasivo afirmativo, al pasivo negativo, etc. Se partirá pues de esquemas *primarios* (por ejemplo, el enunciado básico en su forma asertiva, activa, en presente) y derivaremos de ellos esquemas *transformados* mediante la aplicación de reglas de transformación. Pero, ¿cómo decidir que un esquema es primario? Gracias a criterios objetivos, aunque bastante complejos, basados en el concepto de *marca.* En un sistema de dos términos existe una relación disimétrica de marca entre los términos si uno de los dos (término no marcado) está usado o como término «neutro» o como el par del segundo término. Este último comporta una información suplementaria respecto al «neutro». En resumen, el término no marcado *incluye* al término marcado. Así, *hombre* (término no marcado) significa: 1) ser humano (varón o mujer); 2) ser humano del sexo masculino; mientras que *mujer* (término marcado) significa sólo ser humano del sexo femenino. El concepto de marca es fundamental, y la presentación esquemática que hemos dado aquí no tiene que disminuir su importancia. Digamos simplemente que, en francés por ejemplo, el presente es no marcado respecto al pasado, el indicativo respecto al subjuntivo, el afirmativo respecto al interrogativo y al negativo, etc. Una transformación es, en la mayoría de los casos, una operación que consiste en introducir una marca.

Estos tres modelos, de complejidad y poder crecientes, permiten explorar y explicar profundamente todos los hechos propios de la sintaxis y de la consiguiente producción de secuencias sonoras.

Faltaría ahora estudiar los problemas de *significado* en una ciencia semántica que está aún en sus comienzos, pero que debe situarse en el corazón de la lingüística de la misma manera que el significado constituye el corazón del lenguaje.

la lengua y los que la hablan

Acabamos de ver en qué consiste el lenguaje humano y la visión que tienen de él los lingüistas. Examinemos ahora, con la ayuda de lo que se llama lingüística «funcional», cómo la utilizan sus usuarios, los «interlocutores».

Hay que recordar primero que toda realidad lingüística comporta dos tipos de entidades diferentes: por una parte, una *sucesión de sonidos* (que aquí llamaremos «fonía») y un *mensaje*, igualmente concreto, transmitido por esa fonía; y por otra, entidades abstractas, clases en las que se ordena la variedad prácticamente infinita de fonías y mensajes. Estos dos tipos de entidades se encuentran en todo acto de palabra, y éste siempre comporta una fonía y un mensaje, y éstos representan o «realizan» una clase de fonías o una clase de mensajes. Consideremos, por ejemplo, un acto de palabra en el que el locutor pronuncia la frase *Rendez-le-moi* para pedir al oyente que le devuelva su libreta. Los sonidos emitidos por el locutor, entre los que supondremos existe una *r* fuerte, constituyen la fonía de este acto de palabra; en cuanto al mensaje está constituido por la orden del locutor al oyente de devolverle su libreta. Ahora bien, además de esta fonía y de este mensaje, en el acto de palabra en cuestión aún hay la frase *Rendez-le-moi,* que no se identifica ni con uno ni con el otro ni con su asociación. En efecto, se puede suponer otro acto de palabra en el que otro locutor pronuncie la misma frase emitiendo una fonía que contenga una *r* suave, para pedir al oyente que le devuelva su lápiz. Esta fonía difiere de la precedente en esa *r* suave. Respecto a los mensajes, éstos también son diferentes, puesto que en un caso se trata de una orden concerniente a una libreta y en el otro de una súplica a propósito de un lápiz; la frase, sin embargo, es la misma en los dos casos. Ahora bien, el que esto sea posible a pesar de las diferencias a nivel de lo concreto, se debe a que la frase está constituida por las clases que representan estas entidades concretas. En nuestros ejemplos, la frase sigue siendo la misma por el hecho de que las fonías, aunque sean diferentes, pertenecen a la misma clase y que los mensajes constituyen igualmente dos miembros distintos de una misma clase de medios expresivos.

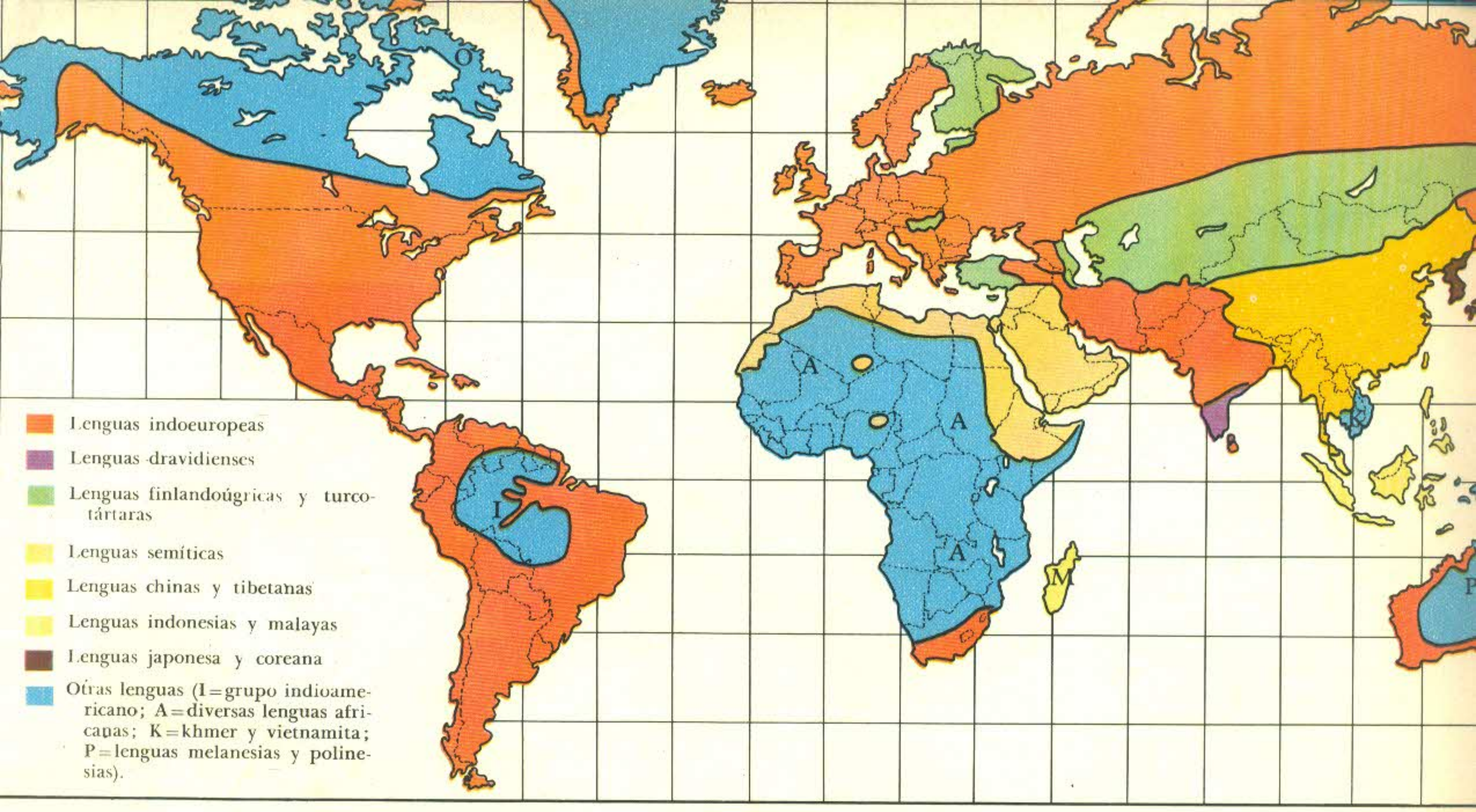
Los lingüistas, desde Ferdinand de Saussure, utilizan los términos «palabra» y «lenguaje» para referirse a estos dos aspectos de la realidad lingüística. Los hechos concretos, fonías y mensajes, pertenecen a la palabra, mientras que las clases en que se distribuyen estas entidades concretas constituyen el lenguaje.

La lingüística funcional ha nacido precisamente de la búsqueda de una solución a los problemas que plantea esta dualidad del lenguaje. En efecto, desde que se constata la distribución en clases de individuos concretos se plantea la cuestión del principio de clasificación: ¿por qué dos individuos distintos pertenecen, según la ocasión, a una misma clase o a clases distintas, lo que significa que se pasan por alto ciertas diferencias o en cambio se consideran otras? Circunstancialmente se trataría de determinar el principio según el cual las entidades concretas de la palabra se agrupan para constituir las entidades abstractas del lenguaje. Hemos visto en nuestros ejemplos dos fonías que difieren por el hecho de que una contiene una *r* fuerte y la otra una *r* suave, y que pertenecen, no obstante, a la misma clase. La fonía con que se pronunciaría una frase tal como *Vendez-le-moi,* por ejemplo, que difiere de estas otras dos en que tiene una *v* donde las otras tienen *r*, pertenece en cambio a otra clase. Ahora bien, ¿a partir de qué principio se establece la distribución de las fonías en clases? ¿Por qué la diferencia entre *r* fuerte y *r* suave no impide a dos fonías pertenecer a la misma clase mientras que la diferencia entre *r*, fuerte o suave, y *v* determina la pertenencia de las fonías en cuestión a clases distintas? He aquí el género de cuestiones que están en la base del desarrollo de la lingüística funcional.

Las clases de fonías y las clases de mensajes

«La entidad lingüística, dice Saussure en el *Cours de linguistique générale,* existe sólo gracias a la asociación del significante y del significado». Esta afirmación no toma quizá bastante en cuenta el hecho de que el significado y el significante son ya entidades lingüísticas. Pero, en todo caso, al señalar que lo esencial del fenómeno lingüístico reside en las relaciones que se establecen entre el plano de las fonías y el plano de los mensajes, han proporcionado el fundamento que ha permitido resolver el problema de la constitución de las entidades de la lengua.

Por una parte, en efecto, las clases de mensaje se constituyen en relación a las fonías. Todos los mensajes susceptibles de ser transmitidos por medio de la fonía pronunciada en un acto de palabra forman la clase que representa el mensaje transmitido y que se denomina el «significado» de la fonía en cuestión. Representemos por x la fonía de un acto de palabra, por a el mensaje que transmite y por R la relación que los une. Se dirá entonces que la clase que realiza el mensaje a, y que constituye el significado de la fonía x, es la que forman el mensaje a junto con todos los que pueden sustituirlo como término de la relación: fonía x R mensaje a.



Existen en el mundo decenas de grupos lingüísticos de origen diferente, centenares de lenguas y miles de dialectos. Pero el examen del mapa lingüístico de la tierra muestra de forma clara que las lenguas indoeuropeas son habladas por cerca de la mitad del total de la población mundial.

Por otra parte, las clases de fonías se constituyen en relación a los significados respectivos: todas las fonías que tienen el mismo significado que la fonía pronunciada en un acto de palabra forman la clase o «significante» que ésta realiza. Representemos por x la fonía de un acto de palabra, por α su significado y por R la relación que los une. Se dirá entonces que el significante que realiza la fonía x es la clase constituida por x y todas las fonías que pueden sustituirla en la relación: fonía x R significado α.

Por tanto, el significado de la fonía y el significante que realiza son quienes forman la frase utilizada en un acto de palabra. Consideremos de nuevo los dos actos de palabra que han servido antes de ejemplo. En uno el locutor pronuncia la frase *Rendez-le-moi* pronunciando la *r* con fuerza para ordenar al oyente que le devuelva una libreta. En la otra el locutor pronuncia la misma frase pero pronunciando la *r* suavemente, para rogar al oyente que le devuelva un lápiz. Hemos concluido que, si bien estos dos actos de palabra son distintos ya que lo son en cada caso las fonías y los mensajes que éstas transmiten, son idénticos bajo el punto de vista de la lengua, lo cual se expresa diciendo que en ambos casos la frase empleada es la misma. Ahora bien, podemos ya demostrar que en los dos actos de palabra considerados se trata efectivamente de la misma frase. La fonía del primero, caracterizada por la *r* fuerte, tiene un significado que es la clase de mensajes que puede transmitir, y pertenece, al mismo tiempo, a una clase de fonías que es el significante que realiza y que se compone de todas las fonías que tienen su mismo significado. Ahora bien, la fonía del segundo acto de palabra, caracterizado por su *r* suave, tiene exactamente el mismo significado que la fonía del primero, puesto que todo mensaje transmitido con la primera fonía puede serlo igualmente con la segunda y viceversa. Y, teniendo el mismo significado, pertenece a la misma clase de fonías, es decir, que realiza el mismo significante. Puesto que la frase utilizada en un acto de palabra está formada por el significado y el significante que realizan el mensaje y la fonía, y el significado y el significante son el mismo en los dos actos de palabra en cuestión, la frase empleada es igualmente la misma. Si, en cambio, se compara cualquiera de estos actos de palabra con otro en el que se pronuncie la frase *Vendez-le-moi*, se observa que la fonía en este caso tiene un significado distinto al de los otros dos: la fonía que se produce al pronunciar la frase *Vendez-le-moi* no sirve evidentemente para transmitir los mismos mensajes que la que se produce al pronunciar la frase *Rendez-le-moi.* Siendo distintos los significados, los significantes que realizan las fonías también lo son y, por consiguiente, lo son igualmente las frases.

La clasificación, por una parte, de los mensajes en relación a sus fonías, y, por otra, de las fonías en relación a sus significados, puede considerarse como un caso particular de un fenómeno más amplio. En efecto, las fonías pueden concebirse como instrumentos que sirven para realizar cier-

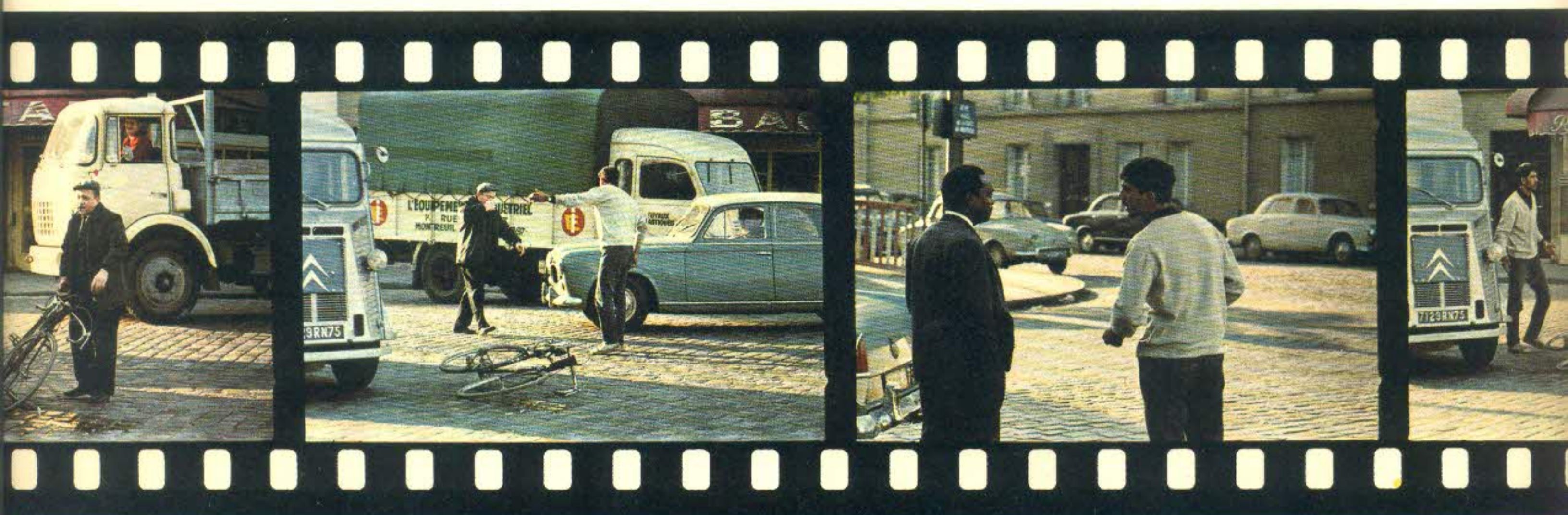
tas operaciones. En este caso se trata naturalmente de la transmisión de mensajes. Ahora bien, lo que se denomina «utilidad» de un instrumento es la clase de operaciones que es capaz de realizar. Supongamos se trate de dos llaves: si toda puerta que puede abrirse con una puede también serlo con la otra y viceversa, es decir, que existe coincidencia entre la clase de operaciones que pueden realizarse con una y otra, las llaves en cuestión tienen el mismo uso. Basta que haya una sola operación realizable con una pero no con la otra para que la utilidad sea en cada caso distinta. Cuando dos fonías tienen el mismo significado, todo mensaje transmisible al pronunciar una puede también serlo al pronunciar la otra y viceversa. El significado de una fonía es, pues, nada más que su utilidad y puede decirse en consecuencia que dos fonías con el mismo significado son dos instrumentos que tienen la misma utilidad.

Por otra parte la utilidad de los instrumentos determina una clasificación particular de éstos: dos instrumentos de la misma utilidad pertenecen a la misma clase, mientras que si tienen cada uno una utilidad distinta pertenecen a clases distintas. De este modo, los significantes en que se distribuyen las fonías no son más que casos particulares de las clases en que se distribuyen los instrumentos en función de su utilidad.

Señalemos que la clasificación de los instrumentos según su utilidad no es la única clasificación posible. Si, continuando con el ejemplo de las llaves, un coleccionista las clasificara según la fecha de su fabricación, un orfebre según el metal de que están hechas, etc., entre estas clasificaciones, la que tiene ciertamente más derecho a ser llamada «funcional» es la que toma en cuenta la utilidad de los instrumentos. Además, es la única que supone una clasificación previa de las operaciones que los instrumentos en cuestión ayudan a realizar. Se comprende ahora que se llame «funcional» a la lingüística que se plantea el problema de la clasificación de entidades concretas de la palabra de las que resultan las entidades abstractas de la lengua, y que lo resuelva reconociendo a las fonías como instrumentos y teniendo en cuenta su utilidad.

Bajo algunos puntos de vista las fonías se comportan, pues, como cualquier instrumento. Pero, naturalmente, presentan también características que les son propias o que comparten con unos tipos restringidos de instrumentos. Una de las más notables, común a todos los instrumentos llamados «señales», es, sin duda, el hecho de que las fonías sólo realizan su papel de transmitir el mensaje cuando indican su significado — es decir, su utilidad — al destinatario de este mensaje.

La transmisión del mensaje tiene lugar, en efecto, cuando el oyente reconoce cuál es el mensaje que el locutor intenta transmitirle. Ahora bien, el oyente logra esto gracias a dos indicaciones. Una se la proporciona la misma fonía: la fonía indica al oyente una clase de mensajes a la que pertenece el mensaje que el locutor intenta transmitirle. La otra indicación la recibe el oyente de las «circunstancias», es decir, de los hechos no lingüísticos que envuelven el acto de palabra. Gracias a ella el oyente sabe qué mensaje de todos los que pertenecen a la clase constituida por el significado de la fonía intenta transmitirle el locutor. Supongamos, por ejemplo, que se trata de una fonía que realiza el significante de la frase *Rendez-le-moi*. El mensaje que se transmite con ella debe ser forzosamente una prescripción (orden, ruego, súplica, etc.) para que algo en singular, determinado y masculino, que no se identifica con el locutor ni con el oyente (es decir, algo en situación de «tercera persona») sea devuelto por el oyente al locutor, debiento estar este último en singular. Todos los mensajes presentan estas características, y sólo ellos son susceptibles de ser transmitidos utilizando la fonía en cuestión, cuyo significado constituyen. Ahora bien, esta fonía realiza su papel al indicar al oyente este significado, es decir, al indicarle que el mensaje que el locutor intenta transmitirle es



una prescripción, para que el oyente devuelva algo al locutor, etc.

Naturalmente, esta indicación debe ser completada por la que suministra las circunstancias. La fonía en cuestión serviría lo mismo para ordenar al oyente que devuelva un lápiz como para que devuelva una libreta al locutor. Supongamos, sin embargo, que cuando el locutor emite esta fonía, el oyente esté escribiendo en su propia libreta con un lápiz que le ha prestado el locutor: estas circunstancias bastarán para que comprenda que el mensaje que el locutor intenta transmitirle concierne al lápiz que está utilizando y no a la libreta en la que está escribiendo.

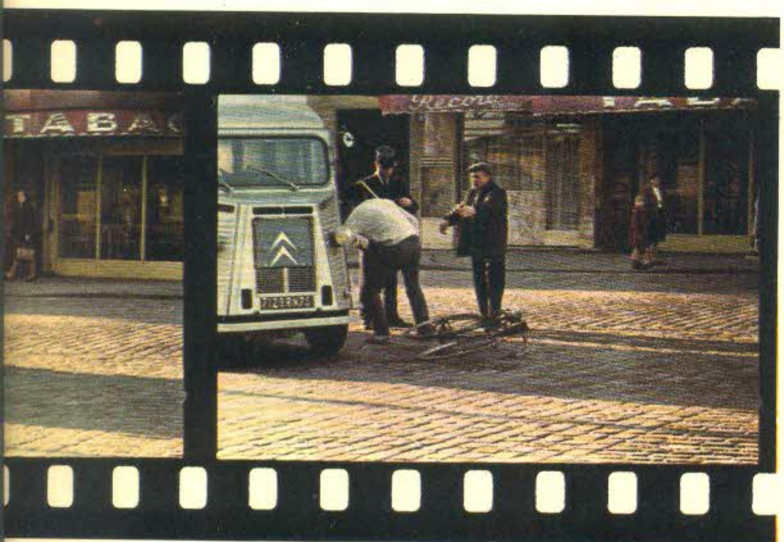
La fonía realiza, pues, su papel de transmisión de un mensaje proporcionando una indicación. Ahora bien, el mecanismo de la indicación es tal que la fonía sólo puede realizar este papel si forma parte de un sistema de fonías. De ahí se deduce que la lingüística funcional debe ser también estructural. Ningún hecho, en efecto, podría proporcionar alguna indicación (es decir, constituir un índice) si no existiesen otros hechos que pudiesen figurar en su lugar y proporcionar una indicación distinta. Esta regla es válida, naturalmente, para las fonías, pero es válida en general para las señales, que no son más que índices artificiales, es decir, hechos producidos expresamente para que sirvan de índices; y aún es válida para los índices naturales, es decir, hechos que proporcionan indicaciones pero que en ningún caso han sido fabricados con esta intención. El azul del cielo, por ejemplo, indica que no hay peligro de mal tiempo, en un futuro cercano. Pero esto tan sólo es posible porque el cielo puede presentar otros colores y estos proporcionarían informaciones distintas de las que proporciona el azul. Si el cielo sólo fuese azul o las previsiones meteorológicas tuviesen las mismas probabilidades de cumplirse fuese cual fuese el color del cielo, evidentemente no se podría obtener de él ninguna indicación. Del mismo modo, una fonía proporciona una indicación en la medida en que otras fonías puedan ser pronunciadas en su lugar y proporcionar una indicación distinta. Ya que lo que las fonías indican es su significado, se puede decir que *una fonía proporciona indicación tan sólo en relación a las demás fonías de la misma lengua que tengan un significado diferente.*

La lengua, institución social

En general, la utilidad de un instrumento depende de lo que es el instrumento mismo. El hecho de que un martillo posea una utilidad determinada, es decir, que pueda realizar unas operaciones determinadas y que sea incapaz de efectuar otras, es consecuencia directa de la forma, peso del instrumento en cuestión, materiales de que está hecho, etcétera. Generalmente, entre el instrumento y su utilidad hay lo que Saussure llama una «relación interior».

Respecto a esto, las fonías se comportan de modo diferente al de los otros instrumentos. La utilidad de una fonía, es decir, su significado, no depende en absoluto de lo que es la fonía misma. El vínculo entre la fonía y su significado —y por consiguiente, el vínculo entre el significante que realiza y el significado correspondiente— es, tal como dice Saussure, arbitrario. No se basa en una relación interior: nada que esté en la fonía misma la predispone para poseer un significado determinado en vez de otro; nada que esté en sí mismo la hace particularmente apta para transmitir unos mensajes en lugar de otros. El vínculo entre la fonía y su significado lo establecen los locutores: *las fonías tienen el significado que les atribuyen los locutores.*

No hay que olvidar que la operación realizada por la fonía, la transmisión de mensaje, es una operación eminentemente social, que ocurre siempre entre dos personas. Una como locutor, la otra como oyente, dos personas se asocian siempre en el acto de palabra para realizar una operación



Una escena cualquiera de la calle provoca toda una serie de palabras. No hay nada más trivial: los individuos en cuestión gritan, se pelean... ¿Por qué? ¿Para defender sus intereses? Pero éstos no exigen tantas palabras. ¿Para desahogar sus humores y sus sentimientos? ¿Pero es que el lenguaje está hecho para eso? Como último recurso, las palabras no tienen aquí otro motivo que el de dar un sentido a algo que no lo tiene. El accidente es el absurdo por excelencia, que no fue ni previsto ni deseado; calmada o violenta, la discusión le aplica esa «reja» del discurso, mediante la cual los hombres neutralizan lo absurdo del acontecimiento, la absurdidad del mundo, categorizan, estereotipan: así el acontecimiento se humaniza, se socializa, se hace natural. Se puede observar que el lenguaje no es sólo el «objeto» que analizan los autores del presente capítulo, sino también un instrumento cuya función supera a la propia significación e incluso a la significación social. El hombre habla de todo, lo explica todo y a todo le da un sentido, pero sería caer en un gran error creer que todo lo que explica tiene un carácter exterior, superficial, puramente social. Ya que por muy hondo que se penetre en el inconsciente, todavía se encuentra esta reja, esa facultad de estructurarlo todo mediante las palabras, esta facultad de darle un sentido a todo. Es lo que ha hecho posible el psicoanálisis: la eficacia del lenguaje supera nuestra propia voluntad de componernos a nosotros mismos; el lenguaje nos permite decir lo indecible e incluso decir algo distinto de lo que creemos que decimos.

en común posible sólo en estas condiciones, y ambas utilizan para ello el mismo instrumento, la fonía producida por el locutor. El éxito de ésta operación está asegurado a condición, claro está, de que el locutor y el oyente atribuyan a la fonía el mismo significado. Hemos visto, en efecto, que la transmisión del mensaje tiene lugar cuando el oyente reconoce cuál es el mensaje que el locutor intenta transmitirle, y hemos visto también que para hacer esto el oyente se basa sobre todo en la indicación que le proporciona la fonía: gracias a la fonía el oyente sabe que el mensaje pertenece a la clase que constituye el significado correspondiente. Ahora bien, si los protagonistas del acto de palabra atribuyen a cada fonía significados distintos, la indicación que el locutor cree proporcionar al oyente por medio de la fonía emitida no es la que este último recibe en realidad, y la transmisión del mensaje corre, a veces, el riesgo de no producirse.

En cuanto a la fonía misma se le puede, pues, atribuir cualquier significado. Pero si se quiere que realice efectivamente su papel de transmitir mensajes, es preciso que los locutores se pongan de acuerdo sobre el significado que van a atribuirle. La afirmación hecha más arriba de que las fonías tienen el significado que les atribuyen los locutores es, por tanto, susceptible de sufrir una precisión: las fonías tienen el significado que los locutores *acuerdan entre sí* atribuirles.

Además, en las lenguas naturales, este acuerdo no se obtiene por un convenio explícito entre los locutores. Los éxitos y los fracasos en la operación de transmisión de los mensajes hacen que cada locutor compare los significados que atribuye a las fonías con los significados que les atribuyen los demás locutores, y la necesidad de evitar los fracasos determina el acomodarse unos al modelo de los otros. De este modo el significado unánime de las fonías es consecuencia de la influencia que ejercen los locutores entre sí. Tienen el carácter de las instituciones sociales y, en consecuencia, este carácter se extiende a los significantes correspondientes, a las frases que forman y, en general, a la lengua.

Transmisión del mensaje y su coste

Toda operación que se hace mediante un instrumento tiene un coste, constituido, por una parte por el precio del instrumento que hay que poseer para poder realizar la operación, y, por otra, por el esfuerzo que requiere su manejo. En el caso de la transmisión de mensajes por medio de fonías, el coste se reparte entre el conocimiento que hay que tener de la lengua —que corresponde a la posesión del instrumento— y el esfuerzo que es necesario para poder utilizarla.

Naturalmente, cuanto más barato es el instrumento o más cómodo su manejo, más barato resulta el precio de la operación. Muchas características de la lengua se explican así como mecanismos que haciendo más fácil su aprendizaje o más cómodo su empleo, reducen el coste de la transmisión del mensaje. Estos mecanismos se basan todos en el mismo principio, consistente en la «articulación» de las frases y de los significantes en entidades más pequeñas, y no difiere nada en el que se basa, por ejemplo, la imprenta de caracteres móviles. Este tipo de imprenta, en vez de utilizar para cada página un clisé distinto que sólo sirve para ella, utiliza una combinación de pequeños clisés —los tipos móviles— que combinados de diferente manera sirven para la impresión de otras páginas. Igualmente, una frase no es una entidad inanalizable, sino una combinación de entidades más pequeñas: las palabras o, más exactamente las palabras o partes de palabra llamados «monemas» y que son las unidades más pequeñas con significado; y estos monemas, combinados de distinto modo, sirven para componer otras frases. Por otra parte, el significante de cada monema no está constituido por un fonema único que serviría sólo para este significante, sino por una combinación de fonemas que, combinados de distinto modo, componen los significantes de otros monemas. El resultado es, en cualquier caso, el mismo; a partir de un número relativamente muy reducido de entidades elementales diferentes, se obtiene un número prácticamente infinito de entidades compuestas diferentes. Con algunas docenas de tipos móviles diferentes, la imprenta puede imprimir hasta el infinito páginas variadas. En la lengua, algunos millares de monemas sirven para componer una infinidad de frases diferentes, y dos o tres docenas de fonemas bastan para componer los significantes de estos monemas.

Sin embargo, el procedimiento sólo presenta ventajas, como puede probarlo aún el ejemplo de la imprenta. Una imprenta que no dispusiese de tipos móviles debería poseer —para poder imprimir las mismas páginas— un número de clisés infinitamente mayor que una imprenta de tipos móviles, y la selección de los clisés sería infinitamente más difícil, ya que el impresor debería escoger entre un número infinito de clisés. Pero esta imprenta tendría una ventaja: el impresor sólo tendría que hacer una elección por página, mientras que en la imprenta de caracteres móviles, tiene que hacer una elección para cada tipo, es decir, dos o tres mil elecciones por cada página. Lo mismo ocurre para la articulación de la frase en monemas y para la articulación del significante en fonemas; es cierto que estas articulaciones permiten obtener todas las frases y todos los significantes a partir de un número relativamente muy reducido de entidades elementales, pero el locutor, en vez de hacer una elección única para cada frase o para cada significante, debe efectuar varias elecciones sucesivas: tantas como entidades elementales, monemas o fonemas se hallen en la frase en cuestión.

El número de entidades elementales diferentes y el número de elecciones que deben hacerse para obtener una entidad compuesta determinada, son inversamente proporcionales: cuanto mayor sea uno menor será el otro y viceversa. Se puede considerar a nuestra imprenta, cuyos caracteres corresponden a las letras, y a la imprenta de antes de Gu-

tenberg como representantes de dos extremos, y se puede imaginar entre estos extremos imprentas que presenten grados intermedios de articulación. Por ejemplo, una imprenta cuyos caracteres correspondan a las sílabas y otra cuyos clisés más pequeños correspondan a las palabras. Ahora bien, en lugar de las dos o tres docenas de entidades elementales con que puede contentarse la imprenta cuyos tipos corresponden a las letras, aquella cuyos caracteres correspondan a las sílabas necesitará, para obtener el mismo resultado, algunos centenares de tipos diferentes y la que utiliza tipos que corresponden a las palabras, varios millares. Pero el número de elecciones que debería hacer el impresor para imprimir una página disminuiría correlativamente.

Esta regla explica el hecho de que las lenguas no fuercen siempre al máximo las articulaciones para reducir de este modo la cantidad de entidades elementales. En rigor, una lengua no precisa más que dos fonemas (uno de los cuales podría ser simplemente la ausencia del otro) para distinguir los significantes de todos sus monemas. Pero los significantes serían en este caso muy largos, lo cual equivaldría a que la composición exigiría del locutor un número relativamente muy grande de elecciones. Las lenguas naturales hallan su estado de equilibrio entre combinaciones intermediarias pero sensiblemente diferentes. Así, un número mayor de fonemas en la lengua inglesa que en la española se traduce en una longitud media de la palabra mayor en ésta que en aquélla. La posibilidad extrema de obtener todos los significantes a partir de sólo dos entidades elementales diferentes no es puramente teórico, puesto que efectivamente se realiza en ciertas lenguas artificiales. Los significantes del «lenguaje» de las máquinas electrónicas de calcular, por ejemplo, resultan de la combinación de los contactos o ausencia de contactos entre dos conductores que corresponden a las perforaciones o ausencia de perforaciones de las fichas o cintas con que trabajan estas máquinas. Del mismo modo, los significantes de un texto en escritura Braille son las combinaciones de puntos en relieve y ausencias de puntos en relieve, lo que significa que el número de entidades elementales distintas se reduce igualmente a dos.

La lengua como herencia

Poniendo en relieve, por una parte, la naturaleza instrumental de la lengua y, por otra, su carácter social, la lingüística funcional ha contribuido de modo decisivo a la explicación de las relaciones entre el hombre y la lengua.

Un instrumento, dado que posee siempre una utilidad, impone siempre al universo una división en clases que sólo se concibe en relación a este instrumento. De este modo, el instrumento sirve doblemente a la apropiación del universo por el hombre: no sólo permite al hombre actuar sobre el universo, sino que le proporciona además las clases que su inteligencia necesita para aprehenderlo. Quizá no sea demasiado aventurado decir que el instrumento y la clase han aparecido al mismo tiempo, y que al crear el instrumento una especie animal ha concebido la clase y ha alcanzado así la categoría de *sapiens*.

Los instrumentos cuyo conjunto constituye una lengua, es decir, las fonías realizan también, claro está, este doble cometido. Por una parte permiten a cada individuo actuar sobre los demás transmitiéndoles mensajes; por otra parte le proporcionan un sistema de clases que fracciona el universo. Dado que este sistema de clases es el más rico, el más completo y el más minucioso de que dispone el hombre, constituye el ayudante más eficaz de su inteligencia. El hombre concibe el universo sobre todo a través de la lengua, a través de los significados de las frases, de las palabras y monemas de su lengua materna. Esto no tiene que hacer olvidar que sigue tratándose de instrumentos, y que el fraccionamiento del universo que supone una lengua no existe de ningún modo en el universo mismo, sino que depende, en definitiva, de las necesidades del hombre y de su tendencia a satisfacerlas del modo más económico posible. Depende, de forma más precisa, de la utilidad que el hombre cree conveniente atribuir a las fonías de modo que le permitan transmitir mensajes del modo mejor y más económico posible.

El hombre es, pues, el dueño del lenguaje. Hemos visto, sin embargo, que al decir hombre no hay que interpretar individuo sino grupo social, y que sólo en la medida en que el individuo consiga influir en el grupo podrá influir sobre la lengua. Ahora bien, la importancia del papel desempeñado por la lengua en la concepción del universo confiere un significado especialísimo a esta influencia que se ejercen los locutores mutuamente. De ello resulta, como lo habíamos visto ya, el acomodarse la lengua de unos al modelo ofrecido por la lengua de otros. Pero ocurre, al mismo tiempo, una acomodación parecida en la concepción que los locutores tienen del universo.

Para el niño, que se halla físicamente en el interior del grupo social pero que aún no está incorporado en él, el acomodarse a la lengua de los demás constituye al mismo tiempo el aprendizaje. Pero inevitablemente, mientras aprende la lengua, el niño adquiere también un sistema de clases que su inteligencia no dejará de utilizar. Ocurre lo mismo cada vez que se aprende a utilizar un instrumento, puesto que es sabido que todo instrumento implica una división del universo en clases. Sin embargo, es evidente que el sistema de clases proporcionado por la lengua reviste una importancia excepcional: por una parte, porque es la base en que se fundamenta principalmente la concepción que se hará el niño del universo; y, por otra, porque este mismo sistema de clases fundamenta también la concepción que se hacen del mismo los demás miembros del grupo. El aprendizaje de la lengua incorpora, pues, al niño en el grupo social de dos modos. Gracias a ella posee el instrumento que le permite ejercer esa actividad, esencial para la vida del grupo, la de transmitir mensajes. Pero, al mismo tiempo, accede, a través de la lengua, a una concepción del universo que es, como sucede con la lengua, la misma que la del grupo.

Regis & Reginæ prodeambulatio recreandi animi gratia.



PRODIT interdum Rex ſub veſperam deambulatum in proximam ſylvam ſolus cum primaria conjuge, tectus cervina pelle tam eleganter parata, & varijs coloribus picta, ut nihil elegantius depictum conſpici queat. Bini adoleſcentes latera ejus claudentes, flabella ad ventulum faciendum geſtant, tertius globulis aureis & argenteis è cingulo propendentibus ornatus, pone ſequitur, pellem ne terram verrat, ſuſtinens. Regina & ejus pediſſequæ ornatæ ſunt ex humeris propendente vel eas cingente muſci quodam genere in nonnullis arboribus naſcente, tenuibus ſtaminibus invicem cohærentibus catenularum modo prædito, viridis in cæruleum tendentis coloris,

CLAUDE TARDITS Y LUCIEN BERNOT

el parentesco

Nacido de otro, mediante otro, para otro, inmerso en lo social desde antes de su nacimiento, el hijo del hombre está, además, apresado en una compleja red de estructuras formales, una de las cuales es el parentesco. En nuestras sociedades modernas, el parentesco se reduce con frecuencia al padre, a la madre, a los hermanos y hermanas, y las reglas que se derivan, por más estrictas que sean (como la prohibición del incesto) no nos parecen insoportablemente coactivas. Nos encontramos con el desenlace de un proceso milenario — como lo prueban los estudios de los etnólogos que han conseguido descifrar, en su nomenclatura y en sus regla de alianza y de filiación, esta «escritura» histórica — de gran complejidad, que hizo de nosotros lo que somos y constituye el primer encuadre de nuestra aventura.

La imagen que se hace del parentesco el hombre que pertenece a una civilización industrial no le permite captar fácilmente que este término puede implicar en otras civilizaciones realidades sociales muy diferentes a las que él está acostumbrado.

El parentesco es, en la clásica definición de los diccionarios, el grupo de personas — la colectividad — al que el individuo se reconoce ligado por la sangre o por la alianza. El término abarca, pues, tanto a los familiares propiamente dichos como a los parientes políticos. A este conjunto pueden ser asimilados individuos que serán tratados en algunos casos como familiares a resultas de una relación jurídica o espiritual: es el caso de los niños adoptados y de los ahijados.

Un francés, por ejemplo, distinguirá entre parientes próximos y lejanos, pero a partir del séptimo u octavo grado de parentesco, los lazos se esfuman y se vacían prácticamente de todo contenido. Así, los lazos de sangre que todo individuo podría establecer con una red de personas que podría ir extendiéndose a partir de niveles genealógicos cada vez más alejados en el tiempo, no permiten definir por sí solos el grupo de parientes. La extensión de un grupo tal está, de hecho, limitada por la tradición y la práctica social. En nuestra civilización, el parentesco raramente incluirá a más de cien personas y no es coextensivo a los lazos de sangre que pueden extenderse sin límite preciso.

La experiencia de un francés puede mostrarle que la definición clásica no es satisfactoria, porque no toma en cuenta el hecho de que los límites del parentesco están dictados por los factores sociales. Unicamente la reflexión sociológica revela estos rasgos que no nos proporcionan las definiciones de los diccionarios.

En las tradiciones jurídicas occidentales, las agrupaciones constituidas por los parientes — comprendida la familia elemental representada por el padre, la madre y los hijos —, no son en general sujetos de derecho. Existen ciertamente entre parientes obligaciones de solidaridad sancionados por las leyes, formas de propiedad indivisa, pero existe un contraste entre esta situación y la que prevalece en un gran número de sociedades, no todas «arcaicas», en las que los bienes son de la propiedad de las colectividades familiares, en las que el derecho a casarse, a residir o a tener acceso a ciertas dignidades es otorgado por grupos de parentesco llamados clanes, linajes, familia extendida.

Además, estamos acostumbrados a considerar que no existen diferencias entre nuestros parientes paternos y nuestros parientes maternos, fuera de las derivadas de las particularidades de cada individuo. Los lazos que nos unen a los miembros de cada uno de estos grupos acarrean eventualmente los mismos efectos jurídicos y los abuelos mantienen con sus nietos comunes relaciones teóricamente equivalentes. La única diferencia entre las familias paterna y materna del individuo reside en el hecho de que el hijo recibe el apellido del padre y no de la madre. Esta situación en la que lazos de sangre de un mismo grado corresponden a relaciones sociales (y, en particular, jurídicas) equivalentes, puede incitar a considerar que el orden social es, en cierto modo, un orden natural.

Más de medio siglo de intensas investigaciones, efectuadas en particular en las sociedades «arcaicas», que vienen a

El código parental del Nuevo Mundo llamó ya la atención de los colonizadores del siglo XVI.

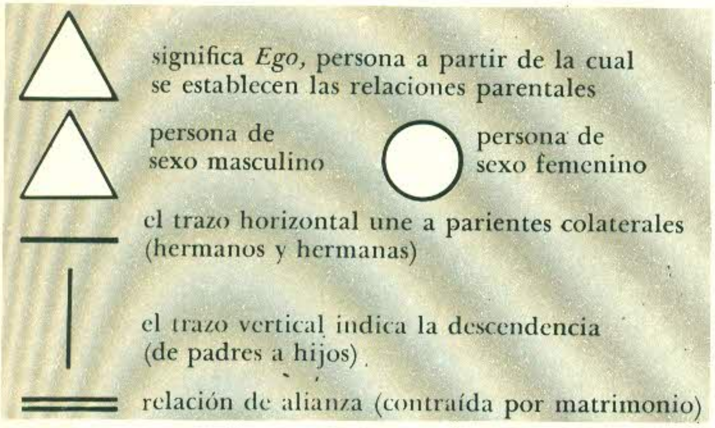


Fig. 1. Para facilitar el trabajo de investigación y la presentación de sus materiales, los especialistas del parentesco utilizan esta variada serie de signos convencionales que son admitidos por todos los etnólogos.

completar la masa de testimonios recogidos a lo largo de los siglos, han puesto en evidencia la variedad de los modos de agrupaciones y de organización de los familiares. Situándolos en el espacio y en el tiempo, se ha demostrado que no podíamos basarnos en atribuir un carácter natural a cualquiera de las formas de organización encontradas.

La familia occidental monógama, reducida en su tamaño y restringida en sus funciones, que tiende a extenderse al mismo tiempo que la civilización industrial, representa, en cuanto al modo de su organización, una fórmula relativamente poco frecuente respecto, por ejemplo, al número de sociedades caracterizadas por la familia polígama.

En resumen, el parentesco, la colectividad a la que el individuo está unido por lazos de sangre o por alianza, varía en su extensión, en su composición y en los derechos y deberes que confiere, según las distintas sociedades. Estas últimas podríamos decir que operan aplicando una rejilla sobre la red de los lazos biológicos, lo que hace que algunas líneas sean o no retenidas, diferenciadas o no unas de otras para dar esa realidad social llamada parentesco.

Una de las aportaciones más importantes de la etnología al estudio de las civilizaciones es la de haber contribuido al inventario de las manifestaciones del parentesco, a su análisis y haber permitido que poco a poco se fueran estableciendo las relaciones que ordenan estos hechos entre sí.

Las investigaciones de los evolucionistas

El parentesco comenzó a retener la atención del mundo científico de una manera sistemática con las investigaciones de los evolucionistas en el siglo XIX. Los viajeros de épocas precedentes —exploradores, marinos, misioneros, comerciantes— se contentaron, por lo general, con anotar las observaciones sobre los hechos que les habían sorprendido: filiación reconocida en una sola línea de parentesco, obligación de casarse con ciertas categorías de parientes, herencia de las mujeres de un hombre por sus hermanos o sus hijos, autoridad del hermano de la madre sobre los hijos de su hermana, denominación con un mismo término a parientes distinguidos en la sociedad del observador, etcétera. En el siglo XVIII, el padre Lafitau toma nota, en las poblaciones indias que frecuenta, del hecho de que los hermanos de un padre son designados como si fueran padres y las hermanas de una madre como si fueran madres por los individuos que consideran a los hijos de aquéllos como hermanos y hermanas, mientras que los hijos de las hermanas del padre o de los hermanos de la madre son designados por términos que los distinguen de los precedentes.

No obstante, se trataba de curiosidades y de costumbres que venían a ser como esos extraños objetos reunidos en las salas de arte a modo de curiosidad.

A mediados del siglo XIX, los evolucionistas intentan ordenar bajo una perspectiva histórica los datos dispares conocidos en aquella época. A este esfuerzo están ligados, entre muchos otros, los nombres de un jurista suizo, J. J. Bachofen (1815-1887), de un abogado escocés, J. F. McLennan (1827-1881) y de L. H. Morgan (1818-1891), abogado estadounidense. Un esquema elaborado por Bachofen fue aceptado durante largo tiempo. Para este último, la evolución de las instituciones relacionadas con el parentesco se produjo a partir de un estadio de promiscuidad primitiva; habría estado seguido de una fase de predominio femenino, expresada mediante formas de organización matriarcal que luego cedieron su sitio a un estadio patriarcal. En este esquema, largo tiempo conservado por el evolucionismo, la autonomía de la familia no es más que un producto tardío de la evolución. Las tesis de McLennan, que veía en la captura de las mujeres del enemigo el origen de las instituciones matrimoniales y un argumento para demostrar la exogamia de los grupos, fueron invalidadas con bastante rapidez. La originalidad de Morgan no reside tanto en el cuadro de la evolución de las civilizaciones que presenta en la obra que le dará la celebridad, *Ancient society* (1887), sino en el hecho de que su atención había sido puesta algunos años antes, cuando trabajaba entre los indios, sobre las similitudes entre las formas de designación de los parientes utilizadas por dos grupos que no pertenecían al mismo conjunto lingüístico. Esta advertencia le indujo a reunir todas las informaciones disponibles sobre las nomenclaturas de parentesco de las que tenía conocimiento. Extrajo una clasificación de las nomenclaturas poniéndolas en forma de un esquema evolucionista que recogía en parte las secuencias de Bachofen. Esta empresa, titulada *Systems of consanguinity and Affinity* (1871), tuvo una influencia si no continua al menos duradera. Permitió la recogida de materiales todavía hoy considerados como testimonios de valor. El autor tuvo que establecer una distinción entre lo que denominó nomenclaturas descriptivas, que permiten identificar sin ningún equívoco a los parientes a partir de un individuo tomado como punto de referencia, y nomenclaturas clasificativas que engloban bajo una misma denominación a parientes de di-

ferentes grados. Por fin, Morgan parece haber sido el primero en darse cuenta de que las relaciones de parentesco tenían la propiedad de poder ser tratadas como un conjunto sistemático y esbozó su interpretación sociológica.

Antes del final del siglo XIX, el desarrollo de las investigaciones empíricas, primero en Estados Unidos y un poco más tarde en Gran Bretaña, hizo aparecer lo que había de erróneo y de arbitrario en las construcciones de los evolucionistas. El estudio de las sociedades americanas revelaba que el grupo familiar elemental se encontraba en las poblaciones con las formas más simples de vida, que no estaba del todo permitido tener por seguro que la humanidad hubiera pasado primero por una forma de organización fundada en la transmisión de los derechos por las mujeres antes de que éstos fueran objeto de una transmisión en línea agnaticia. En cuanto a la idea de una primitiva promiscuidad, ni los hechos inicialmente recogidos ni las formas de licencia sexual que se podían encontrar en las sociedades arcaicas, bastan para atestiguarlo.

Las investigaciones revelaban la importancia y la frecuencia de las organizaciones de parentesco llamadas unilaterales, entre las cuales se distinguían las sociedades paterlineales de las sociedades materlineales según que los efectos de la filiación se produjesen de forma predominante en la línea paterna o materna. En el primer caso, podían constituirse paterlinajes representados por un grupo de agnados provenientes de un fundador, excluyendo, por tanto, la descendencia femenina. En el segundo caso, son los materlinajes los que pueden constituirse, representados por grupos de cognados excluyendo la descendencia masculina. Paterlinajes y materlinajes formaban entidades sociales de tamaños diversos, titulares de derechos en el marco de los cuales podían ejercerse funciones políticas, judiciales y religiosas.

La universalidad de la familia elemental estaba afirmada por toda la etnología de la primera mitad del siglo con menos reservas que hoy en que se dan ejemplos (los nayars de la India entre los cuales, al menos en otros tiempos, las mujeres simplemente recibían la visita de amantes sin que existiera residencia común a hombres y mujeres ni lazos duraderos; la organización de ciertos kibbutz de Israel, en que los niños son separados de sus padres), para matizar esta posición.

Las relaciones entre la familia elemental y los grupos de parentesco unilineales se planteaban, por tanto, en términos nuevos. Se trataba de percibir los procesos mediante los cuales la familia elemental incluida en grupos unilineales adquiere su autonomía, o los que llevan a la emergencia de grupos unilineales a partir de la familia.

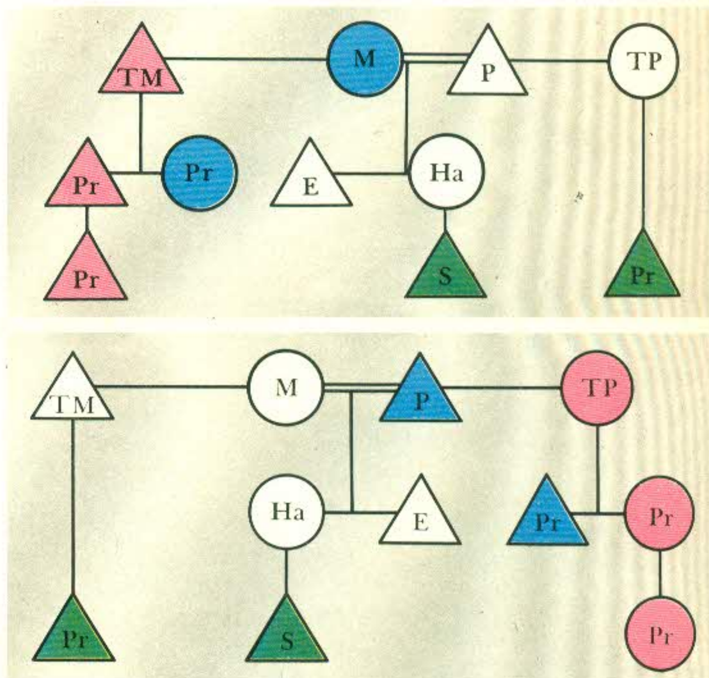
El estudio de la nomenclatura

Sin embargo, los problemas planteados por las tentativas emprendidas inicialmente por Morgan para interpretar las nomenclaturas del parentesco son los que han proporcionado a la etnología de América y de Gran Bretaña, una de las mayores preocupaciones. Los trabajos del inglés W. H. Rivers (1864-1922), en los que presentó los efectos del matrimonio de los primos sobre la terminología del parentesco en ciertas poblaciones melanesias, iniciaron un retorno al interés por estas cuestiones.

Las investigaciones realizadas en las sociedades indias por A. Kroeber, R. Lowie y por muchos otros, casi todos discípulos de F. Boas, reservan siempre un lugar importante al estudio de los hechos del parentesco. La interpretación que Lowie, por ejemplo, ha dado a las nomenclaturas del parentesco, conocidas bajo la denominación de omaha y de crow, ilustra su método. Los omaha, que son paterlineales, y los crow, que son materlineales, han servido de referencia para una nomenclatura cuyos rasgos esenciales vamos a indicar.

En las nomenclaturas denominadas omaha, el hijo del hermano de la madre de una persona (para un francés, el primo materno), es designado, lo mismo que todos sus descendientes, por el término empleado para el hermano de la madre; a la hija del hermano de la madre se le llama como a su madre; paralelamente, el hijo de la hermana del padre es designado mediante el término que emplea un hombre para el hijo de su hermana, es decir, que aquí se asimila al primo con el sobrino. Los crow presentan características similares pero a la inversa: así por ejemplo, el hijo de la hermana del padre de una persona, es decir, su primo paterno, es designado por el mismo término que su padre;

Fig. 2. Identidades de nomenclatura entre los Omaha (arriba) y los Crow (abajo); las personas cuyos símbolos son del mismo color se designan de manera idéntica. M = madre, P = padre, Ha = hermana, TM = tío materno, TP = tía paterna, Pr = primo, Pr = prima, S = sobrino.



en cuanto a la hija de la hermana del padre y sus descendientes femeninos, son designados como la hermana del padre (fig. 2). En ambos casos, la diferencia de nivel genealógico no se traduce en el plano de la nomenclatura. Al interpretar estos hechos, Lowie, subraya que en las sociedades paterlineales el hermano de la madre de una persona, el hijo y la hija de este hermano, la madre misma y su hermana pertenecen precisamente al mismo grupo paterlineal. Esta pertenencia acarrearía el empleo de los mismos términos de parentesco, teniendo en cuenta, sin embargo, la diferencia de sexos, para designar a los parientes que bien pueden guardar entre ellos relaciones de padre a hija, pero que no por eso dejan de pertenecer al mismo linaje. Es esta pertenencia la que impondría la nomenclatura. Sin embargo esta interpretación es insuficiente ya que este tipo de nomenclatura no se encuentra en todas las sociedades paterlineales. Lowie evoca entonces ciertas reglas matrimoniales, en particular la facultad que tiene el hombre de casarse con la hija del hermano de su mujer, como factor concomitante. Sin embargo, como las reglas del matrimonio y sobre todo las prácticas matrimoniales no se conocen siempre exactamente, en esta interpretación entran elementos de indecisión. Al lado de los factores sociológicos podrían intervenir los históricos representados por los intercambios de poblaciones.

Más recientemente, el estudio sistemático de las correlaciones entre ciertos elementos considerados como característicos de las «estructuras sociales» — reglas de residencia, de filiación, de matrimonio — y las nomenclaturas del parentesco ha sido realizado a partir de los ficheros analíticos de la Universidad de Yale, las *Human Relations Area Files* (HRAF), por G. P. Murdock. Han hecho aparecer, efectivamente, unas probabilidades de correlación, pero los resultados de tales análisis permanecen ligados a la precisión y a la exactitud de las observaciones originales.

En Gran Bretaña, bajo la doble influencia de Malinowski que fijó durante años las normas de investigación sobre el terreno a resultas de sus encuestas realizadas en Melanesia durante la primera guerra mundial, y de A. R. Radcliffe-Brown cuyos trabajos y enseñanzas marcaron profundamente la generación de los etnólogos del período comprendido entre las dos guerras, desaparecieron las preocupaciones históricas condenadas. El análisis de las relaciones sociales y, en particular, el de sus formas permanentes, que constituyen lo que Radcliffe-Brown denomina «estructura» de la sociedad, tiene por objeto deducir la función de las instituciones, es decir, sus efectos sobre la cohesión de la sociedad estudiada. La investigación se preocupa menos de las relaciones de causalidad (que, a falta de una perspectiva histórica, no se pueden conocer en las sociedades arcaicas) que de la coherencia o incoherencia entre los diferentes rasgos de la vida social. Radcliffe-Brown ha puesto a la familia elemental en un lugar privilegiado al demostrar que toda una serie de relaciones podían interpretarse como la extensión, fuera del núcleo familiar, de las conductas que en su interior habían sido modeladas. Por ejemplo, algunos aspectos de las nomenclaturas clasificativas — el hecho de que un padre y el hermano de un padre pueden ser designados por el mismo término — reflejan un dato constante de la experiencia: la equivalencia de los hermanos. Al designar a un padre y a un hermano por el mismo término, una sociedad muestra simplemente que pueden, según la diferencia de edad, tener el mismo estatuto familiar.

La aproximación estructuralista de Lévi-Strauss

La publicación de la obra de Claude Lévi-Strauss, *Les structures élémentaires de la parenté* (1949) ha representado una etapa importante, si no capital, en el estudio de las relaciones de parentesco. El autor procede al análisis y al estudio comparativo de las relaciones matrimoniales en las sociedades en que los matrimonios están prescritos. Parte de una reflexión sobre el incesto que hace deducir que su prohibición a poder disponer de las hijas y hermanas acarrea la posibilidad y la necesidad de la alianza. El matrimonio de los primos cruzados, los sistemas de clases matrimoniales de Australia calificados de sistemas de intercambios restringidos (los intercambios matrimoniales se efectúan entre dos unidades o entre dos grupos), los sistemas llamados de intercambios generalizados de Asia (el número de las unidades intercambiables superior a 2 es indiferente: un grupo A da una mujer a B el cual da una a C y éste a N y éste a A), representan una serie continua de modalidades de intercambios. A los sistemas constituidos por estas últimas corresponden estructuras elementales de parentesco. Los lazos de sangre y los de alianza se entrecruzan y se entremezclan.

Metodológicamente, al elaborar los modelos de los intercambios matrimoniales en las sociedades estudiadas, Lévi-Strauss ha demostrado que se ordenaban como si constituyeran un grupo de transformaciones de cualquiera de ellos: esta gestión demuestra la fecundidad de una verdadera aproximación comparativa en la que las diferencias toman un significado. La elaboración de los modelos, al reflejar la totalidad de los hechos pertinentes que interesan de cara al análisis, hace aparecer los aspectos funcionales o disfuncionales de las relaciones estudiadas, pero, además, los hechos se inscriben, más allá del caso estudiado, en series que contribuyen a hacerlos inteligibles.

El estudio de las relaciones de parentesco ha llevado al autor mucho más lejos de la interpretación de los solos hechos estudiados, ya que es una verdadera teoría de la vida social lo que propone a partir del mismo parentesco. El intercambio de mujeres, que no es más que una forma privilegiada de intercambio, no hace otra cosa que expresar la exigencia de reciprocidad inherente a la vida social, y esta exigencia va unida a la universalidad de la prohibición del incesto, regla por excelencia en la que se marca la separación entre cultura y naturaleza.

Desde la publicación de esta obra se han abierto nuevas vías al análisis matemático formal de las relaciones de parentesco.

Los sistemas de parentesco

El parentesco de una sociedad dada está caracterizado por ciertos rasgos relacionados entre sí; en consecuencia, es lógico hablar de sistemas de parentesco. Todos los sistemas conocidos, sea porque han sido estudiados a partir de sociedades existentes, sea porque fueron reconstruidos de testimonios lingüísticos (tradiciones orales o archivos), descansan en cinco comunes denominadores: nomenclatura, alianza, residencia, filiación y comportamiento entre parientes.

La nomenclatura está constituida por el conjunto de vocablos usados para designar o llamar a los parientes. En muchas sociedades — aunque no en la francesa — el pariente al que uno se dirige es designado y llamado de manera diferente según que lo designe o lo llame un hombre o una mujer: se habla entonces de términos empleados «hablando el hombre» o de términos empleados «hablando la mujer». El pariente que se designa, es decir, el pariente del que se habla o al cual uno se refiere, puede ser mencionado mediante un término diferente del empleado para dirigirse directamente a él. Por ejemplo, muchos franceses dicen: «Voy a casa de mi padre», pero saludan a este último diciendo: «buenos días, papá». «Padre» es el término de referencia, «papá» es el término de interpelación o vocativo.

Cuando los términos de la nomenclatura han sido relevados y reunidos, es indispensable analizarlos y clasificarlos. En efecto, la lista obtenida puede comprender un centenar de términos muchos de los cuales designan varias relaciones. Por tanto, hay que estudiar estos términos y agruparlos.

En primer lugar, es necesario separar los términos-base, también llamados términos-raíces, de los epítetos que pueden calificarlos y que son llamados determinantes. Para el francés, en «beau-père», «grand-père», «père», «fils», «petit-fils», «arrière-petit-fils», los términos «père» y «fils» son raíces, mientras que los demás son determinantes. Este análisis es muy útil de cara a un trabajo efectuado sobre un sistema de parentesco estudiado en un momento dado, es decir, de forma sincrónica. Es indispensable cuando el estudio considera el sistema a través de la historia de la sociedad considerada. Por ejemplo, la gran mayoría de los términos de parentesco franceses vienen del latín; de todos los apelativos y designaciones usualmente empleados, solamente la palabra «bru», *nuera*, que no es de origen latino, se deriva de una raíz nórdica que ha dado *bride* (novia, recién casada) y *Braut*, en inglés y en alemán modernos. En Normandía, el *bruman* es el novio: la palabra podría provenir del antiguo nórdico *brud madr* o bien del alemán *Bräutigam*. Los determinantes precisan el sentido de los términos raíces indicando el sexo, la edad relativa o bien una categoría de parientes. Por ejemplo, en francés, «beau» y «belle» no se aplican más que a los parientes a los que uno se encuentra ligado por el matrimonio. Donde los franceses emplean estos epítetos, los ingleses dicen *in-law*.

Los términos raíces permiten establecer ecuaciones que facilitan la clasificación de los parientes designados por un mismo término raíz. En estas ecuaciones, hay que evitar los términos como «tío», «tía», etc..., que son imprecisos, y emplear solamente palabras como «padre», «madre», «hermano», «hermana», «hijo», «hija», «esposo», «esposa». Esta regla permite mostrar la ambigüedad de un término como el español «prima» puesto que: *prima* = hija del hermano del padre, = hija de la hermana de la madre, = hija de la hermana del padre, = hija del hermano de la madre (figura 3).

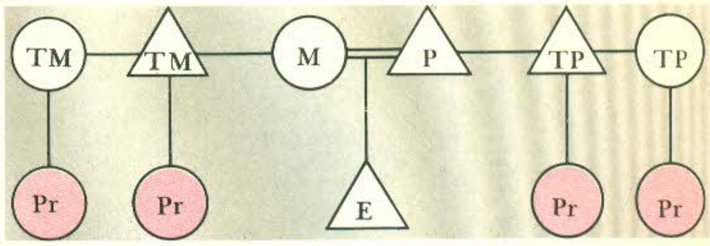


Fig. 3. Ambigüedades de la nomenclatura castellana: todas las personas que se muestran en rojo son «primas» (Pr). M = madre, P = padre, TP = tío paterno, TP = tía paterna, TM = tío materno, TM = tía materna.

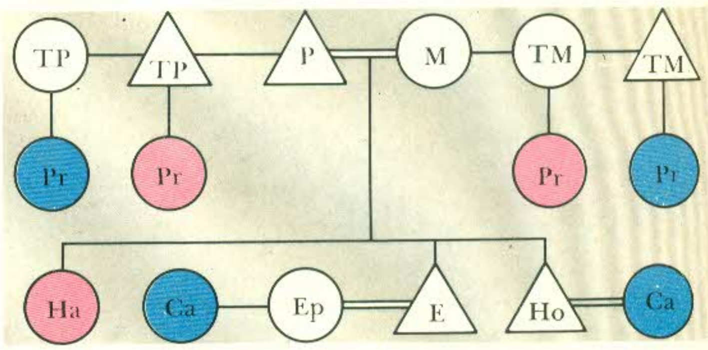
Evidentemente, una ecuación como ésta parece perfectamente clara para un español, pero sería incomprensible para muchos grupos étnicos. Por ejemplo los marma de Bengala oriental carecen de un término para clasificar estas cuatro parientes en una misma categoría. En efecto, para los marma:

nama = hermana = hija del hermano del padre = hija de la hermana de la madre, mientras que:

mri = esposa del hermano = hermana de la esposa = hija de la hermana del padre = hija del hermano de la madre (fig. 4).

Según el sistema francés, en estas dos ecuaciones hay tres categorías: «hermana», «prima», «cuñada», mientras que el sistema marma no tiene más que dos: las *nama* y las *mri*. (Los marma confunden lo que nosotros distinguimos y distinguen lo que nosotros confundimos.)

Fig. 4. Significado de los términos Nama y Mri entre los Marmas: en rojo, relaciones Nama; en azul, relaciones Mri. P = padre, M = madre, Ep = esposa, Ho = hermano, Ha = hermana, TP = tío paterno, TP = tía paterna, TM = tío materno, TM = tía materna, Ca = cuñada, Pr = prima.



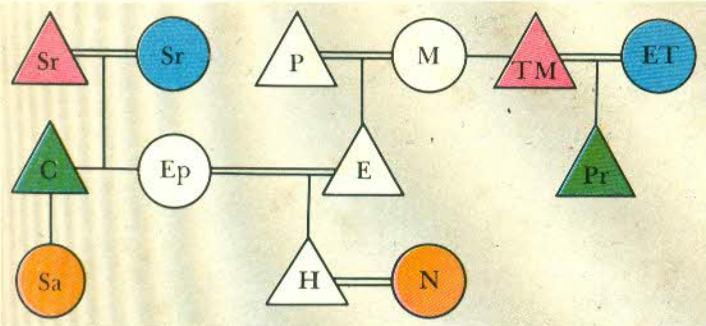
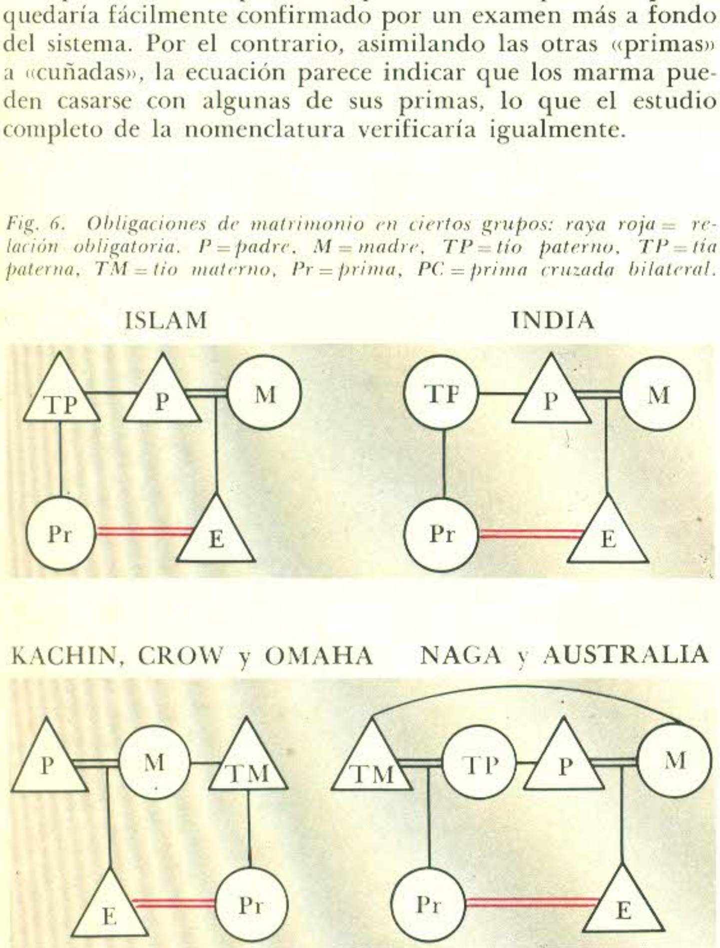


Fig. 5. Equivalencias de nomenclatura en algunos grupos étnicos del Assam: hay que tener en cuenta que las personas cuyos símbolos son de igual color se designan con los mismos términos. P = padre, M = madre, Ep = esposa, H = hijo, TM = tío materno, ET = esposa del tío, Sr = suegro, Sr = suegra, C = cuñado, N = nuera, Pr = primo, Sa = sobrina.

Así, todos los términos recogidos en una nomenclatura deben ser puestos en forma de ecuaciones. A partir de los significados de *nama* y *mri*, se puede formular una hipótesis. Primeramente, considerando como «hermanas» las que para nosotros serían «primas», los marma nunca consideran a estas personas como posibles esposas, lo cual, por otra parte, quedaría fácilmente confirmado por un examen más a fondo del sistema. Por el contrario, asimilando las otras «primas» a «cuñadas», la ecuación parece indicar que los marma pueden casarse con algunas de sus primas, lo que el estudio completo de la nomenclatura verificaría igualmente.

Fig. 6. Obligaciones de matrimonio en ciertos grupos: raya roja = relación obligatoria. P = padre, M = madre, TP = tío paterno, TP = tía paterna, TM = tío materno, Pr = prima, PC = prima cruzada bilateral.



En ciertos grupos étnicos del Assam, se dan las siguientes ecuaciones. Ecuaciones tales indican que, muy probablemente, la esposa prescrita (llamada esposa potencial) es la hija del hermano de la madre, o también, la «prima cruzada paterlateral». Véase este esquema:

hermano de la madre	= padre de la esposa
esposa del hermano de la madre	= madre de la esposa
hijo del hermano de la madre	= hermano de la esposa
hijo del hermano de la esposa	= esposa del hijo (fig. 5)

La nomenclatura es indispensable para el estudio de un sistema de parentesco. Pero no todas las nomenclaturas permiten establecer series de ecuaciones tan claras como las que hemos visto para un grupo étnico del Assam. En bastantes casos, el solo estudio de la nomenclatura aparece como insuficiente. A finales del siglo pasado, varios etnólogos llegaron a conclusiones erróneas porque se habían limitado al estudio de los términos, creyendo, por ejemplo, que el hecho de llamar «hermana» a todas las chicas de la generación de Ego, no podía explicarse más que por una promiscuidad primitiva. Es inútil subrayar que tales conclusiones hoy día carecen de vigencia. Además de la nomenclatura, hay que tener en cuenta otros criterios, en primer lugar, el de la alianza.

Las relaciones de alianza

La alianza ha de permitir conocer los principios según los cuales se realizan las uniones matrimoniales, las cuales, al unir las parejas, alían al mismo tiempo las dos familias de las que provienen los contrayentes.

En algunas sociedades, el destino matrimonial de un bebé de algunos meses ya está fijado, sea porque una persona concreta le está destinada por adelantado — lo que es bastante raro —, sea porque más tarde deberá casarse en el interior de tal o cual red de relaciones. Además, algunas de estas sociedades imponen a sus miembros prohibiciones y obligaciones: por ejemplo, prohibición de casarse dentro de su clan (se dice entonces que la endogamia del clan está prohibida), obligación de casarse en otros clanes o bien dentro de ciertas clases matrimoniales (y entonces se habla de exogamia). En varias regiones de la India, por el contrario, hay que casarse dentro de su casta (endogamia de casta) o bien tomar un cónyuge en una casta superior o inferior a la suya propia: se habla entonces de matrimonios hipergámicos o hipogámicos.

En relación a estos sistemas que pueden ser calificados de «prescriptivos», la sociedad francesa es liberal en el sentido de que los jóvenes son más libres en la elección del cónyuge. No obstante, esta elección debe estar conforme con ciertas tradiciones que restringen sensiblemente la autonomía de los jóvenes. Está claro que las coacciones son más o menos imperativas según que se trate de la ciudad o del campo, de Bretaña o de Picardía, de la Francia de 1965 o de la de 1900. De una forma muy general, se puede decir que en Francia,

la elección del cónyuge está condicionada por la noción de clase social. Preferentemente uno se casa dentro de su clase, o bien, como vulgarmente se dice, «en su categoría» y en «edades que guarden relación». Se desea — cuando no se trata de una condición imperativa — que los cónyuges practiquen la misma religión y compartan las mismas ideas políticas. Pueden también invocarse condiciones estéticas o raciales.

De una forma muy general, cuando en un grupo étnico la elección del cónyuge está solamente condicionada por imperativos económicos, religiosos, psicológicos, al parentesco en esta sociedad se aplica el término de «estructura compleja». Se puede decir que la mayoría de las sociedades europeas actuales, y que gran parte de las sociedades de Africa al sur del Sahara pertenecen a esta categoría.

En cambio, cuando una sociedad posee un sistema que clasifica de forma imperativa los cónyuges proscritos y los cónyuges prescritos (ver las ecuaciones de arriba a partir de *nama* y *mri* o bien la que indica «hija del hermano de la esposa = esposa del hijo»), se puede decir de una sociedad tal que muy probablemente depende de una «estructura elemental». Lévi-Strauss, del que se ha tomado esta terminología, ha demostrado los mecanismos de las sociedades de «estructuras elementales» de Extremo Oriente y de una parte de Oceanía.

A título de ejemplo, he aquí algunas poblaciones que, no necesariamente surgidas de sociedades con estructuras elementales, prescriben como esposa a la prima siguiente:

la hija del hermano del padre (o prima paralela paterlateral) en algunas sociedades musulmanas;

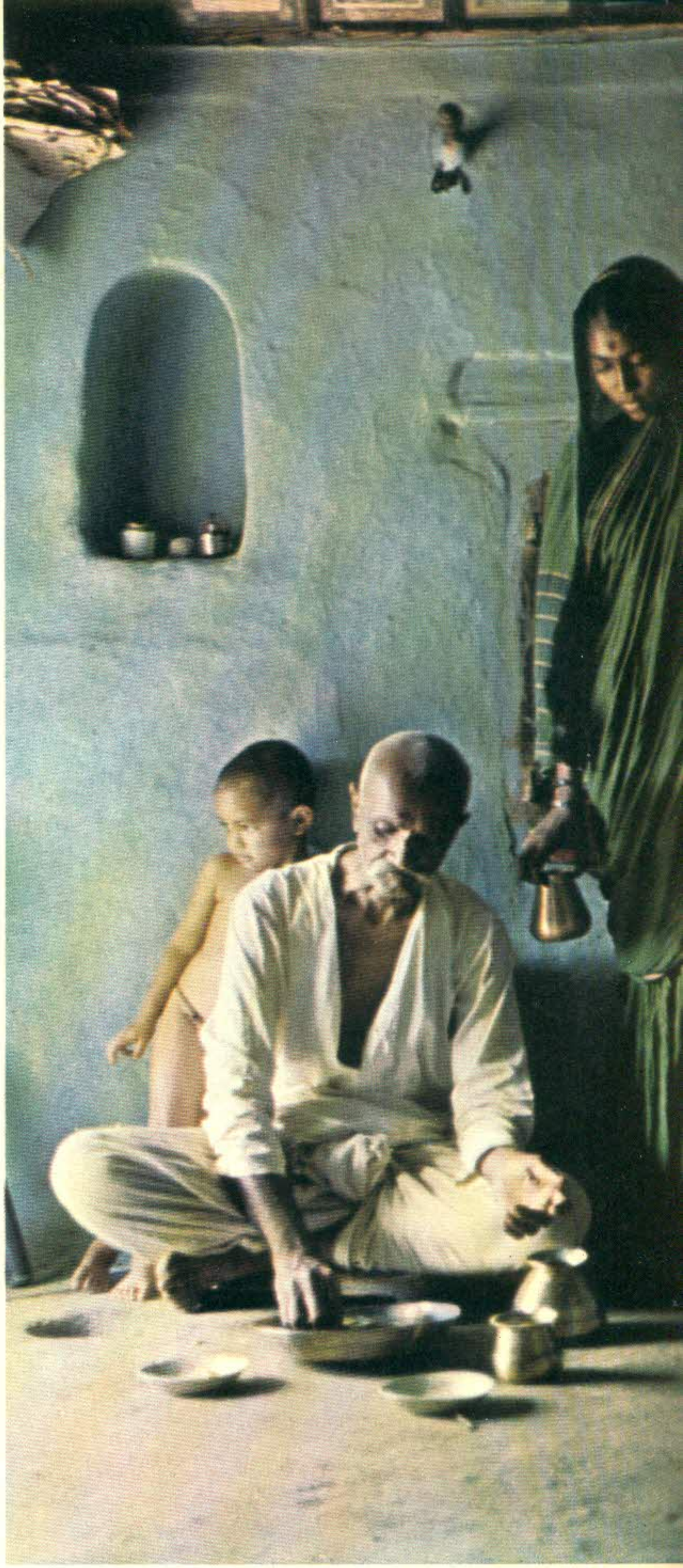
la hija de la hermana del padre (o prima cruzada paterlateral) en la India;

la hija del hermano de la madre (o prima cruzada materlateral) entre los kachin de Birmania y los indios crow y omaha (fig. 6);

la prima que es a la vez hija de la hermana del padre e hija del hermano de la madre (prima cruzada bilateral), entre los naga del Assam y en ciertos grupos étnicos de Australia.

La regla de residencia

La regla de residencia se aplica a la residencia principal de la pareja formada por el matrimonio. Existe toda una terminología que permite precisar el sentido de esta regla sin poder, sin embargo, calificarla de una forma absoluta. Se dice que la residencia es «paterlocal» cuando la pareja vive en casa de los padres del varón; y «materlocal» cuando reside en casa de los padres de la novia; es «virilocal» cuando el hijo, separado de sus padres antes de la boda, acoge a su



La estructura parental de esta familia marathe de Alandi permanece rígida: el padre reina sobre los otros 18 miembros. (Foto Baubat-Réalités.)

esposa en su casa, etc. Se dice que la residencia es «neolocal» cuando la pareja recién constituida reside en un lugar nuevo.

Estos epítetos deben ser explicados la mayoría de las veces ya que la regla no se aplica de igual modo en todas partes. Pueden citarse ejemplos particularmente claros de residencia paterlocal en el viejo derecho eslavo, en algunas regiones de la India, entre los tchuktchi de Siberia, etc. Ejemplos, igualmente precisos, de residencia materlocal son conocidos entre los bororo del Brasil, los garo del Assam, los hopi de América del Norte, en Sumatra y en el Dahomey.

La regla no siempre se aplica de forma tan imperativa; existen matices dignos de ser subrayados. Por ejemplo, conviene medir o precisar los grados de paterlocalidad que separan a la nuera que debe cocinar en el hogar utilizado por su suegra, de la nuera que, aun viviendo también en casa de sus suegros, posee un hogar autónomo para cocinar sus comidas. La paterlocalidad o la materlocalidad puede ser de hogar, de casa, de barrio, de pueblo, de región.

La regla de residencia es uno de los datos esenciales para el sistema de parentesco de una sociedad dada. Por una parte, en el estadio de la investigación es relativamente fácil saber si es el yerno o la nuera el que va a vivir a casa de sus suegros (naturalmente, cuando la regla es materlocal o paterlocal). Por otra parte, es interesante saber cómo será acogido el recién llegado y cómo deberá adaptarse a una nueva autoridad. Un cambio en la regla de residencia de una sociedad modifica sensiblemente el sistema de parentesco.

Los efectos sociales de la filiación

La filiación — aquí no consideraremos más que los efectos sociales de la filiación biológica — puede ser definida por la devolución de los bienes, estatutos, privilegios, derechos y deberes, títulos de propiedad, bienes muebles e inmuebles, emblemas, etc., que se transmiten en tal o cual descendencia. De forma muy esquemática, se dirá que la filiación es «unilineal» cuando la transmisión se efectúa solamente en una línea de descendencia; que es «indiferenciada» cuando se realiza, sin una norma bien definida, en una u otra línea de descendencia; que es «bilineal» cuando se realiza en dos líneas de descendencia. Es muy raro que la filiación esté tan claramente caracterizada y los progresos de la antropología social obligan a matizar estos calificativos que en una sociedad deben servir más bien para indicar la tendencia de las modalidades de filiación que para erigirlas en sistema.

La filiación unilineal está calificada de «paterlineal» cuando los privilegios, el nombre de familia, etc., se transmiten de padres a hijos. La antigua sociedad eslava, los kachin de Birmania, los indios omaha, son ejemplos clásicos de sociedades de filiación paterlineal. La filiación «materlineal» no es la inversa de la filiación paterlineal: esta contrapartida se presenta rara vez. De hecho, cuando la filiación es materlineal, existe siempre transmisión de hombre a hombre, pero estos últimos están en la relación de «hermano de la madre» a «hijo de la hermana». Los nayar del Sur de la India, los garo y los khasi del Assam, los indios crow y hopi pueden considerarse como sociedades materlineales.

De hecho, cuando la filiación es unilineal, es raro que una línea de descendencia posea el privilegio exclusivo de asegurar la transmisión de los bienes y de los derechos. La verdadera filiación bilineal parece más rara: allí donde los etnólogos la han descubierto, como entre los descendientes de esclavos de la Guayana holandesa, en aquellos lugares donde todavía afecta a todo el sistema social, como entre los ashanti del Oeste de Africa, las interpretaciones del bilinealismo han dado lugar a discusiones que no siempre han servido para aclarar el problema. En la sociedad francesa moderna, los bienes y los derechos se transmiten indiferentemente a los hijos y a las hijas: en este caso se puede hablar de filiación indiferenciada. Pero como el apellido se transmite de padres a hijos, hay que precisar que existe una tendencia paterlineal en la transmisión del apellido.

Las sociedades en las que las reglas de filiación y de residencia son del mismo tipo (paterlineal y paterlocal, o bien materlineal y materlocal) son denominadas sociedades de «régimen armónico». Los ghiliak, los kachin y muchas otras sociedades indo-europeas constituyen ejemplos de estas sociedades paterlineales y paterlocales; los bororo, khasi, garo, menang-kabau de Sumatra, constituyen ejemplos de sociedades materlineales y materlocales, pero los casos conocidos son poco numerosos. Cuando la filiación se expresa de una manera y la residencia de otra (paterlineal y materlocal o a la inversa), la sociedad es de «régimen desarmónico».

Las sociedades materlineales, como las sociedades de residencia materlocal, no son sociedades matriarcales: quien detenta la autoridad es el representante masculino de una línea de descendencia femenina.

Parentesco y comportamiento

Hay que subrayar dos puntos en el estudio del comportamiento. Primeramente, sería un error considerar la terminología del parentesco (o nomenclatura) como una expresión sincera del comportamiento; en segundo lugar, no todos los grupos étnicos presentan los mismos sistemas de actitudes.

En las llamadas sociedades «arcaicas», un mismo término puede designar a varias personas que, para un español, son absolutamente diferentes. Por ejemplo, en los grupos étnicos — y son numerosos — en los que los parientes se dividen en «paralelos» o «cruzados», el hermano del padre, el marido de la hermana de la madre, el hijo del hermano del padre del padre, pueden ser designados por una palabra que signifique «padre». Lo cual no quiere decir que estos «padres» — que por otra parte serían tíos — sean considerados como verdaderos padres. El castellano no tiene más que una sola palabra: «hija», para designar a los propios hijos de sexo femenino y los hijos de sexo femenino en general. Un español evitará la confusión diciendo «mi hija» y «la hija»,

mientras que los ingleses tienen dos palabras:. *daughter* y *girl:* no por ello íbamos a decir que los españoles consideran a todos los niños de sexo femenino como hijas propias (figura 7).

El segundo punto a subrayar se refiere a lo que podríamos llamar la sistematización de los comportamientos. Para un francés, los comportamientos afectan sobre todo al grupo de parientes que viven juntos: el padre, la madre y los hijos; lo que establece las siguientes relaciones: esposo/esposa, padre/hijo, madre/hijo, padre/hija, madre/hija, hermano/hermana. Para la buena armonía de la vida familiar, ninguna de estas relaciones debe eclipsar a las demás. En otros grupos étnicos, las relaciones entre los miembros de una familia nuclear no siempre son las que acabamos de esbozar aun cuando, a excepción de algún caso particular, la célula familiar, en tanto que unidad doméstica, está siempre compuesta por padres e hijos.

Un solo ejemplo, tomado de los habitantes de Nueva Guinea, estudiados por F. E. Williams y citados en los trabajos de Lévi-Strauss, permitirá subrayar las similitudes y las diferencias entre las actitudes de los habitantes de esta región y los habitantes de Francia, a este respecto.

En Nueva Guinea, un padre y un hijo tienen entre sí unas relaciones muy libres y el padre es considerado por el hijo de una forma familiar. El marido y su esposa se pelean continuamente y con frecuencia la maltratada esposa busca refugio al lado de su hermano. Además, en esta sociedad como en tantas otras, es imposible estudiar las relaciones entre parientes sin considerar las que existen entre el hermano de la madre y el hijo de la hermana: así, en Nueva Guinea, el tío materno puede aterrorizar a su sobrino, despreciarlo, causarle enfermedades.

En las islas vecinas, y en muchas otras regiones del globo, se encuentran situaciones análogas, pero el temor respetuoso o la ternura familiar no afectan obligatoriamente a las mismas relaciones. Aquí o allá, se pueden encontrar relaciones padre/hijo marcadas por el mayor respeto, incluso por una auténtica frialdad; relaciones marido/mujer envueltas en una tierna intimidad; relaciones hermano/hermana frenadas por numerosas prohibiciones; relaciones tío/sobrino impregnadas de auténtica ternura.

Hay que resaltar que, si en la Francia contemporánea, el tío materno no tiene, respecto al hijo de su hermana, un papel relevante, no sucedía lo mismo en la Edad Media: para probarlo basta acudir a un estudio americano que tuvo por objeto *El tío y el sobrino en la antigua canción de gesta francesa...*

Las características que permiten estudiar el parentesco son éstas: nomenclatura, alianza, residencia, filiación y comportamiento entre los parientes. Algunos sistemas de parentesco son de una complejidad tal que han dado lugar a diferentes interpretaciones. Por otra parte, tales sistemas coexisten a veces con situaciones técnicas relativamente muy bajas; la presencia misma de instituciones tan complicadas basta

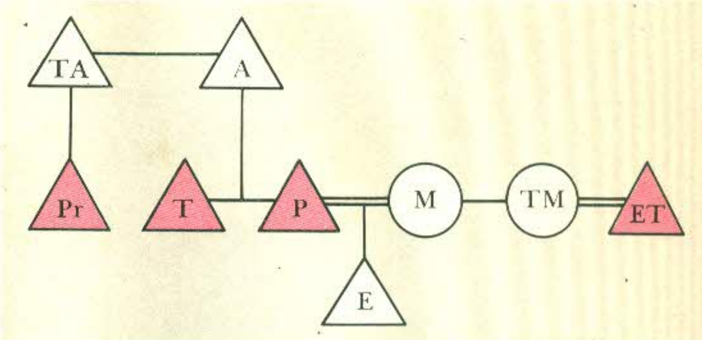


Fig. 7. Terminología de ciertos grupos étnicos: todas las personas en rojo son llamadas «padres». P = padre, M = madre, TA = tío abuelo, A = abuelo, T = tío, TM = tía materna, ET = esposo de la tía, Pr = primo.

para guardarse de usar definitivamente epítetos como «primitivo», «salvaje» o «prelógico».

Inversamente, el sistema francés de parentesco es inexplicable en muchos grupos étnicos. Decirle a un lakher del Assam (que no puede casarse más que con la hija del hermano de su madre y que considera a las demás primas como hermanas) que un francés se casa a veces tanto con una prima como con otra suscita en él un sentimiento de estupor y de asco.

El parentesco no puede concebirse más que bajo una forma dinámica y no adquiere todo su sentido más que a través de ciertos grandes «ritos de tránsito» que marcan la vida del individuo, miembro obligatorio de una sociedad más vasta de lo que puede ser su grupo étnico o su nación. El soltero es ridiculizado en todas partes; en algunas poblaciones de Asia del Sudeste sólo pueden estar solteros dos clases de hombres: los bonzos y los inválidos. Fundar una familia, contribuir a la continuidad de la sociedad es una obligación a la que los espíritus dóciles se someten automáticamente.

En el matrimonio francés, las funciones son, ante todo, domésticas, económicas; el objetivo primordial es educar a los hijos que abandonarán el hogar, creando aquí y allá nuevas unidades. Pero en muchas sociedades, el matrimonio no posee más que una autonomía relativa: a las funciones domésticas y económicas se añaden funciones religiosas que el padre y la madre asumen a veces de modo diferente, como las funciones políticas. La mujer puede rendir cuentas a su hermano, el marido puede pedírselas a su hermana: el hermano de una se ve frecuentemente obligado a responder del hijo de su cuñado. El matrimonio existe como tal, pero forma parte de un sistema más vasto del que nunca puede escapar completamente.

El parentesco no prefigura el grupo étnico: reproduce sus rasgos esenciales, históricos y económicos, sociales y religiosos. El estudio del parentesco es la primera tarea a la que deben dedicarse aquellos que desean estudiar el grupo más vasto de la sociedad.

CLAUDE FLAMENT - JEAN MAISONNEUVE - ROBERT MEIGNIEZ

los grupos restringidos

Sin duda es vano, como han sostenido a menudo los sociólogos, imaginar la vida colectiva a partir del modelo de las relaciones que se enlazan y se transforman en el seno de un grupo restringido. Sería igualmente vano imaginar que los «pequeños grupos» reflejan las relaciones sociales del conjunto. Sin prejuzgar el valor explicativo de los conceptos micro-sociológicos estudiados en otro volumen, presentamos aquí tres aspectos de este estudio: el experimental que permite un estudio metódico, el sociométrico que determina y evalúa la fuerza de las conexiones interpersonales y, por fin, este aspecto a la vez descriptivo y terapéutico, muy de moda en nuestros días, la «dinámica de grupo».

el estudio experimental de los pequeños grupos

ALGUNOS se preguntan cómo puede uno ser experimentalista cuando estudia los grupos humanos y otros responden de una manera categóricamente negativa. En efecto, ¡cuántas cosas artificiales no hay en una situación de laboratorio! En general, se reúne en un local particular a algunos individuos que no se conocen; se les pide que se presten a participar en una actividad frecuentemente extraña; y, al cabo de una hora de experimentación, se les deja volver con sus amigos, sus familiares, sus verdaderas actividades. Y se desearía que en su paso por el laboratorio, estos individuos experimentasen unos para con otros vivos sentimientos de amor o de odio como si se conocieran desde siempre, que actuasen con pasión como si su vida dependiera de ello, con espontaneidad, como si todo fuera perfectamente natural.

Los mecanismos del comportamiento

Pero no se trata de esto. La psicología social experimental no se propone reproducir en una habitación los comportamientos naturales de los grupos, sino identificar los mecanismos que los engendran. Se puede pensar que estos mecanismos fundamentales actúan tanto en las situaciones naturales como en las situaciones experimentales. Los comportamientos de grupo son diferentes de un tipo de situación a otro, no porque los mecanismos de los que han nacido sean diferentes, sino porque los mismos mecanismos actúan sobre datos de situaciones diferentes. Supongamos que se quieran estudiar los comportamientos de un grupo en una tarea colectiva, en función de los sentimientos positivos o negativos existentes entre los miembros del grupo. Es relativamente fácil crear experimentalmente sentimientos positivos o negativos, a escoger, entre los miembros de un grupo de laboratorio; pero estos sentimientos son débiles y fugaces, bastante próximos a la indiferencia y susceptibles de modificarse muy rápidamente; sin embargo, son suficientes para observar lo que sucede en el transcurso de una breve sesión experimental y descubrir la relación existente entre el resultado colectivo y la naturaleza de los sentimientos interpersonales. Y se extrapolará esta relación a los grupos naturales en los que los sentimientos son más violentos. Quizá se objetará que esta extrapolación es ilegítima cuando los sentimientos se hacen demasiado violentos — demasiado diferentes de los estudiados experimentalmente. Si existen buenas razones para pensar así, el experimentalista no tiene más que una respuesta: rehacer la experiencia manipulando sentimientos menos frágiles. Será difícil y costoso, pero, en general, se conseguirá: algunas experiencias muestran que es posible aceptar el desafío, cuando el juego vale la pena desde el punto de vista científico. Si es necesario, se crearán grupos

aparentemente naturales, o bien el experimentador intervendrá en grupos que existan independientemente de él.

La experimentación no se caracteriza por el laboratorio, sino por la manera de controlar lo que sucede en el grupo. Ciertamente, el control se efectúa de un modo más riguroso en un laboratorio, pero ciertas experiencias importantes se han desarrollado enteramente en una colonia de vacaciones.

El lector que se sienta interesado por estos problemas generales podrá dirigirse al *Traité de psychologie expérimentale* de P. Fraisse y J. Piaget (París, P.U.F.), en particular al fascículo IX: *Psychologie sociale expérimentale.*

Los procesos de comunicación

En principio, la psicología social experimental puede estudiar todo fenómeno de grupo. En la práctica, sin embargo, por razones de comodidad y de moda, los trabajos se centran sobre todo en algunos sectores.

Así, el estudio experimental de los procesos de comunicación en los pequeños grupos es particularmente intensivo, como lo indica nuestro estudio: *Les processus de communication (op. cit.).* Este estudio se halla facilitado en todos sus puntos: basta con registrar todo lo que se dice, para luego, con toda comodidad, analizar cualitativamente y cuantitativamente el conjunto de las comunicaciones y obtener resultados de una gran riqueza.

Pero el estudio de los procesos de comunicación constituye también, sin duda, uno de los lugares geométricos de la psicología social de los grupos.

En efecto, un grupo no puede existir como tal si sus miembros no intercambian un mínimo de comunicaciones. Sin un intercambio de mensajes significativos, los miembros del grupo permanecen aislados psicológicamente unos de otros, y no perciben a su alrededor más que unas máquinas más o menos perfeccionadas. La comunicación es el instrumento mediante el cual los individuos *inter-actúan* socialmente (y no sólo psíquicamente). Las comunicaciones orales, escritas o mímicas, expresan y realizan las relaciones interpersonales: a través de ellas los comportamientos individuales se ajustan unos con otros, las opiniones y las actitudes se normalizan, las dominaciones y las tensiones se manifiestan. El proceso de comunicación es, por tanto, reflejo de los dinamismos del grupo; pero al mismo tiempo, constituye uno de ellos y, por tanto, interviene en la dinámica de conjunto del grupo, al que en buena parte condiciona. Como testigos y agentes de la vida de un grupo, los procesos de comunicación constituyen un objeto de estudio privilegiado.

Nos permitimos estas observaciones con el fin de limitar este breve estudio a la presentación de algunos trabajos experimentales sobre las comunicaciones en los pequeños grupos. Para empezar citaremos una experiencia ya clásica, realizada por S. Schachter, en Estados Unidos, hacia 1950.

Schachter o la técnica experimental

La observación corriente demuestra fácilmente que, si al discutir acerca de un tema aparecen en un grupo divergencias de opinión, estas opiniones evolucionan para alcanzar una unanimidad más o menos estricta y eventualmente nace una cierta agresividad hacia quien se niega a unirse a la mayoría (hace un papel de «desviante») y corre el peligro de ser excluido del grupo. Schachter ha querido estudiar este problema con todo detalle y ver si, como se puede esperar, varía la intensidad del fenómeno en función de algunas características del grupo o del tema discutido.

En principio conviene formular algunas hipótesis, ya que una experiencia sin hipótesis no merece apenas este nombre. Se supone, pues, que existe en todo el grupo un cierto deseo de uniformidad en las opiniones (deseo cuya intensidad depende de las características del grupo y del tema de discusión, como más lejos veremos). Este deseo lleva a los miembros del grupo a la discusión para intentar ponerse de acuerdo. Por tanto, el volumen de las comunicaciones estará en función de la intensidad del deseo de unanimidad, al menos, siempre que los individuos piensen que puedan llegar a un acuerdo suficiente. Si uno de ellos rehúsa dejarse convencer por la mayoría que poco a poco se va formando y se hace irreductible, acaba por ser calificado de desviante y el grupo no tiene más remedio, si quiere alcanzar la unanimidad, que excluirle afectiva y psíquicamente. Por tanto, la intensidad de la repulsa (que se manifiesta esencialmente mediante algunas comunicaciones particularmente agresivas respecto al desviante) estará en función de la intensidad del deseo de unanimidad.

En otras palabras, volumen de las comunicaciones e intensidad de la repulsa expresan el deseo de unanimidad de forma compensadora. Schachter lo formula así: deseo de unanimidad = volumen de comunicaciones + repulsa, suponiendo que estas tres cantidades están medidas en unidades adecuadas.

Por otra parte, se supone que el deseo de unanimidad es tanto más vivo cuanto más fuerte es la cohesión del grupo. Por definición, la cohesión de un grupo es tanto más fuerte cuanto más denso es el sistema de relaciones positivas entre los miembros del grupo. Algunos estudios experimentales han demostrado que el interés que manifiestan los miembros del grupo por los objetivos colectivos que se propone constituye una medida indirecta de la cohesión.

Por fin, se supone que el deseo de unanimidad es tanto más vivo cuanto más ligado está el tema de discusión a los objetivos colectivos, es decir, cuanto más vital sea para el grupo.

Provisto de estas hipótesis, Schachter realiza su experiencia con una cantidad de precauciones que no está de más presentar brevemente. Para reclutar a los sujetos de la experiencia, se distribuye entre los estudiantes de una Universidad un cuestionario en el que se les pregunta en qué

medida les gustaría participar en las actividades de diversos clubs: clubs sociales cuyo objetivo sería discutir problemas tales como la delincuencia juvenil, clubs de periodismo en los que se prepararían las editoriales de un diario de estudiantes, cineclubs y radioclubs. A partir de las respuestas obtenidas, se constituyen clubs de siete u ocho miembros; en los clubs sociales se integran los estudiantes más interesados por este tipo de actividades y de este modo se forman grupos que tendrán una cohesión relativamente grande; lo mismo pasa con los cineclubs. En cambio, los clubs de periodismo y radio se forman con individuos poco interesados en dichas actividades constituyendo así grupos de poca cohesión.

La experiencia propiamente dicha tiene lugar en la primera reunión de cada grupo. Se pide a los clubs que discutan un caso de delincuencia juvenil con el fin de escoger entre diversas soluciones educativas o penales. Una discusión de este tipo es natural para un club social y también para un club de periodismo si constituye el objeto del próximo editorial del diario. A los cineclubs y radioclubs, menos afectados por este tema de la delincuencia juvenil, también se les pide que lo discutan, con el pretexto de hacerle un favor a un psicólogo que busca la opinión de gente sensata sobre un delicado problema social.

Se obtiene, pues, el siguiente cuadro (fig. 1).

Según las hipótesis, los clubs sociales — grupos con una fuerte cohesión discutiendo de un tema importante para la vida en el grupo — experimentarán un gran deseo de unanimidad. Por el contrario, los radioclubs — grupos de una

tema \ cohesión	mucha	poca
importante	clubs sociales + + +	clubs de periodismo + +
poco importante	cine clubs + +	radio clubs +

débil cohesión discutiendo un tema poco importante para ellos — no sentirán más que un débil deseo de unanimidad. Entre los dos se sitúan los clubs de periodismo y los cineclubs. En el cuadro, el número de cruces traduce la importancia relativa del deseo de unanimidad; traduce también la importancia relativa del volumen de comunicaciones en cada situación; e, incluso, la intensidad de la repulsa al desviante cuando la mayoría ha renunciado a convencer a este último.

Pero, además, hace falta que aparezca un desviante. Para estar seguro de que sucederá esto en cada grupo, Schachter introduce un comparsa cuya misión consiste en sostener sin desmayo una opinión contraria a la de la mayoría. Sólo resta registrar la discusión que se desarrolla en cada grupo para después hacer el análisis cuantitativo, que mide el volumen de las comunicaciones, y el análisis cualitativo que, identificando las comunicaciones con un contenido agresivo en particular, mide la intensidad de la repulsa al desviante. Los hechos muestran una concordancia entre las medidas obtenidas experimentalmente y las consecuencias deducidas de las hipótesis, lo que confiere a estas últimas una gran probabilidad de exactitud.

Esta experiencia nos parece interesante por más de un concepto. Centrada en el estudio de las comunicaciones, ilumina ciertos aspectos esenciales de los procesos tan importantes como los de la uniformización de las opiniones y de las actitudes en el seno de un grupo. Hay que destacar, bajo este punto de vista, que los resultados de Schachter son completados por los resultados de muchas experiencias parecidas, cuyo conjunto constituye un todo bastante coherente.

Por otra parte, las técnicas aplicadas por Schachter demuestran que la psicología social experimental es capaz de plantear situaciones en las que todo está perfectamente controlado por el experimentador, pero en las que todo parece perfectamente natural a los individuos que, sin saberlo, han servido de conejillos de Indias.

Por fin, hemos dejado entrever que Schachter expresaba matemáticamente sus hipótesis. El conjunto de estas hipótesis y de las de diversos autores de la misma escuela ha sido formalizado matemáticamente de una forma completa y rigurosa. Lo cual ha permitido deducir numerosas consecuencias que, sin esto, hubieran pasado desapercibidas y que se han visto confirmadas por los resultados experimentales. Recurrir a las matemáticas es cada vez más frecuente en la psicología social experimental, que en esto sigue el ejemplo de la psicología. Muy pronto, nuestras disciplinas tendrán el mismo grado de matematización y de rigor que la física contemporánea.

Rainio o la técnica matemática

Los recientes trabajos del finlandés Rainio tienen particular interés debido a su matematización. Se trata de explicar, a partir de procesos de comunicación, la constitución de las relaciones positivas o negativas que aparecen entre los miembros de un grupo, tal como pueden medirlas las técnicas sociométricas.

En un grupo es frecuente que los individuos no estén en continuo contacto unos con otros. Por ejemplo, en la clase los niños se constituyen en subgrupos más o menos estables que se hacen y se deshacen en pocos instantes para formar otros subgrupos. Rainio supone que, para un individuo A, existe una cierta probabilidad de entrar en comunicación con B, probabilidad tanto más fuerte cuanto más claramente positivos sean los sentimientos de A para con B. B tiene cierta probabilidad de manifestar un acuerdo con lo



Reunidos en grupos informales o en clubs, los estudiantes constituyen un buen material de elección para el estudio experimental de los pequeños grupos. Además, la presencia de «desviantes» (introducidos por el experimentador) permite controlar la cohesión del grupo y su unanimidad.

que A acaba de comunicarle, probabilidad tanto más fuerte cuanto más netamente positivos sean los sentimientos de B para con A. Por fin, A tiene cierta probabilidad de modificar sus sentimientos respecto a B, en función de la respuesta de este último; por ejemplo, de tener sentimientos negativos para con B si B manifiesta un desacuerdo. En otras palabras, se supone que las comunicaciones entre individuos dependen de las interrelaciones positivas o negativas, y que estas interrelaciones dependen a su vez de las comunicaciones, dependencias ambas de tipo probabilístico. Se pueden entonces expresar estas hipótesis mediante un sistema de ecuaciones probabilísticas, por el momento bastante complicado, y comparar las predicciones de este sistema (si hace falta con una calculadora electrónica) con las observaciones que pueden realizarse sobre grupos experimentales: frecuencia de los contactos, contenido de las comunicaciones (acuerdo o desacuerdo) y resultado de los tests sociométricos. Rainio encuentra algunos muy satisfactorios.

Se ve fácilmente cómo, sobre la base de tales estudios, se puede desarrollar un sistema de hipótesis más completo. Se podrá prever de qué forma varían las diversas relaciones entre probabilidades cuando se hacen variar experimentalmente las características del grupo (como por ejemplo, en la experiencia de Schachter), o cuando el grupo está dedicado a una tarea colectiva cuyas necesidades pueden producir contactos y comunicaciones que sin esto no aparecerían espontáneamente. La integración de nuevas hipótesis debe hacerse matemáticamente, ya que el sistema se hace rápidamente demasiado complejo para que con un razonamiento no matemático se pueda deducir la más mínima predicción.

Dada la posición estratégica de los procesos de comunicación, es posible idear la instauración, a partir de ellos, de una teoría que abarcara todos los aspectos de la vida de los grupos. Se han realizado varias tentativas en este sentido, cada una de las cuales partía de un grupo de experiencias que el autor colocaba en lugar privilegiado, integrando posteriormente los resultados obtenidos en el curso de otras experiencias. Una tentativa de este tipo se ha desarrollado a partir de un conjunto de experiencias, cuyo mejor ejemplo lo constituyen las de Schachter. Nosotros hemos esbozado brevemente la forma de actuar a partir de los trabajos de Rainio. Ahora vamos a exponer un intento de síntesis que ha resultado de los trabajos experimentales en los que nosotros mismos hemos participado activamente.

Consideremos, en primer lugar, que un grupo tiene siempre una tarea colectiva a realizar: tarea muy concreta para un grupo de trabajo (por ejemplo, resolver colectivamente un problema); tarea frecuentemente menos precisa en un grupo de discusión o recreativo. Pero en todos los casos, la tarea supone, en el plano comunicacional, la necesidad de ciertas comunicaciones. Por ejemplo, si A posee una información que, para que la tarea sea realizada, ha de ser utilizada por B, hace falta que de un modo u otro, A comunique esta información a B. Además, la tarea requiere que algunos individuos tomen ciertas decisiones, a partir de informaciones que otros les han transmitido y de opiniones y conocimientos que ellos mismos poseen. Luego, estas decisiones han de ser transmitidas a otros miembros del grupo para su aceptación y ejecución. Por tanto, el análisis de la tarea puede hacer aparecer un sistema de comunicaciones y de decisiones necesarias, lo que denominamos *el modelo comunicacional de la tarea*. Este modelo caracteriza la tarea, y puede ser definido independientemente del grupo que la realizará.

Por otra parte, el grupo, fuera de la tarea que va a emprender, está estructurado por todo un sistema de relaciones interpersonales que puede traducirse, en el plano de las comunicaciones, por una propensión más o menos grande de tal individuo a comunicar a tal otro o a aceptar sus decisiones en determinadas circunstancias. Tenemos, por tanto, todo un sistema de comunicaciones y de decisiones posibles, que denominamos el *modelo comunicacional del grupo*. Es evidente que estudiando este modelo es cuando se hacen las hipótesis tales como las de Schachter o Rainio.

Por fin, hay que señalar que, en la mayoría de los grupos, las comunicaciones se encuentran frecuentemente trabadas. Por ejemplo, los miembros de un grupo natural de trabajo (el estado mayor de una empresa) no se encuentran generalmente en la misma habitación y para comunicarse han de desplazarse, o bien utilizar una red telefónica que no posee siempre la flexibilidad deseada.

De un modo general, se llama *red de comunicación* al conjunto de condiciones materiales necesarias para que se den las comunicaciones entre los miembros de un grupo. Una red de este tipo influye mucho en el proceso de comunicación: impide ciertas comunicaciones y favorece otras, no sólo cuantitativamente sino también cualitativamente. Las comunicaciones serán más abundantes, más íntimas y más personales si los interlocutores están en presencia el uno del otro que si se hallan en los extremos de un hilo telefónico. Muchas experiencias han demostrado la importancia de las redes de comunicación en la vida de los grupos.

En resumen, se supone que todas las características de la situación se traducen, en términos de comunicación, por el modelo de la tarea, el modelo del grupo y la red de comunicaciones. Cada uno de estos tres sistemas es, en general, muy complejo y no puede definirse fácilmente más que con ayuda de un lenguaje matemático apropiado (utilizando la teoría de los grafos, capítulo bastante reciente de las matemáticas modernas).

Se supone, también, que todo el funcionamiento efectivo del grupo se deriva de la armonía más o menos satisfactoria de los tres sistemas constitutivos. Con más precisión, se define matemáticamente un cierto tipo de relación entre los tres sistemas que, si se encuentra realizado en una situación de grupo, va acompañado de un funcionamiento satisfactorio en todos los sentidos, mientras que, si no se ha realizado, aparecen diversos disfuncionamientos característicos de la clase de separación entre la situación efectiva y la situación ideal. Por ejemplo, si el modelo de la tarea necesita la aceptación de ciertas decisiones y el modelo del grupo no favorece esta aceptación, o bien el grupo realizará difícil e imperfectamente esta tarea, o bien desarrollará un sistema compensador de autoridad coercitiva (lo que hace aparecer tal sistema de autoridad como patológico, mientras que con frecuencia se le considera normal). Señalemos, por último, que es forzoso admitir que el funcionamiento bueno o malo del grupo puede en ocasiones repercutir, a la larga, sobre la estructura de los sistemas constitutivos, y que las hipótesis desembocan de este modo en una teoría de la evolución profunda de los grupos, en una dialéctica que generaliza la que propusiera Rainio.

Sería difícil entrar en los detalles de esta tentativa teórica, ya que los conceptos puestos en juego no adquieren todo su sentido más que referidos a las experiencias que las han hecho nacer y al lenguaje matemático que los expresa. La distinción entre los tres sistemas constitutivos se ha impuesto tras una serie de experiencias que progresivamente han ido precisando y enriqueciendo su significado. Lo mismo podemos decir de la naturaleza de la relación de armonía entre los sistemas. Todavía quedan muchos puntos a determinar y la teoría se parece más a una hipótesis de trabajo conducente a nuevas experiencias, que a una síntesis de conocimientos de carácter definitivo.

De esta exposición se desprende que la psicología social experimental, como tal, no constituye por el momento un cuerpo de doctrina; no es más que la aplicación del método experimental a una ciencia, la psicología social (sin otro calificativo). Esta, como toda ciencia que se esfuerza por alcanzar la mayoría de edad, recurre cada vez más a la experimentación como fuente de conocimientos particularmente rigurosos. Pero el psicólogo social, incluso el más experimentalista, no ignora la existencia de otras fuentes de conocimiento, menos rigurosas, pero de las que extrae con frecuencia la idea de sus experiencias. Y, si esboza una teoría, es a partir de todos los conocimientos que ha adquirido sobre el tema, en base a experiencias o estudios sobre el terreno. Sabe, sin embargo, que esta teoría no será digna de confianza alguna más que en la medida en que sus predicciones hayan sido verificadas por experiencias nuevas.

Este trabajo de hacer válidas las teorías es lento y delicado, y no hay que extrañarse de que la psicología social científica, que no hace más de 15 años que ha empezado a desarrollarse, no esté todavía en disposición de presentar de un modo poco seguro, una visión de conjunto de su dominio. C. F.

la sociometría

La misma palabra «sociometría» es suficientemente elocuente: se trata de un método que se propone medir las relaciones sociales, la sociabilidad y las afinidades que durante mucho tiempo se habían considerado impenetrables, ligadas a la fatalidad o al capricho. De acuerdo con algunas formulaciones sorprendentes de su promotor J. L. Moreno, la sociometría permite elaborar una especie de «historia y geografía interpsicológicas de los grupos sociales», sacar a la luz «las redes de asociaciones espontáneas» que se tejen entre sus miembros. Porque los grupos humanos — sobre todo los grupos restringidos en los que los individuos están «cara a cara» — no se reducen a sistemas institucionales en los que los individuos adoptan conductas estereotipadas, regidas por su status oficial; son también — lo son antes, estima Moreno — «sistemas de preferencias, indiferencias y aversiones»; y el juego de afinidades interpersonales puede prestarse a una investigación rigurosa así como a ciertas intervenciones.

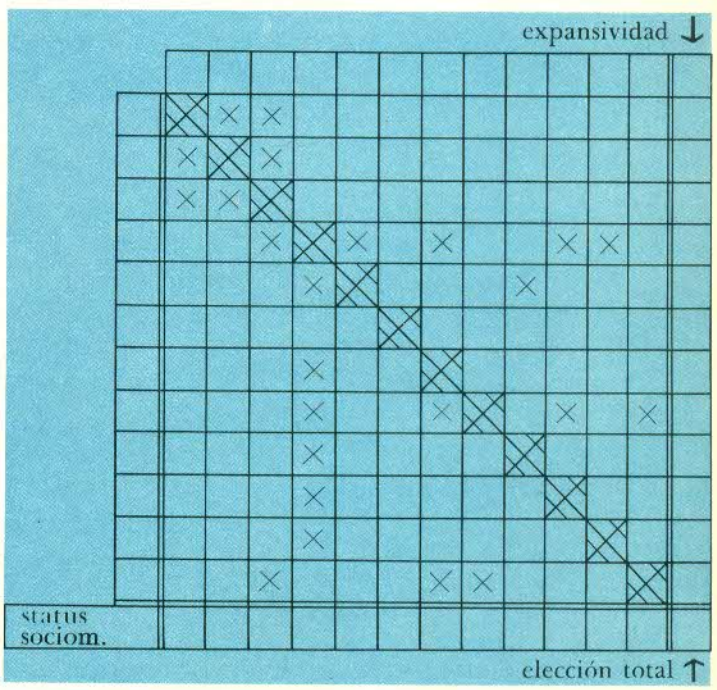
El primer paso de la sociometría se basa precisamente en este aspecto fundamentalmente *selectivo* de las relaciones humanas. Consiste en invitar a los miembros de un grupo cualquiera a que designen a aquellos compañeros suyos con los que preferirían asociarse en tal situación, o para tal actividad determinada. Así, por ejemplo, se preguntará a los alumnos de una clase junto a qué compañeros preferirían sentarse; con cuáles participar en juegos o formar un equipo de trabajo... Si no puede solicitarse una respuesta directa el sociómetra recurrirá a una cuidadosa observación de las conductas de atracción o evitación a lo largo de la vida cotidiana. Se esforzará en lo sucesivo por satisfacer en la medida de lo posible las tendencias expresadas u observadas. De este modo, las encuestas pueden conducir a diversas aplicaciones, a lo que Moreno llama una «reconstrucción sociométrica». Pero unas y otras no dejan de promover ciertos problemas deontológicos que discutiremos al final.

Después de haber recogido los datos preferenciales — que pueden solicitarse en número abierto (de o a *n* opciones) o en número fijo (lo más a menudo 3 opciones en orden de intensidad decreciente) — el sociómetra emprende su análisis sistemático. Ante todo, construye una *sociomatriz*, es decir, una tabla cuadrada en la que las opciones expresadas figuran en las abscisas, en tanto que las opciones de que se ha sido objeto figuran en las ordenadas. La figura 1 muestra cómo al final de las líneas puede leerse un tanteo que expresa la expansividad de cada sujeto, y al pie de las columnas otro tanteo correspondiente a su *estatuto sociométrico*, a su popularidad en el seno del grupo. Gracias a esta sociomatriz se dispone ya de tres tipos de informaciones psicosociales que vamos a evocar sucesivamente:

A. — A nivel *individual*, como emisor de votos, el sujeto puede mostrarse más o menos expansivo, siendo el caso límite el del «solitario» que no busca a nadie. Pero las diferencias significativas de *estatuto* pueden observarse sobre todo considerándole como receptor: algunos sujetos revelan ser muy populares (no hay que hablar de «leader» más que si se trata explícitamente de escoger un jefe); otros, por el contrario, son despreciados e, incluso, totalmente aislados; entre estos extremos se ordena la masa de los casos intermedios que reciben varios votos. Con ello se puede proceder a una serie de comparaciones: primero a la de los sujetos entre sí, por un mismo criterio de opción. Luego, a la de los diversos estatutos de los mismos sujetos según varios criterios (por ejemplo, el que es muy solicitado para los juegos no lo es para el trabajo). Por fin, puede apreciarse la evolución de los estatutos con el tiempo, efectuando, algunas semanas o meses más tarde, un segundo test sociométrico. Esta última confrontación es particularmente interesante en materia de reeducación y socioterapia.

B. — A nivel *interpersonal*, se pueden sacar a la luz diversos tipos de *relaciones diádicas* entre las personas consideradas de dos en dos. Ora se está en presencia de actitudes recíprocas (opciones o indiferencias mutuas), ora ante actitudes unilaterales (opción sin correspondencia). Este «análisis relacional» alcanza un estado de mayor riqueza si se solicita información concerniente no tan sólo a los atrac-

Fig. 1. La sociomatriz permite leer en las ordenadas el tanteo de expansividad del sujeto y, en las abscisas, el de su estatuto sociométrico.



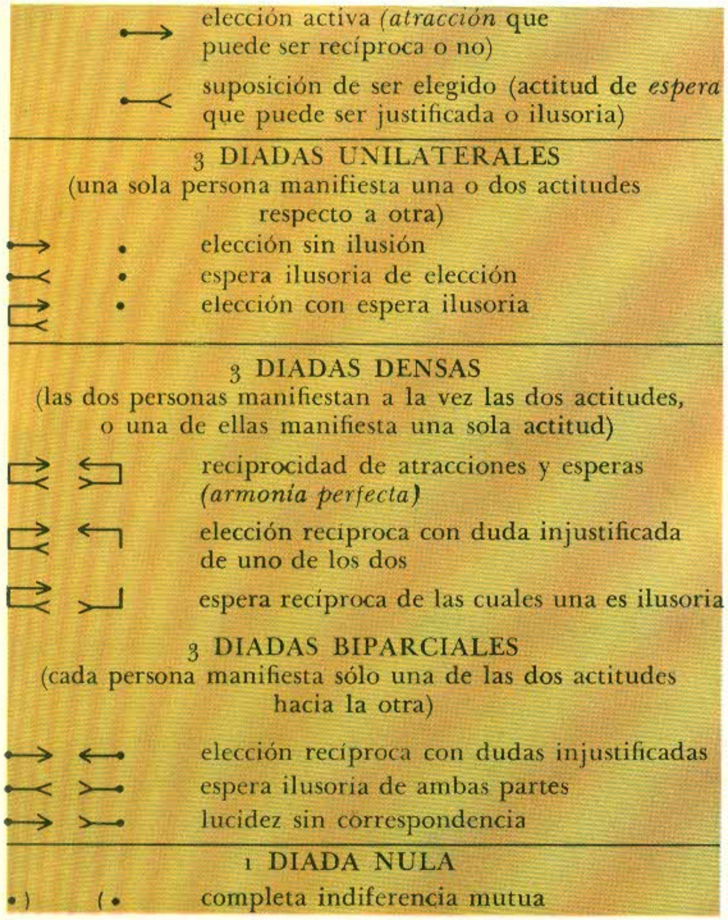


Fig. 2. Diez tipos posibles de relaciones diádicas entre dos personas.

tivos, sino también a las esperanzas, es decir, a los votos esperados por cada uno de ése o aquél. La segunda pregunta que hay que formular toma entonces la forma siguiente: «¿Por quién cree usted haber sido escogido en la primera pregunta (a saber: ¿a quién escogería usted?)» R. Tagiuri, que ha sido el promotor de esta extensión de la sociometría al dominio de la *percepción* de las preferencias, ha propuesto un sistema de símbolos sencillos y sorprendentes para representar las diez relaciones diádicas entre dos personas, teniendo en cuenta su doble aspecto afectivo (vector en forma de flecha —>) y perceptivo (vector en forma de embudo —<) (véase la figura 2). La experiencia muestra que la frecuencia relativa de estos diversos tipos de relación es muy distinta: la proporción de díadas que abarcan actitudes unilaterales: opción sin esperanza (—>) esperanzas ilusorias (—<) o su combinación (⊏⩵≥) constituye unas dos terceras partes del conjunto de relaciones existentes, mientras que la proporción de reciprocidad consciente en los dos compañeros raramente alcanza el 20 % de los casos. Así los resultados de una aproximación sistemática confirman el testimonio de los escritores y filósofos sobre las dificultades de una comunicación armónica entre los seres.

C. — A nivel del *grupo* considerado en su conjunto, el análisis sociométrico permite apreciar el grado de *cohesión* global. Esta depende, sobre todo, de la ausencia de conjuntos cerrados y de segregación entre dos o más clanes (o pandillas) en el seno del grupo. Una vez descubierta la existencia de estas rupturas interesa estudiar qué factores han podido, eventualmente, suscitarlas. Según los casos, puede tratarse de una similitud de edad o sexo, intereses o creencias. La interpretación deberá ser siempre prudente, ya que pueden intervenir varios factores al mismo tiempo. Además, la cohesión no depende tan sólo de las afinidades interpersonales, sino también de las presiones del medio ambiente; y notablemente de las situaciones asumidas por el grupo cara a otros grupos paralelos o más vastos. El estudio sociométrico no dispensa de una encuesta sociológica amplia.

El conjunto de resultados que aparecen en las sociomatrices son susceptibles de ser representados fácilmente, dando lugar a los llamados *sociogramas*. Estos pueden elaborarse, según los objetivos perseguidos, bien para todo el grupo entero, o bien en función de cada individuo.

El método más riguroso para establecer un sociograma colectivo es el de la «diana», debido a Mary Northway; permite al mismo tiempo distinguir los estatutos, hacer constar las reciprocidades y algunas opciones unilaterales y sacar a la luz la estructura global de las relaciones, según que éstas adquieran la forma de una cadena continuada o de clanes diferenciados (ver fig. 3).

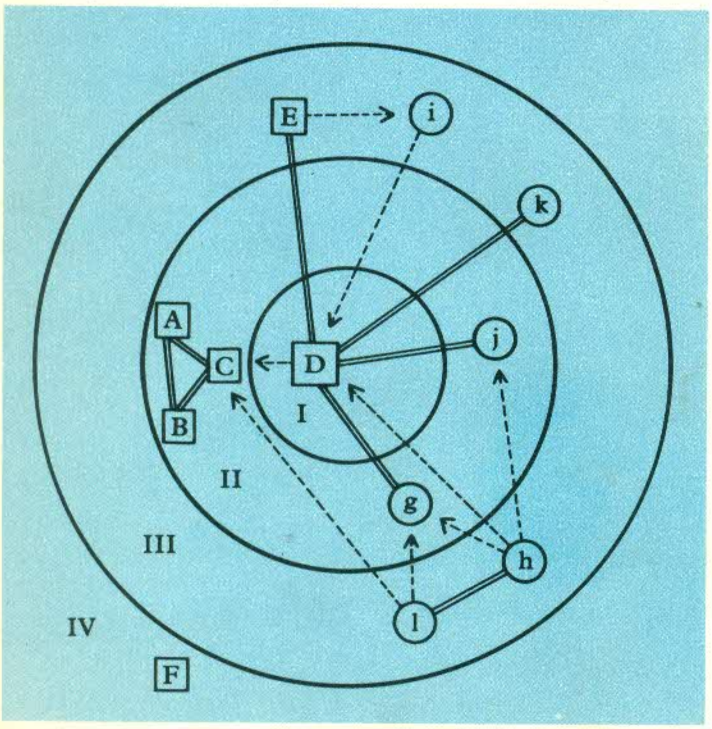
En cuanto a los sociogramas individuales, nosotros mismos hemos propuesto el método de las «constelaciones»; el sujeto considerado figura en el centro de una rueda cada uno de cuyos radios contiene los símbolos de relación con los otros, y el orden de los radios es siempre el mismo. Este método está especialmente indicado en los estudios encaminados hacia el diagnóstico de la sociabilidad del sujeto y de su evolución (ver figura 4).

Estas operaciones no constituyen más que una primera fase de elaboración cuyo interés es esencialmente *clínico*. Es importante señalar que los datos sociométricos se prestan a *tratamientos estadísticos*, ora sencillos (cálculos de rango, índices, correlaciones), ora extremadamente complejos (análisis de matrices y método de gráficos). Debido a su más reciente desarrollo, la sociometría tiende a desembocar en un análisis muy general de las estructuras de comunicación y de los sistemas de ordenación, susceptible de ser aplicado a contextos variados que rebasan su terreno inicial.

Ciñéndose al marco de las relaciones preferenciales, se puede hacer un somero balance de las aportaciones de la sociometría a ellos y de su alcance teórico y práctico. A nivel del conocimiento del hombre en grupo su contribución intrínseca es bastante considerable. No sólo ha hecho posible el estudio monográfico de múltiples colectividades, sino que también ha sabido sacar a la luz un cuerpo de conceptos operatorios y de «modelos» relacionales de los que aquí sólo hemos evocado las líneas generales. Bajo un punto de vista de diagnóstico, permite sobre todo apreciar

el acoplamiento social de los diversos miembros de un grupo y el grado de clarividencia o de transparencia sociométricas. En cuanto al pronóstico, poner de manifiesto los conjuntos selectivos y los rompimientos permite prever, por ejemplo, el progreso de los rumores o la eventualidad de tensiones, es decir, de escisiones en el seno de grupo. Además las encuestas sociométricas intervienen muy a menudo en las indagaciones generales sobre los procesos de comunicación y de sociabilidad. Se puede hablar entonces de una contribución extrínseca cuyos resultados conviene relacionar con algunas variables de orden puramente sociológico o psicológico. Se ha podido establecer, por ejemplo, la importancia de la situación y de la proximidad espacial sobre los estatutos y las asociaciones sociométricas: estadísticamente hablando, cuanto más central sea la posición que ocupa el sujeto mayores son las posibilidades de que sea escogido; cuanto más próxima sea la vecindad entre las personas, tanto más tenderán éstas a buscarse mutuamente. De este modo se manifiesta la influencia, a menudo levemente consciente, de los marcos sociales sobre el juego de afinidades.

Fig. 3. Este sociograma muestra 6 elecciones en la zona central, 2 a 4 en la zona II, 1 en la zona III, 0 en la zona periférica. Interpretación en cuanto a los estatutos extremos: un sujeto, el muchacho D, es muy popular (6 opciones recibidas); un sujeto, el muchacho F, es al mismo tiempo aislado y solitario: en cuanto a las relaciones más sobresalientes: una estructura en forma de tela implica 5 sujetos (2 muchachos y 3 chicas) cuyo centro es D; un triángulo masculino (A-B-C) no emite ninguna opción hacia el exterior; se discierne un par masculino (E-D) y un par femenino (l-h); las otras reciprocidades implican a D y a chicas que sólo le escogen a él. La cohesión del grupo parece, pues, mediocre, está amenazada por el clan ABC hacia el que el leader D y una chica emiten opciones sin retorno. Todo reposa en el atractivo ejercido por D sobre el conjunto total de las chicas, a excepción de l.



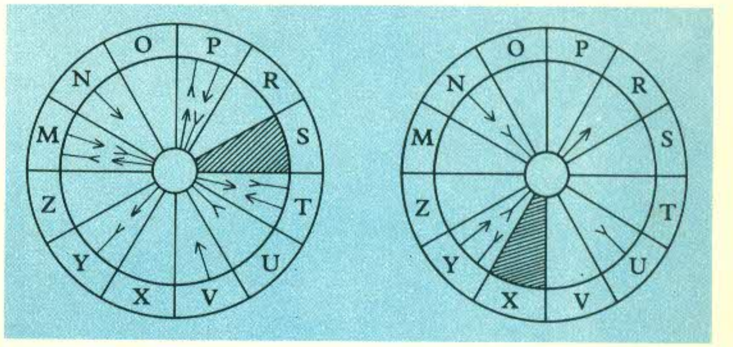


Fig. 4. Estos sociogramas individuales se interpretan del siguiente modo. Sociabilidad del sujeto S: desde el punto de vista afectivo, es bastante expansiva (4 opciones emitidas) y popular (5 opciones recibidas); desde el punto de vista perceptivo, es poco clarividente (ya que sólo percibe 2 de las opciones recibidas y hace una presunción falsa), pero es límpido (ya que todas las opciones que emite son advertidas por sus destinatarios). Sociabilidad del sujeto X: desde el punto de vista afectivo, es un solitario (sólo 1 opción emitida) y más bien olvidado (2 opciones recibidas); desde el punto de vista perceptivo, es muy clarividente (ya que percibe las 2 opciones recibidas y la indiferencia de la mayoría), pero es también opaco (ya que suscita dos presunciones falsas y en consecuencia la única opción que emite no es percibida).

Al nivel de la actuación, las pretensiones de Moreno de promover una especie de «revolución sociométrica» que regenere las relaciones humanas tanto en profundidad como en extensión, deben ceder el paso a proyectos más modestos pero más rigurosos. A nuestro juicio, el campo por el que puede optar la sociometría sigue siendo el de sus orígenes históricos: el de la pedagogía, de la reeducación, la expansión de los agrupamientos espontáneos. Estos resultados permiten, en efecto, bajo ciertas condiciones, preparar y armonizar los procesos de sociabilidad a nivel individual y colectivo — al menos allí donde el sociómetra tenga por único objetivo el interés propio de las personas o de las comunidades consideradas. De este modo podrá facilitar la integración de un individuo aislado acercándole a aquellos que lo aceptan, liberar los poderes de los líderes informales en algunas situaciones colectivas de autogestión, constituir equipos coherentes facilitando el juego de afinidades.

Sería tentador pensar en llevar aplicaciones parecidas al marco de la vida profesional y pública. Pero esto crea en verdad, graves *problemas deontológicos*, puesto que el objetivo que se persigue es, muy a menudo, o bien exclusivamente el rendimiento práctico, o bien, lo que es peor aún, la manipulación de personas y grupos por parte de los que detentan un poder de afectación y de promoción. Por esto, tenderíamos a excluir (salvo en circunstancias excepcionalmente favorables) las intervenciones oficiales y, ante todo, cualquier presión para arrancar testimonios que puedan no ser espontáneos. Si ello ocurriera, el único paso en nuestra opinión sano y pertinente sería el desarrollo de lo que podría llamarse la «sensibilidad sociométrica» de los responsables. Aplicándola tanto a ellos mismos como a su ambiente profesional podría aguzar su percepción psicosocial y orientar eficazmente algunas conductas y decisiones. J. M.

el papel de los pequeños grupos en la intervención social

Hay una imagen que ha dado prueba de su excesiva simplicidad, la de una civilización que evolucionaría sólo en y gracias al sometimiento técnico de la naturaleza: átomos escindidos, galaxias sondeadas y auscultadas, moléculas genéticas sometidas a extrañas permutaciones. Ciertamente todo esto es verdad y revolucionario; una magia razonada, estructurada entre la metalógica y las matemáticas desconcertantes, se adueña de nuestro destino. Sin embargo, el futuro de nuestra especie no depende sólo del poder del hombre sobre el mundo exterior, vivo o inerte, sino también de la estructura interna de su propia humanidad y de las posibilidades que tiene esta estructura de actuar sobre él y de controlar su evolución.

Descubrimiento del individuo y descubrimiento del grupo

Porque también el hombre es problemático; se ha ido evadiendo más y más de las definiciones filosóficas que lo describían tan sencillo como un principio. Se puede proponer aquí una analogía aclaradora: así como los campos energéticos potentes han destruido en los laboratorios de física la ilusión de la insecabilidad del gránulo de materia para hacer surgir un enjambre de partículas paradójicas o fantasmagóricas, así el dinamismo indisolublemente creador de los conjuntos humanos modernos ha puesto de manifiesto detrás de nuestras máscaras, la existencia de abismos en los que reinan insospechadas leyes gravitatorias de las que somos planetas. Era preciso que nuestra sociedad se conmoviese para que pudiésemos descubrirnos como objetos psicológicos, volviendo a veces a sabidurías perdidas.

Freud-el-verídico, desmitificando antiguas instituciones y obscuras tradiciones culturales a la luz de la práctica terapéutica y poniéndose en la escuela de sus enfermos — incluyéndose él mismo —, había desentrañado la naturaleza del inconsciente y la causa de sus desvíos, y enseñado el modo de dominarlo. Gracias al psicoanálisis el hombre no estaba ya tan desarmado ante sí mismo. Pero este hombre, a pesar de reconocer la importancia capital de sus lazos de unión con los demás, seguía siendo objeto de una ciencia curativa que lo trataba *individualmente, separado de sus semejantes*. A lo sumo, el tratamiento colocaba al paciente en sociedad de dos: él y su analista, en el marco de una relación de transferencia. Es cierto que la neurosis se consideraba como una enfermedad social del individuo, pero no como una enfermedad de la sociedad. Para que se pusiera tal extremo en tela de juicio fue preciso pasar por los decenios en que los precursores — hoy todavía insuficientemente conocidos — hablaron ante un auditorio indiferente. Señalemos, además de los escritores políticos, al antiguo presidente de la Asociación psicoanalítica americana, Trigant Burrow quien, inmediatamente después de la primera guerra mundial, lanzaba unas ideas que prefiguraban curiosamente las de Kurt Lewin, e instituía una *práctica de grupo*.

La ciencia y la práctica socioterapéutica europeas, especialmente las del continente, han vivido la curiosa aventura de descubrir la importancia de los grupos humanos de pequeña envergadura (menos de quince personas) basándose en ideas alemanas (como la *Gestalttheorie* o teoría de la forma, e incluso ciertas nociones más o menos concebibles de la fenomenología husserliana) recibidas de los Estados Unidos poco después de la segunda guerra mundial. El pensamiento de Lewin (1890-1947), uno de los europeos expulsados por el nacismo que fecundaron la ciencia americana, fue exportado, más o menos adaptado por aquéllos a quienes inspiraba, al Viejo Mundo cuando los botes de leche condensada cesaron de afluir a él. La idea de la ayuda americana era proporcionar a Europa, después de productos, métodos de productividad: el «pequeño grupo» alcanzaba así su consagración internacional como instrumento de acción práctica sobre las estructuras socio-económicas.

El grupo social accede a la dignidad de personaje, susceptible de ser estudiado en su comportamiento, gracias a Lewin y a la escuela de la *dinámica de grupos*, de la que fue el promotor. Vamos a tratar de aclarar esta noción capital.

Especificidad del pequeño grupo en relación con los individuos.

Para captar la diferencia entre las dos perspectivas, la *individual* y la *grupal*, consideremos un fenómeno banal: alguien, en un pequeño grupo de una docena de personas, se ha adueñado del mando. Para simplificar, supondremos que los miembros de este grupo no pertenecen, por otra parte, a grupos sociales exteriores aliados o antagonistas, o que han sido colocados en el pequeño grupo con la consigna de adoptar una cierta actitud o de ejercer una influencia particular, etc... En resumen, partimos del postulado según el cual las condiciones de funcionamiento de nuestro pequeño grupo no reflejan más que sus propios problemas.

Es lícito estudiar el fenómeno de toma del poder en este pequeño grupo a la luz de la psicología personal de sus miembros. Por ejemplo, las personalidades normalmente do-

minantes se enfrentarán, mientras que los «eternos segundones» se contentarán con seguirles. Profundicemos: quizá podremos relacionar su comportamiento con el hecho de que fuesen el mayor o el menor de sus hermanos, que hubiesen tenido padres autoritarios o débiles. El que logre imponerse podrá ser descrito eventualmente como quien «sobrecompensa» un complejo de inferioridad de raíces muy profundas, y aquéllos que le rindan pleitesía podían ser considerados como faltos de virilidad, circunstancia que les llevaría a buscar protección en los caracteres autoritarios. Del mismo modo, los oponentes pueden ser vistos como individuos que realizan, inconscientemente, su deseo de destronar al padre. Todo esto es plausible y, a un cierto nivel, fundamentado: la situación se explica en este caso a partir de sus actores. *Pero podemos preguntarnos si esto es suficiente.*

Porque de hecho se nos ofrece otra perspectiva: que sin duda el grupo considerado está en un contexto que le plantea problemas particulares (por ejemplo, realizar una tarea de naturaleza dada, resolver un problema más o menos vital). Este contexto particular sitúa al grupo en la necesidad de definirse, explícitamente o no, objetivos intermediarios, medios al alcance de su consecución y procedimientos; fijarse reglas y leyes. De este modo se ha establecido que una estructura *democrática* es menos apta, en casos de apuro, para hacer frente a problemas acuciantes de naturaleza inesperada que puedan comportar consecuencias graves, que una estructura *autocrática*. A partir de este momento, el sistema de estructuración del grupo *tenderá* naturalmente a efectuarse en función de los problemas en despecho de las anteriores ideologías y filosofías de sus miembros. Que sea jefe éste o aquél no es imputable a su propia personalidad más que en la medida en que esta personalidad le designa al grupo como candidato compatible con el sistema de funcionamiento escogido por el grupo para hacer frente a una cierta cuestión que es vital para él. Ocurre también que el grupo desprecie, después de una deliberación o no, la solución de una dirección individual para considerar la de una dirección colegiada. Estos estados pueden alternarse de hecho. Así, la dirección colegiada es, muy a menudo, tanto en los pequeños grupos como en los grandes, la que sucede al derrocamiento de una autoridad autocrática.

En conclusión, se puede considerar que existe una realidad específica del grupo que puede y debe ser estudiada de modo autónomo en relación con la realidad de los individuos. Pero esta es, sin duda, la ocasión de alejar un malentendido posible y casi inevitable. *Reconocer o no la realidad específica de los grupos, y en particular la de los pequeños grupos, en el terreno científico no implica nunca que se toma posición «contra» el individuo «en favor» del grupo, o viceversa.* Del mismo modo, en las ciencias físicas, considerar la molécula como tal y decir que constituye una realidad no significa que se «niegue» el núcleo del átomo. Tanto más cuanto que uno puede y debe situarse en la óptica de los fenómenos específicamente «grupales» si quiere comprender tanto el funcionamiento de las colectividades



El T-Group, o grupo de sensibilización a las relaciones humanas, se basa en el hecho de que, en un pequeño grupo, 6 u 8 personas pueden «funcionar» ágil y espontáneamente, a la vez que toman conciencia de las interacciones dinámicas, lo que permite un modo original de análisis.

que «aplastan» la personalidad de sus miembros como el de los conjuntos humanos armoniosos. *En materia de estudio de los pequeños grupos se debe, pues, preservar resueltamente la actitud científica de toda contaminación ideológica, por bien intencionada que sea.*

Especificidad del pequeño grupo en relación con los grandes grupos.

Sin embargo, una parte de las consideraciones que anteceden pueden aplicarse a grupos de distintas envergaduras. Así, el hecho de que un Hitler llegara al poder supremo en Alemania tampoco debe considerarse como un fenómeno provocado primordialmente por la personalidad del *Führer*. Hay que sondear el abismo de desesperación, ligado al paro y a la inflación, el grado de descomposición del cuerpo politicosocial y los valores tradicionales consiguientes, si se quiere comprender y explicar. También en este caso, los problemas existentes justifican las estructuras desarrolladas, aunque estas estructuras se revelaran a la larga como catastróficas.

La especificidad del pequeño grupo con respecto al grande debe buscarse, pues, en otra parte. El pequeño grupo es, para usar el término anglosajón, un *face-to-face-group*, es decir, un conjunto humano tal que todos sus miembros puedan reaccionar directa y simultáneamente unos sobre otros. La observación corriente muestra que, si unas veinte personas están reunidas alrededor de una mesa para discutir libremente, van a fragmentarse rápidamente en varios subgrupos, más o menos inestables, sin poder mantener un funcionamiento de conjunto a menos que empleen medidas autoritarias, o por lo menos de procedimiento, «plasmadas»

en algunas modalidades de la comunicación (nombramiento de un presidente de sesión, designación de los conferenciantes, etc.). Por el contrario, es posible para una docena de personas llegar a «funcionar» de un modo ágil y espontáneo conservando cada una la posibilidad de implicarse activamente en lo que ocurre.

El «pequeño grupo» goza, pues, de posibilidades que no son las del gran grupo, y menos todavía las de la *organización,* conjunto humano de envergadura más o menos importante, en el cual las relaciones entre miembros corren a cargo de intermediarios especializados, ya que todo el mundo no puede entrar en contacto con todo el mundo. Definiremos pues el «pequeño grupo» como una reunión de una medida lo bastante restringida como para que sea *teóricamente posible* a cada miembro estar simultáneamente en relación directa con cada uno de los demás, sin hacer uso de procedimientos especiales ni dotar a ciertas personas de un papel de intermediarios en la comunicación.

Veremos la importancia de la expresión «*teóricamente posible*». En efecto, la realización de esta eventualidad se enfrenta con dificultades instructivas que permiten concebir la utilización de grupos de pequeño tamaño en el campo de la «sensibilización a los problemas de relaciones humanas», del que volveremos a hablar.

Estas «dificultades instructivas» nos parecen estar basadas en un hecho fundamental de nuestra cultura: la inquietud de los individuos ante los grupos.

El individuo y el miedo a lo social

Aquí nos corresponde volver a hablar de un tema evocado más arriba y que constituye una especie de mito de nuestra cultura occidental moderna: el individuo vivido como una fortaleza asediada por el grupo. Mito que no deja de recordar el del héroe que amenaza ser engullido y descuartizado por el monstruo devorador. Mito universal, pero vivido en este caso según modalidades particulares: lo social inquietante, reino de las normas y de las prohibiciones, intolerante ante cualquier desviación, que ahoga toda vía abierta y quebranta cualquier protesta.

Sin embargo, cuando se escarba en la capa psicológica en que se vive este temor de lo social que impone sus normas, el panorama se modifica ligeramente. Se observa que el individuo no está desarmado y sin defensas tal como le gusta creer, sino que está revestido de capas aislantes y protectoras respecto a su medio ambiente; y sobre todo, que camina enmascarado, portador de un rostro social que refleja más lo que generalmente se espera que sea el individuo que lo que realmente es. Esta máscara es la *persona* (máscara en latín) según la terminología de C. G. Jung. Pero finalmente, esta máscara social deja de ser deliberada; se ha transformado en una segunda naturaleza y a veces cree que es la primera. El individuo se identifica con lo que los demás esperan que sea, «vive» los sentimientos e ideas que «debería» tener y que le han «enseñado» a experimentar, mientras que lo que siente realmente permanece en la penumbra. Cada núcleo del individuo auténtico se transforma entonces en un desconocido para sí mismo, enquistado en un caparazón que le protege de los juicios y reconsideraciones, pero que le ahoga y apresa.

Lo que el individuo acusaba al grupo de ser: una fuente de limitaciones debido a la ley, el reglamento y la norma, vemos que el mismo individuo lo utiliza para su protección. Al mismo tiempo que se acusa a la regla y a la prohibición de liberticidas, se les aplaude como protectores. Mostrarse sin la máscara de obediencia y conformidad al grupo que cada uno se hace, es exponerse a lo peor.

¿Pero qué es este peor? *Vivido al nivel más profundo no se trata de lo peor de la regla sino de lo peor del caos.* La posesión de una gama de sentimientos y conductas prefabricadas, de la panoplia del perfecto civilizado, proporciona el beneficio de no tener que enfrentarse, en cualquier ocasión, a preguntas como: ¿en qué situación estoy realmente?, ¿qué pienso?, ¿qué siento? Todo ocurre como si el hombre estuviese cegado por el pánico a la incertidumbre social, ante el hecho de tener que *analizar* cada situación como una situación *sui generis.*

Este análisis proporcionaría, tal vez, la respuesta más adecuada a la situación dada, pero esta respuesta entraña sus riesgos: los de equivocarse. Ser responsable es ser falible y exponerse a cargar con las consecuencias de la equivocación. Por tanto, el hombre de nuestra civilización se refugia gustoso en la personalidad del robot programado por otro. Vive la incertidumbre, aspecto esencial de la libertad, como una insostenible amenaza del caos. El hombre teme a los grupos en los que no se siente exclusivamente lo que es conveniente sentir, en los que no reina una forma de proceder confortadora, un sistema estable de consolaciones y estatutos —lo que generalmente se considera como un «orden», aunque se eleve en su contra la protesta individual.

El grupo de sensibilización a las relaciones humanas

Pero este «orden» que hace reinar el temor a lo incierto y a lo caótico resulta caro, muy caro, en nuestra sociedad industrial, y esto por una doble razón. Ante todo porque, de un modo que nos diferencia decisivamente de las civilizaciones anteriores, vivimos en una revolución técnica incesante que provoca a su vez una modificación permanente en la forma de las relaciones entre los individuos y entre los grupos.

Así como no pedimos ya a los hombres que aprendan de una vez para siempre tal o cual técnica, sino que se ajusten sin cesar a todos los cambios del mundo del trabajo,

no podemos basarnos en un código intangible del «buen» comportamiento de tal o cual categoría de humanos respecto a tal o cual otra. Incluso estas categorías cambian: unas nacen y otras desaparecen. Es preciso, más allá de cualquier tipo de literatura, que nos modifiquemos permanentemente o que permanezcamos asidos al sistema del «orden» antiguo, tan perecedero como el orden actual o el orden futuro.

Tenemos, pues, la obligación de integrar el cambio como un conocido compañero de todos nuestros actos, lo que postula, en la espantosa complejidad de nuestro sistema económico-social, que la transformación del estado de cosas se adapte a todos los niveles jerárquicos. En resumen, un grupo sólo puede cambiar si todos sus miembros gozan de una auténtica actitud de autonomía en el marco de la adhesión a los objetivos comunes, y no están prisioneros en una red de reglamentaciones que los traben a todas las escalas. La dependencia sumisa, pasiva *como un cadáver,* a la autoridad es el peor enemigo de la adaptación necesaria al cambio, de la *aceptación* del cambio.

Todo esto, lo han hecho resurgir la *dinámica de los grupos* y las corrientes de pensamiento y acción que le están vinculadas. De este modo han situado en el primer plano de la actualidad socio-económica la tarea de formar a los responsables de los distintos niveles para la aceptación del cambio y para la autonomía en el marco de los objetivos comunes. En ese mismo sentido han tenido que preocuparse de todas las posibilidades de comunicación espontánea entre individuos de funciones y formaciones distintas que ello implica; porque la cooperación activa en un clima de cambio supone una comunicación de este tipo en su más alto grado.

El instrumento más importante para tal formación es el *grupo de sensibilización a relaciones humanas* o «*T-group*».

Se trata de un pequeño grupo de una docena de personas que, como consecuencia de su pequeño número, *pueden* vivir y manifestar simultáneamente su pensamiento y sentimientos en contacto directo con cada uno de los otros y con el conjunto del grupo, sin estar obligados a utilizar procedimientos especiales ni dotar a algunos de los miembros del grupo de una función de intermediarios en la comunicación (directores de los debates). Dicho de otro modo, puede pretenderse que estas personas logren *comunicarse* en el más auténtico sentido de la palabra. No tienen otra consigna en la situación (que puede durar, en forma de sesiones, varios días) que tomar conciencia de sus vivencias y expresarlas tanto como lo crean posible. De este modo se sensibilizan a la percepción de lo que son dentro de un grupo, a lo que representa un grupo para ellas y llegan, en consecuencia, a estar más capacitados para tomar conciencia del plano específicamente grupal. Uno o varios analistas, gracias a sus intervenciones y al clima que su presencia hace reinar en el grupo, les ayudan a progresar hacia los objetivos que acabamos de describir. Señalemos que los grupos de sensibilización constituyen, en realidad, una familia de técnicos, a veces bastante dispares, y cuyos objetivos mismos son formulados de distintas formas.

Uno de los intereses esenciales del grupo de sensibilización es que no pueden justificarse objetivamente en su interior los sentimientos de no-comunicación diciendo que el grupo es demasiado grande para que la comunicación y la comprensión reinen entre sus miembros. Es posible entonces analizar las dificultades en comprenderse haciendo de modo que los miembros se den cuenta de que sus propias actitudes son las que no son pertinentes.

La experiencia demuestra que las condiciones privilegiadas del grupo de sensibilización a las relaciones humanas facilitan efectivamente a los participantes la adopción de una posición menos crispada frente a los problemas de los cambios (y en particular la aceptación de ponerse en tela de juicio cuando las circunstancias lo reclaman), el acceder a una actitud de mayor autonomía, el aprendizaje de una mejor comunicación con los demás. Estos puntos han sido objeto de investigaciones sistemáticas: de este modo, el Servicio de psicología aplicada de la Asociación francesa para el aumento de la productividad ha podido publicar, además de sus estudios sobre la teoría del grupo de sensibilización a las relaciones humanas, unos trabajos, en 1961, sobre la valoración científica de los resultados alcanzados por los participantes en grupos de este tipo.

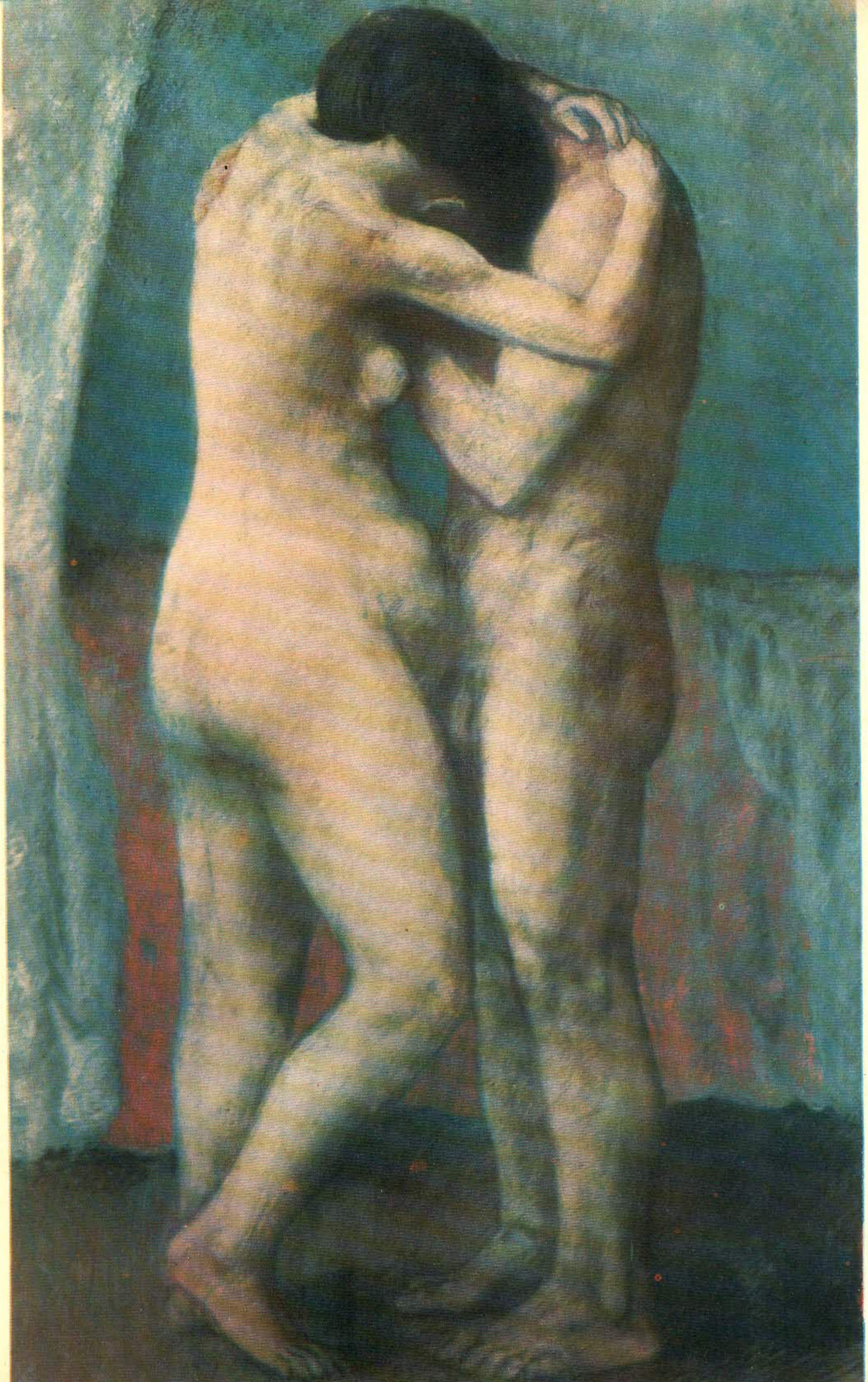
El porvenir de los pequeños grupos

La intervención social mediante pequeños grupos representa el acceso a una nueva dimensión. Con ella, la socioterapia o tratamiento de «grupos enfermos» (que no tienen por qué ser forzosamente grupos *de* enfermos) se aleja del punto de vista clásico individualizante, el de la psicoterapia individual o de la pedagogía que no veía en una clase nada más que una suma de alumnos.

Finalmente, la universalidad de la crisis de integración a los cambios incesantes, en los países adelantados industrialmente, hace que la socioterapia afecte en justicia al conjunto de nuestras estructuras, y ya no tan sólo a una cierta empresa, a una cierta administración. La utilización del grupo como instrumento de acción multiplica las posibilidades de intervención. Al mismo tiempo, la socioterapia se ve obligada a hacer suyos más y más los problemas de nuestra época, y, preconizando la adaptación al cambio, encarnar en la evolución rápida de sus propias técnicas el cambio permanente.

Este es el motivo por el que aquí nos hemos centrado preferentemente en los problemas sociales y en el espíritu general de la respuesta que aporta a ellos la perspectiva de los pequeños grupos en vez de fijarnos en la descripción detallada —y rápidamente superada— de esta o aquella técnica particular.

R. M.



JAMES K. GARFIELD

la vida sexual

Todo un volumen no bastaría para tratar de la vida sexual, y aun así tendría que ceñirse a los aspectos principales de la cuestión y a los problemas que, a juzgar por el lugar que han encontrado en la literatura y la prensa, parecen constituir una preocupación fundamental para el hombre de hoy. Por tal motivo, este estudio considera sólo un tema, si no el más central y oportuno, sí, al menos, el más compatible con la intención general de la presente obra: se intentará aclarar e ilustrar el significado cultural de la sexualidad, considerándola como una forma más de la vida social.

La idea de que la vida sexual pueda ser sólo una forma entre otras de la vida social — idea, sin embargo, trivial bajo muchos aspectos — desconcierta sin duda algunas de nuestras más profundas intuiciones, o algunos de nuestros métodos de pensamiento más fuertemente arraigados. Ciertamente, todos sabemos que las sociedades dictan códigos jurídicos o morales para reglamentar el ejercicio de las relaciones sexuales y proponer un ideal que la conducta individual respetará o interpretará a su modo. Pero parece natural no ver en estas codificaciones explícitas o implícitas más que superestructuras y buscar por otros caminos el significado humano de la sexualidad. No parece dudoso, en efecto, que la sexualidad lleva a cabo, aunque sea a través de ritos o estilos en parte convencionales, móviles instintivos específicos, que biológica es su energía y biológicas sus miras. Tampoco parece dudoso que la relación sexual, vivida en la intimidad o en la reciprocidad de conciencias, sea, al menos en ese nivel, asunto de las personas y no de las instituciones. La vida sexual, profunda como el amor que es capaz de expresar, y estrictamente determinada como el hambre y el sueño, se mueve entre estos dos polos.

Pero sin intentar de ningún modo poner en duda estas confortadoras dialécticas, nos ha parecido esencial subrayar aquí que entre estos dos polos, precisamente, la sexualidad encuentra y conoce el conjunto de la cultura, y que la conoce tan bien y tan íntimamente que la vida sexual de un grupo representa a la cultura del mismo de forma tan válida al menos como cualquier otra obra colectiva: arte, economía, religión. No bastará pues, para un propósito de este tipo, mostrar cómo, según las épocas y los lugares, varían las normas y las costumbres, las fronteras del bien y del mal. También será necesario, a partir de algunos ejemplos, sugerir — guardándonos sin embargo de sacar conclusiones — que la vida sexual se desarrolla efectivamente como un juego social que no podría entenderse si no se intentara captarlo en su conjunto.

El terreno de lo sexual

No hay que sorprenderse demasiado si, al principio de este análisis, no intentamos dar una definición demasiado precisa de la vida sexual. Más bien se pondrán de manifiesto las dificultades con que habría que enfrentarse para optar por una y se advertirá que esta imposibilidad de fijar límites al campo de las conductas sexuales no es un azar del lenguaje ni un escrúpulo de filósofo: está ligada, como se dice, a la «naturaleza de las cosas».

Ciertamente, el lenguaje cotidiano entiende o sobreentiende por sexual, aquello que se relaciona directamente con la actividad genital. Pero no es preciso adherirse al freudismo para renunciar a esta limitación. Numerosas actitudes sociales, expresiones o representaciones culturales, que no tienen ninguna relación explícita o consciente con el comercio genital, no pueden ser excluidas del terreno de la sexualidad. Ahí están nuestros sueños para advertirnos de ello, incluso sin recurrir a las interpretaciones del psicoanalista. Pero aún hay mucho más que estas intrusiones inesperadas del inconsciente. Nos guste o no, adoptamos en sumo grado actitudes colectivas: reglas de la moda o de la cortesía, opiniones sobre las mujeres y el matrimonio, sin hablar de múltiples normas éticas o estéticas que si bien no son vividas individualmente como sexuales, no se explicarían de ningún modo fuera de una semántica que sea o haya sido sexual al menos parcialmente. Para el sociólogo o el historiador, *Terre des Hommes* constituye, para estudiar la vida sexual de una épo-

El abrazo, visto por Pablo Picasso.

ca, un documento de la misma categoría que *Lady Chatterley,* y esto, bien entendido, sin que haya que atribuir a Saint-Exupéry intenciones o motivaciones equívocas; la condesa de Ségur nos facilita testimonios tan valiosos como los hermanos Margueritte, y los consultorios sentimentales nos enseñan más que *l'Histoire d'O.*

Lo mismo puede decirse a escala individual. La clínica psicológica nos ha acostumbrado a descubrir significados o etiologías indiscutiblemente sexuales bajo conductas o síndromes que se ponen de manifiesto por su rareza, pero no por su orientación expresamente genital. ¿Cosas de anormales? Un mínimo de buena fe nos hará reconocer rápidamente en nosotros mismos las líneas generales de tal o cual esquema de reacción que la teratología psicoanalítica nos muestra, exagerada y con toda claridad. «Polimorfo perverso» decía Freud del niño, y la expresión ya no extraña: sin seguir al vienés en su visión del mundo y sus explicaciones sistemáticas, hemos aprendido por lo menos a desconfiar de la inocencia.

Podría tal vez pensarse que razonando así se complica uno la tarea indefinidamente. Puesto que la ciencia tiene interés ante todo en circunscribir y registrar las cosas, la sexología tendrá ya bastante trabajo si se limita a describir los comportamientos sexuales, en su estricta connotación genital. Así lo hizo el equipo de Kinsey y sus numerosos sucesores quienes, según su propia expresión han observado la vida sexual del hombre contemporáneo como entomólogos. Y sus investigaciones, bien construidas y bien controladas, nos han enseñado indiscutiblemente cosas inesperadas. Se puede desconfiar de los datos numéricos, y objetar que nunca uno se reconoce a sí mismo ni a nadie en la silueta del «homo medius» estadístico, la constatación de Kinsey nos concierne directamente. Pero sin salir del terreno de la investigación estadística, supongamos, por ejemplo, que queremos informarnos acerca de la homosexualidad femenina en la América de hoy. ¿Tomaremos en consideración el 19 % de mujeres que confiesan a Kinsey haber tenido relaciones propiamente sexuales con ‚compañeras del mismo sexo, o bien el 50 % de mujeres de otra encuestadora que ha clasificado también en esta categoría las relaciones pasionales entre mujeres, relaciones que han sido siempre castas, pero reconocidas como «amorosas» por las interesadas? Además, ¿aceptaremos contar como una unidad toda experiencia homosexual, o estableceremos cuidadosas diferencias entre las amistades singulares del colegio, las de la edad adulta y aquellas en las que hay una neta diferencia de edades? Los datos numéricos, como estamos viendo, son ambiguos puesto que ignoran, por sistema, los significados y los contextos. No se trata aquí de negar importancia ni tan sólo de poner en entredicho su técnica operativa, sino de poner de manifiesto que la información que proporcionan no basta para tratar un tema como éste. Por lo demás, el Dr. Kinsey se da perfecta cuenta de ello: su capítulo sobre la homosexualidad masculina, en el primer *Rapport,* se abre a consideraciones semánticas, señala que hay homosexualidades «verdaderas» y «falsas», y otras «latentes» que escaparán al inventario de comportamientos. El autor, es cierto, se desembaraza (está en su más estricto derecho) de estos matices incompatibles con las exigencias metodológicas de su trabajo. Hay que agradecerle, al menos, que se haya impuesto la obligación de señalarlos.

Permítasenos una aclaración para terminar estas consideraciones preliminares, que, aunque banal en sí misma, es esencial para nuestra opción. Si la sexualidad del hombre se realiza o manifiesta extensamente más allá del comercio intersexual, del mismo modo, el comercio intersexual, aquel que tiende a actos sexuales indudables o los alcanza efectivamente, incluye unas motivaciones, usos o normas cuyo origen y sentido son exteriores no ya al instinto (lo cual es totalmente evidente) sino incluso al interés sexual propiamente dicho. Si el arte o la especulación, los juegos sociales y a veces incluso la vida religiosa, constituyen otras tantas ocasiones de sublimar o compensar frustraciones genitales, ¿no sirve, en cambio, el ejercicio sexual para satisfacer también otras ambiciones u otras frustraciones? Algunos buenos autores — literatos, es cierto — han hecho que nos apiadásemos de los «hijos de la noche», hijos de la miseria más que del amor. La clínica social o individual de la adolescencia rebosa de fenómenos análogos y muestra las contradicciones o disociaciones permanentes, en los mismos jóvenes, entre los ideales sexuales, según que pongan los ojos en tal o cual categoría de compañero. Y cuando Freud llamaba sexual a «todo aquello que afecta a las relaciones de cualquier tipo entre los sexos», y hacía de la *libido,* en un sentido ya muy amplio, la energía única y la suprema motivación de las conductas, Adler, con fines terapéuticos y explicativos parecidos a los de Freud, planteaba como «situaciones fundamentales» la voluntad de poder y la reacción frente a las inferioridades a las que subordinaba, si era preciso, ciertas formas de conductas sexuales.

Por este conjunto de razones no hemos creído prudente ni oportuno, al menos en un libro que se titula *El hombre y los otros,* limitar por adelantado el terreno de la vida sexual. Ciertamente, nuestros ejemplos y análisis versarán primero sobre el tema de las relaciones genitales. Pero trataremos de mostrar en qué contexto colectivo se definen y son vividas, evitando hasta el final la supercherería consistente en disponer, sin ningún otro tipo de proceso, una filosofía del hombre y del destino sobre una descripción de la sexualidad tal vez excesivamente universal.

El amor en libertad

Si damos fe al libro del etnólogo Verrier Elwin, *Maisons des jeunes chez les Muria* (1947; trad. fr. NRF, 1959), existe por lo menos una comunidad humana cuyos miembros «no tienen complejos», como diríamos vulgarmente. Las relaciones sexuales, aparentemente, no plantean ningún problema, y los muria desconocen la rivalidad amorosa así como el sentimiento de culpabilidad en este aspecto. El acoplamiento, dicen, es algo bueno, es sano y hermoso. ¿Se trata de una «moral»? ¿Para qué y por qué motivo? Los muria explican

sencillamente: «el deseo no está regido por reglamentos, nuestras relaciones tampoco» [1].

Entremos en efecto al *ghotul,* casa de los jóvenes o, para expresarlo mejor, verdadera casa comunitaria de la cultura sexual. Los *chelik* y las *motiari,* chicos y chicas solteros, integrados ya a la vida colectiva pero sin acceso todavía a las responsabilidades sociales — es decir, adolescentes — forman allí parejas ocasionales tan variables como se quiera, se acuestan, se acarician (la masturbación recíproca es más corriente que el beso) y eventualmente copulan. Las *motiari* no tienen nada, según parece, de lo que en nuestra sociedad llamaríamos «chicas fáciles». A menudo son tímidas e indecisas y, cosa que puede sorprender en este contexto, temen el embarazo lo mismo que una jovencita de nuestra buena burguesía. Sentado esto, los *chelik* las tratan con la delicadeza exigida. De ordinario, el chico es quien da los primeros pasos, ofreciéndole regalos, pero la *motiari* es quien se reserva la iniciativa del «paso a la acción», después de unos preliminares bastante largos, necesarios sin duda por un cierto embotamiento de las tensiones eróticas debido a la costumbre y a la promiscuidad.

El romanticismo pierde todos sus derechos sobre estos juegos amorosos de los que todo el mundo habla con benevolencia — o con toda serenidad al menos, incluso delante de los niños. Las relaciones apasionadas, exclusivas, incluso las preferencias demasiado marcadas, no son bien vistas. En el *ghotul,* los jefes cuidan del cambio de compañeros, y las afinidades electivas — que a veces existen — se ven reducidas a manifestarse clandestinamente, mediante astucias diversas. En el lenguaje de la tribu, rico, sin embargo, en términos que describen las sensaciones variadas de cada órgano sexual. no existe ninguna palabra para designar ese «apetito-de-los-cuerpos-y-de-los-espíritus» que expresa el vocablo «amor» en nuestras civilizaciones.

En el *ghotul* se admiten niños y niñas desde los seis o siete años, pero no se les hace participar en las actividades sexuales o sociales de los púberes. No se integrarán realmente al *ghotul* hasta más tarde, tras una ceremonia en la que cada cual recibe un nombre y una función, signos e insignias y muy sabios consejos: «Servid al gobierno (del *ghotul*). Dad de comer a los funcionarios y al extranjero. Servid y alimentad a vuestro padre y a vuestra madre...» etc.

De este modo, parece ser que las «perversiones», en el sentido amplio de desviaciones de las normas usuales, no existen en absoluto entre los muria. Nada de zoofilia, nada de exhibicionismo, y el onanismo individual es raro como sustituto de la relación sexual. Tampoco se da la homosexualidad, excepto en las diversiones — tentativas o simulacros — de los niños entre sí: prácticas de menores, prácticas menores. Hace sonreír, no tiene importancia. La delincuencia es casi nula: es raro el robo, si se exceptúan algunas rapacerías que, por lo demás, la costumbre ha convertido en lícitas (robar un pollo en ocasión de una boda o cuando hay danzas ceremoniales alrededor de un poblado). El asesinato es inexistente, lo mismo que la violación. Los muria son gente muy sabia y de buena compañía. La libertad sexual del *ghotul* no tiene nada de orgiástica y el «sentido común» basta, por lo menos en apariencia, para resolver la mayoría de las cuestiones que podrían plantearse.

[1] Los muria viven en los valles y montes boscosos del antiguo Estado de Bastar, Centro de la India). Eran unos 100.000 en 1941. No parece ser que un extranjero haya sido nunca admitido al *ghotul.*

La institución de los «dormitorios»

El cuadro paradisíaco que hemos evocado reclama, sin embargo, unas cuantas observaciones que precisarán algo su significado y alcance. Sépase, ante todo, que este tipo de *ghotul* — acerca del cual Elwin nos dice que se preguntaba a veces si estaba «cien años atrasado o cien años adelantado» — no está extendido geográficamente ni es históricamente primitivo. En segundo lugar, téngase en cuenta que la libertad sexual de los muria no excluye para nada reglamentaciones muy estrictas y muy precisas, no sólo para asegurar la disciplina interior del dormitorio común, sino también para fijar de forma rigurosa el «campo de ejercicio» legítimo y el buen uso de las propias actividades sexuales. Y finalmente piénsese que aunque Elwin haya minimizado este aspecto de la cuestión, se sospecha, al leerle, que más de un «problema» psicológico sigue planteándose a los muria, y que el psicoanalista hallaría amplia materia de reflexión en el contenido de las leyendas, bromas tradicionales y ritos que el autor nos ha transmitido.

La institución del dormitorio común está muy extendida por todo el mundo, pero la organización y funciones que se asignan a estos dormitorios presentan profundas diferencias. La única «constante» es la expresa articulación de este sistema con la vida colectiva de la tribu en su conjunto, de modo que, siempre y de forma primordial, se debe considerar al dormitorio como un centro de vida social, aunque susceptible de sufrir especializaciones diversas. A veces, está ligado principalmente a las actividades guerreras del grupo, como en Guatemala, donde el *calpule* era un verdadero colegio militar que agrupaba a una élite de 400 jóvenes; en otros lugares tiene relación con la vida ceremonial y de magia, de la que puede formar parte el erotismo, como en los *darimus* de los papúes kiwai en Nueva Guinea; otros, el dormitorio sería más bien «una institución matrimonial en período de prueba», como decía A. E. Jenks en 1905 refiriéndose al *olag* de los bontoc igorot en las Filipinas.

Naturalmente, estas funciones diversas pueden interferirse, pero la etnografía de los dormitorios no sería la etnografía de la vida sexual, ya que ésta no representa ni el fin primordial ni la consecuencia del sistema. Y los autores no coinciden siempre en la importancia ni en la forma que les asignan. Lo que sí ha quedado establecido es que en ciertos lugares, en Melanesia por ejemplo, el dormitorio común, lejos de proporcionar un lugar y un estatuto al comercio sexual, desempeña un papel de estricta segregación: la casa de



los hombres es tabú para las mujeres. En otros pueblos se conocen también dormitorios de mujeres (solteras) en los que no se admiten a los hombres excepto bajo ciertas condiciones. En la Nueva Guinea británica, entre los wagawaza, las chicas solteras se retiran al llegar el crepúsculo a sus *potuma,* casas abandonadas que se les ceden. Seligman cuenta que, caída ya la noche, los muchachos se presentan en tropel ante el *potuma.* Un delegado va a parlamentar con las chicas que designan el compañero de su gusto. Los afortunados elegidos entran entonces al *potuma* donde se canta y se charla; luego, se acuestan completamente vestidos y las relaciones sexuales pueden tener lugar «cuando un muchacho se despierta y ve que los demás duermen».

En las Nuevas Hébridas el procedimiento es distinto. El *imeium* es una casa reservada para los jóvenes solteros. Normalmente prohibido a las mujeres, después de cada ceremonia de circuncisión, el *imeium* abre sus puertas a una chica, designada por un poblado o una tribu, la *iowhanan.* Acicalada, ataviada y vestida de forma especial (una falda más corta que la de las otras mujeres, pendientes de concha de tortuga, etc.), la *iowhanan* tiene la misión de iniciar a los jóvenes en los misterios de la sexualidad y servir de compañera a los no tan jóvenes. Durante el tiempo de la *iowhanan,* las madres llevan los alimentos a sus hijos y mantienen estrictamente apartadas a las hermanas. Terminado el «período» la *iowhanan* «se reincorpora a su estado» volviendo a su poblado, el cual recibe un tributo a cambio del servicio prestado: toma de nuevo sus vestidos y ocupaciones ordinarias y se casará más tarde como cualquier otra. El *imeium* pasa entonces, hasta la próxima circuncisión, por un período de abstinencia (según C. B. Humphreys, 1926). Podrían multiplicarse los ejemplos: la diversidad de costumbres y culturas —y a menudo, es cierto, la discordancia de los relatos— desconcierta ante cualquier intento de clasificación metódica de las formas de vida sexual organizadas. La vida sexual, como tal, no constituye un fragmento aislable de la vida de las sociedades.

Por otra parte, se tendrá en cuenta que en el país Gondi, donde viven los muria, hay dos tipos de *ghotul* que no ven la libertad sexual del mismo modo. El que hemos descrito primero parece históricamente más tardío que el tipo *jodidâr* en el que se impone «la fidelidad a un solo compañero durante todo el período que precede al matrimonio». Cada *chelik* tiene su *motiari* como propiedad exclusiva en una relación muy vigilada. Están permitidas las rupturas, pero la infidelidad es estrictamente castigada. Sería lo mismo que ocurre, según Malinowski *(La vie sexuelle des sauvages du N. O. de la Melanésie,* trad. fr. 1930), en los *bukumatula* de las islas Trobriand, donde hay casas de prometidos, que albergan un número limitado de parejas estables. El autor los caracteriza por la estricta «apropiación» recíproca de los compañeros, la

¿Pueden estos gestos eternos de amor, guiados por el instinto, formar la lógica de los cuerpos? Tal vez. Pero, por muy intimamente que se viva, el comportamiento amoroso necesita que la cultura le dé una disciplina y una significación. En la India del siglo XIII no se concebía el amor ni la unión de los cuerpos como sucede en nuestros días.

«rigurosa decencia» y la «ausencia de cualquier manifestación orgiástica o disoluta», la ausencia de cualquier lazo legal y la «exclusión de cualquier otra comunidad de intereses en la pareja, que no sean los de la cohabitación sexual». Malinowski señala, por otra parte, que los ocupantes del *bukumatula* se preocupan a veces más de respetar el código del honor y los derechos sexuales en el interior de la casa que en su exterior.

Lo que entonces podrá parecer extraño es que, si bien en ciertos casos estas parejas de prometidos acaban por contraer matrimonio en la debida forma, no ocurre siempre así. No faltan ejemplos de tribus en las que los matrimonios legales son matrimonios de conveniencia, arreglados previamente por los padres y sin ningún tipo de relación con esas uniones libres pero estables que definen la temporada de los amores del *ghotul*.

Valores sociales y sexualidad

En resumen, hay en el mundo las formas de vida más aparentemente contradictorias, y un grupo, por ejemplo, que frente a la sexualidad de los jóvenes muestra una tolerancia altamente sorprendente a nuestros ojos, puede, en lo concerniente al honor de la familia y la dignidad del matrimonio, expresarse con tanta pompa y seriedad como el más caricaturesco de nuestros nobles padres burgueses. El matrimonio, y la preparación para el matrimonio, bajo el aspecto que sea, son dos asuntos completamente distintos: cada uno tiene su regla y sus instituciones. Y lo importante era observar que ésta no está menos organizada, codificada y, si se quiere, moralizada, que aquél.

Así, a pesar de su apariencia laxa, a pesar de su interés declarado en desarrollar a todos los niveles, e incluso al de las relaciones sexuales, una forma de vida comunitaria y supuestamente sin limitaciones, la cultura «primitiva» no elude habitualmente ninguna de las categorías éticas que fundan nuestra moralidad tradicional. La dignidad del matrimonio, la propiedad familiar, los deberes personales inscritos en el orden social, definen la virtud por excelencia del adulto: la responsabilidad.

Viendo las cosas de este modo, la institución del *ghotul* ya no se nos presenta como la expresión folklórica de una sexualidad inocente, consciente de sí misma y milagrosamente preservada de las limitaciones convencionales de una ideología de importación. Por el contrario, el *ghotul* da un orden a la sexualidad y, como dirían nuestros filósofos, un valor determinado en y mediante la escala de valores éticos que se fija el grupo social como ideal y por necesidad. El éxito de los muria, si lo es —y aquí es superfluo discutirlo— no consiste en haber dejado en libertad al amor, sino el haber creado una organización social y una cultura con un lugar para cada cosa: un lugar y un tiempo para la vida de familia, un lugar y un tiempo para la juventud y sus juegos; un código para las cosas serias, pero también un código para el juego de la adolescencia. Igual que en otras partes, el mejor de los mundos no es el de la naturaleza; es, si nos atenemos a Rousseau, el de un contrato social y, en nuestro tema, el de la sexualidad moderada, porque se inscribe dentro de una civilización bien organizada.

Organización es, en efecto, el término que se impone constantemente y en todos los aspectos. El *ghotul,* de aspecto libertino, con sus uniones forzosamente vicarias, es el prototipo del producto cultural elaborado, fruto de la decisión social y no del vagabundeo expansivo de una libido que, como la del bohemio, no hubiese conocido ninguna ley. Como institución pedagógica ha sido perfectamente concebido para proveer a una doble función de promoción y preservación. Por ello tiene el doble aspecto comunitario y segregador. Hemos señalado que, en general, es más tardío que el *jodidâr,* y se sabe expresamente que en algunos lugares fue instituido para evitar los escándalos o los dramas que, al perturbar el *jodidâr,* amenazaban el equilibrio social. ¿No será, en particular, porque el *jodidâr* anticipaba en la infancia y la adolescencia la estructura de los lazos socio-sexuales de los adultos?

Finalmente —y no es ciertamente lo menos importante del asunto— se notará que la organización de la vida colectiva en el *ghotul* y su articulación con las actividades so-

En Nueva Guinea (como entre los muria de la India) los jóvenes viven en dormitorios comunes antes de la iniciación sexual y religiosa de la pubertad practicada en una casa ritual; aquí vemos el interior con los emblemas de los dioses (foto Villeminot-Connaissance du Monde).



ciales de la tribu tienen la contrapartida de una reglamentación relativa a la propia sexualidad. Ya sea de origen utilitario, o proyecte en la vida de los individuos las categorías de la mitología colectiva, esta reglamentación impone a la vida sexual una ética y no ya simplemente una jurisdicción. El acto sexual es, sin duda, el mejor y más feliz de la existencia, pero es necesario que se lleve a cabo en unas condiciones culturales bien definidas: que los amantes no estén separados por ningún tabú de parentesco, casta o poblado; que el acto no se efectúe durante períodos prohibidos (por ejemplo, durante la menstruación y los días siguientes, durante los cuales creen los muria que el peligro de embarazo es seguro, ni tampoco durante los períodos socialmente santificados como los días que preceden a las grandes fiestas o las cazas ceremoniales); que no se realice en lugares prohibidos, es decir, fuera del recinto del *ghotul*, que tiene una protección sobrenatural contra el pecado. Es una falta grave de un hermano mayor tener relaciones sexuales delante de la *motiari* de su hermano menor. Es una falta grave de una pareja hacerse el amor en la plataforma desde la que los muchachos vigilan las simientes que están madurando: una infracción de este tipo puede atraer los tigres al poblado. Se han de evitar del mismo modo ciertos lugares frecuentados por un dios o un espíritu, y circulan las más espantosas leyendas que cuentan los castigos sufridos por los delincuentes.

Ternura y sensualidad: es fácil — verdaderamente demasiado fácil — hallar en todas partes y siempre estas dos caras del amor. ¿Pero tienen estas categorías el mismo significado en Nueva Guinea... (foto inferior)



Disciplina y segmentación social

Algunas aclaraciones precisarán cómo refleja la vida sexual la organización del grupo social. La primera consiste en destacar más aún la distinción muy marcada entre las edades y los estatutos correspondientes. Una psicosociología de la vida sexual debería empezar probablemente por examinar cómo se hace, en un grupo dado, la separación de las generaciones, esa estratificación de las actividades y de las morales, que constituye un hecho social ineludible que, al menos, se enfrenta con las ambiciones de un humanismo integrista y se complica con las estratificaciones propias de las subculturas, de las clases sociales, etc., en una civilización algo «diferenciada». No nos hagamos ilusiones: el *ghotul* de los muria sólo es concebible en una sociedad suficientemente estable bajo el punto de vista económico y religioso, una sociedad que ha sabido ciertamente hallar su equilibrio institucional, pero que es y sigue siendo una sociedad conformista. Puede creerse entonces que el problema pedagógico fundamental, tanto para la sociedad como para el mismo sexo, es justamente el de la adolescencia, pero este problema no es tan psico-biológico como social.

Nuestras sociedades civilizadas han vivido durante mucho tiempo, y sin duda viven aún, con el mito de la crisis de la pubertad. Decimos bien el «mito», no porque esta crisis no corresponda a un acontecimiento biológico con probables repercusiones psicológicas, sino porque la diferencia cada vez mayor entre la madurez genital y la madurez social no ha dado absolutamente ninguna solución específica. Mito en sentido doble, un doble equívoco, ya que se presenta la preocupación sexual como sólo encuadrada en la pubertad, mientras que nuestros ideales querrían diferir la solución hasta la inserción efectiva en la sociedad de los adultos. El adulto reprime entonces en el adolescente la sexualidad del adulto, y seguramente por tal motivo, en nuestras sociedades se ve a tantos adolescentes imitar la sexualidad del adulto (la que es oficial y que se prohíbe igualmente) y a tantos adultos que intentan indefinidamente vivir una sexualidad de adolescente, concebida en abstracto o entrevista en ocasión de un encuentro contingente, de una experiencia privilegiada. Bien entendido que, como es de rigor en todos estos fenómenos de marginación y represión, el adolescente se hace cómplice de este mito, al mismo tiempo que lo niega: nadie tiene menos conciencia del adolescente que el adolescente, o, si tiene, esta conciencia, sólo se expresa a través de la negación de la infancia o de la competición con los «viejos».

Se dirá, claro está, que el problema rebasa ampliamente la cuestión sexual. Es cierto. Nuestro propósito aquí es justamente mostrar que la «cuestión sexual» no es *nunca un simple asunto de sexualidad*. Que se llame entonces a la vida sexual de los jóvenes muria «liberada» o «domesticada», es cosa de palabras. Lo importante es ver lo muy minuciosamente organizada que está dentro del marco de las actividades colectivas y en cada uno de los planos en que se desarrolla la vida del poblado o de la tribu, según se trate de un *nani* (niño albergado en el dormitorio), un *chelik*, o un cabeza de



...y en los jardines del Palacio de Luxemburgo? En esta relación tan trivial y personal se perfila la cultura en su totalidad y de forma doble: por el estilo expresivo y por la explotación que hace inevitablemente el sujeto del material simbólico del Eros (foto Villeminot-Conn. du Monde).

familia. Cada cual podrá entonces, según sus gustos, maravillarse de esta disciplina consentida o lamentarse de este permanente «asumir» y de este conformismo desolador.

No hay, pues, vida sexual sin normas, y ver en ellas sólo unas limitaciones más o menos oportunamente impuestas por el grupo para protegerse de la anarquía del instinto, es esquematizar en demasía. Lo propio de una cultura es constituir un sistema lo más coherente posible de prácticas y de leyes, de técnicas y de valores. En este aspecto, hay que considerar los valores sexuales como unos valores entre otros. Antes de discutirlos intrínsecamente, por referencia a una hipotética conciencia ya socializada, hemos de intentar comprenderlos en el conjunto de su contexto cultural. Para ilustrar este «horizonte de significado», recordaremos algunos ejemplos clásicos, culturalmente muy distintos aunque geográficamente próximos, en los que podrá verse que las actitudes que afectan a la vida sexual no podrían ser comprendidas fuera de unas condiciones de vida o de unas representaciones colectivas que definen para el grupo lo que se tiene el perfecto derecho de llamar una filosofía de la existencia y que el término cultura expresa más modestamente.

El amor devorador de las marquesianas

Se cita a menudo el caso de los habitantes de las islas Marquesas como ejemplo de una población dominada por la angustia y también como ejemplo del papel compensador que puede adquirir la sexualidad como respuesta a ciertas frustraciones, sobre todo alimenticias. En realidad, la angustia de los marquesianos es doble, debido a que la alimentación es entre ellos tan problemática como la sexualidad.

En primer lugar, estas islas ecuatoriales, situadas en el extremo este del archipiélago polinesio, sufren largos períodos de sequía. El temor al hambre es una obsesión permanente y se manifiesta en los más variados aspectos del comportamiento social: reglas complicadas para los rituales de los banquetes, decoración que valoriza en alto grado los utensilios culinarios, comercio organizado bajo la forma de cambio de dones con estrictos principios de equivalencia, sin hablar de diversas formas de canibalismo y del terror de ser devorado por su vecino.



El erotismo, más aún que la vida sexual propiamente dicha, de la que es la forma más intelectualizada, lleva el sello de la civilización. Se sabe lo mucho que varían, según las épocas, los cánones de la belleza. ¿Quién explicará por qué una imagen como ésta puede emocionarnos?

Por otra parte, en el primer tercio de siglo, en las Marquesas había cinco hombres por cada dos mujeres. El régimen conyugal es, pues, de poliandria, es decir, de «matrimonio en grupo». Cada mujer indígena tiene dos o tres esposos, y las cabañas de los jefes reúnen a una docena de hombres y tres o cuatro mujeres con iguales prerrogativas sexuales. La hospitalidad sexual se practica ampliamente, y la libertad es bastante grande tanto antes como después de la boda, lo que no excluye la angustia de los hombres ni a veces las rivalidades ni ciertos comportamientos bastante curiosos y literalmente ambivalentes.

Por ejemplo, son muy raras las condiciones sociales de las que la mujer es excluida en razón de su sexo; pero todo el sistema de producción económica reposa sobre los varones. La mujer reina en el hogar, toma la iniciativa en las relaciones sexuales, obliga a sus compañeros a rituales complicados, y la distribución de sus favores asegura el control de sus esposos; pero el jefe oficial de los moradores del hogar es un hombre (salvo excepciones en favor de la primogénita). El marquesiano vive con el temor de ser repudiado por insuficiencia sexual, es decir, de ser devorado por la mujer, y la asociación previsible del tema alimenticio y del tema sexual se traduce en la creencia de que el órgano viril es para la mujer un equivalente de la nutrición. Pero entre sí los hombres afectan un cierto desprecio hacia el bello sexo, cuyas inferioridades se complacen en subrayar verbalmente. Añadamos ese comportamiento citado con frecuencia e interpretado diversamente: los celos masculinos, normalmente proscritos, que se traicionan en la borrachera y engendran vivas disputas; pero siempre son vivamente desaprobados y los que los han manifestado se muestran muy avergonzados una vez serenos.

En cuanto a las mujeres, si aparentemente tienen la molestia de elegir, no dejan de rivalizar en coquetería y virtuosismo amoroso, ya que se trata, para ellas, de conquistar el mejor partido. La maternidad se valora mucho y confiere prerrogativas todavía más importantes sobre los hombres; así, las marquesianas sufren frecuentes embarazos y se dice que los embarazos nerviosos constituyen entre ellas las manifestaciones neuróticas más corrientes.

No parecerá extraño que en tales condiciones se desarrolle el culto del erotismo, tanto en las ceremonias orgiásticas como en las prácticas educativas. En las relaciones paterno-filiales, se ha dicho que la sensualidad toma el lugar de la ternura. Las madres inician muy pronto a su prole en las artes del amor y en las valoraciones corporales que les van ligadas. La educación de la niña la prepara más bien para su papel de amante que para el de madre: porque la importancia de la maternidad no alcanza a conferir prestigio y poesía a los «cuidados maternos» propiamente dichos, los cuales son transferidos lo antes posible a los maridos de segundo rango.

Los juegos sexuales, contactos, acoplamientos o simulacros, son prácticas corrientes antes de la pubertad. Entre la pubertad y el matrimonio, los jóvenes de ambos sexos, además de la libertad sexual que se les concede, tienen el deber social de animar las ceremonias públicas cantando, bailando y prestándose a los deseos de los invitados varones. En estas fiestas orgiásticas, los hombres hallan no sólo la ocasión de satisfacer su penuria sexual y alimenticia, sino también la de compensar su inferioridad de hecho frente las mujeres: la dramaturgia folklórica reserva gustosa los papeles malos a las mujeres, a las que se representa como caníbales o ladronas del alimento de los niños.

Así es, descrita a grandes rasgos, la vida sexual de las marquesianas. Tanto en el plano de las costumbres como en

en el de los significados, se puede ver al menos hasta qué punto está relacionada esta vida sexual con la vida económica y social, hasta qué punto responde, en su conjunto, si no en el detalle, a la situación geo-demográfica. Aquí la sexualidad — escribe G. H. Seward —, «sirve para absorber una parte de la angustia que acompaña el problema del alimento. Además, la complicación del ritual erótico ofrece una cierta seguridad frente a la abstinencia sexual, debida a la escasez de mujeres. La importancia excesiva concedida al sexo, que resulta de esta escasez, y que lleva hasta sacrificar la protección materna, está reforzada por el hecho de que es fuente de satisfacciones sustitutivas».

Un puritanismo de posesores

Un grupo étnico de la Nueva Guinea, los manus, sobre los que disponemos de numerosas observaciones de Margaret Mead (1932, 1949), puede constituir un ejemplo de sociedad que desvaloriza la sexualidad hasta en su realización conyugal. No sólo su expresión está limitada severamente por las reglas educativas, las normas de la decencia y el código matrimonial, sino que también la religión vincula al sexo significados pecaminosos. Por otra parte, al estudiar el ideal socioeconómico de los manus, se puede comprender que la sexualidad es reprimida en cuanto puede ser factor de desorden, y la «decencia», aquí como en cualquier otra parte, parece definirse como calificativo de un conjunto de actitudes propias a la conservación del orden establecido. Margaret Mead escribe, a propósito de los manus, que forman «una sociedad puritana que ahoga rigurosamente su propia vida sexual para satisfacer determinadas exigencias, apoyadas también por representaciones sobrenaturales y extraordinariamente ligadas a la concepción de la propiedad económica».

Los manus, en efecto, parecen preocupados ante todo en aumentar sus bienes, y el ejercicio del comercio se extiende a la mayoría de las actividades sociales. Las ceremonias organizadas en ocasión de la pubertad, de las bodas de plata y, naturalmente, del matrimonio son así pretextos para banquetes durante los que se conciertan intercambios o acuerdos de carácter propiamente comercial. Las bodas, que representan una inversión financiera importante, se deciden, en la mayoría de las casos, desde la primera infancia, por el conjunto de la familia que participa en la constitución del capital. Los esponsales se hacen oficiales con la entrega de un peculio a los padres de la prometida, constituido por conchas y dientes de perro. Por el contrario la esposa aportará como dote cerdos y jarras de aceite. Las fiestas y los adornos, como no representan intereses directos, son ocasión para exhibir su potencia económica. No es cuestión en estas condiciones de disociar el amor del dinero, de tolerar que los gustos personales o las aventuras del corazón perturben el funcionamiento de la maquinaria financiera. Por lo demás, los espíritus de los parientes recientemente fallecidos están «encargados de regular la vida económica y sexual de sus descendientes». Violar el código sexual o administrar mal el patrimonio son pecados igualmente graves: es ofender a los espíritus, y los castigos son severos en ambos casos, que en realidad sólo son uno.

La vida de los jóvenes parece ser dichosa. Las madres se ocupan atentamente de sus bebés, pero, muy ocupadas en los trabajos domésticos y agrícolas, los confían bastante temprano a los padres, a los que la pesca y la caza dejan algún asueto. Estricta en ciertos puntos (desarrollo de las habilidades físicas, pudor corporal, respeto a la propiedad), esta educación es, en otros aspectos, muy liberal: las relaciones con los padres están marcadas por la ternura, y los niños son mimados.

Con los esponsales suena la hora de las cosas serias, es decir, de las prohibiciones y, particularmente en las chicas, de la resignación. Hay que evitar a los jóvenes que pertenecen a la familia del prometido y a los que podrían seducir a la prometida. No se limitan a preservar la virginidad, ese «pequeño capital» de las sociedades mercantiles, sino que preparan a la futura esposa para un papel sin diversión, en el que la experiencia sexual toma forma de humillante necesidad biológica. Además, la buena sociedad no tolera las manifestaciones públicas de afecto entre esposos ni ciertas familiaridades de gesto o de lenguaje que un hombre puede permitirse, en cambio, sin ningún riesgo, con la hermana o la prima materna. Que se den, en ocasión de fiestas colectivas o privadas, manifestaciones espectaculares de exhibicionismo y de «grosera obscenidad», no sorprenderá a nadie: las sociedades puritanas también tienen sus carnavales con las correspondientes orgías.

Una filosofía de la naturaleza

Más complejo, sin duda, es el caso de los arapesh, «amables montañeses» de Oceanía, cuya cultura tiene en gran consideración el crecimiento en todas sus formas, y regula la sexualidad de modo que no se contravenga el curso natural, lo que conduce a actitudes que pueden parecer contradictorias. Así cuando comienza un embarazo, se recomienda a los padres relaciones frecuentes que están encaminadas a alimentar el huevo, pero tan pronto se cree al niño completamente formado en el seno de su madre (que se manifiesta por la secreción de calostro), las relaciones son prohibidas como susceptibles de perturbar el crecimiento. Lo son tanto al padre como a la madre, y fuera de la familia tanto como en la comunidad poligámica. Para el alumbramiento, el padre se acuesta cerca de la madre, comparte con ella algunas obligaciones de carácter médico-dietético, y cinco días después una ceremonia de purificación libera progresivamente a los esposos de los diferentes tabús que deben imponerse. Pero la prohibición de las relaciones sexuales no se levanta definitivamente hasta el momento en que el niño da sus primeros pasos.

Los juegos presexuales de la infancia son tolerados con una cierta benevolencia, pero las caricias íntimas son prohi-

bidas tan pronto se presenta la pubertad; las infracciones son castigadas con ortigas y purificadas con sangrías que se practican con una astilla de bambú. El ritual de iniciación del adolescente tiene como fin estimular el crecimiento general, más que exaltar la virilidad propiamente dicha. Está previsto un ceremonial adivinatorio para descubrir si el impetrante ha conocido ya las relaciones sexuales, y si éste es el caso se le obliga a masticar un pedazo de nuez de areca puesto previamente en contacto con el sexo de una mujer (la cómplice, si es posible, que en la mayoría de los casos es la novia, que le ha sido prometida desde hace mucho tiempo): este ritual tiene una importancia capital porque viola expresamente el tabú más poderoso de la cultura arapesh, el que aísla imperativamente la boca del sexo, el alimento y el acoplamiento. La niña, apenas prometida, va ha vivir con su familia política, y se supone que los largos años de familiaridad y amor fraterno que preceden al matrimonio propiamente dicho tienen por misión principal llevar «las tensiones eróticas al sereno nivel del afecto» (Havelock Ellis). La primera menstruación da ocasión a ceremonias purificadoras y propiciatorias: la sangre derramada se considera contraproducente para el crecimiento de las plantas alimenticias o de los niños, y siempre está prohibido durante los días de las reglas, fumar, cocinar o masticar nueces de areca. Se previene a las adolescentes, por otra parte, de que un acto sexual

La cultura de masas ha dado también su profundo sello a la imagen de la vida amorosa: esta chica vivirá la sexualidad en función de los estereotipos fijados por las novelas gráficas y la prensa sentimental.



prematuro puede tener consecuencias desastrosas, sobre todo en el desarrollo de los senos, altamente valorados aquí por su atractivo y por su valor simbólico.

Margaret Mead, que tal vez no ha observado muy minuciosamente, no señala el momento en que el adolescente accede normalmente a la vida sexual del adulto. Parece ser, al menos, que se realiza sin dramas, como una prolongación de la fraternal ternura de los esponsales, «como una expresión completa y definitiva del mismo sentimiento». En cualquier caso, los arapesh hablan de estas cosas con suavidad, y parecen darles menos importancia que a las alegrías del afecto familiar. No conciben de ningún modo las relaciones sexuales fuera del matrimonio: «son como abdicar de una parte de sí mismo en manos de los hechiceros». Rechazan el incesto como una renuncia estúpida a los goces que proporciona el aumento del número de personas «que se puede amar y en quien confiar». Condenan la agresividad y la violencia bajo todas sus formas y, en estas condiciones, no conocen en absoluto la violación. La poligamia, aunque no sea objeto de vanidad, está considerada como un camino para aumentar sus bienes materiales y morales: es un deber y no un privilegio. Normalmente, se dice que el progenitor arapesh «alimenta» a su hijo y que el marido «cría» a su mujer, quien le debe cuidado y atenciones en razón del alimento que le ha proporcionado para su crecimiento y que se ha transformado en «hueso y carne de su cuerpo». He aquí, pues, un ejemplo en el que el culto de la *physis* conduce de forma paradójica a minimizar los valores sexuales, a cambio de curiosas disociaciones simbólicas, que sería conveniente analizar más a fondo, pero que al menos parecen perfectamente asumidas.

El sexo y Occidente

Una opinión muy extendida considera que Occidente, y en particular la civilización cristiana, han preconizado durante siglos el desprecio de la carne, desvalorizando así la sexualidad como propia del hombre, y le han impuesto límites muy severos: normas que reglamentan estrechamente su ejercicio y su función, innumerables tabúes, jerarquías de valores que consideran pecaminosa cualquier realización sexual fuera de su marco conyugal y de su finalidad reproductora. El adulterio es vergonzoso lo mismo que las relaciones prematrimoniales; esposos, casados civilmente, pero cuya unión no ha sido bendecida por la Iglesia, han sido llamados recientemente desde el púlpito «pecadores públicos» (y el obispo responsable de esta apóstrofe lamentable ha sido luego absuelto de la apelación); toda acción o veleidad erótica es lujuria — pecado capital — y más de un confesor sostiene que incluso se es responsable de las propias fantasías.

Pero, aunque exacta en razón de lo que afirma, esta opinión tiene todas las posibilidades de ser falsa debido a lo que sobrentiende o a lo que niega. Y tienen que oponérsele dos reservas esenciales. Primero (no insistiremos en ello, ya que sobre esto podría polemizarse indefinidamente, y en un

terreno que no es de nuestra competencia) el cristianismo, si bien desvaloriza la carne en general y los placeres del sexo en particular, no deja por ello de ensalzar una filosofía del amor y de la reciprocidad de las conciencias individuales, filosofía de la que carecen otras concepciones formalmente más liberales. Muchas de las reivindicaciones actuales en favor de una sexualidad «liberada» no serían lo que son, no tendrían tan hermosas precauciones ni tan buena conciencia, sin ese humanismo fundamental que la civilización cristiana nos ha legado y del que se atacan con mayor facilidad las formas que el sentido.

En segundo lugar, la represión de la sexualidad se inviste, cuando menos, de una justificación de doctrina filosófica o religiosa, de hecho no se ejerce nunca por el simple juego de instituciones y de una moral social. Sin embargo, decimos que una moral — código de leyes escritas, actitudes explícitas o no de la conciencia colectiva — satisface unas necesidades sociales determinadas y, sin empezar una laboriosa discusión sobre las relaciones entre la ideología y las estructuras socioeconómicas, se puede admitir razonablemente que estas necesidades estén ligadas a las relaciones de las fuerzas sociales presentes en un momento dado de la historia. La concepción de la sexualidad entre los cristianos del siglo I no tiene mucho que ver, a pesar de una referencia común, con la de la burguesía capitalista y católica del siglo XIX. En otros términos, el análisis o la crítica de estas necesidades sociales es, a ciencia cierta, más importante para comprender y juzgar la moral sexual de un grupo, que la especulación filosófica sobre las doctrinas que le sirven de referencia o de coartada. ¿Significa comprometerse mucho considerar, en nuestra sociedad contemporánea, que la frustración sexual no es en ningún caso consecuencia de sus pervivencias éticas, sino más bien de las obligaciones económicas en que vivimos? Para muchos hombres la libertad de la elección y de la expresión sexual es aún un lujo costoso. Los standards sexuales varían de hecho y de derecho del mismo modo que varían las subculturas y las clases sociales (y sería justo añadir: las representaciones de las clases sociales, que pueden estar en desacuerdo con sus condiciones reales de existencia). La disimetría de los standards vividos o deseados por el hombre y por la mujer pone de manifiesto no tanto el dimorfismo sexual natural, sobre el que se dice basarla, sino la desigualdad de los papeles sociales y de los estatutos.

Insistamos todavía en ello. Toda cultura limita a su modo la libertad sexual del mismo modo y por la misma razón que reparte sus beneficios. El ascetismo sexual del cristianismo inicial, religión de los esclavos, no es más que una de las caras del espíritu de pobreza. La austeridad es menor, y la virtud menos exigente, en las sociedades capitalistas. La Rusia soviética y la China de hoy no son menos rigurosas por el hecho de estar sometidas a una moral atea. El Islam, al que la leyenda adorna con las mejores delicias exóticas, halaga sólo al macho, y una observación más detenida revela que sólo al señor.

Occidente, ni más ni menos como todo el resto del mundo «civilizado», no volverá a hallar nunca la edad dorada de



El strip-tease permanente por sólo 2 francos y medio, el anuncio del filme en el que la pistola del héroe no es menos sugestiva que las piernas encadenadas de la actriz, participan también en nuestra vida sexual. Espíritus moralizadores deploran esta lamentable «inflación de la sexualidad»; no obstante, analistas más atentos ven en ello un síntoma de la «desexualización» de una cultura que, al volver a la inconsciencia infantil, elude la sexualidad dentro de la retórica del espectáculo.

la *libido,* por la sencilla razón de que la edad dorada no ha existido nunca y que, en un contexto social, la inocencia no deja de ser una fábula del espíritu. Y si para el hombre de hoy según una fórmula que estuvo de moda no hace mucho «se tiene que volver a inventar el amor», tal vez este deseo encomiable no difiere esencialmente de este otro: la libertad debe irse construyendo paulatina e indefinidamente. Pero esto no es asunto del sexólogo y nos guardaremos mucho de formular cualquier clase de recomendaciones a este respecto.

El símbolo y la persona

Se dirá que estas consideraciones no afectan en ningún caso más que a las condiciones de la vida sexual y que no proporcionan ninguna información sobre la experiencia vivida, sobre el significado humano de la relación interindividual. Podríamos argüir de nuevo que nuestra intención, en este libro, no pretendía tanto, que habíamos prevenido al lector de ello desde el principio, que no nos concierne juzgar ni siquiera describir lo que en la vida sexual concierne sólo a la conciencia privada.

Pero tal vez no es demasiada presunción imaginar que, a partir de los análisis anteriores, este último problema se aclara algo, entre tantos otros posibles. Mediante ejemplos

precisos o generales hemos ido observando constantemente la profunda relación entre sexo y moral, la unión fundamental entre lo espontáneo y lo normativo o entre el instinto y la cultura. Por rústico o refinado que sea en su técnica o en los valores que se le confieren, el acoplamiento de dos seres humanos es un acto social antes que una relación de persona a persona — y escribirlo así no es renovar el sofisma dogmática de Durkheim.

Nos ha parecido un mal enfoque formular el problema a través de las clásicas dualidades: alma y cuerpo, ángel y bestia, o bien, naturaleza y sociedad. Si se conviene al menos — e insistimos en ello desde el principio — en que a la vida sexual del hombre corresponden, además de un número bastante pequeño de actos sexuales efectivos, un conjunto de representaciones simbólicas, presentes en toda conciencia sin que sea necesario irlas a buscar en los disfraces del inconsciente, presentes en la misma actividad genital, se tiene que reconocer que estas representaciones constituyen un material cultural de doble sentido. Primero, está culturalizado por adelantado, porque la génesis individual del deseo se realiza en un cuadro cultural ineludible. Lo que Jean-Claude Filloux escribe más arriba acerca de los sentimientos (véase *Funciones mentales y sociedades*) se aplica con más razón en este caso. Luego, el sujeto explota este material simbólico como producto cultural, puesto que ha accedido a una cierta forma de vida cultural y de axiología, o ha protestado en contra.

La vida sexual no es originariamente producto de una conciencia singular, como tampoco lo son el trabajo, el gusto o la ideología, aunque comprometiésemos a nuestra personalidad entera en cada una de las aventuras que realizamos.

En esto no hay paradoja ni dialéctica abstracta. Cada cual puede vivir a su modo su propia experiencia sexual en la misma medida en que puede interpretar la cultura a su modo. Nuestras posibilidades de iniciativas o de invención na son tan extensas como se supone de ordinario, pero nuestra «responsabilidad» (si se quiere despojar a este término del moralismo jurídico que contiene) es más completa de lo que pretende una ética del absoluto, del conformismo o de la tentación. Así Sartre dice, en una de sus frases bien elaboradas, que casándome llevo a la humanidad entera por el camino de la monogamia...

Aunque múltiple, la sexualidad del hombre contemporáneo es necesariamente contradictoria como son múltiples y contradictorios por necesidad los papeles sociales y los imperativos de la adaptación. En un plano más general este tema se tratará en el capítulo final de este libro *(La personalidad)*. En resumidas cuentas, la ilusión no es considerar como cierto el carácter propio de nuestra vida sexual, sino más bien creer que es «una manifestación de sinceridad», que emana del Yo como exigencia ineludible del instinto cuyo sentido justificaría y eludiría al mismo tiempo. En este aspecto hay que temer tanto a los «liberales» como a los «moralistas». La sexualidad tiene sus artistas y sus empleados de despacho, sus profesores y reformadores, y cada uno de nosotros se cree capaz de ser simultánea y sucesivamente todo esto. Nos falta un estudio psicológico serio que trate no sobre las prácticas sexuales de los individuos, sino sobre la imagen o imágenes que los individuos de una sociedad dada se forman de la sexualidad. La sexualidad tiene también sus anarquistas que, desde luego, son encarcelados no porque chocan en la decencia, sino porque amenazan a las instituciones, porque se presiente que toda revuelta contra las normas sexuales conduce, tarde o temprano, a volver a poner en duda la estructura de la sociedad. El crimen de Sade, por ejemplo, no es haber incitado a los amantes a darse «disciplina» por medio del uso del látigo, sino más bien haberlos animados a la indisciplina.

Así concuerdan los dos temas que hemos intentado ilustrar hasta aquí y que se encuentran siempre en contrapunto en la problemática de la vida sexual. ¿No se trata, en definitiva, de la lección más segura si no la más aparente, la más profunda si no la más práctica del freudismo? Comúnmente se reprocha a Freud haber visto sexo en todas partes. Pero puede leerse el mensaje al revés: al escudriñar en las alcobas, ha encontrado a la civilización escondida bajo la cama. Se le reprocha además de confundir sexualidad y sensualidad, de sexualizar todas las fuerzas vivas del hombre, desde las necesidades vitales rudimentarias de una criatura hasta las eminentes creaciones del Espíritu. Pero si se considera bien la clínica freudiana de las enfermedades sexuales propiamente dichas y la arquitectura general de su teoría, se hallará constantemente abolidas las fronteras que se ha tratado ingenuamente de poner entre la cultura y el instinto, la sociedad y la persona (véanse a este respecto las dialécticas rudimentarias de Karen Horney, cuya crítica hace bastante bien J. B. Pontalais en su reciente libro *Après Freud*, Julliard, 1965) y, de forma más general, entre lo genital y lo no genital. Algunos espíritus toleran a veces las fórmulas freudianas como metáforas: pero tal vez lo más profundo que nos ha enseñado Freud es que la vida que cada cual está de acuerdo en reconocer como sexual puede ser perfectamente sólo una metáfora, servir de vehículo a significaciones que rebasan extensamente el ámbito de lo genital. Este punto de vista, impuesto primero a Freud por las necesidades de la interpretación clínica, ha definido una antropología. No se trata de una contingencia histórica si, partiendo de una explicación de las preocupaciones sexuales disfrazadas, el psiconálisis llega a una *interpretación de la cultura*. En la angustia o en la frustración, en la histeria o en el delirio, la investigación analítica encuentra los síntomas, esas metáforas, y — en lugar de necesidades — los «deseos», esas metonimias. Se buscaba el instinto, la función: nunca se halla más que el símbolo o el mito.

Como todas las aventuras sociales, la vida sexual se juega en un tablero preparado desde hace ya mucho tiempo. No conocemos ni las reglas de este juego ni las fichas; sólo un poco su táctica. Y si el juego está a nivel del hombre es porque implica un riesgo a cada instante. No es ganar o perder lo que importa: pero no será suficiente el tiempo de toda una vida para llegar a comprender a qué se juega y por qué se juega.

SEGUNDA PARTE

el medio y las actividades del hombre



El hombre está formado por el medio, definido respecto a los demás, consagrado a la vida social — el hombre producto de un amplio contenido de cultura e inevitablemente embarcado en una aventura colectiva que es, quizá, el verdadero rostro del «Destino» —, he aquí una idea muy establecida y que nuestra encuesta empírica ha reafirmado incluso en unos dominios que el individuo, corrientemente, juzga su propiedad más íntima. Esta idea, no obstante, parecerá demasiado general y demasiado vacua al que, por ejemplo, se alarmara de los efectos, o no quisiera limitar el uso concreto de la anécdota. A estas preocupaciones, la segunda parte de este libro responde, al menos parcialmente. Vida familiar, afrontamiento, a veces costoso, al medio y a las tareas escolares, elección de profesión y acoplamiento del trabajador a ese ambiente particular que constituye la sociedad profesional; hemos querido aquí mostrar algunas facetas del hombre concreto, a través de esas actividades comunes que él escoge en función y a manera, a veces, de su conveniencia, pero de las que ha de sufrir de inmediato los efectos y las consecuencias. La mayor parte de nuestras actividades, no solamente se inscriben dentro de unos medios ya formados, sino que contribuye también al logro de unos objetivos cuyo sentido y valor escapa al individuo o, como hemos dicho, lo rebasan.

Se ha atacado sobre todo a las formas que estas actividades toman comúnmente en nuestras sociedades modernas. La psicología esta vez no se limita a diagnosticar en el sujeto los efectos de estas presiones específicas o interferentes. Interviene, no solamente para ayudar al hombre a aceptar estas contrariedades sin enajenar demasiado sus necesidades profundas y obtener de ellas el máximo provecho, sino también para ordenar esas actividades colectivas, aunque para conseguirlo, abandone a veces otras causas más discutibles. Orientación profesional o selección (de los más «aptos» o de los más «eficaces»), reeducación y readaptación escolar, o elección de los influidos por la propaganda y la publicidad, serán revisados aspectos muy distintos de los mil oficios psicológicos, por autores en cuya elección hemos procurado que haya también la mayor diferencia posible entre unos y otros: sociólogos, médicos, psicotécnicos... Al ensayista también se le otorga la palabra porque él también nos muestra posibles facetas del «homo ludens», el hombre del esparcimiento, que se impone a sí mismo el más agradable de los deberes, el del juego, que es, a la vez, el más arbitrario.

RENÉ KÖNIG

la familia

La institución más fundamental de la sociedad, la familia, ha experimentado a través de la historia profundas transformaciones. Y en el curso de una vida, no se transforman menos sus funciones. Obligación biológica y social, la vida familiar es para el individuo el primer manantial de beneficios y dificultades. Primero urna ecológica, después taller cultural. Es la familia el lugar de los fenómenos más característicos de la infancia y de la adolescencia, presentando así al psicólogo el problema mayor: el de la adaptación, tanto en el sentido de la vida familiar como en el de las relaciones de ésta con las demás formas de la sociedad. El clínico busca en el contexto familiar el origen de las alteraciones de la conducta. A continuación, un sociólogo analiza detenidamente la estructura de la institución familiar.

LA familia no fue «instituida» entre los hombres, en tiempos remotos, por un sabio legislador. Ha existido siempre, aunque en formas muy diferentes a las que conocemos nosotros. El legislador no ha podido hacer más que elevar a prescripciones unas reglas que ya se observaban, aunque inconscientemente, en razón de la costumbre. Es, por consiguiente, de esta forma como tenemos que interpretar las tradiciones en que los chinos atribuyen a sus héroes mitológicos el hecho de haber creado un buen día ciertas instituciones; Fu-Hi habría instituido el matrimonio y Yao las cinco virtudes fundamentales: la alianza entre los esposos, entre padres e hijos, entre el primogénito y los hermanos menores, entre gobernantes y gobernados y, finalmente, entre los amigos.

Se puede, no obstante, considerar al matrimonio y la familia como instituciones en la medida en que, habiendo existido desde siempre, se han hecho presentes en la conciencia, partiendo de una costumbre que estaba en ella más o menos encubierta, por los cuidados del legislador que les ha dado al mismo tiempo una forma más explícitamente asequible.

Si la familia constituye un patrimonio de la humanidad que vive en sociedad, patrimonio heredado de los animales superiores, se puede deducir de ello que opone una extraordinaria resistencia a las turbulencias de la historia, lo que nos autoriza a experimentar una desconfianza bien fundada ante las teorías que predicen el próximo ocaso del matrimonio y de la familia, o crecen igualmente poder situar ya tal decadencia en la época contemporánea. Es cierto que son considerables los choques sufridos por el matrimonio y la familia en el mundo entero a causa de la expansión del modo de vida actual. Pero también es considerable la capacidad de resistencia que la familia ha demostrado en medio de todas esas tormentas. Tan es así que, en los países devastados por la guerra, frente a todas las destrucciones materiales y morales, parece que el hombre manifiesta una necesidad más intensa de estrechar los lazos familiares procurando restablecer, en medio de los desplazamientos de población, el contacto con los miembros dispersos de su familia.

Aunque evidentemente la familia está destinada a subsistir siempre, ciertas alteraciones de sus formas son inevitables: piénsese solamente en la evolución actual de la situación familiar de la mujer, en su papel que ya no es esencialmente el de gobernar la casa, en su actividad profesional que, cuando es estable, representa a la larga una amenaza para la familia. La mujer debe consagrar todas sus fuerzas a adaptarse armoniosamente a estos nuevos factores económicos.

Es éste uno de los principales problemas de la familia de hoy, pues aunque evolución y adaptación no significan disolución o destrucción, está probado que todo paso de una edad a otra no se efectúa nunca sin que se produzcan muchos desgarramientos.

La familia y la sociedad

Si la familia es una institución universal de la humanidad, es igualmente el carácter específico de cada sociedad el que determina la forma de la familia, según las representaciones, más o menos codificables, que ella se haga del matrimonio, de la transmisión de nombres, de la propiedad, de la

lengua, de la situación política, de la tutela, del reparto del trabajo entre hombres y mujeres, de derechos y deberes de los padres y los de los hijos. El valor atribuido a la familia en el acoplamiento de la sociedad varía según la situación general de esa sociedad, su estructura económica, su jerarquía de poderes y, sobre todo, según su religión.

Las sociedades contemporáneas se componen de una gran variedad de culturas. Sobre toda la tierra se encuentran tipos de familias muy distintos. Sin hablar de los contrastes tan evidentes que ofrecen Oriente y Occidente, ¡qué diferentes son las estructuras familiares dentro de una misma sociedad! Es suficiente tomar como ejemplo la oposición entre la ciudad y el campo, tan importante para tantos países. Si la familia rural puede aún, en una buena parte, proveer a sus propias necesidades, lo que fortifica su cohesión interna, la familia ciudadana está tanto más relajada cuanto que depende más de lo que la rodea exteriormente, que hace sentir su influencia en su orden interno.

De manera general, la sociedad moderna ha podido edificarse gracias a la emancipación del individuo fuera de viejos lazos familiares y parentescos. En las pasadas civilizaciones la posición del individuo en el Estado y en la sociedad estaba definida ante todo por su «situación» en el seno de la familia, pero en nuestro tiempo, bajo la influencia de una evolución a la vez social, económica, política y jurídica, la familia soporta tensiones que plantean multitud de problemas que nosotros debemos plantearnos aquí.

El matrimonio y la familia

Con la individualización de la sociedad moderna, ha nacido cierta oposición entre el matrimonio, que es la unión de dos individuos, y la familia, que es, por el contrario, un grupo social. Por esto es por lo que no se le puede dar el nombre de familia a un matrimonio sin hijos. Antiguamente, la familia, como grupo, ocupaba un lugar preponderante con relación a la pareja. Era la familia la que decidía las uniones, mientras que, actualmente, en la mayor parte de los países, el matrimonio se basa en la libre elección de los contrayentes. La civilización moderna, basada en el indidualismo, ha hecho del matrimonio un ideal individualista muy característico. Pero este ideal, inevitablemente, se opone a la noción de familia: ésta no tiene solamente por función la de educar a las generaciones futuras a fin de obtener personas socio-culturales enmarcadas en un pequeño grupo; la familia comporta, además de una comunidad de personas, una serie numerosa de bienes materiales, un «tren de vida», que es innecesario en una economía individual.

Esta oposición se encuentra reforzada por las diferentes agitaciones del siglo XX que, al afectar al matrimonio y a la vida sexual, han tenido un efecto nefasto sobre la familia.

Las ideas de los hombres sobre el amor y el matrimonio, muchas veces tributarias de las modas, son mucho más variables que el orden familiar. También las nociones de matrimonio y de familia evolucionan de una forma totalmente independiente la una de la otra, porque con relación a la constante familiar pueden existir concepciones distintas en lo que concierne, por ejemplo, a su disolubilidad o indisolubilidad. En cuanto a las nuevas concepciones sobre la sexualidad, parecen ser todavía más sumisas a la opinión del momento que a las que se relacionan con el matrimonio. Según esto, mientras que las preocupaciones sexuales evolucionan de manera fulgurante en el curso de los cincuenta últimos años — lo mismo podríamos hablar de una «revolución del amor» — parece inevitable que se produzca una división entre los conceptos de amor, de matrimonio y de familia.

La familia de nuestro tiempo

Reducida a los padres y a los hijos menores no casados, la familia individualista moderna sigue un ritmo que le es propio: nace con el matrimonio, se desarrolla con el nacimiento de los hijos y recobra su primera edad cuando éstos la abandonan para fundar su propio hogar. Hecho esto, los hijos se alejan, no solamente en el espacio, sino también en el terreno moral; porque ya no son padres e hijos que deban establecer entre ellos relaciones nuevas, sino adultos que quieren encontrarse en un plano de igualdad. De ahí se puede juzgar hasta qué punto este tipo de familia difiere del que le ha precedido.

En el interior mismo de la familia, las relaciones objetivas y positivas están en regresión. El dominio del padre sobre la mujer y el hijo tiende a esfumarse cada vez más. En los numerosos textos jurídicos, ¿se habla ahora de la potestad «paterna»? Si los hijos se encuentran bajo la autoridad de los padres, esta ya no es una razón de su pertenencia a la comunidad familiar, sino únicamente porque su edad no les permite emanciparse. La solidaridad familiar se ha convertido en un negocio puramente personal, cosa nada sorprendente si se considera que, desde el siglo XIX, las relaciones personales en el seno de la familia han estado cada vez más condicionadas por el sentimiento. Según esto, el sentimiento no expresa solamente la personalidad del individuo: se muestra refractario a toda regla general de carácter jurídico. Actualmente hemos encontrado natural que la ley en vigor no intervenga en el cuadro de nuestra vida privada, cuando, otras veces, todo le estaba sometido.

Mientras que las relaciones entre padres e hijos cambian así de aspecto, los lazos conyugales parecen permanecer mucho más sólidos bajo la forma, generalmente admitida, de la monogamia permanente. Los hijos mayores o casados están fuera del círculo familiar, la comunidad conyugal subsiste sola, de forma que representa de nuevo la zona central de la familia, la sola realidad permanente. Igualmente, la comunidad de bienes, que otras veces englobaba por completo el grupo familiar, se reduce ahora al círculo restringido de la pareja conyugal; cuando el orden familiar devuelto a una simple comunidad de individuos, se debilita cada vez más.

Por consiguiente, en la sociedad moderna, la familia no tiene ya la significación que antes tenía. Este *es* un hecho que no depende de la familia en sí, sino de su actividad económica. A propósito de esto, es necesario distinguir la estructura social en la que la participación de una persona está determinada por su situación familiar (estructura que los sociólogos ingleses designan con el término *ascription*), de la que sólo cuenta la actividad económica *(achievement)*.

El hombre y la mujer en el mundo profesional de hoy

El hecho decisivo con el que se tropieza continuamente cuando se toca el problema de la familia, es que la actividad económica actual ha dejado totalmente de ser una cuestión familiar para convertirse en una función autónoma. La familia ha dejado de existir como comunidad productiva.

En los medios ciudadanos, particularmente sometidos al crecimiento de la economía industrial, la vida familiar de los que trabajan en talleres es cada más precaria. Esto los coloca ante un insuperable dilema: si la profesión provee el sostenimiento material de la familia, es a la vez un factor destructivo porque obliga al individuo a separar su medio profesional de su medio familiar. Es por esta razón por la cual la situación del padre de familia es cada vez más débil; se puede decir que ha desaparecido.

Esta escisión lleva consigo una seria debilidad de la unión familiar. Más aún, la relación entre profesión y familia no está simbolizada actualmente más que por el salario que el padre lleva al hogar. La vida se orienta cada vez más hacia el concepto de beneficio, estableciéndose un desplazamiento del centro de gravedad hacia una independencia económica, de la que se resiente mucho «el espíritu de familia».

Esta relajación de los lazos familiares se acentúa de forma espectacular cuando la mujer también está comprometida en el proceso de la productividad. Naturalmente, no nos referimos aquí más que a la actividad remunerada y estable que la mujer casada ejerce fuera del cuadro familiar. Este estado de cosas se ha registrado, desde hace ya mucho tiempo, entre las clases más sensibles a la presión económica.

Hay que subrayar también que, durante los períodos de crisis, el trabajo femenino tiene aún más importancia, como en la depresión de 1929 y durante las dos guerras mundiales.

Esta actividad exterior de la mujer influye de la manera más nefasta sobre la estructura familiar. Si se exceptúan los períodos de crisis agudas, en el curso de los cuales la ayuda financiera aportada por la mujer es un testimonio de la solidaridad familiar y tiene el valor de la recíproca asistencia, debemos admitir que, en cualquier otra circunstancia, la educación de los hijos, la dirección de la casa y la paz del hogar, quedan gravemente comprometidos. En cambio, la actividad profesional de la esposa sin hijos, sí puede hacerse compatible con la vida familiar.

El Estado y la familia

La injerencia del Estado en un mundo, todavía ayer, autónomo, es otro manantial de conflictos que amenaza la unión familiar. Sin embargo, en la posición tutelar que el Estado ha adoptado frente a la familia, es necesario señalar que la ha relevado de funciones muy importantes. La inestabilidad de la economía moderna ha concluido por hacer del Estado el gran, quizás el único, dispensador de la educación y de la enseñanza. Desde que el Estado ocupa el lugar de la familia, los niños desde su primera edad reciben, en ese medio extraño a ellos que es la escuela, una instrucción que nunca les será dada en el mismo grado de profundidad que la que les daba antes la familia. ¡Este es un dilema insoluble, puesto que, tanto la cultura como la economía, ambas se rigen por una sola y misma evolución! Del mismo modo, quizás, haga falta examinar si el gran porcentaje de enseñanza religiosa, que no está ya a cargo de la familia, sea una de las causas de la actual falta de fe.

Como contrapartida, no se puede deplorar que el Estado haya arrebatado a las familias, en los puestos sometidos a control oficial, unas funciones que ella no podía ya asumir sola, por el hecho mismo de la restricción de sus atributos. Tales funciones son: la ayuda al obrero parado y a la vejez, así como también los seguros contra accidentes e invalidez. No se puede, pues, hablar propiamente de un conflicto entre la familia y el Estado. Más bien, es el Estado el que se ha visto obligado a cargar con esas funciones porque la familia, menos preparada y menos estable que antes, ha tenido que renunciar a ellas. Lo que suscitaría un gran conflicto sería el hecho de que el Estado quisiera sustituir con su autoridad a la potestad paterna, cosa que ya se ha podido observar actualmente en varios países de régimen totalitario.

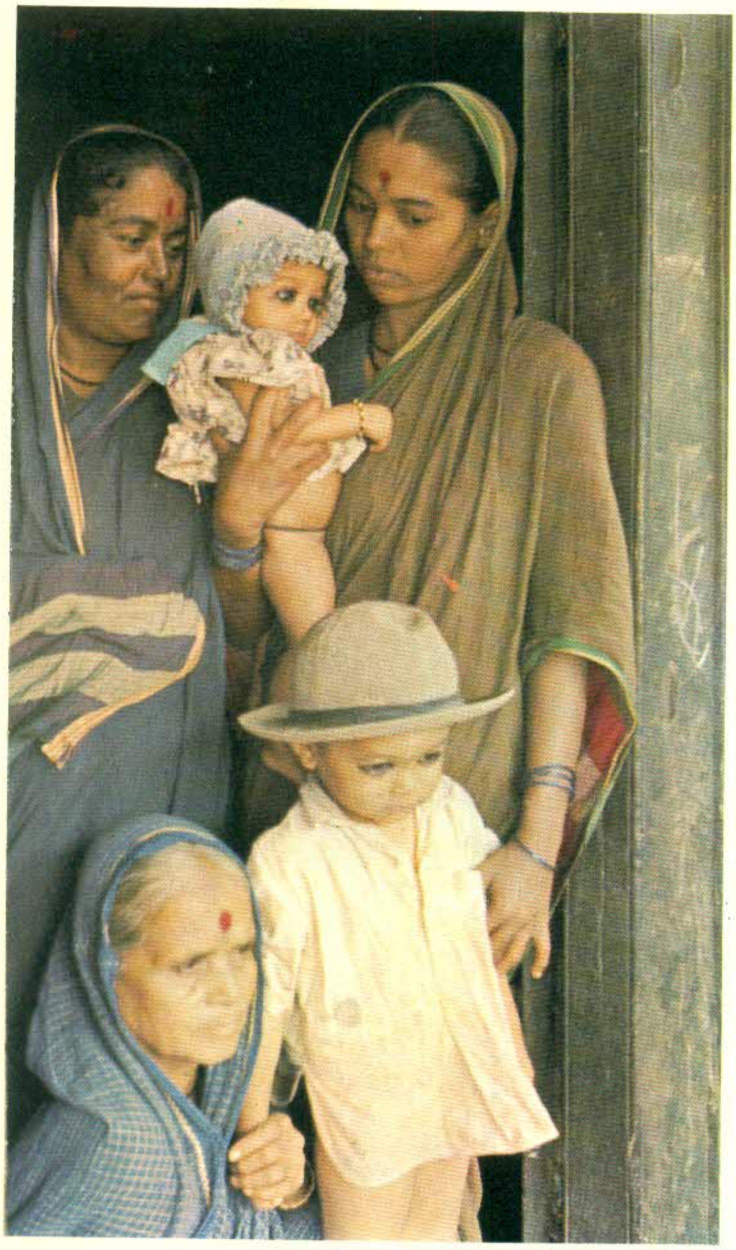
El divorcio

Uno de los síntomas más importantes —y el más discutido— del desquiciamiento actual de la familia es la peculiar extensión del divorcio.

Cierto que el divorcio ha existido siempre en todas las civilizaciones, pero, más o menos, como excepción —en Israel en época de Cristo y en la Roma de la decadencia— nunca había tenido la apariencia de manifestación en masa. Es ahora cuando ha llegado a ser así. No es nuestro propósito trazar aquí su evolución a través de los años y diremos solamente que, en Europa, el entredicho religioso que congela el divorcio, no empezó a tener efecto hasta la proximidad del año mil para ser abrogado después, a partir de los siglos XVI y XVII, bajo la influencia de la evolución del espíritu moderno. A este respecto, la institución del matrimonio civil fue determinante, pues reduce el sacramento a la categoría de un contrato burgués. Aunque de hecho, el divorcio tenía que seguir muy de cerca a esta institución, todavía fue, en su origen, más una tendencia y una teoría que una práctica corriente. Seguidamente a la Revolución Francesa, en

La boda, tal como la imaginaba el aduanero Rousseau.





Seriamente conmocionado en su estructura el Occidente a causa de las revoluciones sociales, económicas y profesionales, la familia — en el más amplio sentido de la palabra — se considera como la institución básica en muchas sociedades africanas y asiáticas (foto Boubat-Réalités).

1792, el divorcio fue legislado, pero solamente en la segunda mitad del siglo XIX, fue cuando quedó definitivamente instituido, en Inglaterra en 1857 y en Francia en 1884. Actualmente aún no lo reconocen varios Estados europeos, tales como España, Portugal e Italia.

Por las estadísticas de los países de Europa donde el divorcio está admitido, se observa un acrecentamiento continuado del número de los divorcios, así como también determinadas oscilaciones dentro de esta tendencia general: su frecuencia parece menor durante los períodos de crisis económica, para crecer de nuevo en los períodos de alto nivel económico. Una cuestión más importante debe ser resuelta a propósito de esto: el acrecentamiento del número de divorcios, ¿va a continuar? Los grandes trastornos ocasionados por la guerra han dado a este problema una cierta opacidad, ya que numerosos divorcios fueron aplazados hasta el retorno de la paz.

Sobre un plan general, hay que reconocer que esta expansión masiva del divorcio dentro de todas las civilizaciones modernas, es un síntoma del desquiciamiento de la familia contemporánea. Sin embargo, habiendo existido en todo tiempo el divorcio, no se le puede tener por el único responsable; más bien lo son las experiencias debidas a las nuevas circunstancias, de las que antes hablábamos, las que han debilitado las bases mismas de la familia y, quebrantando su propia función, ha favorecido el desarrollo intensivo del divorcio.

Parece por otra parte que, paralelamente a sus aspectos dramáticos, el divorcio puede tener una función innegablemente positiva, particularmente en lo que se refiere a la protección de la mujer. Durante largo tiempo se ha podido observar que, en la mayoría de los casos, son las mujeres las que piden el divorcio. Esto permite deducir, entre otras cosas, que la mayoría de las veces son ellas las víctimas de los matrimonios desgraciados. Pero tales afirmaciones pueden estar equivocadas, pues un divorcio demasiado fácilmente conseguido puede también perjudicar, por ejemplo, a una mujer de cierta edad, sobre todo si el ex marido comete la irregularidad de dispensarse a sí mismo de sus obligaciones alimenticias, como sucede con frecuencia. Por consiguiente, se ha aconsejado hacer más difícil la obtención del divorcio después de veinte años de matrimonio, o que se prohíba. Pero son unos puntos de vista que no podrían aceptarse sin discusión. En efecto, sucede a veces que una familia rehúsa el divorcio mientras los hijos permanecen en el hogar; sería pues completamente injusto negar el divorcio a unos padres que han pasado lo mejor de su vida en un recíproco sacrificio, por el solo bien de sus hijos. Asimismo, se ha estudiado que la obtención del divorcio sea menos asequible durante el período en que los hijos viven con sus padres. A primera vista, esta solución parece la misma sabiduría, pero a ella se puede oponer que los hijos de un hogar desunido son en el fondo tan poco afortunados como aquellos cuyos padres están divorciados. Es el mismo caso que cuando el divorcio se impone en interés de los propios niños y se ha podido comprobar que algunos hijos de divorciados consiguen a veces el equilibrio, superado el período de adaptación.

Por eso es necesario guardarse de hacer juicios y de emitir opiniones demasiado generales. No hay que considerar más que los casos particulares si se quiere encontrar un camino que conduzca a la felicidad para aquellos que no han podido encontrar en el seno de la familia las alegrías que en ella quedan, a despecho de las amenazas que se derivan de la evolución demasiado rápida de los seres y de las cosas.

ANDRÉ BERGE

la escuela y la pedagogía

La sociedad educa por su propia naturaleza. Desde la cultura difusa a la educación organizada, asume la paradójica tarea de transmitir las leyes del pasado y preparar las del mañana. Esta es la misión de las escuelas, al menos en las sociedades modernas y principalmente después de la Revolución francesa. Pero, evidentemente, la escuela no se limita a forjar los instrumentos para la instrucción. Forma por completo al hombre entero, sin saberlo él a veces, y es, cuando el individuo le hace resistencia, cuando más patente se hace la inmensidad de su papel. Desde el disléxico el escolar inadaptado, podemos observar una gama de alteraciones para las que la sociedad debe encontrar remedio.

Cuanto más progresa la humanidad, más difícil se hace confrontar, y aun afrontar, las exigencias del individuo y las de la sociedad. La educación, por lo mismo que aspira a preparar el futuro de la humanidad, se encuentra en el mismo centro del problema; la escuela, que es el instrumento de la educación, parece titubear muchas veces ante dos aspectos de su misión: ayudar al niño a desarrollarse según sus propias leyes y responder a los deseos de la colectividad. Cuando no sabe a cuál de las dos metas conceder la supremacía, no sorprende que, a veces, sienta la tentación de replegarse en sí mismo y erigirse en sistema cerrado, sin atribuirse más papel que el fabricar buenos alumnos.

No obstante, es probable que los intereses del individuo y los de la sociedad no se opongan tanto en el fondo como en la apariencia y la búsqueda de un punto de encuentro es seguramente una de las tareas más urgentes de la hora actual. De grado o por fuerza, educadores y pedagogos están empeñados en el asunto y no pueden sustraerse a la influencia de las concepciones actuales — en el tiempo y lugar en que se encuentren — sobre lo que es y debe ser la «aventura humana». En este aspecto, interviene también la política o, más exactamente, la psicología política. Porque según el valor mayor o menor que ésta conceda a los valores individuales — que admiten en general la primacía del espíritu — o a los valores sociales — que dan de buena gana la primacía a la existencia material (y, en consecuencia, a la organización económica) — se inclina, más o menos pronto, a hacer del colegial una rueda en la marcha socio-económica y a abrir la escuela, con más o menos amplitud, al mundo de las realidades prácticas.

De esta opción preliminar, implícita o explícita, mana cierto número de consecuencias que recaen, no solamente sobre los programas de enseñanza, sino sobre el mismo orden establecido de la vida escolar e incluso sobre la fisonomía de la clase. No obstante, en el dominio de los métodos pedagógicos se percibe pronto que el antagonismo de los principios es muy artificial: tan es así, que el hecho de ser efectivamente útil a su grupo «valoriza» al individuo, en tanto que el grupo entero beneficia a su vez, acrecentando el valor de cada uno de sus miembros.

Un pionero de la enseñanza individualista, como María Montessori, tiene tan en cuenta los intereses del conjunto social, como un maestro de la pedagogía soviética, Makarenko, tiene en cuenta los intereses de cada uno de sus alumnos. Que el trabajo se emprenda separadamente o en equipo (Cousinet), que se centre sobre un objeto de interés común (Decroly) o particular, que apunte a la realización de una obra colectiva (sello de la escuela de Freinet) o de una obra personal, que se sitúe dentro de una estructura social (cooperativa) o no, que la escuela haga más o menos llamamientos a la colaboración de la familias y del medio (escuela comunitaria, etc.), es evidente que la meta a que aspiran todos los educadores es la de llegar a la mejor inserción posible del individuo en la sociedad para mayor bien del uno y de la otra.

En cuanto a los programas, se dividen en dos partes según conciernan a la educación o a la cultura. En la primera fase de su escolaridad, es efectivamente necesario que el niño adquiera los útiles que han de permitirle «empezar» (en los diferentes sentidos de la palabra) con sus semejantes: lectura, escritura, gramática, aritmética, etc. Estas son las bases que la tradición ha establecido *(instruere)* sólidamente en el espíritu del colegial, antes de permitirle aventurarse por regiones más altas de la ciencia y de la reflexión en donde

los caminos son múltiples. La palabra latina *instructio* quiere también decir «preparación» y se trata en efecto de una preparación a la vida, al mismo tiempo que de un punto de partida para la adquisición de una cultura que puede tomar muchas direcciones, en función a la orientación que se le dé.

La línea de demarcación entre la instrucción y la cultura no es en realidad muy estricta, pues el niño está sumergido desde su primera edad en una cultura que lo impregna y la instrucción lleva en sí una parte de cultura (más o menos manifiesta en proporción a las técnicas pedagógicas) de la misma forma que la cultura lleva en sí una parte de instrucción continua. El niño «absorbe» las nociones, los puntos de vista, los pensamientos y los sentimientos que forman parte de su medio cultural y que lo condicionan, incluso antes de poner los pies en la escuela por primera vez. Su aptitud para manejar el lenguaje y las ideas generales es en gran parte fruto de una cultura familiar difusa: sin duda la escuela le organiza los conocimientos verbales y en ella aprende a someter las palabras a la dura disciplina de la ortografía y de la sintaxis, pero todo ese elemento inasible del lenguaje que una ciencia nueva, la semántica, trata de excavar y que resuena en lo más profundo del ser, está fuera de toda enseñanza organizada y, sin duda, es la que contribuye a dar el tono a una personalidad, más que todo lo transmitido de una manera didáctica. En la misma escuela, pasan por la boca del maestro — y de los camaradas — muchas más cosas de las que contienen los programas.

La enseñanza organizada da a la cultura de la juventud un impulso y una dirección que mana de la civilización del ambiente, a la vez que influye sobre ella. En nuestro tiempo, entre el ideal de un trabajo oscuro, consagrado al estudio a fondo de cosas muy delicadas y en todo ajenas a la vida práctica, y un ideal puramente utilitario, que tome su última expresión en la técnica para la perpetuación del progreso, la noción de cultura oscila. No es difícil demostrar que, en muchos casos, las especulaciones que parecían en su origen perfectamente gratuitas, han terminado en realizaciones muy concretas. Pero es en un sentido todavía más amplio en el que es legítima la defensa del valor de lo «gratuito». Una cultura exclusivamente técnica tiende forzosamente a acentuar la diferenciación y la especialización de los humanos y ya empieza a suscitarse el problema de establecer puentes entre los especialistas y salvaguardar el concepto de generalización.

Los nuevos problemas de la pedagogía

Ante la «aceleración de la historia», no es sorprendente que el hombre de hoy vacile al escoger entre una cultura que abarcara el porvenir y una cultura que, tradicionalmente, se funda en la asimilación del pasado. De ahí la tentación de calificar a la primera de revolucionaria y a la segunda de conservadora, asociando la una y la otra con la idea de una clase social, lo que, además, hoy por hoy, no es enteramente falso. Resulta de ahí, por desgracia, que la noción de cultura se encuentra ocasionalmente mezclada, en forma muy comprometida, a una razones que nada tienen que ver con lo que constituye su esencia. Son las lenguas llamadas muertas (latín y griego) las que más veces hacen el gasto del debate en pos de una tendencia que haga prevalecer el espíritu geométrico sobre la finura del espíritu, olvidando la necesidad de establecer entre los dos un equilibrio que, aunque no exista en el interior de cada individuo, es necesario que se mantenga dentro del conjunto de la colectividad, libre de toda sujeción a cualquier comportamiento social.

Por lo mismo que está situada entre el individuo y la sociedad, la escuela es un terreno de transición entre el pasado y el porvenir. Para conseguir que la sociedad siga avanzando, es necesario que la escuela haga recorrer al niño en unos pocos años el camino que la humanidad ha recorrido durante unos milenios. Por esto, la rapidez extraordinaria del desenvolvimiento de la ciencia coloca a la pedagogía en una situación crítica. ¿Es, por tanto, más económico y más conforme al interés de las generaciones futuras, ofrecerles al comienzo un sistema coherente, metódico, prefabricado, a partir del cual un nuevo impulso les podría ser fácil, o bien conducirlos a descubrir de nuevo lo esencial del saber humano, sin remitirlos totalmente a seguir paso a paso los de las generaciones precedentes, pasando por las mismas operaciones del entendimiento y prefiriendo, en resumen, las leyes de la evolución natural a las de la exposición lógica?

La dificultad está en que, a lo largo del desarrollo, la trasmisión de conocimientos se hace paralelamente al proceso de maduración del individuo. En esta fase, que es la más activa de la vida orgánica y psíquica, la adquisición de esos conocimientos no puede reducirse a un fenómeno de «almacenamiento» pasivo. El niño no es un simple recipiente y, en la medida que él no hace más que recibir sin desplegar una actividad personal, es probable que todo lo aprendido llegue a ser estéril y que en plazo más o menos breve se vaya extinguiendo poco a poco.

Cuanto más se aproxima el individuo a la madurez, más entra en lo posible la dispersión de una enseñanza en función de su estructura intelectual y de las exigencias de su razón, antes que en función de su psicología genética y de las exigencias de su efectividad. Esto es lo que explica la existencia de cierto grado de antagonismo aparente entre las tendencias modernas de la enseñanza de cálculo en un primer período escolar y las tendencias modernas de la enseñanza de las matemáticas en un período de escolaridad más avanzado.

Mientras que los nuevos métodos se esfuerzan en conseguir que el niño parta de una experiencia personal, incluso sensorial muchas veces, para escalar hasta los conceptos abstractos, la matemática moderna, por el contrario, tiende a desasirse del objeto particular para poder colocarse de golpe al nivel de los conjuntos, relaciones y estructuras, razonando a partir de axiomas considerados, no solamente como proposiciones verdaderas, sino como punto de partida de una serie de teorías.

M. André Revuz, en su libro «Matemática moderna, matemática viviente», nos dice: «Se ha impuesto la idea de que es menos importante el objeto de una teoría que su método». Las diversas ciencias que constituían *las* matemáticas (la geometría, el álgebra y, en uno de sus aspectos, también la Física, etc.) procuran fundirse en una sola ciencia, *la* matemática, poseyendo una sola terminología y permitiendo descender hacia las aplicaciones particulares por la vía de deducción, al rechazar su confinamiento en lo «numérico», ya que nada impide confiar la manipulación de los números a unas máquinas cada vez más perfeccionadas y a la vez mucho más seguras y rápidas para ese uso que la inteligencia humana.

Esta matemática moderna corresponde a una nueva forma de entender el mundo y los acontecimientos, que no deja de estar emparentada con las corrientes del pensamiento fenomenologista y existencialista que se encuentran en la filosofía actual. No se la podría considerar como un sistema fijado en la abstracción, puesto que corresponde, por el contrario, a una actividad de espíritu que no se reconoce límites y que, rebasando los casos particulares, en los que nada tiene que hacer, va derecha a aquello que le interesa, buscando siempre nuevos territorios que explorar. La enseñanza de la matemática moderna no se muestra, sin embargo, opuesta a todos los puntos de lo que se ha llamado «educación nueva» o «educación activa». Incluso se le acerca, por la llamada que hace a las facultades creadoras del alumno y por el papel de estimulante intelectual que atribuye al maestro, reconocido irremplazable, sean cuales fueren los medios audiovisuales que la técnica moderna pueda inventar. Las tentativas de transmisión del saber por esos medios deben, sin embargo, mencionarse en un inventario de las tendencias de la pedagogía escolar actual. Representan, pese a todo, un procedimiento de enseñanza predicado por algunos — solamente por razones prácticas —, pero que no podría pretender otra cosa que facilitar la fijación de los conocimientos, sin tener posibilidad de contribuir mucho a la formación de los espíritus, a menos que esté reforzado por la presencia de un gran número de asistentes, encargados de infundir vida al «conocimiento en conserva» transmitido por una palabra, aunque magistral, forzosamente estandardizada.

La educación se encuentra en el corazón de los problemas humanos y sociales: la escuela debe a la vez ayudar al niño a desarrollarse según sus propias leyes y enseñarle a responder a las necesidades de la colectividad. Educar es equilibrar justamente esta doble exigencia, desde la misma aula.



Una psicología del ser global

Sea como fuere, hay que admitir que entre los métodos nuevos de enseñanza del cálculo y los métodos de enseñanza de la matemática moderna, se sitúa un gran viraje pedagógico: el problema está precisamente en determinar el momento de la escolaridad en que ese cambio de dirección pueda efectuarse sin perjuicio del alumno. Problema difícil, porque se presenta unido no al grado de desarrollo de las facultades intelectuales, sino más bien al grado de madurez de la personalidad de cada escolar. Por lo demás, esa vuelta no concierne solamente al cálculo y la matemática, corresponde a un tránsito que afecta a todas las disciplinas escolares, cuando empieza a ser más importante presentar a los alumnos una buena exposición didáctica, que conocer las particularidades de su desarrollo y la disposición de su naturaleza, por el hecho de alcanzar ya, en su evolución, el punto en que son capaces de tomar en sus manos su propio destino.

Las relaciones de la psicología y la pedagogía son, por consiguiente, múltiples, fluctuantes y polimorfas. El arte didáctico atestigua, ciertamente, una cierta clase de psicología (o dicho más exactamente, psicopedagogía) necesaria para hacer las materias enseñadas más fáciles de captar y retener.

El aprendizaje de la lectura, de la ortografía y de los primeros rudimentos de cálculo exige una preparación preescolar y la adaptación del alumno al espacio y al ambiente en los que recibe la enseñanza.



Pero las cualidades que convienen para dar un curso o una conferencia a un número ilimitado de oyentes desconocidos, no bastan cuando se dirigen a un número limitado de discípulos cuya inteligencia no es todavía apta para funcionar de una forma, por así decirlo, autónoma. En efecto, cuanto más joven es el individuo, más indiferenciadas o, por lo menos, más interdependientes son sus facultades y las diversas partes de su persona. Su actividad intelectual, que mientras se trata de un niño pequeño moviliza también su cuerpo, queda durante mucho tiempo todavía inseparable de su vida afectiva. No se trata, en consecuencia, más que de contentarse con poner en marcha una psicopedagogía, que tendría sobre todo por tarea la de adaptar un contenido a su continente: La pedagogía necesita la ayuda de una psicología del ser global considerado, no solamente en su momento presente, sino en toda su duración; no sólo sobre el plano consciente, sino sobre el plano inconsciente; no, en fin, como un objeto, sino como un sujeto que, a todos los estímulos exteriores, es susceptible de responder de una manera original, capaz de proyectarse en todas sus actitudes tanto escolares como familiares y sociales.

Es sobre este conocimiento del ser global del escolar, de su vitalidad y de sus reacciones, sobre el que se debería, desde luego, fundamentar, tanto como fuera posible, la orientación escolar, preludio de la orientación profesional. La simple medida de las aptitudes en un momento dado de la evolución, tiene mucho de azar; hay aptitudes que se desarrollan solamente cuando el interés se despierta, como también es cierto que habitualmente el interés se favorece por los éxitos cuyos principales factores son las aptitudes naturales.

Las dificultades de la orientación escolar

Una sabia orientación profesional no tendría que ser más que informativa e indicativa, pero no imperativa. ¿Qué orientador habría aconsejado a ese farfullón de Demóstenes hacer carrera dentro de la oratoria, en la que tanto brilla sin embargo, pero al precio de una ingeniosa reeducación de la palabra, que tuvo el valor de imponerse para seguir su vocación?

Evaluar la importancia relativa de los diferentes elementos que entran en juego (aptitudes, gustos personales, deseos de éxito, fuerza de voluntad, etc.) no es cosa fácil cuando se trata de un adulto en el que la estructura interna está acabada y la personalidad constituida. ¡Cuánto más difícil aún, es tomar una decisión solicitada por un ser joven en el que ni el desarrollo físico, ni el desarrollo moral e intelectual han alcanzado su término! El problema aquí es más dramático todavía, porque es casi imposible torcer el rumbo, volver hacia atrás, cambiar de dirección en el curso de la ruta; y cuando el número de escolares es demasiado elevado, la orientación toma, cada vez más, aspecto de selección y, lo que es peor, de una selección implacable que, sin embargo, no se apoya en ningún criterio verdaderamente

seguro. Ni los resultados obtenidos en tal o cual clase, ni los tests psicológicos pueden, por sí solos, permitir unos pronósticos de valor absoluto. Para aproximarse a un acierto en la materia — sin pretender dar con seguridad en el blanco — haría falta que se pudiese someter a cada alumno a un examen médico-psicopedagógico auténtico y prolongado, informándose de todas las reseñas y observaciones que los diferentes medios en que ha vivido puedan suministrar.

La preocupación por evitar cuanto sea posible los graves inconvenientes de una selección prematura y sin medios para hacerla, ha llevado a crear en Francia una arma común de enseñanza de varios años, a partir del período de instrucción obligatoria y universal. La experiencia es aún demasiado reciente para que se pueda apreciar con exactitud lo conseguido, tanto más cuanto que toda experiencia necesita un tiempo de ajuste final. El ideal sería, evidentemente, que se llegue a crear, a todo lo largo de la vida escolar, una orientación continua, progresiva y flexible que en ningún momento pueda dar al niño la impresión desmoralizadora de que está excluido o definitivamente rechazado. El sentimiento de fracaso entraña el fracaso, como el sentimiento de éxito entraña el éxito. Una verdadera educación debe remediar los fracasos y no transformarlos en fatalidad.

La orientación escolar, además, no tiene solamente por tarea la de escoger para el alumno entre la enseñanza secundaria y el centro de aprendizaje o, dentro de la enseñanza secundaria, entre las ramas literaria, científica o técnica. Tenida en cuenta ya la naturaleza del niño, su carácter, sus recursos, su madurez, todavía es necesario sopesar las ventajas respectivas para un sujeto dotado de tal o cual método de enseñanza: métodos activos, métodos tradicionales; educación mixta o no-mixta; en régimen de internado, externado o media pensión; si ha estado o no «atado corto»; intervención o no intervención de los padres en el trabajo; compensaciones deportivas y distracciones insuficientes o excesivas; importancia de las ocupaciones y actividades extraescolares, etc. Todas estas actividades — y muchas otras todavía — entran en cuenta y pueden tener una influencia determinante sobre los cursos de estudios y sobre su finalización.

La educación preescolar

El desenvolvimiento de la psicología y, más particularmente, de la psicología de la infancia, ha dado a los problemas escolares una complejidad mucho mayor de lo que a primera vista parece. Ya no es posible encerrarse en el dilema simplista: «El mal alumno es ininteligente o perezoso». Se sabe demasiado bien que, para sobresalir en clase, no es suficiente estar bien equipado de inteligencia y voluntad; hace falta, además, tener un buen equipo psicológico, neurológico y sensorial, a la vez que un mínimo de apetencia por las materias enseñadas. Y esta apetencia es, por su parte, el resultado de numerosos factores — para la mayoría, afectivos y personales — además de las cualidades pedagógicas del maestro.



Cuando no está bien adaptado al espacio en el cual se halla situado y en el que debe situar las operaciones mentales que se le pide exprese sobre un cuaderno, el escolar sólo produce trabajos desordenados y vagos.

El aprendizaje de la lectura, de la ortografía y de los primeros rudimentos de cálculo, exige que se hayan realizado un cierto número de condiciones. Si se pretende enseñar a leer a un niño cuyo lenguaje oral está todavía mal construido, la experiencia demuestra que, lejos de ganar un poco tiempo, se corre el riesgo de perder mucho. Para leer y escribir bien, es necesario empezar por ver bien, entender bien, saber orientarse bien en el espacio, ser dueño de los propios ademanes y poseer un equilibrio motor suficiente. Cuando el niño no ha conseguido una buena adaptación al espacio en que está situado y en el que ha de situar las operaciones mentales que se le piden exprese sobre el papel o la pizarra, el escolar no puede producir más que trabajos confusos que terminan por engendrar la confusión en su espíritu. En las palabras que escribe, las letras tienden a superponerse o a invertirse, lo mismo que las cifras en sus ejercicios numéricos.

Parece, por consiguiente, que hay una gran ventaja en que las primeras enseñanzas escolares estén precedidas de una educación preescolar que incumbe a las escuelas maternales y jardines de la infancia. La mayoría de la gente tiende a creer a veces que el papel de esta educación no es otro que el de ocupar a los niños y ayudar a los padres, pero una encuesta del profesor Zazzo ha podido poner en claro sus felices efectos sobre los últimos cursos escolares de los que tuvieron la suerte de beneficiarse de esta educación preescolar. El niño forja, en el transcurso de estos años preliminares, las cualidades y las aptitudes que le serán necesarias, afina sus aparatos sensoriales y perfecciona su aparato



motor. Se pone así en situación de afrontar en las mejores condiciones su tarea escolar.

La reeducación física

Ciertos niños, sin embargo, presentan deficiencias congénitas más acentuadas sobre uno cualquiera de los puntos ya enumerados. En primer lugar, están los ambliopes y los hipoacústicos; es decir, aquellos de quienes la vista o el oído es inferior a lo normal. Para los primeros se han creado, concretamente en París, unas clases especiales. En cuanto a los segundos, también reclaman cierta atención, pero no parece deseable la solución de agruparlos en clases especiales en las que su oído, menos estimulado, corre el riesgo de acostumbrarse a una cierta pereza. A partir de diversos principios, muchos tipos de enseñanza han sido instituidos para niños cuyas dificultades en la lectura y la ortografía provengan de desventajas que no tengan origen intelectual. Para los menos favorecidos intelectualmente, existen unas clases llamadas «de perfeccionamiento» en las que la instrucción se da en una forma más concreta y a un ritmo más lento, dentro de grupos muy reducidos. Es preciso no confundir estas clases de perfeccionamiento, que existen dentro del ciclo de enseñanza primaria, con las clases de orientación, adopción o readaptación que, para los alumnos mejor dotados, se crean a veces dentro del cuadro de enseñanza secundaria, bajo el nombre de clases o establecimientos pilotos, de interesantes iniciativas pedagógicas, que han sido puestas en práctica, pero que no están destinadas a alumnos de características particulares.

De hecho, es frecuente el caso de la reeducación practicada de una forma más individual, fuera y paralela a la vida escolar normal, a la que se recurre para remediar deficiencias parciales y circunscritas que, pese a todo, representan la mayor parte de los casos. Actualmente existen centros psicopedagógicos y otros servicios y organismos de «guía infantil», en los que se atiende a muchos escolares, ofreciéndoles la posibilidad de corregir, tanto las consecuencias de antiguos errores pedagógicos, como las pequeñas enfermedades de la palabra, la escritura, la ortografía, u otras.

La reeducación se distingue de la educación en que la primera se remonta hasta las causas de las dificultades (que, por consiguiente, es necesario analizar previamente) en vez de contentarse con ejercicios indefinidamente repetidos y elegidos sin otro criterio que el nivel aproximado de conocimientos que al niño correspondan. Por ejemplo, en lo que a la ortografía se refiere, la naturaleza misma de las faltas da algunas indicaciones sobre su origen. Una mala «laterisación» y una mala discriminación de los sonidos, permite a quienes les ha sido diagnosticada, llevar el esfuerzo terapéutico a buen puerto, sin recurrir a los sempiternos dictados en los que el niño, a veces, reproducía incansablemente los mismos errores. Para reeducar la palabra, es muy necesario conocer todos los mecanismos de la respiración, de la fonación y de la misma audición. La escritura puede facilitarse por el método llamado «el buen comienzo» que, mediante ejercicios rítmicos y graduados, se da a los miembros superiores una agilidad y una habilidad preciosas; otros métodos atienden más especialmente al gesto gráfico y algunos sacan, de su propia experiencia y de la que proporciona el estudio grafológico, la convicción de que las modificaciones de los rasgos de la escritura de un sujeto pueden influir sobre su carácter.

Lo mismo que se ha probado que muchos de los retrasos escolares proceden inicialmente de deficiencias sensoriales, parece cierto también que muchas de las dificultades de la escuela están en relación con algunos retrasos del desarrollo psicomotor. La inestabilidad del cuerpo repercute sobre las facultades de atención, la desmaña impide la ejecución de un trabajo bien hecho, la lentitud impide al niño encontrar los momentos de descanso que le son indispensables, la imposibilidad de obtener una suficiente relajación muscular engendra en él una fatiga permanente. Estas causas de alteración necesitan, entiéndase bien, una educación especializada que consiga del niño una transformación favorable de aptitudes y de los resultados escolares.

Reeducación psíquica y pedagogía curativa

Todas las formas de reeducación, cuando son operantes, son tanto más benéficas, cuanto que se apliquen a unas deficiencias, muchas veces poco visibles, de las que los familiares culpan gravemente al niño, como si él fuera responsable. Esto persuade al propio niño de su culpabilidad, lo que agrava su estado nervioso y acrecienta sus sentimientos de impotencia e inferioridad, factores del fracaso.

¿Se deduce de ahí que la reeducación sea inoperante? Ciertamente es así, cuando la causa principal de las perturbaciones no es de orden físico sino psíquico. En efecto, las pequeñas enfermedades de que hemos hablado deben ser consideradas como síntomas que — cualquiera que sea la molestia que causen — son utilizados para conseguir un equilibrio interior, sin duda precario, y resolver, bien o mal, mediante una serie de compromisos, unos problemas esencialmente afectivos. La mejoría del síntoma, en este caso, no representa siempre una ventaja. Una psicoterapia bien conducida habría podido dispensar de la reeducación, o preparar el terreno para hacerla menos peligrosa y más eficaz. Uno de los principales papeles del médico especializado en psicopedagogía será determinar la naturaleza de la terapéutica a seguir y la sucesión cronológica de la misma. Este no es un papel cómodo, porque estos casos presentan, a veces, una complejidad extrema. La demarcación entre lo que es orgánico y lo que es psíquico, no siempre es clara. Es difícil establecer si uno se encuentra frente a una carencia intelectual de tipo constitucional, o frente a una seudoestupidez de origen neurótico que, de ser así, sería una indicación para el tratamiento psicológico.

La obra de un niño de cuatro años: ese dibujo, por espontáneo que sea, lleva ya el sello de una forma cultural.

Sin embargo, muchos colegiales se rehacen simplemente con una pedagogía apropiada, es decir, adaptada no solamente a la forma de su espíritu, sino, sobre todo, a sus deseos de contacto y de relación humana. Sin ser unos retrasados mentales (tienen a veces una gran inteligencia), puede que sean, en cierta medida, unos retrasados afectivos que no son aún lo bastante adultos para soportar el trabajo en un clima insuficientemente caldeado, o tienen la impresión de que la enseñanza no se dirige a ellos de una forma personal. Reclaman la atención y la comprensión de sus maestros más que los otros. Ciertamente, los problemas pedagógicos son siempre en gran parte problemas de relación; mas para esta clase de alumnos los problemas de relación son particularmente delicados, porque no es bueno desatender completamente su reivindicación afectiva, ni satisfacerla demasiado generosamente, pues con esto se correría el riesgo de mantenerlos en un estado de dependencia infantil. La pedagogía curativa, de la que M. Maurice Debesse ha sido el promotor en Estrasburgo, debe tener en cuenta, necesariamente, todos estos factores y requiere, en consecuencia, grandes cualidades de tacto para reglamentar en cada instante la distancia conveniente que haya de mediar entre el enseñador y el enseñado. Las clases de readaptación realizan una especie de pedagogía curativa en colectividad reducida, con los mismos imperativos en el plan didáctico, pero con la mezcla de ventajas e inconvenientes que resulta de la práctica de una verdadera psicología del grupo.

Sin pretender remplazar enteramente la enseñanza tradicional ni sustituir la indispensable presencia del maestro, las «máquinas de enseñar» aportan a la pedagogía una ayuda indiscutible. El aparato está equipado de un programa que propone cuestiones al alumno y se las da corregidas. (Documento SINTRA, Monitora de instrucción MITSI 2021.)



No obstante, la psicología de grupo en una clase varía según el número mayor o menor de los individuos que la componen y según el lugar que el profesor ocupe moralmente en ella. Una clase de readaptación no podría ser muy numerosa por esa doble razón. Toda pedagogía curativa representa una enseñanza a medida, destinada a los alumnos que se adaptan mal a la enseñanza común, pero, como su nombre indica, su meta es la de «readaptarlos» a esa enseñanza común, es decir, enseñarlos a obtener por sí mismos de las lecciones que estudian todo el saber que necesitan.

Ahora bien, es necesario tener en cuenta que las tareas escolares se sitúan en un determinado cuadro: el escolar que está en armonía con ese cuadro, tiene un máximo de probabilidades de poder ejecutarlas todo lo bien que sus facultades intelectuales le permitan. Si, por el contrario, hay discordancia, es frecuente que sus estudios se resientan, porque el niño acaparado por unos problemas más o menos inextricables, no puede ya dar su medida, a menos que se refugie en el trabajo a todo trance, aislándose de sus camaradas y de su medio, lo que constituye un peligro no menor para su porvenir.

La inadaptación

La escuela, en efecto, no debe solamente transmitir conocimientos y formar inteligencias. Ella es para el joven ser, que hasta entonces no ha vivido más que en el medio abrigado de su familia, la primera prueba de afrontamiento a sus semejantes y la primera experiencia de una disciplina colectiva y, en cierta forma, impersonal.

Por esto es por lo que la escuela ocupa un sitio preponderante en el proceso del aprendizaje social de los individuos, y es seguramente una parte muy importante de su misión. Mas para que pueda cumplirla por sí misma, es preciso que los sujetos sobre los que ha de ejercer su acción, hayan realizado la fase precedente de su evolución en condiciones satisfactorias. Si no, la inadaptación social y afectiva que en el nuevo escolar está en germen, lejos de encontrar en la clase un remedio, corre el riesgo de desarrollarse en él peligrosamente, si no se tiene cuidado.

Estos inadaptados sociales y afectivos no son unos enfermos ni unos anormales, aunque bien pueden llegar a serlo. Eliminarlos pura y simplemente de la escuela, sería muchas veces condenarlos a una inadaptación definitiva. No hay duda que dificultan la clase en la que frecuentemente parecen un cuerpo extraño: unas veces los camaradas los atormentan, otras, son ellos los que atormentan a sus camaradas; a veces, su presencia en la escuela no es más que física, mientras su espíritu se halla en otra parte, cosa que no les impide



Los métodos pedagógicos de vanguardia tienden a dar un lugar mayor a la iniciativa individual, a desarrollar en el alumno el sentido de la vida y del trabajo en pequeños grupos y a sacar la enseñanza de su rutina didáctica y libresca mediante la utilización de las técnicas audiovisuales. En la escuela Greeley, en los Estados Unidos, los niños aprenden lo que ellos quieren, cuando quieren y como quieren. (Foto Desjardins-Réalités.)

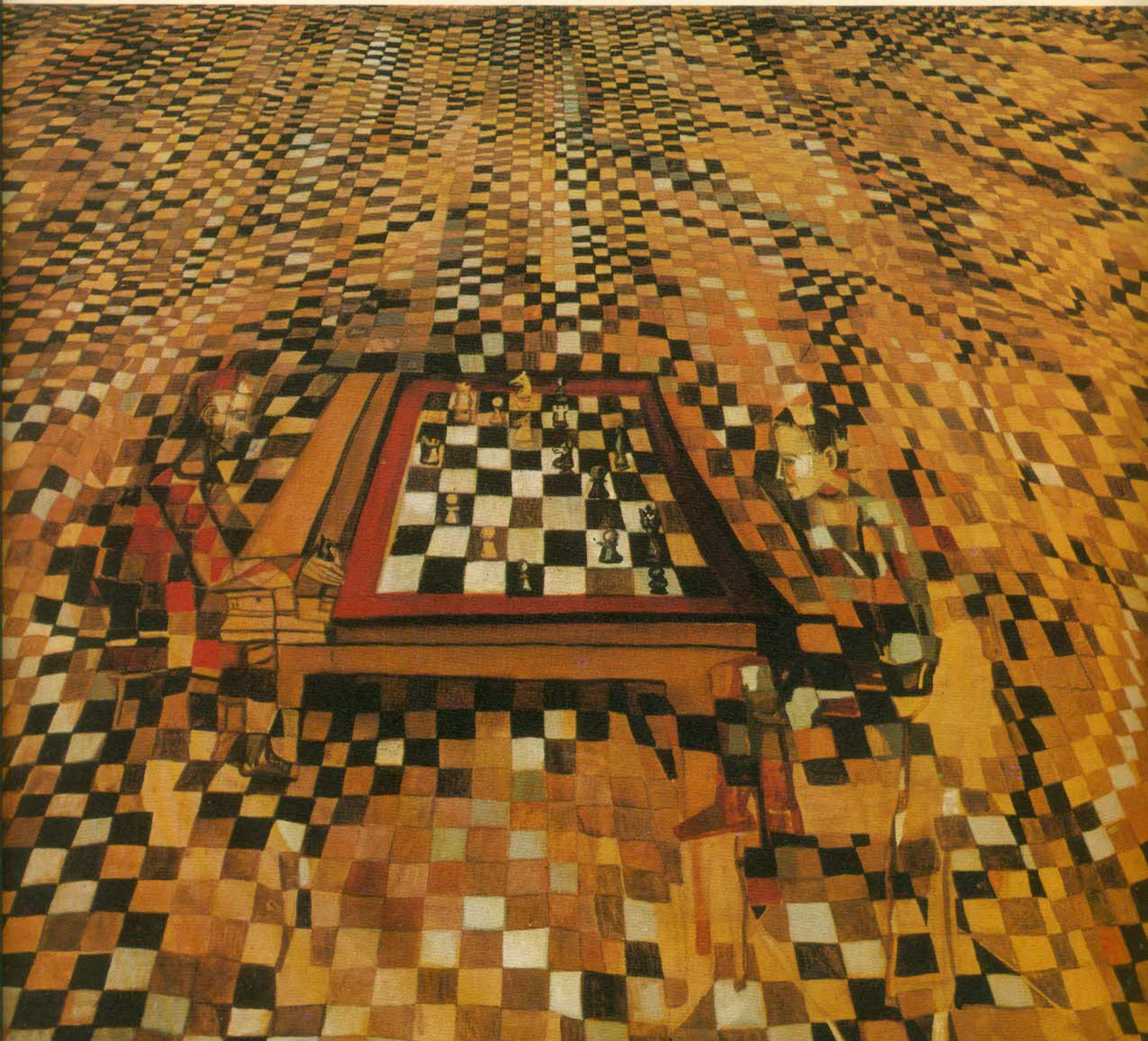
sentirse profundamente desdichados. No es demasiado difícil tolerarlos cuando no parecen capaces de perjudicar a la colectividad; pero en el caso inverso, plantean al educador un conjunto de problemas y aun, a veces, un serio y evidente caso de conciencia.

La inadaptación se traduce por las manifestaciones más diversas, aunque no todas tienen la apariencia de alteraciones de carácter. Hay campo, además, para distinguir las diferentes formas de inadaptación, no solamente con arreglo a su aspecto exterior, sino con arreglo a sus causas y al nivel en que éstas se sitúan. Puede no tratarse más que de reacciones superficiales y temporales, que no exijan más que un ajuste educativo o pedagógico. Puede tratarse, por el contrario, de reacciones que traduzcan una alteración neurótica más o menos grave y más o menos profunda o, en algunos casos raros, una amenaza seria de una posible evolución hacia la psicosis.

El principio de la aventura humana

Es difícil determinar el grado de libertad y, por consiguiente, la responsabilidad que se puede atribuir a la conducta de un adulto y tanto los psiquiatras como los tribunales que examinan la conducta de los delincuentes lo saben muy bien. Con más razón aún, deben juzgarse con circunspección los desvíos de la conducta de un escolar. Lo que en él se ha llamado habitualmente «defecto» no es a veces más que un signo de inadaptación afectiva, que requiere una intervención psicológica o hábilmente educativa, más que un discurso moralizador. Actualmente la escuela ha empezado a tomar consciencia del lugar que ocupa en los dominios de la higiene mental de la juventud. Es benéfica desde este punto de vista, por ser la que interviene en la vida del niño en esa edad en que empiezan a ser raras las cosas que él puede aprender dentro de su familia. La escuela responde a una necesidad de horizontes más amplios, tanto en el orden intelectual como en el orden social y en el afectivo. Satisface un deseo de crecimiento y progreso inherente a la humanidad.

En compensación, es raro que el niño no esté sometido, durante el período escolar del año, a una tensión nerviosa que, con demasiada frecuencia, acrecienta todavía más un desarrollo excesivo y artificial del sentido de la competición. Sin duda, esta tensión nerviosa es uno de los precios de la civilización. El pequeño hombre, por el hecho de serlo, parece condenado a separarse de la vida natural aunque no puede, sin embargo, librarse por completo de las exigencias de su animalidad. Los antiguos preconizarían «espíritu sano en cuerpo sano», pero más tarde los exámenes y los concursos parecen comprometer a veces este ideal de equilibrio. Sin embargo, indudablemente, de él depende a fin de cuentas el éxito de esta aventura humana de la que se puede decir que los primeros pasos se dan en el momento de franquear la puerta de la escuela.



ROGER CAILLOIS

el hombre y el juego

Fuera del trabajo, y puede que también en el trabajo mismo, el hombre juega. ¿Qué busca en ese juego? ¿El triunfo en la competición? ¿El vértigo de la acción? ¿El libre ejercicio de sus funciones motrices o mentales? ¿Lo gratuito del acto? ¿O la suerte, ese impulso oscuro al misterio y a la fortuna indesignables? Sin duda, todo esto a la vez. La cultura en su conjunto no es quizá, propiamente hablando, otra cosa —¿quién podría aventurarse a decirlo, quién se atrevería a negarlo rotundamente?— que la forma suprema adoptada, a través de los tiempos, por el juego.

El juego es exuberancia gozosa, pero es a la vez invención de dificultades arbitrarias y sumisión, libremente consentida, a unas reglas convencionales. El primero de estos extremos podría definirse por el perro que trata de atraparse el rabo, o por el pájaro que se deja caer como una piedra, sabiendo que abrirá las alas antes de llegar al suelo. El segundo podría representarse por el jugador de bridge, por el teórico que se aplica a resolver un problema de ajedrez, o por el pintor que quisiera expresar su idea del verano o el otoño mediante una visión enteramente compuesta de legumbres y frutas de la estación. De esta forma los dominios del juego se extienden desde el desgaste vital hasta la especulación abstracta o cierto virtuosismo artístico, en donde caben muy bien su desinterés fundamental y su fecundidad cultural.

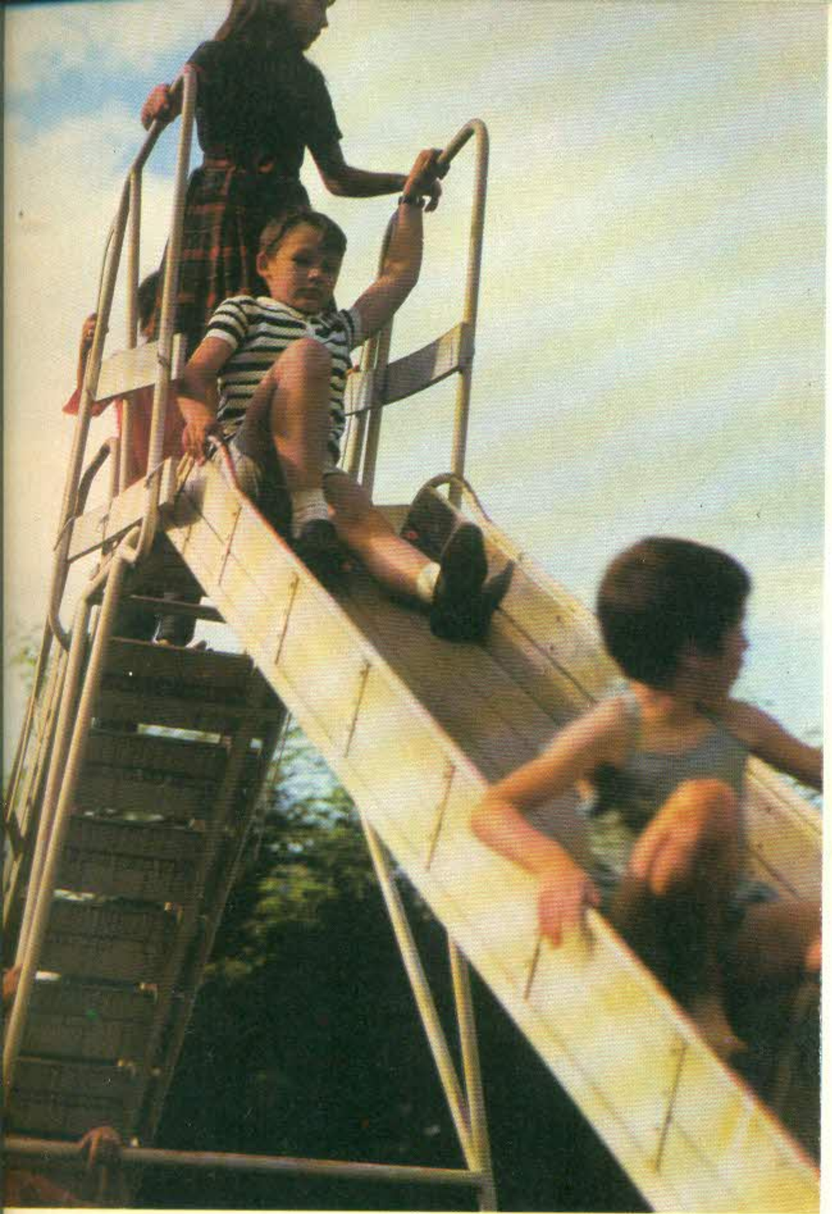
El animal no juega como el niño, ni el niño como el adulto. El juego puede ser exuberancia de movimientos improvisados o repetidos hasta la saciedad; puede ser también la expresión de una actividad ejercida dentro de unos límites trazados de antemano y regida por unas reglas arbitrarias y rigurosas, soberanas y respetadas precisamente porque son arbitrarias. En la fuente del juego reside una libertad primera, necesidad de descanso y expresión de una superabundancia de energías acumuladas, exceso, fantasía y distracción al mismo tiempo. Este es el motor indispensable de la actividad del juego, sea cual fuere la forma en que se presente. Conjugado con el gusto por la dificultad gratuita y disciplinada por él mismo, este impulso lleva finalmente a los juegos complejos de carácter matemático, artístico o deportivo a los que se les ha atribuido, sin exageración, una virtud civilizadora. Yo he propuesto la palabra «paidia», que evoca justamente la de niño (*paîs*, en griego), para designar la sobreabundancia de vitalidad que preludia a las manifestaciones espontáneas del instinto del juego. El gato enfrascado en el ovillo de lana, el perro que gruñe, el niño que ríe con su sonajero, representan los primeros ejemplos identificables de esta clase de actividad. Ella interviene en toda exuberancia feliz que traduce una agitación desordenada, un recreo espontáneo y suelto, excesivamente placentero, en cuyo carácter improvisado y descompuesto, está su esencia, acaso su única razón de ser. De la pirueta al barullo, de la pelea a la algazara, nada falta para ilustrar semejantes pruritos de movimientos, de colores o de ruidos.

El juego en el niño

Ese deseo elemental de agitación y baraúnda aparece primero como un impulso a tocarlo todo, de coger, de gustar, de oler; después, con el afán de dejar caer todo objeto accesible, llegaría a romper y destruir por puro gusto. Ello explica el placer de cortar incansablemente un papel con las tijeras, hacer tiras una tela, derrumbar un conjunto de cosas, interrumpir una fila y llevar el desorden a los juegos u ocupaciones de los demás. Pronto llega el deseo de burlar o desafiar sacando la lengua, haciendo muecas o fingiendo tocar o arrojar el objeto prohibido. Para el niño se trata de afirmarse, de sentirse «causa», de forzar a los demás a prestarle atención.

El niño no se contenta con eso, quiere jugar hasta con su propio dolor, por ejemplo, provocándolo con la lengua en un diente enfermo. Quisiera también que le fuese peor. Unas veces busca un dolor físico, pero limitado, gobernado, dirigido por él, y otras, una congoja psíquica, pero que pueda hacerla cesar a su comodidad. Aquí, ya son reconocibles los aspectos fundamentales del juego: actividad voluntaria, convenida, separada y gobernada.

Jugadores de ajedrez, por Maria-Helena Vieira da Silva.



Cuando el juego no está sometido a unas reglas, es expresión de una exuberancia gozosa o apetencia del vértigo: como el tobogán, que procura una alteración tónica provocada por el descenso y la aceleración.

Pronto nace el gusto por inventar las reglas y someterse a ellas obstinadamente, a toda costa; el niño hace entonces consigo mismo y con sus camaradas toda clase de apuestas: andar a pata coja, hacia atrás, con los ojos cerrados; juega a quién mirará el sol por más tiempo, soportará un dolor o permanecerá en una posición incómoda.

En general, las primeras manifestaciones de la «paidia» carecen de nombre. No pueden tenerlo precisamente porque están más allá de toda estabilidad, de todo signo distintivo, de toda existencia netamente diferenciada que permita al vocabulario darle su autonomía con una denominación específica. Pero tan pronto como aparecen los convenios, las técnicas, los utensilios, aparecen también los primeros juegos determinados: salto a piola, escondite, gallina ciega, la cometa, el patín, la peonza. Aquí interviene por primera vez la alegría que se experimenta al vencer un obstáculo suscitado por propio gusto, creado en todas sus partes, tal en fin, que el hecho de conseguir la meta, no aporte otra ventaja que el contentamiento íntimo de haber vencido.

El juego en el adulto

Este resorte que yo he propuesto llamar «ludus», porque esa palabra latina significa a la vez «juego» y «escuela» (de músicos, de gladiadores, etc.), aparece como el complemento y como la educación de la «paidia», a la que disciplina y enriquece. Proporciona la ocasión de un entrenamiento y, normalmente, viene a parar en la conquista de una habilidad determinada, en la adquisición de un talento particular, en el mantenimiento de tal o cual cualidad, o en la aptitud para encontrar respuesta satisfactoria a unos problemas de orden estrictamente convencional.

La tensión y el talento del jugador se ejercitan fuera de todo sentimiento explícito de emulación o rivalidad: se lucha contra el obstáculo, no contra uno o varios oponentes. En el terreno de la habilidad manual, se pueden citar los juegos del género del boliche, yo-yó o diábolo. Con estos instrumentos simples, se utilizan voluntariamente las leyes naturales elementales. Por ejemplo, la gravedad y la rotación en el caso del yo-yó en el que se trata de transformar un movimiento alternativo en movimiento circular continuo. La cometa, por el contrario, se basa en el aprovechamiento de una situación atmosférica concreta. Gracias a ella, el jugador efectúa a distancia una especie de auscultación del cielo. Proyecta su presencia más allá de los límites de su propio cuerpo. Igualmente, en el juego de la gallina ciega se le ofrece la ocasión de probar sus recursos de percepción prescindiendo de la vista.

En un momento dado, la turbulencia, la improvisación libre, el esparcimiento descuidado, desaparecen completamente. No subsiste más que la ocasión y el deseo de divertirse: la oportunidad de utilizar el tiempo disponible de una forma placentera, sin obligación ni sanción. Es entonces cuando se desarrolla esa otra clase de juego que consiste en inventar unas condiciones imperativas y adrede molestas; en establecer entre el jugador y la meta propuesta mil embrollos, pues lo agradable está precisamente en obligarlo a sutiles maniobras. El resultado obtenido en caso de éxito ha de ser, además, esencialmente improductivo. Al fin de cada partida que se haya ganado o perdido sobre el estadio o sobre el tablero, el jugador ha de encontrarse en el mismo punto que al comienzo.

Tal es la ley del juego, que no crea nada, que es necesariamente energía gastada en forma inútil y, por eso mismo, diferente del trabajo o del arte, ya que éstos sí producen una utilidad, una riqueza, una obra. De ninguna manera se sigue de ahí que los juegos no representan para quienes lo practican una exigencia siempre renovada de paciencia o destreza, de ingenio, de fuerza o resistencia; la manifestación de alguna cualidad determinada que ejercitan sin vacilar y que no les deja nada a cambio, ni les proporciona ayuda alguna fuera del terreno de juego.

Desde que se han establecido las reglas (y aceptado complacida y libremente la artificial sujeción), el juego es adulto, para adultos, y enseña al niño a convertirse en adulto, a soportar la fortuna adversa sin mala cara, a aceptar la victoria del contrario sin gritarle amenazas ni detestarlo. Bien se puede imaginar un número ilimitado de reglas de todas clases, ya que la diversidad de los juegos es, en principio, infinita. Estimo, no obstante, que es mejor para su estudio dividirlos en cuatro categorías que me propongo estudiar una por una: La «competición», la «suerte», el «simulacro» y el «vértigo».

La competición

Todo un grupo de juegos aparece bajo el signo de un combate en el que la igualdad de las posibilidades es artificialmente creada para que los antagonistas se afronten en unas condiciones ideales, que den un valor indiscutible al triunfo del vencedor. Se trata cada vez, por consiguiente, de una rivalidad que descansa sobre una sola cualidad: rapidez, resistencia, vigor, memoria, destreza, ingenio, etc., ejercitándose en unos límites definidos y sin ninguna ayuda exterior, de tal forma que el ganador aparezca como el mejor dentro de una determinada clase de proezas. Tal es la regla de las pruebas deportivas y la razón de ser de sus múltiples subdivisiones, ya opongan dos individuos o dos equipos (polo, tenis, fútbol, boxeo, esgrima, etc.), o ya sean disputadas entre un número determinado de concurrentes a la prueba (carreras, tiro, golf, atletismo, etc.). Aún pertenecen a la misma clase los juegos en que los adversarios disponen al comienzo de elementos de especie y nombre idénticos. El juego de damas y ajedrez ofrecen en sí un ejemplo perfecto. La correcta igualdad de las posibilidades desde el comienzo es evidentemente el principio esencial de la rivalidad. En el caso de dos jugadores desiguales, se restablece la igualdad concediendo ventaja al jugador inferior. Es decir, que dentro de la igualdad de posibilidades previamente establecida, se procura una desigualdad proporcional a la fuerza relativa que a los jugadores se les supone. Es significativo que tal costumbre exista tanto para la competición de carácter muscular (los encuentros deportivos), como para la competición de tipo completamente cerebral (las partidas de ajedrez, por ejemplo, donde al jugador más débil se le concede de ventaja un peón, un caballo o una torre).

El resorte del juego es para cada jugador el deseo de ver reconocidas sus excelencias en un terreno dado. Se sigue de ahí que la práctica de la rivalidad reglamentada supone una atención sostenida, un entrenamiento apropiado, unos esfuerzos asiduos y la voluntad de vencer. Esto implica disciplina y perseverancia. Abandona al campeón a sus solos recursos, invitándolo a sacar de sí el mayor partido posible. Le obliga, en fin, a portarse lealmente dentro de unos límites fijados que, iguales para todos, hacen, en compensación, indiscutible la superioridad del vencedor. El «agón» se presenta como la forma pura del mérito y sirve para manifestarla.

Fuera del juego, o en el límite del juego, se constata la noción del «agón» dentro de otros fenómenos culturales que obedecen al mismo código: el duelo, el torneo y ciertos aspectos constantes y notables de la llamada guerra de cortesía.

La suerte

«Alea» es en latín el nombre de un juego de dados. Yo lo tomo para designar todos los juegos en los que el principio de decisión es exterior al jugador, quien no podría tener la menor influencia sobre él directa ni indirectamente y donde se trata, por consiguiente, no de obtener la victoria sobre un adversario, sino de alcanzar el favor, esencialmente caprichoso del destino. Para decirlo mejor, el destino es el solo artesano de la victoria y ésta significa exclusivamente que el vencedor ha sido preferido por la suerte, cosa que no deja ningún lugar a su esfuerzo. Unos ejemplos absolutos de esta clase de juegos son los dados, la ruleta, cara o cruz, el bacará, la lotería, etc. En ellos no solamente no se puede eliminar la injusticia del azar, sino que es la arbitrariedad pura del juego la que constituye su único resorte.

Todo disfraz que contribuye a hacer del hombre un personaje diferente al que asume en general, participa de la actividad indicada. El placer de llamar la atención no le es extraño tampoco. Los estudiantes que sobre el Puente de las Artes de París cultivan la cacofonía son prueba de este deseo de originalidad. Este desorden tiene su ritual y sus reglas.

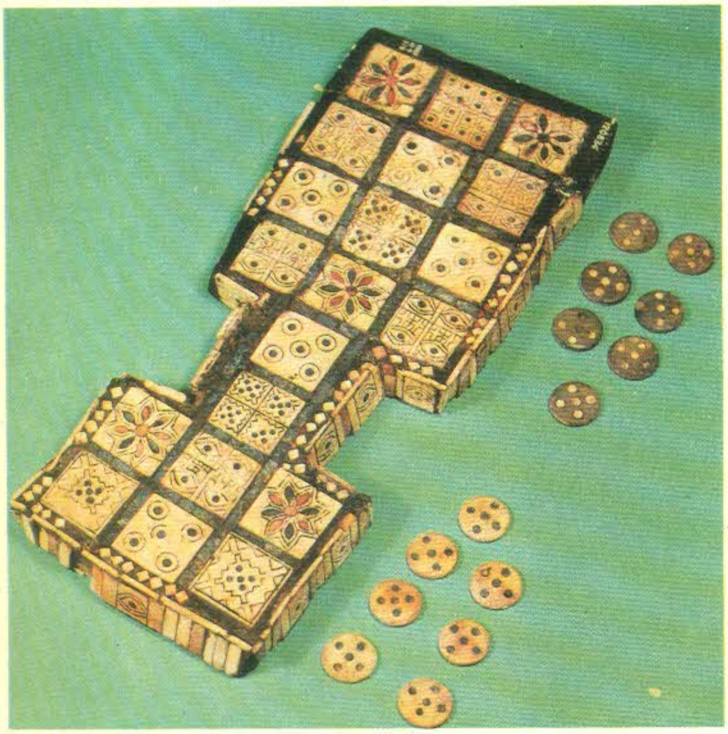


La suerte señala la preferencia del destino y no revela otra cosa. El jugador es enteramente pasivo, no demuestra sus cualidades o sus disposiciones, los recursos de la destreza de sus músculos, de su inteligencia. No hace más que esperar la decisión de la suerte. Arriesgar una puesta. La justicia —siempre reclamada, pero esta vez de modo que tiende a ejercerse en condiciones ideales— le recompensa proporcionalmente a la puesta hecha con una rigurosa exactitud. Toda la aplicación empleada antes para igualar las posibilidades de los jugadores, está aquí empleada en equilibrar escrupulosamente la puesta y el beneficio.

A la inversa del «agón», el azar niega el trabajo, la paciencia, la habilidad, la calificación; elimina el valor profesional, la regularidad, el entrenamiento. Puede abolir en unos instantes los resultados obtenidos. Es desgracia total, o favor absoluto. Aporta a veces al jugador afortunado mucho más de lo que le procuraría una vida de labor, disciplina y fatiga. Parece una insolente y soberana burla del mérito.

La rivalidad regulada es una reivindicación de la responsabilidad personal. Recurrir a la suerte es una dimisión de la voluntad, un abandono al destino. Ciertos juegos, como el dominó y la mayor parte de los juegos de cartas, combinan el «agón» y el «alea». El azar decide la composición de las «manos» del jugador, pero es éste el que maneja las cartas de la mejor forma que puede y según su acierto.

Desde la más lejana antigüedad el hombre ha dedicado a las competiciones lúdicas no solamente su energía física, sino también sus facultades de orden intelectual. Un claro testimonio de ello es el tablero de juegos encontrado en las ruinas sumerias (foto British Museum).



En general, el papel del dinero es tanto más importante cuanto mayor sea la intervención del azar y, en consecuencia, más débil la defensa del jugador. Esto se comprueba fácilmente por la diferencia de los juegos. En los de combinación (como el bridge), que se distribuyen todas las cartas, permitiendo así conjeturar su colocación, la ganancia no es el principal interés. En cambio, otros juegos de cartas (como el póker), son los únicos que a veces están catalogados —con justicia— por la legislación como juegos de dinero y azar. La razón de la alianza entre dinero y azar es significativa. El «alea» no tiene por función hacer ganar el dinero a los más inteligentes o a los más sabios. Al contrario, su función es abolir la superioridad natural o adquirida, para colocar a cada uno en un pie de igualdad total ante la suerte.

El «agón» y el «alea» revelan actitudes opuestas, y en cierta manera simétricas, pero obedientes las dos a una misma ley: la creación artificial entre los jugadores de unas condiciones de igualdad pura, que la naturaleza rehúsa a los hombres. Porque nada hay en la vida completamente claro sino que, precisamente, todo está siempre velado en su principio, tanto la suerte como el mérito. El juego, «agón» o «alea», es, por consiguiente, una tentativa de sustituir la confusión de la existencia corriente por unas situaciones perfectas.

Estas situaciones son tales que el papel del mérito o del azar se muestra en ellas clara e indiscutiblemente. Implican también que todos deben gozar exactamente de las mismas posibilidades de demostrar su valor o, en otra escala, tener exactamente las mismas posibilidades de recibir un favor del destino. De una u otra forma, el jugador se evade del mundo y lo convierte en otro. Puede así igualmente evadirse de sí y convertirse en otro. A este deseo de cambio, y aspiración a transformarse, responden los juegos de simulacro.

El simulacro

Todo juego supone la aceptación temporal si no de una ilusión (aunque esta última palabra no significa otra cosa que entrar en juego: *in-lusio*), si, al menos, de un universo cerrado, convencional y, en cierto aspecto, ficticio. El juego puede consistir no en deplorar una actividad o en sufrir un destino en un medio imaginario, sino en convertirse uno mismo en un personaje ilusorio y conducirse en consecuencia de ello. Nos encontramos entonces frente a una variada serie de manifestaciones que, por su carácter común, han de descansar sobre el hecho de que el sujeto juega a creer —a hacerse a sí mismo o a hacer creer a los demás— que es otro distinto del que es en realidad. Olvida, disfraza, despoja pasajeramente su personalidad, para inventarse otra. Me he decidido a designar estas manifestaciones con el término de *mimicry*, que es el nombre inglés del mimetismo de los insectos, a fin de subrayar la naturaleza primitiva y elemental del impulso que los suscita. Comprende en primer lugar el comportamiento del niño que juega al avión (que «hace» de avión extendiendo los brazos e imitando el ronroneo del motor), que juega a soldados, a mosqueteros, a gángster, etc.

Igualmente convierte todo en mascarada o disfraz, y la diversión consiste en el hecho de que el jugador esté enmascarado o encubierto con todas sus consecuencias. En fin, está claro que la representación teatral y la interpretación dramática entran directamente en este grupo.

El placer está en ser otro o en hacerse pasar por otro. Pero como se trata de un juego, no es cuestión esencial el engañar al espectador. El niño que juega al tren puede rechazar el beso de su padre diciéndole que no se puede besar una locomotora. En el carnaval, el enmascarado no pretende hacerse pasar por un verdadero marqués, un verdadero torero o un verdadero piel roja; como el actor tampoco trata de hacer creer que es «de verdad» Lear o Carlos V. Son los espías y los fugitivos los que tratan verdaderamente de engañar, porque ellos no juegan.

El deseo de identificación con los héroes responde a un instinto de emparentamiento con ellos. Las diferentes mitologías suministraban antiguamente unos patrones legendarios de modelos prestigiosos. Cada individuo estaba invitado, si no a renovar sus hazañas, sí al menos a soñar con ellas y a vivirlas por delegación. En la sociedad contemporánea el culto por la estrella y el campeón — héroes modernos — juega un papel análogo. Cada adolescente conoce así imaginativamente, por contagio, las alegrías del triunfo y de la gloria. La mayoría no dispone más que de esta ilusión para conseguir transformarse y resarcirse de una existencia apagada, sin brillo, monótona y agotadora. La fascinación ejercida por la estrella y el campeón acaba por llenar una función social de compensación. El cartel y el semanario ilustrado resaltan el rostro del campeón o la estrella, por todas partes presente, inevitable, seductor. Existe una especie de ósmosis continua entre esas divinidades de cada estación del año y la multitud de sus admiradores. A éstos se les tiene al corriente de sus gustos, de sus manías, de sus supersticiones y de los detalles más insignificantes de su vida. Ellos los imitan, copian sus peinados, adoptan sus maneras, su forma de vestirse y maquillarse, su régimen alimenticio. Viven para ellos y en ellos, hasta tal punto, que algunos no se consuelan de su muerte y rehúsan su propia vida.

Las respuestas a los cuestionarios y a las encuestas promovidas en Gran Bretaña y Estados Unidos sobre el fetichismo de que son objeto las estrellas, ha dado a conocer que el fenómeno de delegación permite dos posibilidades: la idolatría por una estrella del sexo contrario y la identificación a una estrella del mismo sexo y de la misma edad. Esta última forma es la más frecuente: el 65 % según las estadísticas de la «Motion Picture Research Bureau».



En los juegos de azar, el destino es el único artesano de la victoria: el jugador queda completamente pasivo, no despliega los recursos de su destreza o su inteligencia. Pero el papel del dinero es generalmente preponderante y al atractivo de la ganancia se añade aquí el placer de someterse a una regla arbitraria. Este tipo de juego incluye los dados, la ruleta, el bacarrá, la lotería — el más elemental —, así como esa tómbola de sorteo instantáneo que se practica en las calles de Colombia.

El vértigo

La última clase reúne aquellos juegos que se basan en la persecución del vértigo. Consiste en la tentativa de destruir por un instante la estabilidad de la percepción y someter la consciencia lúcida a cierta clase de pánico voluptuoso. En todos los casos se trata de aceptar una forma de espasmo, de ansiedad o aturdimiento que aniquile la realidad con un arrebato supremo.

La alteración que provoca un ligero vértigo, es buscada por el vértigo mismo, con demasiada frecuencia. Cada niño, al girar rápidamente sobre sí, conoce el medio de acceder a un estado centrífugo de huida y evasión, donde el cuerpo no encuentra fácilmente su asiento ni la percepción su claridad. No cabe duda de que el niño lo hace por juego y se complace en ello. Tal es el juego de la peonza o de girar sobre un talón lo más rápidamente que pueda. De una manera análoga, en el juego haitiano «maíz de oro» dos niños giran teniéndose de las manos con los brazos tendidos, frente a frente. El cuerpo tenso, inclinado hacia atrás, los pies juntos y enfrentados, dan vueltas hasta perder el aliento, por el placer de bambolearse al término de sus vueltas. Gritar con todas las fuerzas, bajar corriendo una cuesta, deslizarse sobre un tobogán, montar en un tiovivo, con tal que dé vueltas muy rápidas, subirse en un columpio, con tal que se eleve muy alto, proporcionan sensaciones análogas. De los procedimientos físicos, varios provocan ese vértigo: la cuerda floja, la voltereta, la caída en el espacio, la rotación rápida, el patín sobre el hielo, la velocidad, la aceleración de un movimiento rectilíneo o combinado con un movimiento giratorio, etc.

Pero existe también un vértigo de orden moral, un arrebato que embarga de súbito al individuo. Este vértigo se empareja fácilmente con el gusto por el desorden y la destrucción, normalmente reprimido. Revela una forma grosera y brutal de la afirmación de la personalidad.

Para abarcar las muchas variedades de un transporte tal —que es al mismo tiempo un desarreglo tanto orgánico como psíquico— propongo el término «ilinx», nombre griego del torbellino de agua del que precisamente deriva también el nombre del vértigo *(ilingos)*.

Los adultos disponen, desde luego, de la embriaguez y de numerosas danzas: desde el torbellino mundano, pero insidioso, del vals, hasta muchas otras de gesticulaciones furiosas, trepidantes, convulsivas. Obtienen un placer del mismo orden que el de la borrachera provocada por una velocidad extrema, como la que se siente, por ejemplo, con los esquíes, la motocicleta o el coche de carreras. Para dar a esta clase de sensación la intensidad y la brutalidad capaces de aturdir los organismos adultos, se han tenido que inventar unas máquinas poderosísimas. No es de extrañar, por consiguiente, que se haya tenido que esperar la llegada a la edad industrial para que el vértigo tomara verdaderamente la categoría de juego. Este se proporciona a una multitud ávida por medio de mil aparatos implacables instalados en las ferias y en los parques de atracciones. Los que se arriesgan a ellos, lanzan aullidos de espanto, se les corta el aliento y experimentan la horrible impresión de que en el interior de sí mismos sus órganos se encogen de miedo, como para escapar a un horrible asalto. Sin embargo, la mayoría, incluso antes de serenarse, se apresuran hacia la taquilla para comprar el derecho de sufrir, todavía una vez más, el mismo suplicio, del que esperan obtener un placer.

Es preciso decir placer porque no se puede llamar distracción a semejante desvarío, que más se parece a un espasmo que a una diversión. Lo esencial está en la persecución de esta perturbación específica, de ese pánico momentáneo —que define el término de vértigo— y de los indudables caracteres de juego que se encuentran asociados al mismo: libertad de aceptar o rehusar la prueba, límites estrictos e inmutables, separación de toda otra realidad.

¿Es el juego elemento de cultura?

Los resortes y principios del espíritu de juego —fecundidad y debilidad— son los mismos que los que imponen las más altas ambiciones de la cultura: unas normas, a la vez frágiles y absolutas, que instituyen un orden en la confusión, una equidad en la violencia, una claridad en lo inextricable; en resumen, un dominio aislado, nítido, definido, o, por excepción, una justicia construida e impersonal que gobierne los hombres y las cosas. La civilización aparece entonces como un juego total, como el juego de los juegos, el sistema de avenencia del que dependen los demás y especialmente los juegos propiamente dichos. Las civilizaciones derivan de los juegos como consecuencia o como compensación; a veces los prolongan y a veces los embrollan. Son fantasías inspiradas por la transposición de un mismo rigor dentro de un terreno secundario, o válvulas de seguridad que permiten a los deseos reprimidos encontrar unas satisfacciones tan ilusorias como etéreas —en todo caso sin consecuencias— en la parte sometida a «fuego», es decir, a los impulsos que más podrían desvastar y destruir el orden general, penosamente establecido, vacilante y poco respetado.

Este orden se halla definido por unas verdaderas reglas de juego, explícitas o tácitas, en parte convencionales, siempre precarias y remplazables por otras —tal es el papel de las revoluciones. Es un orden necesariamente variable, según las culturas. Como Schiller presintió, los juegos característicos de una sociedad pueden informar sobre las preferencias esenciales de los miembros de esa sociedad. (En Bizancio el hipódromo; en España las corridas de toros; en Venecia el carnaval; en Francia los juegos que manifiestan una mezcla de habilidad, de técnica y jurisprudencia —de palabrería, por consiguiente— y los que denotan épocas distintas como el croquet, el belote, los bolos). Se siente entonces la tentación de conjeturar que la fisonomía de cada cultura particular depende, en parte, de las diversas actitudes características a la actividad de juego que ha terminado por imponerse en ella.

MAURICE REUCHLIN
CLAUDE LEVY-LEBOYER
CLAUDE VEIL

el hombre en el mundo laboral

El sociólogo analiza la estructura del mundo laboral, sobre el que se habrán encontrado amplias referencias en el tomo anterior. Pero aquí consideraremos tres problemas más especialmente psicológicos. En primer lugar, el de la orientación profesional, que se ha transformado profundamente en el transcurso de los últimos treinta años. En segundo lugar, los problemas de la psicología de empresa: selección, formación, ordenación de los puestos de trabajo, revalorización de las aptitudes, etc. Y por último, un resumen sobre la psicología del trabajo industrial —inadaptación, agotamiento, neurosis profesional, etc.— completa este estudio y nos vuelve a plantear los problemas sociales.

orientación profesional

La experiencia diaria demuestra, de manera evidente, la existencia de diferencias relativamente constantes entre los individuos que constituyen cualquier grupo social, y que es conveniente tener en cuenta en el reparto de las obligaciones que corresponden a dicho grupo. Esta comprobación es muy antigua, y Platón, en su libro II de la «Republica», dice por boca de Sócrates, contestando a Adimanto: «Tus palabras, en efecto, me sugieren esta reflexión: que, originariamente la naturaleza no nos ha creado iguales el uno al otro, sino diferentes en nuestras aptitudes y destinados cada uno a una labor particular.» La sociología moderna ha estudiado estas diferencias individuales y estos estudios han encontrado sus aplicaciones.

La noción de aptitud en psicología

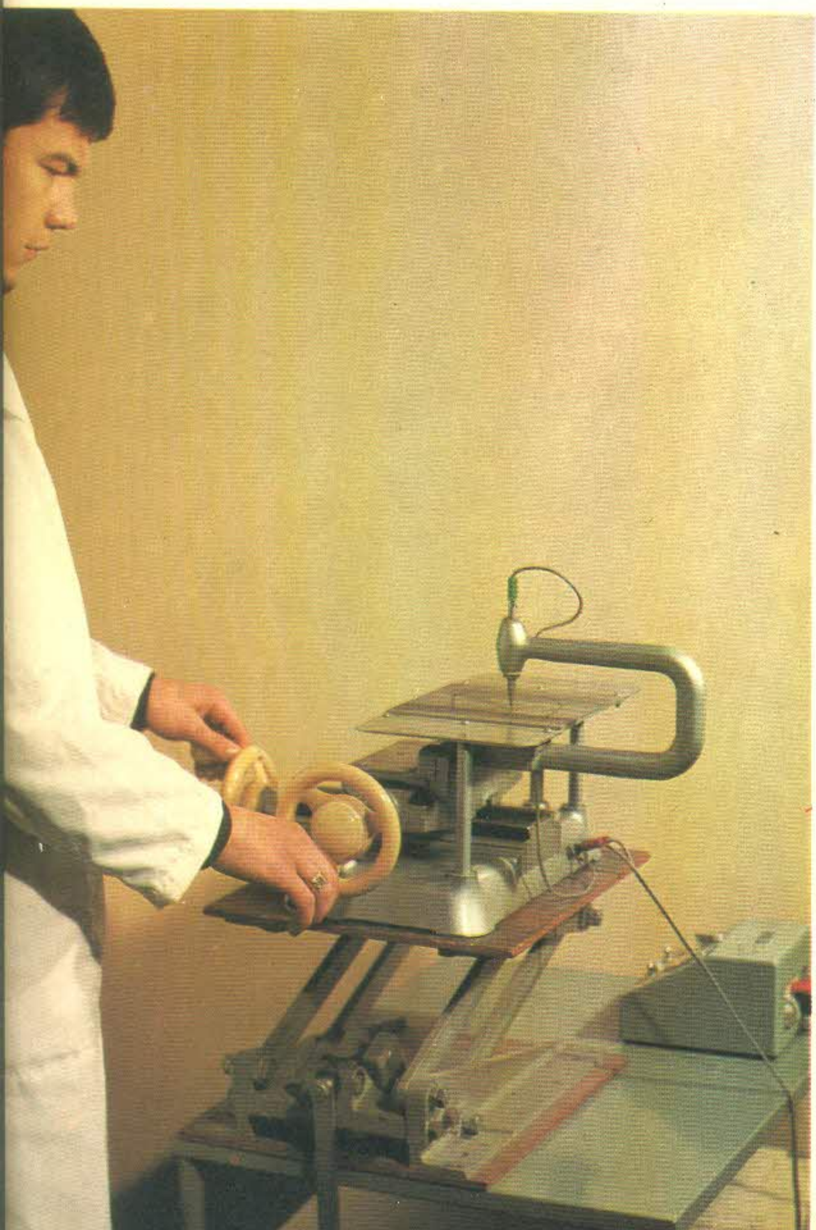
Fue preciso crear instrumentos capaces de describir de manera objetiva las diferencias que existen entre los individuos, de tal modo que la descripción (y si posible la medida) de los hechos no varíen de un observador a otro. Esta objetividad es mucho más difícil alcanzar de lo que se cree, y algunos estudios han tenido por objetivo destacar estas dificultades. De este modo, se sometieron a experiencias de contraste los métodos de apreciación utilizados en los exámenes escolares y universitarios. Por ejemplo, se ha pedido a varios correctores distintos calificar la misma serie de trabajos escritos o preguntas orales (registradas previamente); o bien se han comparado las clasificaciones concedidas a los mismos candidatos, en una misma materia, en el curso de pruebas escritas seguidas de pruebas orales. Las experiencias «docimológicas» de este tipo, utilizando observaciones bastante numerosas que permitan un análisis estadístico y sustraerse a la arbitrariedad de los «casos» sueltos, cuya diversidad permite ilustrar cualquier opinión previa, conducen generalmente, a las mismas conclusiones: examinadores distintos, que califican con los mismos elementos de apreciación, no clasifican los candidatos en el mismo orden y, sobre todo, no utilizan escalas de clasificación, comparables en cuanto a su promedio y a su dispersión. Resulta, pues, que la misma nota concedida por examinadores distintos no tendrá el mismo valor. Si las apreciaciones individuales (que siguen siendo un instrumento indispensable en el arte pedagógico) carecen de objetividad, igual sucede con la definición de las normas según las cuales se califica un alumno apto para seguir una enseñanza determinada. Este hecho se ha comprobado, en Francia, con referencia a las aptitudes que los profesores juzgan indispensables para seguir una enseñanza del segundo grado. Se ha llegado a conclusiones similares en otros cam-

pos: juicio derivado del resultado de una entrevista, calificaciones sobre las aptitudes concretas de un obrero por parte de su encargado, etc.

El test, factor de objetividad

Por todas estas razones, los psicólogos se vieron inducidos a llevar a cabo pruebas especialmente concebidas para conseguir resultados idénticos, independientes de cada observador. Experiencias previas sobre la formulación de las preguntas y la manera de apreciar las contestaciones permiten en la mayoría de los casos alcanzar esta objetividad perfecta. Estas pruebas se llaman *tests,* que esta designación se aplica, a veces, a unos procedimientos de examen que no presentan tales garantías. Los *tests* han sido contrastados, es decir, que en cada uno se dispone de una referencia estadística sobre los resultados conseguidos, por ejemplo, en una muestra amplia de niños de la misma edad a la del niño examinado. De esta manera se puede situar al niño dentro del grupo al que pertenece.

El «test del tornero» permite medir la habilidad motriz y la precisión en la coordinación bimanual. Si se mueven las dos manivelas, el objeto debe recorrer lo más rápidamente posible un trazado determinado.



Los psicólogos se han esforzado en explicar, en otro punto, la noción común de aptitud. Esta noción común tiende, en efecto, a confundir dos aspectos de diferencias individuales. Por una parte, es sabido que se producen diferencias entre individuos en condiciones de vida muy similares, por ejemplo entre niños de una misma familia, y es evidente que estas diferencias tienen que atribuirse a unos factores constitucionales innatos, probablemente de orden genético y sometidos, por consecuencia, a leyes de herencia. Por otra parte, se sabe también que existen diferencias de los promedios entre poblaciones en condiciones de vida distintas, por ejemplo entre niños de padres de diferentes grupos socioprofesionales; la explicación más verosímil de estas diferencias de promedios se deben atribuir a la influencia de las condiciones de la esfera social. Los procedimientos tradicionales de apreciación individual, por ejemplo, los exámenes escolares, reúnen y mezclan estas dos fuentes de variación, y deberíamos decir, por este motivo, que se refieren, más a las «capacidades» que a las «aptitudes». Este último término debería reservarse exclusivamente a las diferencias independientes de los factores ambientales. Desgraciadamente, no será nunca posible apreciar directamente las aptitudes en este preciso sentido.

Existen, sin embargo, unos *tests* que son mucho menos sensibles a las condiciones ambientales que los resultados escolares, pues no se refieren a los conocimientos escolares y pueden evitar, además, toda formulación verbal. En la práctica, es muy importante para la orientación escolar y profesional utilizar estos tests y confrontar sus resultados con las calificaciones escolares. En la mayoría de los casos ambos resultados suelen coincidir más o menos. Pero en algunos alumnos los dos resultados están por completo en oposición. La investigación de sus causas conduce a menudo a evidenciar la necesidad de las medidas psicopedagógicas particulares que pueden tener una influencia decisiva en la orientación del niño. En el campo teórico el estudio de los mellizos univitelinos (para los cuales el potencial genético es exactamente el mismo) educados juntos o separadamente, ha permitido distinguir, de manera más eficaz, la influencia ejercida por los factores hereditarios sobre la que ejercen habituales factores ambientales.

Análisis factorial

También el análisis de las aptitudes constituye una labor importante para los psicólogos. Si se clasifica un grupo de individuos según una aptitud supuesta y después según otra aptitud distinta, también supuesta, se puede comprobar que existe una gran semejanza entre las dos clasificaciones. En este caso debe pensarse que no hay razón para distinguir entre las dos aptitudes y que, de hecho, se confunden. Se

puede proponer la realización de esta experiencia con un gran número de aptitudes supuestas, a fin de saber en definitiva cuáles y cuántas distintas deben explorarse para describir a los individuos. Este es el principio de una serie de experiencias realizadas utilizando un método de análisis estadístico llamado «análisis factorial». Estas experiencias hacen pensar que el lenguaje corriente utiliza, en materia de aptitudes, un número demasiado grande de categorías. En el campo del trabajo intelectual («cognitivo») el análisis factorial evidencia de inmediato una jerarquía global muy importante señalando, sin embargo, la mayor parte de las diferencias individuales. Los resultados obtenidos por este medio obligan a reconocer la tendencia general en ciertos individuos a mostrarse superiores en todas las tareas y la misma tendencia en otros a mostrarse inferiores. El término «inteligencia» puede aplicarse al factor general de diferenciación. Si se considera un grupo de individuos situados al mismo nivel en el plano o campo general de inteligencia, se comprueba su diferencia en forma coherente, más o menos acentuada, en cuanto a la naturaleza de las tareas para las que son unas veces relativamente superiores y otras relativamente inferiores.

Desde este punto de vista, las diferentes tareas utilizadas en las experiencias se clasifican en un pequeño número de grupos (se habla entonces de «factores de grupo»): las pruebas verbales, numéricas y espaciales constituyen los grupos que aparecen con más frecuencia en el campo extraescolar. En el campo escolar, las disciplinas literarias tienden a distinguirse, en cuanto a grupo, de las disciplinas científicas. El término «aptitudes» puede emplearse para designar los factores de grupo (aptitudes verbales, numéricas, etc.) cuyo carácter limitado se opone entonces, en su contexto, al carácter global del factor general de inteligencia. Varios psicólogos han comprobado que la importancia relativa del factor general tiende a decrecer durante el desarrollo del niño, en beneficio de la importancia de los factores del grupo.

Un individuo puede ser inteligente o apto para cierta clase de trabajo sin que por esto esté dispuesto a hacer uso efectivo de su inteligencia y sus aptitudes: los individuos difieren también en lo que se refiere a su personalidad, motivaciones e intereses. En este aspecto un estudio experimental objetivo es más difícil todavía que el de las aptitudes. En la actualidad se han realizado varios trabajos útiles, especialmente en lo que concierne al interés de los niños ante numerosas actividades que se les proponen. Aplicando el análisis factorial, o unos métodos del mismo tipo, se ha comprobado que las preferencias y las repulsas afectarían de forma coherente a algunos grupos de actividades, más numerosos en general que los grupos de trabajos que definen las aptitudes. También se han comprobado, de modo suficientemente estable, algunas agrupaciones preferentes: interés técnico, científico, literario y social; interés por el deporte, la naturaleza, la persuasión y el comercio; por los oficios, profesiones y trabajos manuales, e intereses de naturaleza artística.

Orientación escolar profesional

Desde Platón, no ha dejado de ser evidente que la existencia de diferencias individuales en materia de aptitudes lleva consigo la necesidad de no dejar al azar la elección de las funciones sociales que se han de confiar a cada uno. Mas para llevar a la práctica este principio, es decir, la organización de la orientación, debe efectuarse forzosamente dentro de un determinado encuadramiento social y deben tenerse en cuenta un gran número de hechos que podrían reunirse en un estudio estrictamente psicológico de aptitudes.

Como los capacitados son los socialmente útiles, la orientación debe darse considerando el conjunto de procedimientos educativos por medio de los cuales las aptitudes innatas se han hecho socialmente útiles bajo la forma de capacidades. La influencia del ambiente social a que pertenece el niño, así como la de su familia y la de la escuela, forman parte del problema.

Por otra parte, la orientación de un niño no depende solamente de las capacidades que haya podido adquirir, sino también de las que exige la sociedad en el particular momento de evolución en que se encuentre. El progreso técnico y el desarrollo económico y social llevan consigo cambios muy rápidos que han modificado mucho, desde la terminación de la última guerra mundial, las concepciones relativas a la orientación.

La democratización de la enseñanza

Bajo su aparente generalidad, la expresión «orientación profesional» sólo concernía, hasta hace poco, a la orientación sobre ciertas profesiones: las menos calificadas dentro de la industria y el comercio, con exclusión de profesiones como la de ingeniero, profesor, abogado o médico. El acceso a estas últimas parecía depender, naturalmente, del ambiente social a que pertenecía el niño y se recurría al psicólogo para saber si tal niño de origen modesto llegaría a ser carpintero o emplomador. Pero el progreso técnico ha creado en todos los países una demanda considerable e insatisfecha de personal especializado. Por esta razón y por efecto de una tendencia social muy profunda y general, la enseñanza se ha extendido y democratizado en la mayor parte de los países de Europa (en grado innegable, aunque en una medida muy insuficiente todavía). La escuela ha tenido que asumir entonces nuevas responsabilidades, en particular en materia de orientación: ha tenido que adaptar su organización y sus métodos a una población de alumnos del más heterogéneo ambiente social; ha tenido, más que lo pasado, que considerarse como parte integrante de una sociedad que espera de ella la formación de un número suficiente de trabajadores especializados (sin limitar el término de trabajador al obrero, sino aplicado a todo ciudadano acti-

vo). Las diferencias individuales en materia de aptitudes han de tomarse en consideración de una manera adaptada a este contexto.

La heterogeneidad social de los alumnos que siguen los primeros años de enseñanza secundaria se traduce en unas diferencias de capacidad que pueden atribuirse, al menos en parte, a diferencias ambientales ignoradas por la organización tradicional de la enseñanza. Por consiguiente, es muy importante que las decisiones relativas a la orientación escolar (y en particular las exclusiones) tengan en cuenta los informes relativos a las condiciones ambientales de origen y el historial escolar anterior. El empleo de *tests* poco influidos por el ambiente va tomando también una importancia creciente. Las dificultades que el niño encuentra se hacen comprensibles a la luz de todos estos elementos considerados en un largo período de tiempo, ya que estamos hablando de «orientación continua».

La orientación continua

La necesidad de dejar a los niños de origen modesto el tiempo que necesiten para desarrollar sus aptitudes en unas tareas escolares para las que no están socialmente preparados, lleva consigo la prolongación de una enseñanza no diferenciada, sirviendo a la vez de período de observación. Otra razón hace igualmente deseable este período calificado por los psicólogos de «tronco común» o de «escuela única»: la necesidad de preparar a todos los adolescentes para vivir en una sociedad en la que la movilidad, impuesta por el cambio continuo de estructura de la población activa, viene a ser la regla y no la excepción. Naturalmente, la orientación debe realizarse esencialmente durante el curso y la iniciación del período escolar (pudiendo llegar hasta el noveno año de escolaridad aproximadamente). No concierne sólo a los niños que salen de la escuela para tomar parte inmediatamente en la producción, sino a todos los alumnos que haya que preparar para su entrada en el seno de una organización particularmente compleja y variable.

Esta complejidad y movilidad imponen a las personas encargadas de la orientación un importante trabajo de información. La evolución económica ha llegado a ser tan rápida que ni los adolescentes, ni sus padres, ni sus profesores pueden conocer de manera suficientemente precisa las posibilidades de los diferentes tipos de estudios y las exigencias de los diversos empleos. Ahora bien, la noción propiamente psicológica de aptitud no tendría interés en materia de orientación práctica, si no se conocieran estas posibilidades y tales exigencias. Por ello se hacen esfuerzos para que lleguen a los adolescentes y a sus padres las informaciones indispensables por todos los medios de que dispone la pedagogía moderna (visitas, trabajos de grupo, películas, etcétera). Es preciso señalar que los medios colectivos de información no pueden ser más que preliminares y preparatorios. No se puede informar sobre un niño de forma eficaz si no se conoce lo suficientemente para conseguir los datos correspondientes a su caso, es decir, sus aptitudes, su ambiente, sus experiencias anteriores. Se ha podido comprobar que muy pocos adolescentes y muy pocos padres se hallan capacitados para examinar una documentación amplia y encontrar en ella los elementos correspondientes a su problema. Una información eficaz está condicionada, por consiguiente, a esta observación prolongada, a estos exámenes repetidos que constituyen el aspecto propiamente psicológico de la orientación continua.

Noción moderna de aprendizaje

Esta orientación continua debería extenderse a los años de aprendizaje, tal como se hace en muchos países. Durante estos años aún se puede comprobar una evolución considerable de los problemas planteados por el paso del ambiente familiar y escolar al profesional.

En su sentido tradicional, el término «aprendizaje» se aplica solamente a los de tipo industrial, como una restricción que corresponde a la que ya hemos señalado en las expresiones «profesión», «trabajador» y «mundo laboral». En este sentido particular la evolución tecnológica ha tenido múltiples consecuencias.

Los jóvenes que han recibido un aprendizaje escolar en los centros de enseñanza técnica se encuentran con frecuencia, cuando empiezan a tomar parte en la producción, con unas tareas «parciales», hacia las cuales no siempre sienten el interés que experimentaban hacia el oficio más complejo y más completo que se les ha enseñado. Ahora bien, esta formación básica completa es indispensable para hacer posible la adaptación del joven obrero a las evoluciones tecnológicas que ha de conocer necesariamente en su vida activa y que les falta con tanta frecuencia a los adolescentes que pasaron directamente de la enseñanza elemental a la producción. Los aprendices jóvenes deben afrontar, además de estas dificultades relativas a su calificación, otras dificultades que se refieren a su «socialización». El paso de la infancia a la edad adulta requería, en la industria tradicional, un largo período de tiempo durante el cual podían establecerse contactos individuales entre el aprendiz y el «compañero» encargado de su formación. En general, esto ya no ocurre casi nunca así en el taller moderno, dentro del cual el joven está obligado a asumir rápidamente el papel de adulto y aprender por sí mismo a desempeñar, lo más perfectamente posible, su cometido. Ya se comprende que todas estas diferentes dificultades requieren la adopción de unas medidas educativas cuya realización no depende únicamente de los consejeros-psicólogos sino también del educando. Sin embargo, el psicólogo puede colaborar en el estudio científico de estas medidas. Como inicio, puede ayudar individualmente a los aprendices industriales a superar con éxito la difícil etapa inicial de adaptación.



En la actualidad, las nociones de orientación continua y de aprendizaje permanente se imponen cada vez más, y tanto las grandes industrias como los organismos del Estado han comprendido la ventaja de llevar la formación profesional dentro de la empresa mediante clases para adultos. La del grabado es de un tipo especial y particular, pues se trata de un curso para policías jóvenes pertenecientes a la Policía Judicial de París.

Se podría añadir que la restricción que tradicionalmente se le ha venido dando al sentido de la palabra «aprendizaje» es cada vez menos justificada. La prolongación de la escolaridad y la democratización de la enseñanza han conseguido que todas las formaciones tiendan a ser cada vez más escolares o universitarias, generalizando las dificultades con que tropieza la adaptación a la vida activa. Es cada vez más raro que se pueda empezar esta vida activa dentro de un ambiente familiar o social conocido del adolescente y que su origen familiar o social baste para evitarle todo problema de adaptación. Por otra parte, aunque el movimiento creciente de trabajadores de todas clases y la evolución técnica y científica proporcionen más amplias posibilidades de promoción social, hay que tener en cuenta que llevan en sí la necesidad de una continua readaptación, de un esfuerzo continuo, de un «estar al día» y, con frecuencia, la necesidad de una especialización creciente. Se trata de la generalización de unos problemas que los encargados de la orientación, de momento, apenas rozan más que durante el período escolar y al final de éste.

Se ve con claridad lo específico de las tareas de orientación y en muchos países se requiere ya la especialización de los encargados en asumir dichas tareas. Parece difícil que todo este trabajo pueda encomendarse por completo al personal docente: es necesario que se conozca el ambiente familiar y social del niño, su salud, las manifestaciones no escolares de sus aptitudes; es preciso informarse sobre las derivaciones económicas y sociales de su estudios y sobre la evolución del mundo de adultos al que deberá integrarse. Un profesor, cargado ya con las pesadas tareas de la enseñanza propiamente dicha, difícilmente puede encontrar el tiempo necesario para reunir y ordenar esos elementos de información. En algunos países, parte del profesorado se especializa como psicólogos y consejeros de orientación. En otros, los consejeros de orientación profesional que, antes de la evolución que acabamos de exponer, no intervenían apenas más que al término de la enseñanza elemental y únicamente con relación a los niños que no continuaban sus estudios, han tenido que extender sus actividades a todo el período escolar y a la generalidad de niños. Parece que la forma de organización hacia la que se tiende es la de un trabajo en equipo: un grupo compuesto de profesores, consejeros (con formación psicológica, sociológica y económica), médicos y asistentes sociales, sigue con regularidad el desarrollo del niño.

la psicología industrial

En cincuenta años la psicología aplicada a los problemas industriales y del comercio ha demostrado progresivamente su utilidad y conquistado su derecho de ciudadanía. En los servicios públicos, en las grandes empresas y en los centros de estudios los especialistas son legión. La universidad apenas forma el número de psicólogos al ritmo que requieren las necesidades industriales.

Pero aunque las realizaciones actuales difieran de las de los comienzos, están inspiradas en ellas clara y totalmente. El espíritu y los principios que guían el trabajo del psicólogo industrial son siempre los que presidieron los primeros ensayos por el método de los tests: llevar a la solución de los problemas humanos la objetividad, el rigor y la precisión que caracteriza toda investigación científica. Ahora las técnicas han ganado en complejidad y la actividad del psicólogo se ha extendido a muchas cuestiones que, hace medio siglo, parecían fuera de su competencia.

Esta evolución se explica fácilmente: después de cincuenta años, la concentración de las empresas y la complejidad de las técnicas han trastrocado los cálculos tradicionales del mundo del trabajo, a la vez que se manifiesta un vivo interés por los problemas humanos. Estos problemas se entrelazan de muchas formas. En cada empresa trabajan decenas de millares de individuos. El gobierno del personal ya no es un asunto de tacto y talento social que un patrón experimentado aplica a unas reglas tradicionales: se han planteado nuevos problemas que es necesario estudiar sistemáticamente y resolver de manera homogénea. Al mismo tiempo se han complicado las jerarquías y las listas de promoción y, como consecuencia, aumenta la atención a los exámenes, a las pruebas profesionales, al valor de las calificaciones y de las apreciaciones individuales. Como también las cualidades de intuición y rectitud permiten resolver problemas de poca efectividad, pero que es necesario tener presentes cuando se trata de unificar y controlar los procedimientos de ese mundo en miniatura que es la empresa moderna.

Actualmente, el progreso de la técnica va a un ritmo tal, que afecta a toda la vida activa del hombre: no se puede ya aprender una profesión y estar seguro de poderla ejercer de la misma forma durante cuarenta años; una nueva máquina, una alteración de las condiciones económicas y sociales pueden trastornar la organización de los puestos de trabajo o la buena marcha del empleo; pueden también modificar la rentabilidad de tal o cual procedimiento y obligar a unos hombres, que ya no son jóvenes, a «reajustarse», a aprender algún otro oficio o a ponerse al corriente de los nuevos métodos de trabajo. Igualmente, aunque las transformaciones no sean muy radicales, el progreso constante exige a todos los profesionales mantenerse al corriente de los perfeccionamientos más recientes. Los cursos de formación acelerada y acoplamiento, así como los períodos de información se multiplican, resolviendo a la vez problemas de orientación profesional — en los que el psicólogo da preciosos consejos — y problemas de pedagogía de adultos; esto ha dado lugar al nacimiento de unas técnicas originales, como la *role playing*, que se ocupa de la enseñanza por grupos y el estudio de casos particulares. Por otra parte, el perfeccionamiento de las máquinas, tanto en el trabajo industrial como en las tareas de oficina, está limitado ahora no tanto por los recursos de los técnicos que las mantienen a punto como por las posibilidades de quienes las utilizan. Es, pues, al psicólogo al que se acude para definir con precisión los límites sensoriales y psicológicos de los individuos que han de poner en marcha y controlar esas máquinas, ya se trate de rapidez de reacciones, capacidad perceptiva o sutileza de discriminación. Es el psicólogo aún el que ha de estudiar los métodos más eficaces para el aprendizaje de esas tareas complejas, poniendo en juego unos procedimientos de registro y control de señales proporcionados por la máquina. Estos problemas tienen una importancia considerable y constituyen la tecnología humana.

El método de los tests

El papel del psicólogo, por consiguiente, se ha ensanchado, pero sin que por eso se hayan desechado las aportaciones de los comienzos. Estas primeras aportaciones conciernen, sobre todo, al mejoramiento de los procedimientos de selección, evaluación y emplazamiento del personal, principalmente por el enfoque y aplicación de los tests que describen comportamientos precisos, en condiciones constantes y bajo forma objetiva, cuantitativa con mucha frecuencia.

¿Cuáles son las cualidades de esos tests? ¿Qué ventajas presentan sobre las técnicas habituales de examen, reflexión y ajuste? La comparación sobre un ejemplo sencillo hará que se comprenda fácilmente: A los empleados de oficina —dactilógrafos, secretarios— se les exige una ortografía correcta. Pues bien, antes, el que deseaba valorar la ortografía de varios aspirantes a uno de esos empleos, no disponía de otro recurso que someterlos a un dictado escolar. Ahora, un test de conocimientos ortográficos remplaza ventajosamente ese procedimiento, ya en desuso. En este test se presenta una lista de palabras, unas bien y otras mal ortografiadas. El candidato debe indicar si la ortografía es a su juicio correcta o no lo es, haciendo una cruz en la columna de EXACTO o en la columna de FALTA, delante de cada palabra propuesta. La corrección de un trabajo así efectuado es fácil, pues el examinador dispone de un par de «rejillas de corrección», laminillas de cartón perforadas de forma que la rejilla de las respuestas buenas no deja pasar más que las respuestas

correctas y la rejilla de las respuestas equivocadas no deja pasar más que los errores. Las ventajas de este procedimiento son manifiestas. Un dictado puede estar tomado de un texto conocido de alguno de los aspirantes o, incluso, tratarse de un vocabulario especial más familiar para unos que para otros. En el test, por el contrario, el muestrario de palabras es amplio y todas las elegidas son de uso corriente; pese a esto, el test es muy breve: dos minutos para explicar el trabajo, diez para ejecutarlo y dos para corregirlo. Además, las condiciones del examen son idénticas para todos; no importan las malas condiciones acústicas de la sala, ni si el que dicta lo hace demasiado rápido o, por el contrario, facilita el trabajo de alguna forma, sea aspirando las haches o acentuando la pronunciación de determinadas letras. La corrección es rigurosa, sin que deje lugar a dudas sobre una escritura difícil de descifrar o diversidad de criterio en los correctores sobre la ponderación de cualquiera de las faltas. Los riesgos de error u olvido quedan de esta forma totalmente suprimidos. En resumen, el test es «fiel», es decir, que los resultados no dependen de la suerte, del examinador o del corrector ni de las condiciones del examen [1].

La constancia de las condiciones experimentales tiene más ventaja todavía: permite la obtención de resultados homogéneos que hacen factible la clasificación por categorías profesionales, edad, sexo e, incluso, por la procedencia social. Cada test constituye así un verdadero archivo de datos que son ordenados e interpretados gracias a unas técnicas estadísticas apropiadas. El valor de estos documentos es evidente; si, por ejemplo, una mecanógrafa titulada de 30 años, obtiene en el test de ortografía la calificación de 82, este resultado en sí mismo apenas significa nada, su interpretación sería siempre vaga e intuitiva. Pero si el psicólogo posee una serie de 1.000 notas obtenidas en las mismas condiciones por mujeres de edad, nivel y formación análogas, puede comparar la nota de 82 con los otros resultados; situarla dentro de la serie de 1.000 notas y decir si la candidata en cuestión se clasifica en el término medio o entre el 10 % mejor, o en qué lugar del grupo entre el 10 % más deficiente en ortografía. Esto demuestra de manera simple lo esencial del procedimiento llamado «de contraste» que da a cada resultado del test un valor relativo y una significación dentro de un contexto preciso. Esta serie de 1.000 notas objetivas y representativas permite aún otra forma de comparación: la que pone frente a frente las notas del test y los resultados profesionales. Cuando, una vez pasado el test, es posible seguir el trabajo de las personas y obtener de sus superiores distintas apreciaciones profesionales, de rendimiento, etc., se pueden comparar los resultados del test con los resultados del trabajo a fin de precisar, en un último análisis, la significación y el valor del test en cuanto a pronóstico. Esta «validación», que puede — por un mismo test o por diferentes grupos de tests — repetirse en función de un número ilimitado de criterios, representando diferentes aspectos del éxito profesional dentro de diversas profesiones, dan a los resultados de los tests un contenido pragmático apoyado sobre sólidas bases. Se está ya muy lejos de la interpretación intuitiva y *a priori* que se daba a las notas de los exámenes clásicos y a los documentos de los expedientes de trabajo.

(1) Hemos tomado como ejemplo el test de ortografía del profesor Bonnardel, editado por los Establecimientos de Aplicaciones Psicotécnicas.

La aplicación de los tests y sus problemas

Hemos expuesto antes un ejemplo muy sencillo. La construcción de los tests se convierte, evidentemente, en un problema más complejo cuando se trata de medir la memoria, la atención, la rapidez, la coordinación bimanual, la percepción visual y aun la inteligencia. Dentro de los dominios de los intereses, de la personalidad y del carácter, quedan aún numerosos problemas por dilucidar. Ciertamente, estamos en posesión de unas técnicas preciosas — el célebre test de Rorschach es un ejemplo — que contribuyen útilmente al diagnóstico de las alteraciones de la personalidad. Pero los métodos que permitan describir con seguridad y precisión la personalidad normal y, sobre todo, prever su evolución ulterior, todavía son objeto de estudio. Es siempre delicado, por ejemplo, predecir el comportamiento cuando se trata de un joven; decir cómo cumplirá sus contratos, o si las cualidades sociales de un funcionario joven se desarrollarán de forma tan armoniosa que le aseguren su ascendiente sobre los demás. Se han conseguido considerables progresos en este dominio, sobre todo en el transcurso de los últimos veinte años; se van conociendo mejor las estructuras y las dimensiones de la personalidad, pero es lamentable que los métodos actuales dependan tanto de la sinceridad de las personas interrogadas. Muchas veces la forma de los cuestionarios dan por supuesto que el individuo se conoce bien a sí mismo y que es suficiente su autodescripción para apreciar en su justo valor los trazos dominantes de su carácter.

Es necesario señalar, además, que de una manera general la selección y orientación plantean problemas mucho más delicados cuando se trata de puestos de responsabilidad y encuadramiento que cuando se trata de trabajos de un nivel de jerarquía menos elevado. Los jóvenes diplomados han triunfado ya de numerosas barreras. Han sido muy seleccionados y no existen entre ellos más diferencias individuales — en cuanto a sus aptitudes — que las que permiten distinguirlos de otros individuos que no han sido «escogidos».

No se trata ya, en este caso, de determinar el nivel de inteligencia, sino más bien de precisar el tipo de inteligencia; no de valorar el nivel de los conocimientos, sino de saber, por ejemplo, si el gusto por la adquisición de conocimientos nuevos está vivo en ellos. En resumen, describir los trazos dominantes de la personalidad y del interés. La intervención del psicólogo, aunque menos rigurosa que en los problemas que plantearemos a continuación, no es menos importante. Pero debe recurrirse a técnicas diferentes y la calidad de los resultados obtenidos depende tanto de los métodos empleados como de las dotes personales del psicólogo, dotes desarrolladas durante la formación profesional







recibida en la universidad. Porque no se improvisan las reglas de conversación. Se debe aprender a conducir un «test de grupo», a recopilar los datos relativos a cada individuo, a sintetizar los datos reunidos y a confrontar con la persona examinada los puntos contradictorios. Es una operación saludable que aclara tanto el conocimiento de sí mismo como el que el futuro patrón ha de tener de sus empleados.

Sólo añadiremos ya que para los problemas planteados por los obreros — especializados o no — el psicólogo dispone actualmente de una colección variadísima de tests de todas clases cuyas referencias aumentan sin cesar. Además, los tests caducan. Cuando son demasiado conocidos, corren el riesgo de perder su valor. Por eso, los equipos encargados deben buscar constantemente la forma de renovar el stock, precisando cada vez la relación existente entre las antiguas experiencias y los tests originales. Esto se facilita por el toque final de unas técnicas estadísticas cada vez más elaboradas.

La aplicación de las teorías psicológicas adquiere en la práctica industrial una forma rutinaria. Pero se trata — es preciso llamar la atención sobre ello — de una rutina experimental: en efecto, nada puede generalizarse. Antes de toda aplicación nueva, conviene verificar las técnicas «en blanco», establecer unas hipótesis de trabajo y someterlas a una verificación escrupulosa. No puede haber una selección «ómnibus» en las ciencias humanas, todos los problemas son renovables: cada encargado de aplicar una teoría psicológica es, en su dominio, un innovador.

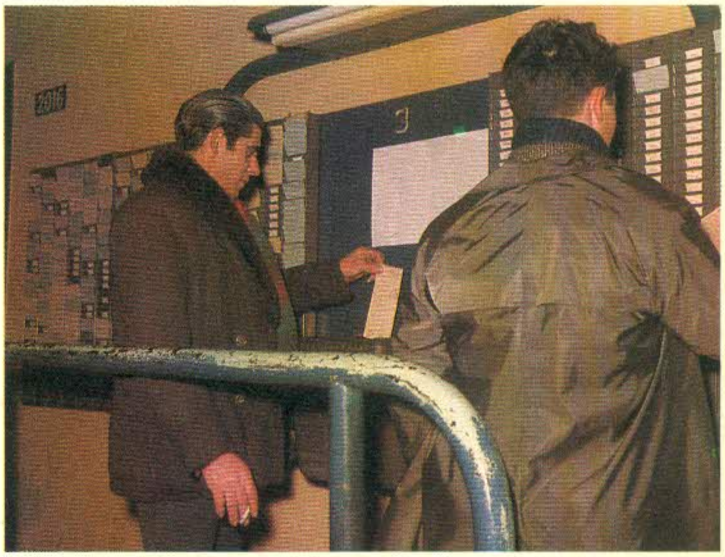
Los «rôles» del psicólogo industrial

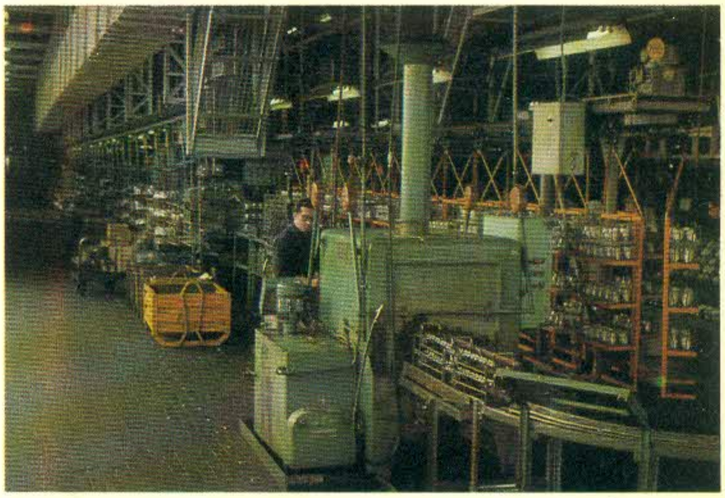
Hasta aquí hemos recordado, sobre todo, los problemas de selección; pero la psicología industrial no consiste solamente en decir SI o NO para la admisión... En las grandes empresas y en los servicios públicos el consejo del psicólogo contribuye a la orientación del candidato; mucho más, previene las posibles promociones, desde la entrada designa tal o cual candidato particularmente dotado capaz de seguir con provecho un curso de formación profesional y aún mejorar su capacidad actual, permitiendo a un obrero joven, inteligente y perseverante aspirar a los puestos superiores. Otro ejemplo de aplicación: El estudio estadístico de los accidentes ha demostrado que existen algunos individuos «predispuestos» a ellos. Es decir, individuos que sufren accidentes con frecuencia, lo que ocurre por razones de orden psicológico; unos análisis sistemáticos de estos sujetos, de su comportamiento durante la ejecución del trabajo-test, especialmente concebido con ese fin, han servido para ultimar un examen que permite descubrir precozmente esa predisposición y alejar de los puestos peligrosos a las personas que puedan causar accidentes.

En las diferentes ramas de la industria y de los funcionarios, la psicología ha tomado un lugar preponderante, muy justificado por las exigencias del trabajo en equipo y por las nuevas y modernas técnicas de reaprendizaje y formación acelerada. Ya se trate de secretariado...

Pero no se trata ahí más que de aplicaciones inmediatas del método de los tests. Este, en su desarrollo, ha promovido unos problemas fundamentales cuyo estudio ha dado lugar seguidamente a nuevas realizaciones. Es así como el examen de las relaciones entre los tests y su significación ha conducido a rehacer la terminología clásica y el vocabulario tradicional de la psicología. La necesidad —para valorar los tests— de experimentar de manera clara y segura los resultados profesionales, ha desarrollado el estudio crítico de las anotaciones, los exámenes y las apreciaciones bajo su forma habitual. En fin, la fase inicial de toda aplicación nueva —el establecimiento de una hipótesis— no se puede hacer sino después de un examen extremadamente escrupuloso del trabajo; los métodos desarrollados con ese fin han abierto en torno al mismo unas perspectivas originales sobre el análisis de la productibilidad y de las condiciones del trabajo. Las intervenciones del psicólogo, por consiguiente, se han multiplicado, llevando a todos los aspectos de los problemas humanos dentro de la empresa, puntos de vista inéditos y soluciones constructivas.

El psicólogo trastorna a veces las ideas admitidas. Así, el estudio destinado a establecer un plan de tests para la selección de chóferes y maquinistas —profesiones tradicionalmente asociadas a la S.N.C.F.— ha demostrado que las cualidades necesarias para ser un buen chófer son completamente distintas que las que se necesitan para ser un buen maquinista: las pruebas de carácter psicológico pesan más para predecir la acertada elección de los chóferes, en cambio, para los maquinistas son más importantes las pruebas de carácter intelectual y mental. En un terreno totalmente diferente se ha pedido a un psicólogo la elaboración de unos tests destinados a predecir las cualidades de vendedor del futuro agente de seguros. Un análisis previo del trabajo ha demostrado que el problema está mal planteado. Los agentes de seguros son, ciertamente, vendedores, pero con frecuencia actúan muy lejos de la Compañía a que pertenecen, viéndose obligados a efectuar un importante trabajo de gestión. Un agente desordenado, poco escrupuloso, perezoso para tener al día sus libros y sus cuentas, no podría rendir un trabajo satisfactorio, aunque fuera un excelente vendedor; sus clientes, que consigue fácilmente, se retirarían con igual facilidad, lo que muchas veces daría lugar a incidentes con la Compañía. Pero la conexión entre el éxito como agente de seguros de una parte y las cualidades de gestor de otra, no es absoluta: si el candidato es demasiado minucioso, si prefiere el trabajo de oficina al trabajo de gestión, si la teneduría de libros absorbe todo su tiempo, será mejor su encuadramiento en un cargo administrativo y encargarle únicamente de una tarea sedentaria. Dos soluciones, por consiguiente, para las Compañías: o buscar candidatos que sean exclusivamente buenos vendedores y dispensarlos del trabajo de gestión, o preocuparse de los dos aspectos que esta profesión presenta.







...de compatibilidad, de análisis al microscopio, de vigilancia de máquinas o de fabricación manual en serie, el psicólogo industrial tiene el papel de ayudar a resolver todos los problemas de clasificación, de orientación, de promoción o de adaptación de los empleados a una tarea.

La reformulación a que antes nos referíamos no afecta únicamente a las clasificaciones profesionales o a la descripción de las profesiones, sino también a todo el sistema de conceptos de la psicología tradicional; aquí, todavía, los problemas planteados por la aplicación del método de tests han influido directamente sobre el plan clásico. Las aptitudes se han definido primeramente con relación al resultado de los tests: «La inteligencia — decía Binet — es lo que miden mis tests». Después, el perfeccionamiento de los métodos estadísticos y la multiplicación de los tests ha traído consigo el estudio de las intercorrelaciones entre distintas series de datos y han hecho concebir de diferente forma la estructura de las aptitudes y la relación entre tests y aptitudes.

Cada test mide una cosa distinta, ninguno mide la aptitud «pura»; por tanto, el resultado es solamente en función de las aptitudes. El análisis factorial — primero ensayo de descripción matemática de las relaciones entre los tests y después tentativa para alcanzar la realidad subyacente — ha permitido ampliar el cuadro psicológico haciendo aparecer en él nuevos conceptos. Así, la inteligencia se ha desdoblado en muchas aptitudes fundamentales; se ha diferenciado la destreza manual de la coordinación sensitivo-motriz y de la exactitud de las reacciones; se ha demostrado que el uso correcto de la palabra se debe más al impulso de una acertada educación escolar que a una aptitud «innata»...

Los sistemas de apreciación individual — tanto en el régimen de exámenes como en el de calificaciones profesionales — son muchas veces inseguros. La «docimología» que utiliza los métodos estadísticos elaborados por el estudio de tests, ha demostrado que las clásicas notas de examen están frecuentemente mal repartidas, son poco constantes y muy subjetivas. Las fichas de valoración profesional que rellenan periódicamente los encargados a propósito de sus subordinados merecen la misma crítica que los exámenes: el efecto de «halo» difuminado bajo una misma impresión global de las impresiones que se creían analíticas. Las notas están con demasiada frecuencia ajustadas a la puntuación media, lo que es tanto más grave cuanto que, precisamente esa puntuación media, es la barrera entre los «aprobados» y los «suspensos»; la severidad de los calificadores varía muchísimo: unos hacen sus notas utilizando toda la escala de puntuación de que disponen y en cambio otros no utilizan más que del 8 al 14 ó del 2 al 12... Una reglamentación diferente, el uso matemático de las cifras calificadoras y la formación de quienes las otorgan evitan frecuentemente estos inconvenientes.

El análisis del trabajo se desenvuelve en una disciplina autónoma y sus aplicaciones son múltiples y diversas: preámbulo esencial para el estudio de los métodos de formación, en las profesiones cualificadas, dicho análisis establece un orden básico en el reparto racional del trabajo, consiguiendo mejorar, entre otras cosas, la valoración de las puntuaciones; en este aspecto, todos los datos de la psicología experimental se utilizan para reducir el trabajo de valoración, seleccionar el número de fuentes de información útil y archivar los indicios así conseguidos. De este modo, se logra el análisis racional de las gráficas de trabajo, permitiendo al mismo tiempo precisar la duración óptima de una jornada laboral ininterrumpida, la de las pausas de descanso y su frecuencia, así como la influencia de las condiciones exteriores: ritmo de trabajo, ruido, luz y ventilación.

Las perspectivas del porvenir

Los factores físicos y psicológicos, por esenciales que sean, no bastan para asegurar un clima de trabajo armonioso. Es conocida la célebre experiencia de Elton Mayo que ha señalado un punto de partida decisivo de la psicología industrial concediendo un justo lugar a las condiciones psíquicas del trabajo: unas obreras elegidas para esta experiencia podrían gozar durante un período prolongado de unas condiciones de trabajo notablemente mejoradas: descansos más largos, bocadillo durante el trabajo, horarios mejor distribuidos, etc., y el rendimiento aumentó progresivamente; pero cuando durante una experiencia de control todas estas ventajas se suprimieron, la producción se mantuvo en un alto nivel: lo que había motivado el progreso de las obreras no era otra cosa que el interés despertado y la opinión que habían sacado de esta experiencia... Después, se han multiplicado los ejemplos de este tipo; se sabe que un sistema de remuneración, aun siendo muy equitativo, no da resultado ni es aceptado si los empleados no han comprendido perfectamente la forma en que está planeado y si no se les tiene continuamente al tanto de los resultados de forma detallada. La información regular, la naturaleza de las relaciones con los jefes, el método de encuadramiento, la importancia de las distintas clases de trabajo y la formación de equipos son otros tantos factores que influyen en la moral y la motivación de los trabajadores. Cuando éstos se encuentran desanimados — el *turnover* — las ausencias aumentan en perjuicio de la empresa y la jornada laboral es más penosa.

La importancia de estos factores psicológicos es tan indudable que se han preparado numerosos métodos que permitan establecer las causas de eventuales «bajas de motivación»: el diálogo libre — profundizando en el mismo — en grupo o individual, concursos entre distintas empresas y cuestionarios de actividades contribuyen a localizar el mal y remediarlo, haciendo a la vez que los principales responsables tomen consciencia de él.

Simple examinador y manejador de tests en sus comienzos, el psicólogo ha visto ensancharse su campo de actividad en tanto que sus nuevos métodos han suscitado problemas y proporcionado ideas fecundas para el estudio de los aspectos humanos del trabajo. Las funciones actuales del psicólogo en la industria son múltiples, pues los pocos ejemplos que hemos podido recordar aquí no dan más que una pequeña idea. Sin embargo, bastan para demostrar que tomando sus teorías a la fisiología de las sensaciones, a la psicología diferencial, a la estadística y a la pedagogía y tomando de la sociología sus teorías y sus métodos, el psicólogo llega a realizar y mantener entre el individuo y su trabajo un equilibrio siempre comprometido y, a veces, recobrado. C. L.-L.

psicopatología del trabajo industrial

Parece inútil decir que las formas contemporáneas del trabajo industrial son perniciosas para la salud mental. Pero a menudo es una afirmación carente de pruebas. Como veremos a continuación, si efectivamente existe un peligro, ese peligro puede ser soslayado en gran parte.

Todavía es muy necesario ponerse de acuerdo sobre el uso de los distintos términos, porque muchos de los que se han venido empleando hasta ahora han quedado anticuados y, por otra parte, los peligros no son todos de la misma naturaleza ni en el mismo grado. Se piensa que, sobre todo, estos peligros se hallan en los empleos parcelarios, monótonos y reiterativos, a los que ha venido a parar el proceso histórico de la división del trabajo. G. Freidmann cita el ejemplo hiriente de una empresa de confección en la que sesenta y cinco personas distintas intervienen alternativamente en la fabricación de un chaleco de hombre. Es ese tipo de trabajo «deshumanizado», característico de la primera mitad del siglo XX, que caricaturiza Chaplin en su película «Tiempos modernos». Ya se comprende que a esta forma de trabajo corresponde un tipo particular de organización psicosocial de las empresas. Este tipo de organización, igualmente «deshumanizado», ha causado algunas víctimas.

Paralelamente a la evolución del trabajo, ha cambiado el modo de vida. (Conocida es la trayectoria que han tenido que seguir los trabajadores contemporáneos.) Los adelantos de la medicina han hecho mucho menos temibles las enfermedades y los accidentes. También la patología mental ha adquirido un lugar predominante ofreciendo a los individuos más débiles — en la medida en que el sistema nervioso y el psiquismo han tenido más desgaste — nuevas posibilidades de sobrevivir. Se ha podido observar igualmente que muchos comportamientos humanos (que otras veces se consideraban reprobables, punibles o simplemente debidos a la ignorancia) tienen en realidad su raíz en un estado psicopatológico. Lo que es cierto en la delincuencia se puede aplicar también en el terreno de las dificultades profesionales.

Causas de la inadaptación

En cuanto a individuo, todo hombre debe acomodarse a las necesidades del trabajo. Trabaja porque se ve obligado a ello, porque se lo exige la sociedad y porque necesita ganarse la vida. Pero también lo hace porque siente en su interior la exigencia de hacerlo y porque no puede realizarse completamente si no produce nada con sus manos o con su cerebro. El *homo sapiens* es hijo del *homo faber* y el triunfo sobre la materia es necesario para abrirse al espíritu. Se trata de un verdadero combate en el que todo entrenamiento se inicia desde las primeras obligaciones escolares. El niño aprende a transformar su actividad espontánea (el juego) en actividad productiva (el trabajo). Todo trabajo implica sumisión a un cierto orden socioeconómico y a una estructura social civilizada y jerarquizada. Es una sumisión, pero también un dinamismo y una afirmación de sí, dentro de un cuadro predeterminado.

Por esta razón es tan rica la patología del trabajo. En el mismo aspecto que la vida familiar, expresa y revela las dificultades de adaptación del individuo: indisciplina, oposición a las reglas establecidas, impotencia para rendir el mínimo esfuerzo necesario, fracaso inmediato (o fracaso a largo plazo después de superar una serie de crisis), etc. Una cuestión queda pendiente todavía: el trabajador, ¿cae enfermo porque está predispuesto a ello, o porque el trabajo que ejecuta es demasiado pesado para él? Así, el problema no está bien planteado, pues, generalmente, una persona enferma por dos razones a la vez. Numerosos trabajos científicos han hecho evidentes ambos mecanismos. Se pueden citar sobre la materia dos encuestas muy conocidas. Walker y Guest, estudiando los trabajos en cadena de una fábrica de automóviles, han demostrado que el 85 % de los obreros soportan mal el trabajo monótono, fraccionado y reiterativo. Esto significa que el 15 % sí lo soportan. Le Guillant, describiendo la «neurosis de las telefonistas», demuestra que el trabajo de éstas podría tener una toxicidad propia que proviniera de la forma defectuosa de las relaciones humanas. Se ha observado igualmente que, en las mismas condiciones, el número de crisis nerviosas presentadas por los obreros depende de las condiciones de trabajo. No es imposible darse cuenta de la totalidad de los hechos formulando la hipótesis de que todas las causas de inadaptación se suman, tanto las humanas como las materiales, tanto las familiares como las profesionales, etc. Existen adaptaciones, más o menos precarias. La inadaptación se mantiene latente hasta el momento en que, rota toda resistencia, la enfermedad se declara. En esta hipótesis se ha de admitir igualmente que la resistencia es mayor o menor según las personas, que el margen de tolerancia es más o menos amplio y que la saturación llega con distinta rapidez, según los individuos.

Todo lo dicho es aplicable a la fatiga. Queda tan sólo precisar que la fatiga es en sí misma un fenómeno normal. Lo que la convierte en una enfermedad es la acumulación, el exceso de fatiga. Cuando esto ocurre, se llega a un estado de agotamiento que no puede considerarse de otra forma sino como una enfermedad.

Los reveses debidos a la inadaptación pueden ser muy sutiles. Sus formas son numerosas. Citemos, por lo paradójico del caso, a esas personas que se muestran extremadamente activas, se agotan y se dice de ellas que son animales de carga. Generalmente, esto oculta (y revela al mismo tiempo) difi-

cultades serias y profundas basadas, por ejemplo, en sentimientos de culpabilidad. Citemos aún — por la gravedad de sus consecuencias humanas, sociales y económicas — los accidentes de trabajo. Muchos de ellos sólo significan una inadaptación psicológica del trabajador y es necesario aprender a interpretarlos en ese sentido. Raramente es la fatalidad su única causa. Cierto número de errores y falsas maniobras obedecen a un determinismo análogo; su análisis informa sobre la salud mental de los individuos y los grupos.

Relaciones del trabajador con el trabajo

Algunos sujetos son más vulnerables que otros. Por ejemplo, las mujeres a quienes suele agotar el trabajo de la casa y, además, frecuentemente, no aceptan sin dificultad la doble misión que les asigna la sociedad contemporánea; los adolescentes que han llegado a la edad de ejercer un oficio y que muy raramente han sido debidamente iniciados y dirigidos; los interinos a los que toca el trabajo más penoso y muchas veces han de sufrir por su aislamiento; los que están en desventaja y realizan un esfuerzo mucho mayor para obtener el mismo resultado que sus camaradas.

Existen también algunas situaciones profesionales que constituyen verdaderos traumatismos psicológicos. Nos referimos aquí, tanto a las que ocasionan pequeños y repetidos choques como a las que son causa de mayores pruebas. Los horarios nocturnos o desajustados y los continuos cambios de turnos, al desorganizar la vida familiar y las horas de sueño, pueden a la larga resultar perjudiciales. No se piensa bastante en que el retiro — al que se aspira a lo largo de toda la vida activa — es en realidad una prueba, más allá de la cual existe el riesgo de un derrumbamiento moral. Y aún se da algo más sorprendente todavía: el acceso a un cargo superior es también una prueba, porque al adquirir mayor categoría el nuevo jefe ve transformarse radicalmente sus relaciones con los antiguos compañeros y, a la vez, el peso de su responsabilidad se hace bruscamente mayor.

A propósito de responsabilidad no estaría de más sugerir lo que hay en ella de perjudicial. Si es cierto que con frecuencia se está excesivamente cargado de responsabilidades, es más frecuente todavía carecer en absoluto de ellas y sentirse, por consiguiente, continuamente frustrado. La tensión puede sobrevenir en las situaciones más diversas, que, sin embargo, tienen en común el que a los errores en la atribución y reparto de las responsabilidades se une el apremio de la rapidez del trabajo (el caso, por ejemplo, de los empleados en las agencias de transportes) o unas relaciones humanas difíciles (como es, entre otros, el caso de los carceleros). Queremos añadir, además, que la elección del personal para esa clase de trabajo puede tener consecuencias desastrosas. Esta es la razón de la escrupulosidad que se exige a determinadas personas con tareas de verificación y control. Pero es precisamente esa escrupulosidad obsesiva la que va taladrándolos y, tarde o temprano, los coloca en una postura molesta ante su consciencia y ante sus superiores e inferiores jerárquicos. Por lo mismo — puesto que el alcohol ayuda temporalmente a disminuir las tensiones — esos cargos suelen ser una fuente no despreciable de alcoholismo.

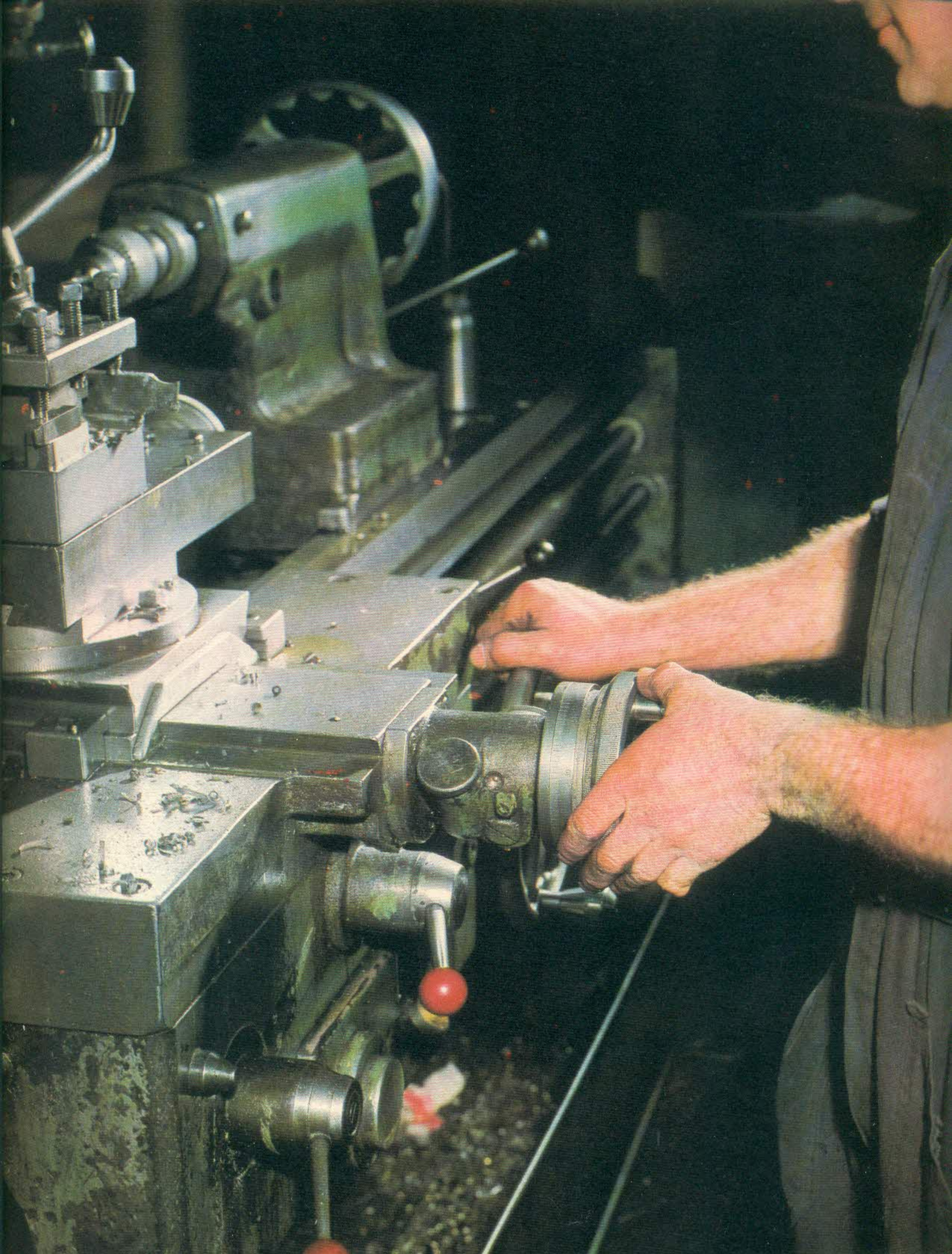
El medio técnico del trabajo

Hemos visto en muchos de los ejemplos anteriores la importancia de las relaciones del trabajador con el medio. ¿En qué consiste exactamente ese medio? Hay muchas formas de definirlo. Ateniéndonos solamente al medio profesional, éste es a la vez un medio material y un medio humano. La inserción del trabajador en él puede estar perturbada en uno de esos dos aspectos o simultáneamente en los dos.

Entiéndase el medio material en el más amplio sentido: los locales de trabajo, las máquinas y las tecnologías; con referencia no sólo a las fábricas sino también a las oficinas. Corrientemente se culpa a estos medios el ser impersonales, pesados y deprimentes. Tanto más insoportables cuanto más deshumanizados. Este es un punto de vista interesante aunque no sea del todo exacto. En efecto, el medio técnico es una creación humana en la que el propio hombre se proyecta. Cuando se encuentra incómodo en ese medio, es porque no ha sabido crearlo en su propia dimensión. Es verdad que determinadas características «objetivas» del medio material son nocivas (ya volveremos sobre ello), pero nunca hay fundamento para acusar a la máquina. No existe ninguna máquina que no haya sido concebida por el hombre y de la que los hombres no sean los verdaderos amos. Todo se reduce a la forma en que unos hombres someten a otros a unas condiciones de trabajo incorrectas. No lo hacen forzosamente con ese deliberado propósito, muy lejos de esto, la mayoría de las veces ocurre por pura ignorancia.

A nuestro juicio, el medio técnico contemporáneo se caracteriza por su apariencia impersonal. Más exactamente, aparece como el polo opuesto al medio tradicional. Comparado al martillo, al lápiz o al arado de tracción animal, las enormes prensas, el ordenador electrónico y la máquina segadora-agavilladora parecen aplastar la mano que las dirige. Sin embargo, las máquinas, aun las más complejas y autónomas, no son más que apéndices de las células grises, de la corteza cerebral: sólo unas herramientas. Entonces, ¿qué razón hay para que las relaciones entre el trabajador y la máquina se hagan a veces tan penosas? Se pueden catalogar las respuestas muy fácilmente: un aspecto es esencial, los otros eventuales. El malestar es permanente en la medida en que la máquina es de una regularidad casi implacable y, en cambio, el ser humano es (biológica y psicológicamente) constantemente variable en el tiempo. Norbert Wiener, padre de la cibernética, dijo en una ocasión que siempre se le pedía la fabricación de máquinas que se equivocaran lo menos posible, pero que si él encontrara alguien que deseara poseer una capaz de inventar, ¿qué impediría fabricar una máquina que se equivocara inteligentemente? Por tanto, es necesario señalar que se puede paliar esta dificultad entre el

La repetición monótona de un gesto puede desembocar en ese drama, el accidente de trabajo.



hombre y la máquina por medio de algunos cambios cinéticos o conexiones flexibles (por ejemplo, la cinta de papel de los teletipos). En cuanto a las dificultades eventuales entre el hombre y la máquina se pueden reducir a tres clases: La primera los daños físicos masivos como los que produce el exceso de ruido, de frío, de calor, etc., todo desorden que afecte, más o menos directamente y más o menos generalmente, al sistema nervioso. La segunda abarca la producción desmedida que conduce al agotamiento y, en una línea muy semejante, los puestos de trabajo poco adecuados y el ritmo de la producción. En esto nos encontramos dentro de los dominios bien conocidos de la ergionomía y de los actuales métodos clásicos de mejoramiento y simplificación del trabajo. Bueno es recordar aquí que los sujetos afectados de un handicap (cualquiera que ese handicap sea) son verdaderamente los que descubren las imperfecciones en la asignación de las tareas. También debemos recordar que los errores en esa asignación están siempre unidos, en la práctica (y casi por naturaleza), a defectos de las relaciones humanas dentro de la empresa. La tercera y última clase consiste esencialmente en una inadecuación entre la carga percibida y los imperativos psicofisiológicos. La afluencia de estímulos sensoriales pueden ser insuficientes para una vigilancia completa, como también puede ser excesiva y desbordar la capacidad de «atención». Se sabe que existen límites — y también una patología — en las tablas de control y de transmisión. El sujeto debe estar prevenido a la espera de acontecimientos poco corrientes, pero graves; también debe luchar contra unas incidencias emergidas de un torrente de señales (se puede aproximar a esto el riesgo del sueño en los maquinistas del ferrocarril, y las alteraciones que se producen en los que operan con radar). Tampoco es fácil determinar el nivel de confort conveniente: una instalación deficiente, fatiga; demasiado buena, debilita. En ambos casos, «enerva» sin poder aquietarse por medio de descargas motrices.

El medio humano del trabajo

El análisis del medio de trabajo que se limitará únicamente a sus aspectos técnicos, sería tan falso como el que sólo tuviese en cuenta sus aspectos humanos. Un ejemplo hará comprender hasta qué punto los dos aspectos van siempre unidos. Después de un accidente de trabajo, en la víctima se despierta cierto temor hacia la tarea que ha puesto en peligro, si no su vida, sí al menos su integridad corporal. La máquina causante toma un sentido de amenaza, así como el local en que está situada, lo mismo que los jefes y, por extensión, todas las personas e instituciones que ejerzan alguna presión para que vuelva al trabajo. Los médicos de principios de siglo que han descrito la «siniestrosis» o (neurosis de rendimiento) constataban solamente una discordancia entre las lesiones y la alegación de incapacidad; más recientemente, se ha reconocido la importancia de la neurosis de predisposición; pero es ahora cuando se intenta comprender, además, en qué forma esta neurosis entra en composición con algunos antecedentes materiales y sociales de los que, en cierta forma, la víctima no tiene ninguna culpa.

Se ha comprobado que el trabajador, como individuo, entra en un sistema psicosocial de relaciones y de conflictos que empequeñecen mucho su caso particular. Su capacidad para adaptarse a las exigencias del medio humano domina todo juicio sobre su valor profesional. Markowe ha observado a un grupo de enfermos mentales, cuyo producto de trabajo era mayor al término medio y, sin embargo, eran subestimados por la directora; recíprocamente, muchos éxitos individuales no se deben más que a la imperfección de las formas de vida en común.

Tales dificultades provienen en parte de los compañeros, pero son, sobre todo, fruto del jefe de personal. Los compañeros constituyen un grupo, y algunos subgrupos especializados, cruzados por corrientes movidas por rivalidades fijadas en unas actitudes; aquel que es diferente a los demás (recién llegado, veterano, benjamín, interino, etc.), tropieza con unas exclusivas, unas repulsas, unas novatadas, y se encuentra enfundado en un personaje que se ha fabricado para él. A veces, hasta los jefes de personal han sido puestos en evidencia. No se podría decir, sin profundizar en su estudio, qué situación es peor, si estar sometido al autoritarismo o abandonado a la confusión; si sofocado por el paternalismo o perdido en el aislamiento. Se han publicado algunas observaciones parciales, pero ya muy significativas. Felix ha comparado los tipos de accidentes de diferentes grupos de trabajadores, teniendo en cuenta la personalidad de sus jefes respectivos: el riesgo de accidentes se cuadruplica cuando el jefe usa formas dictatoriales. Se ha hecho notar que el sadismo en los jefes de personal puede revelar mecanismos psicológicos variados. Por ejemplo, un jefe aparentemente agradable, lleno de interés y escrupuloso es capaz de aterrorizar a sus subordinados en la medida que se sienta a sí mismo rebasado por sus responsabilidades, es decir, en la medida que él sufra y tenga que mantenerse firme consigo mismo. El aislamiento impuesto por una concepción errónea de la disciplina es todavía más perjudicial que el aislamiento subsiguiente a unas circunstancias materiales. En una oficina silenciosa en la que se podría hablar, si el jefe ordena que no se «debe» hablar, la situación es mucho más grave que en una oficina bulliciosa en la que no se «puede» hablar.

La psicopatología de las colectividades

Existen algunas colectividades de trabajo de las que se podría decir que están mentalmente enfermas. Como todo grupo humano — ya lo hemos visto — el grupo de trabajadores es algo más que una suma de individuos. Existe una correlación entre la psicología colectiva y la psicopatología colectiva: la una y la otra están, al nivel de lo concreto, estrechamente unidas a unos fenómenos dependientes de la sociología y de la economía. Esto hace difícil a veces la interpretación de los hechos. Ante un conflicto de trabajo, en una huelga, por ejemplo, ¿cómo entresacar lo normal y lo patológico, lo estéril y lo fecundo, lo objetivo y lo subjetivo? Ahí, todo punto de vista demasiado apriorístico o unilateral deja escapar una parte de la realidad. En esa situación de-

terminada se debe constatar la interferencia de una oposición de intereses (en cuanto a la oportunidad de la subida de salarios), de un malentendido entre personalidades psicopáticas (el jefe de personal y el secretario sindical), de un fallo entre los comunicados internos de la empresa (los establecimientos de la cual están dispersos); el todo se desarrolla dentro de un contexto general (nivel de empleo en la región y en la profesión, política del gobierno y de los sindicatos, etc.). El caso descrito — la huelga — durante su primera fase, ha sido un acontecimiento positivo; no seguirá siéndolo más que aliviando las tensiones insoportables y restableciendo ella el necesario diálogo, pero, si se prolonga la situación, se provocan unos sufrimientos y unas pérdidas que no hubieran sido necesarios. En una obra publicada por la UNESCO, Scott y Lynton han descrito una huelga verdaderamente explosiva que produjo, y experimentó a la vez, la desintegración de un grupo socio-profesional hasta entonces fijo en una quieta firmeza.

Los cuadros patológicos no son siempre así de dramáticos. Casi siempre se trata de estados crónicos evolucionando en tono bajo y, por eso mismo, no identificados. Como, por ejemplo, esa empresa familiar en la que, para unos 200 puestos de trabajo, admite en un año 800 personas. Lo que ocurre es que la secretaria del director se ha convertido en la directora efectiva y le hace la guerra al resto de la familia. El malestar llega a un punto que todo el mundo se aleja de allí. O bien, en un taller en el que no se respeta nunca el plan establecido, el examen metódico del personal revela que la neurosis del jefe ha ido poco a poco ganando a la mayoría de los ejecutivos, cada uno de los cuales, además, se rige a sí mismo a su propia manera: la fuente es hipocondríaca y el flujo histérico de ansiedad o paranoico. Otras veces es una organización la que está en pleito. El personal allí no trabaja gran cosa: resulta que, por razones financieras, se debe reducir el efectivo de uno de los despachos. Inmediatamente ha surgido una red de oposiciones y delaciones. La salud física de los dactilógrafos se altera y la unidad acaba por restablecerse en la unanimidad contra el jefe de secretariado, que no puede con ellos y llega al límite de su resistencia cayendo en un estado depresivo.

Estas observaciones pueden generalizarse bajo la siguiente forma: Todo grupo de trabajo manifiesta conductas globales que lo caracterizan en un momento dado. Estas conductas globales se pueden evaluar: la instalación, el cómputo y la vigilancia de los datos obtenidos dan cuenta del nivel de salud mental del grupo. Se puede medir fácilmente la celeridad en el avance y la regularidad de una cadena de montaje; no es nada raro, si se tiene la posibilidad de comparar dos cadenas idénticas en todos aspectos, comprobar cómo una funciona mejor que la otra. Es interesante sobre todo el estudio de fenómenos tales como la tabla de ausencias (hablamos de las tablas de ausencias y no del ausentismo, ya que este término ha adquirido un cierto sentido peyorativo). Es necesario abandonar la ilusión de suprimir por completo las ausencias. Unicamente se puede determinar un mínimo irreducible. También hace falta abandonar la ilusión de que se pueda luchar únicamente contra las ausencias injustificadas: la experiencia ha demostrado que todo exceso de control crea un malestar que impulsa precisamente hacia ese fraude que se quería combatir. La experiencia demuestra igualmente (trabajos de Behrend y de Bos) que los motivos de ausencia se compensan mutuamente y que la línea de conducta más inteligente es la de una benevolencia vigilada. Ciertamente no se podría inducir a las empresas a aflojar todos los frenos y tolerar todas las faltas, pues desorganizarían la producción sin provecho para los individuos. Pero toda ausencia inferior al estiaje es significativa. El ausentismo, tan desacreditado, es en realidad como una válvula de seguridad que contribuye a aliviar a los trabajadores de las tensiones de las cuales ellos mismos son el centro. La tabla de ausencias es un termómetro que mide la fiebre del grupo. Toda elevación pide un diagnóstico que permita definir y aplicar, no una represión, sino una terapéutica.

El trabajador y el porvenir

¿Qué terapéutica emplear? En ese dominio no hay recetas precisas. Es necesario, a veces, innovar e incluso inventar soluciones a la medida. Además, siempre es mejor prevenir que intentar una curación. La introducción de psicólogos, psiquiatras y sociólogos en la vida de las empresas ha permitido poner a punto numerosas técnicas, algunas de las cuales han tenido recientemente un gran desarrollo. Se sabe que el papel de cada individuo, la dinámica del grupo, la orientación y el consejo dentro de la empresa, así como la medicina del trabajo y, desde otra perspectiva, la legislación (especialmente la institucionalización de las comunicaciones, gracias a la creación de nuevos órganos como el del comité de la empresa) constituyen otros tantos medios y caminos para paliar las dificultades de adaptación recíproca de los individuos y del medio profesional.

Esto justifica un razonable optimismo. Pero queda todavía mucha labor por delante. Por ejemplo, se está muy lejos de conseguir siempre la superación de los obstáculos que crea la excesiva división del trabajo. Los ensayos de reagrupación de las tareas, tanteados en algún que otro lugar, son todavía raros. El diálogo entre capataces y asalariados es todavía precario y lleno de incomprensiones y malentendidos. ¿Qué ocurrirá mañana con esto? A decir verdad, las previsiones de los economistas y de los ingenieros no son más que conjeturas y los psicólogos no saben muy bien para qué clase de mundo industrial es necesario preparar a los trabajadores. Admitiendo que los progresos de la automatización sean rápidos, ¿quién puede decir cuál es el nivel óptimo de conocimientos que han de tener actualmente los adolescentes? ¿Es necesario prepararlos para mayores responsabilidades o para menos todavía de las que se les confían actualmente?

El hombre es de dos formas con relación a su trabajo: la conjunción hombre-puesto y la hombre-sociedad. No puede rehuir su adaptación: es feliz y productivo si toma de una y otra parte el mínimo de seguridad necesaria.


CAFE
816
LA PETITE

JEAN MAISONNEUVE Y JEAN-CLAUDE FILLOUX

la vida cotidiana

El hombre de la calle afirma de buena fe tener unas «creencias» personales, elegidas de manera «reflexiva» entre las que le han sido propuestas, está dispuesto a dar testimonio de lo que él ha visto, vota «según sus ideas». Pero, ¡cuántas ilusiones detrás de esas opiniones libres, cuántas distorsiones involuntarias detrás de esas convicciones! La psicología nos enseña, por medio de controles precisos, la confusa fragilidad del testimonio, la pobreza de las opiniones y de las motivaciones expresadas, la vulnerabilidad de las creencias a las que se ha llegado por medio de rumores, publicidad o propaganda. La omnipresencia de las coerciones colectivas, difusas o deliberadas, es para inquietar al moralista... La vida de cada día pone lo social en juego y nuestro fuero interno *se llena de múltiples presencias.*

Han dado las siete, detengo el despertador, me levanto, me ducho, tomo mi café con leche mientras escucho las noticias transmitidas por mi transistor. Un poco más tarde tomaré el metro o el coche, hablaré tres minutos en el pasillo con algún compañero y entraré en mi despacho para comenzar mi jornada de trabajo, cuyo programa está ya planeado desde la víspera... Todo esto es vivido por mí como algo «familiar», «cómodo» y «normal». A no ser por algún incidente imprevisto, algún suceso excepcional, nada hará cambiar ese ritmo y ese contenido, nada me sustraerá a ninguno de mis quehaceres. Si tales incidentes sobrevienen, ya me tienen perturbado, inquieto, irritado: mi despertador no ha sonado a su hora y me digo, ¡qué demonios, ya me he retrasado media hora! Me doy prisa rezongando, con el tiempo justo para tragar un café tibio, sin poder escuchar «mis» noticias, y correr hasta la parada de taxis más próxima. Por el camino vuelvo a refunfuñar. Estoy un poco avergonzado ante mí mismo. Mi rutina matinal, ¿me es tan querida que no pueda soportar en ella la menor variación? Esas noticias de las que me he privado, ¿son tan preciosas para mí, cuando, frecuentemente, sólo guardo de ellas un recuerdo aproximado? Me reprocho esta pequeña servidumbre y también mi precipitación. Todo ello es trivial, indigno. Pero, de pronto, me doy cuenta que ya he cambiado de actitud: ya no soy el hombre que vive lo cotidiano, sino el que lo juzga y se juzga, mientras lo vive.

Esta diferencia es importante. Desde que nos observamos dispuestos a proceder o a sentir, desde que nos criticamos sobre lo cotidiano, o hablamos de él, ese cotidiano ya no es completamente lo mismo. No es que uno empiece a vivir de forma puramente mecánica o inconsciente: yo sé lo que hago y lo que quiero hacer, pero eso es aún con carácter prerreflexivo. Es decir, al pronto, no tengo consciencia de su calidad de «cotidiano», simplemente me conduzco como lo hago habitualmente. Es conveniente, antes de toda reflexión sobre la vida cotidiana, distinguir dos niveles de aproximación, correspondientes a dos grados de experiencia psicológica, que pueden ciertamente interferirse, pero nunca son simultáneos.

El primer nivel es precisamente el de lo «hecho» y el de lo «vivido» de inmediato, sencillamente, precediendo a toda entrada en la cuestión. Su aproximación es únicamente la evocación fiel de los sentimientos unidos a nuestras conductas cotidianas, sin que ahí se introduzca todavía ningún elemento interpretativo. El segundo nivel es aquel que se coloca todo individuo — especialmente el psicólogo — desde que «se inclina» sobre lo cotidiano para descubrir en él sus aplicaciones, su sentido y su contenido. A este nivel es cuando también se afirma la actitud de evaluación (que mencionábamos hace un momento), frente a lo «cotidiano» y a nuestra manera de adaptarnos a él. Por ejemplo, según lo aceptemos con complacencia o lo rechacemos como una limitación o una hipoteca. Tales actitudes no son posibles sino después de entrar en la cuestión, pero es evidente que tienen una gran repercusión en nuestros «vividos» ulteriores.

Apego a lo familiar, atractivo de lo imprevisto

Volvamos a nuestro ejemplo inicial. Al evocar el sentimiento de «familiaridad» y la inquietud de «ritualismo», no he agotado todavía todos los aspectos de mi «vivido» matinal. Esas noticias que me decepciona haber perdido y que me gusta escuchar mientras desayuno — o, en su defecto, en el taxi que me permite recuperar el tiempo perdido

El café, visto por Foujita. ¿Adhesión a lo familiar o atractivo de lo imprevisto?

(porque el chófer también quiere su ración de informaciones) — me interesan, más o menos, según los casos. Pero confusamente me doy cuenta de que me proporcionan un elemento de sorpresa y novedad. Si ha ocurrido alguna cosa en alguna parte del mundo, me pongo atento. La irrupción de un «acontecimiento» me apasiona, me excita, aunque su naturaleza sea inquietante o molesta. Soy capaz entonces de un retraso por enterarme de lo que sigue... y del final, esperando que haya en él abundantes peripecias.

En el seno mismo del «vivido» cotidiano surge así un elemento dinámico que entra en el orden de la disponibilidad, de la expectación difusa y que es irreducible y a la vez antinómico a la familiaridad y a la repetición. Este elemento se manifiesta precisamente en el interés puesto en todo acontecimiento que rompa el curso de la monotonía. Si el trastorno provocado por el fallo de mi despertador hace que me irrite, es porque no desemboca en ninguna posible sorpresa. En compensación, si mi emisión matinal me proporciona la noticia de una huelga-relámpago del personal de energía eléctrica o de los transportes, yo no dejo de experimentar cierta excitación. Aunque proteste explícitamente, una parte de mí mismo se hace cómplice de ese desorden. Después ya puede llegar cualquier cosa. Nuestra vida cotidiana es más compleja de lo que parece a primera vista, ya que de esta forma oculta su propia «negación a lo cotidiano» atraída por la incertidumbre del cambio y de lo imprevisto.

¿Cómo pueden prácticamente integrarse estas dos tendencias casi contradictorias? Si la mayoría de los hombres son, a la vez, adictos al orden familiar y ansiosos de lo desconocido, ¿cómo se las arreglan para hacer de alguna forma su juego en las dos mesas sin salirse del cuadro cotidiano? Para responder a esto es necesario llegar antes más profundamente hasta las fuentes de la ambivalencia.

Necesidad de seguridad y necesidad de aventura

El apego a lo rutinario, a la regularidad, corresponde sin duda a un proceso muy general de conservación y protección que afecta tanto a las personas como a los grupos y a las sociedades en su conjunto. En todos los planos se puede observar el compromiso que existe con algunos patrones rutinarios que rigen nuestros comportamientos, nuestras opiniones, e incluso nuestros mismos sentimientos. A pesar de las desviaciones características — bien fáciles de delimitar — toda forma de proceder que tienda a plantear la cuestión del valor intrínseco de esos patrones parece insidiosamente subversiva, porque amenaza la adhesión tácita a lo cotidiano que constituye la trama de la vida individual y colectiva y se corre el riesgo de comprometer cierta clase de equilibrio «basal». Esas posturas suscitan también de por sí la reprobación — a veces tempestuosa — de la opinión pública. De ahí las sanciones impuestas por los organismos sociales de control y de censura destinados a garantizar ese equilibrio. A este respecto es altamente significativo que, en todas las épocas, las obras literarias o artísticas que se han aplicado a poner de relieve esa cierta vacuidad de lo cotidiano hayan sido castigadas con suspensión o entredicho. Por no citar más que algunos ejemplos, recordemos que el proceso intentado contra Flaubert a raíz de la publicación de *Madame Bovary* y, en nuestra época, la cólera levantada contra ciertos libros como *La Náusea,* o la censura de películas como «*El Silencio*». El propósito de esas obras — aparte de toda provocación política o erótica — es el de mostrar una pintura demasiado cruda de lo cotidiano en la que mucha gente podría reconocerse e impugnarla. La comunidad social no se equivoca absolutamente nada cuando pone sus propios «guardianes»... Por lo demás, se muestra mucho más tolerante con la descripción de crímenes, dramas y escándalos de todas clases porque suministran una distracción que en nada afecta a lo cotidiano en su importante función.

En efecto, con esto llegamos a la segunda tendencia. *Homo duplex,* dice el antiguo proverbio. Si la variación y lo desconocido nos inquietan, también nos atraen secretamente por cuanto subsiste en nosotros de insatisfacción. ¡Por eso el caso del hombre que se siente colmado en su vida cotidiana es rarísimo! Más o menos, cada uno tiene sus sueños de evasión, de nuevos descubrimientos o metamorfosis. Frente a la necesidad de seguridad, existe una necesidad poderosa de renovación y aventura. En este sentido todo lo que llega de improviso es acogido como una vaga promesa de respuesta a ese deseo. Por eso lo cotidiano — desde el momento en que es reconocido y planteado como tal — se vive frecuentemente con tedio, se le asocia a la mediocridad e incluso a una especie de muerte. Preso el hombre de esta ambivalencia, ¿cómo puede intentar su propia satisfacción?

En primer lugar es necesario separar las diferencias individuales, que en esto son considerables. Unos se aferran al orden familiar y se complacen en sus rituales; se las arreglan para desterrar toda irrupción de lo desconocido en sus vidas y se rebelan ante la menor fantasía. Sólo su hosca hostilidad, e incluso su furor, hacia los que de alguna manera mantienen el orden en cuestión testimonia que a menudo les asalta un sentimiento confuso de sus limitaciones. A este tipo pertenece sin duda Monsieur Homais, del que es el retrato.

A la inversa, otros seres se inclinan hacia la aventura rechazando más o menos radicalmente las normas y los moldes comunes. Se embarcan en una vida de azar, multiplicando las experiencias, las empresas y los descubrimientos. También se pueden observar en ellos signos de una cierta limitación inversa a la de los prudentes; como el viajero que, lleno de nostalgia, sueña por un instante en el hogar protector, ellos experimentan frecuentemente cierto cansancio y la ironía que muestran al hablar de los que han elegido el abrigo de esos hogares, puede tener un tono amargo y áspero.

Entre estos dos casos extremos se encuentra la inmensa mayoría de los hombres que, dentro de su vida cotidiana, pretenden satisfacer las dos tendencias, conciliar la seguridad con la aventura y el orden con la fantasía. Para atenuar el hastío provocado por lo estrictamente cotidiano, buscan ese entretenimiento cuya persecución ardiente e insegura Pascal fue el primero en evocar magistralmente.

Las diversiones

Pero, ¿qué recursos ofrece la sociedad contemporánea en materia de diversiones? Conviene, en primer lugar, fijarse en el enrarecimiento e insipidez de los recursos propiamente colectivos. Fiestas y kermesses, que jugaban antiguamente un gran papel, se han ido perdiendo de manera progresiva, con su carácter de intensidad orgiástica y su función compensadora y catártica. (El carnaval, especialmente, ha constituido durante mucho tiempo una poderosa válvula de escape a la monotonía de la vida cotidiana y a la estrechez de su sistema, en la medida que permitía un intercambio en los papeles sociales y una liberación sexual.) Actualmente, son sin duda los cafés y las vacaciones los que constituyen, sobre el plan de direcciones efectivas, los recursos institucionales más notorios. El café representa por sí mismo la forma más accesible de polivalencia afectiva. Permite a unos escapar por un momento a la saturación del hogar doméstico para aislarse o cambiar de ambiente; en cambio, a otros les ofrece el medio de escapar de su soledad y encontrar un rudimentario contacto humano y de convivencia con los demás. El número de confidencias y de proyectos, más o menos auténticos, que se cambian en el café en tono de sinceridad — y de exaltación, incluso — es considerable. Pero simultáneamente, el café puede también satisfacer la necesidad de familiaridad de los «habituales» que tienen en él su mesa y sus amigos. En cuanto a las «vacaciones», merecen por sí solas un amplio desarrollo. Limitémonos a decir que llenan perfectamente, en el cuadro del ritmo cotidiano, la necesidad de cambio y evasión. Nos traen, en efecto, «otros sitios y otros modos» bajo todas sus formas — lugar, costumbres, modo de vida, círculo social — que dan al hombre de la ciudad el sentimiento exaltado de un retorno (ilusorio o no) a las fuentes de la naturaleza y a la ociosidad del paraíso.

Compromiso con lo imaginario

Al margen de esos esparcimientos obtenidos sobre el plan de los comportamientos reales (conservando, además, en ellos una gran parte de ritual), existen otros que son esencialmente sustitutos imaginarios. Gracias a ellos, la necesidad de aventura se satisface en cierta manera, como por poderes. Es decir, que permiten a cada uno identificarse a los personajes que nosotros desearíamos ser, o a los que realizan lo que nosotros desearíamos realizar. Tal es el papel de las novelas, de los folletines, del teatro y del cine; y también — en una medida más amplia todavía, puesto que esos personajes y esos sucesos existen realmente — de las habladurías sobre los hechos diversos que alimentan una gran parte de nuestras quimeras y nuestras conversaciones. Los distintos hechos extraordinarios no son solamente aquellos que nos sorprenden y nos intrigan, sino aquellos que proyectan, al menos en algún aspecto, lo que hemos soñado muchas veces sin atrevernos a vivirlo o sin poder alcanzarlo. Esto se enlaza con algunas experiencias de gran intensidad afectiva en la sexualidad, amor, poder o fortuna: pasiones tempestuosas, venganzas, celos, raptos, robos, proyectos audaces, éxitos excepcionales...

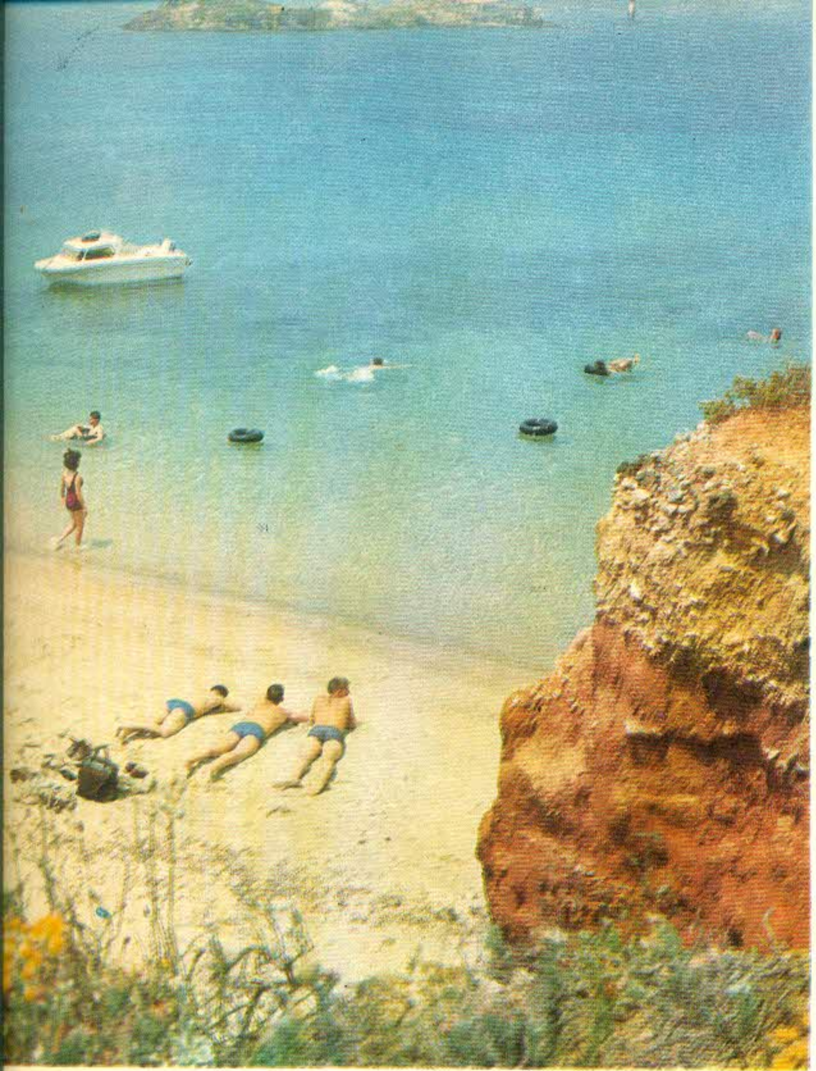
Al tolerar la exhibición de tales aventuras, imaginarias o reales, la comunidad social reconoce implícitamente la importante función «sustitutiva» que ejercen sobre la masa de sus aficionados de cada día. Todo se deja pasar, como si esa concesión viniera a compensar la exclusión de todo lo que amenace demasiado directamente el respeto hacia lo cotidiano. De esta forma se ha instalado en todos los niveles una especie de compromiso funcional para que el individuo y el grupo puedan satisfacer parcialmente su deseo de aventuras sin comprometer gravemente el sistema de equilibrio y seguridad. Este compromiso aparece finalmente como la solución más económica a las antinomias anteriormente señaladas.

El dominio de la opinión

Nos proponemos ahora aclarar los temas que venimos recordando a través de los dos dominios más importantes de la vida cotidiana: el de la opinión y el de nuestros comportamientos diarios. Volveremos sobre ese compromiso que caracteriza nuestro «vivido» cotidiano al demostrar cómo la adhesión a los patrones hechos y a los ritos se combinan con los deseos de aventura e innovación.

Nuestras opiniones dirigen una gran parte de nuestros pensamientos y nuestra conducta. Que yo haga un juicio — despectivo — sobre esa joven que lleva un jersey demasiado «sport» en un lugar en el que la más estricta etiqueta es de rigor; que yo tome partido en el curso de una conversación sobre lo que son, al parecer, las carreras de caballos («creedme, uno de mis amigos conoce muy bien a un jockey: ¡todo está amañado antes de empezar la carrera!»); que yo elija ese paquete de mantequilla en la lechería, con preferencia al paquete de margarina que está al lado: en todas estas distintas reacciones ante las cosas y los seres se traducen unas actitudes, más o menos elaboradas y conscientes, que forman mi universo subjetivo de opiniones. «Mi» universo puede que sea demasiado decir, puesto que, de hecho, lo compartimos con muchos otros y, además, está formado por modelos que nos han sido en buena parte impuestos por el medio. No los hemos elegido nosotros, sino que se nos han adherido. Estas «ideas» sobre los vestidos de las jóvenes, las carreras o la margarina son para nosotros puntos de referencia y seguridad que nos permiten «saber a qué atenernos», y nos evitan reflexionar sobre demasiadas cosas.

La opinión toma así frecuentemente, dentro de lo cotidiano, una forma fija y estandardizada. Los psicólogos han estudiado la gestación de múltiples «estereotipos» o «clisés» que tienden a endurecer la percepción misma de las situaciones, personas o cosas, que nos rodean. Pero bajo esta cristalización subsiste, sin embargo, el deseo disimulado de alguna alteración. Tal ambivalencia podemos encontrarla de modo especial en la psicología de los «rumores»: los rumores son acogidos con tanta más credulidad cuanto que ellos halaguen algunos de nuestros prejuicios. Pero, ¿les prestaríamos siempre tanta atención si no encerrasen como una ex-



Las vacaciones realizan por excelencia el deseo de cambio y de evasión de la vida cotidiana. Proporcionan el sentimiento exaltado de un retorno (ilusorio o no) a las fuentes de la naturaleza y a la ociosidad.

traña virtud, si no presintiéramos que pueden ocultar algo inesperado y sensacional?

Por la misma razón, al exponernos voluntariamente a los múltiples medios de información colectiva que nos llegan de todas partes (prensa, radio, televisión) esperamos tanto una justificación de nuestras ideas y nuestros valores como la ocasión de choque que los pondrá a prueba. Los diarios de gran tirada saben perfectamente que miman los gustos del público y, al mismo tiempo, le proporcionan el estremecimiento de la emoción y el escándalo. Son simplemente «medios» dirigidos a las masas, sin que en su contenido se mezcle lo que fortalece el sentido de las opiniones preformadas y los que las pueda debilitar. La publicidad y la propaganda oponen, en lógica discusión, «la opinión completamente formada» con «la que está por formarse». Esto quiere decir que puedo yo un buen día pensar que la margarina posee cualidades eminentes o que me es posible hacer fortuna en las carreras. Pero lo que sucede en realidad, ¿no será que, desgraciadamente, voy cayendo de un prejuicio en otro? Sometidos a la «masa media», ¿no soy acaso víctima de pequeños choques, de sucesivas presiones, muchas veces contradictorias?

Opiniones estereotipadas y prejuicios

Muchas de nuestras opiniones dan mucho lugar a duda: cuando digo mi impresión sobre el modo de llevar el sombrero hongo en algunas ceremonias, he de admitir que mi juicio no es, ni mucho menos, decisivo ni definitivo. Lo mismo puedo pensar, sin gran interés por mi parte, que no está muy claro lo que sucede en las carreras. Pero los prejuicios y las ideas estereotipadas representan el caso límite del modo de pensar rígido, que no admite discusión. El prejuicio, por su misma definición, precede a toda experiencia o la falsea cuando esa experiencia existe ya. Puedo, por ejemplo, lanzar a los cuatro vientos que la música o la pintura moderna son decadentes. De acuerdo. Esto dará materia para muchas de mis conversaciones. Pero, ¿he hecho yo alguna vez el necesario esfuerzo de comprensión? Puedo también formarme una «imagen *a priori*» del carácter femenino: una mujer nunca es tan inteligente como un hombre; sus actitudes son, frecuentemente, menos racionales de lo que ella pretende. Una mujer, un pájaro... «imagen cerebral» que se interpone entre la realidad que veo y mi modo de percibirla. Es la definición de estereotipo u opinión hecha estereotipada. Corro el riesgo de que el clisé de la mujer-inferior-intelectualmente-al-hombre me ciegue literalmente y, por consiguiente, falsee mi juicio sobre esta mujer particular que ahí, ante mí, en este grupo de trabajo, desempeña una función tan lúcida eficiente y penetrante. ¡Cuántas veces ha influido el estereotipo la causa primordial que aleja a las mujeres de numerosas funciones sociales!

Es verdad, desde luego, que una sociedad sin prejuicios sería indudablemente incapaz de vivir. Son ellos los que contribuyen poderosamente a uniformar las actitudes y las conductas individuales, aumentando así la fuerza de cohesión del grupo. Simultáneamente, los prejuicios y los estereotipos sirven para mantener el equilibrio mental de los individuos; cumplen, por tanto, una misión funcional muy importante. Por el contrario, una sociedad dominada enteramente por los prejuicios no sobreviviría por mucho tiempo; terminaría por anquilosarse y hacerse incapaz de todo tipo de posible evolución y, por tanto, de adaptarse a las transformaciones del mundo.

Es necesario advertir que, desde esta perspectiva, la sociedad moderna dispone de muchos medios que le permiten poner en tela de juicio algunos de los estereotipos y prejuicios más tenaces. Los medios de información colectiva difunden iniciativas que, al ponerse en contra de ciertas costumbres, atraen, no pocas veces, corrientes innovadoras. Esto se puede producir en los más variados terrenos y hay datos, al parecer sin importancia, que son en realidad significativos: publicando complacidamente informaciones que se refieren al uso del «monokini» en algunas playas, la prensa ha contribuido, de grado o por fuerza, a poner en entredicho el tabú de los senos, que es uno de los moldes más arraigados en la cultura occidental. ¿Significa que queda así abierta la puerta a la aventura? Veamos con más detalles lo que en realidad hay sobre esto.

La exposición a la «masa media»

Puesto que vivimos en la época de la «comunicación de las masas», importa apreciar claramente sus efectos reales. El objeto de la radio, la televisión y la prensa es el de informar y distraer, pero también el de influir en «nuestras» opiniones de un modo favorable a los «responsables» de su presentación al público, favorable a los «emisores». De tal modo es así que frecuentemente resulta muy difícil llevar a cabo todo lo referente a la información y a la persuasión. Para conseguir la introducción de un cambio en tal opinión política o en tal forma de consumición, la propaganda y la publicidad han de actuar de forma insidiosa: por una parte, les es necesario manejar con acierto las actitudes previas, evitando el choque directo contra determinados prejuicios muy arraigados y vitales y, por otra parte, apoyarse en ciertas corrientes ocultas y ciertas tendencias que —encaminadas ya según se desea— se han de reforzar. Si no se conoce el complejo de sentimientos y prevenciones implícitamente asociados a la mayor parte de las personas que reciben las noticias —o «receptores»— en torno a un problema presentado por los «emisores», se corre el riesgo de provocar el efecto del *boomerang:* todo lo contrario de lo que se buscaba. Es lo que sucedió a la televisión inglesa: creó un programa con objeto de animar a los turistas a visitar Francia, demostrando a los televidentes lo fácil que era hacerse entender con una pocas palabras francesas. Sucedió lo contrario. Este programa desalentó a mucha gente, al atraer su atención sobre unas dificultades con las que ni siquiera había soñado.

Además, el proceso de información no une al «emisor» con una polvareda molecular de individuos por medio de una multitud de hilos rectos. El que yo sea receptivo o no a la idea que «se» me quiere dar sobre los países africanos, depende no solamente de la habilidad con que se me presente la emisión, sino sobre todo de las conversaciones que haya tenido con mis amigos o con otras personas que me merezcan confianza en la materia. El flujo de comunicaciones pasa por un estado intermedio: el de mis comunicaciones con otros, el de las influencias que recibo dentro del cuadro de una red interpersonal. Por este motivo, los medios de información colectiva no tienen todo el poder que se podría pensar. Todo esto trae la consecuencia de que el poder de la información, de la «noticia», se ejerce extensamente, bien sea provocando una evolución de actitudes o bien estimulando la imaginación en su función fabuladora. Llegamos así al problema de los rumores.

Los rumores

Lo característico de los rumores es, en efecto, «circular». Cada uno de nosotros, personalmente, somos los agentes de esa circulación. La prensa, en caso de necesidad, puede hacerse «eco» de rumores «no comprobados» y de carácter ambiguo, que dan lugar a una multitud de interpretaciones: es, sin embargo, de una manera confidencial la manera en que se forman y se organizan los rumores, a medida que la información se difunde en cadenas ramificadas, estructuradas por el sistema de afinidades o de simple proximidad. Por lo demás, no todo hecho da lugar a un rumor: es preciso, además, que verse sobre alguna cuestión en la que escaseen las informaciones claras y seguras a nuestra disposición. En realidad, los rumores «suplen» la falta de información objetiva. Si yo contribuyo a difundir bulos sobre los motivos que ha tenido la dirección de mi empresa para modificar el sistema de apreciación del personal, lo hago porque ignoro cuál es la intención de la dirección y porque temo oscuramente la forma que pueda revestir este nuevo sistema. El rumor tiende a la vez a tranquilizarme y a fijar mis inquietudes latentes. Se explica así la proliferación de los rumores durante los períodos de confusión, en los que la nostalgia de la rutina se mezcla con la esperanza ansiosa de las innovaciones. Los rumores son casi siempre caprichosos, porque su función es mucho más efectiva que racional. Durante la última guerra circuló por los Estados Unidos la noticia de que un soldado americano, prisionero del Japón, había escrito a su familia

La lectura del diario representa uno de los actos más importantes del hombre del siglo XX. Ella le proporciona su ración de evasiones y fantasías, a la vez que contribuye a forjar las opiniones que le son necesarias para los intercambios sociales por medio de la conversación.



y les decía que conservasen el sello de la carta. En el reverso de aquel sello, una vez despegado, se leía lo siguiente: «Me han cortado la lengua». Sin embargo, se sabía que el correo de los prisioneros circulaba sin franquicia y, por tanto, no llevaba sello... No importa, en la vida cotidiana no interesa practicar el examen crítico que permite distinguir la verdad de la mentira. No interesa porque tampoco repugna imaginar que, incluso lo más horrible, sea verdad. Tanto los rumores «rosas» como los rumores «negros» pertenecen al mismo mundo de fantasmas donde se toman los deseos y los temores como realidades.

Finalmente, si en materia de opinión se puede decir que mis prejuicios manifiestan mi pasividad y mi resistencia al cambio, los rumores de que me hago eco representan, ante todo y sobre todo, una elección y una participación. ¿Acaso no me hago cómplice del chisme que propago? ¿No se puede generalizar y decir con certeza que hay una parte de la vida cotidiana que soporto y, a la vez, otra que recibo con satisfacción? Así llegamos a ser cómplices embobados de los mismos excesos y absurdos que denunciamos en nuestros momentos de lucidez.

El comportamiento diario

Los psicólogos describen intencionadamente el comportamiento personal como un conjunto de reacciones ante las necesidades y las situaciones. Lo que más llama la atención en el comportamiento diario es, sobre todo, la vulgaridad de las necesidades, junto a la especificación de las situaciones que inducen a la acción. Mi «estilo de vida» se define menos por las necesidades que satisfago (alimento, erotismo, comunicación con los demás) que por mis respuestas a las señales precisas según unos modelos determinados que constituyen otros tantos hitos en el laberinto social. Vivir cotidianamente es saber leer estas señales y seguir estos modelos. Así sucede en la conversación. Al azar de los encuentros y acontecimientos, voy intercambiando ideas con los vecinos, colegas e incluso con los desconocidos. Pero el tema y el estilo de estos cambios de impresiones dependen de todo un conjunto de señales seguidas casi instintivamente: grado de intimidad y comunidad en puntos de interés en el caso de mis «relaciones», circunstancias locales, estado social y aspecto general en el caso de un compañero todavía desconocido. Conversar es siempre dar forma a la expresión de una necesidad espontánea de comunicación según un sistema de costumbres y de conveniencias.

Si, de vuelta a casa, cambio mis ropas de trabajo por las de hogar, mi respuesta al cambio de situación es la respuesta a una señal: lo que es, o no es, lícito en un momento u otro. Si me extravío en esa multitud de señales, me expongo a múltiples riesgos que van desde el simple ridículo a una inadaptación más o menos grave.

El hombre corriente ha aprendido a leer en el libro de los signos sociales. Signos específicos, pero también rítmicos: estilo y ritmo de vida están estrechamente unidos. Es, pues, necesario conjugar la realidad de los ritmos con los signos para encontrar la clave de los comportamientos cotidianos. Pero teniendo en cuenta que lo cotidiano envuelve dos clases de ritmo: uno de ellos marcado sobre la «vida de las horas» y el otro refiriéndose a un tiempo social más amplio. Mi mujer se prepara para «salir» poniéndose su vestido de noche. Pero su vestido está confeccionado «a la moda»; obedece «esta noche» al ritmo de la «temporada». La moda y los apasionamientos colectivos son el mejor empleo de la intervención del tiempo social en la vida de las horas. De esto hablaremos brevemente después de hacer algunas consideraciones sobre la multitud de los signos cotidianos y sobre la significación de la conversación.

La conversación

La conversación constituye el medio más corriente y espontáneo de nuestras relaciones verbales con los demás, ya se desarrolle entre dos o entre varios individuos. A primera vista parece, a la vez, tan vulgar y caprichosa, que llegaría a desalentar el análisis psicosocial. Pero, si se la mira con más atención, se descubre en ella precisamente el juego de todos los elementos examinados a lo largo de la primera parte de esta cuestión; por un lado, el sentimiento de familiaridad y cierto ritual y, por otro, motivaciones de la curiosidad y la busca de novedades y satisfacciones imaginarias.

El carácter familiar de la conversación es, sin duda, lo más evidente. Por esto, dos personas completamente extrañas encuentran dificultad en entablar una comunicación agradable, aun cuando hablen la misma lengua. En la raíz de toda conversación existe una comunidad, al menos provisional, de intereses, de gustos, de inquietudes e incluso de estilo; de lo contrario un sentimiento de disparidad o incomodidad inhibe o esteriliza el intercambio. Desde este punto de vista, sabemos que, sólo accidentalmente o de modo imperfecto, se establece dicha comunicación entre personas de clase o estado muy diferentes, sobre todo porque las estructuras sociales condicionan las ocasiones de encuentro, pero también porque el desarrollo de la conversación supone afinidad y connivencia. Sin embargo, la conversación no es exclusivamente el encuentro de espontaneidades; se inspira en varios modelos sociales, más o menos explícitos. Durante el siglo XVIII — época de los «salones» — constituye un verdadero arte con sus grandes maestros, sus censores y sus musas; arte del lenguaje y de las buenas maneras para uso de los aristócratas y de los intelectuales, pero que se extiende a toda la sociedad. Entre los modelos más sobresalientes unos se refieren a la «forma»: reglas de discreción, de cortesía o de delicadeza en caso de desacuerdo. Incluso se podría censurar la frecuencia de expresiones rituales al comienzo y al final del encuentro. Otros modelos atendían más al «contenido»: es decir, a aquello de lo cual era inoportuno, admisible o recomendable hablar. Estos «tabús», estas «rutinas», estos «leitmotiv», referidos a los temas de conversación varían con las épocas, los ambientes y también según cada situación

Se puede (o se debe) hablar de «mujeres» o «automóviles» en un contexto determinado de conversación y no en otro.

Pero la conversación podría muchas veces considerarse como simple frivolidad si no permitiese satisfacciones de otro orden. En este aspecto podemos considerar varios casos. Uno de ellos aquel en que los compañeros intercambian sus confidencias recíprocamente. Otro caso es cuando se trata de una complementariedad más compleja, en la que uno se expansiona y se descubre, mientras otro satisface una curiosidad más o menos inquisitiva. Finalmente, sucede a menudo que sean unos terceros quienes sirvan de alimento a esta curiosidad: el gobierno, las relaciones, las desgracias ajenas, se convierten entonces en el objeto de unos análisis más o menos brutales y de unas apreciaciones más o menos severas. El gusto por el drama y el escándalo vuelve a evidenciarse a través de todas las habladurías. Encontramos así de nuevo, en el hecho de la conversación, esa búsqueda de satisfacciones sustitutivas puesta de relieve a propósito de cualquier acontecimiento: a través de las aventuras de aquel con quien se habla o de un tercero, puede uno de los interlocutores, o ambos, identificarse con las personas de quienes se trate en la conversación, procurándose el gusto de una cierta clase de emociones ausentes o reprimidas en la propia vida.

Hemos de notar, sin embargo, que la conversación solamente conserva su carácter de distracción y esparcimiento en la medida en que los interlocutores, manteniendo el tono de jovialidad, no se liguen demasiado seriamente al tema. En el caso contrario la conversación se saldría del plano de lo normal y cotidiano para alcanzar estados de tensión o de comunión, de una intensidad trascendente.

El universo de los signos cotidianos

Hemos hablado del «laberinto social». Conocida es la historia de la rata de Watson, situada a la entrada de una caja-laberinto. Tiene hambre. La comida está en el otro extremo. Es necesario salir de allí y al fin lo consigue, después de muchos intentos y equivocaciones. Al cabo de muchas repeticiones, termina por «dominar» el laberinto: las vueltas a la izquierda y a la derecha se convierten en «señales» tanto si se trata de un callejón sin salida como de una calle abierta. El laberinto social se llega a dominar del mismo modo: con intentos y errores, recompensas y castigos. Vivir es encontrarse y reconocerse diariamente en las calles (laberinto literal), pero también es reconocer las señales que nos indican si obramos conforme a nuestra condición, con el comportamiento que se espera de nosotros. Para determinado subalterno la mímica de tal jefe debe ser interpretada. Es necesario que se sepa insistir en esto convenientemente. Si bromea, debe reír, pero no demasiado ni muy poco. Saber reír o sonreír cuando es oportuno es un completo arte. Frecuentemente, es la toma de consciencia de tal proceso lo que nos orienta eficazmente en nuestras relaciones con los demás. Pero conviene profundizar en esto: más allá de las señales y de los hitos se encuentran los «signos» y los «símbolos».



Un hecho nuevo en la vida cotidiana actual es la manifestación a la masa por los medios de comunicación. La televisión, hermana menor de esas formas de información, es — como la lengua de Esopo — la mejor y la peor de las cosas a la vez: instruye y distrae, pero influye sobre las opiniones con más fuerza que todas las demás formas. Es la lucha deportiva lo que miran, pero también perciben la publicidad.

Así, la forma de vestir de mi interlocutor. Lo mismo que su mímica, es la «señal» que me permite conocer su estado social, su posición jerárquica frente a mí: ante estas señales, yo reacciono rápidamente. Pero puedo considerar, además, la jerarquía social como el «signo» de una dimensión más general del hombre, pasando así a reflexiones de orden filosófico sobre lo que significa la dependencia como manifestación de la naturaleza humana. En cuanto a los «símbolos», participan igualmente de un todo que se sitúa más allá de lo cotidiano. Si el cielo estrellado puede aparecer como el símbolo de la infinidad divina, es sólo ante la mirada de un alma contemplativa que, por otra parte, no es más que un alma corriente. Los símbolos, siempre oscuros, expresan, un análisis, una fe, un compromiso, es decir: una religión.

Esto no quiere decir que las señales y símbolos no se incluyan de alguna manera en el oscuro vivir diario, pero, en este caso, deben concretarse en signos. Así, algunos signos toman un sentido superior que los rebasan. Para el creyente el ángelus es algo más que una señal diaria para la oración: lo transporta a un más allá — del que esa oración es símbolo — cuya percepción escapa al no creyente. Añadiremos que las señales-hitos son rítmicos, mientras que los signos y los símbolos tienen algo de intemporal. El laberinto social no está solamente situado en el espacio, sino también en el tiempo. Volvemos a la vida de las horas — comida, reposo, sueño — que nos condiciona y cuyas señales toman frecuentemente una importancia desmedida con relación a su verdadera función.

Modas y caprichos

La preocupación por «ir a la moda» es, sin duda, más o menos absorbente según los individuos. Pero ninguno escapa a la exigencia de seguir sus más importantes directrices. ¿Cómo iba yo a consentir que mi sastre me corte un traje que no tenga las solapas como se llevan este año? Sobre la base constituida por el modo de vestir, que es parte integrante de una cultura, existen variaciones según las situaciones, grandes ritmos, que introducen a tiempo un elemento nuevo en la diaria uniformidad. No se puede analizar el «fenómeno moda» sin apreciar en el mismo una serie de ambigüedades. Por descontado que la moda es algo «variable», puesto que el cambio está en su propia naturaleza. Pero, en cierto sentido, es también invariable, ya que nada se escapa a la moda: siempre hay modas. Ir a la moda este año es exponerse a no hacerlo así el año próximo, si no se la «sigue» atentamente. De este modo, la vida social nos exige, día a día, ser, a la vez, la misma y distinta persona. Así se satisface ese deseo de aventura que, como hemos visto, caracteriza al hombre cotidiano. Este asunto lleva consigo otras ambigüedades. Los psicólogos, que están interesados en ello, han hecho notar la ambivalencia de la preocupación por la moda, que posee a la vez visos de conformismo y desviacionismo. Una encuesta, que preguntaba a las mujeres por qué seguían la moda, ha demostrado que los motivos más frecuentes alegados por ellas son: «no diferenciarse de los demás» y «no singularizarse». «No quiero estar pasada de moda, temo ser ridícula». «Yo me privaría con gusto de muchas cosas con tal de ir a la moda».

No obstante, este conformismo se inspira, más o menos, en un grupo de referencia, también más o menos restringido: allegados, compañeros y relaciones mundanas. Cada medio social tiene sus modas, o más bien: interpreta la moda a su manera. Ser «como los demás» en un ambiente significa, con frecuencia y en otro aspecto, «ser diferente a los demás»; ser ajeno a ese ambiente. La moda se presenta como ocasión de una conducta distinta, no solamente a los «vanguardistas», sino a todos los que se toman el trabajo de adaptar la moda a su personalidad. La significación profunda de la inquietud por la moda parece residir, como ya se ha dicho, en el hecho de ser «una aventura sin riesgo», de satisfacer, a la vez, el deseo de uniformidad y el de originalidad. Así la moda contribuye a nuestro equilibrio satisfaciendo por igual el deseo de cambio en la repetición y el deseo de individualización en la conformidad.

Sin embargo, el ritmo de la moda es lento, demasiado lento, para nuestra imaginación y nuestros entusiasmos. En el límite extremo de los fenómenos que, sin sobresalir de los acontecimientos, animan y dan color a la trivialidad de los días, se encuentran los caprichos colectivos. Este es el caso, por ejemplo, de la súbita fama del yo-yó o del hula-hoop que bien pueden calificarse de «chifladuras». En cuanto a los fenómenos de admiración apasionada que suscita tal o cual estrella los podemos considerar casos de delirio colectivo que evoca muy bien el mismo término de «ídolos» que se les aplica. Chifladura o delirio, lo propio de los caprichos es el ser fulminantes, explosivos frecuentemente, y siempre rápidamente extendidos. No institucionalizado — a la inversa de la moda — el capricho, la mayoría de las veces, es imprevisible y nace de unas circunstancias oscuras. Es probable que esas locuras colectivas expresen, a su manera, nuestras reacciones ante algunos acontecimientos dramáticos. Existen caprichos propios de tiempo de guerra y caprichos propios de tiempo de paz. Pueden servir de válvula a la obsesión o a la ansiedad y constituir en realidad una reacción de huida. Por ejemplo, el yo-yó frente a las inquietudes provocadas, en 1935, por la Alemania hitleriana y el hula-hoop en la época en que se plantearon los problemas argelinos. Están igualmente en armonía con los grandes intereses de la cultura; así, el capricho de los preadolescentes por las pistolas de material plástico está ligado a los modelos de agresividad que forman parte integrante de la civilización. En fin, lo cierto es que las sociedades en estado de evolución rápida son las más sujetas a esos caprichos. No hay duda que constituyen un signo de vitalidad.

Lo cotidiano expresa, en definitiva, la ambigüedad del ser humano a la vista de su propia historia y de su propio desenvolvimiento en el tiempo. El tiempo es, en efecto, porvenir y no repetición, cambio y no rito. Vivir en el universo únicamente para «lo mismo» sería contradictorio con una de las exigencias más fundamentales de nuestro destino. Esta exigencia es la de vivir siempre, a cada instante, una historia «abierta». Pero esta «abertura» nos espanta; nuestro propio «porvenir diferente» nos angustia. La repetición de los gestos cotidianos, la sumisión renovada a los patrones hechos, nos ofrece un orden protector que nos asegura, que refrena nuestra ansiedad cara al tiempo. Así, pueden sobrellevarse las grandes emociones que ponen en peligro nuestro universo personal: el rito las hace pasar del dominio de «lo familiar». Los acontecimientos se transforman en hábito. Si la fidelidad cotidiana no constituyera una malla protectora que exorcisa el riesgo, ¿cómo podría explicarse que atribuyéramos tanta importancia a unos gestos y a unos ritos que no son más que unos medios?

Pero esta represión de la ansiedad primitiva ante la incógnita de la historia venidera hace afluir otra ansiedad que marca igualmente a lo cotidiano. La malla de seguridad a que nos referíamos antes nos hace prisioneros a la vez que nos protege. Al rechazar ese «porvenir diferente» caemos en el peligro de no llegar más allá, porque sofocamos el dinamismo de nuestra naturaleza. Existen ciertamente, ya lo hemos visto, unas evasiones por delegación, pero no son suficientes para enmascarar de continuo ese sentimiento de falta de plenitud que nos asalta en cuanto la nostalgia de una vida más auténtica se nos impone: ¿qué será de mí si me niego al cambio y al riesgo? Si es verdad que en la misma vida de cada día aflora a la conciencia eso que hemos llamado el sentimiento de «lo absurdo»: si es verdad que esta negación cotidiana del tiempo es posible sin alguna esperanza de otra cosa, ello significa que el hombre cotidiano aguarda sin cesar la posibilidad de una superación de su servidumbre y una reconquista de su historia.

TERCERA PARTE

psicología de los marginales



ESTÁ prohibido abandonar a los recién nacidos en el cubo de la basura, ofender al Jefe del Estado, eludir el pago de impuestos. Matar al padre y a la madre, tener relaciones sexuales con animales y, en ciertas condiciones, atormentar a un ser humano, son actos considerados «contra natura». La mendicidad no está prohibida de un modo explícito, pero al inválido al que concedemos una «limosna», el viejo al que las organizaciones de «beneficiencia» visitan a domicilio, el vagabundo cuya actitud y discursos nos divierten o nos inquietan, los miramos, sin más, como a seres «diferentes». Por diversos conceptos, sin duda, pero diferentes; como lo son también el ciego, el beodo, el vagabundo, el débil mental profundo, o, la palabra lo indica bien, el «extranjero». No está prohibido, naturalmente, tener 16 años u 80, ni haber nacido fuera de las fronteras mientras vuestra documentación esté en regla. Pero el viejo, el adolescente o el inmigrado no tienen acceso a todas las formas de vida social. En cierta gran ciudad helvética, los pequeños anuncios de alquileres advierten: «abstenerse estudiantes y españoles». Hace siete u ocho años este ostracismo se refería a los italianos...

Los ideales y los prejuicios cambian según el tiempo y el lugar. Lo que permanece es esta necesidad manifiesta en toda colectividad de delimitar bien sus fronteras y, en consecuencia, de situar a los que no se atreve o no puede rechazar totalmente, en el margen del gran libro de registro de la conformidad. El asilo y la cárcel, el hogar y el hospicio, el decreto y la asistencia, plasman en el ámbito mundial las actitudes sinónimas u opuestas, ambiguas casi siempre, de la conciencia de clase, reclamando y asegurando su dominio del momento.

Se podría intentar analizar la forma más general de estas estructuras y de estas promesas: siempre se es, no cabe duda, marginal respecto a alguien. Aquí se han tenido en cuenta algunas de las grandes categorías en uso y sin pretender describir todos los aspectos de estas personalidades marginales, los autores se han dedicado a desenmarañar no el hecho ni el derecho, sino lo que podríamos llamar la parte orgánica y la reactiva. Son formas de estas dialécticas confusas entre el hombre y su ambiente: el ciego, diría Sartre, acaba jugando a ser ciego; el adolescente, cuanto más se esfuerza en ser sí mismo no sospecha que está representando un papel; el loco quizá no tenga más locura que la que la sociedad le impone o le reconoce.

LEOPOLD ROSENMAYR

la juventud

Un estudio de la juventud — este grupo «problemático», como le bautiza acertadamente Léopold Rosenmayr — debe tener un lugar en un libro consagrado a las relaciones con los demás. Se le hubiese podido incluir en la primera parte, entre las metamorfosis de la personalidad; pero con justicia se puede también tratar al adolescente como a un marginal, excluido a la vez del mundo de los adultos y del de los niños. Y en verdad, muchos rasgos atribuidos clásicamente a la «crisis de adolescencia» se explican con más frecuencia por esta situación marginal que por un determinismo hormonal; también en Samoa se es púber, pero la adolescencia no tiene allí el mismo rostro que en París. Sin embargo, el problema de la juventud, y principalmente en nuestra sociedad occidental moderna, rebasa con mucho al de la adolescencia y de su marginalidad. Situada en el límite entre el mundo de la escuela y el del trabajo, constituye en sí misma una clase y podría aún decirse, para hablar con más propiedad, una masa sociológica moderna.

Una sociología de la juventud hoy en día tiene por tarea mostrar por qué este estadio de la evolución de la vida humana da origen a conflictos y por qué medios estos conflictos pueden en parte evitarse, en parte hacerse fecundos. Los conflictos del joven con la sociedad que le rodea provocan en él tensiones psíquicas y pesan sobre todas las personas y los grupos que se relacionan con él. El estudio sociológico de la juventud tiene por objeto los problemas que se plantean a los jóvenes y que son característicos de la sociedad industrial; por eso analizaremos aquí una parte de las condiciones sociales que presiden las actitudes adoptadas por los jóvenes y, por otra parte, las relaciones sociales tal como se presentan en estas edades en el momento presente.

Actitud crítica de la sociedad moderna respecto a la juventud

La palabra «juventud» es rica en implicaciones sentimentales, seguramente porque cada uno guarda de ella recuerdos diferentes tanto en intensidad como en carácter, según su experiencia individual. Al comparar su propia juventud con el comportamiento y la actitud de los jóvenes que el observador conoce o encuentra casualmente, acaba formulando juicios no exentos de carga emotiva. Además, nos damos cuenta también de que el descontento que se manifiesta respecto a nuestra época y las críticas en contra de la cultura y de la sociedad se dirigen con preferencia al grupo que forman los jóvenes y que, por el hecho mismo de la falta de equilibrio en su comportamiento, es el blanco preferido de las críticas.

Estas reacciones emocionales son comprensibles si se piensa que la juventud constituye dentro de la sociedad un grupo que en el futuro adquirirá influencia y poder y que dictará la ley en el mundo. Las formas de vida, los valores y las normas que se realizarán en el futuro dependen de estos hombres que hoy son aún jóvenes. Toda mirada hacia el futuro es una ojeada hacia un período que los adultos no podrán influir directamente, pero que será moldeado por aquellos cuya formación y educación les son confiadas.

A partir de este hecho se constituye un campo de incertidumbre lleno en parte de esperanza y en parte de temores. Esta incertidumbre crece por la circunstancia de que el estilo de vida está sujeto a una rápida evolución y de que no se conocen los problemas que aportará el futuro y que la juventud actual deberá resolver por la acción: con frecuencia sólo se presienten las dificultades.

Con mayor aprensión aún se piensa en el destino de la generación futura cuando se ve a los jóvenes hacer alarde de indiferencia respecto a las preocupaciones y a la herencia socio-cultural que constituye el sostén y el contenido de la vida de los adultos y que no parecen interesarse por las ideas enfocadas hacia el porvenir. Se puede responder a esto que la renovación intelectual no es necesariamente asumida por hombres jóvenes y que en ningún caso puede ser la tarea de una amplia capa social — la de la juventud —, sino que depende sobre todo de grupos de intelectuales adultos.

Esta preocupación por el porvenir se nutre igualmente de ciertas ideas que se refieren a una evolución ineludible de la sociedad moderna. Nuestra sociedad, no cabe duda, se ha vuelto en muchos aspectos más tolerante, pero por otra parte

en muchos otros se ha vuelto más sensible. Una sociedad del bienestar y de la prosperidad reacciona con intensidad particular al comportamiento crítico propio de la pubertad. Se ha visto que en países muy desarrollados varios problemas sanitarios y económicos pueden ser bien controlados, pero que la ruptura entre el período de la infancia y el de la madurez escapa siempre a un control total. Además, nuestra sociedad, que en amplios dominios de su conducta se ve obligada a ceñirse a las leyes, a la administración y a los sistemas y medios modernos de comunicación de masa, muestra mayor interés por las conductas desviadas que aquellas otras sociedades que no se hallan sometidas a esta clase de obligaciones.

En presencia de todas estas preocupaciones suscitadas por los problemas de la adolescencia debemos procurar diferenciar bien entre los conceptos de juventud y de juvenil y la realidad de la existencia de los grupos de edad juvenil y de sus representaciones de los valores. Debemos también evitar explicar el comportamiento de la juventud por ideas que provengan de nuestras propias emociones y comprobar y confrontar primero estas ideas por medio de datos empíricos adecuados.

Edad juvenil, juventud y pubertad

La documentación científica no puede establecerse más que cuando el objeto de estudio está bien definido. A este fin es útil determinar bien en qué grupo de edad pensamos cuando empleamos el término «juventud». A *grosso modo* debemos distinguir entre los adolescentes y los «jóvenes» o «adultos jóvenes». Desde el punto de vista sociológico parece importante establecer subdivisiones, aun cuando éstas pueden hacerse según criterios diversos. El período de la adolescencia, con todos los cambios físicos y psíquicos que comporta, se acaba prácticamente a los 18 años e incluso mucho antes en ciertos grupos sociales y étnicos y en ciertas regiones geográficas.

En general, el individuo necesita un cierto tiempo para adaptarse totalmente a los cambios psicológicos debidos a los comportamientos nuevos que acompañan a la adolescencia. Por eso llamaremos adolescencia al período que comprende desde los 14 a los 18 años. Los 18 años juegan en la legislación de muchos países un papel muy importante, marcan un límite que es resultado y también causa de ciertas prerrogativas sociales. Se pueden apreciar, en el interior del grupo de los 14 a los 18 años, grandes diferencias en el grado y en las manifestaciones externas de maduración biológica; estas diferencias son mucho menos evidentes en el grupo de 18 a 24 años. Pero si se tiene en cuenta que en los Estados Unidos de cada cuatro chicas de 18 años una está ya casada y que en este país la edad promedio del primer matrimonio es los 20 años para las chicas y 23 para los chicos, esto nos muestra claramente cuán heterogénea es, desde el punto de vista sociológico, la población comprendida entre 18 y 24 años.

Entendemos por pubertad los cambios físicos y psíquicos que se producen durante la fase de crecimiento corporal y de particular maduración genital en el transcurso del segundo decenio de la existencia. En sentido sociológico la pubertad indica la reacción del individuo frente a la nueva situación provocada por estos cambios, reacción que a su vez está determinada esencialmente por el medio social y las relaciones sociales.

Medio siglo de evolución sociológica

El inicio de la pubertad fisiológica y biológica, fenómeno complejo en sí, se ha vuelto notablemente más precoz durante los 75 años últimos; además, han crecido las diferencias entre ciertas variables mensurables de la pubertad: la madurez biológica es menos homogénea en el seno de una población que se ha vuelto relativamente homogénea con respecto a lo que era hace 50 años. Los contactos con el sexo opuesto (que los americanos designan con el término *dating*) empiezan más pronto; también ha aumentado la frecuencia de las relaciones sexuales prenupciales. Ha decrecido rápidamente la tasa de mortalidad de los jóvenes entre 15 y 19 años. El número de matrimonios contraídos en nuestra sociedad industrial es más elevado que hace 50 años. Ha disminuido la proporción de nacimientos fuera del matrimonio. Los enlaces efectuados en el curso de la preñez de la mujer son más frecuentes. Las estadísticas oficiales muestran que la edad del primer matrimonio ha descendido considerablemente en estos últimos tiempos.

Los cambios en materia de educación varían fuertemente de un país a otro, de una región a otra. Es evidente que donde se ha instaurado un sistema escolar regular existe la tendencia a prolongar los años de escolaridad y en los lugares en que falta aún tal sistema existe una tendencia a establecerlo. En especial se han producido cambios importantes en cuanto a la educación femenina. En diversos países de Europa la proporción de alumnas femeninas en las escuelas secundarias se ha multiplicado en relación a la población total de muchachas. Desde 1900 la legislación que se refiere a la juventud de ambos sexos se ha ampliado; las medidas de seguridad social, la actividad de los sindicatos, etcétera, han aumentado. Estos ejemplos son suficientes para mostrar que existen ciertas tendencias generales que deben ser tomadas en consideración si queremos abordar con éxito los problemas característicos que afectan a la sociología de los jóvenes.

La importancia de la familia

A pesar de ciertos conceptos ideológicos más antiguos que preveían la disolución de la familia en la sociedad industrial, se ha podido probar empíricamente que la familia subsiste en cuanto a institución social y que ejerce una influencia importante sobre la evolución de los niños y de los



Son las diversiones — el cine, el baile, las correrías en moto o en coche — y no los ideales culturales o políticos lo que constituye, en general, el marco de la comunicación más importante entre los jóvenes.

jóvenes. Los efectos de esta influencia son diferentes sin duda según la clase social, el medio ciudadano o campesino y ciertas variables políticas, religiosas o culturales, que desempeñan un papel en relación con la familia, modificando el cuadro de su acción y su manera de actuar. En general, nos encontramos en todo el mundo actual la confirmación del hecho de que en el interior de una cierta sociedad los lazos familiares y el control ejercido sobre la juventud son más fuertes en las regiones agrícolas. La familia y las comunidades pequeñas se sostienen recíprocamente. A veces una generalización demasiado sistemática ha establecido un nexo entre la gran ciudad, la aglomeración industrial extensa y la disolución de la familia. Es exacto que las grandes ciudades someten a fuertes tensiones a los que llegan a ellas por primera vez; en tales familias es seguro que la vida ciudadana ejerce una acción disolvente, sobre todo en América del Sur y en Africa.

Las funciones de la familia varían mucho según el estado social. Un estudio de la juventud austriaca ha mostrado que las familias de obreros (en las cuales los padres son obreros, sean o no especializados) ejercen también ciertas funciones fundamentales hacia los jóvenes: la familia les ofrece una seguridad emocional tanto como un sostén económico (aun cuando aproximadamente la mitad de los aprendices que fueron interrogados y que cobraban ya un sueldo contribuyen regularmente, en cierta medida, a los gastos de la familia); los padres ejercen un control, castigan, dan consejos y discuten con sus hijos una serie de problemas entre los cuales el trabajo y la profesión futura constituyen con frecuencia un motivo diario de conversación. Pero dos de las funciones posibles de la familia en general no son asumidas por las familias obreras: téngase en cuenta que no incluye una influencia educativa coherente en cuanto a cuestiones religiosas y políticas y a estímulo cultural; raramente se encuentran en las familias obreras aspiraciones educativas elevadas *(elevated care)* que impliquen por parte de los padres un aliento sistemático y una orientación de los jóvenes según un plan de educación a largo plazo. En segundo lugar, los padres ejercen poca o ninguna influencia sobre el modo en que sus hijos utilizan los ocios.

En la clase media estas dos funciones están, a grandes rasgos, mejor asumidas. Estas diferencias en las aspiraciones educativas no encuentran en los factores económicos más que una explicación parcial.

Nos hemos dado cuenta también que en las familias de obreros los grupos informales de camaradas del mismo sexo o de sexo contrario preferían compartir los ocios entre ellos más que con los padres y también que la emancipación con respecto a éstos hacía rápidos progresos entre los jóvenes de 15 a 17 años.

A pesar de esta actitud, los jóvenes consideran a sus padres como sus más próximas relaciones afectivas: se manifiesta en más de media docena de preguntas que se hicieron sobre «lazos profundos» en el transcurso de la encuesta. Los jóvenes sienten que sus padres «son los seres más próximo a ellos entre todos los demás seres humano», que muestran para ellos «una gran comprensión»; tienen «confianza» y piensan que pueden «descansar» en ellos si les hace falta y «ser aconsejados cuando han hecho tonterías». Uno se apercibe con frecuencia, contrariamente a lo que resulta en generalizaciones apresuradas sobre la «emancipación de la juventud respecto a los padres», que subsisten lazos fuertes en lo profundo.

En el interior de la familia parece que la madre sea, para los jóvenes, la persona más importante. Los datos recogidos en todo el mundo confirman esta actitud, que se muestra aún más válida en las capas sociales inferiores que en las superiores.

Un fenómeno que hasta ahora no ha despertado la atención que su importancia merece, parece ser la ausencia de una actitud general de protesta hacia los padres. Esta «ausencia de rebeldía directa» se ha comprobado incluso en los casos en que los jóvenes critican abiertamente varios aspectos particulares de sus condiciones de vida y de la manera de vivir de sus padres, tal como por ejemplo ocurrió con unos obreros jóvenes de familias campesinas. Esto podrá sorprender quizás a ciertos europeos que han vivido la época de los grandes movimientos de juventud durante el primer tercio del siglo XX o que se han ocupado en el estudio de este problema.

Relaciones de los jóvenes entre ellos e importancia del pequeño grupo

Para afianzar la identidad de su yo y su sentimiento de independencia, el joven debe hacer la experiencia de un nuevo papel social que descansa ampliamente sobre el hecho de sentirse aceptado y reconocido por personas extrañas a su familia. El deseo de crearse amigos y de ligar relaciones por fuera del círculo parental sólo en una medida restringida lleva a los jóvenes a formar parte de organizaciones educativas. Las diversiones, y en particular el cine, constituyen el marco para los grupos informales de jóvenes. La reunión de jóvenes de una misma edad tiene como fin primordial «la diversión y la excitación». Los ideales, los valores y los fines más elevados — educativos y culturales — no juegan ningún papel en este campo ni para el mejor de los obreros.

Examinemos ahora un fenómeno específico de las relaciones entre jóvenes o jóvenes adultos de sexo opuesto: el *going steady*. Es una forma de relaciones sociales y eróticas que se podría definir como «esponsales para un tiempo límite». Así como los esponsales eran en un principio una firme promesa de matrimonio, una relación declarada y reconocida, admitida por los padres y que comportaba ciertas relaciones eróticas limitadas, el *going steady* es a la vez más y menos que esto: más que esto en la medida en que esta relación no excluye las relaciones sexuales y menos en la medida en que no incluye una declaración abierta que implique la intención firme de contraer matrimonio. Claro está que el contenido del *going steady* varía mucho según los puntos de vista estéticos, culturales y morales de la pareja; pero la regularidad y duración de esta unión, la libertad de poder cambiar de pareja a largo plazo, son las características de estas relaciones entre jóvenes de una misma edad en nuestra sociedad. El sociólogo americano Ira L. Reiss ha aportado la motivación que explica por qué el *going steady* se ha convertido en una especie de institución social: «Nuestra sociedad — dice — considera con más benevolencia un comportamiento sexual si está asociado a un afecto duradero como ocurre en el caso del *going steady*.»

Consideremos aquí un hecho característico: los jóvenes que tienen una relación firme con chicas *(going steady)* forman generalmente parte de un grupo informal de jóvenes y son más sociables que los otros. Las dos clases de relaciones sociales del adolescente — con otros jóvenes del mismo sexo o con chicas — no se excluyen, actúan acumulativamente.

Las encuestas han mostrado que los jóvenes que mantienen con una muchacha una relación estable pero oficiosa (que los sociólogos americanos han bautizado con el nombre de going steady*) forman parte con mayor frecuencia de un grupo informal de jóvenes y son más sociables que los otros. Las dos clases de relaciones sociales del adolescente, con camaradas del mismo sexo y con chicas, no se excluyen, sino que actúan acumulativamente.*





Esto parece válido aún en mayor medida para los jóvenes de las grandes ciudades que para los del campo. Las diferencias atañen también a otros aspectos del comportamiento de estos jóvenes durante el ocio, los cuales dependen esencialmente de si tienen o no mantienen relaciones de este tipo con muchachas.

Las encuestas sociológicas y la experiencia pedagógica conducen al mismo diagnóstico crítico: los jóvenes de hoy se interesan poco por las organizaciones de juventud, por lo menos en los países europeos occidentales.

En un principio los movimientos europeos de juventud estaban siempre orientados hacia una ideología extraída de las enseñanzas de los partidos de oposición de extrema derecha y de extrema izquierda o de los que se ocupaban de las reformas religiosas. La oposición de los jóvenes frente a la generación de los padres tenía entonces un papel importante. Cuando esta actitud empezó a perder intensidad y simultáneamente aparecieron ciertas tendencias a apartarse de las ideologías (piénsese en la influencia decreciente en la Europa occidental de las ideas políticas abstractas y de los «principios» en los vastos dominios de la política actual a partir del fin de la segunda guerra mundial), varios movimientos de juventud perdieron sin duda gran parte de su poder de atracción.

Hoy se constata desde diversos puntos de vista — y las encuestas lo confirman — que el pequeño grupo exterior a la organización de juventud, sea bajo la forma de club o de gang (y sin que la delincuencia esté en él necesariamente implicada), gana en prestigio entre los jóvenes. Esto parece responder a una necesidad general de nuestra sociedad moderna: el individuo se siente frustrado por las grandes instituciones y organizaciones que lo manejan a su antojo sin darle una posibilidad que le permita reaccionar o protestar personalmente; busca, pues, una compensación en el seno de los subgrupos sociales y semiprivados que generalmente son cerrados.

Actualmente cuando se organizan grupos de jóvenes debe tenerse en cuenta la posición clave del pequeño grupo incluso en el interior de las organizaciones mismas.

En algunos países de Africa, por ejemplo, se ha descubierto que el espíritu de oposición y de reacción hacia la administración y la política coloniales da como resultado la aspiración política a la independencia y a la autodeterminación, que favorecen la formación de movimientos de juventud. En estos países, los movimientos de juventud y sus dirigentes pueden, por esta causa, desempeñar numerosas funciones. Pueden proporcionar enseñanzas en los sitios en que las escuelas aún no existen; hacer vacilar una acción comunal y social en los territorios en que el órgano administrativo responsable no esté completamente afianzado; promover procesos de maduración política y activarlos antes de que puedan intervenir las leyes y la experiencia de los métodos democráticos modernos una vez se hayan podido desarrollar plenamente.

Todas estas tareas podrían ser llevadas a cabo por las organizaciones de juventud y sus dirigentes dentro de las sociedades de los países africanos y asiáticos que cada vez más desempeña un papel en el escenario internacional.

Las dos pubertades

Las condiciones socioeconómicas en las que se desenvuelve la juventud en el mundo actual comprenden desde las formas extremas de la pobreza *(environmental system of poverty)*, como las que describe Oscar Lewis, hasta la sociedad de la abundancia *(society of affluence)*. La liberación de las fuerzas del hombre y su puesta en juego para una evolución ascendente de la educación abortan al primer intento por la necesidad, que acapara toda la existencia, de satisfacer necesidades inmediatas.

Pero la juventud, no sólo en los países de Africa, de América del Sur y de Asia, se encuentra sometida a tales condiciones. Ciertos aspectos de esta *fatal immediacy* subsisten igualmente en las sociedades industriales muy desarrolladas desde el punto de vista económico y provistas de un sistema escolar bien organizado. Recientes encuestas sociológicas han dejado sentado que en las familias pertenecientes a estratos sociales inferiores, e incluso en las que no sufren ni penuria financiera duradera ni crisis de alojamiento, existe una tendencia a no satisfacer más que las necesidades consideradas primordiales, y en otros casos una tendencia a satisfacer siempre preponderantemente este tipo de necesidades. Con esta tendencia se aparejan una cierta carencia de finalidades pedagógicas a largo plazo, una falta de interés por el desarrollo educativo y profesional de los niños y por todo lo que se halla más o menos vinculado a los valores culturales.

Este «corto circuito», fundado y motivado en razones socioeconómicas que hemos definido como *fatal immediacy*, se opone a la movilidad social y profesional de los jóvenes, en estas regiones en vía de desarrollo, como ocurre en los países económicamente dependientes. Así, pues, el bienestar en sí mismo no es ninguna garantía de progreso en la evolución cultural; los motivos capaces de provocar tal aspiración deben imponerse en una escala más amplia y en el plano moral.

Puesto que el nivel cultural y educativo de sus padres es poco elevado, los muchachos obreros están menos inclinados que los alumnos de las escuelas secundarias a proponerse fines cuya consecución se halla jalonada de múltiples dificultades y que exige un lapso de tiempo largo. Lo que más les interesa es saber si su futuro oficio les «aportará alguna cosa» y desean alcanzar esta meta lo más rápidamente posible, mientras los otros se preparan en vistas a ejercer una profesión «elevada».

Si se controla experimentalmente el sexo, la edad, la región y otras variables uno se da cuenta que existen entre

los muchachos obreros y los alumnos de las escuelas secundarias importantes diferencias de aptitud en la manera de recibir la cultura. Comparativamente los muchachos obreros leen menos que los alumnos de las escuelas secundarias; sus lecturas y las películas que ven son de un nivel más bajo. Estas diferencias de nivel corresponden a diferencias de evolución. Entre los alumnos de las escuelas secundarias de 14 a 18 años que están influidos por la escuela, una familia más cultivada y por amigos escogidos en función de un nivel de cultura equivalente, se desarrolla un gusto más refinado en literatura, teatro, cine, etc., cuando en contraste no se puede apreciar un proceso de semejante naturaleza en los muchachos obreros.

Partiendo de este hecho, la pubertad se divide teóricamente en dos tipos socioculturales que llamaremos la «pubertad reducida» entre los jóvenes que inician prematuramente una carrera profesional, sin formación general ni particular, y por otra parte la «pubertad prolongada» abierta a la cultura y que no ofrece sólo las bases para la preparación de una actividad profesional cualificada, sino también la ocasión de beneficiarse de los valores culturales.

Hábitos de consumo de la juventud

Los especialistas del consumo y de la venta de varios países industrializados han dejado establecido que existe en nuestros días un mercado especial para los *teenagers:* la gente joven dispone hoy en día de cantidades relativamente elevadas que en gran parte reservan a sus «diversiones».

Para explicar este fenómeno debemos recordar que los jóvenes representan raramente unidades autónomas de consumo antes de casarse. Incluso cuando obtienen por su trabajo una renta neta, casi nunca separan de ella los gastos que se refieran a las necesidades fundamentales de la vida mientras viven en el hogar de sus padres; en general, suelen entregarles una cantidad, sobre todo en cuanto sus ingresos alcanzan una suma apreciable. Sin embargo, disponen de más dinero para sus gastos personales que los alumnos de las escuelas secundarias que dependen mucho más de sus padres. Es desde este punto de vista que debe entenderse la frase de Mark Abrams: «Teenagemarket is predominantly workingclass». Se ha de tener en cuenta que los jóvenes que aún no ejercen un trabajo productivo, es decir, los escolares, reciben por lo general dinero para sus gastos o lo ganan dando alguna clase particular y también ellos poseen un cierto poder de consumo.

Por el hecho de que la mayor parte de jóvenes se encuentren actualmente en una situación de dependencia económica parcial la estructura de su presupuesto difiere en gran manera de la de los adultos.

El alimento, el alquiler, la calefacción, todo lo necesario a la casa, etc., que encabezan el presupuesto de los adultos, son conceptos que aparecen raramente en el de los jóvenes. Así, pues, el poder de adquisición de los jóvenes puede concentrarse casi exclusivamente en objetos que se hallan en relación con sus propios intereses y afinidades: los vestidos y los productos de belleza juegan un papel preponderante en el de las muchachas; las bicicletas, las motos y los equipos deportivos en el de los muchachos. Toda clase de instrumentos musicales, las entradas para el cine y las bebidas sin alcohol son compradas con mayor frecuencia por los jóvenes que por los adultos. Según una apreciación hecha en Inglaterra durante los quince últimos años, casi la mitad de los compradores de discos tendrían menos de 24 años.

Como es natural, los hábitos de consumo varían según la edad y el estado socioeconómico. Se ha visto en una encuesta austriaca pasada a 2.000 jóvenes que aparecen importantes diferencias entre los alumnos de las escuelas secundarias y los muchachos obreros. Estos beben más alcohol y fuman más cigarrillos y la proporción de no fumadores es más pequeña. Entre los obreros vieneses de 15 años encontramos que la mitad bebe cerveza, vino o licores, mientras que solamente una tercera parte de los alumnos de las escuelas secundarias lo hace. Entre los obreros de 17 años tres cuartas partes toman bebidas alcohólicas, sobre todo cerveza, mientras que sólo la mitad de los alumnos de la misma edad lo hacen.

Existen detalles de interés que hemos encontrado en ciertos estudios: por ejemplo, que los muchachos que mantienen una relación «firme» con una chica gastan menos dinero en golosinas y más en cigarrillos.

Clases de ocios

Antes de examinar algunas de las ocupaciones de los jóvenes durante sus ocios, quisiéramos determinar el tiempo de que disponen verdaderamente a lo largo del día.

Basándonos en las encuestas que he hecho en Austria a muchachos obreros, el período medio de ocio, después de deducidas las horas de trabajo, el trayecto de ida y vuelta, el aseo matinal y las horas de sueño, es de tres horas y cuarenta minutos aproximadamente. Pero sólo una parte de este tiempo puede considerarse como verdadero ocio, porque del mismo hemos de deducir el tiempo dedicado a la cena, a los cuidados corporales o a ayudar a las faenas caseras. En lo referente a lunes y viernes la duración media de los ocios «verdaderos» debería situarse entre las dos horas y media y las tres. El *week-end* constituye un período privilegiado y se tiene también que considerar las vacaciones legales anuales de cuatro semanas. Para los alumnos de las escuelas secundarias el promedio del ocio es de cuatro horas en las grandes ciudades y en los pequeños núcleos campesinos y de cuatro horas y media en las pequeñas ciudades. Es interesante darse cuenta de cómo no sólo la largura del trayecto en las pequeñas ciudades, sino también los embotellamientos de las grandes ciudades acarrean una disminución del tiempo libre.

La imagen que se obtiene de estos datos no es la de una juventud sobrecargada de trabajo, pero tampoco la de una «sociedad de ocio». En verdad los jóvenes disponen por semanas de un período de ocio superior al del hombre adulto y casado, pero éste a causa de sus obligaciones familiares está ocupado de un modo mucho más determinado. En cuanto a los muchachos obreros es dudoso de que después del trabajo estén «dispuestos» para concentrarse en una instrucción complementaria o en la adquisición de valores culturales que exigen un gran esfuerzo. Se deberá determinar por encuestas hasta qué punto la enseñanza primaria crea una predisposición y la necesidad precisas para que pueda desarrollarse durante el aprendizaje el deseo de una cultura o de una formación ulteriores. En las ramas profesionales en que se han pasado encuestas no se ha podido encontrar ninguna aspiración profunda hacia la cultura o hacia una instrucción profesional ulterior a la que ya habían recibido. A tal desarrollo intelectual se oponen numerosos factores, tales como la pobreza en la expresión verbal, la falta de conocimientos adecuados para mantener una conversación culta y la ausencia de la concentración necesaria a una percepción intelectual. Se explica, pues, por qué los contactos sociales y las diversiones sencillas tienen mayores probabilidades de ser aceptadas y admitidas en estos medios que los valores culturales elevados.

En cuanto a las ocupaciones específicas de los jóvenes durante los ocios, hemos podido apreciar que las colecciones (o sea las colecciones de sellos en primer lugar y también, en menor medida, las de fotos de «estrellas») juegan un papel importante. Vemos en ellas un comportamiento que viene de la infancia, pero orientado más fuertemente hacia la sociedad y caracterizado por el deseo de competición en cuanto al número y la calidad de las piezas coleccionadas. Es también en este campo que hay que situar la posesión de los *gadgets*, es decir, de objetos que en cierta manera pueden actuar por sí mismos: magnetófonos, transistores, máquinas de retratar; éstos juegan un gran papel en el patrimonio de los deseos posesivos de los jóvenes. Estos objetos tienen por una parte el carácter de marca distintiva y por otra parte valor como pieza de colección. Otro comportamiento propio de la juventud y que juega un papel importante reside en la práctica de diversos deportes. Se aprecia a través de las encuestas efectuadas en los grupos de jóvenes mencionados que la tesis según la cual el deporte se había convertido en un placer del espectador, no tiene fundamento. Ciertamente, un 80 % de los muchachos obreros asisten a las manifestaciones deportivas, entre las cuales predominan los partidos de fútbol y las carreras de motos, pero un 75 % declaran que practican un deporte; también aquí predomina el fútbol y así también podemos establecer una relación entre la práctica y el espectáculo. El grado de entrenamiento varía mucho, como es natural, pero subsiste siempre, además del simple ejercicio deportivo, un cierto deseo de «medirse con otro» en el cual vemos de nuevo una implicación social. La imagen del deporte practicado ofrece poca diversidad entre los aprendices: el esquí, el alpinismo, la marcha, el varappe, se encuentran a gran distancia del fútbol y la natación, al menos en Austria.



Para la evolución social de los adolescentes, la utilización y organización de los ocios es tan importante como la elección de los estudios.

Pero estos comportamientos varían naturalmente, de acuerdo con la manera de ser y las características de cada país.

De las diversas encuestas para investigar los ocios de la gente entre 30 y 40 y entre 40 y 50 años, se ha obtenido la certeza que ni el coleccionismo ni el entreno deportivo juegan más tarde un papel equivalente al que ejercen entre 10 y 20 años. Lo mismo ocurre con el cine, que interesa a los jóvenes vivamente. Contrariamente a los pronósticos críticos y pesimistas respecto a la cultura, según los cuales el mundo de las imágenes ejerce, sobre todo a través de las películas, una influencia creciente, se ve que la frecuentación regular de los cines es un fenómeno particularmente corriente de los jóvenes entre los 10 y 20 años.

Hemos llegado a la conclusión de que el cine es para los jóvenes no sólo una diversión visual — que la televisión podría ofrecerles con largueza en su propio domicilio —, sino también una de las ocupaciones más accesibles por fuera del círculo familiar que les permite manifestar el crecimiento de su independencia y de su emancipación respecto a los padres y que les ofrece, además, un lugar de contactos específicos entre jóvenes y de encuentro con las personas del sexo opuesto. Esto queda confirmado por el índice elevado de la asistencia a los cines. En diversos países de Europa Occidental, las tres cuartas partes de los obreros jóvenes, y también la mitad de los alumnos de escuelas secundarias, van por lo menos una vez a la semana al cine. Una encuesta sobre las actividades preferidas por los aprendices en los do-



Parece que la influencia del cine y de la televisión juega un papel importante en la orientación de las horas de libertad. La formación de grupos o de bandas, el fetichismo de los instrumentos de música, el gusto por las juergas nocturnas, son el calco de modelos muy bien determinados.

mingos en que hace buen tiempo y en verano ha confirmado que éstos muestran evidentes preferencias por el cine aun en esta estación del año.

En las salidas los compañeros de los aprendices son camaradas de la misma edad; eso indica también lo limitada que es la influencia de los padres en los ocios de sus hijos incluso cuando éstos les aconsejan y — en la medida en que pueden y lo desean — les controlan, puesto que raramente comparten sus distracciones.

En las regiones campesinas son los grupos de muchachos los que predominan sobre el plan de los ocios y que constituyen el marco social de éstos. Esto se debe a la evolución física más lenta de los jóvenes en camino de hacerse púberes y al «control social» más estricto en los pueblos. En las grandes ciudades las amistades con muchachas son más frecuentes y se encuentran más grupos mixtos que en el campo.

Fundándose en los comportamientos juveniles específicos uno debe guardarse de postular una oposición entre el mundo de los jóvenes y el de los adultos. Se puede dejar sentado que la sociedad actual ejerce diversas influencias que se manifiestan del mismo modo sobre los adultos y sobre los jóvenes; podemos constatar un mismo nivel general de formas de consumo y de distracciones. La elección de ciertos bienes de consumo duraderos, por ejemplo, los vehículos de dos ruedas, los transistores, los discos y también el índice de frecuencia de ciertas formas de diversión (por ejemplo, la elevada y regular asistencia a los cines) son muy propios de la adolescencia.

La juventud y la sociedad de masas

Las diferentes formas de comportamiento de la sociedad moderna de masas con respecto a la evolución de la juventud merecen ser examinadas aquí. Cuando hablo de sociedad de masas no pienso en principio en la reunión de grandes masas de población en las ciudades, sino en una sociedad caracterizada, a causa de la industrialización de la mayor parte de su economía, por los productos de masas y esto tanto en cuanto a los bienes de consumo como en cuanto a la difusión de la cultura, de la información, etc. (véase el tomo III de la «Aventura Humana»).

¿Qué condiciones particulares crea una tal sociedad de masas para los adolescentes y los jóvenes en general? La sociedad de masas ofrece una gran variedad de productos normalizados; cuanto más se desarrolla más crecen las posibilidades de elección y las fuerzas destinadas a incitar a la consumición. Podemos, pues, decir que esta sociedad obliga a la juventud a enfrentarse sin cesar con nuevas elecciones y que crea aspiraciones violentas por medio de perpetuos cambios de moda.

La rápida explotación de los objetos y de los bienes (incluso en parte la de los individuos), tanto como la reali-

zación de satisfacciones directas y rápidas, son características de la sociedad de masas. La aceleración fisiológica y social que hemos comentado cuando hablábamos de los ejemplos de relación entre los sexos y de los matrimonios precoces, está evidentemente en relación con los cambios frecuentes que se producen en el seno de este tipo de sociedad moderna y al deseo de relaciones rápidas que ella engendra.

Uno de los conflictos esenciales de nuestra época reside en el hecho de que esta tendencia a la aceleración se halla contrarrestada por una tendencia a lentificar. En la sociedad industrial moderna se deben atravesar ciertas barreras para entrar en la vida profesional activa, puesto que cuanto más se desarrollan la industrialización, la técnica y su funcionamiento administrativo, más las tareas propias de la producción industrial implican grandes exigencias y más larga deberá ser la formación profesional.

Los problemas que plantean la solución de este conflicto nos llevan a reflexionar respecto al bienestar de los jóvenes. Me parece que para resolver las tensiones entre la tendencia a una rápida realización y la restricción que hace de la espera de una satisfacción a veces durante mucho tiempo pospuesta, es necesario un grado considerable de firmeza y de madurez. Este es el problema que ahora nos proponemos.

Medidas y organizaciones al servicio de la juventud

Al considerar los hechos expuestos más arriba se plantea la cuestión de saber cómo pueden actuar para salir al encuentro de esta tendencia a la «rápida realización», no sólo la familia, sino también las instituciones y organizaciones sociales y cómo podría favorecerse, sobre todo entre los jóvenes de clase inferior, el proceso de «pubertad prolongada» que permita acrecentar las posibilidades de un florecimiento de la personalidad.

A este respecto se debería, en primer lugar, buscar los caminos a seguir para crear una actitud funcional, y sobre todo en las familias de obreros, que permitiera hacer más completas las posibilidades de educación. Dos vías distintas deberían ser exploradas sistemáticamente:

1. La que sería de eficacia inmediata y que consistiría en tratar directamente los problemas educativos bien delimitados con los que los padres de los jóvenes deben enfrentarse; la prensa, la radio y sobre todo la televisión podrían proporcionar explicaciones e informaciones.

2. Un programa extenso a largo plazo, que estaría orientado más hacia la juventud que hacia los padres, y que se realizaría por medio de las instituciones educativas de diversos grados y de las escuelas, y que les prepararía durante su crecimiento para las tareas principales que deberán realizar más tarde en su vida conyugal y familiar.

Para sostener la función educadora de la familia, sería eficaz dar un papel más importante a las «escuelas de padres» para hacer que éstos fueran aptos en la instrucción de sus hijos respecto a los problemas que se les plantean en el período de maduración. Como la influencia del medio se ha modificado en los últimos decenios (aumento de producciones cinematográficas, aparición de la televisión), las tradiciones educativas de los padres — es decir, el actuar según los principios heredados directa o indirectamente de sus ascendientes — no son suficientes para resolver los problemas de la educación.

Las críticas dirigidas, desde el punto de vista pedagógico, a las medidas educativas adoptadas por los padres y consideradas poco satisfactorias o mal adaptadas, deberían ser completadas o remplazadas por una información eficaz y por un apoyo y ayuda a los padres. Así, por ejemplo, nuestros conocimientos sobre los «vínculos profundos» tan estrechos y mil veces confirmados que unen los jóvenes a sus padres y en especial a su madre, deberían ser explicados a grandes capas de población a fin de suscitar una mayor conciencia de su importancia. Muchas veces los padres no ven y no juzgan más que la tendencia puesta en evidencia por la conducta cotidiana que tienen los jóvenes de separarse de su familia, y reaccionan a este alejamiento aparente por medio de la resignación; en general, ignoran la ambivalencia interna que existe en las acciones y el comportamiento de los niños durante el período de maduración, ambivalencia constituida por una parte por necesidad de dependencia y por otra parte por necesidad de trabar nuevas relaciones. Esta ignorancia es peligrosa, porque puede llevar a los padres a formular un falso juicio respecto a los intereses que alejan a los jóvenes de sus familias durante los ocios; por esto sus intentos educativos ulteriores se encuentran limitados a ejercer un control y unos castigos y no sacan partido de los vínculos profundos que subsisten para actuar en el sentido de una formación cultural suplementaria y de un desarrollo moral continuo.

Entre las instituciones al servicio de la juventud, si tenemos en cuenta la tendencia que muestran los jóvenes a formar grupos informales, podremos decir que sobre todo los centros de juventud parecen tener algunas posibilidades de ejercer una eficacia educativa puesto que, estas instituciones, en su mayor parte locales, se hallan teóricamente abiertas a todos los jóvenes y les ofrecen una libertad más grande que aquellas más estrictamente organizadas y que exigen una participación regular.

Es, pues, muy importante intensificar y extender la acción en favor de los jóvenes, incluyendo todas las actividades que les ofrecen las organizaciones de juventud. La familia y la escuela tienen como fin principal la acción educativa de guías y de enseñanzas; la vida en familia y en la escuela, y aún más los imperativos profesionales, imponen continuamente al joven obligaciones a las cuales no puede sustraerse, por lo menos durante un cierto tiempo. Por tanto, es indispensable proporcionarle un campo en que puedan florecer actividades libres. Hay que ofrecerle posibilidades de des-

canso, de participación en deportes, de afirmar su personalidad ejerciendo una actividad pública o educativa, o acaso artística si sus posibilidades se lo permiten; en resumen, posibilidad de expresar sus capacidades de modo apropiado, teniendo al mismo tiempo en cuenta los fines y las normas que el grupo se ha propuesto en un espíritu de relativa independencia.

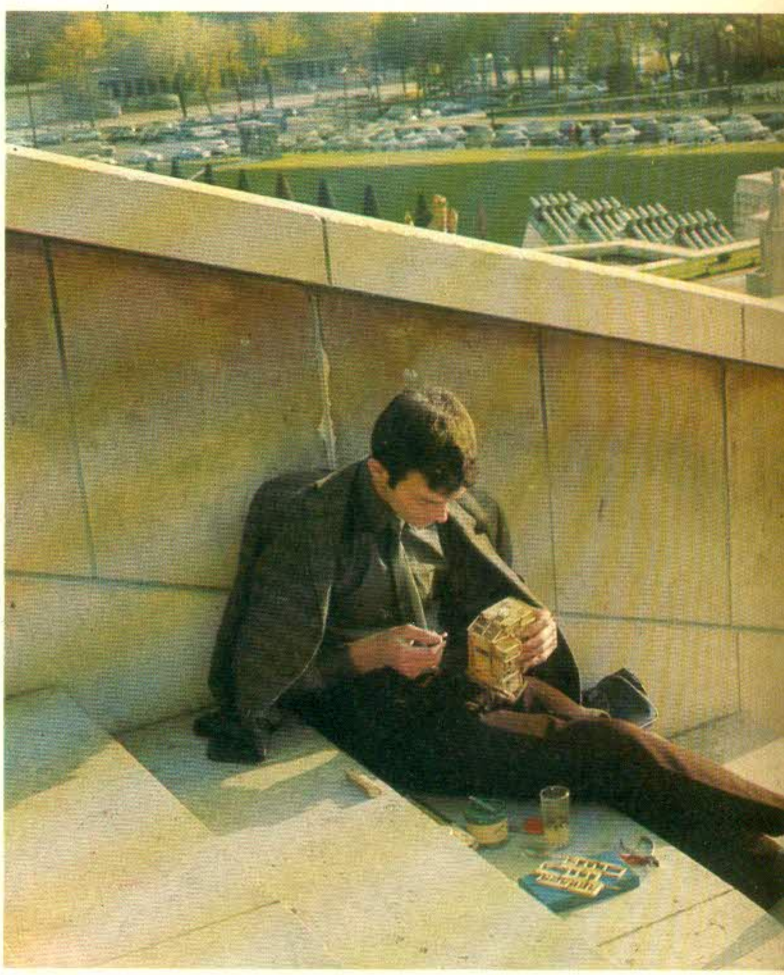
La noción de identidad del yo y la «moratoria»

Uno de los conceptos claves de los estudios recientes sobre la juventud en la sociedad de masas, un concepto que rebasa las medidas educativas necesarias para acudir en ayuda de la juventud, es la noción de identidad del yo. Esta noción establece como principio que la personalidad no puede adquirir la solidez y firmeza necesarias más que cuando se enfrenta con las aptitudes, los juicios y los comportamientos propios de su medio social, que les juzgue, les considere en su contexto y elija entre ellos. La identidad del yo es, sin duda, un concepto general que puede ser utilizado de diversas maneras y salir al encuentro de las más variadas concepciones; pero en este caso aparece como muy útil, en cuanto indica el establecimiento de un equilibrio y de una síntesis entre el individuo y la estructura social en la que vive, síntesis determinada por el individuo mismo. La identidad del yo significa también la aptitud de la persona para revisar sus comportamientos y para integrarlos de nuevo. Margaret Mead, que se ha propuesto en una obra reciente descubrir la vía que conduce a adquirir la identidad, ha sentado una condición importante: ofrecer a la juventud el tiempo y la ocasión de hallar su identidad y de prepararse para las realidades de la vida. Según M. Mead, la fundación precoz de un hogar no implica la adquisición de una identidad, porque no prolonga la educación en general ni la de sí mismo. El concepto de identidad implica para la juventud la existencia de una zona de comportamiento y de una fase de vida protegidas. Los padres, las enseñanzas y las instituciones especializadas deberían aunar sus esfuerzos para proporcionar a los jóvenes una «moratoria», es decir, un plazo que les permita adquirir y desarrollar las aptitudes y los conocimientos indispensables para el descubrimiento de la identidad del yo y, por consiguiente, afirmar su personalidad y su capacidad para la cooperación social.

Estos dos conceptos de identidad del yo y de moratoria pueden proporcionar una contribución preciosa a las encuestas actuales sobre la juventud, tanto desde el punto de vista de la educación como de la ayuda a proporcionar a los jóvenes. Estas dos nociones pueden, sin duda alguna, relacionarse con el concepto, que hace 40 años desarrollaron Siegfried Bernfel y Paul F. Lazarsfeld de «pubertad prolongada» y con el de «satisfacción diferida» *(deferred gratification)*, que se utilizan con frecuencia en la literatura actual.

De manera general, los programas y las técnicas de educación extraescolar de la juventud deberían desarrollarse cada día más sobre la base de conocimientos precisos, teniendo en cuenta la estratificación social y las particularidades nacionales. Equipos de sabios, basándose en las encuestas, deberían establecer un diagnóstico de los factores y los datos significativos en el plano socioeconómico, y los institutos regionales e internacionales deberían difundir y utilizar los resultados de estos estudios en vistas a una acción adecuada. Las discusiones que seguirían entre especialistas de educación y funcionarios de las organizaciones de juventud allanarían los problemas relacionados con actividades sociales y educativas. En nuestro mundo moderno tan complejo, en el que se encuentran yuxtapuestos tantos grados diferentes de evolución educativa y económica, una clara estimación de la situación social correspondiente a cada caso parece de primordial importancia. Tales conocimientos pueden contribuir a poner a punto y situar actividades sociales y educativas al servicio de la juventud.

Las colecciones de sellos de correo o de fotos de ídolos, pequeños arreglos de transistores y de televisores, o como se ve aquí la fabricación de modelos reducidos, son las ocupaciones favoritas de los jóvenes fuera de sus horas de estudio y de familia y de las que consagran al flirteo.





JEAN-PIERRE JUNOD

el viejo

¿El viejo un marginal? Esta clasificación es posible que ofenda, y sin embargo no implica nada peyorativo. Es necesario admitir que los que han alcanzado lo que hoy se llama púdicamente «la tercera edad» ya no están integrados en la sociedad «a pleno disfrute». Una ciencia, la gerontología, explora metódicamente las formas diversas del envejecer; pero la amnesia, el declinar intelectual, las perturbaciones en la percepción no siguen leyes fijas, y el estudio de la involución mental marca con frecuencia la parte de lo social, de lo cultural... Y la sociedad activa, ¿qué hace del viejo? En este capítulo se esbozan los trabajos efectuados para lograr ciertas soluciones a este acuciante problema.

Un problema que con toda seguridad concierne a todo el mundo es el de la vejez. Renunciar a considerarlo con la atención que merece es, al mismo tiempo, abdicar frente a nuestras responsabilidades y no tener valor para enfrentar el porvenir.

La sociedad del siglo XX es la de las grandes realizaciones, pero su dinamismo le lleva a entablar una lucha de cada instante para conservar la juventud el mayor tiempo posible, pues ella es el mayor tesoro. Esta sociedad completamente orientada hacia el porvenir se encuentra enfrentada de manera más ineludible que nunca con el problema de la vejez.

Para simplificar se acostumbra a considerar que la vejez empieza a la edad de 65 años. Esta notación, cómoda para los estadistas, tiene el inconveniente de hacer a veces perder de vista el lado dinámico y evolutivo de la vejez. Conduce a encasillar en una misma categoría sujetos con diferencias fundamentales, puesto que es muy cierto que a medida que van pasando los años cada vez se diferencia más la capacidad de realización de unos individuos a otros, lo que acarrea, con frecuencia, un desnivel considerable entre la edad cronológica y la edad real.

La realidad de la vejez pertenece a una categoría de hechos que preferiríamos olvidar y se necesita una cierta lucidez para contactar con ella. Querer ignorar que en el transcurso de los años se producen modificaciones biológicas y psicológicas, que en gran parte son irreversibles, sería condenar al fracaso toda iniciativa coherente de ayudar a los viejos. Pero no tener en cuenta más que estos elementos negativos y renunciar a considerar al individuo en su totalidad, es decir, como un interlocutor de la sociedad que ha contribuido a su desarrollo, sería privarse de toda posibilidad de acción realmente eficaz.

Vamos a intentar, en un principio, precisar las dimensiones del problema que nos ocupa y luego intentaremos definir lo que la sociedad hoy puede y debe aportar a los viejos.

Nuestra población ha envejecido

El envejecimiento de la población es un fenómeno que actualmente se observa en todos los países industrializados y que se extiende al mundo entero.

Este envejecimiento se halla caracterizado no por un aumento del número absoluto de viejos, sino por un aumento creciente de su proporción en relación al número de sujetos jóvenes.

Las causas de este fenómeno han sido atribuidas durante mucho tiempo a un solo factor: el descenso de la mortalidad. Sin embargo, hasta el momento presente la incidencia de esta depresión es aún despreciable y la razón principal del envejecimiento es la falta de natalidad (J. Bourgeois-Pichat). Por otra parte, los progresos de la medicina y de la higiene, que disminuyen las causas de mortalidad exógena (como por ejemplo las enfermedades infecciosas), han hecho descender la mortalidad infantil y han permitido, pues, a un número mucho mayor de individuos alcanzar una edad avanzada.

Hoy en día la esperanza de vida en el momento del nacimiento se acerca a los 70 años. Así, el sujeto joven ha ganado unos 30 años en el transcurso de este último siglo, pero este beneficio es menos notable para los sujetos de edad. Ocurre que para el hombre de 65 años la ganancia no es más que de unos dos años.

¿Podremos mirar al mundo de una manera tan serena al término de nuestra vida? (Cézanne: Cabeza de viejo.)

La proporción de gente mayor en los países que nos rodean ha crecido continuamente desde principios de siglo. En la actualidad los viejos representan cerca de un 12 % de la población total y, tal como pone de relieve P. Paillat, tenemos motivos para creer que estas cifras continuarán aumentando en los años venideros.

Evolución de las aptitudes y del comportamiento

La disminución de las funciones intelectuales parece iniciarse bastante pronto. Según los tests utilizados, puede aparecer ya hacia la edad de 20 años, lo que ilustra el hecho de que el envejecimiento no es más que la expresión de una evolución lenta. Sin embargo, hay que tener en cuenta que los tests psicológicos practicados a los viejos dan muchas veces una visión demasiado pesimista de la situación, que cuadra mal con la realidad. Una de las razones de este fenómeno es que se trata en gran medida de viejos que viven en ambiente institucional. Otros equipos (Birren) han practicado más recientemente los tests entre sujetos que viven independientes y los resultados obtenidos son más favorables.

Es importante que los viejos sigan integrados a la vida social. Mientras una mujer sea capaz de ir a la compra no experimentará aquel sentimiento de inutilidad que conduce al derrumbamiento psicológico.



Dos hechos principales han llamado la atención de todos los observadores: por una parte, la lentificación muy general de las funciones psicomotrices y, por otra parte, la gran variedad interindividual de las realizaciones. El conocimiento más profundo en esta materia nos permitirá sin duda algún día revisar con eficacia muchas nociones, tan tradicionales como erróneas, que nos impiden captar al viejo en su realidad.

Lo propio de los sujetos jóvenes es oscilar continuamente entre los dos puntos extremos que son la seguridad y la inseguridad. Si los jóvenes no dudan en invertir sobre el porvenir y en poner sus fuerzas en empresas a veces dudosas, el viejo, en cambio, soporta cada vez peor la inseguridad. Lo desconocido y lo nuevo presentan a su vista un aspecto hostil. Todo le empuja a buscar la seguridad. Es a este fin que cada vez tenderá más y le llevará a replegarse sobre sí mismo y a tomar distancia respecto a la vida. No olvidemos que lo que con demasiada facilidad llamamos el egoísmo de los viejos es muchas veces un mecanismo de defensa. Querer transformar a toda costa y de manera radical el modo de ser de estos sujetos sería arriesgarse a romper un equilibrio que ha sido alcanzado con dificultad y que les es indispensable. La tarea del que desea resolver los problemas de los viejos es importante, pero no le basta la buena voluntad. Esta acción, tanto en el campo médico como en el psicosocial, tiene sus reglas y sus límites que no se pueden transgredir sin riesgo.

La edad de la jubilación

El problema de la vejez está ligado íntimamente con el de la jubilación. Una de las grandes modificaciones de la situación de las personas viejas en el marco de nuestras sociedades industrializadas consiste quizás en el hecho de que se les mantenga cada vez más alejadas de sus funciones tradicionales. Dejar de trabajar equivale muchas veces a verse privado de un cierto número de estímulos particularmente dinámicos.

Es cierto que muchas jubilaciones se esperan con impaciencia y se realizan en buenas condiciones. Sin embargo, es curioso que en un momento en que se habla de una jubilación más prematura, cerca del 30 % de los trabajadores que han sido interrogados estiman haber cesado demasiado pronto en su actividad.

El sentimiento de inutilidad que va ligado al fenómeno de la jubilación conduce a veces a depresiones psicológicas que los médicos conocen muy bien. El ocio, igual que el trabajo, requiere un cierto entrenamiento. Solamente el «vio-



El cese de la actividad profesional es una prueba que los viejos soportan más o menos bien, según hayan sabido crearse o no ocupaciones compensatorias y en la medida que su sociabilidad les permita encontrar un derivativo en la compañía de los demás. Los viejos que permanecen en contacto con su familia disfrutan de una situación privilegiada; sin embargo, a veces son suficientes los encuentros cotidianos con amigos de la misma edad, paseos y conversaciones, para evitar una esclerosis fatal de las funciones intelectuales y aún más un peligroso sentimiento de abandono.

lín de Ingres», cultivado durante la edad adulta, podrá en el momento de la jubilación adquirir el significado de una verdadera actividad de sustitución.

El problema de la jubilación coloca al viejo en su verdadera perspectiva evolutiva. Si queremos prever disposiciones médico-sociales que estén a la medida de los viejos, hay que saber desprenderse de los esquemas tradicionales y simplistas. Un viejo no puede ser captado en sus problemas presentes más que a través de lo que haya sido. Si la vejez es a veces una caricatura de la personalidad anterior, no es menos cierto que el éxito con que las dificultades propias de la tercera edad serán superadas depende de la manera en que se habrán aprendido a resolver los problemas anteriores. Un estudio reciente, debido a Reichard y colaboradores, ilustra bien este hecho primordial y nos permite meditar sobre el mismo.

Los autores han clasificado a los sujetos en cinco categorías. Las tres primeras comprenden a los viejos que en general se adaptan a su nueva situación. El primer tipo es el del hombre bien integrado, que se interesa intensamente por los problemas de la existencia, que manifiesta curiosidad por todo lo que le rodea, que es capaz en determinadas ocasiones de reírse de sí mismo y que es tolerante con los demás. La vida de estos individuos, que en general fue rica en satisfacciones tanto en el campo profesional como en el familiar, les permite enfrentarse con el último tercio de su existencia con serenidad y sin desesperación.

El segundo grupo comprende el formado por los hombres dependientes, desprovistos de ambiciones y que han encontrado más satisfacciones en los ocios que en el trabajo. Generalmente han sido juzgados por la sociedad severamente a lo largo de su vida profesional y acceden sin dificultad a la jubilación.

La tercera categoría es bastante diferente: está constituida por individuos que aman el trabajo y que lo consideran como un fin en sí. Estas personas son generalmente frágiles y están asustadas por el deterioro físico y mental que se asocia a la edad. Estas sabrán encontrar mucho antes del momento de la jubilación un cierto número de actividades sustitutivas que les permita permanecer activas a toda costa. La mayor parte de viejos que pertenecen a este grupo niegan la realidad de la vejez al permanecer en actividad. Es cierto que en este grupo la enfermedad tendrá repercusiones físicas muy serias.

Los sujetos que pertenecen a los dos últimos grupos por lo general se adaptan mal a la jubilación, es decir, a la vejez. Se trata de personas que en todo momento han soportado mal las frustraciones de la existencia. Para éstas, la vejez será la edad de las frustraciones por excelencia y según su modo de ser reaccionarán reivindicativamente o por una depresión. Es evidente que la clase de profesión o actividad cotidiana anterior influye en gran medida sobre la actitud de los sujetos frente a los problemas que inevitablemente plantea la jubilación.

Actualmente, esta «crisis de jubilación» es especialmente manifiesta en los hombres. El problema de la mujer es bastante distinto. Su lugar tradicional en el marco de la familia o de la sociedad la pone muchas veces al abrigo de las transiciones bruscas. Sin embargo, no es excepcional que la separación de los hijos constituya para ella el equivalente de la «crisis de jubilación».

El viejo y su medio

Si el viejo tiende a reducir, en el transcurso de los años, su campo afectivo y a distanciarse de una sociedad que muchas veces ya no comprende, por otra parte tiende también a sentir la necesidad de conservar con sus hijos relaciones muy estrechas. Los hijos representarán para él el último lazo que le ata a la existencia y la necesidad de sentirse rodeado, escuchado y respetado por los miembros más jóvenes de la familia, toma a veces proporciones inesperadas. Sin embargo, la desintegración precoz de la familia es una de las características de nuestra época. En esto nuevamente el viejo corre el riesgo de sentirse duramente enfrentado con la realidad. La familia que reúne bajo un mismo techo varias generaciones es, hoy en día, una excepción.

Privado del prestigio tradicional, enfrentado a ideas nuevas y a un ritmo de vida que ya no es el suyo, el viejo preferirá quizás llevar una vida más independiente, pero la pérdida del contacto afectivo será para él una de las más traumáticas. Son muchos los hombres para los que el grado de soledad es la medida de su vejez.

No es raro que en el transcurso de la tercera edad la unidad del matrimonio se intensifique. La vejez da a esta unión un nuevo significado que debe valorarse.

Además de los factores sociales hay otras causas, directamente relacionadas con el fenómeno general de envejecer, que contribuyen a situar al viejo en una especie de atrincheramiento. Esto ocurrirá, por ejemplo, en los casos de sordera, de ceguera, en las afecciones del aparato locomotor o en los trastornos de la memoria.

Debemos también recordar que la imagen que de nosotros tenemos tiene también repercusión en nuestra vida social. En algunos el envejecimiento es algo armonioso, en otros, por el contrario, hay aversión hacia su cuerpo. También estas reacciones deben situarse en el cuadro general de la personalidad y aquí igualmente la edad sirve solamente para poner de manifiesto comportamientos anteriores.

El problema de la enfermedad

Cuando en un viejo aparece una enfermedad con frecuencia ésta se hace crónica. La enfermedad crónica podrá acompañarse de un sentimiento de impotencia y de dependencia del medio. El sujeto que la sufre se sentirá frustrado, es decir, privado de una satisfacción fundamental que le es debida: la salud. Según la personalidad del enfermo las reacciones serán muy distintas. Algunos caerán en la más extrema dependencia. Otros exteriorizarán su sentimiento de frustración bien en forma de reacciones hostiles o, a veces, por medio de infinitas reivindicaciones que pondrán a dura prueba la paciencia y la buena voluntad de todos los que le rodean.

Y ¿qué diremos de los enfermos psicópatas? El doctor Balvet escribe sobre esta materia: «No hace mucho que los viejos psicópatas eran la clase de enfermos más abandonados que existían. En el hospital psiquiátrico tenían en contra el ser viejos, en el hospital tenían en contra las dos cosas, el ser viejos y dementes». Si en la actualidad las cosas están cambiando se debe en parte a que un mejor conocimiento de diagnósticos y terapéuticas nos autoriza por fin a tener un cierto grado de esperanza. La psicogeriatría, disciplina que participa a la vez de la medicina tradicional y de la psiquiatría, nos conduce a replantearnos el mundo de los viejos. En muchos campos de la medicina los éxitos rápidos son la recompensa a los diagnósticos precisos, aquí se deben a la tenacidad y a la lucidez.

El viejo psicópata es la caricatura y no la imagen de la vejez; a los jóvenes en general les gusta hablar de lo absurdo de la vida: los viejos, en cambio, muchas veces se ven obligados a vivirlo. Por eso debemos apreciar la importancia de los nuevos métodos geriátricos, aun cuando nos aporten una esperanza todavía débil y frágil. No abdicar incluso frente a problemas de difícil solución, caracteriza el nuevo espíritu que anima a esta ciencia.

Hacia una política de la vejez

Lo que la tercera edad tiene derecho a esperar de la sociedad actual es la adopción de una verdadera «política de la vejez», tal como tan notablemente han definido los autores del trabajo Laroque.

Entre todas nuestras preocupaciones la que merece el primer lugar es la que se refiere a la situación material de los viejos. Los viejos deben vivir en condiciones aceptables. No se trata ya de caridad, sino de un deber social. A pesar de los esfuerzos que, en este sentido, se han llevado a cabo, los viejos son con frecuencia seres desheredados. Es evidente que mientras no se resuelva de manera satisfactoria el problema financiero, la esperanza de una acción social eficaz seguirá siendo ilusoria.

Para muchos viejos la jubilación obligatoria, que muchas veces les parece precoz, es mal aceptada. Nuestra sociedad admite la noción de ocio, pero al otorgar al rendimiento una importancia siempre creciente, contribuye a hacernos confundir ocio con inutilidad. Sería necesario conseguir la preparación del trabajador respecto a la idea de

jubilación y proporcionarle ocasión de que encuentre bastante pronto actividades de sustitución que sean válidas. Es deseable que los que lo prefieran puedan proseguir una cierta actividad más allá de la edad límite legal. La ocupación de los viejos es una de los mejores armas en contra de la soledad. Conserva plena eficacia incluso en edades avanzadas, siempre que el trabajo propuesto esté adaptado a las capacidades de los sujetos. Son numerosas las organizaciones que en la actualidad han creado talleres para los viejos.

La dependencia del viejo hacia su medio es muy conocida. El fin de toda acción social dirigida a los viejos debe tender a mantenerlos en su domicilio. Pero es necesario que éste se halle adaptado al estado físico y psicológico del que vive en él. Actualmente existen diversas formas de vivienda para las personas viejas. Agrupar a cierto número de viejos puede ofrecer ventajas para su cuidado, pero debe tenerse en cuenta el peligro de la segregación que una concentración demasiado grande aportaría con toda seguridad. Lo que en este campo se ha efectuado en Lyon nos parece un ejemplo a seguir. Aunque no siempre parece útil que los padres viejos cohabiten con miembros de las generaciones jóvenes, es conveniente, sin embargo, disponer de un piso independiente para los viejos en el mismo inmueble en que habitan los hijos y los nietos. Los viejos no serían precisamente los únicos en beneficiarse de esta fórmula, que parece en todos sentidos muy adecuada.

El problema de las comidas tiene igualmente soluciones diversas, tales como el servicio a domicilio o las comidas comunitarias servidas en los clubs para personas viejas.

Si se quiere mantener en su domicilio a un gran número de viejos es indispensable intensificar nuestro sistema de cuidados y vigilancia a domicilio. Es conveniente atender a las necesidades del servicio doméstico, que merecen gran atención.

Son muchos los que nunca tienen vacaciones por falta de ocasión o de medios económicos. Es favorable la experiencia de las residencias de vacaciones para personas viejas; permite también a las familias disfrutar de un merecido reposo.

El hospital diurno aporta grandes servicios en el medio urbano. Se trata de una fórmula intermedia entre la vida totalmente independiente y la hospitalización. La media pensión del viejo, que por la noche regresa a su domicilio. El hospital diurno no sólo es un alivio para las familias, sino que también permite altas más rápidas para los hospitalizados y evita hospitalizaciones inútiles o nefastas.

Los antiguos asilos para viejos deben organizarse con una nueva mentalidad. Se deberían crear diferentes categorías de asilados de acuerdo con el grado de independencia de que puedan disfrutar e introducir un elemento más dinámico, por ejemplo, a través de la ergoterapia. Estos centros nunca deberían tener más de cien camas, porque por encima de este número la vida social se hace muy aleatoria; convendría la división en habitaciones pequeñas en las que se pudiera introducir algunos objetos personales y que remplazarían los grandes dormitorios que se encuentran aún con demasiada frecuencia. En este aspecto se puede seguir el modelo de Escandinavia.

Los cuidados hospitalarios a personas viejas se confían cada vez más a médicos familiarizados con las técnicas de readaptación y los numerosos problemas que plantean los viejos, tanto en el plano orgánico como en el psicológico. Aquí también debe conservarse el espíritu del hospital geriátrico, no en lo que tiene de medicina económica, sino para que cada uno pueda beneficiarse en las mejores condiciones posibles de las técnicas más adecuadas y de las terapéuticas más eficaces.

Los problemas que plantean las personas viejas son numerosos y con frecuencia de difícil solución. Nuestra acción, para que sea eficaz, requiere esfuerzos y una buena coordinación entre ellos. Sólo a este precio podremos algún día responder a una de las más graves cuestiones de nuestro tiempo.

Se debería pensar en una reestructuración completa de los asilos, de manera que pudieran ofrecer a sus huéspedes algo más que una cárcel mitigada. Deberían permitir a los viejos ejercitar la actividad que eligieran y no sólo permanecer sentados esperando el desenlace final.





HÉLENE GRATIOT-ALPHANDÉRY

KARL-HEINZ SEIFERT

PIERRE HENRI

los inválidos

Los disminuidos en su motricidad, los que han sido heridos en el trabajo, los sordomudos, los ciegos, son todos ellos igualmente marginales a causa de su invalidez. ¿Qué lugar les reserva la sociedad en la escuela o en el trabajo? La situación es compleja, puesto que hay que distinguir la adaptación a las condiciones sociales y la reacción propia de su invalidez. Además, si su handicap se remonta al nacimiento o a la primera infancia, la perturbación alcanzará a la totalidad del individuo. ¿Cómo se desarrolla la inteligencia, cómo evoluciona el carácter y en qué grado se lesionan la palabra, el gesto, la visión? y ¿Cómo una educación adecuada tiende a hacer de los inválidos «hombres normales»?

los disminuidos en la motilidad y los accidentados de trabajo

No parece posible estudiar de la misma manera y bajo una misma luz los disminuidos en la motilidad y los accidentados de trabajo. Esto sería en realidad pretender borrar lo que les diferencia y no tener en cuenta más que su invalidez y su dependencia común; sería desconocer y despreciar todo lo esencial: la naturaleza de la agresión, sus causas y sus circunstancias; sería como intentar una explicación idéntica para las dificultades del niño, del adolescente y del adulto; no parece conveniente agrupar en un breve ensayo a aquellos para quienes el aprendizaje de la vida se confunde a veces con el aprendizaje de la invalidez y a los que la invalidez obliga brutalmente, pero de un modo tardío, a una revisión total de aprendizajes anteriores y de adquisiciones consolidadas.

Antes de iniciar la observación y el examen de los casos, el psicólogo debe proponerse el análisis de las situaciones. Pueden describirse así:

El disminuido motor puede ser un niño, un adolescente o un adulto y la agresión congénita o accidental. El accidentado de trabajo es un adolescente o un adulto, pero su agresión es siempre accidental. Esta agresión, en cuanto al accidentado de trabajo, acarrea parálisis, trastornos de la motilidad, deformaciones o mutilaciones y a veces deficiencias psíquicas. Las mutilaciones congénitas son, por el contrario, poco frecuentes entre los disminuidos en su motilidad, mientras que las parálisis y las perturbaciones motrices son frecuentes. Además, si para el disminuido en su motilidad, cuando se trata de un niño, se plantea el gran problema de su formación escolar y más tarde de su orientación profesional, para el disminuido adolescente o adulto accidentado en el trabajo el problema es el de la reintegración profesional y de su nueva clasificación laboral.

Aquí nos encontramos, pues, con diversas variables que se interfieren y que no pueden despreciarse a causa de su repetida incidencia, que repercute sobre la evolución de la persona. Nos queda por saber si se puede a la vez establecer entre ellos comparaciones que estén justificadas y huir de las falsas.

Dos clases de disminuidos en su motilidad

Para designar a los que por una agresión congénita o adquirida se ven privados de una parte de su actividad motriz se ha propuesto sustituir el término anglosajón *handi-*

Riña de ciegos, por un pintor de la escuela de Pieter Brueghel el Viejo.

cap por el de disminuidos. P. Oléron, afiliándose a la primera acepción, piensa que el término *handicap* señala bien la situación educativa y social del niño. Se basa en la idea de una desventaja inicial que, sin embargo, no anula todas las posibilidades y no priva al individuo de tomar parte en la lucha por la vida e incluso de alcanzar una meta en condiciones de igualdad con el normal.

No se niega el déficit en cuanto a su presencia y a su realidad, pero se le considera bajo un ángulo evolutivo; se le tiene en cuenta en cuanto a sus repercusiones, pero no sólo en las que representan empobrecimiento, sino también en cuanto a lo que le permiten de facilidades para superar esta deficiencia. (P. Oléron: *L'éducation des enfants physiquement handicapés,* París, P.U.F. 1961, p. 6.)

Estos handicaps pueden tener dos orígenes distintos. La agresión al sistema nervioso es central: éste es el caso de las parálisis cerebrales como la hemiplejía o la enfermedad de Little, que presentan trastornos motrices a los cuales se añaden con frecuencia trastornos sensitivos y sensoriales, e incluso a veces perturbaciones intelectuales. Estas agresiones centrales pueden ser congénitas, o adquiridas a consecuencia de traumatismos craneales, encefalitis o meningitis.

Por el contrario, la agresión al sistema nervioso puede ser periférica. Esto es lo que ocurre, por ejemplo, en la poliomielitis. Las lesiones a las células nerviosas ocurren en este caso de manera totalmente imprevisible. Se ha podido decir que «los ataques a las células nerviosas de tipo motor no están mejor agrupados que los perdigones dentro de un cartucho disparado a distancia contra un periódico abierto» (M. Moulonguet, en *Sauvegarde,* n.° especial, nov.-dic. 1962).

Pero la diversidad de las secuelas paralíticas implica una gran diversidad en su repartición y desarrollo. Algunas de ellas regresan de manera inesperada por un tratamiento precoz y apropiado. Otras, instauradas de modo duradero, acarrean graves deformaciones osteoarticulares. Todo está en relación a la importancia de las destrucciones provocadas por el virus y además a la etapa de crecimiento en la cual incide la enfermedad y de las perturbaciones que el crecimiento en sí mismo provocará sobre los músculos más o menos gravemente deficitarios. Por tanto, se ha podido decir (Grossiord) que la poliomielitis, que es una enfermedad aguda, de presentación súbita, se comporta con frecuencia como una enfermedad evolutiva a la cual se debe atender durante largos años en sus progresos y recaídas.

El desarrollo intelectual y los problemas escolares de los disminuidos

No se puede afirmar que una agresión central del tipo que se encuentra en la hemiplejía o en la enfermedad de Little acarree de un modo ineludible una deficiencia intelectual. Además, se tiene la seguridad que una agresión periférica como la poliomielitis no ocasiona consecuencias inmediatas sobre la inteligencia del individuo. Sin embargo, es seguro que el desarrollo intelectual del niño con un handicap motor peligra de ser perturbado por tal handicap, sobre todo si éste es congénito o muy precoz. Toda representación del mundo que construye el niño está relacionada con su experiencia práctica y en particular con sus posibilidades de desplazamiento y manipulación. Los trastornos o las limitaciones de la motilidad se traducen en una percepción, una atención basados en una adaptación incompleta o mutilada; la organización espacio-temporal, la construcción del esquema corporal pueden perturbarse por obstáculos con los que el niño topa al desarrollar una actividad coordinada.

Los trastornos intelectuales no están, pues, por lo general, asociados desde su origen a los trastornos funcionales aunque pueden acabar siendo consecuencia de ellos. «Todos los mecanismos de cognición descansan en la motilidad» (J. Piaget: *Enfance,* 1, 1956). El desarrollo de la inteligencia, estrechamente unido al desarrollo sensorio-motor, puede llevar rastros de estos retrasos o discontinuidades motrices.

En las parálisis cerebrales con frecuencia los trastornos de lenguaje se añaden a los trastornos motrices; la agresión a los órganos de la fonación provoca una dificultad de expresión. Los sujetos hablan con dificultad y les cuesta hacerse entender. La relación y el intercambio con los demás se hace difícil y la socialización del niño y su inserción en los grupos que le rodean lo son aún más.

Los niños poliomielíticos no suelen topar con esta clase de obstáculos. Pero al igual que los niños con parálisis cerebral, se encuentran muchas veces obligados por las exigencias del tratamiento de las parálisis a permanecer largos años en el universo artificial y cerrado que constituye el centro de reeducación. Por esta causa su aprendizaje de la vida está empobrecido. A pesar de los esfuerzos de los educadores y maestros para asegurar a estos niños inválidos unas posibilidades de contacto con el mundo externo, ellos permanecen muchas veces encerrados y aislados por las causas que dimanan de su mismo estado. Su vocabulario es pobre, en la misma medida en que su experiencia es reducida. Comparaciones establecidas entre niños con handicaps y niños sanos de la misma edad y del mismo nivel intelectual y escolar muestran que «en el sujeto inválido hay un empobrecimiento de lo real junto a un cierto desinterés de esta misma realidad...; desde muy niño comienza la experiencia de la alienación; su libertad de acción es cohartada. Percibe y recibe experiencia del mundo de los objetos como de algo que de alguna manera le es inaccesible. Por otra parte, las experiencias anteriores del niño son aún demasiado poco estructuradas, demasiado lábiles para permitirle transposiciones a partir del nuevo ámbito espacial que ahora es el suyo» (M. Garelli, J. Meyer y P. Rossi: *Enfance,* n.° especial, 4-5, 1961).

Es a causa de la abundancia y diversidad de estos impedimentos materiales, que constituyen el principal obstáculo a un desarrollo intelectual normal, que la tarea de los educadores es generalmente tan laboriosa e insegura. A estos niños no les falta la motivación para un trabajo escolar ni

el sentido del esfuerzo. La actividad escolar foma parte de la reeducación; constituye el complemento y la prueba de todo progreso. Para estos niños el simple hecho de mantener una pluma o un lápiz entre sus dedos, de escribir o de atender a una lección echados boca abajo o boca arriba, representa otras tantas victorias sobre la invalidez, pero también el enfrentamiento constante con esta misma invalidez. En estas condiciones el trabajo intelectual tiene una significación bastante diferente de la que reviste para el individuo sano. Es en la medida en que trabajan como niños sanos, siguiendo los mismos programas, preparando los mismos exámenes, que estos niños con un handicap pueden sentirse comparables y, en ciertos aspectos, idénticos a aquéllos. Es urgente mantener esta actividad y aun suscitarla lo antes posible en todos aquellos en quienes la invalidez pueda reducir la actividad.

Problemas afectivos de los disminuidos

La vida de los niños inválidos oscila constantemente entre la independencia y la iniciativa, la pasividad y la actividad. Son dependientes y pasivos por la agresión que reduce su autonomía o los condena a una inmovilidad prolongada. Son dependientes a causa del tratamiento que les obliga a aceptar una disciplina rigurosa, cuidados molestos y el mantenimiento de posiciones dolorosas. Por eso el éxito de todo intento de reeducación se halla en función de su energía.

«No se reeduca a un inválido, se le ayuda a reeducarse», escribe el Dr. Grossiord. Ningún intento de reeducación es eficaz si no puede apoyarse en la cooperación continua y activa del inválido por pequeña que sea. Es necesario que sienta el deseo de hacer el movimiento, que quiera mantener su movilización, que quiera aprender o reaprender. La confianza que los niños ponen en su reeducador o en su médico no puede manifestarse de un modo más evidente que por esta voluntad de progreso. No se trata de soportar las exigencias de la enfermedad o de la reeducación, sino de negarse a una conformidad de la situación alcanzada.

Con demasiada frecuencia se pone el acento de un modo casi exclusivo en el tratamiento afectivo debido a la invalidez y a sus consecuencias. También en esto es conveniente hacer una distinción entre el niño que ha vivido siempre o casi siempre con su invalidez y el que la adquiere de un modo brutal en el transcurso de la niñez o de la adolescencia.

Los primeros se sienten, con toda seguridad, diferentes de los otros niños e inevitablemente tratados de diferente manera. No es aquí el lugar adecuado para analizar en detalle todas las reacciones del ambiente familiar, que pueden comprender desde la sobreprotección al rechazo. En todos los casos el niño tiene conciencia de esta diferencia y, la mayor parte de veces, permanece entre sus propios hermanos y hermanas como si fuera un extranjero.

Es demasiado simplista traducir todo esto en términos de frustración. Los sentimientos que el niño experimenta en tal circunstancia rebasan, con mucho, los de una privación. Es un sentimiento suscitado más aún por la reacción de los demás a su enfermedad que por la conciencia aguda y de rebeldía frente a esta invalidez. Ocurra lo que ocurra siempre se sentirá distinto a los demás y tenido por distinto. De aquí viene la tranquilización y la seguridad que los niños inválidos experimentan al encontrarse entre ellos. De aquí también la necesidad acuciante de encontrarse con gente sana y de ser aceptados y reconocidos por ellos como a iguales.

Estos problemas afectivos, tan diversos para cada niño, para cada lesión, se sitúan, pues, más en el plano de la relación con los demás que en el de su propia imagen, o más bien la imagen de sí mismos temida, aceptada o rechazada según la imagen que leen en la mirada de los demás y «los demás» son en primer lugar el ambiente familiar, la conducta del cual puede evolucionar con los años y la actitud es muchas veces bien diferente según el aspecto mismo de la invalidez. Es, por ejemplo, el caso de los padres de enfermos de parálisis cerebral, que a pesar de su ternura sin límites, experimentan con harta frecuencia una dificultad física para aceptar incluso el aspecto de sus hijos. Y en el interior de este grupo familiar se debería aún hacer una distinción entre los comportamientos del padre y de la madre; la solicitud, la ansiedad y la amargura de ambos son muy distintas.

También deberíamos insistir en el sentimiento de culpabilidad experimentado por los padres de forma más o menos consciente y que contribuye a acrecentar un cierto clima de tensión e inseguridad que el niño no deja de percibir. La agresividad, la necesidad de compensación y el decaimiento del niño inválido son con frecuencia conductas reactivas a las conductas de los adultos.

Las elecciones profesionales de los disminuidos

Pero el enfrentamiento más temible es el que se efectúa en el momento de la elección de profesión. Hasta un cierto nivel de estudios el niño disminuido puede creer que vence el handicap en la medida en que realiza un trabajo escolar análogo o muy parecido al de los demás niños de su edad. Es posible que experimente incluso una verdadera alegría a causa de su capacidad y de sus éxitos. Pero llega un momento en que descubre de manera brutal todo lo que le está vedado; un momento en el que no puede engañarse respecto a sus posibilidades de éxito en ciertos terrenos profesionales. Una encuesta reciente efectuada en un grupo de niños de parálisis cerebral, de coeficiente intelectual normal, muestra en primer lugar los múltiples cuidados de que han sido objeto para asegurar a la vez el tratamiento médico, la reeducación y la escolaridad. Pero se llega a esta conclusión: «Los resultados que hemos obtenido en nuestra encuesta prueban que, por desgracia, la inserción en la vida profesional es poco frecuente y cuando existe se hace en condiciones muy poco favorables» (Ministerio de Trabajo, Centro de Estudios y de Investigaciones sobre las condiciones de empleo y de trabajo entre

los jóvenes, 1963). Puesto que en estos casos lo que importa no es sólo la orientación profesional, sino mucho más la formación que debería ser su consecuencia.

En lo que concierne a los niños y adolescentes poliomielíticos, la orientación profesional parece más sencilla, ya que la apreciación del handicap funcional es fácil de establecer: las posibilidades intelectuales generalmente han sido nada o poco perturbadas por la enfermedad y su evolución, el nivel de escolaridad es fácil de apreciar y en la medida en que esta escolaridad se haya podido mantener con regularidad responderá a las posibilidades reales del sujeto; el examen psicológico de las aptitudes, del carácter, se hace o puede hacerse por técnicas utilizadas para sujetos sanos. La necesidad de tener en cuenta una limitación motriz obliga algunas veces a eliminar ciertas pruebas o a aumentar su duración.

En cambio, el problema es muy distinto si se refiere al examen psicológico de los niños con parálisis cerebral. Con harta frecuencia se ha juzgado con demasiada severidad el nivel intelectual de estos niños debido a la inadecuación de los tests utilizados y a la falta de experiencia de los examinadores. Los obstáculos con que nos topamos en estos exámenes no son debidos a los límites de la inteligencia del sujeto o al valor intrínseco de los instrumentos, sino a dificultades que se deben al mismo handicap: perturbaciones de la expresión verbal, incoordinación motriz, lentitud de adaptación a situaciones imprevistas, etc. Por esto ha sido necesario para estos casos poner a punto y estandarizar nuevos instrumentos; es un trabajo delicado y largo.

La readaptación de los adolescentes disminuidos

Frente a las dificultades que encuentran en el terreno de la reintegración social muchos niños que presentan lesiones congénitas, podemos preguntarnos si los que no han sido alcanzados por la invalidez, aun cuando ésta sea grave, hasta el momento de la adolescencia (ciertos poliomielíticos, ciertos inválidos postraumáticos) son, en cierto modo, unos privilegiados. Estos habrán conocido unos años de existencia normal y efectuado adquisiciones escolares e intelectuales según sus aptitudes, adquiriendo una experiencia que puede ayudarles a reducir las consecuencias de su handicap.

Sin embargo, este handicap es a veces tan grave que parece anular de golpe todo el pasado y exigir una verdadera reestructuración de la personalidad. Ciertos testimonios, como el de Jacqueline Godin (poliomielítica cuadripléjica) o el de Fabiana Van Roy (amputación de las dos piernas) son, a este respecto, de una singular lucidez y ponen en evidencia el camino recorrido por el adolescente con un handicap hacia la reconquista de su autonomía.

Después de las primeras semanas, durante las cuales el nuevo inválido está aún totalmente absorbido por su estado de enfermedad o por su herida, sigue un período en que se efectúa el inventario de la actividad perdida y el descubrimiento de los nuevos límites del cuerpo. Las horas de soledad y de inacción proporcionan todo el tiempo necesario para esta toma de conciencia. En este momento parece imposible imaginar que tal estado sea duradero y, aún menos, definitivo. El rechazo del presente y del porvenir conduce a una regresión hacia el pasado y un refugio en la imaginación.

La toma de contacto con la reeducación es también una toma de contacto con el universo de los paralíticos y de los inválidos y en ella «la comprensión de la situación de los demás conduce a la comprensión de su propia situación». (J. Godin: *Enfance*, 4-5, 1961). Es a este nivel que se efectúa una total «reorganización del campo psicológico» (F. Van Roy: *Présences*, 2, 1963), que implica a la vez la aceptación de la dependencia y la búsqueda de un nuevo plan de actividad: «Aquel que me reeduca, es en quien tengo esperanza», exclama J. Godin. Pero esta reeducación es en realidad una revisión de todas las posibilidades, un descubrimiento de nuevos modos de adaptación, una reorganización del esquema corporal.

La reintegración social exige la nueva toma de contacto con el mundo de los seres válidos. Es en esta ocasión cuando

Para los que tienen un handicap motor — poliomielíticos, hemipléjicos o niños con un miembro amputado — y para los accidentados de trabajo, la reeducación física es un problema que las técnicas modernas...





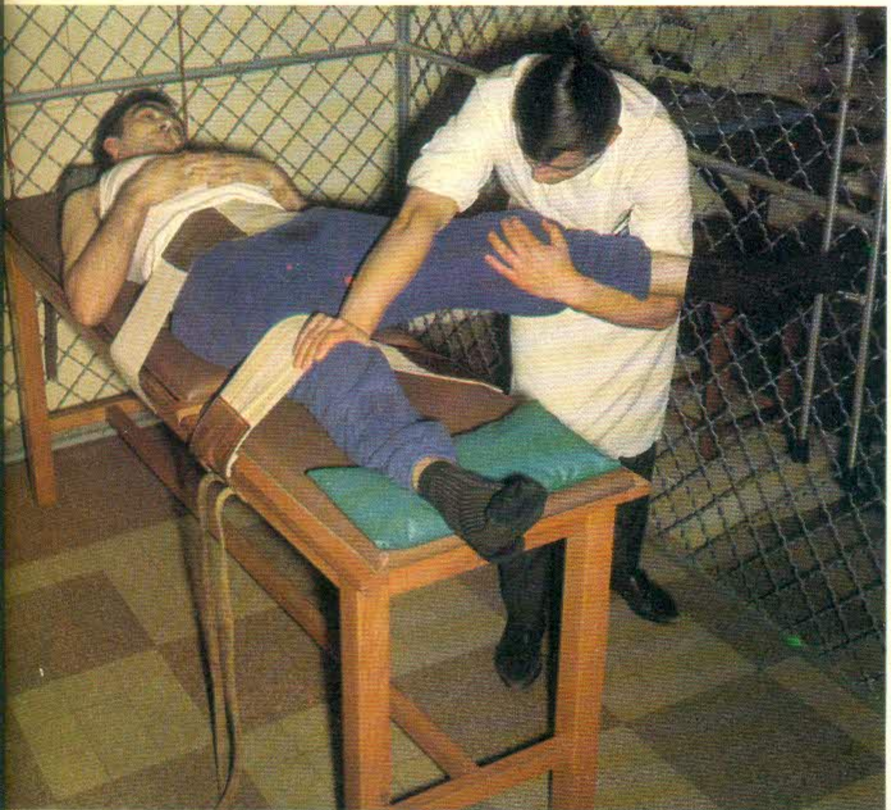
el disminuido, ya totalmente consciente de su estado, puede evaluar aún mejor la «distancia física» que lo separa de los seres válidos y en ella experimenta aún con mayor fuerza la impresión de la irreversibilidad de su caso. Estas reacciones deben superarse para lograr la preparación a una determinada actividad profesional como ocurre en los demás.

Sería ingenuo creer que desde el principio de la invalidez hasta la readaptación, la evolución sigue un mismo camino y que todo ocurre con un rigor metódico. Si ignorásemos los momentos de total desánimo, las regresiones hacia comportamientos infantiles de oposición o de rechazo, las actitudes de huida, la voluntad de aislamiento, sería desconocer los aspectos inevitables del drama del inválido y del esfuerzo incesante que está realizando.

Intervención del psicólogo

Sin duda, en el transcurso de esta evolución la intervención del psicólogo puede ser muy eficaz. Pero debe inscribirse en el marco de trabajo del equipo de reeducación; además, no debe situarse la relación en plano único de la enfermedad. El psicólogo debe desempeñar un papel junto al adolescente inválido ofreciéndole la prueba objetiva de la integridad de sus medios intelectuales. Al mismo tiempo puede ayudar al adolescente presentando la situación de examen de manera no dramática e informándole de cómo deberá efectuar la prueba para conseguir el éxito. El examen psicológico, tal como se practica con frecuencia, exige un esfuerzo bastante penoso, un trabajo continuo en un tiempo límite y una atención sostenida. Pero los sujetos dan la impresión de responder sin grandes dificultades en las pruebas de inteligencia, en cambio se muestran más desconfiados, más reticentes, respecto a las pruebas de personalidad: cuestionarios o tests proyectivos. Lo que el niño aceptaba como un juego, sin atribuirle particular importancia, provoca inquietud en el adolescente. Teme las trampas, teme que a pesar suyo se adivine su pensamiento y permanece a la defensiva, procura no entregarse, se siente observado, vigilado y en una situación que acrecienta su dependencia e inseguridad. No es de extrañar, pues, que aparezcan en estos casos tantas pruebas de una profunda frustración, de una agresividad apenas disimulada, de una constante angustia. Quizás sea más preciso atribuirlas a la situación de examen que a la conducta habitual de la persona. Y sobre todo precisa evitar verlas unidas a toda situación de invalidez.

...si no han resuelto, al menos han mejorado considerablemente. Pero no son suficientes los ejercicios, los cuidados, la utilización de aparatos y dispositivos modernísimos: es necesario que el inválido acepte su estado y se adapte al mismo, es necesario que el proceso mental acompañe al proceso físico. Tal como ha dicho un psicólogo, no se reeduca al inválido, se le ayuda a reeducarse y la readaptación es su reintegración social.







El sujeto disminuido debe obtener de la situación de examen psicológico unas indicaciones muy precisas y conocer después sus resultados. No debe ocultársele nada de lo que pueda permitirle un mejor conocimiento de sus motivaciones y de sus medios de compensación. Pero no puede hacerse dentro de los límites de un rápido examen; el psicólogo debe proceder a una observación prolongada del adolescente disminuido. Debe además completar su observación personal con la de los que intervienen en la reeducación cotidiana: médicos, reeducadores, maestros.

Así se puede seguir la evolución del sujeto frente a su agresión física y la manera como vence poco a poco el traumatismo inicial. Sin ignorar la multiplicidad de reacciones individuales, debemos reconocer que, particularmente en el adolescente, ciertos handicaps son más difíciles de vencer que otros en función a la vez de las exigencias que suscita la imagen de si se hacen, de las consecuencias funcionales del handicap, y de las posibilidades de vida social. Esto explicaría porqué las lesiones de los miembros superiores se aceptan menos bien que las de los miembros inferiores.

Convendría también evidenciar las reacciones diferenciales y las conductas de adaptación e inadaptación propias de chicos y chicas. En general, parece que al evaluar las consecuencias de la invalidez, los muchachos adolescentes ponen más el acento en los problemas de la vida profesional y social y las chicas en los problemas afectivos y personales.

Los accidentados de trabajo

Los accidentes de trabajo resultan por lo general de un gesto profesional que se ha terminado mal, «de un gesto nefasto que acaba en un gesto fatal». Con esto se reconoce que las consecuencias psíquicas del handicap físico son muy diferentes para los accidentados en el trabajo que para los adolescentes. Además, en la apreciación de las consecuencias de la lesión se debe tener en cuenta la edad y el sexo del herido, la naturaleza y las circunstancias de la lesión, la formación profesional anterior y la situación familiar y social.

No es necesario subrayar la extremada diversidad de las heridas y de sus secuelas: traumatismos psíquicos, parálisis, mutilaciones, amputaciones. Pero en todos estos casos es importante tener en cuenta que el herido debe situarse en condiciones de volver a trabajar más tarde y de proveer a sus necesidades. Es necesario encaminarle desde un principio a fin de que no se confíe a una actitud dependiente.

Los heridos en el trabajo experimentan con frecuencia un profundo sentimiento de injusticia frente a su suerte. Por este motivo la reparación que se les ofrece bajo la forma de una indemnización la consideran como debida y poco compensatoria. Pero a este sentimiento se añade muchas veces la conciencia más o menos clara de una cierta imprudencia y, por tanto, de un cierto grado de responsabilidad. También a veces sienten una necesidad de aclaración, intentan retroceder y preguntarse lo que hubiese pasado si las circunstancias de trabajo hubiesen sido distintas, si las medidas de seguridad hubiesen sido mejores o si el ritmo de trabajo no hubiera sido tan rápido. Se sigue de esto la urgencia de su nuevo encuadre en una clase profesional, lo que será el único medio para luchar contra el sentimiento de inferioridad y la depresión que acarrean la herida y sus consecuencias. Aun en los casos en que no es posible una rehabilitación completa es necesario intentar una rehabilitación parcial lo antes posible.

Pero se ha tener en cuenta que tiene más importancia la actitud del inválido que su estado físico con respecto a su adaptación. Muchas veces esta actitud está en relación con la de su familia.

La noción de carga familiar puede tomarse en múltiples acepciones. El herido puede convertirse en una carga para su familia a causa de la reducción de su actividad y de sus posibilidades de trabajo limitadas de ahora en adelante. La familia puede también constituir una carga para el herido, puesto que le impone responsabilidades y acrecienta sus dificultades materiales. En fin, la separación de la familia durante el tratamiento puede crear una cierta ruptura y crea siempre una cierta discontinuidad en los hábitos y relaciones de su vida que a veces difícilmente vuelven a establecerse.

En consecuencia, si es difícil la evaluación del handicap físico, la del handicap psíquico, aun cuando no se trate de un verdadero deterioro, no lo es menos. Por lo general en el plan físico no suelen tener las medidas adoptadas un carácter definitivo y siempre son posibles mejorías imprevistas. Se ha de favorecer la aparición de compensaciones extraordinarias que a veces se establecen, como la reviviscencia de automatismos perdidos, la resurrección del recuerdo de ciertos movimientos... Es, pues, un balance provisional el que se efectúa sobre el «capital gestual» del herido, que puede acrecentarse sensiblemente bajo el efecto de la reeducación, llegando incluso a incorporarse de nuevo a una actividad profesional continua.

En el plano psíquico es necesario un balance análogo y es posible una evolución análoga. Si el consejo para la reorientación está fundado en la evaluación de la inteligencia y de las aptitudes es necesario que tenga también muy en cuenta la fatigabilidad del sujeto y su ritmo de actividad y la continuidad y regularidad de su esfuerzo y los estímulos que puedan favorecer o inhibir este esfuerzo.

Pero los especialistas unánimemente reconocen la obligación de confiar en el hombre herido, en su energía, en su voluntad, y por eso «una doctrina del nuevo encuadre profesional que no comporte una actitud fundamentalmente optimista en cuanto a las capacidades de transformación de los seres humanos no tiene validez» (Nahoum).

En cualquier nivel en que se sitúe el handicap será toda la persona la que estará en juego, será su nivel de madurez, su autodominio y su valor. H. G.-A.

los disminuidos en la audición

Este trabajo se iniciará con un breve resumen respecto a los efectos de la enfermedad auditiva sobre la vida intelectual y psíquica; luego se intentará describir el proceso de integración social y la situación psicosocial fundamental de este tipo de enfermos. Puesto que debemos limitarnos aquí a lo esencial y que las personas duras de oído no ocupan en realidad más que una posición intermedia entre los sordos y los normales, nos ocuparemos principalmente de las personas totalmente sordas y en especial de los sordomudos.

Importancia de la disminución auditiva para la vida intelectual y psíquica

Las lesiones agudas y profundas de la función auditiva representan una grave agresión para la vida intelectual y psíquica, aun en los sujetos con una personalidad plenamente constituida y estructurada. Esta agresión alcanza principalmente a la conciencia que el individuo tiene de su propia situación; ocurre de tres maneras:

1) A causa de la disminución cuantitativa y cualitativa del caudal de información, las *posibilidades biológicas de orientación* sufren una limitación considerable. Lo que falta de modo primordial es la función de aviso y de seguridad, función que es fundamental para la orientación espacial; el sordo se encuentra con más frecuencia que los demás en imprevisibles situaciones de sorpresa, lo que implica una continua amenaza latente.

2) La deficiencia de la audición crea un importante déficit en las *posibilidades de comunicación:* tan sólo los medios no lingüísticos de comunicación (mímicas, gestos, movimientos) permanecen intactos; en cuanto a los medios lingüísticos, los más importantes y eficaces para el contacto inmediato, es decir, los medios verbales, topan con ciertas dificultades que provienen de la comprensión del interlocutor y del modo de hablar propio del sordo. Por este motivo el sordo evita la conversación (sobre todo en grupo), lo que acentúa aún más su aislamiento social.

3) De cara al futuro, estas restricciones comprometen seriamente las *posibilidades de conocimiento y experiencia vividas.* Así, todos los campos de experiencia en que las modalidades sensibles de la audición entran en juego o que exigen una transmisión acústica, escapan al sordo: la experiencia musical, ciertos aspectos de la experiencia de la naturaleza, del espacio y de la vida comunitaria. Toda participación a la vida cultural se hace mucho más difícil.

Una sordera crónica que se remonte a la niñez influye más fuertemente y de un modo más total en el psiquismo, puesto que conduce a un deterioro general de la evolución de la personalidad.

Aquí entran en juego también los efectos indirectos (no hay que decir que los efectos directos anteriormente descritos se producen igualmente). Estos salen al encuentro de las funciones y de los campos estructurales siguientes:

1) La *vida perceptiva* en su totalidad está profundamente modificada. Los trastornos se manifiestan en primer lugar por retrasos importantes en el proceso normal del desarrollo; estos retrasos no son ya nunca completamente reparables. En primer lugar se encuentran retrasados: la capacidad de organización estructural de las «imágenes»; así, pues, la concepción de las formas tanto como la captación de las significaciones del universo perceptivo. Pero no obstante en el transcurso de la ontogénesis se encuentran tendencias compensatorias que pueden equilibrar en cierta medida estas restricciones de la percepción. Conducen a una compensación óptica y táctil o «háptico-vibratoria». (K. H. Seifert.)

2) Pero el efecto más evidente, más precoz y sin duda que más pesa en las consecuencias psicológicas, es *la detención del desarrollo natural del lenguaje.* El bebé sordo empieza emitiendo lalaciones instintivas, pero poco a poco va cayendo en el mutismo en el momento en que las estimulaciones acústicas adquieren un carácter determinante. Las consecuencias de esta carencia no puede compensarse ni aun por medio de un entrenamiento intensivo del lenguaje articulado ni de la enseñanza lingüística de la escuela: la capacidad verbal y la capacidad de leer en los movimientos labiales permanecen disminuidas o limitadas de un modo importante y lo mismo ocurre con el dominio del lenguaje.

3) Esta falta de desarrollo lingüístico actúa de modo nocivo sobre las *funciones intelectuales.* Estas se detienen en su desarrollo sobre todo a partir del estadio del pensamiento simbólico e intuitivo (Piaget), es decir, a partir del momento en que, en los sujetos normales, las experiencias semióticas de carácter verbal adquieren importancia. Sin duda los retrasos en la edad mental de 1 a 3 años que persisten durante el período escolar pueden recuperarse en forma notable a partir de los 12 años, de manera que el nivel intelectual de los sordomudos suele ser relativamente poco inferior con respecto al de los sujetos normales. Pero se pueden observar desviaciones características en la estructura intelectual. La inteligencia no verbal (es decir, la inteligencia práctica, la concreta) se adelanta a la inteligencia verbal: el pensamiento conceptual abstracto presenta grandes dificultades para el sordomudo; en cambio, el pensamiento intuitivo concreto, la eficacia de la memoria visual están relativamente poco

afectados e incluso a veces alcanzan un rendimiento superior (Myklebust, 1960; Olerón, 1961). Además, la «continuidad de las ideas» presenta en el sordo los síntomas característicos de la rigidez mental (McAndrew, 1948; Bindon, 1957).

4) No sólo las funciones cognitivas sino también las conativas quedan afectadas por la sordera crónica. Así, por ejemplo, los *temas de vida* del sordomudo se caracterizan por sus rasgos de indiferenciación y de primitivismo. En primer lugar las necesidades intelectuales y culturales y las necesidades sociales superiores se desarrollan con gran dificultad. Como contrapartida, las tendencias vitales individuales que tienen como finalidad la seguridad, la afirmación e incluso en parte la expansión del yo (en el sentido que le da H. Thomae) ocupan el primer lugar, sin que, de todos modos, se pueda hablar como norma general de un temperamento profundamente asocial y egocéntrico.

5) Además, en cuanto a las *funciones de iniciativa personal,* es más difícil para el sordo alcanzar unas posibilidades de actuación tan completas y diferenciadas como las del adulto culto. Es cierto que el sordomudo con una capacidad normal y una educación adecuada puede conducirse de manera prudente y cumplir con asiduidad y perseverancia las tareas que se le confíen. Pero si nos fundamos en la observación de su comportamiento y en las investigaciones realizadas por medio del test de Rorschach, parece probable que su elaboración afectiva interna es relativamente pequeña y es más fuerte su adhesión a los estímulos; esto se traduce también en el terreno de su tolerancia a la frustración.

Las limitaciones cognoscitivas ligadas al déficit lingüístico conducen a una cierta falta de juicio, de manera que la comprensión de las situaciones sociales e intelectuales complejas se les hace mucho más difícil. Se disminuye su autonomía en cuanto a «la elección de finalidades» y las actitudes normativas deben formarse sobre la base de la costumbre y del ejercicio. Volveremos a hablar de esto.

Se comprende fácilmente que, en estas condiciones, el universo del sordomudo sea en su conjunto más limitado, menos rico en experiencias y significados. Al mismo tiempo será también menos plástico, menos adaptable, y más fuertemente supeditado a la situación externa.

Proceso de socialización en el sordomudo

Lo que precede deja ya entrever que el proceso de socialización en los sordos de nacimiento y en los afectados de sordera precoz no puede desarrollarse en las mismas condiciones psicológicas individuales o sociales que en los sujetos con capacidad normal y con los sentidos intactos.

En la *primera infancia,* y en parte también en la edad escolar, este proceso se desarrolla de un modo primario según los fenómenos de «dirección, posibilidad de confiar y adaptación del individuo gracias a las aportaciones y a los controles de la conducta de aquellos que están con él» (Wurzbacher), o sea de un modo esencial por medio de la educación funcional en el seno de pequeños grupos. Ya en este momento la situación del niño disminuido en la audición es diferente de la de los demás, aunque no se manifieste claramente hasta más tarde, en el momento en que la evolución del lenguaje tiene un papel más importante en los normales. El hecho determinante es que los medios orales de socialización, que cada vez van siendo más importantes (las llamadas, las explicaciones, las reprimendas) no pueden ser captados por esta clase de inválidos. No captan más que las expresiones directamente visibles — como las mímicas y gestos que acompañan a las llamadas — y los modelos «gestuales» que se les proporciona para los actos que se desea obtener de ellos. La recompensa y los castigos no pueden ejercer su función de refuerzo o de inhibición más que a un nivel inferior. Por consiguiente, las influencias socializantes se ejercen en estos niños sordomudos en forma simple, poco elaborada, estrechamente seleccionada y limitada a la imitación externa. El control y la formación del comportamiento deben consolidarse por medio de la costumbre y de la obligatoriedad, puesto que los niños no tienen ninguna posibilidad de captar antes del aprendizaje de la palabra (durante su escolaridad) la significación de los comportamientos que de ellos se exigen y de las acciones que de ellos se esperan. Esta situación se agrava cuando el niño empieza a oponerse a las órdenes del educador o a afirmar con más fuerza sus propios deseos. En este momento toda acción educativa se vuelve frustradora y difícilmente asimilable, lo que con frecuencia aumenta su agresividad. Se comprende, pues, que la posición social del niño inválido prosiga durante más tiempo dependiente que la del niño normal.

En relación con este hecho, la identificación con unos modelos determinados, que juega un papel fundamental en la integración social, es mucho más difícil para estos niños. Además, la interiorización de normas que sirve para la interiorización definitiva de la conciencia moral, interviene en ellos con gran retraso y sólo después de un cierto estadio de dominio del lenguaje.

El período escolar aporta a los sordomudos normalmente dotados importantes medios de socialización. Está en relación con el hecho de que los medios verbales de comunicación se hacen poco a poco disponibles (aunque sea a un nivel modesto) gracias a la formación del lenguaje. Las órdenes sencillas, reforzadas por gestos — dentro de los límites del vocabulario disponible conocido — pronto pueden ser entendidas. También pueden captar progresivamente explicaciones y exhortaciones simples. Por otra parte, y de un modo primordial, la educación en un internado proporciona posibilidades mucho más eficaces para el desarrollo y la integración social que el medio familiar. El niño sordomudo hace en aquel medio la experiencia de una responsabilidad que le permitirá la elaboración de numerosas actitudes importantes desde el punto de vista social. Se le induce así, entre otras cosas, a adquirir una mayor independencia, y su campo social se amplía considerablemente en la compañía de otros alumnos también disminuidos. No es de extrañar, pues,

que entre los sordos se formen espontáneamente grupos, y primordialmente grupos de juego que, en el apogeo de la edad escolar, practican los mismos juegos que los normales (Naffin, Tiefenbacher). Debemos hacer notar que a pesar de esta presión social reforzada (adaptación a las normas de conducta en el internado, formación de un lenguaje artificial), el escolar sordomudo se encuentra en un terreno reservado donde está muy protegido frente a la realidad social y a las dificultades, en particular en sus relaciones con las personas que intervienen en la marcha de la institución. Por esta causa se le ofrecen menos ocasiones de adquirir experiencia en factores diversos y de familiarizarse con la pluralidad de actitudes que exige la vida social.

En el momento de *entrar en la vida profesional* se produce un cambio radical: el sordomudo entra ahora en contacto inmediato con grupos de chicos normales que hasta entonces desconocía y al mismo tiempo debe dominar un universo profesional que le es completamente extraño. Se encuentra entonces sometido brutalmente a una intensa presión social y no tiene preparación suficiente para dominarla rápidamente y de manera eficaz. Así, sus posibilidades de comunicación con los responsables de su trabajo son muy limitadas a pesar de que pueda haber en ella ulteriores mejorías. Además, la pobreza de sus experiencias y la limitación de sus capacidades de juicio social son aquí mucho más perjudiciales. No debemos sorprendernos ante la conclusión de que existe un descenso en la maduración social hacia los quince años; esta conclusión se ha obtenido por medio de la «Social Maturity Scale» (Doll). A pesar de que las dificultades de la vida profesional se vayan venciendo progresivamente y que el disminuido alcance un grado sorprendente de integración social, ciertos handicaps fundamentales permanecen siempre. Así, por ejemplo, el sordomudo sigue distinguiéndose del normal por un mayor grado de dependencia social y una autonomía menor. Solamente en un círculo de relaciones humanas y profesionales relativamente limitado y en situaciones habituales en que se sienta seguro, conseguirá orientarse y adaptarse socialmente. Es muy significativo a este respecto que no sólo la socialización, sino también la *aculturación* sufren de un prejuicio. «La integración social o individual y la interiorización de las experiencias de los símbolos y de los bienes culturales en vistas a conservar, desarrollar y dar un sentido a la existencia individual o social» (Wurzbacher) siguen siendo insuficientes respecto a las de los adultos que no sufren un handicap. El sordomudo asimila el patrimonio cultural sólo a un nivel inferior y de forma parcial; la modificación espontánea y activa de actitudes y modelos de conducta con que tropieza no le es posible comprenderlos de un modo general.

En estas condiciones es obvio que la *personalización* debe permanecer por debajo del nivel normal: sólo de un modo imperfecto asimilará el pluralismo y el conflicto entre valores y entre campos socioculturales, puesto que los procesos mentales que conducen a esta asimilación presentan para él enormes dificultades: son procesos de «diferenciación, interpretación, decisión, análisis e integración en el contexto general de los valores y los objetos del conjunto social de que se trata» (Wurzbacher). Tampoco adquiere la distancia necesaria para poder desarrollar una escala autónoma de valores. Le está vedado, pues, crear por sí mismo, actuar de forma independiente para obtener repercusiones en la cultura y en la sociedad, y no se puede ni hablar de «iniciativa creadora» en el terreno cultural y social (Schármann).



La socialización es el problema mayor que se plantea a los sordomudos: para ninguna otra clase de disminuido es tan difícil la adaptación.

Situación psicosocial del adulto sordo

En la sociedad de las personas que disfrutan de todas sus facultades el sordo se encuentra en una situación muy particular y característica.

Representémonos mentalmente la *imagen social* bastante anormal que estos disminuidos nos ofrecen: es cierto que por la apariencia externa no se diferencian de sus semejantes, pero cuando éstos se relacionan con ellos causan una ineludible sensación de sorpresa. La voz ronca, poco melódica y con frecuencia discordante del sordomudo proporciona al interlocutor no prevenido una extraña impresión e incluso a veces proporciona una sensación «antipática y cho-

cante» (Klinghammer). En esto interviene además la dificultad de comprensión que suele tener el sordomudo y su tendencia a acentuar la mímica y los gestos que constituyen su modo de expresión preferente. También se debe tener en cuenta que los sordos, a causa de su defectuosa socialización, no siempre presentan en sociedad una actitud completamente adaptada: por eso pueden resultar desagradables por su falta de educación o por su carencia de tacto. En apariencia se comportan de forma sorprendente o contradictoria cuando deben proporcionar un esfuerzo excesivo, como ocurre en situaciones nuevas para ellos y aun, si estamos en relación inmediata con ellos, nos damos cuenta con disgusto que los sordos no siempre son capaces de dominar los ruidos corporales que chocan a un hombre cultivado (por ejemplo, el jadeo), a causa de su falta de control acústico.

Se concibe, pues, que todo esto pueda dar lugar a *actitudes sociales negativas* que se expresan bajo la forma de *prejuicios sociales* respecto a los sordomudos.

Estos prejuicios se perciben aun hoy cuando un sordomudo debe entrar en el círculo de las actividades públicas o privadas de un grupo, sobre todo si se trata para él de una primera experiencia de este tipo. Como ejemplo podemos proponer la situación del que busca una vivienda o un puesto de trabajo. No es de extrañar, pues, que a través de una encuesta se ponga de manifiesto que en relación a los intereses en un grupo de 2.340 sujetos de 20 a 60 años, el 25 % expresen actitudes negativas, mientras que sólo un 16 % las manifiestan positivas y que la mayoría (59 %) permanece indiferente (E. K. Strong, citado en Barker y col.).

Estas actitudes no parecen determinar en la opinión pública un estereotipo correspondiente a una representación social única del sordo. De todas formas es significativo a este respecto, que los sordos mismos, conforme a la famosa tendencia muy conocida que R. K. Merton ha llamado *self-fulfilling prophecy,* han construido de sí mismos una cierta imagen estereotipada, a través de la cual se consideran, por ejemplo, en estado de inferioridad y en el terreno social en estado de inmadurez, y se reprochan el ser desconfiados, envidiosos y tener tendencia a ser habladores, tal como lo han remarcado diversos autores (Seifert; Heider y Heider). Por otra parte, imaginan que los superiores les son poco amigos e incluso hostiles; en diversos aspectos se sienten lastrados o desvalorizados por el hecho de que están apartados de ciertos empleos o de que sus posibilidades de promoción profesional son reducidas. Creen que por razón de su invalidez se les considera de un modo general como poco capacitados.

Ahora los rasgos fundamentales de la situación psicosocial de los enfermos de la audición se ven ya claros: el aislamiento parcial del individuo afectado por esta enfermedad — aislamiento que proviene de su mediocre integración social y de los demás handicaps que derivan de la limitación sensorial — que está socialmente agravado y reforzado por el hecho de que la opinión de los que le rodean es más bien negativa. Los sordos son objeto de una discriminación que les define como a una minoría separada de la mayoría de los normales. A esto se añade un hecho de importancia decisiva, que los sordos mismos sienten su situación como *minoritaria:* lastrados, desvalorizados, apartados y rechazados, y todo sólo por causa de su invalidez y de las pretendidas ineptitudes e inferioridades que de la misma se deriva. De esto se sigue, como es natural, una importante frustración social y personal, incluso cuando la discriminación no es muy manifiesta; tanto más cuanto que la limitación del campo social no es ni deseada ni prevista por el sordo.

El sordo reacciona ante esta situación de dos maneras distintas: o bien se refugia en el *aislamiento voluntario* o limita sus relaciones con los normales a los pocos contactos externos estrictamente necesarios y sólo desea el contacto con sus compañeros de desgracia en asociaciones de sordos o dentro de la familia. Estos grupos le proporcionan un cierto apoyo social y una cierta seguridad, puesto que en ellos puede sentirse aceptado e integrado; además, se ha de tener en cuenta que sólo en estas circunstancias puede, gracias a la facilidad de comunicación, satisfacer de modo adecuado diversas necesidades: conversación, ocio compartido, etc.

Pero este modo de reaccionar no puede aportar una solución satisfactoria desde todos los puntos de vista y no constituye una integración social que se baste a sí misma. El adulto sordo sigue siendo siempre, a muchos respectos, dependiente de la mayoría normal. Al mismo tiempo se encuentra con frecuencia en él la necesidad de unirse a la gran masa, de un modo particular bajo la forma de *una tendencia acentuada a no distinguirse de los demás* (por ejemplo, en lo que concierne a la vida externa) *o una tendencia compensatoria a cumplir y valorizarse.* Como no puede vencer los handicaps esenciales que lo minimizan de un modo específico, el sordo se encuentra forzosamente en una situación conflictiva crónica, característica de todos los que pertenecen a estos grupos marginales (a los que Stonequist llama *marginal men*).

R. G. Barker ha hecho notar, en lo que se refiere a la teoría del campo, cuales son los síntomas esenciales de esta «marginalidad». El sordo se encuentra de un modo continuo en situaciones que se entrecruzan y los límites de «su espacio vital» se hallan con frecuencia insuficientemente definidos.

Se puede ya afirmar — aplicando la teoría del *grupo de referencia* (R. K. Merton) — que los sordos se encuentran entre dos grupos de referencia cuyas normas se oponen en parte: el grupo específico de los disminuidos en la audición (aun cuando este grupo no esté siempre bien delimitado), en el cual pueden sentirse apoyados y socialmente seguros, pero del que siempre tienden a desvincularse, y el grupo de los que oyen, que les atrae a causa de su mayor prestigio y de sus más amplias posibilidades sociales, pero en el que no pueden incorporarse completamente. Es característico de los «sordos tardíos» y de los «duros de oído» el que conozcan con más frecuencia esta situación conflictiva; por este motivo entre ellos los trastornos de adaptación emocional y las consecuencias bien conocidas de la «marginalidad» (véase P. Heintz: *Vorurteile und Minoritäten,* en el vol. *Soziologie* editado por R. König, 1958) son también más frecuentes. K.-H. S.

psicología y pedagogía de los ciegos

Las definiciones legales de ceguera se preocupan sólo de fijar el grado de deficiencia visual a partir del cual el sujeto afectado puede pretender recibir ayuda social. Basadas únicamente sobre nociones optométricas ($^1/_{20}$ de la agudeza central normal, en Francia; $^1/_{10}$ en Inglaterra y también $^1/_{10}$ en los Estados Unidos, y aún más cuando el campo de visión es inferior a 20°), confunden bajo una misma denominación de ciegos a individuos cuyo equipo sensorial y mental es sensiblemente diferente. Unos jamás conocieron la luz; otros no ven actualmente, pero han visto durante un cierto tiempo; otros perciben la luz, las sombras, a veces los colores, pero no disciernen las formas; otros, nacidos parcialmente ciegos, han recibido un tratamiento que ha mejorado este estado.

La reestructuración del mundo de los ciegos

Un factor psicológico de importancia reside en la edad en que sobrevive la ceguera. Los sujetos afectados antes de los seis o siete años son, desde el punto de vista de sus representaciones, asimilables a los ciegos de nacimiento. Constituyen el grupo de los *no videntes.* Los demás, en diversos grados, gracias a las estructuras visuales que han conservado, tienden a representarse el mundo ambiente a la manera de los videntes. Puesto que la frecuencia de la ceguera crece rápidamente con la edad, los no videntes son relativamente poco numerosos. Si la atención se fija en ellos de un modo preferente es porque organizan su personalidad en ausencia de un factor esencial para los demás hombres; pero el psicólogo no desprecia por tan poco la *reestructuración* a la que se entregan *los ciegos tardíos* a fin de adaptarse a las nuevas condiciones (sensoriales, familiares y sociales) que provienen de la aparición de su ceguera.

La vista domina de tal manera los otros sentidos que el que la disfruta no comprende como puede representarse el mundo y actuar respecto al mismo quien se halla privado de ella y esto tanto más cuanto que los sentidos que siguen a la disposición del ciego sufren también serias limitaciones. Las percepciones auditivas y olfatorias, tan preciosas por cuanto señalan la presencia de sus fuentes y en cierta medida la distancia y dirección de éstas, sin embargo, no revelan directamente nada en cuanto a la forma. Respecto al tacto, es el sentido que por excelencia se refiere a lo concreto, pero a las investigaciones táctiles escapan: los objetos inaccesibles o demasiado grandes (nube, montaña), demasiado pequeños o frágiles (insecto), peligrosos (los corrosivos, los que queman) o que se mueven con rapidez, y todos los que las conveniencias sociales (por ejemplo, el rostro del interlocutor) o un dispositivo de protección (vitrina, urna) privan de palpar. Además, el poder separador es del orden de un milímetro, mientras que el de la retina alcanza fácilmente un veinteavo de milímetro, a 15 centímetros del ojo.

A pesar de estas restricciones, el tacto es para el ciego el principal agente de adquisición de representaciones espaciales. En un principio se creyó en una oscura compensación natural. Luego se creyó que el uso podía acrecentar el número de receptores o rebajar el umbral de su sensibilidad. Hoy en día se sabe que no se trata de nada de esto y que la verdadera naturaleza de las compensaciones es cerebral. Son complejos perceptivos que se perfeccionan, relaciones, encadenamientos que se multiplican. En estos procesos de *estructuración,* la atención, la memoria, las asociaciones bajo todas sus formas juegan un papel primordial. El aporte de la *cinestesia* (percepción y memoria de los movimientos) es esencial. Solamente el contacto activo es eficaz y si la mano es tan útil para los ciegos es menos por la densidad de corpúsculos localizados en la punta de los dedos — aún son más numerosos en los labios — que por la motilidad y agilidad que le permite las múltiples articulaciones de todo el brazo.

Los desplazamientos corporales son también indispensables para la conquista de un universo más extenso (interior de la casa, jardín, calle), pero aquí, las percepciones auditivas (y accesoriamente las olfativas) se organizan con los datos de la cinestesia, del tacto plantario y del «sentido de los obstáculos». Este indica a los ciegos que lo poseen la presencia, a cierta distancia, de un muro hacia el cual se dirigen, o una discontinuidad en el mismo cuando caminan junto a él, aunque no lo toquen. Esta facultad no es tanto un sentido como un complejo de percepciones en el cual el oído desempeña, al parecer, una función preeminente.

El ciego alcanza la *globalidad,* que es un dato inmediato de la visión, por medio de la *síntesis mental* de elementos recogidos *analíticamente* por el tacto, con los que se combinan los aportes de diferentes recuerdos. Una vez edificada la imagen de un objeto (silla), la percepción del detalle (porción del respaldo) es suficiente para que reaparezca una representación de conjunto utilizable (rodear el obstáculo, sentarse).

Las imágenes espaciales construidas por los ciegos de nacimiento sirven eventualmente para la especulación geométrica, pero se prestan mal a las exigencias de la estética visual, en la medida en que ésta implica perspectiva y color. Existe, sin embargo, una estética táctil que se alimenta del placer que comportan para el tacto ciertas formas o del que procura un aspecto superficial privilegiado (pulido, aterciopelado).

El empleo de términos específicamente visuales, socialmente impuestos al ciego de nacimiento, no es siempre un puro verbalismo. Por el juego de las analogías, pueden cargarse de un contenido inadecuado, sea por extensión del sentido (veo = a compruebo, comprendo), sea por referencia a un concomitante (vestido negro = a vestido de tal forma) o por transferencia de un campo sensorial a otro (sonido mate, color mate), sea por asociación afectiva (rojo = excitante, verde = sedante, oscuro = doloroso, amenazante). En los *visualizantes* es distinto: aunque el fenómeno se atenúe con la antigüedad de la ceguera las representaciones formadas a partir del estímulo táctil o auditivo toman proporciones e imágenes visuales (color y estructura en perspectiva).

El problema afectivo: hacia una integración

Desde hace unos cuarenta años los psicólogos han puesto el acento sobre las incidencias afectivas de la ceguera y los problemas que plantea la organización de la personalidad cuando falta la visión.

El ciego de nacimiento va tomando conciencia de su minusvalía al constatar ciertas diferencias entre sus posibilidades y las de los que le rodean. Descubre poco a poco que detectan a distancia su presencia y sus acciones, aunque no haga ningún ruido, y que se trata de ésto: «de ver». Las conversaciones de sus padres, las recomendaciones que éstos hacen a sus hermanos y hermanas y la conmiseración de los extraños hacen que pronto el niño pueda dar un nombre a lo que le distingue de los demás. Al principio sufre sólo de una diferencia en cuanto a la estatura o al color del pelo, que conoce por los comentarios de los demás. La revelación afectiva de la ceguera nace de las prohibiciones y de las frustraciones que le son impuestas por su deficiencia.

La reacción a la llegada de un ciego en el hogar está condicionada por diversos factores: el equilibrio nervioso de los padres, la buena o mala relación entre los esposos, el sentimiento de culpabilidad en cuanto al origen de la ceguera y las ideas preconcebidas en cuanto a los efectos de la misma, etc. Esta reacción tiende a la instauración de dos actitudes opuestas respecto al niño: el *rechazo,* abandono moral (y a veces físico), o la *sobreprotección,* que no es siempre prueba de aceptación de la deficiencia.

La existencia de sentimientos de inferioridad y de inseguridad y las respuestas agresivas expresando una situación *conflictiva* no es propio de la ceguera. En el ciego, como en todos los disminuidos, se distinguen varios tipos de *ajuste de la personalidad:* unos encuentran su equilibrio en el repliegue egocéntrico, refugiándose en un punto de fantasmas, en donde no existe la falta de hospitalidad que encuentra en el universo físico y en el ambiente social; otros consideran la ceguera como un incidente sin consecuencias y se afirman esforzándose en igualarse y superar a los normales; entre estos dos grupos se sitúan los que adquieren una justa conciencia de sus aptitudes y de sus limitaciones.

El problema pedagógico: hacia una normalización

Si no se la tiene en cuenta, la ceguera empieza muy pronto su actividad deformadora. Obedece a dos causas: una subjetiva, la reducción del campo de estimulación y de la imitación espontánea; otra social, la sobreprotección, motivada a su vez por el temor al accidente y por la necesidad de proporcionar una compensación al disminuido, de mimarlo, de evitarle esfuerzos y contrariedades. Esta actitud le hace sedentario y como resultado sobreviene, en el plano físico, un desarrollo corporal defectuoso, anquilosis de las articulaciones, flaccidez muscular y la aparición de actitudes y de gestos poco graciosos que los anglosajones llaman *blindisms* (balanceo del cuerpo, marcha sobre los talones, inclinación hacia atrás de la cabeza y del busto, etc.); en el plano intelectual se restringe el universo sensible y hay pobreza de «mobiliario del espíritu»; en el plano afectivo ya hemos señalado que existe un repliegue egocéntrico.

Estos males se pueden remediar en parte hablando al bebé y haciéndole notar nuestra presencia cuando está despierto y multiplicando en torno suyo los excitantes sonoros y táctiles (juguetes inofensivos, objetos de uso). No se le debe tener por destructor si golpea, arruga, rompe, desmonta un poco más que otro niño: ésto es para él una necesidad, es su forma de adquirir lo real y de gastar un excedente de energía. En el momento oportuno se le estimulará para que se siente, para que se levante, para que suba o baje peldaños; se le mezclará con otros niños de su edad. En resumen, se le debe tratar en todo lo posible como a un ser normal, añadiendo un poco más de intervenciones estimulantes, de precauciones, de vigilancia, de contacto afectivo y de seguridad, pero sin exceso.

Aunque nunca es conveniente, salvo en casos excepcionales (clima familiar inadecuado), apartar demasiado pronto al niño disminuido de la ternura maternal para confiarlo a un internado, sin embargo, no se ha de diferir demasiado, por móviles sentimentales, su integración en un medio escolar. La elección de escuela depende de la doctrina pedagógica (los americanos por principio se oponen a la segregación en una «institución»); ésta depende en parte de los medios intelectuales y del tiempo de que disponen los padres y en parte de la salud, de las aptitudes y de las necesidades del niño. Si la madre puede colaborar activamente en la educación de su hijo o de su hija, la asistencia a un jardín de infancia y más tarde a un establecimiento escolar normal es posible y puede dar buenos resultados.

Se han multiplicado en el mundo entero las escuelas especiales para niños ciegos desde que en 1784 Valentin Haüy fundó en París la primera. Estas se proponen atender a todos los problemas educativos de sus alumnos, desde la maternal hasta la preparación profesional. La instrucción propiamente dicha se basa en la práctica del sistema Braille. Cuanto más joven se inicie el sujeto en este sistema más rápidamente y mejor estará preparado para seguir sus estudios. El mate-

rial para la escritura (tableta y punzón) y para el cálculo (pequeños cubos con las cifras Braille que se disponen en un tablero) es muy sencillo. Los mapas, las figuras geométricas, los diagramas, son en relieve. Los programas, el contenido de los libros y los exámenes son iguales para los videntes y para los ciegos.

Pero la originalidad en la enseñanza a los niños ciegos no se reduce a sustituir por el relieve el blanco sobre el negro. Lo que le es específico es el esfuerzo de *normalización* de los sujetos confiados a este método.

En el plano corporal: se tiene particularmente en cuenta la salud en lo que pueda ser alterada por la concomitancia de la ceguera y de la sedentariedad en la infancia; la reparación eventual de los defectos físicos oculares que lo afean; mejoría de los residuos de visión; corrección de los tics. De aquí se deriva la importancia de la gimnasia, de las actividades al aire libre (juegos, escultismo, camping) y de la multiplicación de los contactos sociales.

En el plano intelectual: cultivar lo que pueda suplir sus deficiencias; enriquecimiento del espíritu en cuanto a imágenes concretas; lucha en contra de la excesiva adquisición verbal. Ya en la primera clase se proporcionará al niño disminuido la ocasión de examinar y utilizar utensilios e instrumentos corrientes que no siempre ha tenido ocasión o autorización de manipular cuando estaba en casa. Se le inducirá a que juegue a cartero, a bombero, a policía, a carpintero, a ama de casa.

En el empleo de su tiempo tendrán un lugar preeminente, durante toda la escolaridad, las lecciones de cosas y más tarde la observación y los experimentos. El taller de «trabajos manuales educativos», la «clase de destreza», las enseñanzas del hogar son, en una escuela para ciegos, organismos tan necesarios como la clase de idiomas.

En el plano profesional: excepto en lo que concierne a la música, que para los sujetos bien dotados exige una selección precoz y una formación sostenida, hoy en día se considera más importante preparar a los chicos para que más tarde puedan frecuentar centros que dependan o no del establecimiento y que los preparen para tal o cual técnica, que proveerlos de un oficio determinado. La duración de la formación propiamente profesional varía, según las actividades, de algunas semanas o unos meses (condicionamiento, tareas telefónicas standard o tareas especializadas de la industria) a dos o tres años (taller de costura mecánica, arreglo de pianos, masaje, estenotipia). Para que el éxito quede asegurado es necesario que la escuela haya cumplido su programa de preformación gestual y cultural.

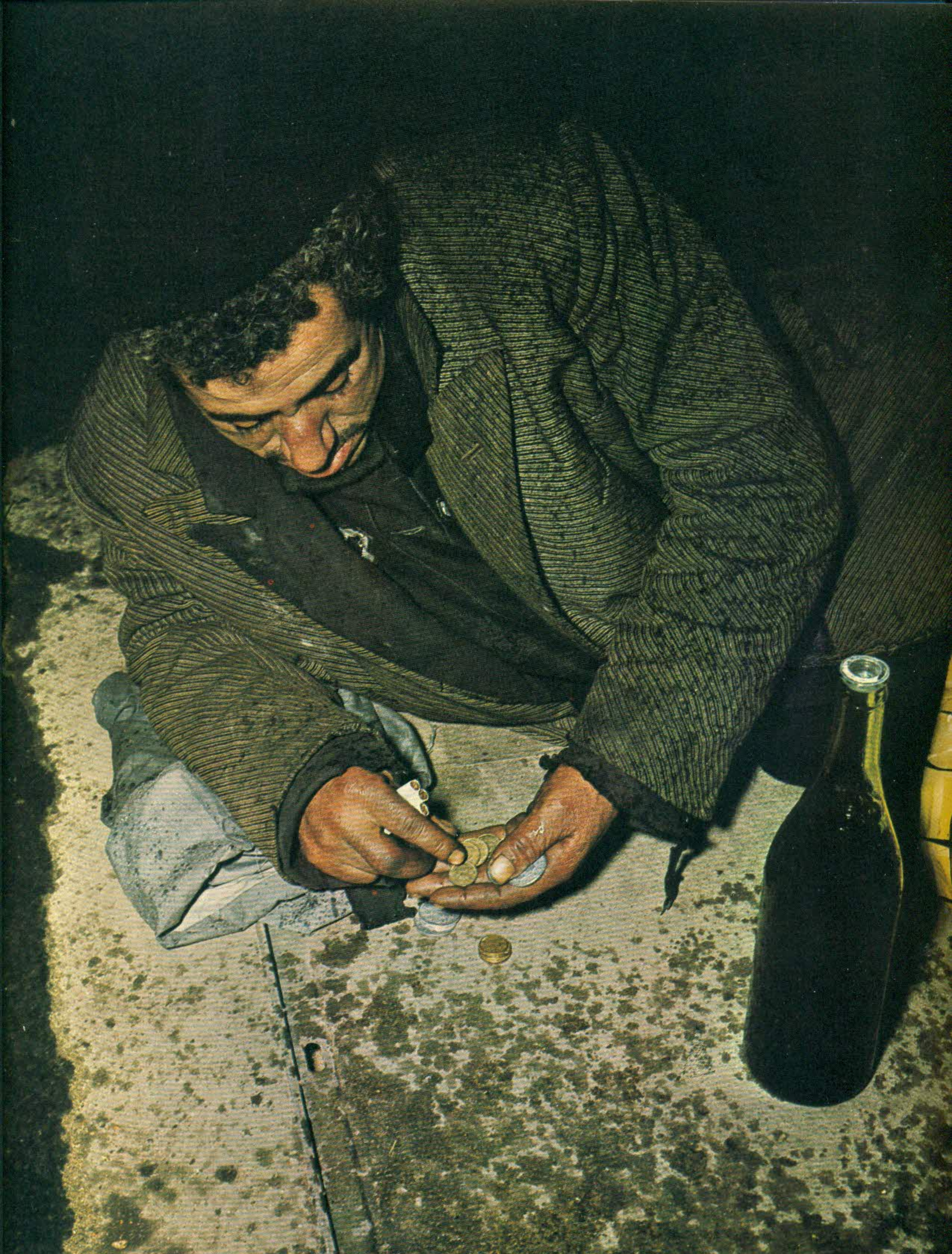
En el plano social: adquisición de independencia ambulatoria (circular sin guía) y epistolar (dactilografía), de los gestos socializados, de las costumbres; iniciación a los valores estéticos corrientes; lucha contra la apatía, incitación a la actividad; atenuación de las manifestaciones de apariencia asocial (reacciones inoportunas a los agasajos); puesta en



Es importante mejorar la enseñanza dada a los niños ciegos, pero aún más quizá orientar una política social específicamente adaptada, como lo han intentado, por ejemplo, los países escandinavos, que favorezca su integración en la sociedad. Los talleres para ciegos no son una solución. Reducir al ciego a ser un vendedor ambulante es un escándalo.

guardia permanente contra la tendencia a olvidar que puede ser observado; etc.

El tiempo es lo que más falta hace a los ciegos. La formación de éstos es una obra de prolongado esfuerzo y de todos los instantes. Su marco no es sólo la «clase», sino también el patio de recreo, los pasillos, el comedor y una colaboración con la familia es indispensable. Por suerte la ceguera no menoscaba esencialmente la naturaleza humana y cuando incide en una personalidad en una dirección que no es la admitida por la mayoría, no lo hace ni sobre todos los sujetos ni de una forma irreversible. Se debe juzgar el valor de una empresa por sus resultados. ¿Qué sería de los ciegos si no nos ocupáramos de ellos? Esto es lo fundamental. P. H.



ALEXANDRE VEXLIARD

el vagabundo

Entre las dos imágenes convencionales y en cierto punto extremas del inveterado gandul degradado por el alcohol y del dulce poeta anarquista, un sociólogo especialista en el estudio del problema de los vagabundos intenta aproximarse a la verdad remontándose al análisis de las condiciones que favorecen el vagabundeo: los casos específicos no nos deben permitir, sin embargo, ignorar las determinaciones sociales, como son la inestabilidad del trabajo eventual.

Tres grandes tesis se reparten la opinión pública: la que presenta el estado de vagabundo como consecuencia de una depravación moral y por eso reclama el refuerzo de los castigos previstos por las leyes penales; la que ve en el vagabundo una víctima de circunstancias, entre las cuales ocupa el primer lugar la injusticia social, y, por fin, la que adopta frente al vagabundo una actitud sentimental, romántica y que exalta en él una especie de «héroe de la libertad». Para la segunda teoría el remedio al vagabundeo residiría en una mejor organización de la asistencia, mas para la tercera sería conveniente dejar vivir al vagabundo a su aire, puesto que no es nocivo y una sociedad democrática debe admitir que «se necesita de todo para hacer un mundo». Expresadas de modo quizás más pedante, estas tres opiniones son también las de los «doctos»: juristas, psicólogos, psiquiatras y sociólogos. También para ellos los vagabundos son seres «asociales» inenmendables, víctimas de la sociedad, o individuos que presentan unas características psicológicas peculiares (emparentadas con la patología mental) y que no se pueden expresar más que por medio de palabras griegas.

Vamos a preguntarnos ingenuamente: ¿qué es un vagabundo? ¿de dónde viene? ¿cómo se convierte en vagabundo? Antes de abordar el punto de vista sociológico y psicológico haremos una breve reseña de su historia, puesto que es lo que mejor podrá iluminarnos sobre su situación actual.

De uso relativamente reciente (principio del XX o fines del XIX) se ha utilizado la palabra *clochard*, que es una designación familiar y más bien amable de *vagabundo*, que en otro tiempo era considerado como temible. En París, como en todas las grandes ciudades de Europa e incluso de América, existen barrios de *clochards*. Es digno de tenerse en cuenta que estos mismos barrios se habían considerado como refugios de gente poco recomendable, hace de ésto trescientos años o más. Un hecho que también debe tenerse en cuenta es que su número ha disminuido considerablemente, no sólo en porcentaje, sino también en números absolutos. Si en nuestros días, según la estación, se puede evaluar en 10.000 ó 20.000 el número de vagabundos que hay en París, en cambio a principios de siglo eran más de 100.000: ¡era su «belle époque»! En el primer censo de París, en 1272, se señalaban 50.000 «vagabundos, mendigos y gente de mal vivir», en una población de 220.000 habitantes, lo que representa una cuarta parte de dicha población; al lado de ésto sólo se contaban 11.000 artesanos y trabajadores agremiados en 130 corporaciones. Entre 1272 y el fin del siglo XVIII, la población de París cuenta entre 30.000 y 80.000 «mendigos indigentes y vagabundos», que representan desde un décimo a una tercera parte de la población total. Lo que se ha dicho de París vale también para las grandes ciudades de provincia, así como para la mayor parte de ciudades de Europa.

¿Qué son, pues, los vagabundos *(clochards)* contemporáneos que no representan más que un medio por ciento de la población parisiense? Son con toda exactitud descendientes de los vagabundos de antaño. Como aquéllos, son en su inmensa mayoría campesinos, obreros agrícolas. Pero las calamidades que en otro tiempo asolaban los campos revestían un carácter mucho más grave, masivo e irremediable. Los campesinos se veían expulsados de sus pueblos por frecuentes olas de hambre, por epidemias, por inundaciones, incendios, así como por guerras, revueltas, expropiaciones y, sobre todo, por los impuestos; en una cierta época la palabra «truhán» designaba al campesino al que arruinaron los impuestos.

A pesar de los tenaces prejuicios en favor del pasado, la solidaridad humana es en nuestros días mucho más activa y eficaz. Por consiguiente, la situación del vagabundo es hoy considerada como un destino individual que es objeto de sorpresa o indignación. Pero el vagabundo tipo es el obrero agrícola, el obrero temporero y migrador; puesto que la mano de obra que el agricultor necesita es numerosa, móvil, temporera, en una palabra «inestable». En primavera el trabajador temporero, sobre todo en los alrededores de las grandes ciudades, está ocupado en la recolección de los frutos primerizos; luego se van a otra parte a cavar remolachas, a arrancar patatas tardías; luego viene la época de más traba-

El vagabundo contemporáneo no es más que el descendiente directo del vagabundo de otros tiempos.

jo, la de la vendimia, sobre todo en el Mediodía de Francia, a la cual sigue en el Norte la recolección de las remolachas. Todos estos trabajos requieren, por breve duración, una mano de obra masiva y exigen desplazamientos constantes a través del país; por este motivo los temporeros recorren verdaderos itinerarios trazados ya hace años, desde la primavera hasta el otoño. A veces la demanda de los trabajadores se hace por la radio. A pesar de la mecanización, los trabajadores temporeros corresponden a una necesidad. Los propietarios aseguran que prefieren con mucho esta clase de mano de obra a la de los mozos que deben mantenerse todo el año.

Es cierto que la agricultura es un quehacer inestable en cuanto a sus necesidades; pero el hombre que ha trabajado así durante varios años se vuelve también inestable. Además, en el transcurso de casi todos estos trabajos «se siente inclinado a beber», y a beber mucho. En invierno, el trabajador temporero tiene la ciudad como único recurso, puesto que en todas las épocas el campo ha sido poco acogedor para las «bocas inútiles». En la ciudad se pueden encontrar diversos trabajos ocasionales, particularmente en los muelles, y si es necesario asilos, comedores populares, restaurantes para *clochards,* que J.-P. Clébert ha descrito muy bien en *Paris insolite.* En primavera se ponen de nuevo en marcha para seguir el ciclo de los trabajos. Pero a partir de los cuarenta años, o antes, ya que este modo de vivir desgasta, el temporero es progresivamente menos contratado. Pronto, al avanzar la edad, será en todas partes el último en ser admitido y el primer licenciado. Añadamos que es una profesión mal retribuida, irregular y mal protegida por las leyes sociales.

A los vagabundos de edad avanzada, que representan el caso típico, se añaden a veces otros jóvenes, sobre todo en nuestros días. Se trata igualmente de «trabajadores rurales». Han llegado a la ciudad como respuesta a las llamadas de las grandes fábricas que envían equipos de reclutamiento, sobre todo a las regiones pobres como Bretaña o Auvernia: los salarios prometidos parecen considerables a estos jóvenes campesinos. Tales llamadas se lanzan en momentos de excesivo trabajo: por ejemplo, antes de que aparezca un nuevo modelo. Pero además de que las promesas del equipo de reclutamiento no siempre son mantenidas, y en especial las que se refieren a vivienda, los recién llegados son muchas veces despedidos al cabo de unos meses de trabajo. Como las fábricas de una misma categoría suelen despedir a sus obreros en un mismo momento, no es fácil hallar entonces un nuevo empleo. Se acepta entonces algún trabajo mal pagado en casa de un pequeño artesano. El salario escaso acarrea privaciones, cansancio y finalmente la enfermedad. A la salida del hospital, para el hombre que no tiene medios el único refugio posible es el asilo, la calle, el comedor popular, es decir, el vagabundeo [1]. Cuando se inicia esta pendiente es prácticamente imposible remontarla, a menos que exista una ayuda externa importante que de momento no está organizada. Hay que decir, en honor de la verdad, que no es ésta la suerte que corren todos los jóvenes campesinos que acuden a la ciudad. Pero es casi un hecho falta que cada año un cierto tanto por ciento, aunque sea débil, de estos recién llegados acabe perdiéndose así irremediablemente.

Cuando se ha llevado la vida de vagabundeo durante varios años, los obstáculos que impiden el retorno a una existencia normal no son ya solamente de orden económico y social, han adquirido un carácter psicológico. La personalidad ha sufrido *profundas transformaciones internas por el hecho de la existencia asocial impuesta.*

La primera fase de esta transformación es el período de actividad, la búsqueda de un trabajo en vistas a volver al estado anterior considerado como normal. El individuo no se da cuenta de que visto desde fuera ya forma parte del mundo de los vagabundos, aunque él no lo reconozca como suyo.

En una segunda fase, *pasiva,* el mundo extraño y nuevo de los vagabundos se vuelve familiar para él; y, por el contrario, el otro universo, el universo «normal», se le aparece como hostil e incluso extranjero; pero la esperanza de salir del estado actual habita aún en él, aunque las normas morales antiguas empiecen a tambalearse.

La tercera fase volverá a ser *activa:* pero esta actividad esencialmente interior le llevará a romper con el pasado, a instaurar en él el mundo nuevo, con su moral y sus reglas de conducta y a rechazar el universo «normal», con todo lo que hay en él de respetable, admirable y también a rechazar los sentimientos que se cultivan en este universo y en particular los de seguridad y de confianza. Este universo «normal» acusa injustamente el «incapaz», el «perezoso», el «despreocupado»; a causa de esta injusticia hay que rechazarlo porque está lleno de iniquidades y de ingratitudes. Es necesario rechazarlo para encontrar de nuevo la paz interior, una tregua para las dudas, las angustias, los conflictos íntimos. Desde este momento se empieza a beber voluntariamente despreciando el mundo normal para no despreciarse a sí mismo.

La cuarta fase, *pasiva,* es la de la *resignación* definitiva. Se desprecia el mundo normal y por otra parte se valoriza el nuevo ambiente; el hombre no puede vivir en estado de continua autorreprobación. En este momento el vagabundo adopta una actitud calificada de *filosofía libertaria.*

En realidad se trata de otra cosa. Lo que se ha producido en el transcurso de esta lenta y profunda transformación de la personalidad es una *degradación de las necesidades bajo su forma socializada, una deteriorización de su jerarquía.* Pero la estructura de la personalidad descansa sobre una organización jerárquica de las necesidades (se sacrifican ciertas necesidades a otras que se consideran superiores) y sobre su desarrollo y su fuerza. A fin de evitar perífrasis, hemos propuesto llamar *adeesis* (utilizando la palabra griega que significa «ausencia de necesidades») a este estado de degradación de las necesidades, que resulta de la perturbación de su jerarquía; a esta perturbación la sociedad normal es particularmente sensible; el vagabundo *escoge y prefiere* lo que no parece preferible a los ojos de la sociedad. La *adeesis* resulta de un largo hábito de renuncia que en ningún modo es voluntario. Es a ella a la que en gran parte se deben atribuir

1 N. T. En francés la «cloche».

los principales defectos que se reprochan al vagabundo: la pereza, la inestabilidad, la asociabilidad. Porque el desarrollo del amor al trabajo y al esfuerzo, así como en gran medida el de las actitudes, los talentos, está subordinado a la expansión de las necesidades; si éstas no existen el esfuerzo resulta inútil, incluso absurdo. Es en el transcurso de su vida que el vagabundo ha aprendido a *renunciar:* primero a la satisfacción de las necesidades, luego a las necesidades mismas y antes que ésto al trabajo, al esfuerzo y a los lazos sociales estables.

En este estudio, ¿qué hemos hecho de los vagabundos «pintorescos», estos licenciados en filosofía o en derecho que según dicen se han hecho «vagabundos por vocación»? Es cierto que existen, pero representan un porcentaje ínfimo de la población de vagabundos (probablemente del uno al cinco por ciento). Pero son éstos los que siempre hablan a los periodistas, porque el vagabundo que forma parte de la masa anodina tiene dificultad en expresarse. Ocurre además que los periodistas «fuerzan» a veces sus escritos. Tal vagabundo, que fue vaquero, recibe de sus compañeros el sobrenombre de «el filósofo» porque lleva siempre libros en su zurrón: éste dará nacimiento a un título periodístico de este estilo: ¡«Profesor de filosofía que se hace vagabundo»!

Hay que agregar que la población de los vagabundos siempre ha sido muy diversa, y que su mezcla ha variado según las épocas. Vemos entre ellos: mendigos con estado reconocido; salteadores de caminos y ladrones; vagabundos que en determinadas ocasiones forman en las bandas de los gángsters; bohemios, gitanos y un sinfín de individuos que ejercen profesiones ambulantes; hay también nómadas o simplemente «pobres». En todos estos casos el vagabundo *se caracteriza esencialmente por la ausencia de lazos sociales reconocidos, de status social, aunque viva en el marco de una sociedad a la que pertenece.* Pero la etimología de la palabra vagabundo no se ajusta a su significado, porque el errar no es el elemento esencial de su estado; en cambio, la expresión medieval «sin casa ni hogar» (o sea: sin nadie que responda por él, sin bienes ni vínculos) traduce mejor, tanto para el sociólogo como para el jurista, su naturaleza.

¿Se pueden proponer remedios al vagabundeo? Hay un hecho evidente: que el vagabundeo, considerado durante varios siglos como «el mayor azote de los tiempos», ha desaparecido, al menos bajo sus formas masivas y peligrosas, sobre todo a partir de 1930, en la mayor parte de países industrializados. Esta desaparición es una consecuencia de la gran trama de leyes sociales instauradas a consecuencia de la crisis económica de 1929, que había rechazado de la comunidad decenas de millones de parados sin una responsabilidad individual, aunque se haya intentado demostrar lo contrario.

Este resultado no se obtuvo por el refuerzo de las leyes penales y, sin embargo, marca una fecha en la historia de la humanidad. Es sabido que muchos jueces franceses e ingleses rehúsan aplicar a los vagabundos las leyes vigentes que hacen referencia a ellos. Estos jueces consideran que el «vagabundeo es un delito prescrito». Por el contrario, otros reclaman el refuerzo de las leyes penales y pretenden erigir en delito la «ociosidad del pobre». Hoy en día existe un pequeño núcleo de vagabundos de todas las edades que escapan aun a la trama de leyes sociales; ya hemos visto porqué razones y porqué mecanismos. Si *de veras no se quiere* que este núcleo engrose en el transcurso de los años próximos — cosa a prever por el nuevo movimiento acelerado de urbanización — es posible poner en marcha tres medidas eficaces.

Para *prevenir* el vagabundeo tardío de los *trabajadores agrícolas* es necesario *organizar* esta profesión de manera que la búsqueda de trabajo no sea guiada por los desplazamientos casuales; también deben organizarse las posibilidades de clasificar de nuevo a estos hombres a partir de cierta edad. El Ministerio de Trabajo ha creado organizaciones de este estilo, sobre todo en la región de Bannalec (Finisterre).

Sería conveniente crear *casas de acogida* como *remedio preventivo* ofrecido a los trabajadores jóvenes que van a la ciudad en busca de empleos y que suelen encontrarse desamparados; encontrarían en ellos un amparo provisional, una asistencia material y moral y un lugar en que podrían facilitárseles las condiciones de aprendizaje de un oficio calificado. Esta creación está preconizada por diversos organismos y asociaciones de jóvenes trabajadores del campo.

El caso más difícil es el de los individuos que han vivido durante varios años entre los vagabundos y cuya personalidad ha sufrido profundas transformaciones de las que ya hemos hablado. Es posible ofrecer la oportunidad de un regreso a la existencia normal al menos a aquellos que manifiesten este deseo; más tarde se intentaría solucionar el caso de los otros. Sería necesario, por ejemplo, crear «centros de readaptación»; dos o tres serían suficientes para Francia. En el plano administrativo, estas casas podrían compararse a los «centros de readaptación al esfuerzo» creados por la Seguridad Social para los convalecientes de largas enfermedades. Pero deberían utilizarse métodos específicamente adaptados al caso de los exvagabundos. Cabe esperar que el éxito obtenido en estos centros podría atraer a los vagabundos que no se sentían voluntariamente inclinados a tal modificación.

En el actual estado de cosas, se puede ya considerar, desde el punto de vista técnico y administrativo, la posibilidad de adoptar tales medidas preventivas y terapéuticas, siempre que sea sincero el deseo de promover estas realizaciones con el fin de *hacer desaparecer el estado de vagabundo.* Sea como fuere, la sociedad no puede otorgarse el derecho de tratar como delincuentes a hombres que han dedicado una parte de su existencia a ejecutar tareas ingratas.

Por manifiesta imprevisión la sociedad abandona a estos hombres a un estado precario y, en su inconsciencia, piensa en reforzar los castigos previstos para los vagabundos: no se puede hallar mejor ejemplo de un mecanismo de defensa contra la mala conciencia colectiva.

Pero si no se pone remedio a esta forma de declinar humano, por lo menos es necesario reconocer que no tenemos derecho a castigar a estas víctimas de las circunstancias y de una serie de infortunios que a veces se llaman fatalidad.



ALAIN GIRARD

el inmigrado

El inmigrado es también un marginal social; muchas veces radicado de manera imperfecta en la sociedad en que se instala, participa a la vez y de diversas maneras en dos grupos socioculturales distintos. Kurt Lewin subrayaba la analogía de las situaciones y, por consiguiente, la analogía de conductas entre ciertos inmigrantes y los adolescentes en general. La inmigración responde a necesidades socioeconómicas definidas que sin duda serán cada día más frecuentes.

Los hombres de todos los tiempos se han desplazado y la población de la tierra, incluso en su realidad actual, refleja la historia de las migraciones. La época moderna y contemporánea no escapa a esta regla y la expansión de los medios de comunicación, aliada al crecimiento de la población, ha influido en la amplitud de los movimientos migratorios. Sin hablar de las migraciones que se producen en el interior de un país, y que muchas veces son considerables, las revueltas políticas o las dificultades económicas cada año determinan la marcha en todos sentidos a través de las fronteras de su país, e incluso de uno a otro continente, de miles de individuos.

Este fenómeno es universal, pero ciertos países son preponderantemente de emigración: la Europa mediterránea, China u Oriente; otros países son predominantemente receptores: las dos Américas, Australia y aun Israel. Algunos se han vuelto países de inmigración, como ha ocurrido en Francia desde hace más de medio siglo. Hoy ocurre incluso que algunos países que habían visto durante mucho tiempo marchar una parte de su población, como ocurría en Alemania, se ven obligados a contratar mano de obra extranjera. También pueden producirse movimientos simultáneos en sentido contrario: así, los ingleses siguen emigrando, mientras los malteses u otros extranjeros se establecen en Gran Bretaña.

El fenómeno es universal y permanente y se encuentra en numerosos países inmigrados de muy diversas procedencias, lo que no impide que en los últimos decenios un cambio importante se haya producido en los mecanismos que presiden los movimientos migratorios. Hasta 1914, y aun en el período que media entre las dos guerras, eran movimientos en su mayor parte libres y espontáneos; en cambio, hoy tienden cada vez a ser más organizados y controlados como resultado de acuerdos bilaterales o multilaterales acordados entre países. Se han creado también instituciones específicas a este fin en el seno de los organismos internacionales.

Las consecuencias que de ello resultan son diversas. En el plano global estos acuerdos y esta administración actúan con un efecto ligeramente frenador. En lo que respecta a los individuos, les ofrecen una ventajosa protección asegurándoles un contrato de trabajo y los beneficia con las leyes sociales del país que los recibe, lo que impide que puedan encontrarse desamparados. La imagen del emigrante encajonado con su pobre equipaje en la bodega de un barco y que a veces no consigue llegar a su destino, ya no corresponde a la realidad. Pero como contrapartida esta organización puede a veces paralizar su iniciativa. Si se encuentra con dificultades graves al término de su viaje le es posible culpar de ello a los demás y ésto puede desarrollar en él los gérmenes de una especie de reivindicación.

La situación psicológica del inmigrado

En todo caso, como hoy en día no existen ya tierras vírgenes que puedan ser colonizadas, los que emigran se establecen en comunidades nacionales, constituidas desde antiguo, con sus tradiciones políticas y religiosas, su idioma y su sistema institucional, es decir, con una cultura particular que les define como a tales y a la cual los autóctonos sienten muy vivamente que pertenecen.

Por contra, los inmigrantes traen otra cultura profundamente enraizada en su conciencia y que ellos no juzgan inferior, tal como hacían los antiguos con sus dioses lares. Desde el punto de vista psicológico y social, el fenómeno de la inmigración consiste fundamentalmente en el encuentro, en un mismo territorio, de hombres que pertenecen a culturas diferentes y de los cuales unos se hallan en gran mayoría. ¿Cómo se establece y se desarrolla este encuentro? ¿Siguen al mismo tensiones y choques, o bien los recién llegados se confunden con mayor o menor facilidad con la comunidad

Los inmigrados aportan una cultura diferente enraizada en su conciencia.

que les recibe? Y ésta, por tal circunstancia, ¿se transforma poco a poco?

No se puede asegurar con rigor, pero implica que la inmigración o, mejor dicho, la integración de los inmigrados en una comunidad nacional es un fenómeno que presenta dos facetas. Los autóctonos experimentan respecto a este cuerpo extraño, más o menos numeroso y diversificado, sentimientos propios y siempre hostiles en mayor o menor grado, tanto si son manifiestos como si no lo son, y que a su vez actúan sobre el ánimo de los inmigrados. Estos no se han alejado de su patria con satisfacción y alegría, sino porque fueron impelidos por circunstancias difíciles, porque no encontraban allí un lugar para ellos. Por este hecho ya han sufrido un shock profundo, un verdadero trauma, que no podrán curar en toda su vida. Han vivido una dramática experiencia, desconocida para los que viven en su país, y que agudiza su sensibilidad.

Ya no son nacionales de su lugar de origen, aún no son nacionales del país que los recibe, cualquiera que sea su situación jurídica. Tendrán que establecerse en una particular situación psicosocial: la del inmigrado. La asimilación, en tanto que tal, no existe.

En los grupos de inmigrados, sea cual fuere su nacionalidad o su medio, en cada uno de los individuos, por diferentes que puedan ser en cuanto al carácter, se encuentran en algún grado los rastros permanentes de una misma aventura: la de su trasplante. Sus vidas se desarrollan todas en torno a un mismo paisaje interior, no se vuelven semejantes a los nacionales, ni por su comportamiento ni por sus sentimientos, y continuará así hasta el último de sus días. Casi podría decirse en la misma medida en que un rubio nunca será moreno, o el contrario. No son inmigrados, pero acaban siéndolo, es decir, siguen siendo hombres al margen.

El problema para el inmigrado consiste en adaptarse, y por este motivo la noción de adaptación responde más que la de asimilación a la evolución de la cual es a la vez teatro y actor. Las etapas de esta adaptación le van alejando de sus compatriotas. Gradualmente adquiere un aspecto propio que le distingue de ellos, sin que por otra parte le identifique con los nacionales Es diferente de unos y de otros.

La evolución del inmigrado

Su vida se organiza a partir de una ruptura en el momento de su marcha y su esfuerzo principal consiste en compensarla. En su existencia hay dos partes: la del pasado, que no puede abolir y que permanece en su conciencia a pesar del cambio, y la del presente, que debe vivir. Si su modo de ser y sus sentimientos pueden sorprendernos es porque están marcados por esta doble pertenencia, la original y la adquirida.

Todo lo que para el nacional es sencillo y no tiene necesidad de explicación, constituye para el inmigrado un universo desconocido, que a cada instante le recuerda su vida partida en dos. Aprende el idioma con más o menos rapidez, según sus dotes, pero por bien que consiga hablarlo siempre se le reconocerá como a extranjero, como a alguien que no es *de casa,* como a un miembro *fuera del grupo* y no *del grupo.*

Deberá elegir una residencia, encontrar una vivienda. Con frecuencia se le ve cambiar de lugar y quizá se nos ocurra reprocharle una inestabilidad natural. Pero este ser errante, que se ha puesto en camino a causa de una falta de porvenir en su propio país, en realidad va a la búsqueda de su estabilidad y, por el contrario, está obsesionado por la idea de poder por fin detenerse y decir: ésta es mi casa, el lugar en que mi vida quedará establecida permanentemente de ahora en adelante.

El empleo constituye su preocupación constante. Necesita y desea tener éxito. Necesita trabajo imprescindiblemente, puesto que el paro le ha echado de su casa. A veces se dice: «los mejores son los que emigran», sin que jamás se haya intentado iniciar a una clase de prueba para validar esta afirmación. Lo que sí es cierto es que los que han conseguido adaptarse, que se han fijado, han demostrado un grado de paciencia y tenacidad poco común.

En general, los inmigrados no saben como deben comportarse en las gestiones más sencillas ni saben como deben presentarse a una persona o en un despacho. Toda su cultura se ha formado en otra parte, tiene otro contexto. Todo lo que saben los nacionales sin necesidad de aprenderlo, ellos no lo conocen. La cultura adquirida durante la infancia será ya para siempre un bien inalienable, un bien que no circula en el extranjero, como ocurre con la moneda de otro país.

La adaptación

Viven con el recuerdo de su pasado, y el problema consiste, en cierto sentido, en no recaer en este pasado y en establecerse finalmente sobre bases sólidas. ¿Al precio de qué alteración de su personalidad lo conseguirán? El rasgo sobresaliente parece ser la modificación que se impone en sus costumbres o modos de vida y al mismo tiempo la persistencia de éstos. En cuanto al vestir las cosas son relativamente fáciles y la presión del medio vence ciertas preferencias; pero aun así, en muchos países el inmigrado puede reconocerse en la peculiaridad de su atavío. A pesar de que adopte nuevas costumbres culinarias sigue atado a ciertas formas de alimentación que se manifiestan los días festivos y que son una ocasión de revivir el pasado, de «comulgar», si podemos decirlo así, con sus antiguos compatriotas bajo las especies de un pastel preparado con sabiduría según una receta de su país. Aunque lean los periódicos nacionales leen también la prensa de su país de origen, del que escuchan si pueden las emisiones radiofónicas. El mismo fenómeno aparece en diversos aspectos de su vida exterior, que expresan su adaptación al nuevo ambiente en mayor o menor grado según sus aptitudes

personales. Se acerca a los nacionales, pero no se hace semejante a ellos.

Pero al mismo tiempo, y en la medida en que se ha adaptado, se aleja de sus compatriotas de origen. Es, y sigue siendo, diferente, y es en esta diferencia y en la clara conciencia que de ella tiene donde reside la esencia misma de su dramática situación psicológica.

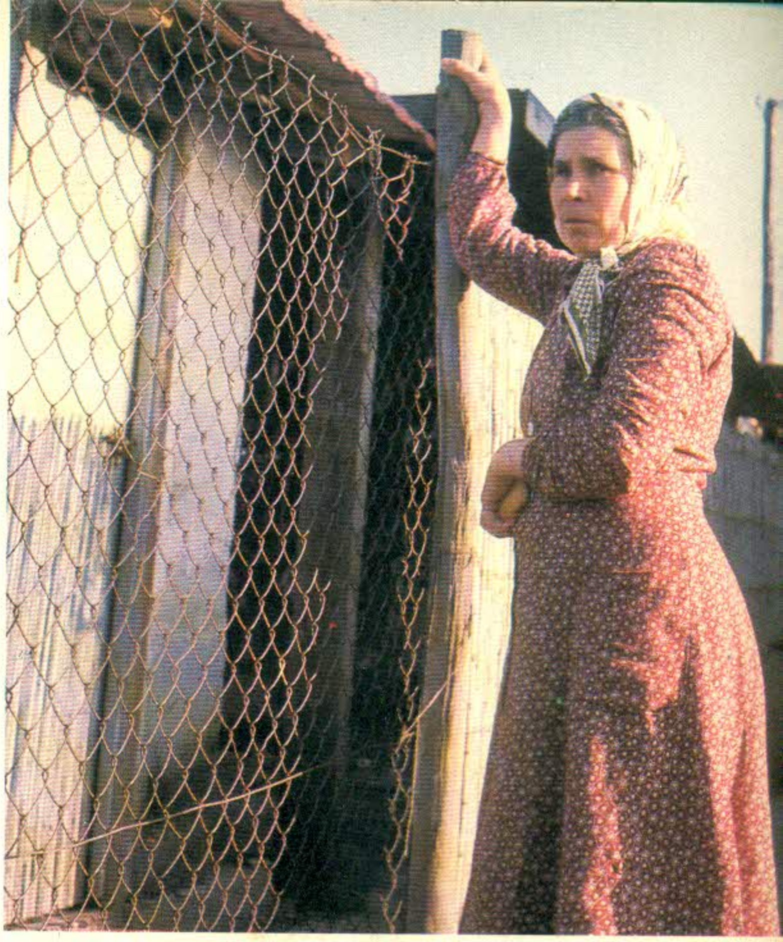
El inmigrado con su familia constituye un islote en el seno del país en donde se despliega su actividad; aunque pueda vivir sin un hiato permanente entre él y los que le rodean, sin embargo, sigue estando al margen. Su memoria no se funde con la memoria colectiva del país que le acoge. No consuena al unísono con lo demás; no está en armonía.

La participación social

El comportamiento político del inmigrado nos proporciona el índice de esta situación separada que le caracteriza. No hay nada tan falso como presentarle como a un agitador, como a un agente del extranjero, como a veces se le ha representado. Es posible que algunos individuos aprovechen una corriente de inmigración para infiltrarse y actuar, pero no son verdaderos inmigrantes. Estos, en realidad, han cortado los grandes lazos políticos cuando han abandonado su patria. Aun cuando señalen preferencias por tal o cual sistema o expongan opiniones, el hecho dominante parece ser el no participar de la vida política del país que los recibe. La política es para ellos un mundo cerrado, hecho de imponderables que no puede captar y al mismo tiempo un mundo peligroso la entrada en el cual podría comprometer su status. Para ellos una buena política es la que les permita trabajar en paz y asegurar su posición social.

La práctica religiosa ofrece aún un ejemplo más explícito de su poca participación social. Si pertenecen a una religión distinta de los autóctonos, no podrán practicarla más que en la medida de que se les ofrezcan lugares de culto y esto contribuye a separarles aún más. Pero si pertenecen a la misma religión, la católica en el caso de italianos, polacos, españoles o portugueses que se establecen actualmente en Francia, parece que no tendría que haber problema para ellos. Pero a pesar de esta apariencia, la observación de la realidad y de los comportamientos revela que no ocurre así.

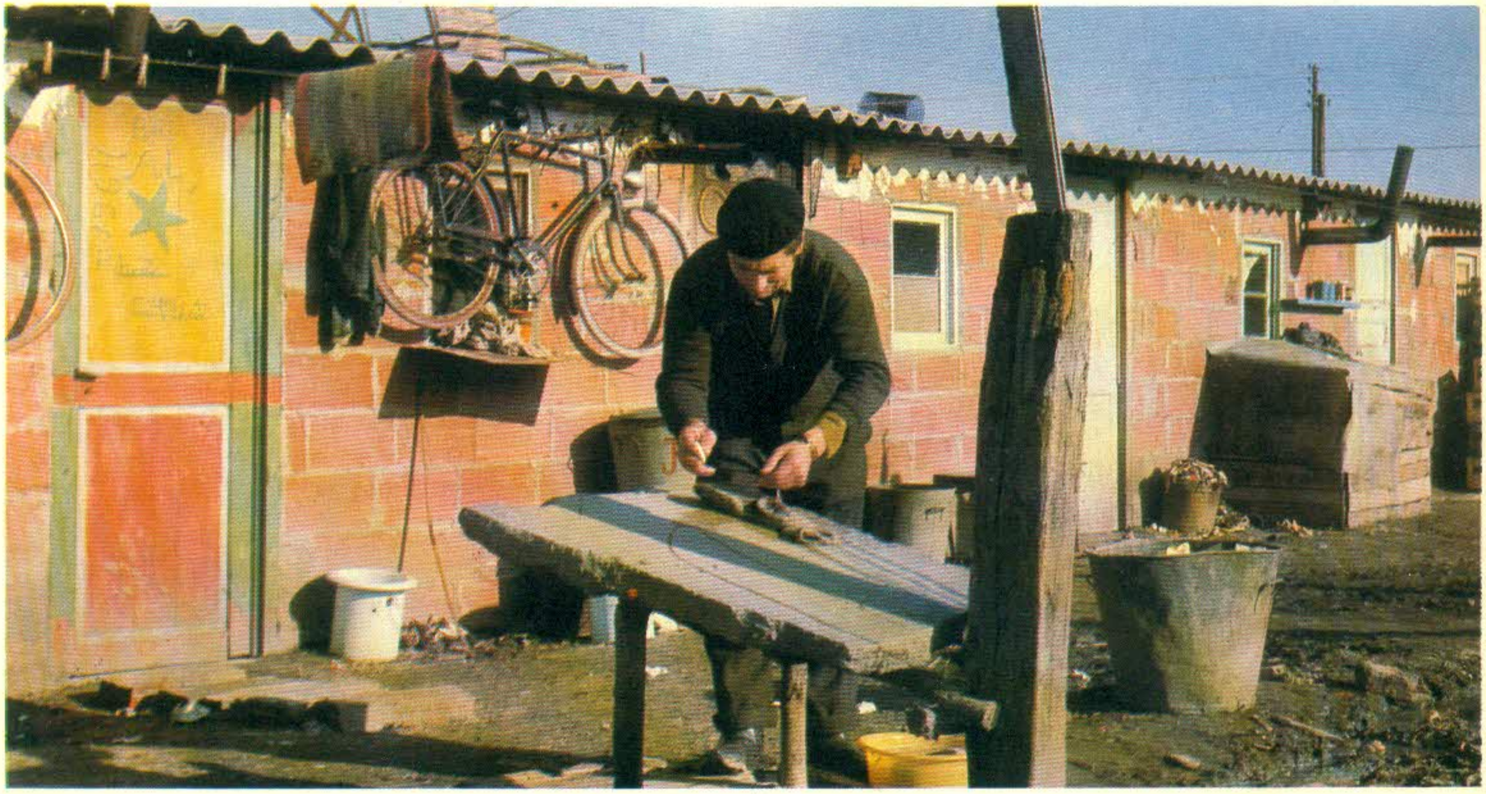
Es cierto que algunos de ellos se refugian en la piedad exterior y frecuentan las iglesias como solían hacerlo en su país; otros, sufriendo la presión de un medio menos religioso, se apartan de la práctica; pero como término medio la situación es distinta. Un campesino polaco que habita la región de Aisne, o los italianos que residen en el Lot-et-Garonne, o los obreros o comerciantes italianos de la región parisiense, ya no son ni «pascuales», ni «miseros», no porque hayan renunciado a sus creencias, sino por falta de iglesia o capilla y sobre todo por falta del ministro del culto de su nacionalidad. Aunque aleguen que se han dejado llevar del ambiente, o las dificultades de expresión, o la falta de tiempo, el hecho es incontestable. Tanto si se celebra en Roma, como en París o en Varsovia, como si se celebra en las iglesias de pueblo, el oficio sigue siendo el mismo y, sin embargo, a los ojos de los inmigrados no es el mismo, no hay la misma atmósfera y se ha perdido un cierto contacto natural. Los sentimientos religiosos, ligados por la educación a los estados de ánimo más antiguos del individuo, están marcados por un sello nacional y tienen una coloración que no puede borrarse por el mero hecho de pasar una frontera.



El inmigrado que ha dejado su país de origen porque no veía ningún porvenir, quisiera poder decirse: ésta es mi casa, el lugar en que mi vida quedará establecida para siempre. ¿Pero, qué vida? ¿Qué casa? Las míseras barracas existentes en las puertas de París no son una solución.

La noción de contrato y el sentimiento de diferencia

De este modo se va dibujando poco a poco el verdadero paisaje interior del inmigrado y él se establece en su situación psicológica de inmigrado. Lleva dentro de él la noción muy viva de un contrato que le liga al país que lo acoge. En verdad es a él a quien le interesa ir a este país y es un interés suyo el de subsistir y prosperar allí. Pero tampoco olvida que el país que le acoge también tiene interés en su llegada y que en muchos casos incluso la ha solicitado. Lo que le embarga es un profundo sentimiento de diferencia. No se trata de un «complejo», y aún menos de un complejo de inferioridad



Para conseguir adaptarse en el país que le recibe, el inmigrado debe dar muestra de una paciencia y de una tenacidad poco comunes. La vivienda, la alimentación, los transportes — y sobre todo la búsqueda de empleo —, todas las circunstancias de la vida, le plantean problemas angustiantes.

que podría provocar en él reacciones agresivas, sino propiamente de un sentimiento de diferencia.

Aunque la desee o la obtenga, la nacionalización no modifica esta situación en sus componentes esenciales. Será el signo de una adaptación más avanzada, reconocida como a tal, tanto por él mismo como por los nacionales, pero en nada cambia la estructura de su personalidad. El inmigrado intenta encontrar su interés en la nacionalización, como el país que le acoge había encontrado ventaja con su llegada: de alguna manera podríamos decir que representa la consagración jurídica de este contrato implícito que les une el uno al otro. Además, es signo de que los intereses del inmigrado se han anclado en su nuevo país. La prosperidad y la estabilidad de este país le importan más que las de su patria. Es una razón para que no sea un elemento subversivo.

Pero el inmigrado necesita un refugio que compense los choques que experimenta con el medio ambiente, y lo encuentra en la vida privada, en el seno de su familia. Allí se hacen concretos los lazos que le unen al pasado en su relación con su esposa y sus amigos inmigrados como él. La continuidad necesaria a toda existencia se restablece en la evocación del pasado, en la conservación de las tradiciones. La vida de familia suele ser muy intensa entre los inmigrados. El esfuerzo de los padres encuentra una justificación y un sentido en su preocupación de dar a sus hijos lo que les ha faltado: seguridad para el presente y para el día de mañana, abertura hacia el porvenir.

Pero los niños que han nacido y crecido en el país que les acoge, y que por consiguiente no tienen ningún pasado en otro lugar, se encuentran de pleno con sus camaradas que frecuentan en la escuela y de los que comparten los juegos y los gustos. Sin duda a veces son bilingües y pueden relacionarse con sus padres en una lengua extranjera (que la mayor parte de veces no saben escribir), pero aparte de esto nada permite decir que se distinguen de los jóvenes autóctonos. Los matrimonios mixtos, que suelen ser bastante frecuentes, consagran este parecido. Es el correctivo o el complemento que puede introducirse en el análisis precedente: el inmigrado, tanto si se ha nacionalizado como no, nunca será «asimilado», será hasta el último de sus días un inmigrado, distinto de los nacionales, pero la situación será muy distinta para sus hijos: han nacido de padres extranjeros, pero esta circunstancia es para ellos un hecho de estado civil y no un problema mayor.

Esta constatación permite añadir un último rasgo que lleva al extremo el sentimiento de diferencia que puede experimentar un inmigrado. El que busca en su familia un refugio, el que trabaja para sus hijos, se encuentra pronto

en presencia de seres diferentes de él. Pero él desea esta diferencia, él mismo la labraría con sus manos. Todo es necesario para que sus hijos no conozcan la ruptura de una separación y más tarde las dificultades de adaptación y el peso del sentimiento de diferencia. El mismo vela por su instrucción y educación en el seno de su nuevo país. Esta conducta pone de manifiesto su lealtad, hecha de respeto por su propia personalidad y por la de sus hijos y no de proclamaciones de fidelidad. No se le puede pedir que experimente sentimientos que en su fuero interno reserva a su primera patria, a la tierra de su infancia, pero admite y desea que no sea lo mismo para sus hijos.

Así se difumina lentamente una esperanza profunda que todo inmigrado lleva dentro de sí y más o menos consciente en el momento en que emigra: la esperanza de volver un día a su país en el crepúsculo de su vida, para descansar en la tierra de sus antepasados. Pero la vida dispone de él de otra forma y sus hijos le fijarán en el país que le ha acogido. Así conservará el dolor por la decepción de una secreta esperanza.

La movilidad social

Antes de terminar debemos insistir sobre las condiciones de orden material o económico sin las cuales el proceso de adaptación de los inmigrados y de integración de sus hijos no podría producirse. La primera, *sine qua non,* reside en la existencia de una movilidad social en el país que les acoge, lo bastante fuerte para poder arrastrar a los inmigrados en su corriente. Estos tienden a adoptar los valores de la sociedad que les hace sitio. Entonces han realizado un movimiento de ascensión social al precio de un esfuerzo y de una tenacidad remarcables; se puede considerar que se hace una selección después de la llegada y que los más aptos se adaptan mejor. Los inmigrados no pueden elevarse mucho dentro de la jerarquía social, pero es suficiente un margen bastante reducido y sobre todo que sean conscientes de haber encontrado condiciones de existencia superiores a las que habían conocido en su país. Finalmente, si sus hijos pueden también crearse una posición y mantener o mejorar la de sus padres, el ritmo de integración se acelera. Además, los nacionales juzgan a los inmigrantes por sus éxitos y les aceptan tanto mejor cuanto más han triunfado. La movilidad social tiende así a reducir las tensiones virtuales o actuales entre la población autóctona y la extranjera.

A la inversa, la ausencia de movilidad social en el país receptor, tanto si es para el conjunto de inmigrados o para tal o cual categoría de entre ellos, constituye un verdadero obstáculo físico para su integración, que puede provocar las más peligrosas discriminaciones y que explica en parte las dificultades de ciertas inmigraciones, como las de los portorriqueños a Estados Unidos o la de los argelinos a Francia. En tal caso parece que la posibilidad de modificar el clima psicológico en que se mueven se base en actuar sobre las circunstancias económicas en que tales grupos se encuentran y en darles una formación profesional. El conocimiento recíproco de autóctonos e inmigrados sólo puede establecerse sobre un plano de igualdad.

Variaciones nacionales y variaciones individuales

La situación psicológica que acabamos de describir representa el punto medio, pero está claro que existen infinitas variaciones. La acogida en países nuevos, muy industrializados, como los Estados Unidos, o bien poco desarrollados, como Brasil, no es la misma que en países viejos, como Francia o Bélgica. En el crisol israelí se encuentran las más variadas nacionalidades y condiciones económicas y culturales. Las dificultades o los niveles de adaptación de los inmigrados no son evidentemente iguales en estos vecindajes tan diversos. También se manifiestan diferencias según los grupos, y los fenómenos no son rigurosamente idénticos en Francia, por ejemplo, para los polacos o los italianos, ni para los agricultores, los mineros, los comerciantes o los intelectuales. Los refugiados políticos tienen planteados problemas propios, pero, a medida que permanecen en el país de refugio, van interesándose en conocer los mismos problemas que los inmigrantes económicos.

Otra variable es la edad en el momento de la inmigración, y la situación de la mujer no es exactamente comparable a la de los hombres, en la medida en que al quedarse en casa están más aisladas y tienen menos contactos con el medio ambiente. En el límite de lo expuesto podemos decir que no hay más que individuos, cada uno con su herencia, su historia y una inteligencia que sólo a él pertenece. Pero por reales e importantes que estas variaciones sean, se trata sobre todo de matices que dan una coloración peculiar a una situación general que se encuentra en todos los grupos y en todos los individuos en alguna medida, y que comporta un elemento dramático.

Esté donde esté, sea como sea, todo inmigrado lleva en su interior los estigmas de su trasplante. Pero según su propia vitalidad, y de acuerdo con las características del nuevo medio en que intenta enraizar, esta aventura le es favorable o, al contrario, hay peligro de que siga flotando a la deriva. Por muy personal que sea su decisión de partir y luego de permanecer en el lugar que ha escogido, será arrastrado por una corriente colectiva. Una parte depende de él, otra depende del ambiente.

El éxito de una inmigración, en el plano individual y en el plano social, se liga al encuentro armonioso de las virtualidades que aportan los inmigrados y de las posibilidades que les ofrece el país de recepción. Si falta uno u otro de estos elementos el inmigrado, que de todas formas siempre está al margen, puede volverse un ser asocial. En el caso contrario puede asumir su destino y servir en beneficio de las dos comunidades: de la que lo ha visto marchar y de la que lo recibe.



JULIETTE FAVEZ-BOUTONIER

el delincuente

El delincuente constituye el prototipo del marginal; se le considera fácilmente como un proscrito de la sociedad, puesto que él mismo, dicen, se ha colocado al margen de las normas. Pero, ¿por qué? ¿Se trata de una predestinación biopsicológica o es la consecuencia de una inadaptación en la cual el medio tiene una parte importante de responsabilidad? ¿Existen acaso criminales natos? ¿Qué es la infancia delincuente: la perversidad innata o la carencia de educación? No cabe duda que no existe un tipo único de delincuente; y la psicosociología de la delincuencia nos conduce por esto a examinar de cerca y con ojos y espíritu crítico los procesos de represión, prevención y «recuperación».

Aunque el delito no sea más que una de las tres categorías de infracción reconocidas por el derecho penal, siendo las otras dos las faltas y el crimen, el término de delincuente puede aplicarse indiferentemente a todo sujeto culpable de una de estas infracciones: la contravención de una simple ordenanza puede hacer un delincuente de cada uno de nosotros, si es que ya no lo era. Pero entonces se protestará contra la asimilación que se establece con frecuencia entre el delincuente y el criminal, aunque según los juristas, la palabra «crimen», en sentido amplio «engloba los actos castigados con penas criminales (es decir, los crímenes *stricto sensu*), los delitos y las simples contravenciones de ordenanzas» (R. Vouin y J. Léauté: *Droit Pénal et Criminologie,* p. 87). Quizá haya mucha sabiduría en este uso jurídico que nos conduce, en definitiva, a considerar que somos todos criminales de hecho o en potencia. Pero es al subrayar lo que puede distinguir al delincuente del hombre dicho normal que la psicología y la criminología se aprovechan de la libertad que autoriza el lenguaje jurídico y emplean con frecuencia indistintamente los términos de delincuente y criminal para designar el que es objeto de nuestro estudio: el hombre a quien se reconoce o que se reconoce a sí mismo como autor de actos prohibidos por la ley y que pueden tener consecuencias penales graves.

Causas de la delincuencia

¿Cómo puede un hombre cometer deliberadamente tales actos? Se ha de conocer la ley para someterse a ella: incluso el jurista, aunque piense que *nadie puede ignorar la ley,* admite que los sujetos que por razón de su juventud o de un estado mental deficiente pueden no tener conocimiento real de la ley y por esta razón deben forzosamente escapar de su rigor.

Hay también otra categoría de delincuentes que aunque conozca la ley se niega a reconocerla como válida: los criminales políticos que no escapan a las consecuencias penales de las leyes a las que niegan validez, pero en quienes las infracciones o los crímenes no les incluyen en el derecho común. Aunque no sean juzgados por tribunales de excepción, constituyen, entre los delincuentes, un grupo social que ningún criminólogo juzgará como representativo del hombre criminal.

Crímenes que en apariencia parecen políticos, como los atentados contra los jefes o los bienes que representan instituciones establecidas, pueden, sin embargo, ser cometidos por enfermos mentales de quienes el psiquiatra diagnosticará en general un estado patológico. Se trata muchas veces de paranoicos reivindicadores, de perseguidos-perseguidores con una temible capacidad de agresión. Es un hecho cierto que un número bastante importante de delincuentes y criminales se manifiesta afectado de enfermedades mentales. Los accesos de furia de un maníaco, el desespero destructor de un melancólico, los gestos sin sentido de un alucinado, los impulsos imprevisibles de un esquizofrénico, la ciega cólera de un alcohólico, en fin, todos estos actos que llevan el sello de la locura pueden convertirse en delitos o en crímenes, según las circunstancias. Es cierto que no todos los criminales están locos, pero dada la incuestionable influencia de la enfermedad mental sobre la delincuencia, nos tentará suponer que los criminales son enfermos afectados de alguna enfermedad que perturba su psiquismo hasta el punto de hacer posible, en determinados momentos, la distorsión que permite explicar su conducta. Una enfermedad como la epilepsia, que altera a veces la actividad cerebral y el comportamiento de sujetos que el resto del tiempo llevan una existencia normal, proporciona un modelo de estas alteraciones y trastornos de la salud mental por las cuales el hombre se convierte en un delincuente.

Vincent Van Gogh: Ronda de presos...

Pero, ¿podemos hoy aceptar esta hipótesis de que todo criminal sea un enfermo afectado en su cuerpo y en su espíritu? En primer lugar deberíamos asegurarnos de que no renueva, bajo una forma distinta, la célebre teoría de Lombroso, según la cual el criminal lleva en su cuerpo los estigmas de su destino: «criminal nato», su constitución física y sus inclinaciones hacen de él un ser que se distingue en grado sumo del individuo normal. Aunque se haya criticado con vivacidad el punto de vista de Lombroso, hemos de reconocer que continuamente reaparece la tentación que consiste en hacer del criminal un hombre diferente de los otros. Considerarle enfermo, de alguna enfermedad somatopsíquica aún misteriosa, ¿no es tomar de alguna manera distancia respecto a él?

Sabemos que el intento es vano y Etienne de Greeff, en sus trabajos de criminología, nos ha puesto en guardia contra el error que consistiría en ver en ciertas anomalías biológicas o psicológicas la causa o la explicación del acto delictivo. «El número de anomalías biológicas que nunca acabarán en la delincuencia es inmenso en relación a las que parecen conducir a ella. Un diagnóstico psiquiátrico no presenta el interés que podíamos imaginar, porque ni un estado paranoico, ni un estado esquizofrénico, ni tan siquiera la melancolía, expresan el delito o el crimen, porque estas afecciones no conducen más que relativamente hacia el crimen o hacia la delincuencia. Y lo mismo ocurre con los estados de desequilibrio, de obsesión o de debilidad.» (E. de Greeff: *Criminogenèse, Actes du II Congrès international de Criminologie,* París, 1950, VI, p. 276).

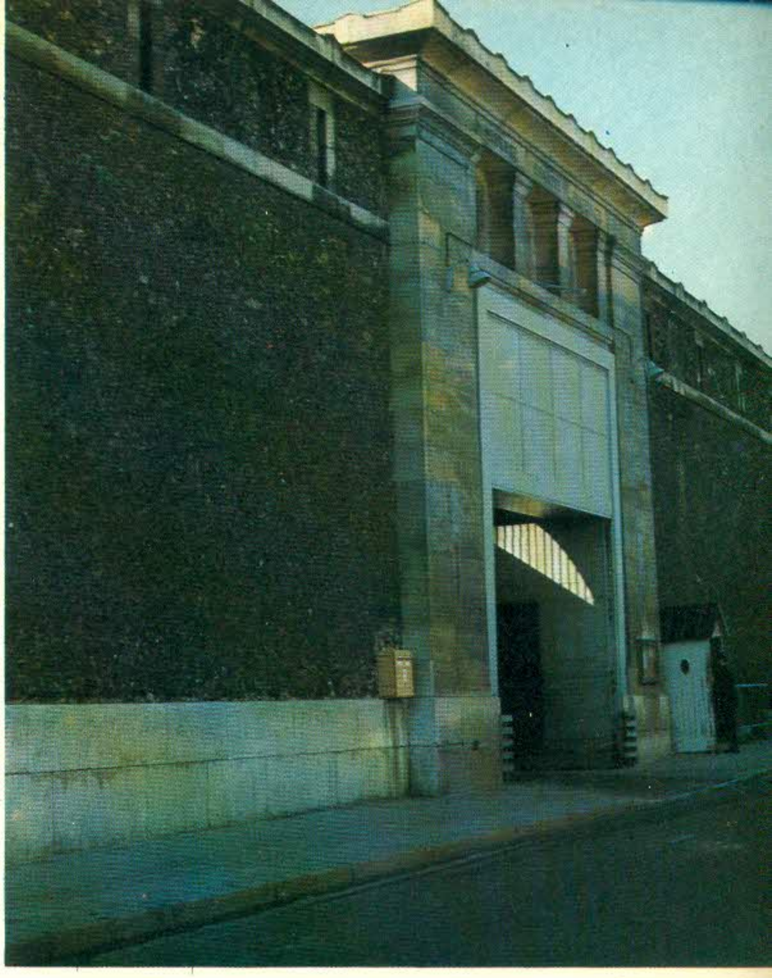
La clínica criminológica

El proceso que conduce al crimen no es extraño a la personalidad humana: «El criminal no es un ser aparte, es un hombre que actúa y piensa como los demás la mayor parte del tiempo, y el comportamiento del cual, o habitualmente o raramente o de un modo excepcional, pasa el umbral que le sitúa de entrada en el grupo antisocial expuesto a todas las técnicas que se juzga que le han de quitar las ganas de volver a empezar. Este umbral puede haber sido fijado de un modo arbitrario en virtud de las exigencias de un poder, o puede haber sido fijado según la moral natural, pero lo que siempre es arbitrario es el lugar en que se ha colocado este umbral y la concepción que cuando este umbral se pasa y el hombre ha merecido el nombre de delincuente, su personalidad queda cambiada por este hecho en la medida en que la sociedad cambia de actitud respecto a él. Es importante precisar que si el delito o el acto criminal son realidades indiscutibles, el criminal o el delincuente, tal como los entrevé la sociedad que los castiga, no son más que mitos» (*ibidem,* p. 277, 278). No es inútil poner en marcha todas las ciencias del hombre para conocer al delincuente: la criminología no puede ser más que una encrucijada en donde se encuentran la biología, la sociología, la psiquiatría, la psicología, el psicoanálisis, puesto que tanto en cuanto a diagnóstico como al tratamiento del proceso criminógeno, es indispensable tener en cuenta todo lo que puede explicar la conducta de un individuo, puesto que esta conducta depende tanto de su cuerpo (salud, temperamento) como de su medio social (influencias familiares, educación, capacidad profesional). Pero en definitiva las maneras de reaccionar del hombre frente a las diversas situaciones que atraviesa, su manera de estar en el mundo, es lo que decide su destino. Esto es cierto en todos los campos en que se ejerce la actividad humana, puesto que el éxito profesional, el buen fin o el fracaso de una empresa dependen a la vez de los medios de que dispone cada individuo y de la manera de utilizarlos. Lo que Etienne de Greeff pide al criminólogo es que no sustituya por una entidad biológica o psiquiátrica una conducta que, como toda conducta humana, se plantea siempre el ser comprendida. Para abordar la criminogénesis «debemos considerar al criminal en tanto que está elaborando a partir de su organismo y en acuerdo con su pasado organizado en el inconsciente y en el consciente y en acuerdo con su medio presente, tal como lo perciben el inconsciente y el consciente, una conducta criminal que le parece ser la mejor respuesta» a toda esta serie de circunstancias (*ibidem,* p. 271, 272).

La clínica criminológica a la que nos atrae de este modo Etienne de Greeff es el coronamiento de la criminología, como la clínica médica es el del edificio de los conocimientos adquiridos por el estudiante a lo largo de sus estudios. Es cierto, sin embargo, que en medicina las ciencias fundamentales que se han constituido al tomar por objeto el cuerpo humano, muerto (Anatomía, Histología) o vivo (Fisiología), las aplicaciones a la materia humana de las leyes descubiertas por la ciencia de la naturaleza, como la física, la química o la biología, el conocimiento de agentes susceptibles de alterar las funciones del organismo, de los medicamentos, etc., todas estas disciplinas contribuyen a sostener el diagnóstico clínico cuyas consecuencias prácticas no es posible que puedan tener sentido más que en función de estos conocimientos adquiridos.

Podemos preguntarnos si no sucede lo mismo en criminología y si ciertas ciencias como la biología o la sociología no deben ser consultadas antes de abordar el estudio clínico del delincuente. Lo que hemos expuesto más arriba situando la criminología en la encrucijada de estas ciencias diversas es suficiente para probar que no subestimamos su importancia para el progreso de nuestros conocimientos. Pero si hemos hablado de una encrucijada en donde se encuentran estas disciplinas más que de un edificio sobre el que se construiría la criminología es porque nos parece que el aporte de estas ciencias consiste muchas veces en establecer categorías marginales de delincuentes más que en dilucidar el problema de la delincuencia. La cuestión ha sido planteada con claridad por Etienne de Greef: «Es relativamente fácil decir: delincuente biológico-social o delincuente biológico, o social. Pero, ¿y después? Pues bien, es después cuando empieza el trabajo útil»... (*ibidem,* p. 269). Se trata de saber como se manifiestan en la conducta del criminal los factores biológicos o sociales que nos permitan deducir que se encuentra con frecuencia entre los delincuentes, con la ayuda

de la estadística, por ejemplo. A este respecto, el problema que se plantea el criminólogo nos parece más cercano a los que encuentra el psicólogo que a los que se ofrecen al médico. La enfermedad no es — o no es más que indirectamente — una conducta. Pero el crimen corresponde, como todo acto, a una conducta. Y si descubrimos, por medio de la estadística por ejemplo, que entre los criminales o delincuentes internados en un hospital psiquiátrico existe una «proporción elevada y verdaderamente insólita de sujetos de constitución atlética, pícnica o atletopicnomórfica», y un «número particularmente elevado de cráneos desproporcionados por exceso y sobre todo por defecto» (R. P. Verdun), tampoco nosotros, como el autor de estas constataciones, no sacaremos la conclusión de que los sujetos atléticos, pícnicos o microcéfalos sean necesariamente criminales: estas observaciones podrán acaso y de un modo eventual atraer la atención sobre un tipo de sujetos más vulnerable que otros. Se trata de enfermos mentales. Pero otros autores, en especial el Dr. Dublineau en una conferencia publicada en el mismo trabajo, pone de relieve la influencia de las crisis de crecimiento, del desarrollo disarmónico, de la «zurdería» en la inadaptación del adolescente y del adulto y acaban sugiriendo medidas educativas profilácticas. Nadie pensará en discutir el buen fundamento de todo esto, pero no sabríamos buscar una explicación de la delincuencia en estas anomalías que pueden coincidir con las más variadas formas de comportamiento. Y quizá sea conveniente recordar con Alfred Adler que lo esencial no es lo que aportamos al llegar al mundo, sino lo que, posteriormente, en el curso del tiempo, hacemos con ello.

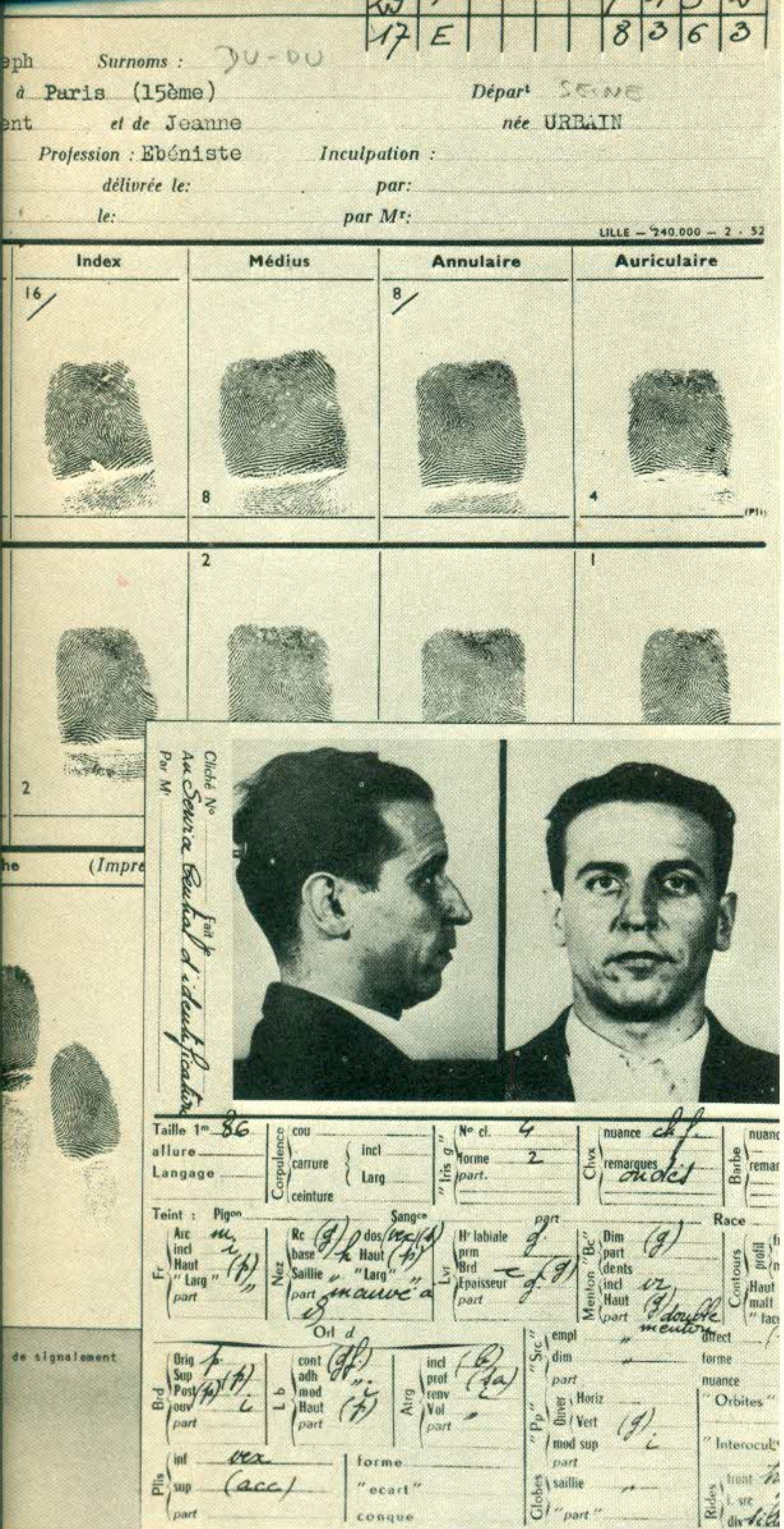


Hay aún mucho que hacer para que desaparezcan estos altos muros, estas puertas metálicas, cuyo sólo efecto es el de tranquilizar a la opinión.

Criminología y sociología

Nadie pretenderá que cualquier persona pueda hacer cualquier cosa, pero aun admitiendo que ciertas deficiencias físicas, de un modo directo o indirecto, se reflejan en el psiquismo y puedan desempeñar el papel de un factor que facilite la delincuencia, quedarán por estudiar los otros factores. Tomemos como ejemplo al microcéfalo: es posible que sea un sujeto intelectual deficiente. Pero la debilidad mental no aporta la delincuencia de un modo necesario, aunque la falta de juicio, la sugestibilidad, que son propias del débil mental, puedan hacerle más sensible a las carencias educativas y más accesible a las influencias ejercidas por camaradas o por adultos, que utilizan a sabiendas esta deficiencia para enmascarar su propia responsabilidad detrás de la de un agente ejecutor dócil e inconsciente. Así, pues, falta aún, para que el débil se vuelva delincuente, que el medio ambiente le encamine a ello. Y henos de nuevo ante los factores sociales de la delincuencia, de los cuales, en nuestros días, se puede decir que la importancia es inconmensurable.

En efecto, la sociología ha estudiado el crimen como un fenómeno normal, ya que no existe ninguna sociedad sin crímenes ni criminales. Así ha contribuido en cierta medida a atenuar el prejuicio que tendía a hacer del criminal un ser de excepción y a desarrollar respecto al crimen una actitud favorable para un estudio objetivo. Pero el aporte de la sociología a la criminología se ha efectuado por dos vías que podríamos llamar divergentes. Por una parte, los sociólogos han estudiado estadísticamente, en grupos más o menos extensos, los delitos y los crímenes; han podido así deducir ciertas leyes que conciernen a una masa de individuos en su conjunto. Por ejemplo, que la criminalidad es mayor en el medio urbano que en el rural; los hombres son criminales con mayor frecuencia que las mujeres (si no se incluye la prostitución); los solteros cometen más crímenes que los casados y cometen más que las mujeres solteras, las mujeres casadas, etc. Por otra parte, la sociología ha establecido la importancia de los factores culturales y de las relaciones interpersonales para el desarrollo del niño y la evolución de la personalidad. En este camino la sociología se ha acercado a la psicología y, bajo el nombre de psicología social, se ha desarrollado una nueva disciplina. En materia de criminología, según sea la orientación del sociólogo hacia la estadística, hacia la demografía o hacia la psicosociología (si damos este nombre a aquel para quien el estudio de la sociedad debe contribuir a la explicación del comportamiento de los individuos), nos encontramos o bien con leyes cuya aplicación a un caso particular será prácticamente imposible (por ejemplo, los solteros son criminales con más frecuencia que los casados, de lo cual nada podemos deducir que concierna



La ficha antropométrica del delincuente lleva una masa impresionante de especificaciones para reconocer al delincuente, pero no para conocerle.

a solteros o a hombres casados...), o bien con tramas de relaciones interindividuales cuyo conocimiento es muy valioso para el psicólogo. De nuevo hemos regresado a la psicología, sobre todo si consideramos que la psicología social forma parte de la misma. Y es aquí en donde se sitúan, en nuestra época, las principales adquisiciones de la criminología. Prueba de ello es la evolución de las instituciones: en el campo en que para la aplicación de leyes penales se tiene en cuenta los recientes descubrimientos de las ciencias humanas — en el campo de la delincuencia juvenil — y la ley prevé, desde hace algunos años, que los menores delincuentes pueden ser sometidos no sólo a examen médico y psiquiátrico, sino también psicológico, mientras que para los adultos sólo se admite el peritaje médico y psiquiátrico. El estudio psicológico del muchacho delincuente no se limita a un examen que contribuya a facilitar la tarea del juez que decidirá respecto a él, sino que puede prolongarse durante un período de observación que permita apreciar, además de las aptitudes del sujeto, sus reacciones en situaciones de la vida cotidiana. También los educadores encargados de la readaptación del delincuente en institución o en medio abierto, y a las asistentes sociales que se ocupan de las entrevistas con la familia y con la escuela, les son necesarios los conocimientos psicológicos, pero esta psicología nueva, que podríamos decir se va haciendo y edificando sobre la marcha, debe mucho a los jueces de los niños, que han sido los mejor situados para observar los problemas de los menores sometidos a su jurisdicción.

La personalidad del delincuente

Así, pues, en definitiva, es a la psicología a la que debemos pedir la comprensión del delincuente; pero aun dentro de la misma psicología caben diferentes enfoques.

El examen psicológico del delincuente nos aportará información respecto a su inteligencia — que en muchos casos suele ser normal — sus aptitudes y su carácter. Pero si el carácter corresponde a la forma según la cual se manifiesta nuestra sensibilidad en la acción, contenidos muy diversos pueden insertarse dentro de esta forma. Por ejemplo, un hombre (emotivo, activo, secundario, según la clasificación de Le Senne) puede ser un sabio, un escritor, un amante y ¿por qué no un criminal? Porque no existe un «carácter criminal». Siempre se hace referencia a un «tipo» y no a un «carácter» en criminología y ya hemos esbozado este problema al evocar las teorías de Lombroso. De paso recordemos que en un estudio hecho en Mulhouse sobre un grupo de criminales primarios, Sylvie Boisson ha encontrado una preponderancia de *leptosómicos* entre los asesinos violentos y pasionales, un porcentaje elevado de *pícnicos* entre los malhechores que cometen atentados contra los bienes y en cambio los criminales sexuales pertenecen en su mayor parte al tipo de los *displásicos.*

Pero esta clasificación no nos aclara nada sobre la génesis de una clase de actos humanos: los crímenes. Los actos criminales comprometen demasiado profundamente al hombre para que se les pueda hacer depender de un modo preponderante de su carácter. La sabiduría popular no se equivoca cuando admite que un hombre excelente pueda tener un carácter difícil y las novelas policiacas han utilizado una verdad psicológica cuando, gracias al detective perfecto, descubrimos a un criminal detrás de la fachada de un hombre

discreto y sociable, en el momento en que todo parecía señalar como culpable a un individuo violento que cuando se enfada amenaza con estrangular a los demás. Así, pues, más que el carácter es la *personalidad* del hombre que nos parece importante estudiar para conocer al delincuente. Sabemos que la personalidad, noción compleja, puede definirse brevemente como «la totalidad psicológica que caracteriza a un individuo concreto» (Meili). Es decir, que en la personalidad encontramos las manifestaciones de la inteligencia, de la afectividad, de la actividad, pero marcadas por una situación vivida, una historia y un estilo de vida que engendran el porvenir. La psicología para el estudio de la personalidad dispone de los métodos proyectivos que están manifestando ser muy fecundos cuando son utilizados por especialistas con experiencia. El test de Rorschach es uno de los mejor conocidos y de los más seguros por razón de los numerosos estudios que le han sido consagrados y del rigor relativo con que puede ser aplicado e interpretado actualmente. Muchas otras pruebas son de uso corriente (como el *Thematic Aperception Test* de Murray y también el test del pueblo) y nos aportan importantes informes sobre el mundo interior, los deseos y los temores, los esquemas de sus actos y las motivaciones que el sujeto da al comportamiento humano. Lo mismo ocurre con los dibujos, cuyo tema puede ser propuesto por el psicólogo (árbol, hombre, familia) o bien libre, aunque la interpretación de estas pruebas, que son tan expresivas como proyectivas, sea delicada y se preste a controversia. La conversación debe complementar necesariamente las pruebas diversas cuyo conjunto constituye el examen psicológico y aclara en múltiples ocasiones los resultados de los tests.

La noción de perversión

¿Se puede poner en evidencia a través del examen psicológico la carencia del sentido moral que atribuimos a los delincuentes? Se han propuesto diversas pruebas, pero éstas no nos permiten pensar que exista un «nivel moral» comparable al nivel intelectual, aunque, como lo ha puesto de relieve Jean Piaget, el sentido moral se forma progresivamente en el niño, según una evolución que se podría resumir así: de los 3 a los 7 años tiene una *moralidad impuesta* (el niño tiene una actitud egocéntrica, pero se somete a los adultos); de los 7 a los 10 años respeta la regla y le atribuye un valor sin intentar comprender: es el *realismo moral,* fase intermedia a la que sigue a partir de los 11 años la de la *moralidad por cooperación,* que tiene en cuenta la existencia y las necesidades de los demás. Pues bien, los tests de nivel moral, aplicados en forma de cuestionarios después de los 11 ó 12 años, ponen de manifiesto que el niño conoce la moral, lo que no significa que se someta a ella: el resultado puede ser muy bueno entre los delincuentes inteligentes. El test de *Tzedek,* que propone el doctor Baruk para poder apreciar el sentimiento de justicia presente en un individuo, muestra que el sentido moral existe en el delincuente y en el criminal como en el sujeto normal. El test pone sólo en evidencia una función moral que puede ceder en ciertos casos y estos casos no son forzosamente los de los delincuentes. En verdad, desde el punto de vista de la psicología criminal, el empleo de diversas pruebas para proceder a la investigación del sentido moral se manifiesta decepcionante con suma frecuencia.

Pero la capacidad del delincuente para conocer el bien y hacer el mal parece la justificación psicológica de la noción de *perversión,* que inevitablemente se encuentra en todos los estudios criminológicos. Teóricamente, el perverso es un sujeto de inteligencia normal, pero cuya sensibilidad es inexistente, al menos en el campo moral. Y si esta sensibilidad se manifiesta, es en una forma invertida que le hace experimentar como agradable o deseable lo que no inspira más que indiferencia, asco u horror a los hombres normales. Así, pues, como lo hace notar el profesor Léon Michaux en su trabajo reciente, «esta expresión es una toma de posición» respecto al hombre, porque supone «que han sido literalmente invertidas sus tendencias naturales de simpatía y de bondadosa compasión, aunque cada uno de nosotros sepa que no siempre lo sienta así» (*Les troubles du caractère,* p. 142). Se comprende, pues, que la «constitución perversa» de Dupré, después de haber conocido un éxito que, según dice Léon Michaux, ha pesado mucho sobre el destino de los niños declarados perversos constitucionales incurables, se haya abandonado hoy en día. El psicoanálisis ha contribuido

«El valor del encarcelamiento tradicional y su efecto preventivo son cada vez más puestos en entredicho.» (Ponencia de la ONU, 1965.)



sin duda a denunciar algunas ilusiones; pero ciertamente, de manera menos espectacular que dos guerras mundiales acompañadas de manifestaciones bien visibles de «perversiones» morales en hombres que no podían considerarse como monstruosas excepciones e incluso al margen de la guerra propiamente dicha, la reaparición brutal de la tortura en todos los países dichos civilizados, las explosiones de odio que acaban en actos comparables a las hazañas de los peores criminales, en tantas regiones del mundo, restan todo crédito a la tesis según la cual solamente algunos individuos serían capaces de volverse antisociales, de inferir daños a su prójimo y de complacerse en tal espectáculo, y de atentar a los bienes o a la vida de los demás. Por consiguiente, a la noción de perverso constitucional ha seguido la de sujeto pervertido, a la de perversión innata, la de perversión adquirida, reaccional o condicionada. La influencia del ambiente es, pues, capital, aun cuando unas disposiciones congénitas puedan facilitar la reacción perversa. «Esto no significa en modo alguno que toda perversión adquirida sea curable», escribe Léon Michaux; y nosotros añadiremos: sobre todo en la edad adulta. Así, pues, el campo de investigación se ensancha para el criminólogo con el punto de vista genético: ¿cómo se vuelve uno perverso? Esto podrá explicarse por la historia del sujeto y dará quizá al mismo tiempo al educador del niño o del adulto los medios para evitar que esta historia empiece de nuevo.

Los métodos behavioristas del condicionamiento

Se desprenden dos tendencias principales de entre las teorías diversas que se proponen explicar la historia del sujeto, que, en resumen, viene a representar la del desarrollo de su personalidad.

Una pone el acento sobre el *condicionamiento* que moldea las actitudes, las costumbres, tanto a nivel orgánico como a nivel de las relaciones sociales: trátese de la educación del niño, de la reeducación del adolescente ya delincuente o de la readaptación del adulto que se juzga tan insegura, lo que se ha de pensar es en modificar el condicionamiento. Lo que a veces es difícil es saber cómo se ha establecido este condicionamiento, pero lo que sí sabemos es que puede ser remplazado por otro. Para conseguirlo se puede intervenir a nivel corporal, por ejemplo, modificando circuitos nerviosos de un modo directo (lobectomía), o indirectamente, suprimiendo ciertas hormonas por castración, practicada en la actualidad por un eminente criminólogo danés, en criminales sexuales que han sido previamente informados y consienten a ello. Pero esta acción ejercida sobre el cuerpo, aparte de los casos en que es necesaria por enfermedad evidente que se intenta curar, como por ejemplo la epilepsia, acarrea muchos problemas, puesto que la modificación de la conducta se obtiene al precio de una grave agresión a la integridad física. Se desea poder intervenir con éxito a nivel psicológico creando nuevos reflejos condicionados que inhiban y remplacen los antiguos. Las teorías behavioristas utilizan, para tratar trastornos de carácter, la inhibición recíproca (neutralización del primer condicionamiento por otro que lo sustituye), la práctica negativa (agotamiento del efecto del estímulo por la repetición), la aversión condicionada (creación de reflejos de asco asociados a un objeto primitivamente deseado). Tal método, a justo título, evocará en el lector la idea del «lavado de cerebro», pero se puede concebir que una intervención de esta clase pueda ser eficaz en casos distintos a los de reforma de las miras políticas del individuo o de un grupo de sujetos; el uso que se ha hecho de ciertas técnicas no hace que sean más condenables que la investigación nuclear a causa de la existencia de la bomba atómica. Lo que uno se puede preguntar es si tales métodos son susceptibles de transformar *profundamente* un sujeto delincuente o un pervertido adulto. Para creerlo es necesario estar seguro de que en el hombre no existen reflejos condicionados absolutos inmutables o bien predisposiciones innatas que el condicionamiento no altera. Recordemos que Pavlov, en el transcurso de sus experiencias, se encontró a veces con perros que no podían adquirir reflejos condicionados porque en ellos el «reflejo de libertad» incondicional era demasiado fuerte. Hasta el momento presente no podemos afirmar que el éxito de los métodos behavioristas de descondicionamiento haya sido siempre comprobatorio. Por otra parte, cuando se trata del hombre, los pavlovianos señalan la importancia del lenguaje en lo que llaman segundo sistema de señalización. Con el lenguaje entramos en el mundo de las significaciones y queda fuera de duda que el recondicionamiento no se concibe entonces como un simple amaestramiento, sino como el acceso a una significación del comportamiento válido por el sujeto. A partir de aquí, la relación entre el «condicionante» y el «condicionado» no es la del amaestrador y del animal amaestrado — relación que también comporta importantes elementos afectivos —, sino la del educador y del educando. Pero tal relación no puede existir más que si el educando acepta que se le eduque e incluso lo pide: tal es el caso de la mujer que pide a un médico que le enseñe a dar a luz sin dolor; tal es también el caso del niño que, al margen de las reacciones de oposición, normales hasta cierto límite, ve en el padre adulto un guía, un modelo, un sostén. Esto es cierto sobre todo en cuanto se refiere a los niños muy pequeños y encontramos así el punto de partida para poder estudiar de qué manera se vuelve uno delincuente en la historia de la evolución del sujeto, en el transcurso de su infancia y en el curso de sus relaciones con los demás.

Así nos reunimos también en este punto de vista con los teóricos que representan la segunda tendencia actual en criminología, influido por el *psicoanálisis freudiano.*

Este nuevo método de investigación psicológica y de tratamiento de enfermos mentales o de anomalías del comportamiento no podía dejar de atraer la atención de los que habían verificado la insuficiencia de las explicaciones psiquiátricas, biológicas o sociológicas de la mentalidad del criminal y de sus actos. Aunque la aplicación directa del psicoanálisis al estudio y aun más al tratamiento de delincuentes y de criminales haya resultado muchas veces difícil o impo-

sible, algunas observaciones de criminales y algunos tratamientos de delincuentes neuróticos han probado que era legítimo fundar muchas esperanzas sobre los conocimientos que podríamos adquirir por medio del psicoanálisis del inconsciente para poder explicar y comprender la conducta criminal. En las líneas que siguen vamos a proceder a una evocación de la evolución y de los conceptos psicoanalíticos respecto al criminal.

Métodos emanados del psicoanálisis

Considerado en un principio como «un hombre sin superyo», «dominado por sus instintos», según una expresión empleada por el mismo Freud hacia 1925, el criminal fue descrito por Alexander y Staub como un ser primitivo, que realiza directamente sus pulsiones sin ser frenado por ninguna instancia interior inconsciente o consciente, sino sólo por el temor a las represalias. A decir verdad, este hombre era más el fruto de sus deducciones que de sus observaciones, puesto que en la misma obra *Le criminel et ses juges,* describían, por haberlo observado, un tipo de criminal muy distinto, cuyo superyo está lejos de hallarse ausente, puesto que son extremadamente sensibles a toda injusticia, pero actúan haciéndose castigar cuando pretenden castigar a otro. Freud había descrito, entre los caracteres neuróticos, los «criminales por sentimiento de culpabilidad», víctimas de una neurosis de autopunición. María Bonaparte pudo observar en la cárcel en que estuvo retenida durante su vida, a la señora Lefebvre, burguesa tranquila, que a los 63 años había asesinado fríamente, sin razón alguna aparente, a su nuera, que estaba en cinta, y cuenta que ésta le repitió lo que había dicho a los jueces: «Yo tenía la impresión de que estaba cumpliendo con mi deber». María Bonaparte intenta explicar esta actitud extraña, mezcla de ferocidad y de afán de justicia, por una especie de coalición entre los imperativos del *superyo* y del *ello.* Esta hipótesis toma una forma más precisa con las recientes concepciones respecto al desarrollo precoz de la personalidad del niño. Daniel Lagache lo resumía cuando escribía: «La noción de ausencia o de debilidad de una conciencia moral evolucionada, tal como la concebimos, debe ser sustituida por la persistencia de una conciencia moral arcaica, para la cual las relaciones interpersonales e intrapersonales son vividas al modo sadomasoquista de la agresión» (Daniel Lagache: *La psychocriminogenèse, Actes du IIme Congrès International de Criminologie,* París, 1950, p. 147). No sería, pues, la ausencia de la debilidad del superyó, sino la persistencia de un tipo de relaciones con los demás y consigo mismo, anterior a toda conciencia de la persona, lo que explicaría el comportamiento antisocial del delincuente. Sin embargo, el criminal pide a los demás, incluso a través de actos que sean agresivos para él, que den un sentido a su existencia igual que otros lo pedirán con su búsqueda de amor.

El psicoanálisis nos incita, pues, tanto en el criminal como en el neurótico, a remontarnos hasta las primeras etapas de la vida del niño a fin de comprender las actitudes del adulto que es en la actualidad. También es posible pensar en tratamientos psicoterápicos o psicoanalíticos para ciertos delincuentes, por más que con gran frecuencia se oponen a ello dificultades insuperables. De hecho, es más como profilaxis de la delincuencia y para el establecimiento de las medidas reeducativas que el psicoanálisis ha podido desempeñar una función práctica. En el plano teórico, Etienne de Greeff ha culpado muchas veces al psicoanálisis de centrarse en la base de actitudes sistemáticas, poco realistas, mientras que, por otra parte, insistía en la importancia de tomar en consideración la *vivencia actual* a fin de poder comprender al delincuente. Deseaba así hacer una especie de síntesis del punto de vista fenomenológico y del punto de vista psicoanalítico, de la cual nos ha dado una excelente muestra en sus trabajos.

Ha subrayado siempre la importancia preponderante de sus motivaciones, en la conducta del criminal. Desde el punto de vista fenomenológico, no hay instintos, sino intenciones, disposiciones, como la simpatía, estudiada por Max Scheler. E. de Greeff reconoce en nosotros dos categorías principales de intenciones, que relaciona con los instintos fundamentales de simpatía y de defensa. Para cada hombre las capacidades afectivas de simpatía y de defensa resultan a la vez de sus aptitudes innatas y de las ocasiones de desarrollarlas que la vida le haya ofrecido. *La manera de relacionarse afectivamente con el medio* es una de las características esenciales del individuo. En el delincuente, la subordinación de las reacciones de defensa a las reacciones de simpatía, no se halla tan acentuada como en el sujeto normal: quizá nunca se ha obtenido ni en el momento de la adolescencia en que podría madurar el amor. Un sentimiento característico del criminal, según De Greeff, es el de la *injusticia sufrida,* por medio de la cual muchas veces el sujeto intenta explicar sus actos. El *despegue afectivo* corresponde a una abolición progresiva de las estructuras afectivas basadas en la simpatía, que protegían a los demás o al mismo individuo contra su propia agresividad. Este despegue ha sido descrito por De Greeff a propósito del crimen pasional, muchas veces seguido de suicidio o de intento de suicidio. Por fin, la *inhibición afectiva,* que es otra forma de despegue, hace pensar en una ausencia de emotividad o en un desinterés o hasta en una afección mental cuando se trata en realidad de un proceso que suele ser lento y progresivo, ligado a una pasividad alimentada por las circunstancias. La unión con un borracho o con un paranoico, si tenemos en cuenta todo lo que implica de renuncia cotidiana a toda clase de defensa o a toda simpatía válida, puede muy bien conducir a la larga a un crimen cometido con una especie de indiferencia.

Pero estas perspectivas que por fin se nos abren hoy para una mejor comprensión del delincuente o del criminal, no nos permiten declararnos satisfechos: todo, o casi todo, está por hacer. Hemos de desear que los medios para lograrlo se ofrezcan a todos los investigadores, puesto que la criminología ha permitido por lo menos hacer comprender que los delincuentes son seres humanos cuya diversidad es igual a la de los demás hombres.



GEORGES DEVEREUX

enfermedad mental y sociedad

Del hombre anormal trataremos detenidamente en otro volumen; pero al término de este análisis de la «marginalidad», era interesante plantearse la cuestión: ¿quién es anormal? Nos damos cuenta entonces que el enfermo mental es recibido de diversa manera según los grupos y las épocas; aquel débil mental, en el campo será el inocente del pueblo que la comunidad protege, aquel epiléptico era venerado aquí como profeta y condenado allí como poseído por el diablo. Sea o no orgánica en sus determinaciones causales, la enfermedad mental es social a todos los niveles. Las condiciones de la vida colectiva y la cultura determinan en gran parte su etiología, como ya se ha visto en el trabajo industrial. Ellas determinan aún más su expresión y su sentido. ¡Y no es por casualidad que en el vocabulario de hoy el famoso término de «alienación» no constituye una palabra o concepto reservado exclusivamente a los «alienistas»...!

Los trastornos mentales llamados funcionales, igual que las ciencias consagradas a su estudio y tratamiento, derivan ambos de las sujeciones propias de la sociedad en que se produce. Por esto el hombre de ciencia que intenta captar el fenómeno de las enfermedades mentales en su contexto social, topa con muchas dificultades.

El problema mayor consiste en establecer una neta diferencia entre la normalidad y la adaptación social (o entre la psicopatología y la inadaptación social), puesto que estos dos elementos se confunden con frecuencia. Existen sociedades tan anormales que solamente un ser psíquicamente perturbado puede adaptarse a ellas: el nazismo es buen ejemplo de ello. En muchas sociedades existen funciones que no pueden ser desempeñadas más que por anormales, como son testimonio de ello en numerosas tribus de Siberia los *chamanes*, que presentan un tipo de neurosis profunda al borde mismo de la psicosis. También es verdad lo contrario: un ser normal se adaptaría mal en una sociedad nazi, y no podría desempeñar el papel de un *chaman* siberiano; incluso sería incapaz de simular de un modo aceptable los síntomas de la psicopatología que exigiría una aceptación real del nazismo o del papel de un *chaman* siberiano.

Esta cuestión se complica aún más por el hecho de que todo síntoma de esta clase implica un comportamiento que la sociedad rechaza, puesto que toda psicopatología comporta también un negativismo social. Es como si ningún síntoma pudiese realmente cumplir su función — que consiste en hacer como un compromiso interior entre un «superyo» tiránico, obtuso y arcaico y un «ello» igualmente tiránico, obtuso y arcaico — más que bajo la condición de representar *también* una especie de rebeldía contra las reglas de la sociedad.

Sin embargo, aun cuando las reglas de la sociedad presenten un carácter netamente patológico (como en la sociedad nazi), el neurótico no manifestará su negativismo social comportándose normalmente, es decir, siendo sintomáticamente «bueno», «razonable» u «honrado», al menos en el sentido dado por los nazis a estas palabras... Al contrario, adoptará un comportamiento aún más patológico que el del nazi bien adaptado a su ambiente, pero en un plano diferente: así podrá hacer gala de una crueldad que no sería tolerada ni entre los mismos nazis.

Todas las sociedades comportan ciertas tensiones características que hacen la vida difícil a un cierto número de sus miembros e intolerable a algunos de ellos. En América del Norte, por ejemplo, la sociedad de los indios de las llanuras exigía a sus hombres un desmesurado valor que con frecuencia resultaba ser una absurda temeridad. En tales casos la sociedad tiende por una parte a alentar y a recompensar a los más audaces y asignar a los que son incapaces de demostrar la más elemental bravura «funciones de retaguardia». Así, un cobarde de la tribu de las llanuras para hacer su vida tolerable debía renunciar a las funciones propias de su sexo: vestido de mujer, vivía como una mujer, mendigaba la aprobación de los suyos, no escalpando a los enemigos, sino haciéndose muy experto en el arte de bordar con agujas de puerco-espín, ocupación reservada a las mujeres. En otra tribu, una de las malgaches, que valoriza mucho la potencia sexual masculina, el hombre que está desprovisto de ella y que lo sabe, no tiene más alternativa que la de vestirse de mujer y vivir como a tal. Vemos, pues, que un mismo síntoma (la función social del cual se ejerce a través de un «papel de retaguardia» femenino) puede resolver los problemas sociales de los cobardes entre los indios de las llanuras igual que el de los impotentes en una tribu malgache.

La nave de los locos, por Hieronymus Bosch.



En ciertos casos la sociedad llega hasta imponer directrices precisas que se refieren a la manera de comportarse como *debería* hacerlo un loco, a aquellos que no pueden doblegarse a las imposiciones propias de dicha sociedad. En cierto sentido se les enseña lo que sus síntomas deberían ser. Entre los indios de las llanuras un valiente, cuyo valor no ha sido coronado por el éxito, puede salir adelante adoptando el comportamiento característico de la enfermedad mental conocida en esta sociedad con el nombre de «perro loco que quiere morirse»; en efecto, si su actitud corresponde a la que se espera de un individuo así, recibirá honores y recompensas. Para esto deberá hacer siempre lo contrario de lo que se le pida (negativismo); además, deberá lanzarse sin armas en medio de la batalla y buscará en ella la muerte. Si se comporta así, será recompensado; los hombres casados, por ejemplo, le prestarán sus esposas. Incluso existe un medio oficial o autorizado de poner término a este estado anormal: si no ha conseguido que le maten en la guerrra ni en primaverá ni durante el verano siguiente, puede cesar de ser «un perro loco que quiere morirse», cuando las hojas se vuelvan amarillas.

Las leyes del amok

Existen numerosas sociedades que asignan un papel importante a ciertas formas de enfermedades mentales: ocupan el pensamiento de la gente; figuran en la epopeyas, los cuentos y las conversaciones cotidianas; se toman precauciones para poner un freno a los accesos de locura furiosa de los enfermos. En las comunidades de lengua malaya, el fenómeno del *amok* ilustra bien un cierto tipo étnico de enfermedad mental que podríamos llamar «privilegiado». Este tipo representa, a los ojos del grupo, la enfermedad mental por excelencia, los espíritus alterados toman prestados sus síntomas por razones diversas. Los malayos se vuelven *amok* porque están enfadados, porque han sufrido decepciones graves y que para compensarlo buscan una muerte gloriosa matando a tanta gente como pueden. Se vuelven *amok* cuando la fiebre les hace delirar; se vuelven *amok* cuando empiezan las guerrillas; poseen incluso los medios técnicos de volverse *amok* a voluntad cuando una autoridad superior les da esta orden. En las islas Filipinas, ciertos moros — que los españoles llaman en este caso *juramentados* — se visten de un modo particular antes de volverse *amok*: se ponen un corsé por temor a que una herida abdominal les obligara a doblegarse y se vieran forzados a abandonar demasiado pronto sus matanzas y su estado de *amok*. Esta enfermedad es tema de gran inquietud para la sociedad malaya, cuyos miembros tienen un terrible temor a los *amok*. Se han visto grupos de hombres armados huir ante el ataque de un solo *amok* ya herido.

Todo trastorno mental es a la vez inducido y reprobado por la sociedad dentro de la cual se produce: inducido porque es el resultado de las restricciones ejercidas por el medio y reprobado porque comporta un negativismo social. Pero mientras en el Occidente los locos se encierran en manicomios o en clínicas psiquiátricas (a la izquierda, foto Roger Viollet), en muchos otros ambientes étnicos y particularmente en las

Cuando atacan a uno emplean una lanza provista de una barra transversal que recuerda un poco el arma usada en la Europa de la Edad Media para la caza de los jabalíes. Esta barra es indispensable, porque un *amok* con el pecho atravesado seguirá adelantando permitiendo que la lanza le atraviese de parte a parte para llegar así a matar al que la sostiene por el otro extremo. En otro tiempo, en las ciudades malayas, en ciertos rincones de las calles se encontraban depositados bastones en forma de horca que las autoridades habían colocado allí para que los habitantes pudiesen capturar los *amok*. La gran epopeya malaya en prosa, de Hang Tuah, el Bayardo malayo, canta las gestas heroicas relacionadas con ciertos *amok*, y la escena más dramática de la misma explica el combate que le enfrenta con su mejor amigo que se ha vuelto *amok*.

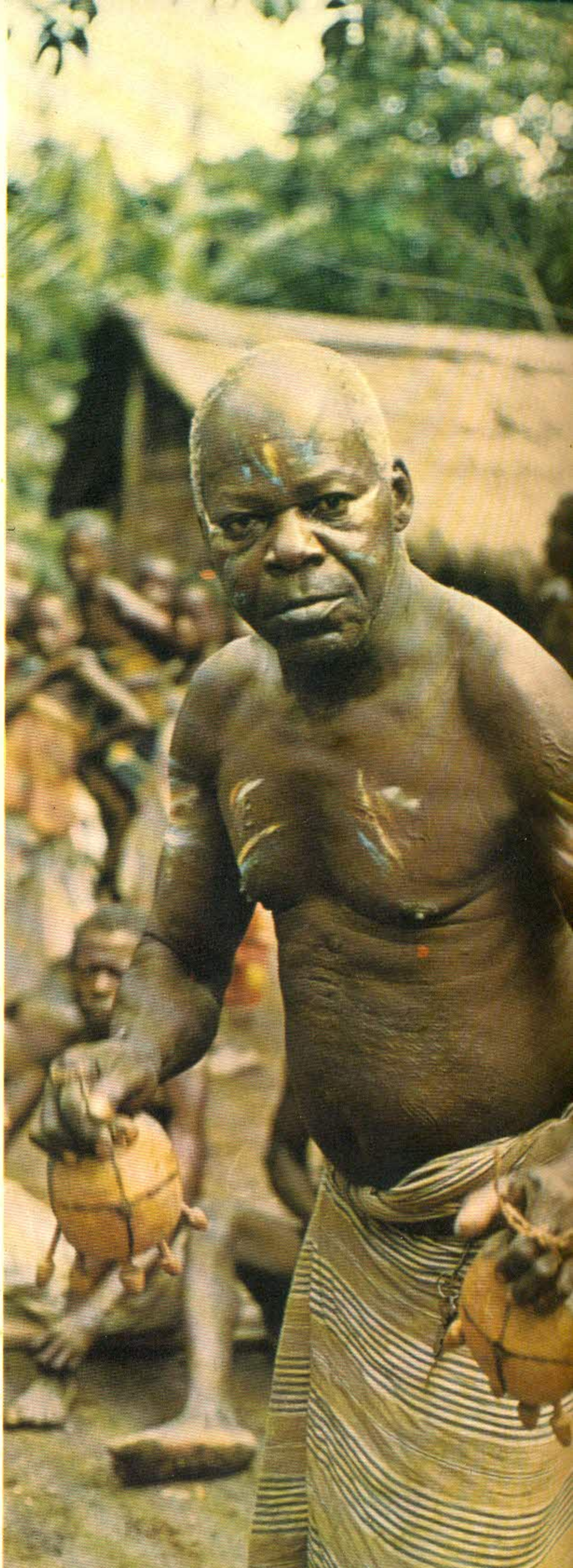
Existe un gran número de neurosis o de psicosis étnicas de este estilo que reflejan de manera característica las principales tensiones que subyugan una determinada sociedad. En ciertas tribus indias del Canadá, que en invierno se ven constantemente amenazadas por el hambre, pero en las que el canibalismo es severamente prohibido, les es particular una psicosis étnica que es como una locura antropofágica — que consideran de origen sobrenatural — el *windigo*. Entre los indios mohaves, que se muestran muy valientes pero también muy disciplinados en las guerras tribales y en el seno de su tribu son increíblemente generosos, los principales resortes de sus enfermedades mentales son la violencia y la avaricia. En las sociedades puritanas muchas enfermedades de este género se deben a las formas de una sexualidad que ha permanecido en un estadio infantil y fusionada a tipos infantiles de agresividad; además, las excesivas restricciones impuestas a las relaciones amorosas tienden a que aparezca también, en las relaciones humanas, una neurosis de aislamiento: actitud esquizoide alimentada por la sociedad misma.

El papel sagrado de las enfermedades mentales

La enfermedad mental, que representa en ciertos individuos solamente una expresión de lo que la mayoría de los demás consiguen controlar, asusta y fascina desde los más remotos tiempos a la sociedad.

A los ojos de los malayos, el *amok* es o un criminal de categoría heroica, o un héroe que se ha vuelto un criminal — es difícil de dilucidar —. Ciertos trastornos mentales, de llamativos síntomas, se tienen por sobrenaturales: ya Hipó-

tribus africanas, los enfermos mentales son considerados como superhombres y los síntomas de su locura interpretados como revelaciones de orden sobrenatural. Casandra en la antigüedad, Mahoma más cerca de nosotros, son ejemplos patentes de ello, tanto como este brujo babenda del Congo (a la derecha, foto Jorgen Bitsch, Farum, Dinamarca).



crates luchó contra la creencia de que la epilepsia era una «enfermedad sagrada». En muchas sociedades, una breve crisis, de carácter netamente psicopatológico, es condición *sine qua non* requerida para hacerse *chaman;* en ciertas tribus, el *chaman* en el transcurso de su actividad debe ser preso — o por lo menos pretenderlo —, de un violento ataque. También es interesante notar que se atribuye a muchos héroes legendarios episodios de locura. Hércules, Belerofonte, Ayax, Orestes, Finn, el héroe irlandés, Lanzarote del Lago, Mastambo, héroe divino que inventa la cultura mohave y muchos otros, conocieron en el transcurso de su vida fases de este estilo o acabaron siendo anormales. El gran antropólogo Linton decía que probablemente jamás sabríamos si Mahoma era un verdadero epiléptico, puesto que en la sociedad preislámica, los grandes jefes avalaban sus reivindicaciones carismáticas recurriendo a la provocación o simulación de violentos ataques convulsivos.

Ciertas sociedades atribuían a los locos el poder de predecir el porvenir; en otros sitios (pensemos en el oráculo de Delfos) un profeta no puede profetizar más que si se halla en estado de embriaguez debido a la droga. En otros lugares los locos están bajo la protección de los dioses. Casi en todas partes se dictan ciertas prerrogativas en su favor, hasta el punto de que un individuo que se vea obligado a hacer frente a graves dificultades y que esté mentalmente sano, puede a veces encontrar ventaja en simular locura, para librarse de ir a combatir a Troya. Ulises se hizo pasar por loco ¡y nunca perdonó a Palamedes — primer psiquiatra militar de la historia — el haber probado que no era más que un simulador!

Reglamentación y tratamiento de los enfermos mentales

La reglamentación de los enfermos mentales y la actitud que la sociedad adopta hacia ellos son consecuencia directa del sistema de valores fundamentales de esta sociedad. Los mohaves, que muestran gran interés por el ser humano, por los sueños y por muchos otros procesos de orden psicológico, y que además son buenos y generosos, han desarrollado una «psiquiatría» compleja, tanto desde el punto de vista teórico como desde el terapéutico y tratan la locura con bondad y comprensión.

En el Vietnam, los moïsedang son, por el contrario, sometidos con rigor a las leyes y a los ritos y para ellos la locura constituye en su mayor parte un problema de este estilo: ¿Cuál es la deuda (el sacrificio) que no se ha pagado a los espíritus? ¿A quién se puede castigar con una multa por haber, por sus actos opresivos, llevado a una joven al suicidio? ¿Quién debe vigilar a un loco furioso y quién debe pagar los daños que éste haya causado? Como vemos, aunque las neurosis y las psicosis sean abundantes en este pueblo, esta tribu, que es inteligente, nunca ha mostrado interés por el conocimiento de la «psicología» de las enfermedades mentales, sino que se ha limitado sólo a considerar sus aspectos legales y rituales.

La Edad Media, obsesionada por el Diablo y el Pecado, consideraba bajo el ángulo estricto de la teología la mayor parte de estas enfermedades: se las creía debidas al pecado, al diablo o a la brujería. Cuando el mundo moderno alcanzó la edad de razón y conoció teorías psicológicas a la vez racionalistas y *voluntaristas* se usaron métodos brutales para «enseñar» a los enfermos a no comportarse de manera irracional e imprevisible. La terapéutica de estas enfermedades depende también en gran medida de las preocupaciones principales de la sociedad. El *chaman* mohave estudia los sueños y cuida el alma del enfermo mental. El sedang pretende satisfacer la deuda con los dioses que ha acarreado la locura de quien la había contraído. En la Edad Media se efectuaban exorcismos a los locos; la época llamada de razón, recurrió a utilizar la «persuasión» por medio del empleo del látigo, las torturas y las cadenas.

En el mundo contemporáneo, la psiquiatría, tanto en la teoría como en la práctica, está profundamente determinada por las ideologías sociales y políticas. No existe terapéutica más sensible que ésta a la influencia de los factores que estudia la «sociología del conocimiento»; tampoco existen enfermedades que dependan más estrechamente que las mentales de los factores socioculturales. Incluso los síntomas psicológicos de las enfermedades orgánicas dependen de los elementos culturales: un malayo enfermo de malaria puede volverse *amok* empujado por el delirio, cosa que nunca ocurrirá a un francés. Recíprocamente, los síntomas orgánicos de una enfermedad mental también son susceptibles de estar relacionados con factores sociales: las úlceras de estómago y las artritis de origen psicosomático no alcanzan en igual medida a todos los estratos de la sociedad. Las histerias colectivas o las epidemias psicopatológicas que tanto y tan profundamente pueden influir en las corrientes sociales, incluso en la historia de los pueblos, varían en el espacio y en el tiempo, puesto que forman parte integrante de la naturaleza misma de la sociedad en el seno de la cual hacen apariciones de tipo explosivo.

El campo que se extiende ante nosotros es inmenso, nuevo y de una importancia extrema. Sólo los que poseen tantos conocimientos en psiquiatría como en ciencias sociales podrán ordenar el puzzle de las enfermedades mentales. El problema es tanto más urgente cuanto en los períodos de crisis, tal como la que estamos atravesando, la abundancia de tales enfermedades en una nación y el grado de ansiedad del «hombre de la calle» pueden ser factores determinantes en la supervivencia o en el declinar «inexplicable» de esta sociedad.

Los diversos aspectos y la incidencia de la enfermedad mental son, constituyen pues, dos elementos que contribuyen de manera evidente y decisiva a la formación del curso de la historia.

CUARTA PARTE

la estructura de la personalidad



Si, como hemos apuntado al principio, todos somos marginales en algún aspecto, entonces lo que precede, en lugar de ser una mirada de través a la teratología humana, será el desfile de la galería de *nuestros* retratos: «tipos» si se quiere, pero más reales que si fueran retratos del natural. Este libro podría permitirse el lujo atrevido de acabar aquí, añadiendo a lo más un mensaje alusivo: lector hipócrita, mi semejante, hermano mío, aprende a reconocerte en estos espejos de aumento y responde después a la pregunta que se hacían los primeros cristianos — los hijos de los que no se atrevieron a tirar la piedra a la mujer adúltera —: ¿Quién es mi prójimo? ¡Vaya! exclamará el Señor Quidam, ciudadano completo y de buena moral, usted no me lo ha dicho todo. Me ha despertado de mi sueño dogmático, sea; concedo de buen grado que debo mucho al ambiente, casi todo, y que el «hombre normal» es un objeto ficticio como los promedios que hallan nuestros estadísticos. Por pudor o por ignorancia, usted se abstiene de decirme cómo puedo seguir el precepto de Fichte: «Sé lo que eres», que fue mi *slogan* de adolescente, estoy de acuerdo; usted no se presenta como moralista. Pero este Yo, cuya evidencia me ciega, que me acompaña en todos mis actos, y aunque a veces pudiera deplorarlo, este Yo que también mi ambiente ve, juzga y maneja, ¿qué es? ¿Un ideal moral hacia el cual tiendo? Por desgracia o por suerte tiene los pies apoyados en tierra, ¿es acaso una ilusión de la conciencia engañada? Pero entonces, ¿qué es esta conciencia y en qué consiste que sea una ilusión tan común a todo el mundo y en cierto modo tan necesaria? ¿Un acuerdo colectivo? ¿Un residuo que vuestras hermosas ciencias no saben ya explicar, porque a fuerza de andar entre multitudes y grupos se han despreocupado del individuo? No pido un sistema ni una conclusión. Sólo la respuesta al acuciante enigma: «mi totalidad es un hombre». En otro tiempo me tentó la lectura de un libro con este «título»; no era más que una ficción policiaca...

El capítulo que sigue ha sido encargado a un autor que tiene doble experiencia, como psicólogo y como clínico. Esboza en él una respuesta. No revela la clave del enigma, ni extrae una lección del conjunto de documentos que hemos reunido. El psicólogo sólo intenta pensar de nuevo un concepto a la vez clásico y familiar, sin duda equívoco en el sentido de las palabras, pero que, incontestablemente, traduce una experiencia y designa un objeto que, de modo inevitable, importa a todos, profesionales u hombres de la calle.

ANNE-MARIE ROCHEBLAVE-SPENLE

carácter, temperamento y personalidad

Hace poco tiempo se denominaba personalidad a lo que hay de más específico en cada hombre, se buscaban las bases congénitas, se subrayaba su irreducible individualidad. Hoy, la persona ya no se entiende como lo que se opone a la norma colectiva, sino como intersección de múltiples factores. La persona es en principio personaje, papel impuesto y asumido; el problema de la «individualización» no ha quedado suprimido; pero se plantea en otros términos. Hace poco todo tratado de psicología se iniciaba con un estudio sobre el Yo; hoy es el remate de una encuesta psicosociológica.

Si numerosos conceptos han sido tomados del lenguaje corriente, hay otros que a su vez se adoptan en la conversación cotidiana y que son tratados como entidades, como «cosas» perfectamente conocidas y delimitadas. Así, la noción de «complejo», tomada del psicoanálisis, y que parece designar un núcleo inextricable ubicado en alguna parte del individuo *(tiene un complejo).* Lo mismo ocurre con el de «personalidad», vocablo empleado en numerosas circunstancias y con sentidos distintos. (Tal como fulano *tiene personalidad,* o, *tiene una personalidad atractiva* y otro aún, *es una alta personalidad);* lo encontramos igualmente bajo una forma verbal, en particular en los anuncios publicitarios *(personalice su peinado... su papel de cartas)* alentando una originalidad quizás tan igualmente conformista como los que inducen a la uniformidad *(haga como todo el mundo, lea France-soir,* frase de un cartel publicitario).

Una palabra con facetas

En estos empleos corrientes, vemos perfilarse diversas significaciones a este término. Por una parte, la personalidad aparece tanto como un atributo que se puede o no poseer, como la marca caracterizante del ser humano en general. Por otra parte, al lado de un sentido de estímulo social *(a esta reunión asistirán numerosas personalidades),* volcado sobre las apariencias, posee otro sentido que designan el «nódulo profundo» de un ser.

Esta pluralidad de significados del vocablo personalidad no es sólo propio del lenguaje corriente; el psicólogo americano Allport nos enumera no menos de cincuenta empleos técnicos diferentes.

El término mismo de personalidad es de origen relativamente reciente, ya que no parece haber sido empleado bajo la forma de *personalitas,* antes del siglo v después de J.-C., haciéndolo por primera vez San Paulino, obispo de Nola.

Se desarrolla a partir del adjetivo *personalis* (personal, relativo a la persona) y así designa el carácter personal y único de una cosa y finalmente el alma, sentido en el que ha sido a su vez empleado por Condillac. Dentro de una intuición global y difusa, se entiende por él aquello que distingue a una persona de otra.

No es necesario subrayar la ligazón de estos términos con el de *persona* (máscara), que da lugar en francés [1] tanto a «personaje» como a «persona» y «personalidad». Es interesante remarcar que las distintas significaciones de los términos personaje y personalidad se encuentran ya en la palabra latina *persona* y que un mismo autor, Cicerón, la emplea con sentidos diferentes. Es curioso ver hacia que dirección estos empleos han evolucionado: designando primero lo externo, un soporte material, después una manera de aparecer en un contexto determinado, a continuación una cierta manera de ser y finalmente la característica única del sujeto.

A este paso — por así decir natural — del espíritu, que parte de la apariencia, de las acciones manifiestas, para desembocar en la esencia, se opone la evolución de la psicología que se interesará por «el hombre en sí», antes de abordar lo que es «por y para el otro». Así, esta disciplina se define ella misma como el estudio del alma, de la personalidad y después, más recientemente, de la conducta.

1 N. T. Lo mismo ocurre en castellano.

El núcleo personal

Diferentes razones pueden explicar esta evolución: la psicología, hija de la filosofía, estudia primero el alma en tanto que sustancia indivisible, contenida en ella misma, permanente e inmutable. Esta concepción enlaza con el sentimiento de cada hombre, sentimiento de su propia identidad, de su unidad y de su continuidad.

El conocimiento empírico del otro se apoya igualmente sobre la búsqueda de su «esencia». En efecto, no son posibles de prever los comportamientos del otro —es decir, «manejarlo»— más que si detrás de la diversidad de sus comportamientos, se descubre una identidad de significaciones, un sustrato permanente. Así nace un primer conocimiento empírico del hombre refiriendo los comportamientos manifestados de éste a sus disposiciones o a un cierto «carácter» que las sostiene y que difiere de un individuo a otro. A este nivel el individuo aparece compuesto de cualidades y de defectos, inscritos en lo más profundo de él mismo y que se traducen con los actos. Encontramos también en el lenguaje corriente numerosos términos designando rasgos psicológicos y, en lo que concierne a la lengua inglesa, Allport y Odbert señalan no menos de 17.953 *(Trait-Names, a psycholexical study»,* Psychol. Monog., 1936, n.° 211).

En un pensamiento ingenuo estos rasgos sirven de explicación a los comportamientos percibidos: *Si él miente es porque es un mentiroso.* Esta afirmación —tal como la relativa a la «virtud adormecedora del opio»— no constituye, sin embargo, una tautología. Significa que la mentira actual no es accidental ni debida a las circunstancias, sino que tiene un origen más profundo y personal, que está grabada en la naturaleza misma del individuo y constituye un aspecto habitual de su comportamiento: este hombre no solamente ha mentido ahora, sino que se puede prever que lo volverá a hacer más tarde.

El conocimiento psicológico empírico se detiene aquí; tiene por tanto ciertos puntos en común con las primeras tentativas científicas de conocer al hombre: la creencia en la permanencia de ciertos rasgos; en la existencia de un «núcleo personal» inmutable y actuante que caracteriza al individuo y garantiza su identidad a través de todas las circunstancias.

No obstante, incluso a este nivel de reflexión, parece que estos rasgos del carácter no están dispuestos en un mosaico uniforme, que no tienen todos la misma importancia para un individuo determinado. De ahí nace la tentativa de ordenar estos rasgos, de jerarquizarlos y de caracterizar al individuo por su rasgo dominante, por aquel que determina la mayor parte de sus comportamientos.

Esta «tipificación», nacida de una necesidad de simplificación y comprensión, ha sido utilizada brillantemente en la literatura y no es necesario citar aquí a este propósito *Los Caracteres* o los retratos descritos por Teofrasto y La Bruyère. Dos arranques del espíritu se perfilan ya aquí, que conducirán a las «tipologías» psicológicas: de una parte, un esfuerzo tendente a reducir al individuo a un rasgo central y esencial o a un conjunto de rasgos que expliquen los comportamientos realmente observados; por otra parte, la naturaleza, por así decir, abstracta del individuo descrito aquí, concentra en él los rasgos de un modelo que es posible encontrar en muchas otras personas.

Encontramos además aquí los dos sentidos generales del vocablo tipo; uno designa la marca que sirve para reproducir figuras parecidas, otro que significa la reducción de un objeto dado a sus rasgos esenciales, rasgos que pueden constituir este modelo ideal o impronta.

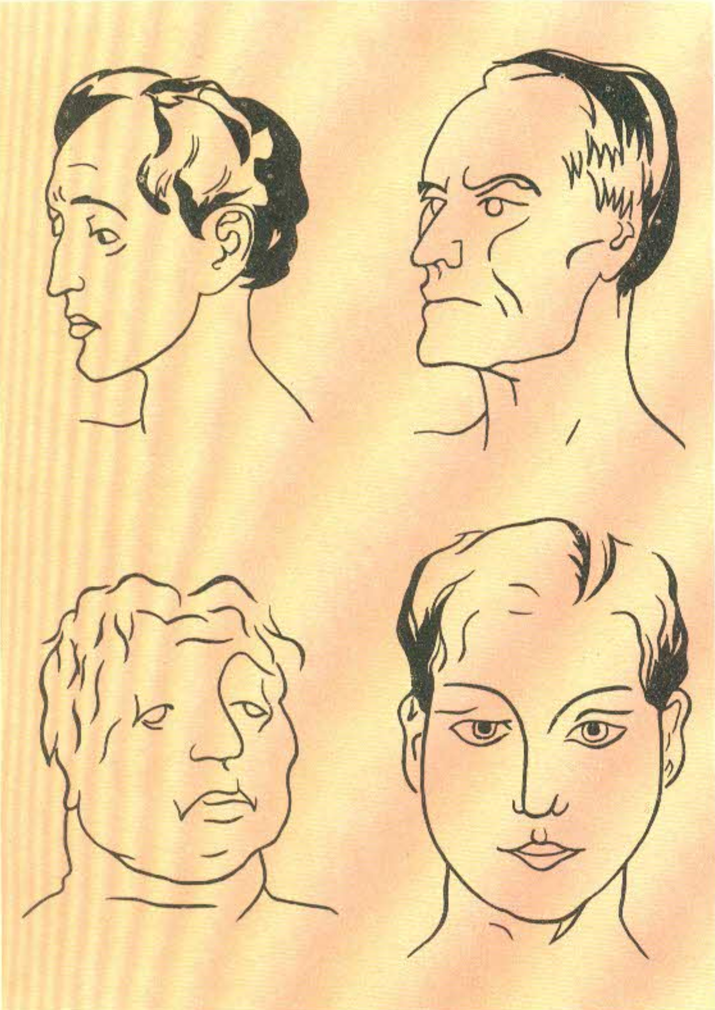
Todas estas tentativas espontáneas de conocer al otro quedan, sin embargo, al nivel de la descripción, incluso si ésta tiende a esquematizar y simplificar la multiplicidad de los fenómenos o factores supuestos o subyacentes.

La noción de carácter

Para la reflexión científica, la esencia de la personalidad, es decir, lo que diferencia una persona de otra, ha sido igualmente —o al menos durante un largo tiempo— su carácter. Incluso en ciertas obras recientes se puede algunas veces constatar una confusión, o todo lo más, una identificación entre carácter y personalidad.

Para los caracterólogos modernos, incluso si la personalidad no es englobada totalmente con el carácter, éste es no obstante lo esencial, la armadura o el «esqueleto», y constituye la materia principal, la «piedra de toque» donde aquélla se construye. Es decir, ellos están de acuerdo sobre la naturaleza dada, innata de estos rasgos de carácter que determinan los diversos comportamientos del individuo; es «por dentro» como se operan las relaciones del hombre con el mundo. Esta concepción se muestra además conforme a la etimología del término «carácter»: un «rasgo grabado». En su sentido más general, carácter es lo que permite distinguir una cosa de otra; en un sentido moral, designa la fuerza de voluntad *(tener carácter)* y, por último, en su sentido psicológico, significa el conjunto de rasgos responsables del comportamiento de un individuo, su «estilo de vida» propio.

Si bien el carácter y la personalidad han sido frecuentemente identificados, a veces también el carácter es considerado como el aspecto afectivo y volitivo del individuo, la personalidad comprende además las aptitudes intelectuales. Esta distinción parece desmentida por la oposición clásica entre los «tests de aptitudes», que estudian las facultades intelectuales, y los «tests de personalidad», que se dirigen sobre todo al aspecto afectivo. Es necesario aclarar, no obstante, que si la personalidad es aprehendida con frecuencia como un conjunto de rasgos de carácter, si el aspecto intelectual es relegado a segundo plano, es posible que provenga de la percepción inmediata del otro: éste aparece, en efecto, más implicado por su afectividad que por su razón en las relaciones interpersonales.



Hipócrates es uno de los primeros que ha intentado conexionar la personalidad al temperamento fisiológico. Distingue cuatro tipos: melancólico, colérico, flemático y sanguíneo (de izq. a der. y de arriba abajo).

En lo concerniente a estos rasgos soporte del comportamiento, las búsquedas son orientadas en diversas direcciones: por una parte, se trata de explicarlos, es decir, de determinar en qué manera pueden derivarse unos de otros; por òtra parte, se puede estudiar cómo coexisten y se combinan dentro de un individuo determinado, es decir, estudiar sus relaciones. Además, a estas tentativas de explicación o de estructuración mencionadas se sobreañaden algunas veces esta tendencia — de la que ya hemos hablado — a esquematizar y tipificar la masa de las observaciones, tendencia que se halla en la base de numerosas tipologías caracterológicas.

Las tentativas de explicación más antiguas conexionan la forma de comportamiento del individuo a los factores fisiológicos, innatos y permanentes en una persona determinada. Nacidas de consideraciones filosóficas, las teorías de Hipócrates son, no obstante, las de un médico y derivan por consecuencia de la observación, esto es, lo que les ha permitido mantenerse bajo una forma frecuentemente más esquemática a través de los siglos. El intento de explicación se reviste aquí también en una tipología, la cual se liga a la división «cuaternaria» de la cosmogonía de Empédocles, que ve en la humanidad un reflejo de las propiedades del cosmos. A la tierra, caliente y húmeda, Hipócrates hace corresponder la sangre, responsable del temperamento sanguíneo. Al aire, frío y seco, corresponde la bilis negra, responsable del temperamento melancólico. De igual modo al fuego, ardiente y seco, responde la bilis amarilla, que produce el temperamento colérico, a la vez que las propiedades del agua fría y húmeda se reflejan en el temperamento del flemático, provocado por la linfa o flema.

El temperamento

Si bien la lista de los «humores» establecida por Hipócrates se ha abandonado, no por ello deja de reconocerse que los «humores» — o mejor las «secreciones internas» — ejercen una influencia considerable sobre el temperamento. Toda esta teoría de la interdependencia psicofisiológica ha sido además empleada, ya que, por una parte, esta influencia no está sólo reservada a las hormonas, sino que se extiende a todo el cuerpo y, por otra, la relación se establece en un doble sentido, tanto psicosomático como somato-psíquico.

Esta concepción humoral de Hipócrates pone en evidencia los tipos que difieren sobre todo por la rapidez de reacciones (lentitud del melancólico y del flemático, vivacidad del colérico y del sanguíneo), así como por el estado del humor (nótese además el origen «humoral» a su vez de este último termino).

Estos factores de base no pueden seguir siendo considerados como los rasgos del carácter propiamente dichos, pero determinan secundariamente algunos de estos rasgos, como la espontaneidad, la sociabilidad, el control de sí mismo, etc.

El temperamento se sitúa, pues, a un nivel más «profundo» que el carácter, ya que por su mediación el carácter (manera de comportarse de un individuo) puede ser ligado a los factores físicos. Ha sido a su vez definido por H. Ey como «una cierta manera de ser, biológica, relativamente fija y permanente». (En: A. Poret, *Manuel alphabétique de psychiatrie,* París, P.U.F., 1952).

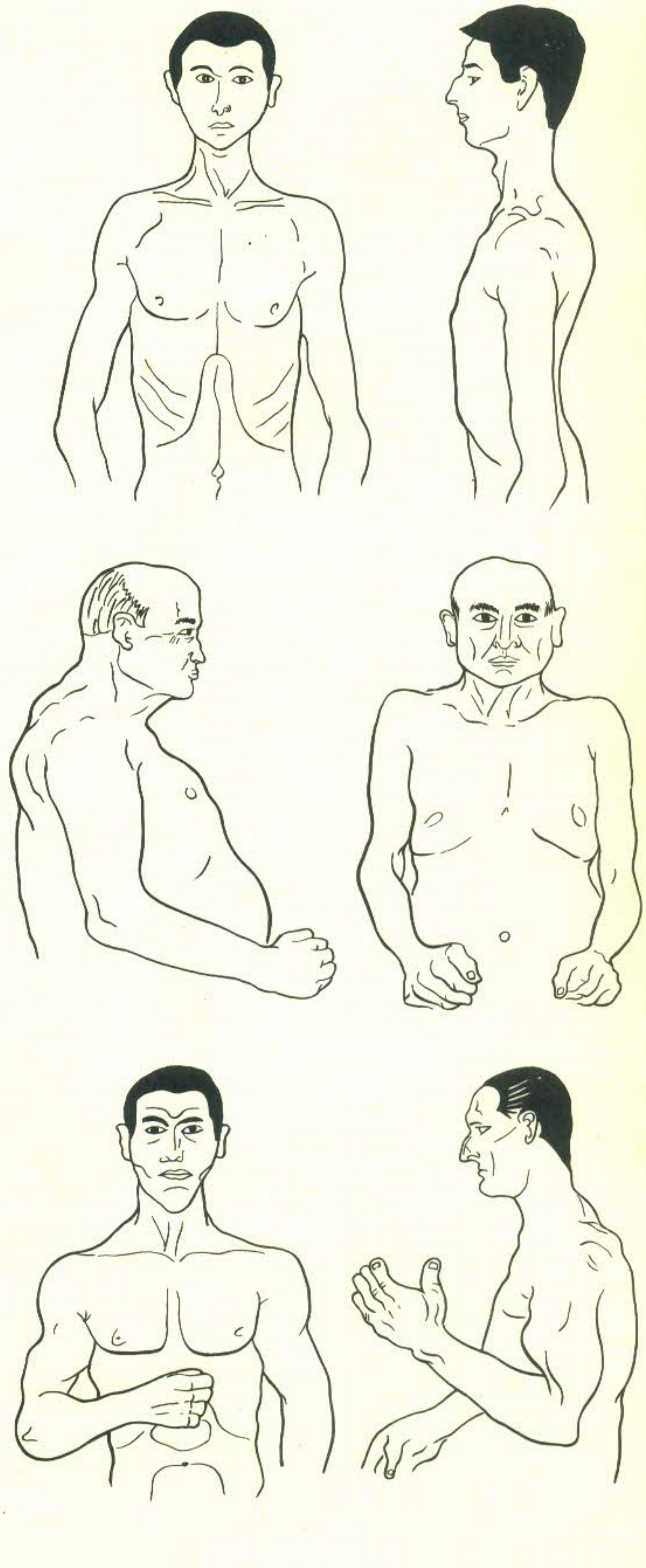
Tres grupos de factores parecen estar comprendidos principalmente en el temperamento (según R. Heiss, *Die Lehre vom Charakter,* Walter de Gruyter & Co, Berlín y Leipzig, 1936): 1) Aquello que está en el origen del vocablo temperamento, el «tempo», el ritmo psíquico o incluso el ritmo físico general: se trata aquí tanto de la rapidez o lentitud como del ritmo particular que caracteriza a una persona, como por ejemplo, su dulzura o su carácter brusco. El observador capta de manera inmediata estas características; se manifiestan pronto en la evolución del individuo y están efectivamente ligadas al estado de su sistema neurovegetativo y de sus funciones endocrinas (considérense la aceleración de los procesos físicos y psíquicos en los hipertiroideos). 2)

Otro campo perteneciente al temperamento es el del humor: que puede ser alegre o triste, regular o inestable. 3) En un tercer grupo se encuentran los factores de excitabilidad — o reactividad — psíquica: se trata principalmente, por una parte, de la sensibilidad a las excitaciones (algunas personas son más rápidamente «impresionables» que otras), por otra parte, de la rapidez y de la fuerza de las reacciones. En este tercer grupo se situaría lo que el psicólogo suizo Meili ha llamado la «perturbabilidad» *(Störbarkeit)*, es decir, la propensión del individuo a irritarse o excitarse — rasgo psicológico, pero que tiene correlatos orgánicos —, que ha podido ser descubierto en los lactantes desde la edad de tres meses y que se ha mostrado relativamente constante en el individuo, lo menos hasta la edad de nueve años, edad en la que las observaciones se detienen (R. Meili en el *Tratado de Psicología experimental,* de Fraisse y Piaget pp. VI/155 y 226, P.U.F., 1963).

La tipología de Kretschmer

Esta vieja tipología humoral ha sido seguida de otros ensayos de conexionar ciertos rasgos del carácter con datos físicos. No obstante, estas relaciones parecen a veces más superficiales y no es buscado ningún lado de causalidad. Así, la tipología de Kretschmer se basa sobre constataciones empíricas y constituye, por así decir, una confirmación de los juicios ingenuos, que el autor cita además de buena gana.

La creencia popular atribuye a las personas delgadas, longilíneas, con nariz puntiaguda y labios finos, un carácter seco, duro poco sociable y frecuentemente fanático, mientras que ve en los «buenos gordos», con cara redonda y sonrosada, el tipo mismo del «feliz perillán», sociable y de buen vivir, dúctil y conciliador. Kretschmer, sin embargo, es psiquíatra, y no es la observación corriente la que ha inspirado su tipología, sino su experiencia psiquiátrica. Siguiendo a Kraepelin (y a Bleuler) opone la esquizofrenia a la psicosis maniacodepresiva, la primera caracterizada por la ausencia de contacto afectivo, el carácter abrupto y la fragmentación de los procesos mentales, el segundo por la tonalidad particular de su humor (eufórico o depresivo), la «adherencia» al mundo y la fluidez en los acontecimientos psíquicos. El autor ha constatado una correlación clara entre estas dos formas de enfermedad mental y la estructura morfológica de los pacientes. Los esquizofrénicos son en general leptosómicos, es decir, delgados, huesudos, corrientemente fláccidos y poco musculados y con los miembros delgados, un perfil anguloso (mentón retraído). En el cuadro de las psicosis maniacodepresivas entran principalmente los «pícnicos», es decir, los sujetos gruesos, con contornos redondeados, con miembros gráciles, el tórax y



La tipología del psicólogo alemán Kretschmer se fundamenta sobre las observaciones psiquiátricas empíricas y resulta demasiado ingenua. Opone a los leptosomáticos (asténicos, arriba) llevados a la esquizofrenia, los pícnicos (en medio) llevados a la psicosis maniacodepresiva. Adjuntó más tarde los atléticos (abajo), que resultarían de naturaleza epileptoide.

vientre bien desarrollado, la cara de dibujo suave y poco afirmado. Detalle curioso, mientras que los hombres del primer tipo se van volviendo totalmente calvos con el tiempo por las sienes los del segundo tienen una calva en forma de casquete de monje.

Lo que confiere a esta tipología de Kretschmer un valor más general es que las dos formas principales de enfermedades mentales no son más que la exageración de las dos tendencias normales más comúnmente propagadas, por una parte la esquizotimia — que se caracteriza por la tendencia a vivir a distancia del mundo, a operar distinciones separadoras entre los sentimientos, las ideas y las experiencias vividas (capacidad de disociación) a razonar en la abstracción — y, por otra parte, la ciclotimia; las personas ciclotímicas viven de acuerdo con el mundo, son en general sociables, abiertas a las realidades prácticas y «redondeadas» en su estilo de vida. En cada uno de estos dos grandes tipos, Kretschmer distingue varias variantes. Así, entre los ciclotímicos, describe: los *alegres charlatanes,* los *humoristas tranquilos,* los *sentimentales pacíficos,* los *gozadores que están a sus anchas* y los *prácticos activos.*

Al establecer estas correlaciones entre las categorías morfológicas y los rasgos del carácter o, mejor aún, del temperamento, Kretschmer nos ofrece descripciones y retratos interesantes y seductores, pero que no nos explican en nada las causas de las correlaciones que él admite. Se puede hacer a esta tipología el mismo reproche que a toda tipología: por una parte, la elección de los criterios distintivos, como los de ciclotimia y esquizotimia, no parecen suficientemente fundamentados; ninguna investigación experimental prueba que se trate aquí de rasgos fundamentales para la personalidad. Es cierto, como subraya Allport, que se puede hacer una tipología a propósito de no importa qué, basándola, por ejemplo, sobre el empleo de un tipo particular de cepillo de dientes para diferentes personas. Lo difícil de verificar es la existencia de correlaciones, ya que la mayor parte de individuos están lejos de ser un tipo puro, morfológico o caracterológico.

A la búsqueda de rasgos fundamentales

Estos hechos son igualmente subrayados por Meili *(loc. cit.,* p. V/167), que se pregunta si las correlaciones entre los rasgos cuyo agrupamiento caracteriza un tipo psicológico existen realmente. En efecto, los trabajos de verificación emprendidos no demuestran absolutamente su existencia. De todos modos, declara Meili, para que una tipología pueda presentar algún interés, sería necesario fundarla sobre rasgos de la personalidad muy generalizados y fundamentales, de los cuales dependerían los otros rasgos.

Aquí se plantearía el problema de buscar la filiación de los rasgos del carácter, de religar los rasgos superficiales a las características más profundas. Reunimos por consiguiente, la preocupación de aquellos que buscan menos clasificar a los individuos y reducir su diversidad a modelos circunscritos, que obtener una comprensión más profunda de su comportamiento. Estas dos actitudes se hallan frecuentemente mezcladas, como por ejemplo, en la teoría de los temperamentos de Aristóteles. Al lado de las concepciones de este orden, que ligan el comportamiento del individuo a datos biológicos, a variables constitucionales, otras teorías intentan deducir los rasgos del carácter unos de otros buscando los lazos de causalidad intrapsicológicos. Ciertos autores tratan también de ligar los rasgos superficiales de la personalidad («rasgos de superficie»), que deducen de los comportamientos observados y de las reacciones específicas del individuo, a los rasgos más fundamentales de los que aquellos dependerían; aquellos que, a su vez, pueden ser combinados en tipos determinados.

Así, Heymans y Wiersma, dos psicólogos holandeses cuyos trabajos han sido proseguidos en Francia por R. Le Senne y G. Berger, después de haber sometido 90 preguntas a 2.523 sujetos, han intentado desprender ciertas cualidades fundamentales a partir de los datos recogidos. Han obtenido los rasgos siguientes: la emotividad, la actividad, y finalmente la primaridad o secundaridad, es decir, la manera con que una representación resuena sobre el individuo (la «resonan-

Según diversos psicólogos (Eysenck y Guilford, citados por Meili) el conjunto de factores que intervienen en la estructura personal pueden ser ordenados en un sistema jerárquico, que simboliza el diagrama de aquí abajo: las reacciones se remontan al carácter y al tipo de personalidad.



cia» es más profunda y más prolongada en el «secundario», lo que da a estos sujetos una conciencia más estrecha y una coherencia mayor). La combinación de seis características (emotivo, no emotivo, activo, no activo, primario y secundario) establece ocho tipos caracteriales, de los cuales algunos se recubren además con los establecidos por Hipócrates.

Si Heymans y Wiersma han despojado los datos recogidos al amparo de métodos estadísticos, ciertos psicólogos —sobre todo en Estados Unidos— han buscado un procedimiento de aspecto todavía más riguroso, sometiendo los rasgos del carácter a un análisis factorial. Contrariamente al atomismo psicológico, que hace del carácter un mosaico de rasgos heteróclitos, estos autores consideran los lazos de dependencia que existen entre los diferentes rasgos. Así, Guilford, Cattell, Eysenck —por no citar más que algunos— han analizado las correlaciones existentes entre las diferentes características y han conseguido aislar un cierto número de rasgos fundamentales. Eysenck, que analiza de esta forma los datos obtenidos sobre 700 soldados, encuentra dos factores que representan las últimas variables que se pueden encontrar detrás de los diferentes rasgos: por una parte, el nerviosismo (a un extremo las personas estables, maduras, bien adaptadas, al otro, los individuos inestables e inadaptados), por otra parte, el factor introversión-extraversión.

Las relaciones entre la constitución y el temperamento

No queremos abandonar estas tentativas de determinar la personalidad a partir del carácter o del temperamento sin hablar de un autor que integra los diferentes puntos de vista que hemos mencionado (relación entre el cuerpo y el carácter o el temperamento, búsqueda de rasgos fundamentales) y trata de matizar sus concepciones tipológicas para hacerlas aplicables a los casos concretos. Este autor, Sheldon, conexiona las diferencias individuales a ciertos componentes fundamentales del temperamento, que él descubre con la ayuda de un análisis factorial aplicado a las evaluaciones cuantitativas de un grupo de rasgos. Esto le lleva a tres componentes fundamentales del temperamento, medidos por sesenta rasgos: la *viscerotomia,* que se caracteriza, en particular, por una actitud de relajación, amor a la comodidad, una tendencia a la avidez; la *somatotonia,* ligada a la afirmación del cuerpo, al vigor y a la marcha, así como al amor por la acción y el poder; la *cerebrotonia,* en la que dominan los elementos de retención, de inhibición y de retracción, así como la facultad de atención y la necesidad de soledad.

Las denominaciones de estos tres tipos psicológicos —o más bien de estas dimensiones fundamentales que caracterizan a un individuo— muestran ya en qué manera el temperamento está estrechamente ligado al cuerpo, en Sheldon. Este une efectivamente estos tres tipos a tres componentes primarios de diferentes estructuras morfológicas, que él ha desentrañado mediante un análisis profundo de cuatro mil fotos, La *endomorfia* se caracteriza por un predominante desarrollo de las vísceras digestivas y por una estructura ósea poco marcada; la tendencia a la obesidad es frecuente (estos individuos «flotan sobre el agua»). En la *mesomorfia,* las estructuras somáticas (huesos, músculos, tejido conjuntivo,) predominan; la piel es gruesa y estos individuos, sólidamente construidos, dan una impresión de solidez y de fuerza. La *ectomorfia* se distingue por la fragilidad y la delicadeza; las extremidades son largas y frágiles; el desarrollo somático débil y, a su masa, el cuerpo presenta una gran superficie, es decir, gran exposición sensorial al mundo.

Estos tipos físicos han sido basados sobre el desarrollo del embrión y corresponden a las tres capas de aquél, el mesodermo, el endodermo y el ectodermo, lo que permite suponer, detrás de las correlaciones entre la constitución física y el temperamento, un origen biológico común.

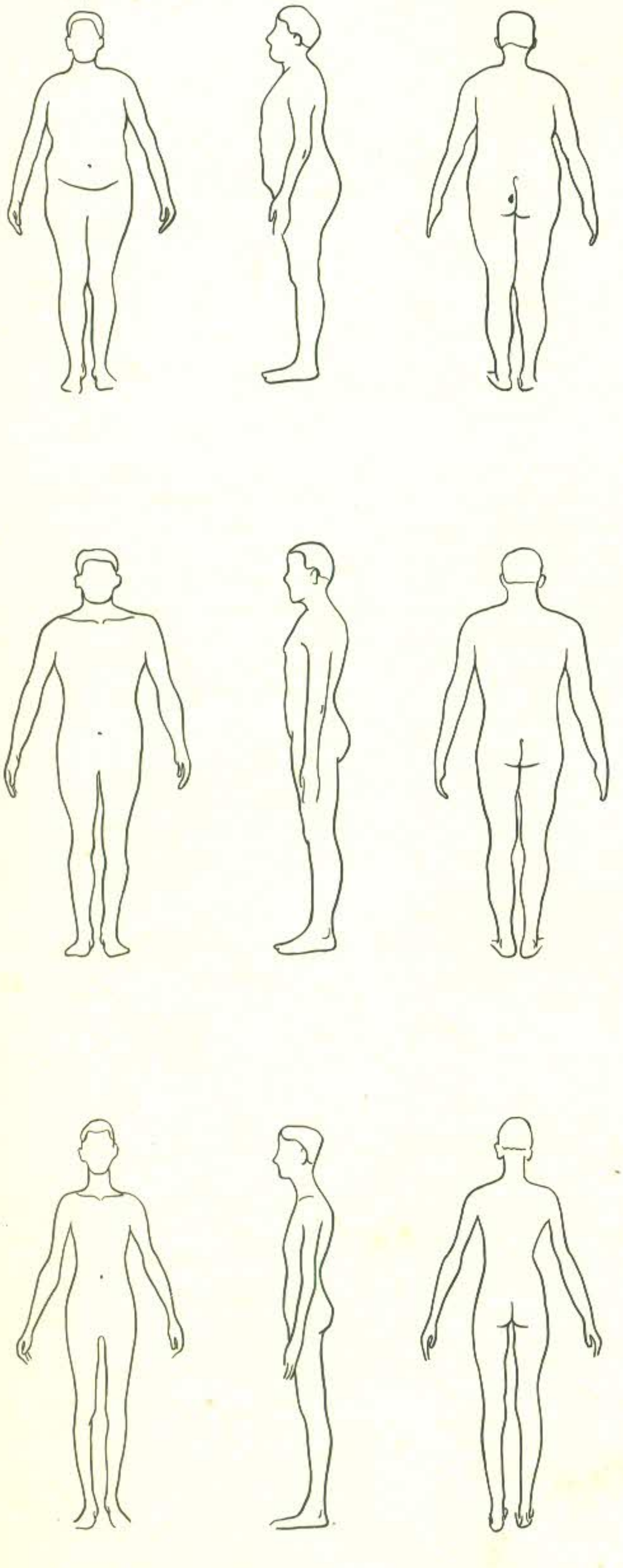
Cada individuo es clasificado en función de estos tres componentes morfológicos sobre una escala de 7 puntos, que mediante la medida de 17 diámetros permiten establecer el somatotipo. De igual manera, para los componentes del temperamento, cada sujeto es clasificado en relación a ellas sobre una escala de 7 puntos. El autor ha estudiado durante cinco años desde el punto de vista somático y psíquico a doscientos jóvenes. Las correlaciones entre el somatotipo y el temperamento se han revelado muy elevadas, según él; pero no ha sido verificado por todos los trabajos posteriores.

Esta investigación nos parece interesante porque excede la noción de tipo, en el sentido estricto de la palabra, y busca encontrar el origen de estas relaciones entre el cuerpo y el temperamento, este último desarrollándose en los rasgos del carácter y el comportamiento de la persona.

De los factores constitucionales a los determinantes sociales de la personalidad

En estos estudios del carácter y del temperamento, parece que hayamos llegado a asir la personalidad «en su estado bruto», a cercar el núcleo a partir del cual se desarrollará. Efectivamente, algunos autores tienden a reducirla al carácter o al temperamento, del que ellos subrayan la naturaleza innata y constitucional, y consideran las modificaciones eventuales de la persona como accidentales o bien como la maduración y actualización de rasgos que permanecían latentes. Para otros caracterólogos, la personalidad consiste en el carácter más otra cosa (más inteligencia para algunos, más lo adquirido para Le Senne). Mas para todos estos autores, el carácter representa el «corazón» de la persona, su ser auténtico, y determina la manera con la cual el ser aprehende el mundo, es decir, aquello que se ha convenido llamar lo «adquirido». (Esta distinción entre adquirido e innato está, además, superada actualmente).

Si es cierto que la personalidad se halla determinada por los factores constitucionales, éstos no parecen, sin embargo,



responsables más que en parte de las reacciones específicas del individuo. En particular, los estudios dirigidos sobre los lactantes — y proseguidos durante varios años sobre los mismos sujetos — no han puesto en evidencia un conjunto de rasgos de temperamento, dados desde el nacimiento y constatados a lo largo de la vida. Es forzoso pensar que las variables fundamentales no se revelan más que tardíamente ¿o no hace más bien rechazar la idea de una personalidad concebida como un conjunto de rasgos permanentes, imprimiendo desde dentro su acción sobre el mundo? Este resto de pensamiento sustancial se perpetúa incluso en los autores que reconocen plenamente la importancia del otro y de las relaciones interindividuales para el sujeto, pero que aíslan una parte del individuo vuelta hacia el otro, el «personaje», la *persona* del «núcleo profundo del ser», de la personalidad auténtica. Tal es la actitud de C. G. Jung, y también la de Bergson, que buscan de este modo preservar la interioridad de la personalidad. El «Yo social» les parece artificialmente aplicado sobre el «Yo profundo y original», que sólo rinde cuenta de la unicidad de cada individuo.

Uno se puede preguntar si esta distinción no es ella misma artificial y si la personalidad no es justamente esta síntesis indisoluble de factores constitucionales y sociales, que no se pueden aislar en ningún momento de su evolución.

En efecto, incluso antes de su nacimiento, el niño está encerrado en una red de relaciones. Existe ya en el proyecto, en la espera de sus padres, como un objeto deseado o, por el contrario, rechazado. Con frecuencia los esposos hablan ya de él, como de una persona real, de un niño o de una niña, le atribuyen un nombre, construyen en su pensamiento su personalidad y concentran sobre él un cúmulo de deseos y de recelos. Por otra parte, el niño nace en una familia determinada, que forma parte de una clase social, de un grupo étnico, de una comunidad religiosa, y comporta, por consecuencia, normas y valores específicos. Todos estos factores actúan sobre el niño desde el momento de su nacimiento determinando, por ejemplo, toda la actitud de sus padres hacia él, así como sus primeras relaciones con el otro. (Véanse los dos primeros capítulos de este volumen).

Por esto, incluso si los datos psicológicos, el temperamento y el carácter determinan la personalidad y ejercen su acción desde el principio de la vida, no parece posible que creen por sí solos las bases de la personalidad y les concedan una prioridad o preeminencia; ellas no pueden estar aisladas de otros determinantes y están en interacción constante con ellos, antes incluso de que el individuo vea la luz. Desde antes del nacimiento el niño es no solamente un ser biológico en formación, sino también un ser social, y en algunas sociedades le reconocen como a uno de sus miembros desde el momento de la concepción.

Entre las diversas tipologías y caracterologías, el americano Sheldon ha intentado hacer una síntesis. No se atiene a una descripción empírica, pero a partir de un análisis factorial separa tres componentes, en relación a los cuales se sitúan los temperamentos concretos. De arriba abajo, los tipos extremos: endomórfico, mesomórfico, ectomórfico.

Después del nacimiento es la impotencia del niño que condiciona su primera relación con el otro; ella obliga al adulto a ocuparse de él, a prodigarle los cuidados a los cuales éste resistirá. Muy pronto el lactante sabe reproducir activamente las conductas que han sido recompensadas, que han provocado una satisfacción de sus deseos (él «sabrá» que sus gritos hacen acudir a la madre). Aprende así a actuar sobre el otro para provocar las reacciones deseadas, pero aprende también a adaptarse a aquello que los otros esperan de él para ser complacidos, es decir, para ser aceptado y amado, condición necesaria a su seguridad y a su subsistencia.

La madre responde también a las esperanzas de su hijo, y cada uno se modifica así con el contacto del otro. Estas formas de interacción se vuelven a encontrar — bajo aspectos diversos — a todo lo largo de la evolución personal, y algunos autores han podido mostrar cómo son responsables de rasgos específicos del carácter que, para otros, habrían podido parecer dados constitucionalmente. Así, Janet cita el caso de una madre repitiendo sin cesar a su hijo que es un blando y un «bueno para nada»: el hijo deviene efectivamente un flojo e incapaz, como para conformarse a lo que su madre espera de él (P. Janet, *L'évolution psychologique de la personalité,* Maloine, París, 1929, pp. 334-335).

La conciencia de sí mismo en el niño

Cogido así en las relaciones recíprocas y complementarias con el otro, el niño aprende poco a poco a colocarse en el lugar del otro, a jugar su papel (toma, por ejemplo, el tono o la expresión de su madre hacia él para hablar a su oso), lo que le permite en cualquier caso salir de sí mismo y verse desde el exterior. El yo que él conoce es el yo que el otro le refleja como en un espejo. De estas relaciones interpersonales primitivas, y en particular de las conductas de actitud, se pueden deducir los procesos psíquicos superiores, las funciones esenciales de la personalidad, tales como la conciencia y el conocimiento de sí mismo. Estas, que, en efecto, corresponden a una especie de desdoblamiento entre el sujeto observante y el sujeto — o quizá mejor objeto — observado. Al principio el papel de observador corre a cargo de los padres, y es tomando hacia él mismo su papel, viéndose como ellos le ven, que puede tomar conciencia de sí mismo y conocerse. Esta posibilidad de desdoblamiento interior deriva, pues, directamente de la bipolaridad inter-subjetiva; ella permite así al hombre solitario ser él mismo su propio compañero y de proseguir con él mismo un diálogo interior.

Esta conciencia de sí, posee estrechos lazos con el *superyo,* esta instancia psíquica emparentada a la conciencia moral, que los psicoanalistas hacen derivar de una interiorización o de una introyección de actitudes parentales. Si, durante mucho tiempo, la conciencia moral ha sido considerada como anterior a toda experiencia e inmutable, se puede, no obstante, seguir su constitución progresiva en el niño. Este renuncia de entrada a efectuar la acción reprensible, en el momento de la prohibición. Deviene seguidamente capaz de prever la prohibición, de conferirle un carácter permanente, sin lograr, no obstante, desprenderla de la presencia efectiva de los padres; si ellos no están presentes, realizará el acto prohibido. Finalmente, el niño hace suya la prohibición, la interioriza y se comporta como si escuchara en su interior la voz de los padres («la voz de la conciencia», pero también la conciencia considerada como un «ojo» observador y crítico). Así, Baudouin cita el ejemplo de un niño pequeño que baja la escalera tirándose de las orejas y hablándose a sí mismo con un tono de reprimenda. Cuando se le pide una explicación a tan curioso comportamiento, responde: «Pedro ha sido malo, ha cogido azúcar». En este momento, el niño juega simultáneamente dos papeles coexistentes en él, el del padre y el suyo propio. Más tarde, este papel paternal es completamente interiorizado y se manifestará mediante escrúpulos o remordimientos (Baudouin: *L'âme enfantine et la psychanalyse,* Neuchâtel y París, Delachaux y Niestlé, 1931, p. 249).

Estas relaciones interpersonales son bipolares, atan dos individuos uno al otro. Interiorizándolas y asimilándolas el sujeto podrá situarse él mismo ora en un polo, ora en el otro, de esta relación. Si consideramos, por ejemplo, la relación padre-hijo, este último, luego que interiorice esta relación, podrá jugar el papel del padre, es decir, asumirá hacia sí mismo una actitud severa y autoritaria (típica del escrupuloso y miedoso, del «torturado»), podrá desempeñar este papel paternal hacia otra persona (sobre la cual él proyecta así la imagen complementaria del niño); puede igualmente proyectar sobre otro adulto esta imagen paternal y desempeñar frente al mismo el papel recíproco del niño sumiso y pasivo.

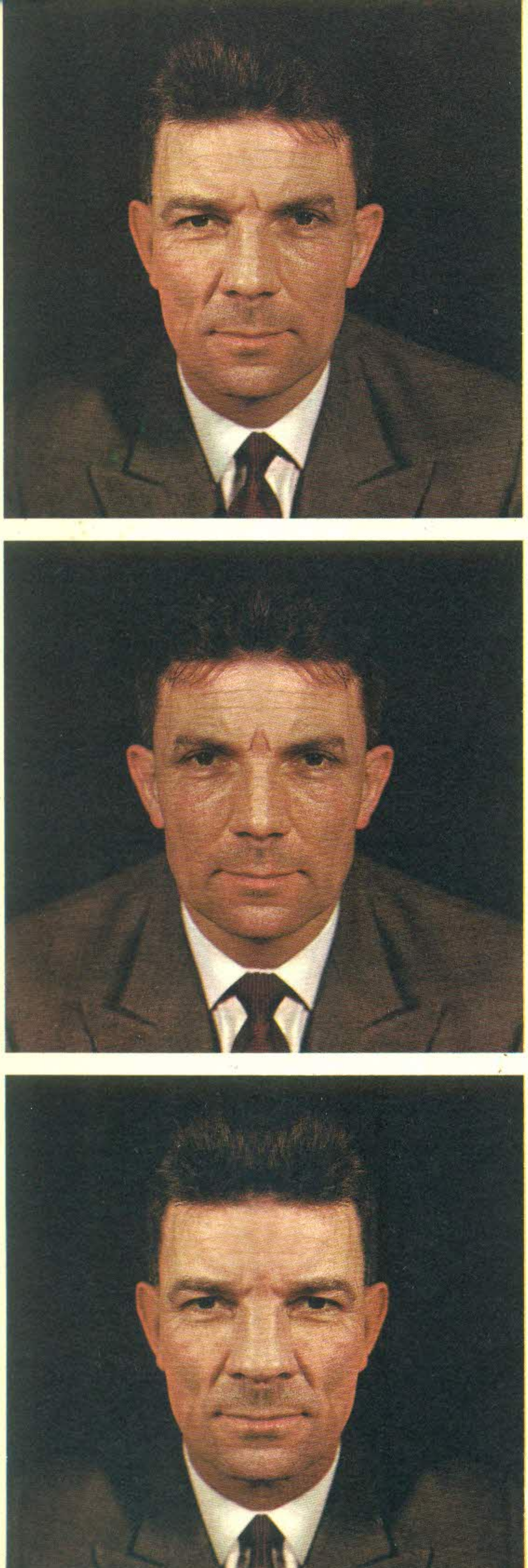
Numerosas actitudes — o rasgos del carácter — aparentemente innatas han podido ser así reducidas al aprendizaje de ciertas actitudes de un papel: la pequeñita, desempeñando el papel de su madre, asimilará los intereses domésticos y las actitudes de ternura de aquélla, que parecen realmente salidas de su «naturaleza». (Ciertos autores han podido asimismo restablecer para la interiorización de papeles distintos las tres instancias psíquicas estudiadas por los psicoanalistas: el *ello,* el *yo* y el *superyo.*)

El carácter no es una entidad

Considerado en su evolución, el individuo aparece así como un reflejo del otro, ya que todas sus conductas parecen derivar de las primeras relaciones interpersonales en las cuales él se ha inmerso, y en particular, de ésta que los otros esperan de él.

¿En qué se traduce la noción de carácter en estas concepciones? Ya no es evidentemente posible considerarlo como un conjunto de rasgos constitucionalmente dados y constantes, para un individuo determinado, en las diversas situaciones de la vida.

Si las reacciones del sujeto dependen del contexto interpersonal en el cual está situado, no se comportará de la misma manera en situaciones distintas. Su conducta es una res-



puesta a lo que las diferentes personas que encuentra esperan de él, una adaptación a los diversos papeles sociales que está llamado a jugar. Cada uno de éstos pide actitudes y comportamientos diferentes y hace, pues, resurgir rasgos de carácter distintos y frecuentemente contradictorios. El individuo no tiene ya *un* carácter, puesto que aparece bajo una luz diferente en las diversas situaciones: un oficial, autoritario y duro en el ejercicio de sus funciones, puede ser, en su casa, el más atento de los maridos. Mediante los mecanismos de autorregulación y de compensación, ocurre incluso con frecuencia que las actitudes y los papeles contradictorios se suceden, que el verdugo se convierte en víctima, el cruel, sentimental, cosa que parece difícilmente explicable por la teoría de los rasgos de carácter estables y permanentes.

Pero, aun en el seno mismo de sus cambios, de sus múltiples maneras de mostrarse, el individuo se caracteriza por un estilo particular, por una relativa analogía entre sus diversos comportamientos. Si bien no se puede negar la influencia de los factores del temperamento, seguramente constitucionales, el carácter — en esta perspectiva — parece sobre todo designar ciertas maneras privilegiadas de comportarse, que son formadas en el transcurso de las múltiples interacciones del sujeto con el mundo y en las cuales se mezclan y se integran indisociablemente los factores innatos y adquiridos. El carácter, en este momento no es, pues, ya una entidad dada e inmutable, sino que se muestra capaz de evolucionar, bajo los efectos de la maduración, de aprendizajes diversos, de experiencias vividas, e, igualmente, de modificaciones bio-fisiológicas.

Así, la creencia en un carácter, o en una «naturaleza», masculina o femenina, inscrita en el ser del hombre y de la mujer, ha sido alterada por la constatación de la gran variabilidad de estas actitudes y rasgos de la personalidad ligados al sexo, hecha por los sociólogos y los antropólogos.

Recordemos aquí rápidamente los hechos bien conocidos aportados por Margaret Mead: esta autora compara tres civilizaciones del Pacífico, los arapesh, los tschambuli y los mundugumor. En los arapesh, los hombres y las mujeres son dulces y pacíficos, mientras que los mundugumor de ambos sexos son crueles y combativos, las mujeres rechazan sus funciones maternales. En los tschambuli, por el contrario, las mujeres son enérgicas y trabajadoras, despojadas de coquetería, mientras que los hombres muestran el gusto por el arreglo personal y los ornamentos y se consagran a la pintura y a la danza (*Sex and temperament in three primitive societies,* Nueva York, W. Morrow, 1955). Nosotros mismos hemos puesto en evidencia esta evolución de los caracteres masculinos y femeninos y sus diferencias en diversos países (A.-M. Rocheblave-Spenlé: *Les rôles masculins et féminins,* París, P.U.F., 1964).

Se ha atribuido a la asimetría lateral de la cara una significación psicológica. Si bien jamás ha sido probado nada a este respecto, no es menos chocante y merece ser señalado a título de curiosidad. La parte izquierda de la cara representaría la vida exterior, la «personalidad de contacto», el ser social; la parte derecha, la vida interior, la «perso-

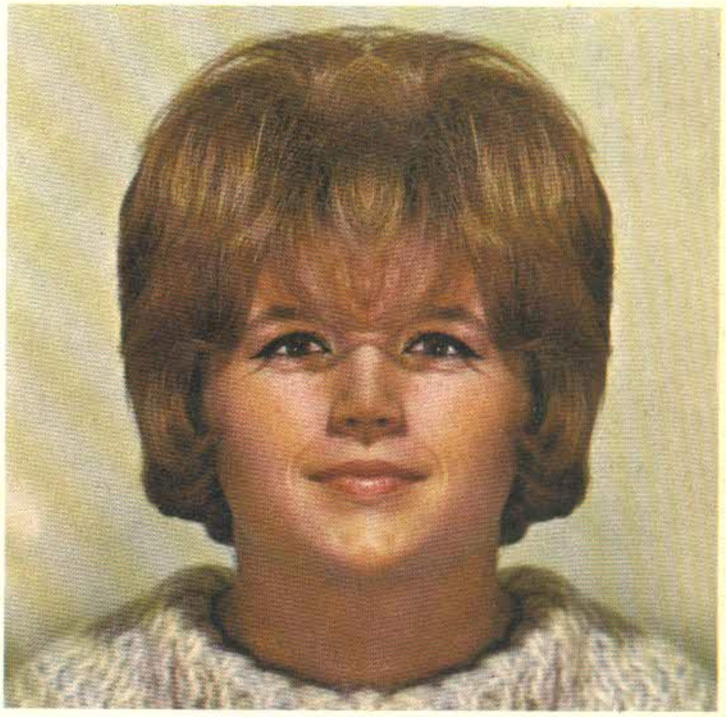
Personalidad y actitudes sociales

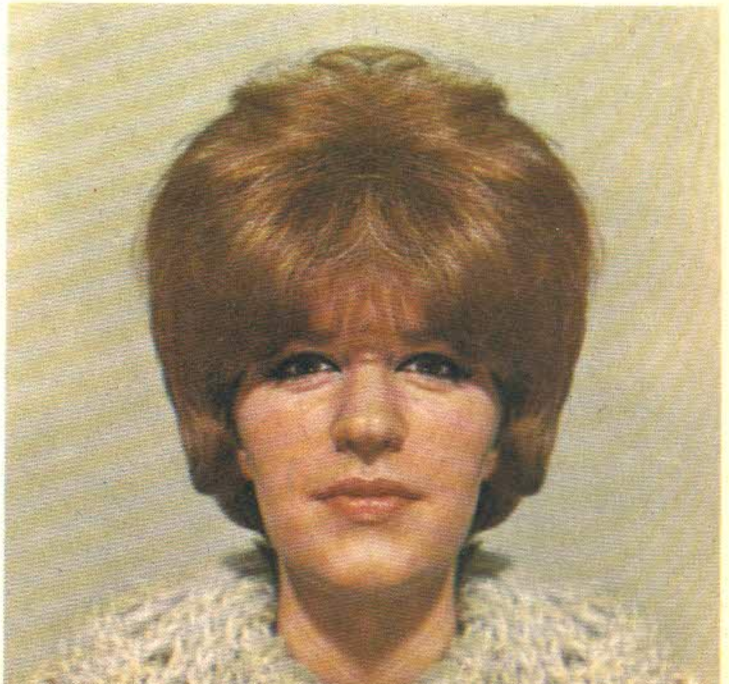
Parece, pues, que un aspecto de la personalidad —en particular, ciertos rasgos del carácter— están en relación con la civilización a la cual pertenece el individuo. Comparando dos culturas diferentes estudiadas por Linton, la de los habitantes de las islas Marquesas y la de los tanalas de Madagascar, Kardiner fue llevado a formular su concepto de «personalidad base»: aquella que comprende ciertos rasgos psicológicos propios a los miembros de una sociedad dada y que resurgen a través de las variaciones individuales. Los estudios dirigidos a las islas de Alor permiten verificar esta hipótesis y descubrir los mecanismos de su formación. En este país, se han observado las técnicas particulares de «la crianza» de los niños; estas primeras relaciones con el adulto llevan un cierto contenido afectivo e inducen a la vuelta ciertas reacciones en el niño, que repercutirán en las relaciones ulteriores con la sociedad, los otros y sí mismo. Todo este conjunto de actitudes así adquiridas le determinará a adoptar a su vez, cuando sea adulto, las mismas técnicas de puericultura y los mismos modos de conducta que sus padres emplearon. Así se forma un estilo determinado de la personalidad común a los miembros de una misma civilización, la «personalidad de base»; ésta se perpetúa, no por la herencia, sino por un doble encadenamiento: por una parte, las técnicas de puericultura qué forman la personalidad de los individuos de una generación son adoptadas y mantenidas por la generación siguiente, y así sucesivamente; por otra parte, estas técnicas expresan ciertos modos de relaciones afectivas que, a su vez, reforzarán estas técnicas. Esta «personalidad de base» no existe en estado puro, pero aparece en filigrana en las personalidades individuales. (Véase a este propósito Kardiner, Linton y cols.: *The individual and his society: the psychodinamics of primitive social organization*, Nueva York, Columbia Univ. Press, 1939; y Jean-Claude Filloux: *La personalité*, P.U.F., 1963, p. 65 y siguientes).

No es suficiente partir del individuo inmerso en una sociedad dada, sino que también es necesario partir de subgrupos variados de esta sociedad —regionales, profesionales, confesionales— que, por mediación de la familia, ejercen su influencia sobre él, pidiéndole ciertas actitudes y pudiendo afectar los mecanismos aparentemente «objetivos» de su personalidad, como la percepción y el recuerdo. (Véase a este respecto el capítulo titulado *Funciones mentales y sociedad* en el presente volumen.)

En el curso de una sorprendente experiencia, Otto Klineberg ha presentado a los miembros de dos grupos raciales una imagen que representaba un Negro y un Blanco; este último tenía en la mano una navaja de afeitar. Invitados a continuación a que describieran la imagen percibida, los







nalidad profunda». Para evidenciar estas faltas de semejanza, se dobla una foto tomada de frente (procedimiento presentado en 1930 al V Congreso del Instituto internacional de antropología, cf. P. Abraham: J. de Psych., 1934). Aquí se ven arriba las caras enteras, en medio la cara «izquierda» (ser social) y abajo la cara «derecha» (ser profundo).

blancos afirmaron que era el negro el que llevaba la navaja de afeitar, deformando así el recuerdo de la percepción en el estereotipo admitido entre el grupo blanco, que hace del Negro un ser violento y agresivo, predispuesto a reacciones homicidas. Los niños blancos, al contrario de los adultos, describían correctamente de memoria estas imágenes, lo que prueba que estas «deformaciones» se aprenden en el curso de las interacciones sociales (O. Klineberg, *L'étude scientifique des stereotypes nationaux,* Boletín Internacional de las Ciencias Sociales, UNESCO, Francia, 1951-III-3, p. 546 a 556).

Ante tal perspectiva social no es posible concebir la personalidad como un bloque monolítico. El individuo aparece desparramado en múltiples personajes; y no podemos impedirnos el pensar si esta oposición entre la unidad y la multiplicidad personales no refleja la que existe entre nuestro deseo o sentimiento íntimo y la realidad. Como dice Pirandello en *Seis personajes en busca de un autor,* el hombre es consciente de ser uno, «cuando en realidad es cien, es mil; con éste es uno, con aquél otra persona distinta».

Esta multiplicidad de la personalidad, ¿destruye acaso su mismo concepto? Estando así ligado a los demás, ¿el individuo, siendo a la vez espejo y reflejo del otro, acaso no aliena su verdadera personalidad? Este problema ha sido puesto de relieve por numerosos autores que consideran como un peligro la dependencia respecto a los demás y el asumir papeles sociales múltiples. Así, Ichheiser ve sólo un conglomerado de varios papeles en la personalidad. Convencido, sin embargo, de la existencia de una auténtica y profunda personalidad, de un último núcleo sólido, la busca en todos los aspectos de la conducta; intenta localizarla en uno de los papeles desempeñados, en el cual el individuo se identifica y esto le conferiría un carácter de unidad y de homogeneidad. Pero nos identificamos ora con uno ora con otro de nuestros papeles. Quizá, pues, esta personalidad resida en lo que los demás consideran nuestro verdadero yo; sin embargo, nos manifestamos a los demás bajo un aspecto siempre diferente y les ofrecemos así una imagen falsa de nosotros, y el autor concluye declarando que los papeles sociales han remplazado al «hombre interior olvidado» y que ya nunca podremos ser «nosotros mismos».

Si dentro de esta perspectiva la personalidad no se considera como una unidad indisoluble en el sentido clásico conserva, sin embargo, su carácter de originalidad y unicidad. En efecto, todas las relaciones interindividuales y el desempeño de papeles sociales no ejercen sobre los individuos una influencia uniformadora. Aunque la familia constituya para el niño la representación de la sociedad, cada familia es, sin embargo, diferente de todas las demás; pertenece a unos subgrupos determinados y se halla sometida a situaciones originales; la pareja parental está compuesta por individuos únicos que mantienen entre sí relaciones únicas, así como con sus hijos, que — reflejo de estas influencias e interacciones — se diferencian de los demás niños.

Una misma familia tampoco representa un ambiente constante; evoluciona en el tiempo, según las situaciones y las experiencias vividas, y no modela a sus hijos de manera idéntica. Las diferencias psicológicas entre hermanos y hermanas no constituyen, pues, un argumento válido en favor de lo innato del carácter; incluso si ciertos determinantes son constitucionales, cada niño tiene para sus padres una significación diferente y ocupa una posición diferente dentro de la familia, lo que creará para cada uno de ellos una situación específica que determine sus reacciones. Así se ha podido evidenciar la frecuencia de ciertos rasgos de carácter entre los primogénitos, rasgos distintos entre los segundos hijos; se ha podido atribuir esta comunidad de rasgos en relación al lugar que ocupan, por una parte, a la actitud más temerosa, protectora y obsesiva hacia el mayor y, por otra parte — en cuanto al segundo hijo —, a la presencia de un niño mayor del que éste debe defenderse.

El carácter original y único de cada individuo es tenido por tal tanto por los autores que definen la personalidad como una constelación de rasgos primarios como por los que la consideran un conjunto de actitudes y de papeles.

Multiplicidad y unidad de la personalidad

La oposición se centra de un modo más particular en otros puntos. En efecto, las teorías del carácter describen una personalidad cerrada en sí misma. Así, el alma constituye una entidad, una sustancia invariable cuyas transformaciones aparentes no son más que modos de manifestarse; está ligada al mundo en el sentido que ejerce una acción sobre él, pero del cual no recibe nada, puesto que no contiene nada distinto de aquello que figuraba ya en su origen. Permanece, pues, idéntica en sí misma, e incluso si ciertos autores admiten una estructura interna en rasgos que dependen los unos de los otros, se presenta como un todo indivisible y relativamente homogéneo, como una unidad.

Para la psicología social, el individuo, en cambio, se halla sometido a una sucesión de influencias múltiples. En esta perspectiva más dinámica y menos monolítica de la personalidad se manifiesta a los demás y a sí misma — puesto que el propio conocimiento puede concebirse como un reflejo del conocimiento que de ella tienen los otros — bajo aspectos cambiantes y discontinuos.

Estas dos perspectivas han sido ligeramente esquematizadas y engrosadas, puesto que la personalidad ha sido considerada con frecuencia bajo su doble determinación, biológica y social, innata y adquirida, una y múltiple. Queda claro en la definición aceptada de un modo más general, que se debe a Allport: «La personalidad es la organización, en el seno del individuo, de los sistemas psicofísicos que determinan su adaptación única a su ambiente».

De todos modos, aun dentro de una óptica tan diferenciada, el problema subsiste, aunque sea en forma menos brutal: ¿la personalidad es en primer lugar una totalidad única

que elabora de manera original los aportes sociales, o es la resultante de influencias sociales ejercitadas sobre ella que —por su configuración original— se encuentran en el origen de la unicidad personal? ¿Es necesario decidirse deliberadamente por una de las ramas de esta alternativa o bien ésta constituye un falso problema que puede superarse si uno se sitúa dentro de una perspectiva más amplia? Antes de juzgar importa separar más claramente la significación y el origen del concepto de personalidad. Lo examinaremos apoyándonos principalmente en los diversos trabajos de Daniel Lagache [1].

La personalidad, ¿un falso problema?

Hemos visto que la personalidad ha sido considerada generalmente como una entidad, una e indivisible, y numerosos problemas han nacido de este residuo de pensamiento sustancialista. Así, cuando Ichheiser piensa que el hombre moderno pierde su personalidad, concibe a ésta como un objeto que uno puede intentar localizar dentro del individuo. Esta tendencia aparece también en expresiones tales como «la personalidad profunda» o «las capas de la personalidad»; no es en absoluto extraña al pensamiento sociológico, que sitúa la personalidad en el límite entre el individuo y la sociedad, y la parte siguiente origen de las diversas actitudes personales.

Luego, ¿qué representa en realidad este concepto? Cuando examinamos lo que quiere decir —en último extremo— para nosotros este término de personalidad, es decir, lo que entendemos cuando hablamos de «nuestra personalidad», estamos obligados a reconocer que no tenemos ninguna experiencia inmediata de una realidad, que sería la personalidad. Nos hallamos conscientes de nuestros sentimientos, de nuestras conductas, de la existencia de los demás, y podemos igualmente, en un esfuerzo de reflexión y de vuelta sobre nosotros mismos, aprender a través de una fugitiva intuición el movimiento de la conciencia. Pero la personalidad no aparece como una realidad psicológica directamente perceptible ni al sujeto ni al observador exterior. Lo que realmente existe es un eco y una sucesión de relaciones y de interacciones ligando al sujeto al mundo exterior, a los demás y a sí mismo. En efecto, si el individuo busca conocerse despojándose de las ideas recibidas, se toma a sí mismo como el centro de relaciones que parte de él o abocan a él, relaciones que él puede sufrir o inducir más o menos conscientemente. En consecuencia, a la postre, se podría igualmente decir que «la personalidad no existe». Esta afirmación es, sin duda, una humorada; expresa, no obstante, bajo una forma un poco atrevida, el resultado de la tentativa de purificación y desmitificación del concepto de personalidad; la personalidad no posee una realidad accesible a la intuición o al conocimiento inmediato; se presenta como una construcción del espíritu, un modelo teórico que permita rendir cuenta de los fenómenos observados y vividos. Como toda construcción, esta noción posee un aspecto espacializante, transcribe en términos de espacio, lo vivido, el *Erleben*, que, él, se ha inscrito en el tiempo.

Estamos, sin embargo, motivados a construir este modelo porque advertimos, por una parte, una cierta constancia, una cierta regularidad en las relaciones que ligan un individuo a otro y a sí mismo y, por otra parte, una cierta resistencia al cambio, una cierta tendencia a perseverar en ciertos tipos de acciones o de reacciones que se oponen a la fluidez temporal.

Esta resistencia a los cambios constituye uno de los caracteres de las estructuras psicológicas, los otros caracteres de estas estructuras serán: la latencia, la coherencia, la autonomía relativa, la interdependencia más o menos coherente o conflictual de los elementos. A instancias de las otras ciencias, la psicología moderna ha, en efecto, abandonado la posición tomista clásica, para promover las nociones de «estructura», de «conjunto», de «totalidad», de «conjunto estructurado».

La personalidad como estructura

Encontramos aquí la noción de «unidad múltiple», que reconcilia e integra los dos aspectos que habíamos entresacado, la unidad —ligada principalmente al propio cuerpo, indisoluble y vuelto a cerrar sobre sí mismo—, pero también la multiplicidad —desparramada en el fluir dinámico de las relaciones con los demás y con sí mismo. Esta multiplicidad rinde además cuenta de los diversos personajes que habitan en un mismo individuo, de la «pluralidad de los yo», de las diferentes subestructuras de la personalidad; ella es también actual de forma permanente, ya que la persona humana está siempre en situación, comprometida en relaciones complejas y cambiantes. Este conjunto de relaciones del sujeto con los demás y con él mismo forma lo que se ha llamado el «campo psicológico». Este último se modifica constantemente, sea por la acción del sujeto que transforma el mundo y se modifica a sí mismo, sea bajo el efecto del ambiente, que coloca al sujeto frente a una situación nueva. Estructura personal y estructura del mundo se juntan y enfrentan así en la más vasta del campo psicológico.

Como afirma D. Lagache, «la personalidad es una estructura ella misma, una estructura que el tiempo diferencia en el individuo, un conjunto dinámico, es decir, organizado y móvil, de formaciones psicofisiológicas, ellas mismas organizadas y móviles. Aseguran, sin embargo, con alguna regularidad las relaciones de la persona con su mundo per-

[1] Entre otros: *La psychanalyse et la structure de la personnalité* en *La psychanalyse*, vol. VI, París, P.U.F., 1961, pp. 5-64; *Le concept de caractère en psychanalyse:* introducción a las Jornadas Provinciales de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, mayo de 1964 (texto inédito); *Le modèle psychanalytique de la personnalité:* trabajo presentado en el Congreso de la Asociación de Psicología Científica de lengua francesa, Lieja, 1964.

sonal, es decir, también con ella misma. Estructura diferenciada, dentro de una estructura que la engloba, engloba a su vez ella misma las estructuras». *(La psychanalyse et la structura de la personalité,* p. 5.)

Entre los caracterólogos que hemos citado, algunos conciben también la personalidad como una estructura, pero se trata esencialmente para ellos de una estructura de rasgos hieráticos, sin que sean subrayadas sus interrelaciones ni sus relaciones con el mundo y con el sujeto. Se llega así a una clasificación lógica de componentes individuales.

Completamente diferente es la concepción de la estructura personal definida por el psicoanálisis. Esta examina las relaciones dinámicas entre las formaciones psicológicas que ciertas conductas constantes permiten construir. El Preconsciente y el Inconsciente, o, en una segunda teoría freudiana del aparato psíquico, el Ello, el Yo y el Superyo, no constituyen, por consiguiente, estas entidades bien definidas donde la casi materialidad parece evidente a buen número de personas, pero representan las hipótesis, las construcciones, destinadas a rendir cuentas de ciertos aspectos de la personalidad, en particular de las motivaciones y de los conflictos que se afrontan.

Las relaciones entre estas tres instancias —que constituyen las subestructuras de la personalidad— son móviles, lo que explica la capacidad de cambio del ser humano; a este último se opone una cierta inercia, una resistencia al cambio —inseparable de la noción misma de estructura— por la cual el hombre persiste en su ser.

D. Lagache ha propuesto clasificar los individuos teniendo en cuenta la relación entre la resistencia al cambio y la capacidad de cambiar. Esta relación constituye un rasgo eminentemente personal, pero varía en general con la edad, la resistencia al cambio se acrecienta más frecuentemente con el envejecimiento y lleva asimismo a la rigidez (aunque ciertos sujetos mayores conservan una flexibilidad remarcable, mientras que individuos jóvenes se muestran a veces esclerosados). Tres casos se pueden presentar según estas relaciones: el carácter inestable, cambiante, imprevisible, pero rígido en su misma inestabilidad; el carácter rígido, resistente a todo cambio; el carácter estable, capaz de cambio, pero presentando una constancia relativa *(Le concept de caractère en psychanalyse).*

Todo esto no está, sin embargo, estructurado en la personalidad, y, en lo referente a las estructuras parciales, existe una actividad libre que se deriva de una capacidad de estructuración y de reestructuración.

Si estos puntos de vista de Lagache están inspirados en las concepciones de Freud sobre la conciencia y conciernen esencialmente a la posibilidad de actuar a pesar del displacer y de las estructuras adquiridas, nosotros podemos igualmente unirlos al concepto más vago y más intuitivo del «Yo profundo» de Bergson, del «Yo» de G. H. Mead, representante de una energía libre y profundamente personal.

Esta actividad libre es la de un Yo-sujeto que puede despegarse de un sistema de referencia para pegarse a otro. Según D. Lagache, los tres grandes sistemas de referencia son: 1) el mundo privado, parte del mundo personal no compartido con los demás, que comprende no sólo lo que es inconsciente, sino también todo lo que es secreto, sueños, fantasías, etc.; 2) el mundo común, parte del mundo personal que es compartido con los demás, es decir, el mundo de la opinión y de las ideas recibidas, y también del «buen sentido»; 3) el mundo de la razón, es decir, los islotes más o menos confluentes de la verdad objetiva y la eficacia técnica, que corresponde a la «comunidad intersubjetiva de los espíritus».

Este Yo-sujeto debe distinguirse del Yo-objeto, de este Yo con el cual nosotros tenemos tendencia a identificarnos, Yo-objeto confundido con el propio cuerpo, los papeles sociales, la historia personal, y que nosotros asimos en la introspección. Por el contrario, el Yo-sujeto no está nunca sentado y no existe más que como una actividad libre. «Yo puedo hablar en general del Yo-sujeto y de sus atributos, formar un concepto del Yo-sujeto. Pero yo no puedo asentarlo como un objeto: por definición, si yo lo asiento como un objeto, él desaparece (*Psychanalyse et structure de la personalité,* p. 18). La libertad y la autonomía de la libertad son, por consecuencia, reales, pero relativas; si consistentes en la posibilidad de desapegamiento, se podría pensar que la persona móvil y cambiante, pasando de un papel a otro, y siendo sin cesar manipulada por los demás, representa por esencia la personalidad libre, ya que no parece apegada a nada ni a nadie y se muestra siempre disponible. Esto no es así, de todas formas. Como lo remarca D. Lagache, el maniaco no es un ser libre; su movilidad constituye en sí misma un sistema rígido del que ya no puede separarse, y es impulsado irresistiblemente a precipitarse de un objeto a otro.

La posibilidad de estructuración y de desestructuración, de apegamiento y de despegamiento, que se encuentra en el centro de la libertad humana, descansa, propiamente hablando, sobre la misma multiplicidad de los determinantes de la personalidad. En efecto, el individuo prisionero de su propio yo, impulsado por las necesidades interiores, cerrado a los demás, del mismo modo que el hombre «veleta» obediente ciegamente a las esperanzas y deseos de los demás, son los autómatas, ligados en un sistema de referencia único e incapaces de distanciarse para su propio beneficio. No es posible, por otra parte, despegarse de un sistema de referencia más que apoyándose sobre otro, y, en este sentido, no se puede hablar más que de «autonomía relativa» y no de libertad absoluta.

El problema de la prioridad de lo personal o de lo social parece, pues, haber sido superado o, al menos, matizado. Los diferentes determinantes se integran en razón de las relaciones individuales variables en una estructura mucho más amplia. Su multiplicidad permite al sujeto no quedar preso y probar así simultáneamente su unidad y su libertad.

Los inmigrados aportan una cultura diferente enraizada en su conciencia.



Este *título, tomado en préstamo a Pirandello, podría servir de epígrafe al último capítulo de este libro, y también a muchos otros, incluso a la obra entera. «Uno, nadie y cien mil», es la única respuesta que, sea prudente o resignada, inquietante o evasiva, nos atreveríamos a dar al fin de esta múltiple búsqueda, que ha sido realizada, sin embargo, sin un prejuicio doctrinal, a la vieja pregunta de Plotino, que un día se decidió a preguntar* quién *(y no* qué*) podía ser el hombre.*

¿Se trata de una carencia provisional del saber que no habría adelantado bastante sus investigaciones y desbordada por las mieses de anécdotas disparatadas, no habría fijado ni el método para profundizar, ni la lógica adecuada para extraer de lo diverso las líneas netas de la verdad? Es posible, y hablaremos de nuevo de ello muy pronto. Pero, ¿no se trata más bien de una definitiva y además deliberada impotencia de las disciplinas empíricas dedicadas al fenómeno y tal como se nos ha enseñado a decir a la «facticidad», errando, pues, para siempre el sentido oculto y las esencias? Es posible, y siempre será momento de filosofar, aunque las voces de los filósofos suenan también en tonos bastante diferentes. ¿Es, pues, un signo de los tiempos? En un mundo en que las distancias y los períodos se reducen constantemente, en que las cosas cambian cuando apenas empezamos a comprenderlas (fijaos en los conceptos del matemático o en los objetos técnicos), en que el hombre trabaja a la vez en la escala intersideral y en la del nanosegundo (¡Oh Pascal y los dos infinitos!) el lugar del sujeto no está ya claramente definido. Se puede glosar durante largo tiempo sobre estos extravíos o, como Montaigne y Candide, ponerse en su lugar, circunscribirse y cultivar su jardín. Pero, ¿existen aún jardines? Las zonas azules restringen las zonas verdes y los dominios que nos quedan tienen una pesada hipoteca. El señor Freud me explica los sueños, un robot me gana al ajedrez y no se ha terminado aún de probar al señor Test. «¿Cómo va el mundo, señor?» Está dando vueltas, caramba, y más rápidamente de lo que el pesimista señor Heráclito, que contemplaba el correr de los ríos, se había atrevido a imaginar.

Si esta es la naturaleza de las cosas o si no es más que un desorden circunstancial, y además superficial, nosotros no tenemos, en definitiva, ni vocación ni competencia de juzgarla: ¡lo habremos dicho bastante en cada uno de nuestros prefacios! Pero por paradójica que parezca esta afirmación, o corra el riesgo de parecerla, nos parece fuera de dudas, y necesario en el doble sentido de la palabra, que la encuesta sobre el hombre se continúe, sin degradar a los requerimientos *de la razón y sin temer que el método científico no lleve, a fuerza de quererse precisar, más que a verdades irrisorias o inconexas.*

Si no ha llegado el momento de los balances bien trazados o de las doctrinas principales, sin embargo, no está prohibido dar un calculado vistazo sobre el porvenir próximo. Sin duda no para imaginar soluciones de conjeturas a algunos problemas eternos, sino más bien para definir un programa que dejando a cada uno completa libertad de maniobra (entiéndase: de método y de inspiración), sería, sin embargo, el de una acción concertada. Quizá se esperaba encontrar como capítulo inicial o terminal de este libro una clasificación de las ciencias sociales, que siempre es posible didácticamente, pero, ¿de qué interés? En el tiempo necesario para imprimir la obra ya hubiera sido preciso revisarla. En ésta, más que en ninguna otra disciplina, es de poca urgencia la repartición de los territorios, de importancia menor que la topografía de los caminos por abrir.

uno, nadie y cien mil

Esperemos que este libro haya mostrado, si no la consistencia de la encuesta culturalista, al menos la legitimidad de su pretensión de aclararnos en nuestra aventura. Hace un siglo no era corriente, y cien años de debates, de controversias ideológicas, universitarias o políticas apenas han sido suficientes para convencernos de que el juego merecía la pena, que del folklore se podía extraer un método y algunos problemas serios. Dejad que se nos acerquen los salvajes y los niños pequeños, las ratas blancas y los pobres de espíritu: queremos oírles y no sólo asistirles. La paciencia de esta escucha era una condición necesaria para el progreso de nuestro pensamiento, pero con toda seguridad no era suficiente, y lo hemos pagado — lo pagaremos aún durante algún tiempo — con una cierta dispersión: el inventario de las contingencias.

Dicho esto, está claro que no sabríamos contentarnos ni con este interminable inventario, ni tampoco con este neodogmatismo que espíritus malignos en otro tiempo reprochaban a Durkheim, diciendo que, filósofo impenitente, kantiano irrevocable, había delegado a lo social las funciones que las tres Críticas *o los* Fundamentos de la metafísica de las costumbres *conferían al sujeto trascendental. Y, sin embargo, probablemente todo el problema reside aquí.*

Pronto tendremos que preguntarnos por qué las culturas que nos moldean son tan diferentes entre sí y, no obstante, tan articuladas en su interior. ¿Son accidentes de la historia, contingencias geográficas (verdaderas a partir de los Pirineos...), o hay además un factor de organización y de evolución propiamente social? Si hubiésemos sabido contestar a tales preguntas, la economía de estos volúmenes sería distinta y su lectura considerablemente simplificada.

Pero esta respuesta quizá deba buscarse en la escala de las estructuras: *concepto bastante maltratado, un poco demasiado* up to date *y con demasiada frecuencia* ad hoc, *pero del que quizá se habrá entrevisto de capítulo en capítulo la significación y la extensión. Los autores de este tomo lo han usado con discreción; quizá por este motivo aparece tanto más como una filigrana. En efecto, en toda sociedad el campo abierto a toda acción individual o colectiva es estructurado con anterioridad, por la relación entre las diversas instancias de la vida social: parentesco, religión, economía; o bien: trabajo, familia, leyes — lo que viene a ser lo mismo. De manera que las acciones individuales, dentro de su aparente diversidad, poseen siempre dimensiones y propiedades comunes, aunque la mayor parte escapen a la conciencia inmediata o queden muchas veces enmascaradas detrás del libre albedrío por el cual simulamos avalarlas.*

Pero si estas propiedades no son absolutamente mediocres (si lo fueran, no habría ciencia posible y, sin duda, tampoco vida colectiva), si se nos imponen con cierta necesidad, es probablemente porque provienen también de una necesidad: la necesidad para un grupo de tener tal régimen jurídico o tal código sexual.

Es cierto que esta necesidad empieza sólo a ser entrevista por las ciencias sociales hoy en día; pero su brusco inicio y su expansión continua, subrayadas en las últimas páginas del tomo que precede, aportadas de nuevo e ilustradas con generosidad en éste, marcan a nuestros ojos su común impaciencia en delimitar un objeto, en proponer una línea apropiada para poner de manifiesto claramente la forma, y también, guardémonos de olvidarlo, el devenir. Cuando hayamos descrito en detalle estas formas y cuando hayamos reconstruido su historia, entonces, pero

sólo entonces, podremos mirar de frente una teoría concreta de los modos de existencia, que las filosofías clásicas han intentado en vano prescribirnos a priori *y para la cual la fenomenología contemporánea ha roto sus lanzas exclusivamente discursivas, confundiendo demasiado aprisa el hecho y el accidente.*

A esta teoría de los modos de existencia, a este léxico que permitiría descifrar por fin el sentido y el transcurso de la aventura humana se les podría dar el hermoso nombre de antropología, *que ciertamente no es nuevo y que el siglo pasado había servido con todas las salsas: turística o metafísica, biométrica o psicoanalítica, con diversas suertes y siempre sabrosas si no siempre convincentes. Como lo indica Lévi-Strauss en varias obras publicadas recientemente, las condiciones están reunidas para el advenimiento de una antropología científica, en la medida en que la humanidad pueda tener bajo su mirada el conjunto de diferencias que separan al hombre del hombre. Esta ciencia que está por construir, Lévi-Strauss nos indica lo que ya no puede ser, lo que ya no debe ser; pero también deja entrever lo que será. Al menos en el plano de los métodos, de ahora en adelante sabremos lo que queda por hacer: pasar de la compilación a la comparación, y de la crónica a la historia. Y esto nos ocupará aún durante algún tiempo.*

Pero se dirá: entonces, ¿no existiría una vía más directa y más natural, en resumen, una vía que, siendo conforme a la tradición milenaria, pero esta vez con el apoyo del utillaje científico moderno, apuntara primero hacia el sujeto como tal? La máquina humana también es una condición a priori *de la experiencia y si es posible que exista una necesidad, una lógica propia de los conjuntos sociales, ¿no existirá con más seguridad aún, una lógica del cuerpo, una lógica de los actos, y en cierta manera también una lógica del conocimiento y de la decisión?*

Contestaremos que sí, pero tened paciencia: se tendrá que haber leído el volumen siguiente. Diferente de tono y muchas veces también de técnica, un tomo entero va a dedicarse a este asunto y si se ha colocado detrás es quizá porque era necesario justificar este caso y su orientación. Justificar también su título ceremonioso: El hombre hacia el descubrimiento de sí mismo, *que se ha preferido al más prudente de «Las funciones mentales», al universitario «Psicología del hombre» e incluso al más riguroso «Conocimiento y decisión» que habíamos elegido primero. Así como en el presente volumen no se ha hablado sencillamente de la vida social, en el próximo no se explicará la vida mental. Tanto como éste, o quizá aún de un modo más manifiesto, describirá una aventura y buscará los fundamentos de una necesidad. Una necesidad humilde, pero capital: la de acomodarse al ambiente, asimilándolo en parte, la de adaptarse de una cierta manera; y la necesidad que atribuimos a los motivos de nuestros actos y la que introducimos en nuestros pensamientos sobre el universo, cuando sencillamente aceptamos por ejemplo que tres pares «no hacen» más ni menos objetos que dos tríos. En cuanto a la aventura que exploraremos, es la que nos conduce desde la cuna hasta la tumba, desde la impericia y la ignorancia del recién nacido a las habilidades más diferenciadas y sistemáticas propias del hombre adulto. En este nuevo camino volveremos a encontrar las estructuras, y también la génesis que aclara su verdadero sentido. Pueda esta doble y laboriosa aproximación convencernos, a pesar de la fórmula de nuestro amigo Jean Rostand — que se expresaba como un biólogo —, de que, en realidad, el hombre* no es *«un milagro sin interés».*

EL PRESENTE VOLUMEN, TOMO CUARTO DE LA OBRA

LA AVENTURA HUMANA

ENCICLOPEDIA DE LAS CIENCIAS DEL HOMBRE

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL TREINTA Y UNO DE AGOSTO DE MIL NOVECIENTOS SESENTA Y SIETE

EN LOS TALLERES DE HUECO-OFFSET NECLOBE, S. A., BARCELONA.

LA REDACCIÓN DEL TEXTO Y LA PREPARACIÓN ARTÍSTICA HAN SIDO EFECTUADAS

EN EL MARCO DE LA SOCIÉTÉ CIVILE D'ÉTUDES LITTERAIRES ET ARTISTIQUES, PARÍS.

LOS CLISÉS DE LA ILUSTRACIÓN EN COLOR HAN SIDO REALIZADOS POR ATESA, GINEBRA.

EL TEXTO HA SIDO COMPUESTO EN CARACTERES BASKERVILLE

POR IMPRENTA HISPANO-AMERICANA, S. A., BARCELONA.

LA IMPRESIÓN SE HA EFECTUADO SOBRE PAPEL SUPERIOR FLASSÁ,

DE TORRAS DOMÉNECH, S. A., GERONA.

LA ENCUADERNACIÓN ES OBRA DE LOS TALLERES DE IMPRENTA HISPANO-AMERICANA, S. A., BARCELONA.

ESTA COEDICIÓN INTERNACIONAL HA SIDO COORDINADA Y REALIZADA BAJO LA DIRECCIÓN DE

INTERGRAPH, PROMOTORA DE ARTES GRÁFICAS, S. A., PAMPLONA (ESPAÑA)

